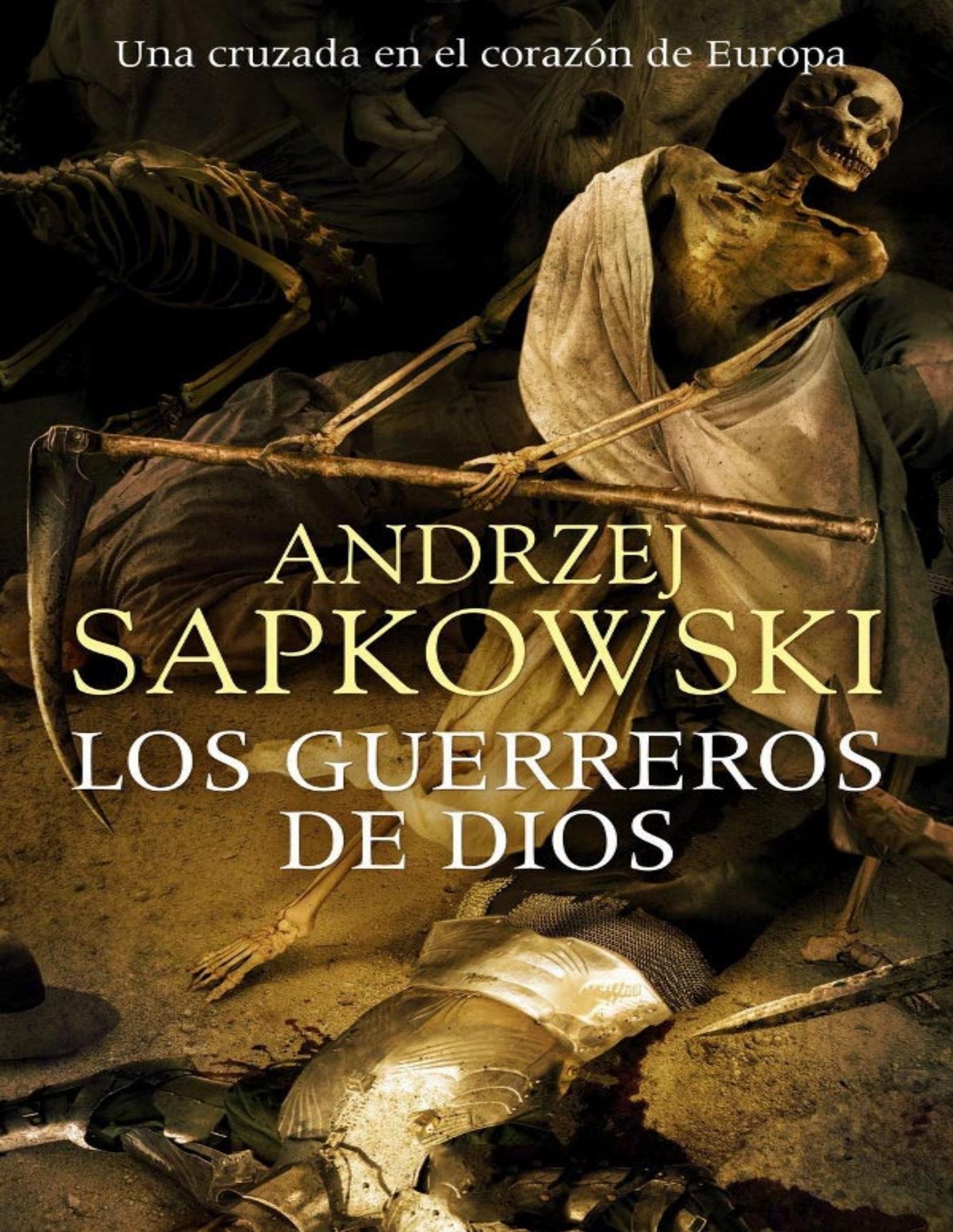


Una cruzada en el corazón de Europa



ANDRZEJ
SAPKOWSKI
LOS GUERREROS
DE DIOS

Y a esto, diréis, ¿qué pasaba con los guerreros de Dios? ¿Qué pasaba con Praga?

Praga...

Praga apestaba a sangre.

Corre el año de 1427 y los herejes husitas asentados en Praga libran batalla tras batalla contra las tropas de la Iglesia de Roma, venciendo una y otra vez. La rebelión husita es también una revolución social contra el clero y la nobleza, de ahí que los nobles de Silesia, Lausacia y Bohemia intenten destruirlos por todos los medios. La Inquisición tiene sus espías por doquier, como también los tienen el obispo de Wroclaw y sus misteriosos asesinos negros. Para preparar la invasión de Silesia, los líderes husitas resucitan una oscura red de espionaje que saboteará y asesinará en nombre de la causa. La guerra extiende sus alas por el corazón de Europa.

Reinmar de Bielau, llamado Reynevan, joven médico y alquimista que se ha unido a los husitas para vengar a su hermano, contacta en Praga con un círculo oculto de magos y hechiceros que pueden ayudar a salvar a su amigo Sansón Mieles. Al mismo tiempo es reclamado por los líderes husitas para convertirse en el jefe de la red clandestina de sabotaje, por lo que habrá de pasar calamidades sin cuento. Reynevan busca también por toda la región a su perdido amor, Nicoletta, quien, puede ser, ha sido recluida por su padre.

La violencia de la guerra golpeará a Reynevan una y otra vez, destruyendo poco a poco sus sueños y sus convicciones. En un peligroso juego de espías, Reynevan cumplirá su venganza, ayudará a sus amigos y combatirá a brujos y malvadas criaturas hasta que la vida le imponga una dolorosa elección entre la causa a la que sirve y el amor que le impulsa.



Andrzej Sapkowski

Los guerreros de Dios

Guerras Husitas - 2

ePub r2.0

Titivillus 08.03.2018

Título original: *Bozy bojownicy*
Andrzej Sapkowski, 2012
Traducción: Fernando Otero Macías
Ilustración de cubierta: Epica Prima
Diseño de cubierta: Alejandro Terán

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Prólogo

El mundo, nobles señores, echóse a andar en los últimos tiempos y se nos ha vuelto más grande. Pero a la vez ha menguado.

¿Os reís? ¿Pensáis que tal cosa es puro disparate? ¿Qué lo uno lo otro niega? Ahora mismo os mostraré que esto no es así, en absoluto.

Tened la bondad, honorables señores, de mirar por la ventana. Decidme: ¿qué es lo que puede verse a través de ella? ¿Hasta dónde se extiende la vista? Hasta las cuadras, responderéis sin faltar a la verdad, o incluso hasta las letrinas que están por detrás de las cuadras. Pero, os pregunto ahora: ¿qué hay más allá, pasadas las letrinas? Fijaos que, si le hiciera esta pregunta a la moza que en traernos las cervezas se afana, responderá que más allá de las letrinas hay una rastrojera, detrás de la rastrojera el corral de Jachym, detrás del corral una carbonera, y más allá puede que esté ya Kozolupa la Menor. Si le pregunto a nuestro tabernero, que algo más instruido es, añadirá que no acaba ahí el mundo, que tras de Kozolupa la Menor está también Kozolupa la Mayor, y luego el caserío de Kocmyrów, y tras Kocmyrów la aldea de Lazy, y después de Lazy viene Goszcz, y allende Goszcz seguramente está Twardogóra. Mas daos cuenta de que, si interrogo a alguien con más luces — a alguno de los presentes, por ejemplo—, iremos a parar aún más lejos de nuestras cuadras, de nuestras letrinas y de una y otra Kozolupa, pues las mentes más preclaras de sobra saben que el mundo tampoco termina en Twardogóra, sino que más allá están Olesnica, Brzeg, Niemodlin, Nysa, Glubczyce, Opava, Novy Jicín, Trencín, Nitra, Esztergom, Buda, Belgrado, Ragusa, Ioánnina, Corinto, Creta, Alejandría, El Cairo, Menfis, Ptolemaida, Tebas... ¿Y bien? ¿No crece el mundo? ¿No se nos vuelve cada vez más

grande?

Pero eso no es todo. Pues si pasamos Tebas, Nilo arriba, por donde éste fluye bajo el nombre de río Guijón desde sus fuentes en el paraíso terrenal, llegaremos a las etiópicas tierras, más allá de las cuales, como es bien sabido, encuéntrase los desiertos de Nubia, el ardiente país de Kush, la muy rica en oro Ofir y la inconmensurable *Africae Terra, ubi sunt leones*. Y ulteriormente el océano, que baña la tierra toda. Pero es que también en ese océano hay islas, como Cathay, Taprobana, Bragina, Oxidrata, Gynosophe y Cipango, donde el clima es portentosamente propicio y las piedras preciosas abundan por doquier, según escriben sabios como Hugo de San Víctor y Pierre d'Ailly, o como sir Jehan de Mandeville, quien con sus propios ojos contemplara aquestas todas maravillas.

Así pues, como hemos visto, en el lapso de los últimos dos siglos ha crecido el mundo de muy considerable modo. Pero esto ha de entenderse en el sentido adecuado. Pues, aunque la sustancia del mundo, como tal, no ha crecido, sí que lo han hecho, ciertamente, los nuevos nombres.

¿Y cómo, preguntaréis, podrá compadecerse todo esto con la aseveración de que el mundo está menguando? Ahora mismo pasaré a demostrároslo. Pero, he de advertiroslo de antemano, no quiero oír chanzas ni ocurrentes comentarios, pues nada de cuanto me dispongo a decir es producto de mi fantasía, sino que son saberes sacados de los libros. Y nada bien está burlarse de los libros; al cabo, para que existan, alguien ha tenido antes que echar el bofe.

Como es sabido, nuestro mundo es un cacho de tierra, con forma de tortita redonda, enteramente rodeado por el océano y en cuyo centro se encuentra Jerusalén. Su extremo occidental lo componen las columnas de Hércules, Calpe y Abila, con el estrecho de Gades entrambas.

Por el mediodía, como explicaba hace un momento, el océano se extiende más allá de África. En las regiones australes, la *India inferior*, sometida al preste Juan, así como los dominios de Gog y de Magog, marcan los límites de la tierra firme. En la parte septentrional del mundo, el último retazo de tierra es la llamada Última Thule; en cambio, allí *ubi oriens ungitur aquiloni*, se extiende el país de Mogal, es decir, Tartaria. Con todo, por el oriente el mundo termina en el Cáucaso, un poco más allá de Kiev.

Pero llegamos ya al meollo de la cuestión. O lo que es lo mismo, a los portugueses. Y más concretamente al infante Enrique, duque de Viseu, hijo del rey Juan. Portugal, no hay por qué ocultarlo, no es un reino grande en demasía; el infante, aunque hijo de rey, está el tercero en la cola, así que no es de extrañar que, desde su residencia de Sagres, dirigiera su mirada más a menudo y con mayores anhelos hacia el mar que hacia Lisboa. Reunió en Sagres a astrónomos y cartógrafos, a sabios judíos, a navegantes y capitanes, a constructores navales. Y así empezó la cosa.

En el Año del Señor de 1418, el capitán João Gongalves Zarco llegó a las islas conocidas como *Insulas Canarias*, cuyo nombre se debe a la extraordinaria cantidad de canes allí atestiguados. Poco más tarde, en 1420, el propio Gongalves Zarco, en compañía de Tristão Vaz Teixeira, navegó hasta otras islas a las que bautizaron como Madeira. En 1427 las carabelas de Diogo de Silves avistaron unas islas que llamaron Azores; por qué las llamaron así, sólo Dios y el propio Diogo sabrán. Hace escasos años, en 1434, otro portugués, Gil Eanes, navegó hasta el cabo Bojador. Y corren los rumores sobre las nuevas empresas que andará preparando el infante Dom Henrique, a quien algunos empiezan a llamar *O Navegador*, El Navegante.

En verdad son dignos de admiración tales marinos y en gran estima deben ser tenidos. Varones son que no conocen el miedo. Pues espanto da el pensar en adentrarse en el océano con el viento en las velas. Allí todo son tormentas y aguaceros, rocas submarinas, montañas magnéticas, mares agitados y pegajosos; los torbellinos son continuos; cuando no hay torbellinos, toca soportar turbulencias; cuando no hay turbulencias, fuertes corrientes. Aquello está infestado de criaturas monstruosas, ya sean dragones acuáticos, serpientes marinas, tritones, hipocampos, sirenas, delfines o platijas. Pululan por esos mares toda clase de *sanguíssugae, polypi, octopi, locustae, cancri, pistrixi et huic similia*. Pero lo más aterrador se encuentra en los extremos, pues allí donde el océano termina, más allá de su borde, da comienzo el infierno. ¿Por qué creéis, si no, que el sol poniente se torna tan rojo? Pues porque refleja las llamas infernales, ni más ni menos. Todo el océano, además, está sembrado de agujeros; cuando una carabela, en un descuido, pasa navegando sobre uno de estos agujeros, se precipita sin más al infierno, a todo trapo, entera y verdadera. Se ve que fue creado de tal modo para disuadir a los mortales de

navegar por los océanos. El infierno es el castigo que aguarda a quienes quebrantan los preceptos.

Mas eso, por lo visto, no detiene a los portugueses.

Y es que *navigare necesse est*, y al final del horizonte hay islas y tierras que esperan a ser descubiertas. Es preciso situar en el mapa la lejana Taprobana, describir en los *roteiros* la ruta hasta el enigmático Cipango, señalar en los portulanos las *Insole Fortúnate*, las Islas Afortunadas. Hay que navegar más lejos, siguiendo la estela de San Borondón, la estela de los sueños, hacia Hy Breasil, hacia lo desconocido. Para que lo desconocido se vuelva conocido y cercano.

Ved pues —*quod erat demonstrandum*— cómo el mundo se nos achica y encoge, pues poco falta ya para que todo él aparezca en los mapas, en los portulanos y *roteiros*. Y así, de pronto, todos estaremos cerca de todos.

Está menguando el mundo y, por añadidura, es cada vez más pobre en una cosa: en leyendas. Cuanto más lejos lleguen las carabelas portuguesas, cuantas más islas y más tierras sean descubiertas, menos leyendas irán quedando. Cada día que pasa hay alguna que se disipa como el humo. Nos estamos quedando sin sueños. Y, cuando muere el sueño, la oscuridad se apodera del lugar que aquél ha dejado huérfano. Pero en la oscuridad, principalmente cuando la razón, además, está dormida, enseguida se despiertan los monstruos. ¿Cómo? ¿Qué eso ya lo ha dicho alguien? ¡Mi buen señor! ¿Acaso hay algo que no se haya dicho ya con anterioridad?

Vaya, pero si tengo la garganta seca... ¿Qué si rechazaría una cerveza? No, no, de ninguna manera.

¿Qué decíais, piadoso hermano de la orden de Santo Domingo? Ah, sí, que ya va siendo hora de dejarse de divagaciones y volver a la historia. A Reynevan, a Scharley, a Sansón y a los otros. Tenéis mucha razón, hermano. Ya es hora. A eso iba.

Corría el Año del Señor de 1427. ¿Os acordáis de lo que trajo consigo aquel año? Y tanto. No es cosa que se olvide fácilmente. Pero os lo voy a recordar.

En la primavera de dicho año, quizá hacia marzo, mas de seguro antes de la Pascua, promulgó el papa Martín V la bula *Salvatoris omnium*, en la que proclamaba la necesidad de acometer una nueva cruzada contra los heréticos

checos. En lugar de Giordano Orsini, un indolente cuya necesidad le cubría de infamia, el papa Martín nombró cardinal y legado *a latere* a Henri de Beaufort, obispo de Winchester y hermanastro del rey de Inglaterra. Beaufort, muy diligente, puso manos a la obra. Al punto se organizó la cruzada que a sangre y fuego había de castigar a los apóstatas husitas. Preparóse con sumo cuidado la expedición; hízose abundante provisión de dinero, cuestión primera en toda guerra. En esta ocasión, oh sorpresa, nadie metió la mano en la caja. Conjeturan algunos cronistas que los cruzados se habían vuelto más honrados. Otros opinan, llanamente, que la vigilancia había mejorado.

La Dieta de Frankfurt eligió como caudillo de los cruzados a Otto von Ziegenhain, arzobispo de Tréveris. Se convocó a quien se pudo, bajo las enseñas y armas de la cruzada. Y muy pronto estuvieron listos los ejércitos. Allí acudió con sus huestes Federico Hohenzollern el Viejo, elector de Brandeburgo. Estaban presentes los bávaros, mandados por el príncipe Enrique el Rico; estaba el elector palatino Johann de Neumarkt y un su hermano, el también elector palatino Otto de Mosbach. Acudió al punto de encuentro el jovencísimo Federico Wettin, hijo de Federico el Pendenciero, que ya chocheaba. Se presentaron —cada uno acompañado de poderosas mesnadas— Raban von Helmstett, obispo de Speyer, Anzelm von Nenningen, obispo de Augsburgo, Friedrich von Aufsess, obispo de Bamberg, Johann von Brun, obispo de Würzburg, Depolt de Rougemont, arzobispo de Besanzón. Acudieron ejércitos de Suabia, de Hesse, de Turingia, de las ciudades norteñas de la Hansa.

La cruzada se puso en marcha a comienzos de julio, una semana después de San Pedro y San Pablo, cruzó la frontera y se adentró en las tierras de Bohemia, dejando a su paso un rastro de cadáveres y de incendios. Un miércoles, víspera de Santiago, los cruzados, contando con el apoyo del *landfryd* católico checo, llegaron a las puertas de Stríbro, residencia del señor husita Pribík de Klenová, y asediaron el castillo, sometiéndolo a un fuerte castigo con sus pesadas bombardas. No obstante, el señor Pribík resistía con bravura y no tenía intención alguna de capitular. El asedio se prolongaba y el tiempo corría. El *kurfürst* de Brandeburgo, Federico, se impacientó: ¡Valiente cruzada!, gritaba, propuso avanzar sin demora, atacar Praga. Praga, se desgañitaba, es el *caput regni*, quien tiene Praga tiene Bohemia...

Muy caluroso, tórrido, fue el verano de 1427.

Y a esto, diréis, ¿qué pasaba con los guerreros de Dios? ¿Qué pasaba con Praga?

Praga...

Praga apestaba a sangre.

Capítulo primero

En el que Praga apesta a sangre, a Reynevan lo vigilan, y después —y sucesivamente— se aburre de la rutina, rememora, añora, festeja, lucha por la vida y se zambulle en las sábanas. Y, al fondo, la historia de Europa da brincos, hace cabriolas y chilla en las curvas.

Praga apestaba a sangre.

Reynevan se olisqueó ambas mangas de la almilla. Acababa de abandonar el hospital, y en el hospital —como pasa siempre en un hospital— a casi todos los pacientes los sangraban y les sajaban regularmente las llagas, y hasta las amputaciones se llevaban a cabo con una frecuencia digna de mejor causa. La ropa podía haberse impregnado de ese hedor, no habría tenido nada de raro. Pero la almilla despedía únicamente olor a almilla. Y a nada más.

Levantó la cabeza, venteó. Toda la noche, desde la margen izquierda del Moldava, le había llegado el aroma de las hierbas y los sarmientos que estaban quemando en jardines y viñedos. Además, venía desde el río un olor a limo y a desechos: hacía un calor sofocante, el nivel del agua era muy bajo, las orillas descubiertas y los cauces resecos desde hacía ya tiempo proporcionaban a la ciudad unas sensaciones olfativas memorables. Pero, con todo, no era el limo lo que apestaba de ese modo. Reynevan estaba seguro.

Una brisa ligera y cambiante soplabá de vez en cuando desde el este, desde la Puerta del Río. Desde Vítkov. Y la tierra que estaba al pie de la colina de Vítkov podía, desde luego, exhalar olor a sangre. Bien se había empapado de ella.

Aunque seguramente tampoco era eso. Reynevan se ajustó al hombro la correa del bolso y echó a andar calle abajo con brío. No, era imposible que el

olor a sangre viniera de Vítkov. Lo primero, porque estaba demasiado lejos. Lo segundo, porque la batalla había tenido lugar en el verano de 1420. Hacía siete años. Siete largos años.

Dejó atrás, marchando con energía, la iglesia de la Santa Cruz. Pero el hedor a sangre no remitía. Todo lo contrario. Se hacía más fuerte. De repente, para variar, empezó a llegar desde el oeste.

Ajá, pensó, mirando hacia el gueto cercano. La piedra no es como la tierra, los viejos ladrillos y la argamasa tienen muy buena memoria, en ellos se preservan muchas cosas. Lo que allí penetra sigue apestando largo tiempo. Y en ese barrio, junto a la sinagoga, en los callejones y en las casas, la sangre se había vertido en abundancia, más aún que en Vítkov. Y en tiempos algo más recientes. En 1422, durante aquel sangriento pogromo, en medio de los disturbios que estallaron en Praga a raíz de la ejecución de Jan Zelivsky. Enfurecido por la decapitación de su amado tribuno, el pueblo de Praga se levantó con ánimo de vengarse, dispuesto a incendiar y matar. Como suele ocurrir, la peor parte en aquella ocasión se la llevó el barrio judío. Los judíos no habían tenido nada que ver con la muerte de Zelivsky y no eran en absoluto responsables de su destino. Pero eso, ¿a quién le importaba?

Reynevan torció por detrás del cementerio de la Santa Cruz, pasó cerca del hospital, salió al Mercado Viejo de Carbón, atravesó la plazoleta y se adentró por los pasajes y los angostos callejones que desembocaban en Dlouhá Trida. El olor a sangre se disipaba, moría en el mar de los restantes olores. Y es que los pasajes y los callejones apestabán a todo lo imaginable.

En cambio, la calle Dlouhá Trida lo recibió con un intenso olor a pan sencillamente embriagador. En los tenderetes de los panaderos, en mostradores y tiendas, hasta donde la vista alcanzaba, resplandecían orgullosos y fragantes los célebres panes de Praga. Aunque había desayunado en el hospicio y no tenía hambre, no fue capaz de contenerse: en la primera tahona que vio se compró dos panecillos recién horneados. Los panecillos, que allí llamaban *calty*, tenían una forma erótica tan sugestiva que Reynevan estuvo un buen rato deambulando por Dlouhá Trida como si flotara en un sueño, chocando con los tenderetes, sumido en sus pensamientos de Nicoletta, tórridos como el viento huracanado del desierto. De Catalina Biberstein. Entre la gente que pasaba, con la que se topaba y a la que

empujaba sin darse ni cuenta, había un buen número de vecinas de Praga, de distintas edades, sumamente atractivas. No se fijaba en ellas. Se disculpaba distraído y seguía su camino, mordisqueando de vez en cuando una *calta* y clavando la vista en el panecillo como si estuviera embrujado.

La plaza de Staré Mesto le hizo volver en sí con su olor a sangre.

Ajá, pensó Reynevan, terminándose la *calta*, aquí sí que podría ser y no tendría nada de raro. Para estos adoquines la sangre no es nada nuevo que digamos. A Jan Zelivsky y a sus nueve camaradas los ajusticiaron aquí mismo, en el ayuntamiento de Staré Mesto, después de haberles perdonado la vida aquel lunes de marzo. Cuando, tras la alevosa ejecución, se fregó el pavimento del ayuntamiento, chorros de espuma roja manaron por debajo de las puertas, y dicen que llegaron hasta la picota que se alzaba en mitad de la plaza, donde formaron un enorme charco. Poco después, cuando las noticias de la muerte del tribuno despertaron en Praga aquel estallido de furia y aquel afán de venganza, la sangre corrió por todos los sumideros de los alrededores.

Algunos grupos se dirigían hacia Nuestra Señora de Tyn, la gente se agolpaba en la semibóveda que conducía a las puertas del templo. Va a predicar Rokycana, pensó Reynevan. Valdría la pena escuchar lo que Jan Rokycana tenga que decir, pensó. Siempre han sido interesantes los sermones de Jan Rokycana. Siempre. Y más aún en estos tiempos, cuando el llamado curso de los acontecimientos suministra temas en abundancia para la predicación, y a un ritmo, además, alarmante. No falta de qué predicar, claro que no. Y valdría la pena escucharlo.

No tengo tiempo, cayó en la cuenta. Hay asuntos más urgentes, pensó. Y hay un problema.

Resulta que me están siguiendo.

Ya hacía un buen rato que Reynevan se había dado cuenta de que le andaban siguiendo. Nada más salir del hospicio, junto a la Santa Cruz. Los que le seguían eran bastante listos, no se dejaban ver, se escondían con mucha destreza. Pero Reynevan lo había advertido. No era la primera vez.

Sabía —en principio— quiénes se dedicaban a seguirle y a las órdenes de quién estaban. Aunque eso no tenía mayor importancia.

Tenía que darles esquinazo. Contaba incluso con un plan.

Entró en el Mercado de Ganado —populoso, ruidoso y pestilente—, se mezcló con el gentío que se dirigía hacia el Moldava y el puente de piedra. Quería perderse de vista, y en el puente, un estrecho cuello de botella, un paso angosto que unía Staré Mesto con Malá Strana y Hradcany, entre el barullo y el tumulto, había más oportunidades para desaparecer. Reynevan iba corriendo, sorteando a la gente, chocándose con los viandantes y llevándose insultos de todo el mundo.

—¡Reinmar! —Una de las personas con las que se topó, en vez de dedicarle un «hijoputa», como tantos otros, le saludó por su nombre de pila—. ¡Bendito sea Dios! ¿Cómo tú por aquí?

—Pues ya ves, aquí estoy. Oye, Radim... Por el amor de Dios, ¿cómo huele tan mal?

—Es esto. —Radim Tvrdik, un hombre bajo y no muy joven, señaló el cubo que llevaba—. Es arcilla y limo. De la orilla del río. Lo necesito para... ya sabes para qué.

—Ya lo sé. —Reynevan miró a su alrededor, intranquilo—. ¡Y tanto!

Radim Tvrdik era, como sabían todos los iniciados, un nigromante.

Además estaba, como sabían algunos iniciados, obsesionado con la idea de crear un hombre artificial, un golem. Todos —hasta los apenas iniciados— sabían que el único que había conseguido crear un golem, en tiempos ya muy lejanos, había sido cierto rabino de Praga a quien los documentos conservados le atribuían el nombre, probablemente falso, de Bar Halevi. Según la leyenda, para construir el golem ese antiguo judío se había servido de materiales como la arcilla, el limo y el lodo extraídos del fondo del Moldava. Tvrdik sostenía en solitario la opinión de que el elemento que activaba el proceso no eran los rituales y los conjuros, bien conocidos por otra parte, sino determinada conjunción astral que ejercía su influjo sobre el limo y la arcilla empleados, sobre sus propiedades mágicas. Pero como no tenía ni idea de cuál sería, en concreto, la disposición de los planetas que podría servir, Tvrdik procedía de acuerdo con el método de ensayo y error: recogía arcilla tan a menudo como podía, con la esperanza de dar alguna vez

con la conjunción adecuada. Además, recogía la arcilla en distintos puntos. Ese día, no obstante, se le había ido la mano: a juzgar por el olor, tenía que haberla cogido en algún cagadero.

—¿Hoy no trabajas, Reinmar? —preguntó, enjugándose el sudor de la frente con el dorso de la mano—. ¿Cómo es que no estás en el hospital?

—Me he tomado el día libre. No había nada que hacer. Un día tranquilo.

—Quiera Dios —el mago dejó el cubo en el suelo— que no sea el último así. Porque con los tiempos que corren...

En Praga todo el mundo sabía a qué se refería, qué clase de tiempos eran aquéllos. Pero preferían no hablar de esas cosas. Las frases se dejaban a medias. Dejar las frases a medias se había convertido de buenas a primeras en un hábito muy extendido, era la moda. Como respuesta a esa clase de reticencias, la costumbre exigía poner una cara muy seria, suspirar y sacudir la cabeza de un modo muy expresivo. Pero Reynevan no tenía tiempo para esas cosas.

—Sigue tu camino, Radim —dijo, mirando en torno—. No puedo quedarme aquí. Y sería mejor que tú tampoco te quedaras.

—¿Eeeh?

—Me andan siguiendo. Por eso no puedo ir a la calle Soukenická.

—Te andan siguiendo —repitió Radim Tvrdik—. ¿Los mismos de siempre?

—Seguramente. Hasta la vista.

—Espera.

—¿Por qué?

—No es una buena idea echar a correr como un loco.

—¿Y eso?

—Para los que te siguen —explicó el checo con absoluta lucidez—, si echas a correr, es señal evidente de que te remuerde la conciencia y tienes algo que ocultar. El que se pica ajos come. Me parece muy sensato que no vayas a Soukenická. Pero no salgas pitando, no pierdas el rumbo, no te escondas. *Haz lo que hagas siempre.* Tus tareas cotidianas. Aburre a los que te vigilan con tu aburrida rutina diaria.

—¿Por ejemplo?

—Tengo la garganta seca de coger arcilla. Vamos a la taberna del

Cangrejo. A tomar unas cervezas.

—Me siguen —le recordó Reynevan—. No tienes miedo de que...

—Miedo —el hechicero recogió su cubo—, ¿de qué iba a tener miedo?

Reynevan suspiró. No era la primera vez que le cogían por sorpresa los magos de Praga. No sabía si se trataba de una admirable sangre fría o, sencillamente, de falta de imaginación, pero el caso es algunos hechiceros locales a menudo no parecían asumir el hecho de que para quienes practicaban la magia negra los husitas podían ser aún más temibles que la Inquisición. El *maleficium*, la hechicería, se incluían entre los pecados mortales, castigados —según ordenaba el cuarto artículo de Praga— con la muerte. Y los artículos de Praga los husitas no se los tomaban a broma. En este terreno, los propios calixtinos de Praga, que se consideraban moderados, no se quedaban por detrás de los radicales taboritas y de los fanáticos Huérfanos. Si atrapaban a un hechicero, lo metían en un barril y lo quemaban en la hoguera.

Regresaron en dirección a la plaza, cruzaron la cuchillería, después la calle de los orfebres, pasaron junto a la iglesia de San Gil. Iban despacio. Tvrdik se detuvo en algunos puestos, intercambió algunos chismorreos con comerciantes conocidos. Como era habitual, dejaron varias veces a medias la frase: «Ahora, con los tiempos que corren...», y, a modo de respuesta, ponían una cara muy seria, suspiraban y sacudían la cabeza de un modo muy expresivo. Reynevan miraba a todas partes, pero no pudo ver a quienes lo andaban siguiendo. Se ocultaban a la perfección. No sabía lo que sentirían ellos, pero a él aquella pesada rutina empezaba a aburrirle de un modo insoportable.

Menos mal que enseguida, nada más torcer por un patio y un portal, dejando atrás la calle Jilská, fueron a parar directamente a la casa llamada del Cangrejo Rojo. Y a una taberna a la que un tabernero sin pizca de imaginación había dado idéntico nombre.

—¡Eh! ¡Fijaos! ¡Pero si es Reynevan!

Sentados a una mesa, en un banco dispuesto tras unas pilastras, había cuatro hombres. Todos bigotudos, corpulentos, vestidos con caftanes. A dos ya los conocía Reynevan, y sabía que eran polacos. Y, si no lo hubiera sabido, lo habría adivinado. Como todos los polacos cuando están en el

extranjero, fuera de sus fronteras, también éstos se portaban de un modo escandaloso, arrogante y descaradamente grosero, algo que en su opinión servía para subrayar su estatus y su elevada posición social. La cosa tenía su gracia, porque desde la Pascua el estatus de los polacos en Praga era muy precario, y su posición más todavía.

—¡Cuánto honor! ¡Bienvenido, virtuoso Esculapio nuestro! —le saludó uno de los polacos, conocido de Reynevan: Adam Wejdnar, del linaje de Rawicz.

—¡Siéntate! ¡Sentaos los dos! ¡Permitid que os convidemos!

—¿Cómo es que con tanto entusiasmo les convidas? —le replicó con fingido disgusto otro polaco, Mikolaj Zyrowski, del linaje de Czewój, de la región de la Gran Polonia, como el anterior, y que, como éste, no le resultaba desconocido a Reynevan—. ¿Acaso te sobran los cuartos? Aparte de eso, el boticario a cuidar leprosos se dedica. ¡Nos puede contagiar la lepra! ¡O algo peor!

—Ya no trabajo en la leprosería —aclaró Reynevan pacientemente, pues no era la primera vez que le pasaba—. Ahora me dedico a curar en el hospital de Bohuslav. Cerca de aquí, en Staré Mesto. Junto a la iglesia de los santos Simón y Judas.

—Vale, vale. —Zyrowski, que ya sabía todo eso, hizo un gesto con la mano—. ¿Qué queréis de beber? Ah, maldición, disculpad. Os presento. Aquí unos caballeros armados: Jan Kuropatwa de Lancuchów, del linaje de Szreniawa, y Jerzy Skirmunt, del linaje de Odrowaz. Perdón, mas, ¿qué coño es eso que tan mal huele?

—Limo. Del Moldava.

Reynevan y Radim Tvrđik tomaban cerveza. Los polacos bebían vino austríaco y comían estofado de cordero, acompañándolo con pan. Entre tanto, charlaban en polaco en un tono deliberadamente ruidoso, contando toda clase de anécdotas, cada una de las cuales, por separado, era recibida con sonoras carcajadas. Los transeúntes volvían la cabeza, maldecían entre dientes. A veces escupían.

Desde la Pascua, y más concretamente desde el Jueves Santo, la opinión

que los checos tenían de los polacos no era la mejor, y la situación de éstos en Praga no era la más favorable. Y tendía a empeorar.

Con Segismundo Korybutovich —llamado Korybut para abreviar—, sobrino de Jagiello, pretendiente a la corona checa, habían llegado a Praga, en primera instancia, unos cinco mil caballeros polacos, y otros quinientos más en un segundo momento. Muchos veían en Korybut la esperanza y la salvación para los husitas checos, y los polacos lucharon con arrojo por el Cáliz y por la Ley Divina, derramando su sangre en Karlstejn, en Jihlava, en Retz, en Ústí. A pesar de lo cual, no los apreciaban ni sus compañeros de armas checos. ¿Quién podía tener aprecio por unos tipejos que se partían de risa al oír que sus camaradas checos se llamaban Pichin de Gocho o Traseiro de Vielha Vacca? ¿Qué reaccionaban con una carcajada ante nombres como Chumino de Chouza o Culou de Ley?

La traición de Korybut, como es natural, agravó notablemente la situación de los polacos. Los checos vieron completamente defraudadas sus esperanzas, el rey husita *in spe* hizo buenas migas con los nobles católicos, no fue fiel a la causa de la comunión *sub utraque specie*, quebrantó los cuatro artículos que había jurado. Descubierta y abortada la conjura, el sobrino de Jagiello no acabó en el trono, sino en prisión, y a los polacos empezaron a mirarlos con abierta hostilidad. Algunos abandonaron Bohemia de inmediato. Pero otros se quedaron. Como si quisieran mostrar así su desaprobación de la traición de Korybut, o manifestarse partidarios del Cáliz, o declarar su disposición para seguir combatiendo por la causa calixtina. ¿Con qué resultado? Pues que seguían sin tenerles aprecio. Pensaban —no sin fundamento— que para los polacos la causa calixtina no era más que algo pintoresco. Se decía que, si se habían quedado, era, *primo*, porque no tenían adonde regresar ni motivo para hacerlo. Habían venido a Bohemia tras haber dilapidado su fortuna, acosados por jueces y embargos, y ahora, para colmo, sobre todos ellos, empezando por Korybut, pesaban anatemas e infamias. Que, *secundo*, al guerrear en Bohemia, sólo aspiraban a hacer fortuna. Que, *tertio*, no guerreaban, sino que, aprovechándose de la ausencia de los checos que sí guerreaban, se beneficiaban a sus mujeres.

Todas esas afirmaciones eran ciertas.

Al oír hablar en polaco, un praguense que pasaba por allí escupió en el

suelo.

—Uy, como que no les gustamos a éstos, no les gustamos —comentó, en tono de burla, Jerzy Skirmunt, del linaje de Odrowaz—. ¿Por qué será? Cosa rara ésta.

—Anda y que les den. —Zyrowski se volvió hacia la calle, mostrando ostentosamente su pecho adornado con las herraduras del blasón de Czewój. Como todo polaco, sostenía la insensata creencia de que, en su calidad de miembro de una familia blasonada, aunque fuera un miserable pelagatos, estaba en Bohemia a la altura de los Rozmberk, los Kolovrat, los Sternberk y demás familias eminentes, todas juntas.

—Que les den pues —asintió Skirmunt—. Mas no deja de ser cosa rara, querido mío.

—Lo que a estas gentes les choca —Radim Tvrdik tenía la voz serena, pero Reynevan lo conocía de sobra— es ver a unos señores caballeros, a unos guerreros, divirtiéndose faltos de toda preocupación y sentados a la mesa de una taberna. En estos días. Ahora, con los tiempos que corren...

Se interrumpió, siguiendo la costumbre. Pero los polacos no tenían la costumbre de respetar las costumbres.

—En estos tiempos —Zyrowski empezó a carcajearse— en que vienen a por vosotros los cruzados, ¿verdad? En que vienen con todo su poderío, a sangre y fuego, dejando a su paso la tierra quemada. En que no hay más que ver cómo...

—Calla ya —le interrumpió Adam Wejdnar—. Y, en cuanto a vos, caballero checo, os diré lo siguiente: no es justa vuestra reprimenda. Porque Nové Mesto ahora está desierto, qué duda cabe, se ha despoblado. Mas en aquellos días, como vos mismo antes habéis contado, acudieron sus vecinos en tropel siguiendo a Procopio el Rasurado en la defensa del país. A la sazón, si algún morador de Nové Mesto me hubiera entonces reprendido, yo me habría callado. Mas de los de aquí, de Staré Mesto, no hubo quien se meneara. Dijo la sartén al cazo, eso es lo que hay.

—Una gran fuerza —insistió Zyrowski— se acerca por el occidente. ¡Europa entera! No habréis de resistir esta vez. Va a ser vuestro final, a todo el mundo le llega su hora.

—Nos va a llegar la hora —repitió Reynevan en tono sarcástico—. ¿Y a

vosotros no?

—También a nosotros —respondió Wejdnar con tristeza, acallando con un gesto a Zyrowski—. También a nosotros. Por desgracia. A lo visto, mal elegimos bando en este conflicto. Había que haber escuchado lo que decía el obispo Laskarz.

—En efecto —suspiró Jan Kuropatwa—, y yo tendría que haber escuchado a Zbyszko de Olesnica. El caso es que ahora estamos aquí atrapados como reses en el matadero, y lo único que nos queda es mirar al matarife. Se dirige hacia aquí, recuerdo a los caballeros presentes, una cruzada como antes no había visto el mundo. Un ejército de ochenta mil hombres. Electores imperiales, duques, condes palatinos, bávaros, sajones, gente armada de Suabia, de Turingia, de las ciudades de la Hansa, amén del *landfryd* de Pilsen, y hasta algún chiflado ultramarino. Cruzaron la frontera a comienzos de julio y asediaron Stríbro, que debe de estar a punto de caer, si es que no ha caído ya. Y, ¿a qué distancia está Stríbro de aquí? A poco más de doscientas millas. Así que echad cuentas. Antes de cinco días los tendremos aquí. Hoy estamos a lunes. El viernes, recordad lo que os digo, veremos sus cruces a las puertas de Praga.

—Procopio no va a ser capaz de contenerlos, le derrotarán en el campo de batalla. No resistirá. Son demasiados.

—Los madianitas y los amalecitas, cuando atacaron Galaad —dijo Radim Tvrdik—, eran numerosos como una nube de langostas y sus camellos eran incontables como las arenas de la orilla del mar. Pero Gedeón, a la cabeza de apenas trescientos combatientes, los derrotó y los dispersó. Porque luchaba en nombre del Señor de los Ejércitos, con su nombre en los labios.

—Sí, sí, cómo no. Y el zapatero Skuba venció al dragón de Wawel. No confundáis, mi buen señor, los cuentos con la realidad.

—Enséñanos la experiencia —añadió Wejdnar con una sonrisa amarga— que el Señor, si es que a alguien apoya, hacerlo suele al ejército más poderoso.

—Procopio no reducirá a los cruzados —insistió Zyrowski, ensimismado—. Ah, en esta ocasión, caballero checo, ni el mismísimo Zizka os podría salvar.

—¡Procopio no tiene nada que hacer! —bufó Kuropatwa—. Me apuesto

lo que sea. Es una fuerza excesiva. Con la cruzada vienen caballeros de Jorgenschild, de la orden del Escudo de San Jorge, la flor de la caballería europea. Y se dice que el legado papal trae consigo cientos de arqueros ingleses. ¿Oíste hablar, checo, de los arqueros ingleses? Sus arcos son tan largos como un hombre, pueden arrojar sus flechas desde quinientos pasos y a esa distancia traspasan una plancha de metal, atraviesan una loriga como si fuera una camisa de lino. ¡Jo, jo! Uno de esos arqueros es capaz...

—¿Es capaz acaso —le interrumpió tranquilamente Tvrdik— de aguantar en pie el tal arquero si le rompen la crisma con un mayal? Toda suerte de tipos capaces han venido ya por aquí, nos ha visitado la flor de la caballería de todo pelaje, pero hasta ahora no ha aparecido nadie cuya crisma resistiera un mayal checo. ¿Os apostáis algo, caballero polaco? Oídmeme bien: yo os aseguro que, si a uno de esos ingleses ultramarinos le atizan con un mayal en la testa, ese inglés ultramarino no volverá a tensar la cuerda de su arco, porque el inglés ultramarino será un difunto ultramarino. De no ser así, habréis ganado la apuesta. ¿Qué nos apostamos?

—Os van a correr a gorrazos.

—Ya lo intentaron —comentó Reynevan—. Hace un año. El domingo después de San Vito. En Ústí. Vos mismo estuvisteis allí, don Adam.

—Cierto —reconoció el natural de la Gran Polonia—. Allí estuve. Todos estuvimos. Tú también estuviste, Reynevan. ¿No lo habrás olvidado?

—No. No lo he olvidado.

El sol abrasaba de un modo terrible, del cielo manaba fuego. No se veía nada. La nube de polvo que levantaban los cascos de los caballos de los atacantes se mezclaba con el espeso humo de la pólvora que, tras la descarga, había cubierto todo el cuadrado exterior de la fortaleza de carros. Por encima del clamor del combate y los relinchos de los caballos se *alzó* de pronto el chasquido de la madera quebrada, seguido de los gritos de victoria. Reynevan veía cómo muchos trataban de escapar del humo.

—Han logrado abrirse paso. —Divis Borek de Miletínek suspiró ruidosamente—. Han reventado los carros.

Hynek de Kolstejn empezó a maldecir. Rohác de Duba trataba de

controlar a su caballo, que no paraba de bufar. Procopio el Rasurado tenía un semblante pálido. Segismundo Korybutovich estaba muy pálido.

A través del humo la caballería pesada avanzó con estrépito, los jinetes de hierro alcanzaban a los husitas que se daban a la fuga y los derribaban con sus caballos, masacrando a todos aquéllos que no conseguían guarecerse en el rectángulo interior que delimitaban los carros. Por la brecha seguían penetrando en tropel más caballeros acorazados.

Pero contra esa masa compacta que se apiñaba al entrar por la brecha, contra los hocicos mismos de los caballos, contra los rostros mismos de los jinetes, brotó súbitamente el fuego y el plomo de las bombardas y los arcabuces, traquetearon las culebrinas, resonaron las espingardas, un copioso aguacero de saetas brotó de las ballestas. Los caballeros cayeron de las sillas, los caballos se derrumbaron arrastrando consigo a los hombres, la caballería se arremolinaba y se apelotonaba, en medio del torbellino se oyó una nueva descarga, con un efecto aún más mortífero. Sólo unos cuantos jinetes acorazados pudieron llegar hasta los carros envueltos en humo del rectángulo interior y fueron despachados de inmediato con alabardas y mayales. Sin perder un instante, los checos, entre un griterío salvaje, salieron de detrás de los carros, sorprendiendo a los alemanes con un impetuoso contraataque que los obligó a retroceder por la brecha en un santiamén. Acto seguido, taponaron la brecha con carros, y apostaron en éstos más combatientes armados de ballestas y mayales. Volvieron a tronar las bombardas, los cañones de las culebrinas echaron humo. Alzada sobre el parapeto de carros, una custodia irradió un deslumbrante reflejo dorado, centelleó el blanco estandarte con el Cáliz.

*Ktoz jsú bozí bojovnicí
A zákonajeho!
Prostez od Boha pomoci
A doufejte v neho^[1]!*

El cántico retumbó, creció y se alzó sobre la fortaleza de carros. El polvo se iba posando a medida que la caballería acorazada se retiraba.

Rohác de Dubá, que ya sabía lo que tenía que hacer, se volvió hacia los

jinetes husitas que esperaban en formación, levantó su maza. Al cabo de un instante, repitió su gesto Dobko Puchala, dirigiéndose a la caballería polaca. Un ademán de Jan Tovacovsky puso en alerta a los jinetes moravos. Hynek de Kolstejn se bajó de golpe la celada del yelmo.

Del campo de batalla llegaban los gritos de los jefes sajones, exhortando a los jinetes acorazados a cargar nuevamente contra los carros. Pero los jinetes retrocedían, volvían grupas.

—¡Huyeeen! ¡Huyeeen los alemanes!

—¡Sus y a ellos!

Procopio el Rasurado respiró hondo, levantó la cabeza.

—Ahora... —jadeaba pesadamente—. Ahora sí que los tenemos bien cogidos por los huevos.

Reynevan dejó la compañía de los polacos y de Radim Tvrdik de un modo bastante inesperado: sencillamente se levantó de pronto, se despidió y se fue. Con una mirada fugaz, pero elocuente, le hizo ver a Tvrdik la causa de su conducta. El mago le hizo un guiño. Lo había entendido.

Otra vez olía a sangre por allí. Seguramente, pensaba Reynevan, llegaría desde algún matadero cercano, de los Corrales, del Mercado de Carne. ¿O puede que no? ¿Y si se trata de otra clase de sangre?

Tal vez fuera la sangre que llenó de espuma los sumideros de la zona en septiembre de 1422, cuando la calle Zelezná y los callejones contiguos se convirtieron en el escenario de los combates fratricidas, después de que el antagonismo entre Staré Mesto y Tabor desembocara, una vez más, en un conflicto armado. Mucha sangre checa se derramó entonces en la calle Zelezná. Suficiente para que siguiera apestando.

Aquel olor a sangre, precisamente, le hizo redoblar la vigilancia. No vio a nadie siguiéndole, no detectó nada sospechoso, ninguno de los checos que deambulaban por aquellas callejas tenía pinta de espía. Sin embargo, Reynevan no dejaba de notar una mirada clavada en el cogote. Evidentemente, quienes le seguían todavía no se habían hartado de su aburrida rutina. Muy bien, pensó, muy bien, granujas, os voy a seguir agasajando con esta rutina. Tanta, que acabaréis vomitando.

Siguió por la calle Kozná, atestada de curtidurías y de tenderetes. Se detuvo varias veces, fingiendo interesarse por la mercancía mientras miraba a hurtadillas a su alrededor. No vio a nadie que pareciera un espía. Pero sabía que andaban por allí cerca.

Antes de llegar a la iglesia de San Galo, torció y se metió por un callejón. Se dirigía al Carolinum, la academia donde se había formado. Dentro de su rutina, había decidido ir allí precisamente, con ánimo de presenciar alguna disputa. Le gustaba asistir a las disputas universitarias y a los *quodlibet*. Como aquel domingo *Quasimodogeniti*, el primero después de la Pascua de Resurrección del año 1426, cuando tomó la comunión bajo las dos especies y llegó al *lectorium ordinarium*, algo habitual en él. Siendo un auténtico neófito, quería conocer a fondo los misterios y los entresijos de su nueva religión, y éstos parecían presentársele con más facilidad durante los debates dogmáticos que sostenían regularmente los representantes del ala moderada y conservadora, agrupada en torno al maestro Jan de Príbram, con los representantes del ala radical, es decir, con gente del círculo de Jan Rokycana y Peter Payne, un inglés lolardo, seguidor de Wiclif. Pero las que eran verdaderamente incendiarias eran las disputas en las que intervenían los auténticos radicales, los de Nové Mesto. Sólo entonces se animaba la cosa. Reynevan había sido testigo de cómo a Payne, durante su defensa de algún dogma de Wiclif, le habían llamado «puto *Englis*» y le habían tirado remolachas. Cómo al anciano Christianus de Prachaticz, venerable rector de la universidad, le amenazaban con arrojarlo a las aguas del Moldava. Cómo le echaban un gato muerto a Petr de Mladonovice, un hombre que ya peinaba canas. El público congregado solía cascarse de lo lindo, y también en la calle, enfrente del Carolinum, en el Mercado de Carne, se partían la cara y se dejaban sin dientes.

Muchas cosas habían cambiado desde entonces. A Jan de Príbram y la gente de su entorno los habían desenmascarado como implicados en la conspiración de Korybut y los habían desterrado de Praga. Pero, dado que la naturaleza aborrece el vacío, las disputas seguían celebrándose como antes, si bien después de la Pascua Rokycana y Payne habían empezado de pronto a apoyar a los moderados y conservadores. Los de Nové Mesto, como siempre, seguían apoyando a los radicales. Radicales rabiosos. Durante las disputas la

gente seguía zurrándose, soltando palabrotas y tirándose gatos.

—Señor.

Se volvió. El individuo que vio detrás de sí era gris de pies a cabeza. Su cara era gris, su almilla era gris, su capucha gris, sus calzas grises. En toda su persona, el único acento distintivo lo ponía un bastón nuevecito, de madera clara.

Miró hacia atrás, había oído un susurro a su espalda. Un segundo tipejo le tapaba la salida del callejón, también llevaba bastón, pero era un poco más alto y un poquito más colorido que el otro. Además, tenía una pinta mucho más patibularia.

—Andando —dijo el gris, sin levantar la vista.

—¿Adónde vamos? Y, ¿a qué?

—No opongáis resistencia, señor.

—¿Quién os lo ha ordenado?

—El señor Neplach. Vamos.

Resultó que no había que ir muy lejos. Hasta uno de los edificios situados en la fachada meridional de la plaza de Staré Mesto. Reynevan no pudo fijarse en cuál exactamente: los espías le habían conducido hasta allí por la parte trasera, atravesando una serie de dependencias, patios, zaguanes y escaleras, donde reinaba la oscuridad y apestaba a cebada mohosa. La parte habitable era bastante lujosa: como la mayor parte de las casas de ese barrio, había pertenecido a unos acaudalados alemanes, huidos de Praga después de 1420.

Bohuchval Neplach, llamado Flutek, le estaba esperando en la sala. Bajo un techo de madera clara. De una de las vigas colgaba una soga. De la soga colgaba un ahorcado. Con las puntas de sus elegantes botines casi tocaba el suelo. Casi. Sólo le faltaban un par de pulgadas.

Sin entretenerse con saludos ni otras antiguallas burguesas, casi sin honrar a Reynevan con una mirada, Flutek señaló al ahorcado con el dedo. Reynevan sabía de qué se trataba.

—No... —Tragó saliva—. No es éste. Me parece... No, creo que no.

—Míralo bien.

Reynevan lo miró tan bien que estaba convencido de que en las siguientes

comidas se iba a acordar de aquella cuerda clavada en el cuello hinchado, de aquel rostro desfigurado, de aquellos ojos desencajados y de aquella lengua ennegrecida que le salía de la boca.

—No, no es éste... Además, qué se yo... A aquél lo vi por detrás...

Neplach chasqueó los dedos. Poco después, el cadáver, libre del dogal, cubierto con una capa, yacía sobre un escaño, en una postura bastante macabra, en vista del *rigor mortis*.

—No. —Reynevan sacudió la cabeza—. Yo diría que no. Aquél... Hum... Seguramente podría identificarlo por la voz...

—Lo lamento —la voz de Flutek era helada como el viento de febrero—, pero no va a ser posible. Si éste pudiera hacer oír su voz, tú ya no me harías ninguna falta. ¿A qué esperáis? Llevaos de aquí esta carroña.

La orden se cumplió de inmediato. Las órdenes de Flutek siempre se cumplían de inmediato. Bohuchval Neplach, apodado Flutek, que dirigía el espionaje y contraespionaje de los taboritas, dependía directamente de Procopio el Rasurado. Y, si aún viviera Zizka, directamente de Zizka.

—Siéntate, Reynevan.

—No tengo tiem...

—Siéntate, Reynevan.

—¿Quién era él...?

—¿El ahorcado? En estos momentos eso no tiene ninguna importancia.

—¿Era un traidor? ¿Un espía católico? Sería culpable de algo, entiendo.

—¿Eh?

—Quería saber si era culpable.

—¿Te preocupa —le dirigió una mirada aviesa— la escatología? ¿Estás pensando en las cosas últimas? Si es así, sólo puedo referirme al Credo niceno: Jesucristo fue crucificado en tiempos de Poncio Pilatos, murió, pero resucitó y de nuevo vendrá con gloria, para juzgar a vivos y muertos. Todos serán juzgados por sus pensamientos y por sus obras.

Y entonces se determinará quién es culpable y quién no. Se determinará, por así decir, definitivamente.

Reynevan suspiró y sacudió la cabeza. Él sí que era culpable. Conocía a Flutek. Podía haberse ahorrado la pregunta.

—Lo importante, en definitiva —Flutek señaló con la cabeza la viga y el

dogal—, no es saber quién era. Lo importante es que le dio tiempo a colgarse antes de que echáramos la puerta abajo. Que no estoy en condiciones de obligarle a hablar. Y tú no lo has identificado. Afirmas que no es el mismo de aquella vez. El mismo al que escuchaste a escondidas cuando conspiraba en Silesia con el obispo de Wroclaw. ¿Verdad?

—Verdad.

Flutek le recorrió con la mirada. Una mirada siniestra. Los ojos de Flutek, negros como los de una marta, que sobresalían junto a su larga nariz como las bocas de dos culebrinas, estaban capacitados para dirigir miradas muy siniestras. A menudo, en los negros ojos de Flutek aparecían dos diablillos dorados que de repente, como a una orden, daban una voltereta sincronizada. Reynevan acababa de ver algo así. Lo cual solía anunciar cosas muy desagradables.

—Pues yo pienso que no es verdad —dijo Flutek—. Pienso que estás mintiendo. Que has mentido desde el primer momento, Reynevan.

Nadie sabía de dónde había salido Flutek, un hombre tan cercano a Zizka. Como es natural, circulaban toda clase de rumores. Según unos, Bohuchval Neplach se llamaba realmente Yehoram Ben Yitzhak y era judío, un discípulo de la escuela rabínica a quien los husitas, mira tú por dónde, por un capricho, le habían perdonado la vida durante la carnicería en el gueto de Chomutov, en marzo de 1421. Según otros, realmente se llamaba Bohuchval, pero Gottlob, y era alemán, un comerciante de Pilsen. Otros aseguraban que se trataba de un monje dominico a quien Zizka —por razones ignotas— había salvado personalmente de la masacre de sacerdotes y religiosos en Beroun. Y todavía había otros que aseguraban que Flutek era un párroco de Cáslav que había olfateado a tiempo la coyuntura, se había unido a los husitas y, con el entusiasmo de un neófito, le había besado el culo a Zizka con tanta maestría que se había ganado el puesto. Reynevan se sentía inclinado a creer, precisamente, esta última versión: Flutek tenía que ser sacerdote, prueba de ello eran sus viles embustes, su hipocresía, su atroz egoísmo y su codicia verdaderamente indescriptible.

A su codicia, justamente, le debía Bohuchval Neplach su apodo. Y es que en 1419, cuando los señores católicos dominaban Kutná Hora, el principal centro de extracción de metales en Bohemia, la Praga husita, privada de las

minas y las cecas de Kutná Hora, empezó a acuñar su propia moneda: vellones de cobre con trazas de plata. Era una moneda miserable que prácticamente carecía de valor, con una paridad que apenas pasaba de cero. A ese chavo de Praga, objeto de burlas, lo llamaron despectivamente «flutek». El caso es que, cuando Bohuchval Neplach empezó a desempeñar las funciones de jefe de espionaje con Zizka, se ganó el mote de Flutek en un santiamén. Pronto se vio que Bohuchval Neplach estaba dispuesto a lo que fuera por un triste flutek. Más concretamente: por un triste flutek Bohuchval Neplach siempre estaba dispuesto a agachar la cabeza, aunque fuera para hundirla en un montón de mierda. Y también se vio que Bohuchval Neplach no despreciaba ningún flutek: jamás de los jamases perdía la ocasión de hurtar o defraudar un triste flutek.

El milagro que había permitido a Flutek mantenerse al lado de Zizka, quien en su Nuevo Tabor castigaba severamente a los defraudadores y perseguía el robo con mano de hierro, constituía un enigma irresoluble. Como enigma era el motivo por el que, más tarde, también Procopio el Rasurado, hombre igualmente de principios, siguiera tolerando a Neplach. La única explicación era que, en aquello que hacía para los taboritas, Bohuchval Neplach era todo un profesional. Y a los profesionales se les perdonan muchas cosas. Hay que perdonárselas. Porque más vale no vérselas con un profesional.

—Por si quieres saberlo —prosiguió Flutek—, a esa historia tuya, como a ti mismo, por lo demás, le he dado, desde el principio, muy poco crédito. Asambleas clandestinas, conferencias secretas, conjuras universales, todo eso está muy bien en literatura, es perfecto para, digamos, Wolfram von Eschenbach... En sus libros, claro, da gusto leer sobre secretos y confabulaciones; saber del misterio del Grial, de la Terre de Salvaesche, de Klinschor, de Flegetanis, de Feirefíz, de Titurel y de toda esa gente. En tu relato había demasiada literatura de esa clase. En otras palabras, sospecho que no has hecho más que mentir.

Reynevan no dijo nada, se limitó a encogerse de hombros. Elocuentemente.

—Puede haber toda clase de motivos —siguió Neplach— para tus confabulaciones. Según dices, huiste de Silesia porque te estaban

persiguiendo, estabas amenazado de muerte. Si eso es verdad, no tenías más remedio que granjearte la simpatía de Ambrós. Y nada más eficaz que prevenirle a tiempo de un ataque. Después te llevaron ante Procopio. En cada fugitivo que llega de Silesia, Procopio siempre cree ver un espía, así que los cuelga a todos sin distinción y *per saldo* se sale con la suya. ¿Qué hacer para salvar el pellejo? ¿Anunciar, por ejemplo, una revelación sobre reuniones secretas y conjuras? ¿Qué dices, Reynevan? ¿Qué te parece?

—A Wolfram von Eschenbach le daría envidia. Y el torneo de Wartburg lo ganarías como si nada.

—Motivos para inventarte esas historias —insistió imperturbable Flutek — tenías de sobra. Pero creo que, de verdad, había sólo uno.

—Está claro. —Reynevan sabía muy bien a qué se refería—. Sólo uno.

—A mí —en los ojos de Flutek aparecieron los dos diablillos dorados— la hipótesis que más me convence es la de que con tus embustes tratas de apartar la atención del asunto que realmente importa. De los quinientos gúldenes que le quitaste al recaudador de impuestos. ¿Qué tienes que decir, medicucho?

—Lo habitual. —Reynevan bostezó—. Ya hemos pasado por esto otras veces. A tus preguntas, trilladas y aburridas, tendré que dar, como siempre, respuestas trilladas y aburridas. No, hermano Neplach, no voy a compartir contigo el dinero que le quitaron al recaudador. Por distintas razones. En primer lugar, yo no tengo ese dinero, porque no fui yo quien lo cogió. En segundo lugar...

—¿Y quién lo cogió?

—Te daré una respuesta aburrida: no tengo ni idea.

Los dos diablillos dorados pegaron un brinco y ejecutaron una enérgica voltereta.

—Mientes.

—Claro. ¿Puedo irme ya?

—Tengo pruebas de que mientes.

—Ajá.

—Sostienes —Flutek lo atravesó con la mirada— que esa mítica reunión tuvo lugar el trece de septiembre y que en ella participó Kaspar Schlick. Pero yo sé, de fuentes dignas de toda confianza, que el 13 de septiembre de 1425

Kaspar Schlick se encontraba en Buda. De modo que no pudo estar en Silesia.

—Tus fuentes son una mierda, Neplach. O no, esto no es más que una provocación. Tú quieres dármele con queso, estás tratando de enredarme. Y tampoco es la primera vez, ¿verdad?

—Es verdad —dijo Flutek sin pestañear—. Siéntate, Reynevan. Todavía no he terminado contigo.

—No tengo el dinero del recaudador y no sé...

—Cierra el pico.

Estuvieron un tiempo callados. Los diablillos de los ojos de Flutek se calmaron, casi no se los veía. Pero Reynevan no se hacía ilusiones. Flutek se rascó la nariz.

—Si no fuera por Procopio... —dijo en voz baja—. Si Procopio no me tuviera prohibido ponerlos la mano encima, a ti y a ese Scharley tuyo, ya te habría exprimido a gusto. Conmigo todo el mundo acaba por hablar, no ha habido uno solo que guardara silencio. Ten la seguridad de que también tú habrías contado dónde guardas el parné.

Reynevan ya tenía práctica, no se dejó intimidar. Se encogió de hombros.

—Pues sí —prosiguió Neplach tras una nueva pausa, mirando la soga que colgaba del techo—. Éste también habría hablado, también le habría arrancado una confesión. Es una lástima, una verdadera lástima, que le diera tiempo a colgarse. Sabes, por un momento llegué a creer que podía tratarse del tipo que estuvo en aquella abadía... Ha sido una enorme decepción que no le hayas identificado...

—No hago más que decepcionarte. De verdad que lo siento.

Los diablillos dieron un brinco.

—¿De verdad?

—De verdad. Sospechas de mí, haces que me sigan, me acosas, me provocas. Tratas de averiguar qué es lo que me ha traído hasta aquí, pero siempre te olvidas del único motivo importante: el checo que estaba conspirando en la abadía había traicionado a mi hermano, fue él quien lo entregó a los esbirros del obispo de Wroclaw que le dieron muerte. Y encima se jactó de su hazaña delante del obispo. Así que, si hubiera sido él el tipo que colgaba de esa viga, me habría rascado con gusto el bolsillo para pagar

una misa de acción de gracias. Créeme, yo también lamento que no fuera él. Ni ninguno de los que me enseñaste en otras ocasiones y que me mandaste identificar.

—Es verdad —reconoció Flutek, aparentemente sumido en sus pensamientos—. Una vez aposté por Divis Borek de Miletínek. El segundo fue Hynek de Kolstejn... Pero no era ninguno de éstos...

—¿Preguntas o afirmas? Porque te he repetido cien veces que no era ninguno.

—Sí, y bien que te fijaste en ellos... aquella vez. Cuando te llevé conmigo...

—¿En Ústí? Ya me acuerdo...

Toda la suave ladera estaba cubierta de cadáveres, pero el espectáculo realmente macabro era el que se divisaba en el Zdímicky, un riachuelo que corría por el fondo del valle. Allí, medio sumergidos en el lúgubre enrojecido por la sangre, se amontonaban los cuerpos, restos humanos mezclados con los caballos muertos. Era evidente lo que había pasado. Las orillas cenagosas habían retenido a los sajones y a los de Meissen que huían del campo de batalla, los habían frenado el tiempo suficiente para que se les echara encima, primero, la caballería taborita y, poco después, las rugientes hordas de infantería que venían detrás. Los jinetes checos, polacos y moravos no se entretuvieron demasiado en sus acometidas, enseguida emprendieron la persecución de la caballería que escapaba hacia la ciudad de Ústí. En cambio, la infantería, integrada por husitas, taboritas y Huérfanos, se quedó más tiempo en el riachuelo. Acuchillaron y machacaron a todos los alemanes. Sistemáticamente, manteniendo el orden, los rodearon, los acorralaron, y entraron en acción los mayales, las mazas, las cachiporras, las alabardas, las bisarmas, las gujas, las hachas, las picas y los biellos. No había cuartel. Cuando volvían del combate, los batallones de guerreros de Dios, desgañifados, cantando a coro, cubiertos de sangre de pies a cabeza, no llevaban prisioneros.

En la otra orilla del Zdímicky, en los alrededores del camino a Ústí, la caballería y la infantería todavía tenían trabajo. Sobre las nubes de polvo se elevaban los chirridos del metal, el tumulto, el griterío. El humo negro se extendía por la tierra, ardían Predlice y Hrbovice, aldeas de la otra orilla del

río. También allí, a juzgar por los ruidos, seguía la matanza.

Los caballos bufaban, doblaban la cabeza, amusgaban las orejas, miraban de reojo, pateaban. El bochorno era insoportable.

Con estruendo, levantando el polvo, unos jinetes galopaban hacia ellos. Rohác de Dubá, Wyszek Raczynski, Jan Bleh de Tesnice, Puchala.

—Casi hemos acabado con ellos. —Rohác gargajeó, escupió, se limpió los labios con el dorso de la mano—. Eran alrededor de trece mil. Nos hemos cargado, según las primeras estimaciones, a unos tres mil quinientos. De momento. Porque ahí todavía andan liados. Los caballos de los sajones están exhaustos, no tienen forma de escapar. Así que podemos añadir unos cuantos más a la cuenta. Nos acercaremos, a mi modo de ver, a los cuatro mil.

—Puede que esto no sea Grunwald. —Dobko Puchala mostró los dientes al sonreír. Apenas se veía la cabeza de bisonte de su escudo, tapado como estaba por una capa de barro ensangrentado—. Puede que no sea Grunwald, pero tampoco está mal. ¿Qué decís, mi señor?

—Señor Procopio —Korybutovich no parecía haberle oído—, ¿no os parece que ha llegado el momento de pensar en la caridad cristiana?

Procopio el Rasurado no respondió. Guió a su caballo cuesta abajo, hasta el Zdímicky. Entre cadáveres.

—La caridad es la caridad —dijo irritado Jakubek de Vresovice, hetmán^[2] de Bílina, que iba algo más retrasado—. ¡Y el dinero es el dinero! ¡Es una lástima, pero es así! Fijaos en ése, sin cabeza, con unas horcas cruzadas en el escudo. Tiene que ser un Kalckreuth. El rescate no habría bajado de cien schockgrosches, de los de antes de la revolución. Y ése de ahí, con los mondongos al aire, el del escudo tronchado donde figuran unas navajas de poda, va a ser un Dietrichstein. Un notable linaje, no menos de trescientos,...

En el mismo riachuelo, los Huérfanos, que estaban expoliando los cadáveres, sacaron de debajo del montón de restos a un mozalbete vivo con armadura y escudo blasonado. El joven cayó de hinojos, cruzó los brazos, imploró. Después empezó a gritar. Le dieron un hachazo. Dejó de gritar.

—En campo de sable, un galón almenado de plata —constató sin emoción Jakubek de Vresovice, experto, por lo visto, en heráldica y en economía—. Así que es un Nesselrode. De los condes. Por este mocosó

habrían dado unos quinientos. Estamos perdiendo mucho dinero, hermano Procopio.

Procopio el Rasurado volvió hacia él su cara de aldeano.

—El Señor es el juez —dijo con voz ronca—. Quienes aquí yacen no tenían su sello en la frente. Sus nombres no constaban en el libro de los vivos... Además —añadió tras unos momentos de pesado silencio—, no los habíamos invitado a venir.

—¿Neplach?

—¿Qué pasa?

—Veo que sigues haciendo que me espíen, tus esbirros no me dejan ni a sol ni a sombra. ¿Se va a mantener esta situación mucho tiempo?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Me parece que no hace ninguna falta...

—Reynevan, ¿acaso yo te enseñé a aplicar sanguijuelas?

Estuvieron un rato callados. Flutek no paraba de dirigir miradas a la soga cortada, que colgaba de una viga del techo.

—Las ratas —comentó pensativo— huyen del barco que se hunde. No sólo en Silesia las ratas conspiran en abadías y castillos, buscan protección en el extranjero, les besan el trasero a obispos y duques. Porque su nave se va a pique, porque tienen el miedo en el culo, porque es el final de las esperanzas ilusorias. Porque nosotros vamos para arriba, y ellos van para abajo, hacia las cloacas. Korybutovich se ha desplomado, en Ústí cunde el pogromo y la masacre, a los austríacos les han dado para el pelo y les han rematado en Zwettl, en Lausacia los incendios llegan hasta Zgorzelec. Uhersky Brod y Presburgo son presas del pánico, Olomouc y Tmava tiemblan detrás de sus murallas, Procopio triunfa...

—Por ahora.

—¿Cómo que por ahora?

—Allí, cerca de Stríbro... Se dice en la ciudad...

—Ya sé lo que se dice en la ciudad.

—Una cruzada viene hacia aquí.

—Lo normal.

—Al parecer, toda Europa...

—No toda.

—Ochenta mil hombres armados...

—Y una mierda. Treinta mil, como mucho.

—Pero dicen...

—Reynevan —le interrumpió tranquilamente Flutek—. Piensa un poco. Si fuera una auténtica amenaza, ¿seguiría yo aquí?

Callaron por un tiempo.

—Además, en cualquier momento —dijo el jefe de espionaje taborita— se puede aclarar la situación. En cualquier momento. Escucha.

—¿Qué pasa? ¿Cómo lo sabes?

Neplach le mandó callar con un gesto. Le indicó la ventana. Le hizo una señal para que aguzara el oído.

Las campanas de Praga habían tomado la palabra.

Empezó Nové Mesto. Primero fue la iglesia de la Visitación de María, después la siguió el monasterio eslavo de Emaús, poco después repicaron las campanas de la iglesia de San Wenceslao en Zderaz, se unió al coro San Esteban, a continuación San Adalberto y San Miguel, tras ellos, melodiosa y cantarina, Nuestra Señora de las Nieves. Al cabo de unos instantes, se oyó el tañido de las campanas de Staré Mesto: primero se sumó San Gil, luego San Galo, por fin, estruendoso y triunfal, el templo de Tyn. Después respondieron los campanarios de Hradcany: en San Benito, en San Jorge, en Todos los Santos. Finalmente, las campanas de la catedral, las más venerables, las más profundas, las más sonoras, empezaron a tañer, sobrevolando toda la ciudad.

La dorada Praga cantaba con todas sus campanas.

En la plaza de Staré Mesto el barullo era infernal. Al pie del ayuntamiento se amontonaba la multitud, el gentío se arremolinaba a sus puertas. Las campanas seguían tocando. Reinaba un desorden indescriptible. La gente se empujaba, se gritaba, gesticulaba, sólo se veían rostros sudorosos, rojos del esfuerzo y la excitación, bocas abiertas. Miradas febriles.

—¿Qué pasa? —Reynevan le tiró de la manga a un curtidor que olía a humedad—. ¿Noticias? ¿Hay noticias?

—¡El hermano Procopio ha derrotado a los cruzados! ¡En Tachov! ¡Les ha molido a palos! ¡Ha acabado con ellos!

—¿Ha sido una batalla campal?

—¡Qué va a haber batalla! —gritó al lado un tipo que, con media cara enjabonada, se veía que había salido a escape del barbero—. ¡Nada de eso! ¡Huyeron! ¡Los papistas se largaron! ¡Corrían como descosidos! ¡Presa del pánico!

—¡Se han deshecho de todo! —gritaba un aprendiz, fuera de sí—. ¡Armas, cajas, bienes, víveres! ¡Y han huido! ¡Han huido de Tachov! ¡El hermano Procopio ha triunfado! ¡El Cáliz ha triunfado!

—¿Qué estáis diciendo? ¿Qué han huido? ¿Sin presentar batalla?

—¡Sí, sí, han huido! ¡Y en su huida los nuestros los han hecho picadillo! ¡Tachov está cercado, los señores del *landfryd* están rodeados en el castillo! El hermano Procopio está triturando las murallas con sus bombardas, ¡hoy mismo, mañana a lo sumo, serán suyos! ¡El hermano Jakubek de Vresovice acosa sin descanso al señor Heinrich von Plauen!

—¡Silencio! ¡Callaos todos! ¡Ahí está el hermano Jan!

—¡El hermano Jan! ¡El hermano Jan! ¡Y los concejales!

Las puertas del ayuntamiento se abrieron, un grupo apareció en las escaleras.

Por delante iba Jan Rokycana, párroco de Santa María de Tyn, un hombre de mediana altura, de aspecto respetable, por no decir venerable. Y no era un anciano. El ideólogo principal, en esos momentos, de la revolución utraquista tenía treinta y cinco años. Le sacaba diez a Reynevan. Junto a su célebre discípulo, respirando con dificultad, venía Jacobellus de Stríbro, *magister* de la universidad. Medio paso por detrás venía Peter Payne, un inglés con cara de asceta. Les seguían los concejales de Staré Mesto: el poderoso Jan Velvar, Matej Smolar, Václav Hedvik. Y otros.

Rokycana se detuvo.

—¡Hermanos checos! —gritó, levantando ambas manos—. ¡Ciudadanos de Praga! ¡Dios está con nosotros! ¡Y Dios nos ampara!

Estalló el rugido de la multitud, después se calmó, se apagó. Las

campanas de las iglesias iban dejando de tañer. Rokycana no bajaba los brazos.

—¡Los herejes —gritó al fin, aún más fuerte— han sido derrotados! ¡Aquéllos que, incitados por Roma, profanaron la Santa Cruz colocándola sobre sus armas infames! ¡Se han encontrado con el castigo divino! ¡La victoria es del hermano Procopio!

La muchedumbre rugió con una sola voz, se elevaron los vítores. El predicador hizo callar a la gente.

—A pesar de que han venido hasta aquí —continuó— las hordas infernales, a pesar de que han extendido contra nosotros las garras sanguinarias de Babilonia, a pesar de que la furia del Anticristo romano ha vuelto a amenazar la religión verdadera. ¡Dios nos ampara! ¡El Señor de los Cielos levantó su mano para aniquilar el poder de sus enemigos! ¡El mismo Señor que hundió los ejércitos del faraón en las aguas del mar Rojo, el que hizo que huyeran ante Gedeón las huestes innumerables de los madianitas! ¡El Señor que en el curso de una sola noche, por medio de su ángel, derrotó a ciento ochenta y cinco mil asirios! ¡Ese mismo Señor sembró el terror en el corazón de nuestros enemigos! ¡Igual que los soldados del blasfemo Senaquerib huyeron ante las puertas de Jerusalén, de ese mismo modo la jauría papista, presa del pánico, se dio a la fuga en Stríbro y en Tachov!

—Los siervos del diablo —le secundó Jacobellus, en un tono más bajo—, nada más divisar el Cáliz en los estandartes del hermano Procopio, nada más escuchar el cántico de los guerreros de Dios, se dispersaron despavoridos, y no quedaron dos juntos. ¡Eran como la paja barrida por el viento!

—*Deus vicit!* —exclamó Peter Payne—. *Ventas vicit!*

—*Te Deus laudamus!*

La multitud rugía y gritaba. Tanto que Reynevan sintió una punzada en los oídos.

Aquella tarde, la del 4 de agosto de 1427, Praga celebró la victoria con estruendo y algazara, los habitantes respondieron a semanas de temor e inseguridad con un festejo espontáneo y frenético. Cantaron por las calles, bailaron en torno a las hogueras en las plazas, se divirtieron en jardines y

patios. Los más santurrones honraron la victoria de Procopio con oficios religiosos, celebrados *impromptu* en todas las iglesias de Praga. Los menos devotos tenían un amplio abanico de fiestas donde elegir. Por todas partes, en Staré Mesto y en Nové Mesto, en Malá Strana, donde aún seguían ardiendo muchos fuegos, en Hradcany, en casi todos los rincones, los taberneros, para festejar el triunfo sobre los cruzados, sirvieron alcohol y comida gratis, por cuenta de la casa. A todo lo largo y ancho de Praga saltaron tapones y corchos de los toneles, parrillas, asadores y calderos despidieron su aroma. Como de costumbre, algunos taimados posaderos aprovecharon la ocasión para deshacerse, con la excusa de la generosidad, de productos a los que les faltaba poco para fermentar o para pudrirse, y de algunos a los que ya no les faltaba nada. Pero ¡quién iba a fijarse en esas cosas! ¡La cruzaba había fracasado! ¡Había pasado el peligro! ¡Alegría!

A todo lo largo y ancho de Praga la gente se lo pasaba en grande. Se levantaron las copas en honor del intrépido Procopio el Rasurado y de los guerreros de Dios, y para desear la perdición de los cruzados que habían escapado de Tachov. En concreto, del jefe militar de la cruzada, Otto von Ziegenhain, arzobispo de Tréveris, se esperaba que la palmara de camino a casa o, al menos, que cayera enfermo. Se cantaban improvisadas coplas sobre cómo, nada más ver las enseñas de Procopio, el legado papal Henri de Beaufort, muerto de miedo, se había cagado en los calzones.

Reynevan se unió a la juerga. Primero en la plaza de Staré Mesto, después, en compañía de un grupo fortuito —aunque muy numeroso—, se desplazó a Perstyn, a la taberna del Oso, cerca de la iglesia de San Martín de la Muralla. Desde allí, la alegre compañía se trasladó a Nové Mesto. Tras recoger por el camino a varios borrachines que estaban en el cementerio de Nuestra Señora de las Nieves, los juerguistas se dirigieron al Mercado de Caballos. Allí visitaron otros dos establecimientos: La Yegua Blanca y Casa Mejzlík.

Reynevan seguía fiel al grupo. Ni que decir tiene que él también tenía ganas de disfrutar y de celebrar, se alegraba sinceramente de la victoria en Tachov, y estaba menos preocupado por Scharley. La ruta le convenía: de todos modos, vivía en Nové Mesto. Eso sí, no podía ir a Soukenická, a la farmacia del Arcángel, donde esperaba encontrar a Sansón Mieles. Había

descartado definitivamente esa idea. Temía exponer el local clandestino al peligro de ser incendiado, y a los alquimistas y magos checos al de ser descubiertos. Y a cosas aún peores. Y ese riesgo existía. Entre la bullanguera multitud congregada en La Yegua pasó varias veces por delante de él la silueta gris, la capucha gris y la cara gris del espía. Por lo visto, Flutek nunca se daba por vencido.

Así que se lo pasó bien, aunque con moderación, sin exagerar con la bebida, pese a que las pociones mágicas ingeridas en Soukenická le inmunizaban contra todo tipo de toxinas, incluido el alcohol. Pero ya había decidido dejar la compañía. La diversión en Casa Mejzlík se acercaba —y, hasta cierto punto, ya había llegado— a esa fase que Scharley llamaba «vino, cántico y vómito». No era ninguna casualidad que las mujeres quedaran fuera de la lista.

Reynevan salió a la calle, tomó aire. Praga estaba en silencio. Los ecos de las juergas iban siendo derrotados poco a poco por los coros que formaban las ranas del Moldava y los grillos de los jardines de los claustros.

Fue en dirección a la Puerta de los Caballos. De las fondas y tabernas que iba dejando atrás salían olores agrios, tintineos de jarras, chillidos de mozas, gritos un tanto amodorrados y cánticos que sonaban cada vez más desganados.

*Já rezník, ty rezník, oba rezníci
Pudem za Prahu pro jalovici
Jak budu kupovat, ty budeš smlouvat
Budem si panenky hezky namlouvat^[3]!*

Soplaba la brisa, trayendo el olor de las flores, de las hojas, del limo, del humo y de sabe Dios cuántas más cosas.

Y de la sangre.

Praga seguía apestando a sangre. Reynevan no había dejado de notar ese olor que iba con él a todas partes, lo tenía metido en la nariz. Sentía la inquietud que despertaba ese olor. Cada vez había menos gente en la calle. Los espías de Neplach no daban señales de vida. Pero su inquietud no remitía.

Torció por Stará Pasířská, luego se metió en una callejuela llamada En el Foso. Iba pensando en Nicoletta, en Catalina Biberstein. Pensaba en ella intensamente y no tardó en advertir las consecuencias de ese pensamiento. Su recuerdo se le había presentado con tanta viveza y realismo, con tantos detalles, que en cierto momento la situación se le hizo insoportable: Reynevan se detuvo como un autómeta y miró a su alrededor. Como un autómeta, porque sabía de sobra que, en cualquier caso, no tenía adonde acudir. En agosto mismo de 1419, apenas veinte días después de la defenestración, en Praga habían acabado con todos los burdeles, sin dejar ni uno, y habían expulsado de la ciudad a todas las jóvenes casquivanas. En lo tocante al rigor en las costumbres, los husitas eran muy rigurosos.

El recuerdo realista y minucioso de Catalina despertó otra imagen en su mente. Blazena Pospíchalová, la dueña de la vivienda que Reynevan compartía con Sansón Mieles, situada en la esquina de las calles Stepánská y Na Rybnícku, era una viuda de generosos encantos y unos preciosos ojos azules. Más de una vez esos ojos se habían fijado en Reynevan de un modo tan elocuente que cabía sospechar que doña Blazena estaba interesada en algo que Scharley solía definir, prolijamente, como «uniones basadas exclusivamente en el deseo, y que no son fruto de un compromiso sancionado por la Iglesia». El resto del mundo lo definía de un modo notablemente más breve y más crudo. Pero los husitas esa clase de asuntos, crudamente definidos, los trataban, como queda dicho, con extremo rigor. Es cierto que, por lo general, solían hacerlo para guardar las apariencias, pero el caso es que nunca se sabía quién iba a servirles, ni con qué pretexto, para guardar las apariencias. Así que, aunque Reynevan captaba las miradas de doña Blazena, se hacía el despistado. En parte, por miedo a meterse en problemas y, en parte —en mayor medida, incluso—, por su deseo de mantenerse fiel a su amada Nicoletta.

Un fuerte maullido lo sacó de sus reflexiones, del callejón que estaba a su derecha salió de repente un enorme gato bermejo que echó a correr por la calle. Reynevan, de inmediato, apresuró el paso. Naturalmente, al gato lo podían haber ahuyentado los espías de Flutek. Pero también podía tratarse de unos vulgares bandidos, al acecho de un viandante solitario. Caía la noche, casi no se veía un alma, y en esas circunstancias las calles de Nové Mesto ya

no eran seguras. Aquellos días, con la mayor parte de la guardia ciudadana engrosando las filas del ejército de Procopio, era muy poco recomendable deambular en solitario por Nové Mesto.

Reynevan no tenía intención de seguir solo. A una quincena de pasos por delante de él iban caminando dos vecinos de Praga. Tuvo que hacer un esfuerzo para darles alcance: marchaban deprisa y, al oír el eco de sus pasos, aceleraron aún más. De improviso, se metieron en un callejón. Reynevan los siguió.

—¡Eh, hermanos! ¡No tengáis miedo! Lo único que quería...

Los hombres se volvieron. Uno de ellos tenía un chancro purulento justo debajo de la nariz. Y un cuchillo en la mano, un cuchillo corriente de carnicero. Y el otro, más bajo, achaparrado, estaba armado de un machete con la guarda en forma de ese. Ninguno de los dos era un espía de Flutek.

El tercero, que venía por detrás, el que había ahuyentado al gato, un hombre entrecano, tampoco era un espía. Sostenía una daga, fina y punzante como una aguja.

Reynevan retrocedió, pegó la espalda a la pared. Ofreció a los matones su bolsa de médico.

—Señores... —balbuceó, castañeteando los dientes—. Hermanos... Tomad esto... Es todo lo que tengo... Pi... pi... piedad... No me matéis...

Las jetas de los matones, que se habían mantenido severas y cerradas, se relajaron, se distendieron, dibujaron una mueca displicente. En sus ojos, fríos y vigilantes hasta ese momento, surgió una crueldad desdeñosa. Esgrimiendo sus armas, se acercaron a aquella presa fácil, digna de menosprecio.

Pero Reynevan había pasado a la segunda fase. Tras su jugada psicológica a la Scharley, había llegado el momento de emplear otros métodos. Aprendidos con otros maestros.

El primer tipo no se esperaba en absoluto un ataque, ni contaba con que la bolsa de médico le acertara de lleno en la nariz ulcerada. Un puntapié en la pierna hizo tambalearse al segundo. El tercero, el bajito, se quedó estupefacto al ver que su machete tajaba el aire mientras él mismo se desplomaba sobre un montón de desechos, después de tropezar en una pierna hábilmente dispuesta. Viendo que los otros se arrojaban sobre él, Reynevan soltó la bolsa y en un abrir y cerrar de ojos se sacó un estilete del cinto. Hundió el cuchillo

por debajo del brazo, hizo palanca con la muñeca y el codo, tal como mandaba *Das Fechtbuch*, obra de Hans Talhoffer. Empujó a uno de sus rivales contra el otro, se apartó de un salto, volvió a atacar por un flanco, empleando la finta recomendada en esas situaciones por el *Flos duellatorum*, debido a Fiore da Cividale, en el tomo consagrado a los combates a cuchillo, capítulo primero. Cuando el esbirro, en un acto reflejo, paró el golpe por arriba, Reynevan le pinchó en un muslo, de acuerdo con el segundo capítulo de ese mismo manual. El matón aulló, cayó de rodillas. Reynevan saltó para atrás, de paso le dio una patada al otro que estaba tratando de levantarse del montón de basuras, dio un nuevo salto para esquivar su acometida y fingió que había dado un traspies y había perdido el equilibrio. Estaba claro que el matón canoso de la daga no leía a los clásicos y no sabía lo que era una finta, porque lanzó un ataque tan impetuoso como desmañado, que anduvo tan cerca de acertar a Reynevan como si hubiera sido una garza con su pico. Reynevan, tranquilamente, le asió del brazo, se lo retorció, le sujetó del hombro, como enseña *Das Fechtbuch*, lo dejó inmovilizado, apoyado contra el muro. Al tratar de liberarse, el esbirro lanzó un golpe impetuoso con su puño izquierdo, que acertó de lleno en la punta del estilete, situado de acuerdo con las indicaciones del *Flos duellatorum*. La fina hoja se hundió profundamente. Reynevan oyó el chasquido de los huesos triturados del metacarpo. El esbirro soltó un grito agudo y cayó de rodillas, apretándose contra el vientre la mano chorreante de sangre.

El tercer asaltante, el chaparro, se le echó encima rápidamente, lanzó un machetazo cruzado, de través, de izquierda a derecha, muy peligroso. Reynevan se apartó, parando el golpe y saltando hacia atrás, a la espera de alguna de las colocaciones o posiciones descritas en los manuales. Pero ni *Meister* Talhoffer ni *messer* Cividale le hicieron más falta ese día. Por detrás del matón del machete surgió de repente una cosa muy gris, con una capucha gris, una almilla gris y unas calzas grises. Se oyó el silbido de un bastón de madera clara, seguido de un golpe seco, indicativo de un enérgico impacto en el cogote. El gris era muy rápido. Antes de que el esbirro cayera al suelo, le dio tiempo a golpearle de nuevo.

Flutek, acompañado de algunos agentes suyos, entró en el callejón.

—Bueno, ¿qué? —preguntó—. ¿Sigues pensando que no hay razones

para tenerte vigilado?

Reynevan respiró hondo, cogiendo aire a bocanadas. Sólo en ese momento empezaba a bullir en su interior la adrenalina. Se le nubló la vista, tanto que tuvo que apoyarse en la pared.

Flutek se acercó, se inclinó para examinar al matón de la mano atravesada que no cesaba de gemir. Imitó, con unos rápidos movimientos, el bloqueo alemán y el contraataque italiano empleados por Reynevan.

—Vaya, vaya. —Meneó la cabeza con una mezcla de admiración y de incredulidad—. Los has ejecutado con maestría. Con auténtica maestría. Quién iba a decir que ibas a alcanzar tanta destreza a base de ejercicios. Sabía que visitas la casa de un maestro de esgrima. Pero resulta que tiene dos hijas. Así que creí que te dedicabas a ejercitarte con alguna de ellas. O con las dos.

Dio orden de que amarraran al esbirro sollozante y ensangrentado. Buscó con la mirada al que había recibido la herida en el muslo, pero se había escabullido discretamente. Hizo levantar al que había sido molido a palos. Estaba aturdido, babeaba y era absolutamente incapaz de fijar la mirada, bizqueaba continuamente y ponía los ojos en blanco.

—¿Quién os ha contratado?

El esbirro volvió a bizquear y trató de escupir. No lo logró. Flutek hizo una señal con la cabeza y el tipo se llevó un palo en los riñones. Mientras intentaba coger aire, soltando un silbido, le volvieron a dar. Con un gesto indolente, Flutek ordenó que se lo llevaran.

—Ya nos lo contarás —le prometió—. Todo. Conmigo, nadie se queda callado.

Flutek se volvió hacia Reynevan, que seguía apoyado en el muro.

—Preguntarte por tus sospechas sería un insulto a tu inteligencia. Por eso te lo pregunto. ¿Tienes alguna sospecha de quién puede ser el responsable?

Reynevan sacudió la cabeza. Flutek también la sacudió, en señal de aprobación.

—Ya me lo contarán esos perdonavidas. Conmigo, nadie se queda callado. Hasta Martínek Loquis acabó por hablar, y mira que era duro y obstinado ese chisgarabís, ese visionario, auténtico mártir de la causa. Esos truhanes, contratados por unos cuantos grosches prerrevolucionarios, largarán lo que haga falta nada más ver las herramientas. Pero, de todos modos, pienso

mandar que les calienten bien. Por pura simpatía hacia ti, su víctima frustrada. No me des las gracias.

Reynevan no le dio las gracias.

—Por pura simpatía —prosiguió Flutek—, voy a hacer otra cosa por ti. Voy a permitirte vengar personalmente la muerte de tu hermano, con tus propias manos. Sí, sí, has oído bien. No me des las gracias.

Reynevan tampoco le dio las gracias en esta ocasión. Por otra parte, las palabras de Flutek aún no habían acabado de llegar hasta él.

—Dentro de un tiempo, uno de mis hombres se presentará ante ti. Te dirá que te dirijas a la plaza de Staré Mesto, a una casa llamada El Caballito Dorado, la misma en la que hemos estado charlando hoy. Preséntate allí sin demora. Y lleva una ballesta. ¿Te acordarás? Muy bien. Adiós.

—Adiós, Neplach.

No hubo más contratiempos. Ya era de noche cuando Reynevan llegaba a la esquina de las calles Stepánská y Na Rybnícku, a una casa con un cuartito en el piso de arriba que le había alquilado, a medias con Sansón Mielles, a la señora Blazena Pospíchalová.

A la viuda, de unos treinta años, de un tal Pospíchal, a quien Dios tenga en su gloria, *requiescat in pace*, quienquiera que hubiera sido, hubiera hecho lo que hubiera hecho, hubiera vivido como hubiera vivido y hubiera muerto como hubiera muerto.

Abrió muy despacito el portillo que daba al jardín, entró en el zaguán, donde no se veía tres en un burro. Puso mucho cuidado en que la puerta no chirriase y no crujieran los peldaños de la vieja escalera. Siempre hacía lo mismo al volver a casa. No quería despertar a doña Blazena. Le preocupaban las consecuencias a que pudiera dar lugar la confrontación con la señora de la casa si se topaba con ella a oscuras.

A pesar de todos sus esfuerzos, los escalones hicieron un ruido infernal. Se abrió una puerta, brotaron efluvios de *l'eau de la reine de Hongrie*, de rosa, de vino, de cera, de mermelada, de madera vieja, de sábanas recién lavadas. Reynevan notó cómo un brazo rollizo le rodeaba el cuello y un par de pechos rollizos le acorralaban contra el pasamanos de las escaleras.

—Hoy toca celebrar —le susurró al oído doña Blazena Pospíchalová—.
Hoy es fiesta, rapaz.

—Doña Blazena... Acaso... Habría que...

—Tú calladito. Ven.

—Pero...

—Calla.

—¡Yo quiero a otra!

La viuda lo arrastró hasta su habitación, le hizo echarse en la cama. Reynevan se sumergió en las profundidades del edredón, que olía a almidón, se hundió, paralizado por la blandura de las plumas.

—Yo... quiero... a otra...

—Pues quiérete a ti mismo.

Capítulo segundo

En el que Flutek mantiene su palabra, Hynek de Kolstejn trae la santa paz a Praga y la historia hiere y mutila, obligando a los médicos a trabajar duro.

Flutek mantuvo su palabra. Algo que, por lo demás, pilló completamente desprevenido a Reynevan.

Había pasado un mes desde aquella conversación, desde el día de los festejos con ocasión de la victoria de Tachov. Desde el ataque. Y desde el incidente con la señora Blazena Pospíchalová, que había tenido lugar la noche del 4 al 5 de agosto. El incidente con la señora Blazena se había repetido, a qué negarlo, varias veces más y, en conjunto, tenía más aspectos positivos que negativos. Entre los primeros se contaban los abundantes y apetitosos desayunos con que, a partir del 5 de agosto, la señora Blazena había empezado a agasajar a sus inquilinos. Reynevan y Sansón, que hasta entonces habían disfrutado de unas colaciones más bien irregulares y escasas, desde el 5 de agosto habían comenzado a acudir a sus obligaciones saciados y contentos con su vida: por el camino sonreían alegremente a sus semejantes y silbaban animadamente, mientras recordaban el sabor de los panecillos, el requesón, la cebolleta, la morcilla, los pepinillos y el revuelto de apio rallado. La señora Blazena les ponía huevos revueltos con apio con mucha frecuencia. Los huevos, solía decir, lanzándole a Reynevan unas miradas aterciopeladas como la flor del edelweiss, aumentan el vigor. Y el apio, añadía, aumenta el deseo.

Un mes después de aquellos sucesos, el sábado 6 de septiembre, en vísperas de la celebración de la Natividad de María, mientras Reynevan y Sansón daban cuenta de sus huevos con apio, apareció en la habitación,

sigiloso como una sombra gris, el tipo gris con calzas grises que tan bien conocía Reynevan.

—Al señor lo esperan —dijo con calma y concisión—. En El Caballito Dorado. Sin demora, señor.

Las calles de Praga estaban excepcionalmente desiertas, no se veía un alma. Se podía palpar la tensión, el pulso de la ciudad era nervioso, intranquilo e irregular. Los tejados brillaban después de la lluvia, que había caído antes del alba.

Marchaban en silencio. Sansón Mielles fue el primero en hablar.

—Hace casi exactamente dos años —dijo— estábamos en Ziebice. El 8 de septiembre de 1425 llegaste a Ziebice. Con la noble misión de rescatar a tu amada. ¿Recuerdas?

En lugar de responder o comentar algo, Reynevan apretó el paso.

—En estos dos años —Sansón no se rendía— has sufrido una auténtica metamorfosis. Has cambiado de religión y de forma de entender el mundo. Lo que no es poco. En defensa de ambas, unas veces has acudido a combatir con las armas en la mano, otras veces has dejado que se aprovecharan de ti políticos, espías y truhanes. Pero aquel intento de rescate no obedecía a motivos nobles. Al contrario: te movía la venganza ciega. Una venganza que, aun admitiendo que por algún milagro alcanzara a los auténticos culpables, de todos modos nunca iba a devolverle la vida a tu hermano.

Reynevan se detuvo.

—Eso ya lo hemos discutido —respondió secamente—. Conoces cuáles son mis motivos. Y prometiste ayudarme. Así que no entiendo...

—¿Por qué vuelvo a lo mismo? Porque siempre vale la pena volver a esas cuestiones. Siempre vale la pena intentarlo, a lo mejor funciona, a lo mejor a alguien se le abren los ojos o recupera el sentido común. Pero tienes razón. Prometí ayudarte. Y voy a ayudarte. Vamos.

La Puerta de San Galo —oh prodigio— no estaba vigilada, ni se veía por allí a ningún hombre armado. Era algo de lo más insólito, teniendo en cuenta que aquella puerta y el puentecillo sobre el foso constituían el paso principal entre el Nové Mesto y el Staré Mesto, y las relaciones entre estos dos barrios eran tan tensas que la presencia de patrullas armadas junto a la puerta se había hecho imprescindible. Pero aquella mañana no había ni rastro de

guardias, el túnel de la puerta estaba desierto. Invitaba a entrar. Arteramente. Como una trampa.

También estaban vacías las callejuelas situadas a espaldas de la iglesia de San Galo, habitualmente atestadas de tenderetes y puestos, y un extraño silencio reinaba en el Mercado de Pescado. Y la plaza del Staré Mesto parecía muerta. Dos perros, un gato y una treintena de palomas, en paz y armonía, bebían agua de un charco al pie de la picota, sin reparar siquiera en los escasos viandantes que pasaban fugazmente junto a los muros de las casas.

Mojadas por la lluvia, relucían las esferas que remataban los pináculos del templo de Nuestra Señora de Tyn. La torre del ayuntamiento relumbraba como un tridente dorado.

El *korologium* del ayuntamiento, el reloj de la torre, rechinó como de costumbre, dio la hora y señaló algo: como de costumbre, no se sabía muy bien qué, por qué y a qué distancia exacta. Pero a juzgar por la posición del sol, apenas habría llegado la hora tercia.

Flutek esperaba en la casa del Caballito Dorado, en la misma sala que la otra vez, aunque en esta ocasión tuvieron que prescindir del ahorcado.

De pie junto a la ventana, el espía taborita escuchaba los informes que le iban presentando unos tipos con pinta de agentes, así como otros tipos que no tenían pinta de ser agentes. Vio llegar a Reynevan. No le hizo gracia la presencia de Sansón.

—Aquí estás.

—Aquí estoy.

—No has traído la ballesta —comentó con aspereza Neplach—. Tal vez sea mejor así. Igual te habrías lastimado. ¿Es imprescindible que esté presente este bobalicón?

—No, no es imprescindible. Baja a la calle, Sansón. Y espérame.

—Ponte ahí —le ordenó Flutek, después de que saliera Sansón—. Ahí, al lado de la ventana. Tú quieto, calladito y atento.

Se quedó quieto, calladito y atento. La plaza seguía vacía. Al pie de la picota, junto al charco, un perro se estaba rascando, un gato se lamía la cola y lo que ya no era cola, las palomas chapoteaban al borde del agua. En alguna parte, cerca de Ungelt y la iglesia de Santiago, se oyó el sonido de una trompa. Poco después el trompeteo llegó también desde el este, desde la

saqueada iglesia de San Clemente, antiguo claustro de los antiguos dominicos.

Un agente irrumpió en la sala con la lengua fuera. Flutek escuchó su informe.

—Vienen hacia aquí —anunció, acercándose a la ventana de al lado—. Son unos quinientos a caballo. ¿Has oído, Reynevan? Quieren tomar Praga con quinientos caballos, esos bufones. Sólo quinientos, y pretenden hacerse con el poder, los muy fanfarrones.

—¿Quiénes? ¿Quieres decirme de una vez qué es lo que está pasando aquí?

—Las ratas abandonan el barco que se va a pique. Acércate a la ventana. Asómate. Fíjate bien. Ya sabes a quién tienes que descubrir.

De pronto, los perros que estaban junto a la picota salieron pitando, y el gato echó a correr detrás. La bandada de palomas levantó el vuelo y viró en el aire, ahuyentada por el traqueteo de cascos que se aproximaba. Las huestes de caballería venían desde el sur, desde el foso, desde la Puerta de San Galo, desierta. Enseguida los jinetes —entre ellos, bastantes acorazados— empezaron a penetrar en la plaza con gran barullo y estrépito.

El destacamento de Divis Borek, de Kolín. —Flutek había reconocido los colores y las enseñas—. Hombres armados de Puta de Czastolovice. Escuderos de Jan Mestecky de Opocno. Coraceros de Jan Michalec de Michalovice. Jinetes de Otto de Bergow, señor de Trosky... ¿Quién va al frente?

Al frente de las huestes venía un caballero con armadura, pero sin yelmo. Sobre la blanca coraza destacaba su escudo: un león rampante de oro en campo de azur. Reynevan ya había visto antes al caballero, y también había visto el escudo. En la batalla de Ústí.

—Hynek de Kolstejn —dijo Flutek, apretando los dientes—. De la rama de Stepanice de los Valdstejn, de la gran familia de los Markvartici. El héroe de Vysehrad, actual señor de Kamyk, hetmán de Litomerice. Ha recorrido un largo camino desde la grandeza hasta la traición. Fíjate bien en sus acompañantes, Reynevan. Míralos con atención. Algo me dice que vas a reconocer a alguien.

El estruendo de los cascos y el chasquido de las armas resonaban en la

plaza del Staré Mesto, el eco rebotaba en las fachadas, se elevaba por encima de los tejados. Hynek de Kolstejn, el caballero del león, espoleó a su caballo gris justo delante del portalón del ayuntamiento del Staré Mesto.

—¡Santa paz! —gritó—. ¡El tiempo de la santa paz es llegado! ¡Basta ya de sangre, de violencia y de crímenes! ¡Liberad a los cautivos! ¡Liberad a Segismundo Korybut, nuestro legítimo rey y señor!

—¡Basta ya de gobiernos en manos de sangrientas camarillas! ¡Hay que poner fin al abuso, al asesinato y a la guerra! ¡Os traemos la paz!

—¡Santa paz! —Los jinetes secundaron a coro el lema—. ¡Santa paz! *Pax sancta!*

—¡Gente de la ciudad de Praga! —se desgañitaba Hynek—. ¡De la capital del reino de Bohemia y de todos los leales a este reino! ¡Acudid a nosotros!

—¡Señor alcalde del Staré Mesto! ¡Señores concejales! ¡Señores consejeros! ¡Acudid a nosotros! ¡Venid!

Las puertas del ayuntamiento no se abrieron ni una pulgada.

—¡Praga! —gritó Hynek—. ¡Praga libre!

Y Praga respondió.

Se oyó el estrépito de unos postigos al abrirse, asomaron por las ventanas los estribos y los arcos de las ballestas, los cañones de los arcabuces, los tubos de las espingardas. De repente, como a una orden, la plaza del Staré Mesto se sumió en el estruendo ensordecedor de los disparos, en el humo y la pestilencia de la pólvora. Una tempestad de balas y saetas se precipitó sobre los combatientes apiñados en la plaza. Los gritos, los gemidos, los aullidos de los hombres heridos, los relinchos y los gruñidos salvajes de los caballos lastimados estallaron y se elevaron por los aires. Los jinetes se agitaban confusos, arremetían unos contra otros, se derrumbaban desde las sillas y pisoteaban a los caídos. Algunos trataron de escapar al galope, pero ya no había forma de abandonar la plaza. Inmediatamente les habían bloqueado el acceso a las calles con maderos, les habían cerrado el paso atravesando cadenas. Les llovían flechas desde las barreras. Y por todas partes, desde la calle Zelezná, desde Michalská, desde Dlouhá Trida, desde Celetná, desde Tyn, la multitud armada afluía a la plaza.

Los jinetes, protegiéndose los unos a los otros con sus escudos, se

agolparon junto al ayuntamiento. Hynpk de Kolstejn se afanaba en poner orden, se había quedado ronco de tanto gritar. Pero seguían disparándoles desde las casas, las balas y las saetas volaban desde las ventanas de los edificios que rodeaban la plaza del Staré Mesto: de la casa del Unicornio, de la de las Puertas Rojas, de la del Cordero, de la de la Campana de Piedra, de la del Cisne. Les disparaban desde ventanas y ventanucos, desde saledizos y tejados, desde zaguanes y portales. Caballeros y escuderos, uno tras otro, caían derribados de sus sillas, caían los caballos coceando.

—Muy bien —dijo Flutek, apretando los dientes—. Muy bien, praguenses. ¡Ya son vuestros! Uy, no vas a salir vivo de ésta, señor de Kolstejn, de los Valdstejn. Tú ya no levantas cabeza.

Hynek de Kolstejn parecía que le hubiera oído, porque su batallón se dividió de pronto en dos alas. Una de ellas, formada por un centenar de caballos, dirigida por un caballero con un escudo negro y plateado, partió al galope hacia la iglesia de San Nicolás. La otra, con el propio Hynek a la cabeza, acometió a la turba que atacaba desde Dlouhá Trida.

El primer grupo desapareció del campo de visión de Reynevan. Sólo pudo deducir por los ruidos y el griterío que los jinetes estaban intentando abrirse paso entre las barricadas, progresar hacia el puente y Malá Strana. En cambio, sí vio cómo el ala de Hynek se lanzaba con ímpetu sobre los burgueses armados, cómo apretaba a la primera línea, cómo ahuyentaba a la segunda. Y cómo se quedaba clavado ante la tercera, al tropezar con la barrera de bisarmas, picas y horcas. Los praguenses aguantaban firmes, no se dejaban intimidar. Eran muchos. Eran fuertes. Y tenían fe.

Porque no paraban de llegar refuerzos.

—¡Muerte a los traidores! —gritaban, lanzándose al ataque—. ¡Al Moldava con ellos!

—¡Atacad, atacad, sin cuartel!

Los caballos, heridos, relinchaban y se encabritaban, los jinetes caían en el suelo, resbaladizo a causa de la sangre derramada. Y desde las ventanas llovían flechas y más flechas.

—¡Acabad con los traidores! ¡Al Moldava!

Los jinetes se retiraron, volvieron a la plaza, se dispersaron, corrían en pequeños grupos para abrirse paso con sus propias manos entre las barricadas

y las cadenas tendidas junto a San Nicolás y la calle Michalská. Pero Hynek no estaba entre ellos. El caballo del héroe de Vysehrad y de Ústí había caído, con las patas delanteras destrozadas por una guadaña. Al caballero le había dado tiempo de saltar, no soltó la espada, tajó a quienes se le echaron encima. Apoyado en el muro de la casa del Elefante, llamó a algunos que, como él, se habían visto descabalgados, pero al ver que las saetas de las ballestas caían sin parar, se introdujo de un salto en un zaguán abovedado y derribó una puerta cargando con el hombro. Una turba de praguenses se introdujo en la casa tras él. Hynek no tenía nada que hacer. La persecución fue breve, y el cuerpo ensangrentado, con el león de los Markvartici en la armadura, voló desde una ventana hasta el suelo y se estampó contra el empedrado de Praga.

—¡Una defenestración! —Flutek sonrió con una mueca diabólica—. ¡La segunda defenestración! ¡Cómo me gusta, su puta madre! ¡Justicia y simbolismo!

El defenestrado Hynek aún daba débiles señales de vida. Los praguenses le rodearon. Tardaron un tiempo en decidirse. Hasta que alguien puso fin a la indecisión y le clavó una jabalina. Otro le dio un tajo con un hacha. Y entonces todos empezaron a pinchar y cortar.

—¡Eso es! —Neplach se echó a reír—. ¡El simbolismo! ¿Qué, Reynevan? ¿Qué me dices de...? —Se calló. Reynevan ya no estaba en la sala.

Había que reconocer que el caballero del escudo biselado con campos de plata y de sable había salvado su vida de un modo sensato e ingenioso. En primer lugar, estando todavía en la plaza se había deshecho del escudo que lo identificaba. Mientras los jinetes que se habían visto rechazados por las barricadas situadas junto al Mercado de Verduras se reagrupaban detrás de la pequeña iglesia de San Leonardo, donde volvieron a acometer a los vecinos de Praga y a entregarse a un combate encarnizado, el caballero de plata y negro, sin dudarlo, había hecho dar la vuelta a su montura y se había escabullido por una callejuela, despojándose al galope de su capa ricamente bordada. Fue a parar, ahuyentando a patos y mendigos, a una plazuela conocida como la plazuela del Charco. Al oír el griterío de los perseguidores, que se iban acercando, soltó una maldición, saltó de la silla, golpeó al caballo

en las ancas, se coló en un angosto y oscuro pasadizo que llevaba a la calle Platnéřská. Los praguenses, con un alarido, siguieron el golpeteo de los cascos del animal, que corría hacia el convento de los dominicos y hacia el río Moldava. Un río en cuyas profundidades, como se podía deducir de los alaridos de la chusma, que ya resultaban cansinos, en breve encontrarían su final todos los rebeldes y traidores.

Las voces se apagaron, cada vez estaban más lejos. El caballero respiró aliviado, sonrió por debajo de su bigote. Ya casi estaba seguro de que la cosa acabaría bien.

Y quién sabe, tal vez habría acabado bien para él de no haber sido por el hecho de que Reynevan conocía perfectamente el terreno. La calle Platnéřská y los callejones que salían de ella habían alojado en tiempos prerrevolucionarios algunos burdeles acogedores y baratos, de modo que todos los estudiantes y bachilleres de la Universidad Carolina se conocían al dedillo esa zona. Además, Reynevan y Sansón Mieles recurrían a la magia. A los amuletos telepáticos. Muy elementales, pero suficientes para establecer una comunicación rudimentaria. Para seguir la pista y dar con el rastro de alguien.

El caballero de plata y negro aguardó un instante, aprovechó ese tiempo para cubrir su armadura con un trozo de tela basta que había por allí. Se pegó a la pared al oír el estruendo de unas herraduras, pero sólo era un caballo que corría sin jinete, un overo con el flanco ensangrentado. Tras el caballo pasó corriendo, renqueando y mugiendo, una vaca manchada: el diablo sabría de dónde había salido.

Cuando los ruidos cesaron, el caballero se dirigió a toda prisa hacia Platnéřská. Entró en esta calle, se paró un momento, miró a su alrededor, atento a los ecos de peleas y degollinas, cada vez más apagados. Después se metió en el primer portal que encontró y apareció en un patio, donde se dedicó a quitarse las planchas metálicas que podían delatarle. Entre la ropa que estaba tendida en una cuerda encontró una camisa bastante gastada y suficientemente amplia, cosida evidentemente para una mujer encinta o gorda de por sí. Mientras se metía la camisa por la cabeza, hubo un momento en que no pudo ver nada.

Reynevan y Sansón aprovecharon ese momento.

Reynevan golpeó con ímpetu al caballero con una tabla recogida del suelo. Sansón agarró al golpeado de los hombros, lo zarandeó, lo levantó, lo empujó con fuerza contra un muro. Oh prodigio, en lugar de resbalar impotente por el muro, el caballero rebotó contra él, sacó inmediatamente de su funda una espada corta y se lanzó al ataque. Sansón se retiró de un salto, Reynevan alzó su tabla, el caballero la rechazó con fuerza, empujó con la punta de su arma, con tanta rapidez y destreza profesional que, de no haber sido por sus lecciones con el maestro de esgrima, Reynevan se habría despedido de sus entrañas y de su vida. El caballero volteaba hábilmente la espada en su mano y lanzaba rápidos tajos. Si no hubiera aprendido a hacer quiebros, la hoja le habría cortado la nuez a Reynevan interesándole las cervicales.

Sansón puso fin a aquella situación tan alarmante arrebatándole de un bastonazo el arma al caballero y tumbándolo de un puñetazo. El golpe fue tremendo, pero tampoco en esta ocasión el caballero estaba dispuesto a quedarse tendido en el sitio. Se puso de pie, agarró un barril vacío con ambas manos, lo levantó, soltó un bufido y, poniéndose colorado del esfuerzo, lo arrojó sobre Sansón Mielles. Pero pinchó en hueso. Sansón atrapó el proyectil al vuelo. Y se lo devolvió como si fuera una pelota. El caballero, golpeado en las piernas, cayó sobre un montón de paja.

Ya no pudo volver a levantarse. Reynevan y Sansón se le echaron encima, lo aplastaron, le retorcieron y amarraron las manos. Le envolvieron la cabeza con la camisa de mujer. Le sujetaron los pies enrollándole los tobillos con una larga soga. Y lo llevaron a rastras a un sótano próximo, tirando de la cuerda. Sin contemplaciones. No les importó que la cabeza del caballero golpeará rítmicamente contra los peldaños de piedra, ni hicieron caso de sus gemidos y maldiciones.

Arrojado sobre unos repollos, el caballero se incorporó entre quejidos y juramentos. Parpadeó cuando Reynevan le quitó la tela que le cubría la cabeza. Había un ventanuco en el sótano, algo se podía ver. El caballero estuvo observando largamente a Reynevan, más brevemente a Sansón. No tardó en darse cuenta de que sólo uno de los dos iba a intervenir en la negociación. Miró a Reynevan directamente a los ojos, tosió.

—Entiendo. —Hizo un esfuerzo para sonreír—. Muy agudos, hermanos.

¿Para qué compartir con otros cuando puede uno quedarse con todo? Los tiempos son muy duros e inciertos para andar despreciando un solo grosche. Y te va a caer un grosche en la bolsa, te lo prometo.

Reynevan, discretamente, respiró aliviado. Hasta ese momento no tenía una seguridad absoluta y ya estaba preparado de antemano para la frustración derivada de un eventual error. Pero al oír hablar al caballero ya no le quedó ninguna duda. Ésa era la voz que había oído dos años antes, el 13 de septiembre, en Silesia, en la granja del monasterio cisterciense de Debowiec.

—Te la has ganado... —El caballero de plata y negro se humedeció los labios, miró fugazmente a Reynevan—. Te has ganado una recompensa. Aunque sólo sea por tu ingenio. Me has cazado de un modo muy astuto, no hace falta decirlo. Tienes la cabeza bien puesta, eso está claro...

Se interrumpió. Se había dado cuenta de que estaba hablando en vano, y sus palabras no tenían ningún efecto en su destinatario. Cambió de táctica de inmediato. Adoptó una expresión orgullosa y modificó su tono. Empezó a hablar con voz señorial, autoritaria.

—Soy Jan Smiricky de Smirice. ¿Entiendes, muchacho? ¡Jan Smiricky! El rescate por mí...

—Ahí al lado, en la plaza —le interrumpió Reynevan—, el cadáver de tu camarada Hynek cuelga ya en la picota, con sus ropas hechas trizas. Aún queda sitio a su lado.

El caballero no apartó la mirada. Reynevan comprendió con quién estaba tratando, pero se atuvo a la estrategia que había elegido. Siguió tratando de intimidar y atemorizar.

—De tus otros compañeros sólo se han salvado los que ha defendido el cura Rokycana, cubriéndolos con su propio pecho ante las picas del populacho, y a éstos los han llevado a las mazmorras del ayuntamiento. Haciéndolos recorrer previamente a toda prisa la «senda de la virtud», una nueva ocurrencia: una doble hilera de sujetos armados de palos y hachas. No todos han salido vivos de esa senda. Y la persecución de los restantes aún dura, y la chusma sigue esperándolos al pie del ayuntamiento. ¿Sabes por qué te cuento todo esto? Porque tengo unas ganas locas de arrastrarte hasta la plaza, entregarte a los vecinos de Praga y verte correr mientras te muelen a palos. ¿Sabes de dónde me vienen todas estas ganas? ¿No se te ocurre?

El caballero entrecerró los ojos. Y después los abrió mucho.

—Eres tú... Ahora te reconozco.

—Traicionaste a mi hermano, Jan Smiricky de Smirice, lo condenaste a muerte al entregarlo. Pagarás por ello. Ahora mismo estoy pensando de qué manera. Puedo, como ya te he dicho, ponerte en manos de los praguenses. Puedo, aquí mismo, con mis propias manos, hincarte un cuchillo entre las costillas.

—¿Un cuchillo? —El caballero recuperó rápidamente el aplomo, frunciendo despectivamente los labios—. ¿Tú? ¿Entre las costillas? Ja. Adelante pues, joven señor de Bielau. ¡Sin miedo!

—No me provoques.

—¿Provocarte? —Jan Smiricky resopló y escupió—. Yo no provoco. ¡Yo me mofo! Yo conozco muy bien a la gente, sé asomarme al alma a través de los ojos. Me he fijado en ti y te digo: tú no serías capaz de matar ni a un pollito.

—Puedo, ya te lo he dicho, llevarte a rastras hasta el ayuntamiento. Ahí te está esperando toda una multitud de gente menos impresionable que yo.

—Y también puedes besarme el culo. Eso, ni más ni menos, es lo que te propongo. Y lo que te recomiendo de todo corazón.

—También puedo dejarte en libertad.

Smiricky volvió la cabeza. Sin excesivas prisas, para que Reynevan no captara el brillo en su mirada.

—Así que —preguntó al cabo de un momento—, ¿un rescate?

—Podemos llamarlo así. Tienes que contestarme a algunas preguntas.

El caballero lo miró detenidamente. Estuvo un buen rato callado.

—Serás mocososo —dijo por fin, torciendo el gesto y arrastrando las palabras—. ¡No eres más que un tudesco silesio! ¡No eres más que un medicucho, un curandero! ¿Con quién te crees que andas tratando? ¡Yo soy Jan Smiricky de Smirice, noble checo, caballero armado, hetmán de Melník y Rudník! Mis antepasados combatieron en Legnano y en Milán, en la batalla de Ascalón y en la de Arsuf. Mi bisabuelo alcanzó la fama en Mühldorf y en Crécy. ¿Contestarte a unas preguntas? ¿A ti? ¡Qué te jodan, patán!

—Tú, noble señor Smiricky, tramaste, como un esbirro cualquiera, la traición a tus paisanos. A los que te hicieron hetmán, a los que te pusieron al

frente de Melník y Rudník. En agradecimiento, conspiraste contra ellos con Conrado de Olesnica, obispo de Wroclaw. Hace dos años, en Silesia, en la granja del monasterio cisterciense. Han pasado dos años completos, pero seguro que lo recuerdas. Porque yo lo recuerdo. ¡Se dijo cada cosa!

Smiricky clavó en él la mirada. Estuvo unos segundos callado, tragó saliva varias veces. Cuando por fin respondió, en su voz, además de sorpresa, sonó una admiración genuina.

—De modo que tú... tú estuviste allí. Lo escuchaste todo. ¡Por todos los diablos! Hay que reconocer que actúas a lo grande, estás dispuesto a comerte el mundo. Te admiro. Y a la vez te compadezco. Porque esa gente muere joven. Y por lo general de una muerte violenta.

Sansón Miele le mandó, con ayuda de su amuleto mágico, alguna señal mental. Pero así como durante la persecución la comunicación les había funcionado pasablemente, ahora, a sólo dos pasos de distancia, la señal resultaba totalmente ilegible. Es decir, el contenido era ilegible, en cambio la intensidad era muy nítida. Reynevan interpretó la señal como una sugerencia para que actuara con determinación.

—Vas a responder a mis preguntas, señor Smiricky.

—No, no pienso responder. ¿Te parece acaso que tienes con qué asustarme, con qué chantajearme? Una mierda pinchada en un palo, eso es lo que tienes, joven señor de Bielau. ¿Sabes por qué? Porque ha llegado nuestra hora. Cada día trae nuevos cambios. En estos tiempos, los mediquillos, los chantajistas, tienen que actuar muy deprisa si no quieren que sus chantajes se conviertan en una broma. ¿No te has dado cuenta de lo que ha pasado hoy en las calles? He entrado en Praga al lado de Hynek de Kolstejn. Hemos venido directamente desde Kolín, en manos del señor Divis Borek, que nos ha proporcionado hombres. Venían con nosotros, hombro con hombro, sin ningún disimulo, las huestes de fervientes católicos y enemigos de los husitas como Puta de Czastolovice y Otto de Bergow. No es ningún secreto lo que nos ha traído hasta aquí. Teníamos la intención de tomar el ayuntamiento y hacernos con el poder, porque Praga es *caput regni* y quien tiene Praga tiene Bohemia. Queríamos liberar a Korybut y proclamarlo rey. Rey de verdad, quiero decir, con la aprobación de Roma. Pretendíamos llegar a un entendimiento con el papa, partidario, según se dice, de alcanzar un

compromiso en lo tocante a la liturgia: está dispuesto a ceder en la cuestión del Cáliz y de la comunión *sub utraque specie*. Está dispuesto a negociar. Pero no con el Tabor, no con esos radicales, no con una gente que tiene las manos manchadas de sangre de sacerdotes. Unidos a Oldrich de Rozmberk y a los señores del *landfryd*, queríamos acabar con los radicales, derrotar a los Huérfanos, liquidar al Tabor, imponer de nuevo el orden en el reino de Bohemia. ¿Comprendes? —Smiricky no se esperó a que Reynevan respondiese—: Hemos entrado en Praga abiertamente, a cara descubierta. Así que más claramente no podía mostrar qué es lo que pretendo, contra quién y contra qué estoy. A quién apoyo, con quién me asocio. Hoy todo se ha enseñado, todo se ha exhibido. ¿Qué quieres hacer, pues? Ahora, cuando todo ha salido a relucir, ¿vas a ir a los del Tabor a decirles: «Oídmme, hermanos, os traigo una noticia: Jan de Smirice es vuestro enemigo, está conspirando con los católicos contra vosotros»? Nieves de antaño, señor de Bielau, ¡nieves de antaño! La has cagado, has llegado tarde. Naturalmente, si hubiera sido hace un año, hace un mes incluso...

—Hace un mes —terminó la frase Reynevan, con una sonrisa maliciosa—, podía haberte delatado, era un peligro para ti. Así que mandaste a unos matones para que acabaran conmigo a traición. De un modo muy propio de un caballero, señor de Smirice, muy propio de un noble. En verdad, tienen que estar muy orgullosos en el otro mundo tus gloriosos ancestros, los héroes de Ascalón y de Crécy.

—Si te crees que con esos argumentos voy a cambiar de opinión, estás listo.

—Responderás a mis preguntas.

—¿No te he sugerido ya antes que me beses el culo? Pues te reitero mi propuesta.

Sansón Mieles se levantó bruscamente. Reynevan habría jurado que Jan Smiricky se llevó un buen susto.

—¡Esto es una guerra! —dijo a gritos el caballero, confirmando la impresión de Reynevan—. ¡Una guerra, muchacho! Cualquiera que pueda perjudicarte es tu enemigo, ¡y a los enemigos se los destruye! Tu hermano trabajaba para el Tabor, para Zizka, para Svamberk y Hvezda, así que era mi enemigo, podía hacerme daño y me hizo daño. Por el contrario, el obispo de

Wroclaw era un precioso aliado, valía la pena ganárselo. El obispo quería los nombres de los espías taboritas que actuaban en Silesia, y se hizo con la lista. De todos modos, el obispo sospechaba de tu hermano hacía tiempo, aunque yo no le hubiera ayudado habría ido contra él. El obispo de Wroclaw tiene sus medios y sus métodos. Te sorprendería comprobar cuán eficaces.

—No creo que me sorprendiera: he visto de todo. Tampoco discuto su eficacia. Pero ya no vive Jan Hvezda, a quien acabas de mencionar, ni vive Bohuslav Svamberk. Y tú, en aquella ocasión, en la granja cisterciense, se los señalaste como objetivo a los esbirros del obispo. Svamberk era de noble familia. Seguramente más noble y más antigua que la tuya. Con lo que te gusta presumir de tus antepasados. El cadalso te espera por la muerte de Bohuslav Svamberk, sus familiares se ocuparán de eso.

Sansón volvió a emitir una señal. Reynevan la captó.

—Hvezda y Svamberk —declaró entretanto Smiricky— murieron de las heridas sufridas en combate. Por mucho que chismorreos y que acuses, nadie va a dar crédito a...

—¿Nadie va a dar crédito a la magia negra? —terminó Reynevan—. ¿Era eso lo que querías decir?

Smiricky apretó los labios.

—¿Pero qué diablos quieres? —estalló de repente—. ¿Vengarte? ¡Pues véngate de una vez! ¡Mátame! Sí, traicioné a tu hermano, aunque él confiaba en mí tanto como Cristo confiaba en Judas. ¿Satisfecho? Mentí, por supuesto, nunca había visto en persona a tu hermano, me había hablado de él... qué más dará quién. Pero se lo entregué al obispo, y por eso murió. A ti, en cambio, te tomé por un espía de Neplach, por un provocador y un posible chantajista. Tenía que hacer algo contigo. El balletero que había pagado erró el tiro, lo nunca visto. Intenté envenenarte dos veces, pero se ve que el veneno no te hace efecto. Contraté a tres matones, no sé qué fue de ellos. Desaparecieron. Un felicísimo cúmulo de circunstancias, joven señor de Bielau. De lo más asombroso. ¿No ha hablado alguien hace un momento de magia negra, casualmente?

Flutek, pensó Reynevan, habrá obligado a hablar a los esbirros capturados. Seguramente ya le habían llegado antes señales de que se estaba preparando un golpe de mano, y los matones, sometidos a tortura, habrán

contado el resto, confirmando sus sospechas. A los conjurados les habían tendido una trampa, no tenían ninguna oportunidad. Al contratar a unos asesinos a sueldo para ir contra mí, Smiricky ha perdido Praga. Y Hynek de Kolstejn ha perdido la vida.

—Las ratas abandonan el barco que se hunde —dijo, dirigiéndose a sí mismo, más que al caballero—. Después de Tachov, y en vista de la fuerza creciente de Procopio y del Tabor, era vuestra única opción. Una revuelta que os permitiera tomar el poder, liberar a Korybut y elevarlo al trono, llegar a un arreglo con el papado y el *landfryd*. Os jugabais todo a una carta. No ha salido, qué se le va a hacer.

—Tienes razón, no ha salido —respondió sin mayor emoción el caballero; miraba continuamente a Sansón, no a Reynevan—. He fallado. Se mire como se mire, queda claro que pierdo la cabeza. Muy bien, que sea lo que tenga que ser. Mátame, entrégame a Neplach, haz que la chusma me pase a cuchillo, como gustes. Yo ya estoy cansado de todo esto. Sólo te haré una petición, te suplico una cosa... Tengo una doncella en Praga. De baja condición. Entrégale mi anillo y mi cruz. Y mi talega. Si no es mucho pedir. Ya sé que es vuestro botín... Pero es una joven humilde...

—Contesta a mis preguntas —Reynevan volvió a percibir las señales telepáticas de Sansón— y tú personalmente le darás todo eso. Hoy mismo.

Smiricky bajó los párpados para ocultar el brillo de sus ojos.

—Intentas embaucarme. Tú no me vas a perdonar. No vas a renunciar a vengar a tu hermano...

—Tú sólo lo traicionaste. Otros lo atravesaron con la espada. Quiero conocer sus nombres. Venga, intenta negociar, ofréceme algo a cambio. Dame la posibilidad de desquitarme de esa gente y renunciaré a vengarme de ti.

—¿Qué garantía tengo de que no me vas a engañar?

—Ninguna.

El caballero guardó silencio por un rato, se podía oír cómo tragaba saliva.

—Pregunta —dijo al fin.

—Hvezda y Svamberk. Los asesinaron, ¿verdad?

—Verdad... —Smiricky titubeó—. Probablemente... No lo sé. Sospecho que sí, pero no lo sé. Es posible.

—¿Magia negra?

—Seguramente.

—En la conversación con el obispo intervino otro hombre. Uno alto. Delgado. Con cabellos negros que le llegaban hasta los hombros. Cara de pájaro.

—El consejero del obispo, su ayudante, su hombre de confianza. No me mires así. Si tú ya lo sabías o te lo imaginabas. Él le hace el trabajo sucio al obispo. No cabe duda de que fue él quien asesinó a Peter von Bielau. Y a muchos otros. Acuérdate del salmo noventa...

—La saeta que de día vuela. *Timor nocturnus*. El demonio que devasta a mediodía...

—Tú lo has dicho. —Smiricky torció el gesto—. Tú has pronunciado esa palabra. Y puede que hayas dado en el clavo. ¿Quieres un buen consejo, muchacho? Mantente alejado de él. De él y de...

—De los jinetes negros que gritan «*Adsumus*». Embriagándose, como los *hashshashin* con sus secretas sustancias árabes. Recurriendo a la magia negra.

—Tú lo has dicho. No vayas contra ellos. Confía en mí y atiende mi consejo. No intentes siquiera acercarte a ellos. Y si son ellos los que tratan de acercarse a ti, escapa. Lo más lejos posible y lo más rápido posible.

—Su nombre. El del hombre de confianza del obispo.

—El propio obispo lo teme, no lo dudes.

—Su nombre.

—Él sabe de ti.

—Su nombre.

—Birkart von Grelleort.

Reynevan cogió su estilete. El caballero entornó los ojos instintivamente. Pero volvió a abrirlos de inmediato, miró con osadía.

—Eso es todo, don Jan Smiricky. Eres libre. Márchate. Y no intentes atacarme.

—No lo intentaré —dijo de repente Sansón Miele. Los ojos de Jan de Smirice se abrieron de par en par—. A ti —prosiguió tranquilamente Sansón, sin recrearse en absoluto en el efecto obtenido—, a ti, Jan de Smirice, la traición y la intriga no te dan buenos resultados. No son rentables. Y así va a

seguir siendo. Guárdate de intrigas y traiciones.

»Bullen en ti tantas ideas, tantos planes. Tantas ambiciones. En verdad, te vendría bien que alguien, a tu espalda, te aconsejara a media voz, te susurrara, te recordara: *Rescipients post te, hominem memento te, cave, ne cadas. Cave, ne cadas*, don Jan Smiricky^[4].

»Óyeme, si tienes oídos para oír: *Nescis, mi fili, diem fieque horam*^[5]. Tus ambiciones, señor Smiricky, te harán caer. Pero no conoces el día ni la hora de la caída.

Cuando Reynevan salió del sótano, Sansón se perdió por un momento, pero enseguida volvió a aparecer. Los dos avanzaron por los callejones en dirección a la calle Platnéřská.

—¿Crees —empezó Reynevan— que ha sido sensato? Ese discurso final. ¿Qué era exactamente? ¿Una profecía?

—¿Una profecía? —Sansón volvió hacia él su cara de idiota—. No. Me ha venido a la cabeza. ¿Qué si ha sido sensato? Nada es sensato. Al menos aquí, en este mundo tuyo.

—Ajá. Cómo no lo habré pillado a la primera. Ya que estamos por aquí, ¿vas a Soukenická?

—Claro. ¿Tú no?

—No. Seguro que hay muchos heridos; conozco a Rokycana: habrá ordenado trasladarlos a las iglesias. Habrá un montón de trabajo, haremos falta todos los médicos. Además, Neplach me estará buscando. No puedo arriesgarme a que me encuentre en El Arcángel.

—Comprendo.

Salieron a la plaza. Ya no colgaba en la picota el cadáver desnudo y salvajemente mutilado de Hynek de Kolstejn, señor de Kamyk, hetmán de Litomerice, caballero de la rama de Stepanice de los Valdstejn, de la gran familia de los Markvartici. Seguramente el cura Rokycana habría ordenado que lo retiraran de allí. El padre Rokycana, aunque le doliera hacerlo, toleraba el asesinato y oficialmente lo aprobaba incluso, hasta cierto punto, naturalmente, y sólo, naturalmente, por una causa justa, siempre y cuando el fin justificara los medios.

Pero lo que nunca estaba dispuesto a tolerar era que se profanaran los restos mortales. Bueno, digamos que casi nunca.

—Salud, Reinmar. Dame el amuleto. Eres capaz de perderlo, y en ese caso Telesma me cortaría la cabeza.

—Salud, Sansón. Ah, se me olvidaba darte las gracias. Por las sugerencias transmitidas telepáticamente. Gracias a ellas todo ha ido bien con Smiricky.

Sansón lo miró detenidamente, y su semblante de cretino se iluminó súbitamente con una amplia sonrisa de cretino.

—Todo ha ido bien —dijo— gracias a tu ingenio e inteligencia. Yo apenas he ayudado, prácticamente no he intervenido más que en lo de arrojarle el barril a Smiricky. Y por lo que respecta a las sugerencias, yo no te he hecho ninguna. Lo único que he hecho telepáticamente ha sido meterte prisa. Te he pedido que no te entretuvieras. Porque tenía unas ganas locas de mear.

Efectivamente, había un montón de faena, se necesitaban todos los pares de manos capacitadas para curar.

Ambas naves laterales de Nuestra Señora de Tyn estaban atestadas de heridos y, por lo que Reynevan pudo oír, también había muchos pacientes en San Nicolás. Prácticamente hasta que cayó la noche Reynevan, en compañía de otros médicos, estuvo componiendo fracturas, cortando hemorragias y cosiendo todo lo que había que coser.

Y, cuando terminó, cuando se estaba levantando, cuando empezaba a enderezar la espalda dolorida, cuando contenía nuevamente las náuseas provocadas por el olor a sangre e incienso, cuando se disponía de una vez a ir a lavarse, apareció como un fantasma, como surgido del fondo de la tierra, el tipo gris de las calzas grises. Reynevan suspiró y le siguió, sin discutir ni preguntar nada.

Bohuchval Neplach le aguardaba en la taberna del León Bohemio, situado en la calle Celetná. La taberna elaboraba su propia cerveza, excelente, y

destacaba por su cocina, pero el coste de su renombre iba incluido en el precio de los platos, de modo que Reynevan nunca había estado en el local: no se lo había podido permitir ni en sus tiempos de estudiante ni en la actualidad. Ese día, por primera vez, iba a tener ocasión de familiarizarse con la decoración interior y con los aromas de la cocina, sin duda muy apetitosos.

El jefe del espionaje taborita estaba dándose un festín en solitario, en un rincón, afanándose de forma activa y diligente con un ganso asado, sin preocuparse lo más mínimo por el hecho de que la grasa le manchara los puños de las mangas y goteara en la pechera de su jubón bordado con hilo de plata. Vio a Reynevan, le indicó con un gesto que se sentara, un gesto que realizó, dicho sea de paso, con la jarra espumeante de cerveza con la que acompañaba el ganso. Y siguió comiendo, sin levantar la vista. En cuanto a la posibilidad de ofrecerle algo de comer o de beber a Reynevan, ni se le pasó por la cabeza.

Se zampó todo el ganso, hasta la rabadilla, que se había dejado de postre. ¿Dónde lo meterá?, pensaba Reynevan, si está como un palo, aunque tiene un apetito de cocodrilo. Ja, igual es cosa de los nervios. O tiene algún parásito.

Flutek examinó de un vistazo los restos del ganso y comprendió que ya no tenían ningún atractivo y podía dedicar su atención a otra cosa. Levantó la mirada.

—¿Y bien? —Se limpió la grasa de la barbilla—. ¿Tienes alguna cosa que contarme? ¿Qué transmitirme? ¿Qué comunicarme? Déjame que adivine: no tienes nada.

—Lo has adivinado.

En los ojos negros de Flutek aparecieron los dos diablillos dorados. Ambos brincaron y dieron una voltereta. Nada más aparecer.

—He estado persiguiendo —Reynevan hizo como si no se hubiera dado cuenta— a un tipo. Ya casi lo tenía. Pero se me ha escabullido cerca de San Valentín.

—Vaya, qué mala suerte —dijo impasible Neplach—. ¿Lo has reconocido al menos? ¿Se trataba del mismo que estaba conspirando con el obispo de Wroclaw?

—Sí, eso creo.

—¿Y se te ha escabullido?

—Pues sí.

—Así que has vuelto a desaprovechar —Flutek apuró la jarra— una oportunidad para vengarte. Mira que tienes mala pata, la verdad. No, no se te da nada bien, la fortuna se niega a favorecerte. Más de uno se vendría abajo sabiendo que es un gafe. Pero yo te miro y veo que lo llevas con dignidad. Nada, eres digno de admiración. Y de envidia. Pero —prosiguió, sin esperar a la reacción de Reynevan— tengo buenas noticias para ti. Lo que tú no has conseguido, lo he conseguido yo. He pillado al granuja. Cerca de la iglesia de San Valentín, de hecho, lo cual acentúa mucho la veracidad de tu relato. ¿No te alegras, Reynevan? ¿Estás agradecido? ¿Tanto como para hablar sinceramente de los quinientos gúldenes del recaudador de impuestos?

—Ten compasión, Neplach.

—Perdona, ya se me olvidaba que tú no sabes nada del asunto del recaudador, eres inocente e ignorante. Volvamos pues al granuja que he atrapado. Figúrate: se trata nada más y nada menos que de Jan Smiricky de Smirice, hetmán de Melník y Rudník. ¿Te das cuenta?

—Me doy cuenta.

—¿Y qué?

—Pues nada.

Parecía que los diablillos iban a dar una voltereta. Pero no la dieron.

—Tus informaciones relativas a la participación de Jan de Smirice en la conspiración de Silesia —añadió Flutek, después de un momento— ya son nieve de antaño, por desgracia. Nada más recibirse ya habían perdido su vigencia. Nos ha tocado vivir unos tiempos históricos, pasan muchas cosas, cada día nos trae cambios, lo que ayer era importante hoy ya no lo es y mañana valdrá menos que estiercol de perro. Supongo que lo entiendes.

—Y tanto.

—Mejor así. Por lo demás, y a grandes rasgos, por así decir, la cosa no tiene mayor importancia: qué más dará, al fin y al cabo, por qué se detiene a Smiricky, por qué se le condena a muerte y ejecuta. Conspiración, traición, revuelta: todo es la misma mierda. Lo que sea sonará. Tu hermano será vengado. ¿Te alegras? ¿Estás agradecido?

—Lo que te suplico, Neplach, es que no hables de los quinientos gúldenes del recaudador.

Flutek apartó la jarra, miró a Reynevan a los ojos.

—No volveré a mencionarlo. El caso es que, aunque me moleste decirlo, Smiricky se ha escapado.

—¿Cómo?

—Como lo oyes. Smiricky ha ahuecado el ala. Ha huido de prisión. Por ahora no conozco los detalles, sólo se sabe una cosa: en la fuga ha contado con la ayuda de su querida, la hija de un tejedor de Praga. Es algo indignante, date cuenta. Un caballero de alcurnia y su amante, una plebeya, de una familia de tejedores. Debería saber que él sólo la quiere para divertirse, que esa relación no conduce a nada. Y, sin embargo, ha arriesgado su vida por su amado. ¿Qué hierba le habrá dado él? ¿Levístico?

—A lo mejor —Reynevan le sostuvo la mirada— sólo ha hecho falta humanidad. O una voz a su espalda, recordándole: *Hominem memento te...*

—¿Te encuentras bien, Reynevan?

—Estoy cansado.

—¿Quieres beber algo?

—Gracias, pero sin nada en el estómago...

—Ja. Buen disparo, doctorcillo. ¡Eh, tabernero! ¡Otra de lo mismo!

El jueves siguiente a la fiesta de la Natividad de María, 11 de septiembre, cinco días después del intento de golpe, llegó a Praga Procopio el Rasurado, el triunfador de Tachov y Stríbro. Venía con él todo un ejército, el Tabor, los Huérfanos, los vecinos de Praga y sus aliados, los carros de guerra, la artillería, la infantería y la caballería. Sumaban *in toto* doce mil hombres armados.

Y Scharley venía con ellos.

Capítulo tercero

En el que Reynevan descubre que tiene que cuidarse de una Dueña y de una Doncella.

—No estaban mal estos huevos revueltos —comentó Scharley—. Aunque verdad es que el sabor lo estropeaba un poco el apio, que nada bien le va a los huevos. ¿Quién, por las llagas de Cristo, y por qué, entiesta los huevos de apio rallado? Debe de tratarse de alguna disparatada fantasía culinaria de vuestra encantadora casera. Pero no hay que quejarse, lo importante es que la panza está llena. Y la casera, dicho sea de paso, no está nada mal, pero que nada mal... Tipo de Juno, andares de pantera, y ese brillo en el ojo... Ja, ¿y si yo también le arrendara un cuarto y me instalara aquí un tiempcito? Estoy pensando en el invierno, de momento no voy a estar mucho por aquí, porque si no es mañana será pasado mañana cuando Procopio nos diga, como si nada: «En marcha, a Kolín, a darle su merecido al traidor Borek de Miletínek»... Oye, Reinmar, ¿vamos bien por aquí? No conozco muy bien Praga, pero ¿no iríamos mejor por ese otro lado, por detrás del ayuntamiento de Nové Mesto, hacia el convento de los carmelitas?

—Vamos por Zderaz hasta el embarcadero del Mercado de Madera. Luego seguimos en barca.

—¿Por el Moldava?

—¡Claro! Últimamente es lo que suelo hacer. Ya te he dicho que trabajo en el hospital de Bohuslav, o sea, cerca de San Francisco. Para llegar hasta allí hay que atravesar toda la ciudad. Eso es más de media hora andando, y en los días de mercado hay que contar con otra media hora de retraso por culpa de la muchedumbre que se apelotona en la Puerta de San Galo. Es más rápido

en barca. Y más cómodo.

—O sea, que te has comprado una barca. —Scharley sacudió la cabeza con una seriedad mal disimulada—. Ya veo que aquí a los médicos les va bien. Visten con elegancia, viven a todo trapo, desayunan en abundancia, servidos por viudas atractivas. Y todos tienen una góndola de su propiedad, siguiendo el modelo de los patricios venecianos. Vamos, vamos, estoy deseando verlo.

La balsa ancha y de fondo plano que estaba amarrada a la orilla no recordaba precisamente a una góndola veneciana: tal vez porque servía para el transporte de verduras. Scharley no se mostró decepcionado saltó ágilmente a bordo y se acomodó entre unos cestos. Reynevan saludó al almadiero. Medio año antes le había curado una pierna, aplastada de mala manera entre las bordas de dos barcas, y en agradecimiento el almadiero, que hacía a diario el viaje de Psáiy a Bubny, le llevaba gratis. Bueno, digamos que casi gratis: en el medio año transcurrido Reynevan había tenido ocasión de tratar a la mujer del almadiero y a dos de sus seis vastagos.

Muy pronto la gabarra, cargada de zanahorias, nabos y repollos, se apartó de la orilla y surcaba, profundamente sumergida, las corrientes del Moldava.

El agua, además de ramitas y astillas, transportaba muchas hojas de vivos colores. Ya estaban en septiembre. Aunque fuera excepcionalmente cálido.

Se alejaron de la orilla, atravesaron una presa y unos rápidos, alrededor se movían con energía unos asprios, persiguiendo un banco de alburnos.

—Entre las muchas ventajas de estos viajes fluviales —advirtió con agudeza Scharley—, no es de las menos importantes la posibilidad de conversar sin temor a que haya alguien escuchando. Así que podemos continuar nuestra charla de anoche.

La charla de la víspera, que había empezado a media tarde y se había prolongado hasta altas horas de la noche, había abordado ante todo, como es fácil entender, los acontecimientos de los últimos meses, desde la batalla de Tachov hasta el fallido golpe de Hynek de Kolstejn y sus consecuencias. Reynevan le había repetido a Scharley todo lo que, una semana antes, había averiguado por Jan de Smirice.

Y le había contado cuáles eran sus propósitos. Tales propósitos, como era de esperar, Scharley no los aprobaba en absoluto. No los había aprobado la

víspera, ni los aprobaba ahora.

—Es un plan completamente insensato —insistía en su opinión—. Es una auténtica locura: volver a Silesia y buscar venganza. Si no te conociera, pensaría que no habías aprendido nada en estos dos años, bah, incluso hasta barruntaría que te habías vuelto más estúpido. Pero no es ése el caso. Te has vuelto más sabio, Reinmar, lo prueba, a pesar de todo, tu actuación con Smiricky. Lo tenías en tu poder, estaba a tu entera merced. ¿Y qué hiciste? Lo dejaste libre. Afligido por la muerte de tu hermano, ansioso de venganza, y lo dejaste marchar. Porque la razón, que a pesar de todo no te falta, te hace ver el absurdo de esa venganza. Y es que el culpable de la muerte de tu hermano no es Smiricky. Y aquel Birkart von Grellenort, aunque tal vez matara a Peterlin con sus propias manos, o el obispo de Wroclaw, Conrado, aunque diera la orden, tampoco tienen la culpa, paradójicamente. Lo que mató a Peterlin fue la época histórica. Fue la época histórica la que condujo entonces, en invierno de 1425, a Ambrós hasta Radków y Bardo. Fue la historia, no los habitantes de Kutná Hora, la que arrojó a los husitas capturados a los pozos de las minas. No fue el Luxemburgo, rey de Hungría, sino la historia la que violó y degolló a las mujeres de Louny, una vez conquistada. No fue Zizka, sino la historia la que asesinó y quemó viva a la gente en Chomutov, Beroun y Cesky Brod. Y también fue la historia la que mató a Hynek de Kolstejn. ¿Buscar venganza? ¿De la historia? ¿Ser como el rey Jeijes, que hizo fustigar el mar?

Reynevan sacudió la cabeza. Pero no dijo nada.

Llegaron a la isla de Trávník. Desde la orilla izquierda seguía llegando el olor a chamusquina. En mayo de 1420, durante los encarnizados combates contra las tropas leales al rey, el barrio de Malá Strana fue incendiado con tanta eficacia que acabó reducido a cenizas casi en su totalidad, y de hecho así había seguido hasta el presente. Es cierto que había habido intentos de reconstruirlo, pero sin verdaderas ganas ni empeño. Había muchas otras preocupaciones, la historia ya se encargaba de que no faltaran.

—A la luz de los procesos históricos —prosiguió Scharley, mirando los restos ennegrecidos de los molinos de la orilla—, puede asumirse que ya has vengado a tu hermano. Ya que sigues sus huellas, continúas la obra que él no pudo culminar. En el ámbito de la sucesión a tu hermano has recibido la

comuni3n *sub utraque species* y eres husita. Peterlin, seg3n he podido saber, me han llegado informaciones, fue un verdadero creyente utraquista, sirvi3 la causa del C3liz con aut3ntica convicci3n. Me refiero a que no han faltado otros que lo hicieron por otros motivos, en ocasiones muy feos, y siempre muy prosaicos. Pero, te repito, eso no vale para tu hermano ni, por lo que creo, para ti. Porque t3 eres sincero y abnegado, sin sombra de inter3s, luchas por la causa y por la religi3n por las que tu hermano fue asesinado.

—No s3 a qu3 se deber3, Scharley, pero en tus labios los asuntos m3s solemnes suenan a veces como una broma grosera. Ya s3 que no sueles respetar las cosas sagradas, pero...

—¿Las cosas sagradas? —le interrumpi3 el dem3rito—. ¿He o3do bien, Reinmar?

—Te ruego que no me eches en cara —Reynevan apret3 los labios— ni perfidia, ni falta de criterio propio. Por supuesto, me aproxim3 a los husitas el hecho de que Peterlin muriera por ellos, s3 qu3 clase de hombre fue mi hermano, y yo apoyo sin vacilaciones la causa que 3l defendi3. Pero tengo mis propias opiniones. He meditado a fondo acerca de todo esto, lo he pensado y repensado. He aceptado la comuni3n con el C3liz plenamente convencido. Porque apoyo los cuatro art3culos, apoyo las ense~anzas de Wiclif, apoyo a los husitas en el tema de la liturgia y de la interpretaci3n de la Biblia. Apoyo su visi3n del mundo y su programa de consecuci3n de la justicia social.

—Perdona, pero ¿de qu3 justicia me hablas?

—*Omnia sunt communia*, Scharley. Todo es com3n, en esas palabras se encierra toda la justicia divina. No hay grandes ni hay chicos, no hay ricos ni pobres. ¡Todo es de todos! ¡El comunismo! ¿Es que no te parece hermoso?

—Hac3a mucho que no escuchaba nada tan hermoso.

—¿A qu3 viene ese sarcasmo?

—No te lo tomes a mal. Sigue hablando. ¿Qu3 m3s cosas te convencen de los wiclifistas?

—Con toda mi alma y todo mi coraz3n defiendo el principio *sola Scriptura*.

—Aj3.

—Ni se debe ni se puede a~adir nada a las Sagradas Escrituras, las

Escrituras son suficientemente claras como para que cada creyente pueda entenderlas sin los comentarios que vienen del púlpito. Entre los fieles y Dios no hacen falta intermediarios. Todos somos iguales ante el Creador. La autoridad del papa y de la jerarquía eclesiástica sólo se puede reconocer cuando es conforme a los designios del Altísimo y a las Sagradas Escrituras. En concreto, a los sacerdotes se les han confiado sus bienes con el fin de que cumplan con las obligaciones establecidas por Cristo y por las Escrituras. Si no cumplen con tales obligaciones, si cometen pecado, hay que despojarlos de sus bienes.

—¡Oh! —Scharley se animó—. ¿Despojarlos? Eso suena bien. ¡Qué gratas palabras!

—No te burles. ¿Nunca te has preguntado por qué precisamente aquí, en Bohemia, en Praga, a partir de la chispa que encendió la hoguera de Constanza ha estallado semejante incendio? Te lo diré: ¿sabes cuántos miembros del clero había en la diócesis de Praga? Seis mil. ¿Cuántos conventos había? Ciento sesenta. ¿Sabías que en la misma Praga una de cada veinte personas llevaba hábito o sotana? ¿Y cuántas parroquias había en Praga? Cuarenta y cuatro. Wroclaw, te recuerdo, tiene nueve. Sólo en la catedral de San Vito había exactamente trescientos empleos eclesiásticos. ¿Te imaginas la fortuna amasada a base de prebendas y anatas? No, Scharley, eso ni podía ni puede seguir así. La secularización de los bienes de la Iglesia es completamente necesaria. El clero tiene el dominio de un número excesivo de bienes temporales. No me refiero siquiera al mandato de Cristo, del regreso a la pobreza evangélica, al modo de vida de Jesús y los apóstoles. Una concentración tan colosal de la propiedad y del poder tiene que despertar el odio y las tensiones sociales. Eso tiene que acabar, su riqueza, su avidez, su soberbia, su altanería, su poder. Deben volver a ser lo que fueron, lo que Cristo les ordenó que fueran: pobres y humildes servidores. Y no fue Joaquín de Fiore el primero en pensarlo, ni fue Ockham, ni Waldhauser, ni Wiclif, ni Hus, sino Francisco de Asís. La Iglesia tiene que cambiar. Que reformarse. De ser una Iglesia de magnates y políticos, de presuntuosos y necios, de oscurantistas e hipócritas, de ser una Iglesia de inquisidores, una Iglesia de los que marchan al frente de cruzadas de criminales, de criaturas tales como nuestro obispo de Wroclaw, Conrado, tiene que convertirse en la Iglesia de

los que son como Francisco de Asís.

—No sé qué haces perdiendo el tiempo en los hospitales. Tendrías que ser predicador. Aunque, por lo que a mí respecta, tienes que tirar un poco más de las riendas. En el Tabor tenemos suficientes predicadores, de sobra incluso, hay para hartarse, a veces son capaces de cambiarnos el desayuno por un sermón. Así que tú ten piedad de los huevos con apio y contente un poco. Aún eres capaz de entregarte a la simonía y el libertinaje.

—¡Eso sí es verdad! ¡Nadie observa los votos y reglas eclesiásticas! De Roma abajo, hasta la última parroquia, lo único que hay es simonía, depravación, embriaguez, inmoralidad. No es extraño que surjan analogías con Babilonia y con Sodoma, que se las asocie al Anticristo. Que corra el dicho: *omne malum a clero*. Por eso soy partidario de una reforma, y hasta de la más radical.

Scharley apartó la mirada de las ruinas de la sede del priorato de la Orden de Malta y de los muros chamuscados de la iglesia de Santa María del Final del Puente.

—Eres partidario de la reforma, dices. Te alegrará entonces oír cómo nosotros, los guerreros de Dios, llevamos la teoría a la práctica. En mayo de este año, puede que la noticia haya llegado hasta tus oídos, llevamos a cabo, a las órdenes de Procopio el Rasurado, una correría en Lausacia. Redujimos todo a cenizas y saqueamos unos cuantos templos, entre ellos algunas iglesias y conventos en Hirschfeld, en Ostritz y en Bemstadt, así como, y eso puede que te interese, cerca de Frydland, en los dominios de Ulryk Biberstein, o sea, del tío de tu amada Catalina. Aunque lo asaltamos, no conseguimos conquistar Zgorzelec, pero en Luban, capturado el viernes antes del domingo *Caritate*, fuimos contra unos cuantos sacerdotes y monjes, entre ellos algunos fugitivos de Bohemia, unos dominicos que, justamente, habían hallado asilo en Luban. A éstos Procopio ordenó ajusticiarlos sin piedad. Y así lo hicimos. Los curas checos murieron quemados, los alemanes aporreados o ahogados en el río Kwisa. Cuatro días después hicimos otra carnicería de escala semejante en Zlotoiyja... Tienes mala cara. ¿Te aburro?

—No. Pero me parece que estamos hablando de cosas totalmente diferentes.

—¿De veras? Dices que deseas transformar la Iglesia. Te estoy contando

cómo la transformamos. Proclamas que quieres una reforma, por radical que sea. Te recuerdo que ya hubo incluso reyes que se encargaron de reformar a los prelados desenfrenados: el polaco Boleslao el Temerario, el inglés Enrique II Plantagenet, Wenceslao IV aquí, en Praga. ¿Y con qué resultados? El alborotador Estanislao de Szczepanów ajusticiado, el curilla insolente Tomás Becket muerto a cuchilladas, el negociante sin escrúpulos Juan Nepomuceno ahogado. ¡Una gota en el océano! Bien poco, de todas todas, venta al por menor, y no al por mayor. Por lo que a mí respecta, prefiero los métodos de Zizka, de Procopio, de Ambrós. Los resultados son muchos más visibles, decididamente. Decías que antes de la revolución uno de cada veinte vecinos de Praga llevaba hábitos o sotana. ¿Y hoy en día a cuántos encuentras así por la calle?

—A pocos. Atento, vamos a pasar por debajo del Puente de Piedra, y siempre escupen desde arriba. Y a veces se mean.

Efectivamente, en las balaustradas del puente se apelotonaban los pilluelos que trataban de atinar con sus escupitajos o con sus meadas los botes, barcas o chalanas que pasaban por debajo. Por suerte, por ahí pasaban demasiadas embarcaciones como para que los arrapiezos consiguieran humillar a la mayoría. Al bote de Reynevan y Scharley le sonrió la fortuna.

La corriente los acercó a la orilla izquierda. Estaban pasando cerca del palacio arzobispal, muy dañado, y de las ruinas del claustro de los agustinos. Y más lejos, sobre los restos quemados de Malá Strana y sobre el río, se alzaba la imponente peña de Hradcany, coronada orgullosamente por el Castillo y las esbeltas torres de la catedral de San Vito.

El almadiero impulsó la embarcación con la pértiga, navegaron más deprisa, a favor de la corriente. La orilla derecha, fuera ya de las murallas, estaba ocupada por las apretadas edificaciones de Staré Mesto, mientras que la orilla izquierda era más campestre: predominaban en ella los viñedos. En otros tiempos, antes de la revolución, pertenecían en su mayoría a los conventos.

—Delante de nosotros —el demérito señaló la torre de una iglesia en la orilla derecha— está San Francisco, si no me equivoco. ¿Bajamos?

—Todavía no. Vamos hasta la presa, de ahí a Soukenická sólo hay dos pasos.

—Scharley.

—Dime.

—Afloja un momento. No llevamos prisa, y me gustaría...

Scharley se detuvo, saludó a unas doncellas que estaban fabricando jabón, despertando un concierto de risas estridentes. Respondió con un corte de mangas a los chiquillos que le sacaban la lengua y le gritaban insultos infantiles. Se estiró, levantó la vista hacia el sol, mirando más allá de las torres de la iglesia.

—Ya me imagino lo que puedes querer.

—He estado escuchando tus confesiones sobre los procesos históricos. Por lo demás, que la venganza es algo estéril Sansón me lo repite cada día. El rey Jeijes azotando el mar resulta patético y ridículo. Pero, a pesar de eso...

—Te escucho con atención. Y con una intranquilidad creciente.

—De buena gana acabaría con los hijos de perra que mataron a Peterlin. Sobre todo con ese Birkart Grelenort.

Scharley sacudió la cabeza, suspiró.

—Eso era lo que me preocupaba. Que dijeras eso. ¿No te acuerdas, querido Reinmar, de Silesia hace dos años? ¿De los jinetes negros gritando: «¡Aquí estamos!»? ¿De los murciélagos en el bosque cisterciense? En aquella ocasión nos salvó el culo Huon von Sagar. Si Huon no hubiera llegado entonces a tiempo, la piel de nuestras posaderas colgaría ahora, bien disecada, sobre la chimenea del susodicho Birkart. Eso por no mencionar el pequeño detalle de que el tal Birkart es un lacayo evidente del obispo Conrado, la persona más poderosa de toda Silesia, un sujeto al que le bastaría hacer un gesto con el dedo meñique para que nos empalasen. Y el propio Gellenort no es un esbirro normal y corriente, sino que es un hechicero. Un tipo que es capaz de transformarse en pájaro, ¿y tú dices que quieres acabar con él? ¿Y cómo, si se puede saber?

—Ya se encontraría la manera. Siempre se encuentra, basta con desearlo de verdad. Y un poco de ánimo. Sé que sería una locura volver a Silesia. Pero hasta las empresas más insensatas pueden salir bien si se actúa a lo loco siguiendo un plan sensato. ¿A que sí?

Scharley le dirigió una mirada penetrante.

—Advierto —declaró— un evidente e interesante influjo de tus nuevas

conexiones. Pienso, naturalmente, en la célebre sociedad de la farmacia del Arcángel. No dudo de que se pueda aprender muchas cosas de esa gente. La única pega es que hay que saber seleccionar, entre todas ellas, las que merece la pena aprender. ¿Cómo te va a ti?

—Me aplico.

—Hay que felicitarte. Pero dime: ¿cómo has conseguido entrar en contacto con ellos? No sería muy fácil.

—No, no lo fue. —Reynevan sonrió al recordarlo—. A decir verdad, se necesitaba poco menos que un milagro. Todo un cúmulo de circunstancias. Y, date cuenta, ocurrió. En un caluroso día de julio del Año del Señor de 1426.

Svatopluk Fraundinst, médico jefe del hospital de los Caballeros de la Estrella, situado junto al Puente de Piedra, era un hombre en la flor de la edad, gallardo y apuesto, tanto que era capaz, sin mayores esfuerzos y a las primeras de cambio, de cepillarse a las benedictinas prerrevolucionarias que trabajaban en el hospital, expulsadas de su propio convento por los husitas. No pasaba semana sin que se oyera cómo alguna de las hermanas, arrastrada por el doctor hasta una celda, empezaba a gemir, a lamentarse y a invocar a los santos.

Que Svatoopluk Fraundinst era hechicero era algo que Reynevan había sospechado desde el principio, desde el mismo día en que entró a trabajar en el hospital y empezó a ayudar al cirujano en las operaciones. En primer lugar, Svatoopluk Fraundinst, antiguo canónigo en Vysehrad, *doctor medicinae* de la Universidad Carolina, con *licentia docendi* en Salerno, Padua y Cracovia, era discípulo de Matej de Bechyne, colaborador cercano del célebre Bruno de Ossenbrügge. Maese Bruno de Ossenbrügge había sido en su tiempo una leyenda viva de la medicina europea, y muchos habían sido los que sospechaban de la inclinación de Matej de Bechyne a la alquimia y la magia, tanto blanca como negra. El hecho mismo de que Svatoopluk Fraundinst se dedicara a la cirugía era muy elocuente: los médicos salidos de la universidad no se ensuciaban las manos con la cirugía, dejándosela a verdugos y barberos, ni siquiera se rebajaban a practicar las flebotomías que tanto

elogiaban en sus cátedras como remedio para todos los males. En cambio, los médicos que también eran magos no rehuían la cirugía y se sentían cómodos en ella, y Fraudinst era un cirujano extraordinariamente experimentado. Si a ello se le añadía el típico amaneramiento en el habla y en los gestos, si se tenía en cuenta, además, el anillo con el pentáculo que llevaba a la vista de todo el mundo, si se consideraban también las alusiones aparentemente insustanciales y hechas como sin querer, uno podía estar casi seguro al respecto. Es decir, que Svatopluk Fraudinst tenía contactos con la nigromancia que, sin duda, no eran meramente pasajeros y que intentaba sondear a Reynevan por si éste se encontraba en unas circunstancias análogas. Evidentemente, Reynevan se andaba con mucho ojo, escurría el bulto y evitaba caer en la trampa lo mejor que podía, haciendo uso de todo su ingenio. Eran tiempos difíciles y no se podía confiar en nada ni en nadie.

Hasta que cierto día, en julio, en la vigilia de Santiago Apóstol, ocurrió que llevaron al hospital, desde una cercana serrería, a un aserrador gravemente herido con el filo de la sierra. Perdía sangre a chorros, y Fraudinst, Reynevan y una de las benedictinas prerrevolucionarias hacían lo que podían para que parara de sangrar. Les iba de pena, tal vez por el tamaño de la herida, tal vez porque sencillamente tenían un mal día. Cuando, una vez más, le salpicó en todo un ojo la sangre de una arteria, el doctor Svatopluk soltó un voto tan atroz que la benedictina primero se estremeció y después salió corriendo. Pero el doctor empleó un encantamiento de ligamiento, conocido como el «sortilegio de Alcmena». Lo hizo con un solo gesto y una sola palabra, Reynevan no había visto en toda su vida un sortilegio tan eficaz. La arteria se cerró de inmediato, la sangre empezó a ennegrecerse y coagularse al momento. Fraudinst volvió hacia Reynevan el rostro cubierto de sangre. Era evidente lo que quería. Reynevan suspiró.

—*Quare insidiaris animae meae?* —farfulló—. Saulo, ¿por qué me persigues?

—Yo me he descubierto, tú tienes que hacer otro tanto. —El hechicero forzó una sonrisa—. Venga, precavido nigromante de Endor. No temas. *Non veniet tibi quicquam mali.*

Lanzaron juntos un sortilegio, *unisono*, ligando y cicatrizando todos los vasos sanguíneos con la fuerza de la magia colectiva.

—Y ese *doctor medicinae* —adivinó Scharley— fue quien te introdujo en la congregación de magos que se reúne en la farmacia del Arcángel. Precisamente la misma a la que nos estamos acercando.

Scharley estaba en lo cierto. Estaban en Soukenická, ya se podía ver la farmacia por detrás de la fila de hilanderías, tejedurías y pequeñas sederías. Por encima del portal asomaba un saledizo con unos estrechos ventanucos, adornado con la figura de madera de un arcángel alado. La figura había sido muy roída por el diente del tiempo y no era posible distinguir qué arcángel era aquél. Reynevan nunca lo había preguntado. Ni la primera vez, cuando llegó acompañado por Fraundinst, en septiembre de 1426, un jueves en que se celebraba la festividad de San Juan Bautista, ni posteriormente.

—Antes de que entremos —Reynevan volvió a detener a Scharley—, otra cosa más. Una petición. Te ruego que te moderes.

Scharley sacudió el pie para librarse de un resto de mierda que llevaba pegado al calzado, a primera vista parecía de perro, aunque no podía asegurarse: también andaban muchos rapaces por los alrededores.

—Al fin y al cabo, estamos en deuda con Sansón —insistió Reynevan.

—En primer lugar —Scharley levantó la cabeza—, ya me lo habías contado. En segundo lugar: eso ni se discute. Es nuestro camarada, con esas tres palabras es más que suficiente.

—Me alegro de que lo veas así. Tanto si crees en ello como si no, te plantee las dudas que te plantee, tienes que aceptar el hecho. Sansón está atrapado en nuestro mundo. Es como un espíritu encerrado en un envoltorio corporal, y tampoco demasiado hermoso, estarás de acuerdo. Hace lo que puede para liberarse, busca ayuda... A lo mejor la encuentra aquí, en Praga, en El Arcángel, puede que hoy mismo... Porque precisamente...

—Porque precisamente —le interrumpió el demérito con un leve acento de impaciencia en la voz— ha llegado de Salzburgo y se ha instalado en El Arcángel un mago de fama mundial, *magnus nigromanticus*. A lo mejor él es capaz de lograr lo que no han logrado los hechiceros de Praga. Ya me lo has contado. Y unas cuantas veces.

—Y tú cada vez resoplabas y ponías cara de cachondeo.

—Me sale sin querer. Así es como reacciono cuando oigo hablar de magia, de espíritus atrapados...

—Por eso te pido —Reynevan le cortó tajantemente— que hoy controles tus impulsos. Que, en nombre de la amistad con Sansón, no resoples ni pongas caras raras. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. No pondré caras raras. Me quedaré impávido. Que Dios me castigue si me troncho de risa cuando empecéis a hablar de sortilegios, de demonios, de mundos y existencias paralelas, de cuerpos astrales, de...

—¡Scharley!

—Me callo. ¿Vamos?

—Vamos.

No había luz en la farmacia, la sensación de oscuridad se veía intensificada por el color de la madera de paredes y muebles. Cuando se entraba desde la calle, como les pasaba a ellos en esos momentos, por unos instantes no se veía nada en absoluto. Lo único que podían hacer era quedarse quietos, parpadear y aspirar el pesado olor a polvo, alcanfor, menta, miel, ámbar, salitre y trementina.

—Al servicio de los señores... A su servicio... ¿Qué desean los señores?

Por detrás del mostrador, exactamente igual que hacía más de un año, cuando la fiesta de la Degollación de San Juan Bautista, apareció Benes Kejval, con su calva relumbrando en la penumbra.

—¿En qué? —preguntó, exactamente igual que entonces—. ¿En qué les puedo servir?

—*Crémor tartarí* —preguntó indolentemente Svatopluk Fraundinst—, ¿tenéis?

—*Crémor* —el boticario se rascó la calva— *tartarí*?

—Ni más ni menos. También necesito algo de *unguentum popüleum*.

Reynevan tragó saliva, pasmado. Por lo que tenía entendido, en la farmacia del Arcángel Svatopluk Fraundinst tenía que ser un cliente conocido y respetado, pero el boticario calvo daba la sensación de estar viéndolo por primera vez en su vida.

—*Unguentum* sí hay, recién preparado... Pero el *crémor tartarí* últimamente está difícil... ¿Cuánto precisa?

—Diez dracmas.

—¿Diez? Puede que lo encuentre. Voy a ver. Pasen, señores, al interior.

Sólo bastante más tarde Reynevan averiguó que el ritual de bienvenida, aparentemente estúpido, tenía su fundamento. La congregación de la farmacia del Arcángel operaba en la más estricta clandestinidad. Si todo iba bien, el que llegaba a la farmacia preguntaba por dos, siempre dos, remedios. En caso de que pidiera sólo uno, eso quería decir que era objeto de chantaje o de seguimiento. Pero si el peligro o la trampa estaban en la propia farmacia, Benes Kejval habría avisado diciendo que sólo disponía de la mitad de alguna de las cantidades solicitadas.

Por detrás del mostrador, pasada una puerta de roble, se ocultaba la farmacia propiamente dicha, con el típico equipamiento: no faltaban ni el armario con mil cajoncitos, ni los numerosos tarros y damajuanas de cristal oscuro, ni morteros de latón, ni balanzas. Del techo colgaba un monstruo disecado, elemento decorativo habitual en los talleres de los hechiceros, en las farmacias y en las barracas de los prestidigitadores: una sirena, mitad doncella mitad pez, que era en realidad un pez manta preparado. Convenientemente cortado, extendido sobre una tabla y desecado, el pez había adquirido de hecho una forma de «sirena»; las fosas nasales parecían ojos, y los cartílagos partidos de las aletas, brazos. Las falsificaciones las realizaban en Amberes y Genova, hasta donde las mantas llegaban transportadas por mercaderes árabes o por los omnipresentes navegantes portugueses. Algunas eran tan logradas que sólo con un gran esfuerzo se las podía distinguir de las genuinas sirenas marinas. Existía de todos modos una piedra de toque infalible para determinar su autenticidad: a saber, las sirenas verdaderas eran por lo menos cien veces más caras que las falsas y no había farmacia que se las pudiera permitir.

—Hecho en Amberes. —Scharley, con ojo experto, tasó el espantajo disecado—. En otros tiempos yo también he pintarrajeado algunos parecidos. Se vendían como rosquillas. En Wroclaw, en la farmacia de la Manzana de Oro, todavía cuelga una.

Benes Kejval le miró con curiosidad. Era el único de los hechiceros del Arcángel que no pertenecía a la universidad. Ni había estudiado. La farmacia

la había heredado, como solía ocurrir. Pero era un farmacéutico sin par y un maestro en la preparación de remedios, ya fueran mágicos o corrientes. Su especialidad era un afrodisiaco a base de polvo de agáricos, piñones, cilantro y pimienta. Se decía en broma que, después de usar ese específico, un difunto había despertado de su sueño y había ido a toda prisa al burdel.

—Pasen, señores, a la sala de abajo. Ahí están todos. Los esperan.

—Y tú, Benes, ¿no vienes?

—Ya me gustaría —suspiró el boticario—, mas tengo que atender el mostrador. La gente entra sin parar. Mal porvenir le auguro a este mundo, viendo la cantidad de enfermos, achacosos y gente que confía en los medicamentos.

—¿No será —Scharley se sonrió— sencillamente hipocondría?

—Entonces le auguro un porvenir aún peor a este mundo. No se demoren, señores. ¡Ah, Reynevan! Atento a los libros.

—Ya tendré cuidado.

De la farmacia se salía a un patio. Un pozo, verde por el musgo, impregnaba el aire de una humedad insalubre, le hacía compañía un retorcido matorral de saúco negro que ensombrecía el muro, se decía que no crecía de la tierra, sino del montón de hojas putrefactas. El matorral ocultaba eficazmente una pequeña puerta. El marco estaba casi por completo envuelto en telarañas. Muchísimas y muy espesas. Era evidente que nadie había atravesado aquella puerta en años.

—Una ilusión —explicó tranquilamente el doctor Svatopluk, hundiendo la mano en el capullo que formaban las telarañas—. Magia ilusoria. Bien sencilla además. Escolar casi.

Al empujar, la puerta se abrió hacia dentro, junto con las telarañas ilusorias, que hacían pensar en ese momento en un pedazo de fieltro basto cortado a cuchillo. Tras la puerta había unas escaleras de caracol que iban para arriba. Las escaleras eran empinadas y tan angostas que al subir era inevitable mancharse los hombros con el enlucido de las paredes. Tras unos

minutos de jadeos se llegaba a otra puerta. A nadie se le había ocurrido camuflarla.

Al otro lado de la puerta había una biblioteca. Llena de libros. Aparte de libros, rollos, papiros y algunos cachivaches raros, no había nada más. No quedaba sitio.

Los manuscritos allí conservados lo ocupaban todo, no se podía dar un paso sin tropezar con obras como el *Summarium philosophicum* de Nicolás Flamel, el *Kitab al-Mansuri* de Razes, el *De expositione specierum* de Morienus o el *De imagine mundi* de Gervasio de Tilbuiy. Cada vez que alguien daba un paso en falso, se lastimaba dolorosamente un tobillo con los picos herrados de la encuadernación de una obra de la envergadura de *Semita recta* de Alberto Magno, *Perspectiva* de Vitelo o *Musiría miracula* de César de Heisterbach. Bastaba con tropezar descuidadamente con un estante para que te cayeran en la cabeza, entre una nube de polvo, *Philosophia de arte occulta* de Artefius, *De universo* de Guillermo de Auvemia u *Opus de natura rerum* de Tomás de Cantimpré.

En todo aquel revoltijo se podía chocar sin querer o tocar por casualidad algo que no convenía tocar sin el mayor de los cuidados. Resultaba que los grimorios, los tratados de magia y los registros de conjuros lanzaban hechizos por sí solos, de forma autónoma —bastaba con moverlos distraídamente, golpearlos o darles un meneo—, y se podía liar una buena. Especialmente peligroso en ese sentido era el *Grand Grimoire*, aunque *Aldaraia* y *Lemegeton* también podían suponer una gran amenaza. En su segunda visita al Arcángel, Reynevan había tenido la mala pata de tirar de una mesa atestada de mamotretos y rollos un grueso tomo que resultó ser ni más ni menos que el *Liber de Nyarlathotep*. En el mismo instante en que el antiquísimo incunable, pegajoso por culpa del polvo pringoso, se estampaba contra el suelo, las paredes empezaron a temblar y estallaron cuatro de los seis tarros con homúnculos que había en un armario. Uno de los homúnculos se transformó en un ave desplumada, otro en una especie de pulpo, el tercero en un agresivo escorpión de color escarlata, el cuarto en un papa en miniatura con sus hábitos pontificales. Antes de que nadie pudiera hacer nada, los cuatro se disolvieron en una repugnante sustancia verde, aunque el papa enano aún tuvo tiempo de proclamar: «*Beati immaculati, Cthulhu fhtagn!*». Lo que

costó limpiar todo aquello.

El incidente divirtió a la mayoría de los hechiceros arcangélicos, pero algunos no destacaban por su sentido del humor y Reynevan no les cayó en gracia, por decirlo suavemente. Pero sólo uno de los magos, mucho tiempo después de lo ocurrido, siguió mirándole con malos ojos y haciéndole sentir su antipatía.

Este último era, como es fácil suponer, el bibliotecario y responsable de la colección de libros.

—Salud, Scepán.

Scepán de Drahotuse, responsable de la biblioteca, levantó la cabeza de las páginas, ricamente iluminadas, del *Archidoxo magicum* de Apolonio de Tiana.

—Salud, Reynevan —dijo con una sonrisa—. Me alegro de verte. Hacía tiempo que no venías por aquí.

Le había costado muchos esfuerzos a Reynevan enderezar las relaciones con Scepán de Drahotuse después de aquella pifia en la biblioteca. Pero lo había logrado, y los resultados habían superado las expectativas.

—Y éste debe de ser —el bibliotecario se hurgó la nariz con los dedos sucios de polvo— el honorable don Scharley, de quien tanto he oído hablar. Bienvenido, bienvenido.

Scepán de Drahotuse, que provenía de la rancia nobleza morava, era fraile agustino y, evidentemente, nigromante. Hacía muchos años que conocía a los magos de la congregación del Arcángel, pero se había instalado definitivamente en el escondrijo de la farmacia en el año 1420, tras el saqueo y el incendio de su convento en Hradcany. A diferencia del resto de los magos, prácticamente nunca abandonaba la farmacia —o más bien, la biblioteca—, casi nunca se le veía en la ciudad. Era un catálogo bibliotecario andante, conocía todos y cada uno de los libros y sabía localizarlos en un santiamén: en las caóticas condiciones que imperaban en el aposento se trataba de una habilidad verdaderamente impagable. Reynevan estaba muy satisfecho de su amistad con el moravo y pasaba largas horas en la biblioteca. Estaba interesado en la herbolaria y farmacéutica y la colección de libros del

Arcángel era una auténtica mina de sabiduría en ese campo. Además de herbarios y farmacopeas clásicas y bien conocidas, como las de Dioscórides, Estrabón, Avicena, Hildegarda de Bingen o Nicolás el Rector, la biblioteca ocultaba verdaderos tesoros. Allí estaban el *Kitab SIRR al-Asar* de Geber y el *Sefer Ha-Mirkahot* de Shabbetai Donnolo, había obras desconocidas de Maimónides, de Hali, de Apuleyo, de Herrada de Landsberg, así como otros *antidotaría, dispensatoria y ricettaria* que Reynevan nunca había visto antes y de los que jamás había oído hablar. Y dudaba de que tuvieran noticia de ellos en las universidades.

—Muy bien. —Scepán de Drahotuse cerró el libro y se puso de pie—. Vamos a la sala de abajo. Espero que lleguemos a tiempo, porque no puede faltar mucho para el final. A su modo, resulta un tanto extravagante eso de empezar un conjuro no a medianoche, como cualquier hechicero normal y respetable, sino a primera hora, pero bueno... Yo no soy quién para criticar las acciones de alguien como el *valde venerandus et eximius* Vinzenz Reffin Axleben de Salzburgo, una leyenda viva, una celebridad andante, maestro de maestros. Ah, estoy impaciente por ver cómo le va con Sansón al maestro de maestros...

—¿Vino ayer?

—Sí, ayer por la tarde. Comió, bebió, preguntó en qué podía ayudarnos. Pero entonces le presentamos a Sansón. El venerando se enfureció y estuvo a punto de largarse, convencido de que le estábamos tomando el pelo. Sansón recurrió al mismo truquillo que empleó con nosotros el año pasado: le saludó en latín, y repitió el saludo en koiné y en arameo. ¡Había que verle la cara al honorable maese Vinzenz! Pero la cosa funcionó, como pasó con nosotros hace un año. El honorable Vinzenz Reffin miró atentamente a Sansón, con aire curioso y benevolente, y hasta le sonrió, todo lo que le dejaban los músculos del rostro, permanentemente petrificados en un gesto tan lúgubre como arrogante. Después se encerraron ambos en el *occultum*...

—¿Los dos solos?

—El maestro de maestros —sonrió el moravo— es extravagante también a ese respecto. Prefiere la discreción. Aunque eso suponga una grave indelicadeza, por no decir un insulto. El viejo curandero está aquí, maldita sea, como huésped. A mí no me molesta, me importa un bledo,

Bezdechovsky está por encima de esa clase de cosas, pero Fraundinst, Teggendorf, Telesma... Están furiosos, por decirlo suavemente. Y desean de todo corazón que Axleben fracase. Y sus deseos se van a cumplir, en mi opinión.

—¿Eh?

—Está cometiendo el mismo error que cometimos nosotros el día de Reyes. ¿Recuerdas, Reinmar?

—Sí, lo recuerdo.

—Hay que darse prisa. Por aquí, don Scharley.

De la biblioteca se pasaba a una galería, de ahí partían unas escaleras que bajaban hasta la altura de la calle, donde tocaba detenerse ante una puerta con herrajes. En la puerta había un dibujo: un óvalo, en el que se veía la serpiente de bronce de Moisés, *serpens mercurialis*. Por encima de la serpiente estaba representado un cáliz, del que surgían el Sol y la Luna. Por debajo resplandecían las letras V.I.T.R.I.O.L., esto es, *Visita Inferiora Terrae Rectificando Invenies Occultum Lapidem*^[6], la fórmula secreta de la transmutación alquímica.

Scepán de Drahotuse tocó la puerta, pronunció un sortilegio. La puerta se abrió con un crujido y un chirrido. Entraron. Scharley suspiró profundamente.

—No está mal —farfulló, mirando alrededor—. No está mal... Hay que reconocerlo.

—También yo —Reynevan sonreía— la primera vez me quedé boquiabierto. Luego ya me he acostumbrado.

En el laboratorio alquímico, que ocupaba una enorme bodega, el trabajo nunca cesaba, siempre había faena, no importa qué día fuese. Nunca se apagaban los hornos y atanores, que despedían un calor insoportable, algo que se podía apreciar sobre todo en invierno, y también en verano, si el tiempo era fresco. En los atanores tenían lugar la calcinación y el recocado, las más diversas sustancias pasaban de la fase *albedo* a la fase *nigredo*, despidiendo en el proceso un hedor insoportable. En los matraces algo se filtraba sin cesar, se destilaba y se extraía en abundancia, acompañado de impetuosas efervescencias y de una pestilencia aún más espantosa. En los

grandes alúdeles los ácidos actuaban sobre los metales, tras lo cual los metales innobles se transmutaban en metales nobles, con mejores o peores resultados. En los crisoles borboteaba el mercurio, o *argentum vivum*, el azufre se fundía en las copelas, cristalizaba el salitre en las retortas y precipitaba la sal, y las emanaciones hacían saltarse las lágrimas. Algo se diluía, algo se coagulaba, algo se sublimaba, el ácido salpicaba en todas direcciones, haciendo agujeros en las páginas de los preciados ejemplares, depositados en las mesas, de *De quinta essentia* de Raimundo Lulio, *Speculum alchemiae* de Roger Bacon y *Theatrum chemicum* de Amaldeo de Vilanova. En el suelo había unos cubos llenos de *caput mortuum* que apestaban horriblemente.

Por lo general —también cuando Svatopluk Fraundinst había llevado allí a Reynevan por primera vez— había al menos tres o cuatro alquimistas trabajando en el laboratorio. Aquel día, excepcionalmente, sólo había uno.

—¡Buenos días, maese Edlinger!

—¡Por favor, no paséis! —gruñó el alquimista sin apartar los ojos de un gran matraz hundido en arena caliente—. ¡Esto puede estallar!

A Edlinger Brehm, licenciado en Heidelberg, lo había conocido en Maguncia el duque Wenceslao, hijo de Premek de Opava, y lo había invitado a trasladarse a Glubczyce. Maese Edlinger había dedicado un tiempo a introducir al joven duque en la teoría y la práctica alquímicas. Wenceslao, como muchos otros nobles de su tiempo, se pirraba por la alquimia y la piedra filosofal, así que Brehm había vivido a todo trapo hasta el momento en que la Inquisición le echó la vista encima. Cuando el aire de Glubczyce empezó a atufar a hoguera, el alquimista escapó a Praga, a la universidad, donde le sorprendió la tempestad del año 1419. Un notorio extranjero como él, un alemán que hablaba el checo con dificultad, tuvo que pasar sin duda malos ratos. Pero los magos del Arcángel se fijaron en él y le salvaron el pellejo.

Edlinger Brehm cogió el matraz con unas tenazas de hierro y vertió el borboteante líquido azulado en una palangana llena de algo que parecían huevos de rana. Aquello empezó a silbar, a echar humo, a soltar una peste asquerosa.

—*Sakradonnerwetterhimmelkreuzalleluja!* —Estaba claro que el

alquimista se esperaba un resultado mejor—. *Eine total zkurue Sache! Scheisse, Scheisse und noch einmal Scheisse!* ¿Todavía estáis ahí? ¡Estoy ocupado! Ajá, entiendo... ¿Queréis ir a ver cómo le ha ido a Axleben con Sansón?

—Eso es —asintió Scepán de Drahotuse—. A eso vamos. ¿Tú no vienes?

—En principio. —Edlinger Brehm se secó las manos con un trapo, examinó con una mirada lastimosa la palangana con los huevos humeantes—. En principio, sí podría ir. Aquí ya nada me retiene.

En las profundidades del laboratorio de alquimia, en un discreto rincón, detrás de una discreta cortina, se ocultaba una puerta. Para los no iniciados —suponiendo que alguien así llegara en alguna ocasión hasta allí— lo que había al otro lado de la puerta era un pequeño almacén lleno de cajas, barriles y damajuanas. Los iniciados accionaban una palanca escondida en el interior de uno de los barriles, pronunciaban un sortilegio y la pared se retiraba, dejando a la vista un orificio oscuro que desprendía un olor a tumba. Ésa al menos era la sensación que producía la primera vez.

Edlinger Brehm encendió mágicamente una linterna mágica, él iba en cabeza. Scepán de Drahotuse, Reynevan y Scharley le siguieron por unas escaleras de caracol que descendían a lo largo de las paredes de un pozo tenebroso y aparentemente sin fondo. De abajo les llegaba el frío. Y la humedad.

Scepán de Drahotuse se volvió.

—¿Te acuerdas, Reynevan?

*No en atrio de palacio ciertamente,
sino en una caverna natural,
con el fondo rugoso y entre sombras^[7]...*

—Sansón Mielles —adivinó al punto Scharley—. Quiero decir, Dante Alighieri. *La Divina Comedia*. Es la obra poética favorita de nuestro camarada.

—Seguro que es la favorita. —El moravo sonrió—. Porque la recuerda cada dos por tres. Sobre todo aquí, en estas escaleras, vuestro camarada ha citado distintos pasajes del *Infierno*. Por lo que veo, vuestra merced también

conoce esa faceta suya.

—Hasta en el fin del mundo lo reconocería gracias a eso.

No bajaron mucho, apenas dos pisos, el pozo era bastante más profundo, las escaleras se hundían en la negrura de las tinieblas, de donde llegaba el chapoteo del agua. La caverna natural, cuya historia se perdía en el olvido, llegaba hasta la altura del Moldava. Quién y cuándo había descubierto la cueva, quién y para qué se había servido de ella, a quién había pertenecido el edificio que ocultaba desde hacía siglos la entrada a la gruta: nadie sabía nada de esto. La mayoría de los indicios apuntaban a los celtas: en las paredes de la gruta abundaban las imágenes y los relieves medio borrados y cubiertos de musgo, entre los cuales predominaban los característicos ornamentos primorosamente entrelazados y los círculos recorridos por líneas serpenteantes. En algunos lugares se veían figuras, no menos características, de jabalíes, ciervos, caballos y formas humanas con cuernos.

Edlinger Brehm empujó una pesada puerta. Entraron.

En aquella sala subterránea, la llamada sala inferior, estaban sentados a la mesa los restantes magos del Arcángel: Svatopluk Fraundinst, Radim Tvrđik, Jost Dun, Walter von Teggendorf. Y Jan Bezdechovsky de Bezdechov.

Jost Dun, apodado Telesma, había sido, al igual que Scepán de Drahotuse, monje en otros tiempos. Le delataban los cabellos, que, una vez abandonada la tonsura, le crecían desordenadamente, formando unos tufos que le asomaban por encima de las orejas y daban al dueño de semejante peinado cierta pinta de búho. Por lo que Reynevan sabía de él, Telesma había practicado desde su juventud el *ora et labora* en el convento benedictino de Opatovice, y allí había tenido sus primeros contactos con las ciencias ocultas. Después había estudiado en Heidelberg, donde perfeccionó sus conocimientos mágicos. Era una autoridad absoluta en todo lo referente a talismanes, tanto en el ámbito de las bases teóricas de la materia como en el empleo efectivo de amuletos. También hacía horóscopos totalmente certeros con los que comerciaba: se los vendía a toda clase de falsos profetas, pseudoastrólogos y presuntos adivinos, lo cual le dejaba un buen dinero. Además de los beneficios de la farmacia, las ganancias de Jost Dun

constituían la principal fuente de ingresos de la congregación.

Walter von Teggenndorf, que ya no era joven, se había formado en Viena, Bolonia, Coimbra y Salamanca, y disfrutaba de *facultas docendi* en todos estos centros educativos. Le caracterizaba una enorme devoción, casi religiosa, por la medicina, la alquimia y la magia arábica, en particular por Geber y Alkindi, o sea, como le gustaba a él llamarlos, por Musa Zafar el Sufi AlJabir y por Ya'qub ibn Sabbah AlKindi. Esas aficiones de Teggenndorf se pusieron de manifiesto en su actitud ante el problema de Sansón. En su opinión, los *djinn* eran los únicos culpables. En su forma presente, aseguraba, Sansón es un *majnun*, es decir, un hombre en cuyo cuerpo un poderoso *djinn* había aprisionado, como castigo, a un *djinn* menor derrotado. Contra ese encierro, declaraba el hechicero alemán, no había nada que hacer. La única posibilidad era portarse bien en espera de una amnistía.

El *reverendissimus doctor* Jan Bezdechovsky de Bezdechov era el mayor, el más experimentado y el más respetado entre los nigromantes del Arcángel. Apenas nadie le conocía más de cerca, no le gustaba hablar de sí mismo y de hecho no lo hacía. Su edad pasaba —algo que rozaba con lo prodigioso y daba testimonio de unos poderes mágicos que no eran moco de pavo— de los setenta años, porque se sabía que había dado clase en la Sorbona durante el reinado de Carlos V el Sabio, fallecido en 1380, y de acuerdo con los estatutos los profesores universitarios tenían que tener entonces veintiún años cumplidos. Entre las escuelas en las que se había formado y en las que había enseñado se contaban con seguridad París, Padua, Montpellier y Praga, y con certeza estas cuatro no agotaban la lista. Corría un rumor según el cual Bezdechovsky se había visto envuelto en Praga en un serio debate y una querrela personal muy enconada con el rector, el insigne Jan Sindel. El fundamento del conflicto, del que Reynevan ya había oído en su época de estudiante universitario, no se conocía, pero había sido la causa de la marcha de Bezdechovsky de la institución y de la ruptura de todo contacto con ella. A partir de 1417 Bezdechovsky, sencillamente, había desaparecido. Todo el mundo se preguntaba dónde se habría metido. Reynevan también se lo había preguntado. Ahora ya lo sabía.

—Salud, joven —dijo Bezdechovsky. Era el único de toda la compañía que no se dirigía a Reynevan por su nombre. Sé tú también bienvenido, don

Scharley. Tu fama te precede. Hemos oído que es ya tu segundo año con los taboritas. ¿Cómo te va en la guerra? ¿Qué dices?

Jan Bezdechovsky era el único cofrade al que no le interesaba la política. Los acontecimientos bélicos, de los que vivía toda Praga, dejaban al anciano indiferente. Preguntaba por mera educación.

—Bueno, la guerra va bien —respondió Scharley cortésmente—. La justicia triunfa, la injusticia está siendo derrotada. Los nuestros vencen a los suyos. Quiero decir que los buenos vencen a los malos. La concordia triunfa sobre el caos. Y Dios está satisfecho.

—¡Ah, ah! —mostró su alegría el viejo hechicero—. ¡Eso está muy bien! Siéntate a mi lado, don Scharley, cuenta...

Reynevan se unió a los otros magos. Radim Tvrdik le sirvió vino: a juzgar por el *bouquet*, un vino español, de Alicante.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó Scepán de Drahotuse, señalando con un movimiento de cabeza la puerta cerrada que conducía al *occultum*, la sala de adivinaciones y conjuros—. ¿Hay resultados? ¿O, por lo menos, señales en el cielo y en la tierra?

Svatopluk Fraundinst resopló. También Telesma, aunque al hacerlo no levantó la cabeza del talismán, pulimentado y bruñado.

—*Herr Meister Axleben* —dijo Teggendorf— prefiere trabajar a solas. No le gusta que alguien le ande mirando por encima del hombro. Guarda celosamente sus métodos secretos.

—Hasta con aquéllos que le ofrecen su hospitalidad —añadió con acritud Fraundinst—. Demostrando así por quién los tiene. Por bandidos que están al acecho de sus secretos. Antes de acostarse, pone a buen recaudo debajo de la almohada su bolsa y sus botines, no se los vayamos a robar.

—Ha empezado al amanecer —intervino Radim Tvrdik, viendo que Reynevan estaba más interesado por Sansón Mielles que por las opiniones sobre Axleben—. Ciertamente, a solas con el objeto, es decir, con Sansón. No ha querido ayuda, aunque se la hemos brindado. No ha pedido nada, ni instrumentos, ni incienso, ni el *aspergillum*. Así que debe de disponer de algún potente artefacto.

—O bien es verdad —agregó Brehm— lo que dicen del *Manusfortis*. No hay por qué despreciarlo.

—Nadie lo desprecia —aseguró Telesma—. Se trata, al fin y al cabo, de Vinzenz Axleben en persona, *magnus experimentator et nigrománticas*. Sin duda, no le faltan conocimientos de magia. Es un maestro. Por eso mismo, tiene derecho a ser un tanto extravagante.

—Si tú lo dices. —Fraundinst le miró con mala cara—. En mi pueblo, Malá Smedava, a los que son como Axleben no los llaman «extravagantes». Se dice, sencilla y llanamente, que son unos capullos, unos presuntuosos y unos chulos.

—Nadie es perfecto —constató Teggendorf—, incluido Vinzenz Axleben. ¿Qué tiene unos métodos de trabajo extravagantes? Bueno, ya juzgaremos qué resultado dan tales métodos. Lo conoceremos y lo juzgaremos, como dice la Biblia: *exfructibus eorum*.

—Me juego lo que sea —Svatopluk no se rendía— a que los frutos van a ser agrios y malogrados. ¿Alguien quiere apostar?

—Yo seguro que no. —Scepán de Drahotuse se encogió de hombros—. Pues la zarza no da uvas, ni el cardo higos. Axleben va a fracasar con Sansón, el resultado va a ser el mismo que el que nosotros obtuvimos el día de Reyes. O sea, ninguno. A Axleben le va a perder lo mismo que nos perdió a nosotros. El orgullo y la vanidad.

En el trípode de hierro ardía lentamente y se retorecía, formando un delicado hilillo de humo, el incienso de la fumigación: la clásica mezcla, recomendada por la mayoría de los grimorios, de aloe y nuez moscada. Sansón, en trance, yacía sobre una enorme mesa de roble. Estaba completamente desnudo, en su cuerpo gigantesco, casi totalmente lampiño, se veían numerosos signos nigrománticos y cabalísticos, realizados con tinta mágica de cinabrio, alumbre y caparrosa. Estaba colocado y tendido de modo que su cabeza, manos y pies tocaran los puntos oportunos en el Círculo de Salomón: las letras hebreas Lamed, Vav, Yod, Kaf y Nun. Le rodeaban diez candelas negras, un platillo con sal y una copa de agua.

Teggendorf y Brehm, ambos con amplios mantos ceremoniales, estaban en esquinas opuestas de la mesa entonando en voz baja los salmos requeridos por el ritual. Acababan de terminar el *Ecce quam bonum* y empezaban el

Dominus inluminatio mea.

Bezdechovsky se acercó. Llevaba puesto un manto blanco y un gorro puntiagudo como de un codo de alto con marcas jeroglíficas. Sostenía un *athame*: un estilete de doble filo con empuñadura de marfil, requisito completamente imprescindible para la goecia.

—*Athame* —dijo en alta voz—. Tú, que eres Athanatos, que no conoces la muerte, tú, que eres *aldkame*, señal de la sangre. *Conjuro te cito mihi obedire! Hodomos! Helon, Heon, Homonoreum! Dominus inluminatio mea et salus mea, quem timebo? Dominus protector vitae meae a quo trepidabo?*

Bezdechovsky fue tocando sucesivamente con el filo del *athame* la llama de la candela, el agua y la sal.

—Te conjuro —proclamó en cada ocasión—, Esencia del Fuego, en nombre de la Fuerza: que se alejen de ti el fantasma y espectro nocturno. Te conjuro, Esencia del Agua, en nombre de la Fuerza: aparta de ti la impureza y toda clase de mancha. En el nombre de la Fuerza, en el nombre de Ambriel y Ehesatiel, bendita seas, Esencia de la Sal, que te abandone la malevolencia de los demonios. Y que los bienes del Creador regresen en su lugar.

El asistente del anciano, Svatopluk Fraundinst, se acercó, le dio el *arctrave*, un cuchillo acabado en un gancho. Bezdechovsky realizó con él en el aire cuatro movimientos rituales.

—Por todos los nombres de Dios, por Adonai, El, Elohim, Elohe, Sebaot, Elion, Escerchie, Yah, Tetragrammaton, Saday, os conminamos, oh demonios que por aquí rondáis y estáis presentes en vuestra forma astral, a que os mostréis ante nosotros como es debido, con aspecto humano, no horriblemente deformados, no como criaturas monstruosas, capacitados para hablar de un modo coherente y razonable, para responder a las preguntas que se os formulen. ¡Venid y obedeced, os lo ordeno por Daniel, Gediel y Theodoniel, por Klarimum, Habdanum e Inglotum! ¡Venid!

Naturalmente no pasó nada, no apareció nadie y nadie se mostró. Pero en esa fase del conjuro era lo más normal.

—*Ego vos invoco*^[8] —prosiguió Bezdechovsky, levantando su *arctrave*— *et invocando vos conjure, per eum cui obediunt omnes creaturae, et per hoc nomen ineffabile, Tetragrammaton Jehovah, in quo est plasmatum omne saeculum, quo audito elementa corruunt, ar concutitur, mare retrograditur,*

ignis extinguitur, terra tremit, omnesque exercitus Coelestium, Terrestium et Infemorum tremunt et turbantur!

»*Verxite, venite, quid tardatis? Imperat vobis Rex regum!* ¡Titeip, Azia, Hyn, Yen, Minosel, Achadan, Vay, Ey, Haa, Eye, Exe, El, El, Va, Vaa, Vaaaaa!

A medida que pronunciaba sus conjuros, la voz del mago iba subiendo de tono, alcanzando registros cada vez más altos, hasta terminar en poco menos que un aullido inhumano, un chillido que no parecía natural. Se podía sentir la vibración del aire, las velas lanzaron chispas y se apagaron. De pronto olía a cuadra, había un tufo a podredumbre y a meados de león. La oscuridad que ocupaba la sala se fue espesando, adoptó distintas formas, creció hasta convertirse en una especie de cúmulo. En el interior de ese cúmulo algo se movía, se desplazaba, se retorció como una anguila en un saco, como un remolino de víboras. Reynevan vio cómo en el torbellino llameaban de pronto unos ojos inyectados en sangre, cómo chasqueaban unas mandíbulas con unos dientes espantosos, cómo se iban dibujando unas fisonomías monstruosas. Su admiración pronto empezó a trocarse en pánico. No sólo por el terror ante aquella criatura de pesadilla. También por la idea de que Sansón pudiera, efectivamente, tener algo que ver con ella.

Pero Jan Bezdechovsky de Bezdechov —eso ni se discutía— era un mago poderoso, lo tenía todo controlado. Con la fuerza de su conjuro se había caído el enlucido del techo, la llama de las velas había cambiado de color, volviéndose roja y luego azul. Se oyó un griterío y un alboroto, pero las macabras víboras se solidificaron en una esfera negra de antracita, cuya superficie parecía absorber la luz. Después de un nuevo conjuro, la esfera desapareció con un silbido. Sansón Mieles, tumbado en la mesa, se puso tenso, empezó a temblar. A continuación se relajó y se quedó inmóvil.

—Por Cratares —invocó Bezdechovsky—. ¡Por Capitel! ¡Te llamo, oh criatura! Dinos quién eres. Dinos, en verdad, sin mentira, quién y qué eres.

El cuerpo de Sansón empezó nuevamente a agitarse con fuerza.

—*Verum, sine mendacio, certum et verissimum* —dijo con voz un tanto alterada—. *Quod est inferius est sicut quod est superius, et quod est superius est sicut quod est inferius, ad perpetranda Miracula Rei Unius*^[9].

Radim Tvrdik, que estaba sentado al lado de Reynevan, suspiró

ruidosamente, Scepán de Drahotuse maldijo entre dientes.

—Esto es... —le explicó en voz baja, viendo su mirada inquisitiva—. Esto es la *Tabula Smaragdina*. Ha hablado con palabras de Hermes Trimegisto. Como si... Como si...

—Como si se riera de nosotros —acabó Jost Dun con un susurro.

—¡Por Alpharoz! —Jan Bezdechovsky levantó las manos—. ¡Por Bedrimubal! *Per signum Domini Tau!* ¿Quién eres? ¡Habla! ¿Dónde está la verdad?

—Separa la tierra del fuego —respondió casi de inmediato la voz de Sansón—. Con sumo cuidado separa lo sutil de lo espeso. Y la Potencia ascenderá desde la tierra hasta el cielo, tras lo cual volverá a descender sobre la tierra y reunirá la fuerza de todos los seres superiores e inferiores. En ese momento poseerás la gloria de este mundo. Y todas las tinieblas se alejarán de ti.

—¡Vazotas, Zamarath, Katipa! —gritó Bezdechovsky—. ¡Astroschio, Abedumabal, Asath! ¡Habla! ¡Te conmino a que hables!

Durante un largo instante reinó el silencio, únicamente interrumpido por el chisporroteo de las velas.

—*Completum est...* —se alzó por fin la voz serena de Sansón—. *Completum est quod dixi de Operatione Solis*^[10].

De nada sirvieron los conjuros ni los nombres de Dios, de nada sirvieron ni Astroschio ni Abedumabal. De nada sirvieron los gestos rituales realizados sobre Sansón con ayuda del *athame* y el *arctave*. De nada sirvieron las sufumigaciones de incienso. De nada sirvió el hisopo con verbena, pervinca, salvia, menta y romero. También fueron inútiles tanto la *Clave mayor* como la *Clave menor de Salomón*, no quedaron mejor el *Enchiridion* ni el *Grand Grimoire*. La magia anduvo cerca de hacer saltar por los aires el edificio, pero Sansón ya no volvió a decir ni pío.

Los hechiceros del Arcángel hicieron como que no le daban importancia al fiasco, decían que no pasaba nada, que el primer trigo es para los pájaros y que ya se vería. Jan Bezdechovsky, a quien se le hacía muy difícil poner buena cara, se limitó a evocar algunos ejemplos análogos de cambio de

personalidad: entre otros, se refirió al *casus* de Poppo von Ostema, gran maestro de la orden de los Caballeros Teutónicos. Sólo sirvió para contribuir al pesimismo, porque en ese caso todos los esfuerzos de los hechiceros prusianos resultaron baldíos: Poppo von Ostema hasta el fin de sus días, hasta su muerte en 1256, siguió siendo «otro», cosa que, por lo demás, nadie lamentó, ya que el auténtico Poppo era un hijo de la gran puta.

Teggendorf era optimista, achacaba el *infortunium*, sencillamente, a la mala suerte, apelaba a Alkindi y se refería sin descanso a los *sheitan*, *ghul*, *djinn* e *ifrit*. Fraundinst y Edlinger Brehm echaban la culpa a los *dies egiptiaci*, los días infaustos de los egipcios, de los que, en su opinión, formaba parte aquel memorable viernes, 31 de agosto de 1425, día de los exorcismos en el convento benedictino de Silesia. El aura negativa «egipcia», decían, había estropeado en aquella ocasión el exorcismo y sus efectos, el caso había resultado extremadamente atípico y sería difícil revertirlo. Telesma por su parte advirtió de que no iban a conseguir nada sin talismanes y prometió fabricar unos apropiados. Radim Tvrdik, antes de que le pusieran verde, masculló algo relativo a golems y *shemas*.

Scepán de Drahotuse, en cambio, se dedicó a criticar *in toto* la estrategia y la táctica adoptadas por los magos. El error, aseguraba, no reside tanto en el método, que es secundario, cuanto en el objetivo propuesto. Partiendo de la elemental hipótesis, que nadie discutía, de que la personalidad y el espíritu de Sansón Mieles habían sido transplantados por una fuerza desconocida al cuerpo de un gigantón alelado, los esfuerzos deberían encaminarse a revertir el proceso, en otras palabras, a descubrir el agente causante, pues *nihil fit sine causa*. Una vez descubierta esa *causa efficiens*, sería posible, quizá, revertir el proceso. ¿Y qué es lo que estaban haciendo los magos del Arcángel? Se concentraban en intentar desvelar el misterio, en descubrir el secreto que el propio Sansón, de manera evidente, no quería o no podía traicionar. Esforzándose por averiguar quién, o qué, era Sansón, los hechiceros aspiraban a satisfacer su propia curiosidad y vanidad, actuando como los médicos que diagnostican y analizan una enfermedad enigmática por el mero hecho de conocerla, sin la menor consideración y compasión para el hombre afectado por tal dolencia.

Los magos se indignaron con el moravo y lo acallaron a gritos. Antes de

aplicar el tratamiento —recurrieron a la metáfora—, se hace preciso un profundo conocimiento de la enfermedad. *Scire*, citaban a Aristóteles, *est causam rei cognoscere*. Saber quién, o qué, era realmente Sansón constituye un elemento clave. Siguiendo con las comparaciones médicas, el secreto, el incógnito de Sansón no es sólo un síntoma, sino el propio *nexus*, el núcleo, la esencia misma de la enfermedad: si había que tratar la enfermedad, era esencial desvelar el secreto.

De modo que se dedicaban a desvelarlo. Con ahínco y con fervor. Y sin sombra de resultados.

Mientras tanto Sansón había tenido tiempo de trabar amistad con todos los magos del Arcángel. Debatía durante horas con Jan Bezdechovsky sobre Dios y la Naturaleza. Se pasaba días enteros en compañía de Edlinger Brehm entre alambiques y retortas con el lema «*solve et coagula*» en los labios. Con Teggendorf discutía las teorías de los hakemitas árabes y los cabalistas judíos. Junto a Scepán de Drahotuse bregó con unos manuscritos desconocidos y muy deteriorados de Pedro de Abano y Cecco d'Ascoli. Con Jost Dun elaboró talismanes que más tarde ambos ponían a prueba en la ciudad. Acompañaba a Radim Tvrđik al Moldava a recoger limo para fabricar golems. Para Benes Kejval hacía —dándoselas de tonto— compras reguladas en las farmacias de la competencia.

Con todos ellos jugaba a las cartas, bebía y cantaba.

Los hechiceros apreciaban a Sansón Mieles. Reynevan no se quitaba de la cabeza la idea de que igual lo querían tanto que desistían de realizar acciones que pudieran conducir a separarse de él.

La puerta que llevaba al *occultum* se abrió y apareció por ella Vinzenz Reffin Axleben. Recogiéndose los pliegues de su negro manto, se sentó a la mesa y se bebió de un trago una copa de alicante. Reinaba el silencio, nadie decía nada, él tampoco abría la boca. Estaba pálido y sudoroso, el sudor le había pegado los ralos cabellos a las sienes y la coronilla.

Vinzenz Reffin Axleben estaba en Praga de paso. Procedente de Salzburgo, donde residía, tenía previsto dirigirse a Cracovia para impartir una serie de lecciones en la academia de esta ciudad. Desde Cracovia el hechicero

pensaba seguir hacia Gdansk, y desde allí, pasando por Kónigsberg, a Riga, Dorpat y Pemau. Por lo que Reynevan tenía entendido, el destino final del viaje de Axleben era Uppsala. También había oído otras cosas. Como que Axleben, siendo un hechicero poderoso, diestro y renombrado, no gozaba de respeto, por practicar la siempre mal vista nigromancia y la demonomancia, y sus juegos con cadáveres y con espíritus malignos habían propiciado en distintos ambientes el boicot de sus camaradas. Los rumores le atribuían el conocimiento y la capacidad para valerse del *Manusfortis*, la Mano Poderosa, un embrujo de una fuerza insólita que podía ser lanzado con un simple movimiento de la mano. Las habladurías hacían asimismo de Axleben uno de los cabecillas e ideólogos principales en Europa oriental de los valdenses y de los partidarios de la doctrina de Joaquín de Fiore, también lo vinculaban a la Stregheria lombarda. Se conocían igualmente los estrechos lazos de Axleben con los Hermanos y las Hermanas del Espíritu Libre: a los nigromantes del Arcángel les chocaba mucho que durante su estancia en Praga Axleben estuviera disfrutando de su hospitalidad, en vez de alojarse en la casa de la Rosa Negra, sede clandestina en Praga de la Hermandad. Algunos lo atribuían a las relaciones amistosas entre Axleben y Jan Bezdechovsky. Otros sospechaban que el mago tenía sus propios motivos.

—Que me entregarais para siempre a vuestro Sansón —Axleben levantó por fin la cabeza y paseó la mirada por todos los presentes— es algo de lo que ni hablar, ¿no?

Reynevan ya se estaba levantando, con una tajante réplica en los labios, pero le detuvo un codazo de Scharley. El nigromante no se dio ni cuenta: por lo visto, sólo estaba pendiente de los ojos y la cara de Jan Bezdechovsky. Vio la respuesta, torció el gesto.

—Sí, claro, entiendo. Pues es una lástima. De buena gana seguiría conversando con este... con este caballero. Es un tipo leído... Da gusto hablar con él... Y es muy chistoso. Pero que muy chistoso.

—Bravo, Sansón —murmuró Fraundinst.

—Lo ha agasajado —le respondió Telesma—. Con la *Tabla Esmeraldina*...

—No os creeríais —Axleben decidió hacer como que no había oído los susurros— las cosas que me ha dicho estando dormido. Por eso mismo me las

guardaré para mí, para qué hablar si no os vais a creer lo que os cuente. Sólo os diré que me ha dado algunos consejos cuando estaba en trance. Algunos, claro, intentaré tenerlos en cuenta. Ya veremos en qué termina la cosa... Ese erudito y políglota con cara de cretino —prosiguió tras unos instantes consagrados al alicante— me ha deleitado, entre otras muchas cosas, con una extensa cita de *La Divina Comedia*. Me recordó que no cediera a la tentación de la vanidad. Que tuviera presente que todo es baldío, que ninguna culpa queda sin castigo. Porque entre los hechiceros, la verdad, a Alberto Magno se lo encuentra Dante en el Paraíso, pero Miguel Escoto, Guido Bonatti y Asdent son castigados por nigromantes y son condenados al Octavo Círculo del Infierno, el Malebolge, los Malos Fosos, en la Cuarta Sima. Allí gimen y lloran, derraman abundantes lágrimas, en tanto que los demonios en el contexto de sus tormentos les retuercen la cabeza y el cuello, de delante atrás, así que las lágrimas les brotan por el culo. Bonita perspectiva, ¿verdad? Y hay que añadir que vuestro Sansón me lo recitó con un impecable acento toscano.

Scepán de Drahotuse y Scharley intercambiaron sonrisas y miradas muy significativas. Axleben paseó por ellos sus ojos cansados, le indicó a Tvrdik con una señal que podía volver a llenarle la copa.

—Por un momento —declaró—, se me ha pasado una idea por la cabeza: ¿y si fuera el diablo? ¿El mismísimo diablo encarnado? Ja, no me digáis que no habéis pensado nada parecido. Esto es un asunto diabólico, de manual: engañar, embaucar, confundir los sentidos. *Diabolus potest*, como dicen los clásicos, *sensum hominis exteriorem immutare et illudere*. Puede hacerlo de muchas maneras, entre otras, alterando el propio órgano sensorial, es decir, nuestro ojo, introduciendo algo en la sustancia ocular de modo que el objeto que observamos lo veamos tal y como el demonio desea que lo veamos. Hace ya tiempo que escribieron sobre esta cuestión Buenaventura, Psellos, Pedro Lombardo, también escribió Witelo, escribió Nicolaus Magni de Jawor, no estaría de más tener presentes las obras de todos estos autores.

—Tarugo —murmuró Fraundinst.

Axleben volvió a hacer como que no había oído.

—Puedo afirmar, sin embargo —acentuó su afirmación dando un manotazo en la mesa—, que no nos las vemos aquí ni con el diablo ni con un

caso de posesión diabólica. La injerencia de los demonios en la vida humana es posible y se produce con notable frecuencia, hemos visto lo suficiente para no albergar ninguna duda al respecto. Pero se trata de un fenómeno sometido a la voluntad del Creador, el cual lo permite *ad gloriae sue ostensionem vel ad peccati poenitentiam sive ad peccantis correccionem sive ad nostram erudicionem*. El demonio, como tal, no es el causante. El demonio es *incentor, exdtator e impellator*, es el ayudante, instigador e inductor, es quien acrecienta el mal que duerme en nosotros e incita a nuestra naturaleza pecadora a que cometa malas acciones. Pero yo... Yo —concluyó— no encuentro nada maligno en el individuo que me habéis confiado para examinarlo. En él, aunque sé que parece ridículo, no hay ni sombra del mal.

»Puedo, por lo demás, leer en vuestros rostros que vosotros mismos también habíais llegado a una conclusión análoga. Y también veo otra cosa escrita en ellos: un deseo inmenso de que me dé finalmente por vencido. Ya he admitido mi fracaso. He reconocido que no he conseguido nada. Así pues, lo confieso: he sufrido una derrota, no lo he logrado. ¿Satisfechos? Estupendo. Vayamos entonces a alguna taberna, porque me muero de hambre. Desde mi última visita a Praga no hago más que soñar con los *knedlíky*^[11] y la col de aquí... ¿A qué vienen esas caras? Pensaba que os alegraría mi fracaso.

—Pero qué decís, maese Vinzenz. —Fraundinst forzó una sonrisa—. Al contrario, nos aflige. Si vos no habéis sido capaz de dar con la naturaleza del fenómeno...

—¿Quién ha dicho —el nigromante se puso tieso— que no he sido capaz? He sido capaz y he dado con ella... Perispíritu positivo —dijo, satisfecho al advertir el silencio lleno de tensión y expectación—. ¿Os dice algo esa definición? No hace falta que pregunte, seguro que sí. Sin duda, habréis oído hablar de la existencia de algo como el perispíritu circulante. Está bien descrito en los tratados especializados, que os aconsejo sinceramente que consultéis.

»Os aconsejo —prosiguió Axleben, sin hacer ni caso a las miradas hostiles de los hechiceros del Arcángel— que estudiéis el caso de Poppo von Ostema, gran maestro de la Orden de los Caballeros Teutónicos del Hospital de Santa María de Jerusalén. Así como el *casus* tan parecido, de una

naturaleza prácticamente idéntica, de Lucilla, la hija de Marco Aurelio. Tal vez lo recordéis. ¿No? Haced memoria. Con ese... con Sansón ha pasado lo mismo que con Lucilla y con Poppo. La esencia del fenómeno es el perispíritu positivo y el perispíritu circulante. Eso es. Lo sé. Por desgracia, no basta con saberlo. No soy capaz de hacer nada. Quiero decir que no he conseguido ayudar a ese Sansón, y sigo sin conseguirlo. Vamos a comer.

—Si vos no lo habéis conseguido —Scepán de Drahotuse parpadeó—, ¿quién lo va a conseguir?

—Rupilius Silesio —respondió de inmediato Axleben—. Sólo él.

—Entonces —Teggendorf rompió un silencio bastante embarazoso—; ¿vive todavía?

—Pero ¿existe de verdad? —le cuchicheó Tvrdik a Telesma.

—Vive. Y es el mayor especialista vivo en materia de cuerpos y entes astrales. Si alguien puede ayudar en este asunto, es él. Vamos a comer. Ah... Se me olvidaba... —El nigromante buscó con la mirada a Reynevan, le miró a los ojos—. Tú eres su amigo, jovencito —afirmó, no preguntó—. Tu nombre es Reynevan.

Reynevan tragó saliva, asintió con la cabeza.

—Estando en trance, ese Sansón ha profetizado —dijo Axleben con frialdad—. Ha repetido varias veces la profecía: ha sido clara, inteligible, precisa. Se refería a ti, precisamente. Tienes que cuidarte de la Dueña y la Doncella. Eso es lo que ha dicho. —La mirada del nigromante hizo que se congelaran las sonrisas maliciosas de Scharley y Tvrdik—. Resulta que yo sé a qué se refería. La Dueña y la Doncella son dos famosas torres. Nada menos que del famoso castillo Trosky, en Podkrkonosí. Guárdate del castillo Trosky, joven al que llaman Reynevan.

—Da la casualidad —balbuceó Reynevan— de que no tengo intención alguna de ir por allí.

—Lo que sí es casualidad —soltó Axleben por encima del hombro, dirigiéndose hacia la puerta— es que Rupilius Silesio, la única persona que, en mi opinión, puede ayudar a tu Sansón, vive desde hace más de diez años en Bohemia. Precisamente, en el castillo Trosky.

Capítulo cuarto

En el que las bombardas disparan y hacen blanco en Kolín, y nacen proyectos, unos importantes, otros no tanto, unos más utópicos y fantasiosos, otros menos. Aunque lo que sea utopía y fantasía sólo el tiempo lo dirá.

—¡Hermano Procopio! ¡Hermano Procopio! ¡La bombardas se ha enfriado! ¿Volvemos a disparar?

El hombre al que se dirigía el responsable de la artillería era gallardo y ancho de espaldas. Su cara rubicunda de rasgos ordinarios, su nariz de patata y sus poblados bigotes negros le daban aire de campesino, de aldeano satisfecho con la cosecha.

Reynevan ya había visto a aquel tipo. Más de una vez. Siempre lo había mirado con curiosidad.

Antes de la revolución Procopio había sido cura, se decía que venía de Praga, de una familia de patricios de Staré Mesto. Se había unido a los husitas justo después de la defenestración, pero antes de 1425 no era sino uno de los muchos predicadores taboritas, entre los cuales se distinguía únicamente por su buen juicio, su sangre fría y tolerancia, así como por el hecho de que, a pesar de lo que disponía la liturgia husita, no llevaba barba apostólica, sino que se afeitaba puntillosamente cada mañana, cuidando únicamente su afamado bigote. De esa costumbre suya le venía justamente su apodo: el Rasurado. Tras el fallecimiento de Bohuslav de Svamberk habían elegido a Procopio, de forma totalmente imprevista, como hetmán supremo, caudillo del Tabor y *Správce*^[12] principal: así traducían su título de *director operationum Thaboritarum*. Poco después de su elección Procopio se ganó un segundo sobrenombre: el Grande. Y no se trataba únicamente de su estatura.

Procopio resultó en verdad un gran jefe y estratega, como demostraron sus espectaculares victorias en Ústí, Zwettl, Tachov y Stríbro. La estrella de Procopio brillaba con fuerza.

—¡Hermano Procopio! —El artillero le recordó que estaba ahí—. ¿Disparamos? Procopio el Rasurado miró los muros y las torres de Kolín, el rojo de los tejados que tan bien combinaba con el colorido otoñal de las hojas de los bosques y matorrales vecinos.

—¿Y a qué viene tanta prisa —respondió con otra pregunta— por disparar? ¿Queréis destruir la ciudad? ¡Es una ciudad checa, por el amor de Dios! Aguardad, no tardaremos en pasar a los países vecinos, allí podréis disparar a gusto, allí podréis destruir. Pero Kolín la necesito entera y con pocos daños. Y así es como habremos de tomarla.

Como queriendo manifestar su oposición y su desacuerdo, Kolín respondió. Gritos y disparos llegaban desde los muros, las almenas se cubrieron de humo, los proyectiles de piedra silbaron. Todos se hundieron en el suelo a unos veinte pasos de la primera línea de trincheras de los asaltantes. El señor Divis Borek de Miletínek, cercado en Kolín, daba muestras de no andar corto ni de pólvora ni de ganas de pelea.

—Al señor Divis Borek —Procopio se adelantó a las preguntas— lo obligaremos a rendirse. Y la plaza tomaremos sin menoscabo, sin degüellos después del asalto, sin saqueos. Para que los burgueses de Kolín sepan apreciar al hermano Hertvík, que muy pronto será aquí el hetmán.

Los jefes husitas que rodeaban a Procopio estallaron a coro en una carcajada. Reynevan conocía a muchos de ellos. No a todos. No conocía a Jan Hertvík de Rusinov, quien ya tenía, al parecer, el nombramiento como hetmán de Kolín en el bolsillo. De los restantes Huérfanos ya había visto en otras ocasiones a Jan Královec de Hradek y a Jira de Recice, supuso que el gigante rubio y de sonrisa apacible sería Jan Kolda de Zampach. Entre los jefes del Tabor reconoció a Jaroslav de Bucovina, a Jakub Kromesín, a Otík de Loza, a Jan Bleh de Tesnice.

—Por ello —Procopio se enderezó, miró a su alrededor para dejar claro que no sólo le estaba hablando al artillero, sino a todos—, por ello os pido que no me metáis prisa, que no abráis zanjas, que no malgastéis la pólvora...

—¿Y tenemos que quedarnos quietos? —preguntó Jan Kolda con

evidente disgusto—. ¿Al pie de estas murallas? ¿Cruzados de brazos?

—¿Quién ha dicho —Procopio se apoyó en la empalizada— que cruzados de brazos? ¡Hermano Jaroslav!

—¡A tus órdenes!

—¿Sabes si Flu... si el hermano Neplach ha mandado por fin a esos Esténtores suyos?

—Sí —confirmó Jaroslav de Bucovina—. Ha mandado a diez. Hay que ver qué bocas... Apestan a aguardiente y cebolla, tirarían de espaldas a cualquier gañán. Y con unas voces que parecen campanas...

—Pues que recorran las murallas dando voces. Día y noche. Sobre todo de noche, de noche es más eficaz. ¿Tiene hijos en Kolín el señor Borek?

—Una hija.

—Que no dejen de dar gritos recordando a esa hija. En cuanto a ti, hermano Kolda, ya que no te gusta quedarte de brazos cruzados...

—¡A tus órdenes, hermano Procopio!

—Toma tu caballería, recorred las aldeas, a ambos lados del Elba. Pregona una vez más por toda la comarca que, como alguien ande intentando llevar abastos a la ciudad, lo va a lamentar de veras. Como le pillemos con una sola torta de pan, con un solo saquito de gachas, le cortaremos las dos manos y los dos pies.

—¡Así se hará, hermano Procopio!

—Manos a la obra, todos a sus destacamentos, no os entretengo más... Y tú, hermano, ¿qué más quieres?

—Echaría un tiro —se lamentó el artillero jefe— con una bombardarda grande... Sólo, solito una vez más... Antes de que anochezca...

—Ya sabía yo —suspiró Procopio— que no te ibas a resignar. Vale. Pero acompáñame primero, quiero examinar tu negociado. Hay que comprobar qué tal cuidas de tus cañones. Salud, Scharley. Salud también a ti, hermano Bielau. Venid conmigo. Enseguida os atiende.

Reynevan se preguntó de dónde vendría aquella relación. Procopio el Rasurado y Scharley se habían reconocido en el primer encuentro, durante los Carnavales de 1426, en la ciudad de Nymburk, adonde habían enviado una compañía desde Hradec Králové. Quién sabe si eso no les había salvado el pellejo a todos ellos: los guerreros de Dios, primero los de Hradec y luego los

de Nymburk, que veían espías y provocadores por todas partes, se habían vuelto cada vez más desconfiados y más antipáticos. Las invocaciones a Peterlin y a Horn no servían de ayuda, por lo visto, Peterlin y Horn habían sido unos colaboradores tan secretos que a nadie le decían nada sus nombres y no servían de protección. No se sabe qué habría pasado de no haber aparecido Procopio. No se echó en brazos de Scharley, no le saludó efusivamente, pero fue evidente que aquellos dos se conocían. De dónde, quedó en secreto: ninguno era muy dado a las explicaciones y confidencias. Se sabía que Procopio había estudiado en el *Carolinum*, que había recorrido diversos centros de enseñanza extranjeros. Reynevan suponía que habría conocido a Scharley en alguno de aquellos viajes.

Reynevan, Scharley y Sansón siguieron a Procopio y al artillero a lo largo de las trincheras, empalizadas y líneas de fajina. Procopio pasó revista a las bombardas y morteros, habló con los artilleros y empavesados, palmeó los hombros de los ballesteros, bromeó con desparpajo junto a las hogueras con los soldados armados con mayales, les preguntó a los alabarderos si les hacía falta algo. Encontró tiempo para dirigirse a las mujeres que trajinaban con los peroles, probó las gachas de los soldados, no dejó de revolver las rubias melenas de los críos que andaban por la cocina. Levantaba las manos con modestia cada vez que los guerreros de Dios le ovacionaban.

Duró bastante tiempo. Pero Procopio tampoco se olvidó de ellos.

Regresaron al arrabal.

El ejército de Procopio había llegado a Kolín con una celeridad inesperada, sin dejarles mucho tiempo a los habitantes del arrabal: habían conseguido escapar, poniéndose a salvo tras las murallas de la ciudad, literalmente con lo que tenían más a mano, dejando a los taboritas y a los Huérfanos abundantes reservas de forraje y numerosos aperos, además de sus cabañas con casi la totalidad de sus bienes. No es raro, pues, que justo en ese sitio se hubiera instalado el campamento principal de los guerreros de Dios, rodeado por un círculo de carros y un recinto para los caballos. En medio de las cabañas y las casetas ardían numerosas hogueras, los martillos resonaban en las fraguas y golpeaban en los talleres de los carreteros. Había ropa tendida en las cuerdas. Los cerdos gruñían, las ovejas balaban. Las letrinas atufaban.

—Así, a grandes rasgos —dijo de repente Procopio—, ¿a qué has venido, hermano Bielau?

Reynevan suspiró disimuladamente. Se esperaba esa pregunta.

La decisión de viajar al castillo Trosky la había tomado Reynevan. De un modo bastante espontáneo, hay que decirlo, con un enorme e intenso entusiasmo, más propio de una viuda joven. Tanto entusiasmo y espontaneidad no les hizo demasiada gracia a los magos del Arcángel, en particular a Fraundinst y a Scepán de Drahotuse. Ambos desconfiaban de las noticias de Axleben, así como de las habilidades legendarias del legendario Rupilius Silesio. Lo de Axleben, aseguraban, era una confabulación para distraer la atención de su comprometedor fracaso con Sansón. Lo más probable era que Rupilius Silesio no estuviera en el castillo Trosky. Y, aunque por casualidad estuviera allí, la posibilidad de que sirviera de ayuda era igual a cero. Según cálculos aproximados, Rupilius Silesio tendría ya unos noventa años: ¿qué podía esperarse de aquel viejo chocho?

Del lado de Reynevan, en cambio, se situó Telesma. Telesma había oído hablar de Rupilius Silesio, incluso una vez se habían visto fugazmente, hacía ya medio siglo había comprobado que sus cualificaciones en el campo del espiritismo y de los entes astrales estaban certificadas y verificadas. No se pierde nada intentándolo, proclamó. Para Sansón la expedición a Trosky constituye una oportunidad que hay que aprovechar, y cuanto antes. Precisamente porque Rupilius tiene ya noventa castañas. Y a esa edad ya se sabe: te pillas un catarro, empiezas a moquear y a peerte y el día menos pensado te conviertes en un ente astral.

A Telesma lo apoyó Bezdechovsky. El provector nigromante no sólo había oído hablar de Rupilius, sino que lo había conocido personalmente, hacía años, en Padua. Rupilius, manifestó, podía perfectamente ayudar a Sansón. Lo que no se sabía era si estaría dispuesto, porque en Padua se había mostrado como un arrogante y un cabrón intratable.

Con bastante escepticismo y frialdad, cosa rara, recibió el proyecto el propio Sansón. No tomó parte en la discusión, y si llegó a decir algo fue entre dientes. No argumentó ni a favor ni en contra. En general, estuvo callado.

Pero Reynevan ya lo conocía muy bien. Sencillamente, no creía en el éxito de la expedición. Cuando finalmente la apoyó, Reynevan no pudo evitar la impresión de que lo hacía por pura cortesía.

Quedaba Scharley. Reynevan ya conocía la opinión de Scharley sobre la empresa antes de preguntarle al respecto. Pero le preguntó, por guardar las formas.

—Una nueva idiotez —comentó tranquilamente Scharley—. Para colmo, esto empieza a recordarme a lo de Silesia hace dos años, aquella memorable y entusiasta odisea por la señora Adela. La expedición a Trosky parece igual de meditada y seguramente sería conducida del mismo modo. Y ya estoy viendo con los ojos del alma el resultado. Me temo que nunca vas a sentar la cabeza, Reinmar.

»Tenemos, como dices —prosiguió, en un tono algo más tranquilo y más serio—, una obligación con Sansón, estamos en deuda con él. Puede ser, no lo niego. Pero la vida es la vida, al fin y al cabo, y la regla básica de la vida nos impele a olvidar tales deudas, a borrarlas de la memoria. Y en la vida, ya se sabe: antes mis dientes que mis parientes. Hay que ayudar al prójimo, qué duda cabe, pero no a nuestra costa. Te digo que hemos hecho mucho por Sansón, y cuando se presente la ocasión aún haremos más. Estoy seguro de que la ocasión se va a presentar, tarde o temprano, basta con quedarse sentado y esperar pacientemente. Esperemos pues la ocasión. ¿Qué sentido tiene buscar la ocasión, cuando podemos tener un disgusto? Hay que pensar en nuestra camisa, Reinmar, y en nuestro pellejo, que es lo más importante. ¿Para qué quieres poner en riesgo nuestro pellejo, muchacho? ¿Adónde pretendes llevarnos? Se prolongan las revueltas, la guerra, los incendios, reina el caos, el desorden y la injusticia. Éstos no son momentos para expediciones insensatas. Sin estar preparados, por añadidura.

—Ahí te equivocas —replicó Reynevan—. No estoy de acuerdo contigo, en absoluto. Y no me refiero a tus cínicas reglas vitales, ni mucho menos, como tampoco a lo que es o deja de ser más importante en la vida. Lo que no comparto es tu evaluación de la situación. Porque el momento no sólo es propicio para la expedición, sino que la hace más urgente. Podjestedí y los montes de Jicín los dominan nuestros ejércitos, los escasos señores católicos de esa región están aterrados, su ánimo se vino abajo con la derrota de los

cruzados en Tachov. Están como abejas ahumadas. Si hay que ponerse en camino, hay que hacerlo ahora, antes de que reaccionen y vuelvan a estar en condiciones de picar. ¿Qué dices a eso?

—Nada.

—Eso sí, en lo de la preparación, tienes *razón*. Hay que prepararse. ¿Qué propones?

Scharley suspiró.

Reynevan y Sansón partieron de Praga el 10 de octubre. Aquel año coincidía con el viernes dedicado a la memoria de San Gereón y sus compañeros mártires. Abandonaron la ciudad de muy buena mañana. Cuando ya habían atravesado la Puerta del Río, el sol asomó entre las nubes, bañando de un mágico resplandor Vítkov y Spitálské Pole, de cambiantes colores. La vista alegraba el corazón y Reynevan la tomó como una buena señal y un augurio.

Ni Sansón ni él se sentían demasiado bien. Ambos dejaban atrás una efusiva despedida y una larga noche de celebración con los magos de la farmacia del Arcángel. Reynevan no paraba de suspirar y de removerse en la silla: le había tocado, por añadidura, celebrar la despedida con doña Blazena Pospíchalová.

Se dirigieron hacia Kolín, cercado desde mediados de septiembre por el Tabor, los Huérfanos y los de Praga. El cerco lo dirigía Procopio el Rasurado. Del ejército de Procopio el Rasurado formaba parte Scharley. El mes transcurrido desde su separación lo había aprovechado Scharley para preparar la expedición. Afirmaba que podía hacerlo. Reynevan le creía. A Scharley no le faltaban medios. El demérito no ocultaba —más bien, hasta le daba por jactarse— que si combatía en el ejército taborita era por el botín y la ganancia, y que ya tenía bastante, repartido en distintos escondrijos.

El sol se ocultó tras unas nubes negras que venían del norte. Todo se volvió triste y oscuro. Por no decir espantoso.

Reynevan convino en que los augurios eran una superstición.

Parecía que Procopio no escuchaba. Sólo lo parecía.

—Que le dé permiso al hermano Scharley —repitió—. Liberarlo, en plena guerra, de su servicio en el ejército. Para que se ocupe de asuntos privados tuyos, hermano Bielau. En otras palabras, lo importante es lo mío, y las obligaciones con Dios y con la patria son cosa fútil. ¿No es eso?

Reynevan no contestó. Se limitó a tragar saliva haciendo ruido. Procopio soltó un resoplido.

—De acuerdo —anunció—. Doy mi consentimiento. Por tres razones —prosiguió, evidentemente satisfecho de la estupefacción de Reynevan—. Lo primero, el hermano Scharley lleva ya más de un año sirviendo en las filas del Tabor, se ha ganado un permiso. Lo segundo, el hermano Neplach me ha puesto al corriente de tus servicios, hermano Bielau. Has combatido con abnegación a los enemigos de nuestra causa, al parecer luchaste heroicamente contra los insurrectos en Praga, el 6 de septiembre. Curaste a los heridos, sin beber, sin comer y sin dormir. Eso, sin discusión, se merece un premio. Y lo tercero y principal... —Se detuvo, se dio la vuelta. Estaban ya al pie de un granero, que servía ahora de cuartel general y de sede del estado mayor de los asaltantes—. En cuanto a lo tercero y principal, ya lo sabréis más tarde, volveremos sobre este asunto. Ahora hay que ocuparse de otros. Por lo demás, vais a ver de qué clase. Vosotros mismos vais a poder escucharlo, porque quiero que os quedéis a mi lado.

—Hermano...

—Es una orden. Vamos. Y vuestro criado... Ah, veo que ya está entretenido. Muy bien. No molesta.

Sansón Mieles, haciendo, como de costumbre, que no escuchaba ni entendía nada, se había acomodado junto a la pared del granero, había sacado una navajita y estaba afilando una estaca que había encontrado. A Sansón le daba a menudo por afilar estacas. En primer lugar, solía explicar que es una actividad de lo más adecuada para un idiota como el que él aparentaba ser. En segundo lugar, decía, afilar estacas relaja, actúa de forma beneficiosa sobre el sistema nervioso y sobre el digestivo. En tercer lugar, comentaba, hacer cortes en la madera le ayudaba cada vez que se veía obligado a escuchar discusiones políticas y religiosas, dado que el olor de las virutas frescas aplaca las ganas de vomitar.

Entraron en el granero, en una amplia estancia que, a pesar de que hacía

ya un tiempo que había sido adoptada como estado mayor, conservaba un agradable olor a grano. En el interior, junto a una mesa, aguardaban dos individuos, inclinados sobre unos mapas. Uno de ellos era pequeño y flaco, vestido de negro, al estilo de los sacerdotes husitas. El otro, más joven, con ropas de caballero, era un hombre fornido, de cabellos rubios, con un rostro que por una parte era propio de un querubín, pero por otra parecía extremadamente exhausto, lo que hacía pensar en la miniatura flamenca *Las muy ricas horas del duque de Berry*.

—Por fin —dijo el más bajito, de negro—. Llevamos un buen rato esperando, hermano Procopio.

—Obligaciones, hermano Procopio.

A diferencia de su tocayo, este segundo Procopio llevaba barba, si bien es cierto que poco poblada, descuidada y bastante ridícula. En razón de su estatura, lo distinguían también por su apodo: lo llamaban Procopio el Menor o Procopillo. Al principio, también él había sido predicador, uno de tantos predicadores, había destacado entre los husitas —para ser más exactos, entre los Huérfanos— tras la muerte de Jan Zizka de Trocnov. En compañía de Ambrós de Hradec, Procopio el Menor había estado junto al lecho de muerte de Zizka, y a los testigos de los momentos postreros de su venerado caudillo los Huérfanos los consideraban poco menos que unos santos: se arrodillaban ante ellos y les besaban el borde de sus vestimentas, y hasta las madres les llevaban a sus niños con fiebre. Gracias a esa consideración, Procopillo había alcanzado la condición de máximo jefe espiritual: así pues, ocupaba entre los Huérfanos una posición análoga a la que el otro Procopio había ocupado en el Tabor antes de detentar el cargo de *Správce*.

—Obligaciones —repitió Procopio el Grande, señalando en general en dirección a la plaza asediada.

Un fuerte estruendo contrapunteó sus palabras: las paredes temblaron, el polvo cayó de la techumbre. El artillero jefe finalmente había conseguido disparar a gusto con su bombardita de doscientas libras. Eso quería decir, de paso, que reinaría la calma hasta la mañana siguiente: semejante bombardita necesitaba enfriarse, después del disparo, un mínimo de seis horas.

—Había ordenado esperar. Disculpa, hermano. Y tú, hermano Wyszek.

Reynevan ya había visto antes a Wyszek Raczynski, en Ústí, en la

caballería de Jan Rohác de Dubá. El camino del polaco hasta los husitas había sido atípico: Wyszek había visitado Praga en 1421 en calidad de enviado del duque lituano Vitautas, a cuyo servicio estaba. En su embajada se trató, como después se supo, la cuestión de la corona para Korybutovich. A Raczynski le había gustado la revolución checa, sobre todo tras su contacto con Zizka, Rohác y los taboritas, que al polaco le cayeron mucho mejor que los moderados calixtinos, con quienes había tratado como emisario de Vitautas. Raczynski en un abrir y cerrar de ojos se había sumado a los taboritas, y le unía una sincera amistad con Rohác.

A una señal de Procopio todos se sentaron a la mesa donde estaban desplegados los mapas. Reynevan se sentía incómodo, tenía conciencia de hasta qué punto era un intruso que no pintaba nada allí. Ese estado de ánimo no lo arreglaba para nada el desparpajo de Scharley, que siempre se sentía en todas partes como en casa. Tampoco ayudó el hecho de que Procopillo y Raczynski parecieran aceptar su presencia sin ninguna clase de reservas. Estaban acostumbrados. Procopio siempre estaba rodeado de toda clase de espías, embajadores, emisarios e individuos en misión especial, y hasta especialísima.

—No va a ser un asedio breve. —Procopio el Rasurado rompió el hielo—. Llevamos aquí en Kolín desde la Exaltación de la Santa Cruz, y consideraría un éxito que la plaza se rindiese antes de Adviento. Podría ocurrir, hermano Wyszek, que a tu vuelta de Polonia aún me encontraras aquí. ¿Cuándo te marchas?

—Mañana al alba. Cruzando el Oder, y luego por Cieszyn, hasta Zator.

—¿No te asusta el viaje? Ahora en Polonia no sólo Olesnicki, sino cualquier estarosta te puede echar a la mazmorra. De acuerdo con las leyes que ha promulgado Jagiello. Tal vez por culpa de un dolor de tripa.

Todos, incluido Reynevan, sabían de qué iba la cosa. Desde abril de 1422 estaba en vigor en el reino de Polonia el edicto de Wilun, que le habían arrancado a Jagiello el obispo Olesnicki, el Luxemburgo y los legados papales. El edicto —aunque en él no figuraba ni el nombre de Hus ni el término «husitas»— hablaba *expressis verbis* de Bohemia como territorio «apestado por la herejía», prohibía a los polacos comerciar con los checos y viajar en general a Bohemia, a la vez que ordenaba a quienes allí se

encontraban que regresaran de inmediato. A los insumisos les esperaba la infamia y la confiscación de sus bienes. Además, con respecto a la herejía el edicto modificaba radicalmente su calificación legal: si hasta entonces en Polonia había sido castigada por los tribunales eclesiásticos, ahora se convertía en un delito contra el reino y contra el monarca, en un *crimen laesae maiestatis* y en traición al estado. Tal calificación comprometía formalmente a todo el aparato estatal en la persecución y castigo de la herejía, al tiempo que para los declarados culpables suponía la pena capital.

Naturalmente el asunto enfureció a los checos: consideraban a Polonia un país hermano y afín, y de pronto, en lugar del esperado frente común contra «los alemanes», se encontraban con semejante ultraje. En vez del frente, la afrenta. La mayoría, sin embargo, comprendía los motivos de Jagiello y las reglas del intrincado juego que se veía obligado a desplegar. Pronto se hizo evidente que el edicto era inquietante exclusivamente en la letra, y en la letra se quedaba. Así que cuando un checo se refería al «edicto de Wilun» por lo general guiñaba el ojo significativamente o añadía algún comentario burlesco. Como acababa de hacer Procopio.

—Nada es, al punto que los cruzados crucen el Drweca, Jagiello se olvidará de su famoso edicto. Porque sabe que si alguna ayuda ha de buscar contra los alemanes, de seguro que no será en Roma.

—Ja —replicó Raczynski—. Es verdad, no lo niego. Pero tampoco puedo decir que no me asuste. Lo cierto es que viajo en secreto. Mas ya sabéis lo que pasa con estas nuevas leyes: de pronto, todo el mundo quiere ser más aplicado que nadie, todo el mundo quiere alardear de su celo, jactarse y lucirse, por ver si así les valoran y un ascenso se ganan. De modo que Zbyszko Olesnicki tiene un ejército de soplones a su servicio. Y ese Jędrzej Myszka, obispo *vicarius*, ese espantajo, ese hijo de perra, que tiene la nariz como la de un perro y como un perro husmea, que con tal de que no haya cerca del rey Ladislao ningún husita... Perdón, quería decir...

—Querías decir «ningún husita» —le cortó secamente Procopio—. No seamos tan puntillosos.

—Sí, es verdad... Pero el caso es que yo no me voy a acercar al rey. En Zator voy a encontrarme con el señor Jan Mezyk de Dabrowa, partidario de nuestra causa, juntos iremos a Pieskowa Skala, allí nos veremos en secreto

con el noble Piotr Szafraniec, camarlengo en Cracovia. Y don Piotr, que nos ve con simpatía, le transmitirá nuestro mensaje al rey Ladislao.

—Cierto, cierto —dijo Procopio pensativo, retorciéndose los bigotes—. El propio Jagiello no está ahora como para recibir embajadas. Anda estos días con otros desvelos.

Los presentes intercambiaron unas miradas muy significativas. Sabían a qué se refería, las noticias habían viajado rápido y habían llegado muy lejos. La reina Sonka, esposa de Jagiello, había sido acusada de infidelidad y adulterio. Según se rumoreaba, se había desmelenado con no menos de siete caballeros. En Cracovia no cesaban los arrestos y pesquisas, pero Jagiello, normalmente tranquilo, estaba al parecer como loco.

—Grande es la responsabilidad que pesa sobre ti, hermano Wyszek. Nuestras embajadas a Polonia no han ido nada bien hasta la fecha. Basta con recordar a Hynek de Kolstejn. Por eso te pido que en primer lugar le transmitas al noble Szafraniec que, si el rey Ladislao lo permite, en breve acudirá al Wawel una embajada checa a postrarse ante su majestad, y yo personalmente iré a la cabeza de esa embajada. Ése es el principal objetivo de tu misión: preparar la mía. Le dirás que eres enviado mío por procuración.

Wyszek Raczynski se inclinó.

—Dejo a tu buen criterio e intuición —prosiguió Procopio el Rasurado— la decisión de con quién más entrevistarte, con quién contactar en Polonia. A quién sondear. Pues también debes saber que aún no he decidido a quién dirigirme yo en mi embajada. Me gustaría que fuera a Jagiello. Pero si las circunstancias no son propicias, tampoco descarto a Vitautas.

Raczynski abrió la boca, pero no dijo nada.

—El duque Vitautas —terció Procopillo— es compañero de viaje. Tenemos planes parecidos.

—¿Parecidos en qué?

—Bohemia de mar a mar. Ése es nuestro programa.

La cara que puso Wyszek debió ser muy expresiva, porque Procopillo se apresuró a explicarse.

—Brandeburgo —declaró, poniendo el dedo en el mapa— es tierra de pertenencia legítima a la corona de Bohemia. Los Luxemburgo simplemente malvendieron Brandeburgo a los Hohenzollern, difícil no ha de ser invalidar

ese trato. A Segismundo de Luxemburgo ya lo hemos desautorizado como rey, haremos lo mismo con sus componendas. Recuperaremos lo que es nuestro. Y, si los tudescos se ponen gallitos, iremos allí con nuestros carros y les dejaremos el culo pelao.

—Entiendo —dijo Raczynski. Pero la expresión de su rostro apenas se alteró. Procopillo se dio cuenta.

—Habiendo conseguido Brandeburgo —continuó—, nos ocuparemos de la Orden Teutónica, de los cruzados. De extirpar a esos malditos teutones del Báltico. Y ya tenemos un mar, ¿o no?

—¿Y Polonia? —preguntó Wyszek secamente.

—A Polonia —intervino tranquilamente Procopio el Rasurado— el Báltico no le interesa, pudo verse después de Grunwald. Pudo verse después del tratado de Melno. Se puede ver claramente en la política actual de Jagiello, o más bien de Vitautas, porque lo que es Jagiello... Ah, da pena decirlo, mas qué se le va a hacer, así es la vida, a todos nos toca envejecer. Y, por lo que respecta a los intereses de Vitautas, están en el este, no en el norte. Así que nosotros nos apoderaremos del Báltico, ya que... ¿Cómo es eso que sueles decir, Scharley?

—*Res nullius cedit occupanti.*

—Está claro. —Wyszek hizo un gesto de asentimiento—. Ya tenemos un mar. ¿Y el otro?

—Vencemos a los turcos —Procopillo se encogió de hombros— y ya tenemos el mar Negro. Bohemia será una potencia marítima, y punto.

—Como ves, hermano Wyszek —se unió con una sonrisa Procopio el Rasurado—, somos muy de fiar. Con todos tenemos intereses comunes, con nosotros todos pueden sacar beneficios y provecho. A Jagiello le aseguramos la paz con la Orden Teutónica, a Vitautas le dejamos las manos libres en el este, para que se imponga y domine donde se le antoje, ya sea en Moscú, en Nóvgorod la Grande o en Pereslav Riazanski. Hasta al papa puede que le convenga que acabemos con los cruzados, ya son demasiado altaneros y arrogantes. Haremos que se cumpla la profecía de Santa Brígida, en esta ocasión enteramente y hasta el fin. Y, si nos ocupamos de los turcos, seguro que también el santo padre se alegra, no se va a afligir, ¿verdad? ¿Qué piensas?

Wyszek Raczynski se guardó sus pensamientos para sí.

—¿Y eso es lo que tengo —preguntó— que trasladarle a Szafraniec?

—Hermano Wyszek. —Procopio se puso serio—. Tú bien sabes lo que tienes que decirle. Porque eres uno de los nuestros, un auténtico cristiano, y recibes la comunión del cáliz, como hacemos nosotros, pero también eres polaco y eres un patriota, así que actúa de manera que sea igualmente beneficioso para Polonia. Los cruzados siguen representando una amenaza para Polonia, Grunwald no ha servido de mucho, la Orden Teutónica pende aún sobre vosotros cual espada de Damocles. Si el rey Ladislao hiciera caso a las quejas y peticiones papales, se uniera a la cruzada y enviara un ejército polaco contra nosotros, los caballeros teutónicos le golpearían sin demora desde el norte. Le golpearía Brandeburgo y lo mismo harían los duques de Silesia. Y se acabó Polonia. Se acabó Polonia, hermano Wyszek.

—El rey Ladislao ya lo sabe —replicó Raczynski—. Y no creo que se vaya a sumar a la cruzada. Pero tampoco puede el rey polaco oponerse abiertamente al papa. Así que se multiplican los libelos, instigados desde Marienburgo, que aseguran que Jagiello en el fondo de su alma es un pagano y un idólatra, que intima con paganos, que está conchabado con el diablo. Pero el rey polaco ansia la paz. El acuerdo entre Bohemia y Roma. Y Roma está dispuesta a llegar a ese acuerdo...

—Dispuestísima —bromeó Procopillo—. Cuanto más fuerte les aticemos a esos cruzados romanos, más dispuesta estará.

—Muy cierto —admitió el polaco—. Si el papa os pudiera... quiero decir, si nos pudiera conquistar a sangre y fuego, lo haría. Nos decapitaría, nos daría tormento, nos arrastraría con caballos, nos quemaría vivos, nos ahogaría, y todo eso cantando *Gloria in excelsis*. Harían con nosotros lo mismo que hicieron con los albigenses, tras lo cual proclamarían que todo había sido a mayor gloria de Dios. Pero se ha visto que no son capaces. No tienen fuerza suficiente. Por eso quieren negociar.

—Ya sé que ellos quieren —soltó con desprecio Procopillo—. Pero ¿por qué tendríamos que querer nosotros? Somos nosotros los que les estamos zurrando la badana, no al revés.

—Hermano. —Raczynski levantó las manos en un gesto de desesperación—. Hermano, eso que me estás contando yo ya lo sé. Permite que te repita lo

que sabe el rey polaco Ladislao. Lo que sabe cualquier rey cristiano de la Europa cristiana. Por ahora, la Iglesia domina el mundo y sostiene dos espadas: una espiritual y otra temporal. En pocas palabras: el papa es quien tiene la plenitud del poder temporal, y el rey es únicamente su plenipotenciario. Dicho de un modo aún más sencillo: el reino de Bohemia no será un reino mientras el papa no confirme al rey checo. Sólo entonces habrá paz y orden, y Bohemia regresará a Europa en calidad de reino cristiano.

—¿A Europa? ¿O sea, a Roma? Muy bien, regresemos, ¡pero no a costa de renunciar a nuestra soberanía! ¡Ni a nuestra religión! ¡Ni a nuestros valores cristianos! Primero tiene Roma, o sea, Europa, que adoptar los valores cristianos. En resumen: tiene que convertirse a la fe verdadera. Es decir, a la nuestra. Así pues, *primo*: Europa debe aceptar y recibir la comunión del cáliz. *Secundo*: debe jurar los cuatro artículos de Praga. *Tertio*...

—Tengo serias dudas —Raczynski no esperó al *tertio*— de que Europa se avenga a todo eso. Por no hablar del papa.

—¡Ya se verá! —Procopillo montó en cólera—. ¿A qué distancia está Roma? ¿A doscientas leguas? ¡Tardaremos un mes como mucho! ¡Y entonces hablaremos! ¡Cuándo el Anticristo romano contemple nuestros carros en el Trastevere, ya veréis qué pronto se le bajan los humos!

—Calma, calma, hermano. —Procopio el Rasurado apoyó con fuerza los puños en la mesa—. Somos partidarios de la paz, ¿lo has olvidado? Nuestro docto hermano, Petr Chelcicky, nos enseña que nada puede justificar el incumplimiento del quinto mandamiento. «No matarás» es sagrado e inquebrantable. No deseamos la guerra, estamos listos para las negociaciones.

—Esa disposición —dijo Raczynski— alegrará al rey polaco.

—Eso creo. Pero que Roma no alce la cabeza con tanto orgullo, que baje de su pedestal, que se deje de tonterías con sus dos espadas. Porque a nosotros, a los checos que profesamos la verdadera fe, nos cuesta admitir, hermano Wyszek, que esos papas que en los últimos tiempos se han multiplicado como conejos, de obediencia romana o de cualquier otra obediencia, sean representantes competentes de Dios en la Tierra y que esas dos espadas estén en buenas y justas manos. Porque últimamente cada nuevo papa ha resultado más inútil que el anterior. El que no era un cretino era un

ladrón, y el que no era un ladrón era un granuja, y el que no era un granuja era un borrachín y un disoluto. Y a veces todo eso junto. Con toda mi buena voluntad, y aunque sea dócil cual corderillo, a semejantes pastores no puedo serles obediente, no pienso reconocerlos como cabeza de la Iglesia, no voy a aceptarlos como soberanos, por mucho que alguien me pusiera delante de los ojos cien donaciones de Constantino. El maestro Jan Hus nos ha enseñado que no puede ser auténtico sucesor del apóstol Pedro un papa cuya forma de vida se opone a los hábitos de Pedro. Semejante papa no es vicario de Cristo, sino de Judas Iscariote. ¡En lugar de obedecer a uno de éstos, lo que hay que hacer es cogerle del cogote y echarlo del púlpito, privarlo de sus privilegios y expropiarle sus bienes! Y así desde el Vaticano hasta la última parroquia de aldea.

»Dices, hermano Wyszek, que la *curia romana* perdonaría de muy buena gana a los checos y los recibiría como hijos pródigos, reintegrándolos en el seno de la comunidad cristiana europea. Eso mismo deseamos nosotros. Pero primero han de mudar sus costumbres y su fe. Convertirse a la fe verdadera. A aquélla que Cristo nos enseñó. La misma que Pedro profesó. La que el maestro Wiclif y el maestro Hus predicaron. Pues la verdadera fe, la fe apostólica, conforme a la letra de la Biblia, es la que profesamos nosotros, los rectos creyentes. ¿Qué la *christianitas* europea nos quiere en su seno? Que limpie ese seno primero.

»No faltan hombres como Petr Chelcicky, como Mikulás de Pelhrimov. Como ese gran paisano tuyo, Pawel Wlodkowic, defensor de la libertad de conciencia. Quiera Dios que la Iglesia romana, reconociendo su error, escuche a estos hombres. Quiera Dios que haga caso de sus enseñanzas.

—Y, si no hace caso de sus enseñanzas —remató Procopillo con una sonrisa fría—, hará caso de nuestros mayales.

El silencio duró un buen rato. Lo rompió Wyszek Raczynski.

—Así que todo esto —afirmó, no preguntó— es lo que tengo que trasladarle a Szafraniec. ¿Es eso lo que queréis?

—Si no lo quisiera —Procopio se retorció el bigote—, ¿habría hablado de ello?

Enfrente del granero Jan Rohác de Dubá, renombrado hetmán de Cáslav, estaba aguardando a Raczynski. Con una escolta a caballo.

De un salto, el polaco montó en el corcel que le ofrecían, cogió la pelliza de lobo que le tendía un criado. En ese momento Procopio se acercó hasta él.

—Cuídate, hermano Wyszek. —Le estrechó la mano—. Que Dios te acompañe. Y te ruego que, por mediación de Szafraniec, le transmitas al rey Ladislao mis deseos de que goce de buena salud. Que la fortuna le sonría...

—... en su matrimonio con Sonka. —Procopillo sonrió mostrando los dientes, pero el Rasurado le hizo callar con una mirada fulminante.

—Que la fortuna le sonría en la caza —concluyó—. Sé que es amante de la caza. Pero que sea precavido. Setenta y siete años tiene. A esa edad es fácil pillar un catarro y uno la puede espichar.

Raczynski se inclinó, chasqueó al caballo. Muy pronto iban al trote hacia un vado en el Elba. Jan Rohác de Dubá y él. Dos amigos, conmlitones, camaradas, compañeros de armas. Aún les esperaban, a Rohác y a Wyszek, al checo y al polaco, muchas batallas, escaramuzas y combates, en las cuales tenían que luchar juntos, codo con codo, caballo con caballo, muslo con muslo, hombro con hombro. También tenían que morir juntos: el mismo día, en el mismo cadalso, primero horriblemente maltratados, después colgados. Pero en ese momento ninguno podía preverlo.

La enorme bombardarda estuvo enfriándose hasta el alba, pero el artillero, lleno de entusiasmo, no se olvidó de disparar con ella en cuanto salió el sol. El estruendo y la sacudida fueron tan tremendos que Reynevan se cayó del angosto camastro en que dormía. Pero los fragmentos de paja y polvo estuvieron aún cayendo del techo durante tres padrenuestros.

A la bombardarda mayor le siguieron, como quien sigue a una madre, otras más pequeñas, que arrojaban proyectiles de un quintal y de medio quintal.

Hubo un gran estrépito. El suelo tembló. Reynevan, recién despierto, recordaba su sueño, y no le faltaban motivos: había vuelto a soñar con Nicoletta, Catalina von Biberstein. Con todo detalle.

Los cañones tronaban. Seguía el cerco.

La tercera y más importante de las razones que tenía para concederle el permiso a Scharley se la expuso Procopio cerca del mediodía. Inmediatamente les cambió el humor.

—Me haréis falta en Silesia. Ambos. Quiero que volváis allí.

»En agosto —prosiguió Procopio, sin fijarse en sus caras y sin esperar a su respuesta—. En agosto, cuando rechazamos la cruzada en Stríbro, el obispo de Wroclaw, una vez más, nos apuñaló por la espalda. Los soldados del obispo y de los duques de Silesia, apoyados, como de costumbre, por Albrecht Kolditz y Puta de Czastolovice, nuevamente atacaron Náchodsko. Otra vez se vertieron allí ríos de sangre checa, otra vez el incendio devoró las casas. Otra vez se cometieron brutalidades indescriptibles con personas indefensas.

»Desde hace al menos un año una ola de terror espantoso recorre Silesia. Las hogueras arden por doquier. Los germanos torturan horriblemente a nuestros hermanos eslavos. No vamos a contemplarlo cruzados de brazos. Pensamos acudir a Silesia a prestar nuestra ayuda fraterna. En misión de pacificación y estabilización.

»No obstante, tal misión —Procopio seguía sin dejarles meter baza— hay que prepararla. Y ésa será vuestra tarea. Una vez que resolváis vuestros asuntos privados, para los que generosamente os he dado mi permiso, os dirigiréis a la Montaña Blanca, a encontraros con el hermano Neplach. El hermano Neplach os preparará para la misión. Que llevaréis a cabo, no tengo ninguna duda, con gran abnegación, en el nombre de Dios, de la religión y de la patria. Como corresponde a unos guerreros de Dios... Tú, Scharley, querías decir algo, ya lo he visto. Habla.

—En Silesia —Scharley se aclaró la voz— nos conocen. Somos conocidos.

—Ya lo sé.

—Allí nos conoce mucha gente. Muchos están enfadados con nosotros. A muchos les gustaría vernos muertos.

—Eso está bien. Es una garantía de que seréis precavidos sensatos.

—La Inquisición...

—Y de que no nos traicionaréis. Se acabó la discusión, Scharley. ¡Basta de charla! Se os ha dado una orden. Tenéis una tarea que cumplir. Ya podéis

ir a arreglar vuestros problemas particulares aprovechando el permiso. Os aconsejo que los arregléis todos y que los arregléis a conciencia. Vuestra misión, lo reconozco, es arriesgada y peligrosa. Conviene poner antes en orden los asuntos personales. Pagar las deudas a los amigos y a los seres queridos. Contraer nuevas deudas con otra gente... —Se interrumpió de repente—. Reinmar von Bielau —prosiguió al cabo de un instante, comprobando que, efectivamente, a Reynevan se le había puesto la carne de gallina—, tus asuntos privados, por un casual, ¿no tendrán nada que ver con la venganza por la muerte de tu hermano?

Reynevan negó con la cabeza: de pronto, la garganta se le había secado hasta tal punto que habría sido incapaz de articular palabra.

—¡Oooh! —Procopio el Rasurado se cruzó de brazos—. Eso está muy bien. Es estupendo. Sigue así.

»Dice la Biblia: confía en el Señor —continuó un momento después—. Y, en lo tocante a tu hermano, también puedes confiar en mí, en Procopio. Me ocuparé de ese asunto personalmente. Ya me estoy ocupando.

»Tu hermano, cuya memoria respeto, no fue más que uno de los muchos partidarios nuestros caídos en Silesia. La mano asesina alcanzó a mucha gente que simpatizaba con nosotros, a muchos que nos ayudaban. Esos crímenes no quedarán impunes. Responderemos al terror con el terror, de acuerdo con el mandamiento divino: ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, herida por herida. Tu hermano será vengado, puedes estar seguro. Pero te prohíbo la venganza personal. Comprendo tus sentimientos, pero tienes que refrenarte. Entender que existe una jerarquía, un orden para la revancha, y tú te encuentras lejos de la cabeza en esa jerarquía. Y, ¿sabes quién está en cabeza? Te lo diré: ¡yo! Procopio, llamado el Rasurado. Los asesinos de Silesia me habían puesto en su lista, ¿crees que voy a permitir que salgan de rositas? ¿Qué me importa un bledo dar ejemplo? Juro en el nombre del Padre y del Hijo que aquéllos que han derramado sangre pagarán con su propia sangre. Como dicen las Escrituras: los dispersaré como polvo en el aire, los pisotearé como el barro de la calle. Enviaré la espada tras sus huellas, hasta obtener su completa destrucción. Los que firmaron un pacto con el diablo, los que tramaron sus crímenes a escondidas, los que amparándose en la oscuridad asestaron golpes alevosos, ahora mirarán con

aprensión, sintiendo unos ojos extraños clavados en su nuca. Ahora esas criaturas de las tinieblas temerán lo que las acecha en las tinieblas. Se creían lobos, sembrando el espanto entre las ovejas indefensas. Pero ahora serán ellos quienes tiemblen al oír el aullido del lobo que les sigue los pasos.

»En conclusión: la preparación de nuestro ataque a Silesia es en estos momentos una cuestión de trascendencia capital para toda nuestra causa. Es una operación no menos importante que, por ejemplo, el presente cerco a Kolín o el ataque a Hungría previsto para finales de este año. Repito: si, a consecuencia de tus intentos privados de venganza, la operación se salda con un fracaso, sacaré mis conclusiones. Severas. No tendré piedad. Acuérdate. ¿Te acordarás?

—Me acordaré.

—Excelente. Pero ahora... Reinmar, el hermano Neplach me ha informado de que eres un hacha en lo tocante a la medicina... hum... no convencional. Y a mí el dolor en los huesos no me deja vivir... ¿Podrías tratarme? ¿Curarme con algún conjuro?

—Hermano Procopio... La magia está prohibida... La brujería es *peccatum mortaliu*m... El cuarto artículo de Praga...

—No digas más gilipolleces, ¿vale? Te he preguntado si puedes curarme.

—Sí que puedo. Haz el favor de indicarme dónde te duele.

Capítulo quinto

En el que dejamos por una breve temporada a nuestros héroes y nos desplazamos de Bohemia a Silesia, para comprobar lo que hacen más o menos a la vez algunos viejos —y otros nuevos— conocidos.

¿No le he visto yo antes en alguna parte?, pensaba mirando a su huésped Wendel Domarasc, *magister scholarum* de la escuela colegial de la Santa Cruz en Opole. ¿No le he visto antes en alguna parte? Y, en ese caso, ¿dónde? ¿En Cracovia? ¿En Dresde? ¿En Opava?

A través de la ventana le llegaban las voces de los discípulos que recitaban a coro las estrofas de la *Tebaida* de Estacio. Cada cierto tiempo la recitación se veía interrumpida por un grito: con ayuda de una vara, el *signator* que controlaba la clase le corregía el latín a algún alumno y le estimulaba a progresar en el estudio.

El huésped era alto, extremadamente flaco, aunque se le veía fuerte. Llevaba los cabellos grises, de aspecto clerical, cubiertos con una gorra de fieltro. Wendel Domarasc habría apostado lo que fuera a que la gorra ocultaba la tonsura o sus huellas. Además, el recién llegado seguro que sabía —de eso estaba igualmente convencido el *magister*— bajar la mirada como un monje, doblar la cerviz en señal de humildad, juntar las manos y entonar una plegaria. Seguro que sabía hacerlo. Si quisiera. En ese instante, evidentemente, no quería. Miraba al maestro fijamente a los ojos.

Los ojos del viajero eran muy raros. Con su penetrante fijeza ponían nervioso a cualquiera, sembrando de millares de hormigas el cuello y los hombros. Pero lo más extraño era el color: eran como de hierro, tenían el color de una vieja hoja de cuchillo oscurecida, gastada por el uso. Unas

manchitas rojizas en el iris, que parecían talmente salpicaduras de herrumbre, acentuaban esa impresión.

—*Ecce sub occiduas versae iam Noctis habenas astrorumque obitus, ubiprimum maxima Tethys imu... impulit...* ¡Ay! ¡Jesús!

Wendel Domarasc, *magister scholarum* de la escuela colegial de la Santa Cruz en Opole, a la vez que cabecilla de la inteligencia taborita, jefe y coordinador de la red de espionaje en Silesia, suspiró en silencio.

Sabía quién era el visitante, le habían avisado de su llegada. Sabía quién le había ordenado presentarse allí y qué autoridad encarnaba. Sabía que tenía plenos poderes, sabía que tenía derecho a dar órdenes, y también sabía qué le esperaba si no cumplía sus órdenes. Domarasc no sabía más cosas. Nada más. En concreto, no sabía cómo se llamaba el recién llegado.

—Cierto, naturalmente, mi señor. —Finalmente, se decidió por una forma tan cortés como neutra, sin riesgos—. Difícil se ha puesto la cosa últimamente aquí, en Silesia, ay, difícil... No digo esto, entendedme bien, para apartarnos de nuestras obligaciones ni justificar la desidia, no, no, no es eso, mi empeño pongo en ello, puede el hermano Procopio estar seguro...

Se interrumpió. Por lo visto, la mirada de hierro del visitante tenía, entre otras, la asombrosa capacidad de cortar el hilo del discurso.

—En febrero del pasado año —Wendel Domarasc optó por frases más breves y concisas— se formó, como sabréis de seguro, la Liga de Strzelin. Los duques de Silesia, los estarostas y los ayuntamientos de Wroclaw, Swidnica, Jawor y Klodzko. Objetivo: movilizar un ejército para atacar Bohemia. Y, antes de movilizarlo, liquidar las redes checas que actúan en Silesia.

El visitante asintió con la cabeza, dando a entender que ya lo sabía. Pero a los ojos de hierro no les cambió la expresión.

—Nos golpearon con fuerza —prosiguió impasible el espía—. La Inquisición episcopal, el contraespionaje de Albrecht Kolditz y Puta de Czastolovice. Los abades de Heniyków, Kamieniec y Krzeszów. En otoño atraparon a nuestro agente de Swidnica y a algunos de nuestros hombres en Wroclaw. Forzarían a hablar a alguien o habría algún traidor, porque para el segundo domingo de Adviento el grupo de Jawor ya había caído. En invierno arrestaron a la mayoría de los agentes de la región del Nysa. Y este año no

pasa un mes sin que cojan a alguien... O sin que lo asesinen. El terror se extiende. Caen nuestros partidarios. Caen los comerciantes que colaboran con nosotros... La gente está aterrada. En estas condiciones se hace difícil reclutar a nuevos agentes, cuesta mucho infiltrarse, crece el riesgo de sufrir traiciones y provocaciones... Al hermano Procopio, lo entiendo, no le interesan las dificultades, sino los resultados, los logros... Decidle que hacemos lo que podemos. Hacemos nuestro trabajo. Yo hago mi trabajo. Observo las reglas del oficio y hago mi trabajo...

—No he venido aquí de inspección —comentó con calma el visitante de ojos de hierro—. Tengo una misión que cumplir en Silesia. He venido a visitaros por tres razones. *Primo*, sois el más seguro de nuestros agentes clandestinos, y preciso de cierta seguridad personal. *Secundo*, necesito vuestra ayuda.

El maestro suspiró, tragó saliva, levantó con decisión la cabeza.

—¿Y *tertio*?

—Necesitáis ayuda de Procopio. Y aquí la tenéis.

El de ojos de hierro desató su petate, sacó un paquete de considerable tamaño, envuelto en piel de oveja y atado con una correa. Lo arrojó sobre la mesa y golpeó con fuerza en el tablero, anunciando su contenido con un tintineo sofocado. El espía alargó la mano. El dorso huesudo, cubierto de manchas seniles, recordaba a una garra de gavián.

—Justamente esto —dijo, tocando el paquete— es lo que nos hace falta. Oro y ánimo de victoria. Que Procopio me dé más oro y unas cuantas victorias al estilo de Tachov, y en un año Silesia será suya.

—*Numquam tibi sanguinis huius ius erit aut magno feries impre... imperdita Tydeopectora; vado equidem exsul... exsultans...* ¡Uy! ¡Ay!

—Decíais —el *magister scholarum* cerró el ventanuco— que esperáis mi ayuda.

—Ésta es la lista de las cosas que voy a necesitar. Conseguirlo con urgencia.

—Hum... Contad con ello.

—También tengo que encontrarme con Urban Horn. Hacédselo saber. Que venga a Opole.

—Horn no está en Silesia. Tuvo que huir. Alguien lo delató, estuvieron a

punto de capturarlo. En Milicz mató a un esbirro del obispo, dejó a otro malherido... Ja, como en un libro de caballerías... Tal vez se encuentre ahora en la Gran Polonia. No lo sé con certeza. Como agente especial, Horn no depende de mí y no tiene que informarme.

—En tal caso, Tybald Raabe. Traédmelo aquí.

—Con éste también hay problemas. Tybald está encerrado en un calabozo.

—¿Dónde? ¿Quién lo retiene?

—En el castillo de Schwarzwaldau. Está en poder del señor Hermán Zettritz el Joven.

—Proporcionadme un buen caballo.

El caballero Hermán von Zettritz el Joven, señor de Schwarzwaldau, estaba repantigado en un sillón que recordaba a un trono. La pared que tenía a su espalda estaba cubierta por un gobelino un tanto ahumado que representaba el paraíso terrenal, con todos sus atributos. A los pies del caballero había dos galgos tendidos, extraordinariamente sucios. Cerca, junto a una mesa bien provista, se encontraba el séquito del caballero, apenas más limpio que los galgos. Eran cinco burgmanos^[13] armados y dos mozas cuya profesión no era difícil de adivinar.

Hermán von Zettritz se sacudió las miguillas de pan de la tripa y del escudo familiar, una cabeza de uro en plata y gules, miró desde arriba al cura que tenía delante, en la postura de un humilde suplicante.

—Pues sí —repitió—. Nada menos. ¿Cómo he de llamarte, curato? Me se ha olvidado.

—Soy el padre Apfelbaum. —El sacerdote levantó los ojos. Que eran, como constató Zettritz, de color de hierro.

—Pues sí —sacó el mentón—, ¡así es! Así es, curato Apfelbaum. El susodicho Tybald Raabe está en las mis mazmorras. Mandé encerrar a ese bribón. Por hereje.

—¿De veras?

—Todo el tiempo de los curas que andaba largando, del papa burlaba, del santo padre. Mostraba unas estampas que eran la monda, decía: aquí está el

papa Martín V en una zajurda, cuidando puercos, el papa es el de la tiara en la testa, el tercero por la izquierda. ¡Uaaajajaajaajaaa!

A Zettritz se le saltaban las lágrimas de la risa, y los burgmanos se reían con él. Uno de los galgos se puso a ladrar, se ganó una patada. El visitante de ojos de hierro forzó una sonrisa.

—Empero avísele —el caballero se puso serio— de que no me alborotara a mis vasallos. Puedes cantar, le digo, todas las coplas que te entren en gana, la puta de oros, sobre Wiclif y el Anticristo, métete todo lo que quieras con los curas, llamándoles sanguijuelas, porque sanguijuelas son. Mas que no se te ocurra ir a contarles a los destripaterrones, la puta de oros, que iguales todos somos a los ojos de Dios y que pronto todo será de todos, comprendidos mis bienes, mi burgo, mi alhóndiga y mi tesoro. Y que no haya ya que pagar tributo al castillo, puesto que el tal orden divino, tan justo, que ya está llegando, deroga y elimina todo tributo. Mira que le advertí, que le avisé. Caso no me hizo, y lo metí en un calabozo. Aún no he decidido qué hacer con él. A lo mismo mando colgarlo. O igual con azotarlo transijo. Puede que lo dé al cepo en la plaza de Landeshut. O lo ponga en manos del obispo de Wroclaw. Me es necesidad el mejorar mis relaciones con el obispado, pues la verdad es que últimamente han ido de culo, ¡uaajaajaaja!

El sacerdote de ojos de hierro, naturalmente, sabía de qué estaba hablando. Estaba al corriente del asalto al monasterio cisterciense de Krzeszów que Zettritz se había permitido en el verano del año pasado. Por las carcajadas de los hombres armados que estaban sentados a la mesa, dedujo que ellos también habrían tomado parte en el pillaje. Es posible que su aspecto resultara demasiado serio, o que hubiera algo en su cara, pero el caso es que el señor de Schwarzwaldau se incorporó de pronto y descargó el puño en el brazo del sillón.

—¡El abad de Krzeszów mandó quemar a tres de mis braceros! —bramó de un modo que no habría avergonzado al uro del escudo.

—¡Atacóme! Metióse conmigo, la puta de oros, ¡y eso que le había advertido yo que no iba a pasarlo por alto! Sin esclarecimiento alguno, acusó a esos braceros de socorrer a los husitas, y los mandó a la hoguera. ¡Y todo para mostrarme su vilipendio! Creía que no iba a haber güevos, que fuerzas suficientes no tenía para arremeter contra el monasterio. ¡Bien que le enseñé!

—La enseñanza —el sacerdote volvió a levantar los ojos—, si no recuerdo mal, contó con la ayuda y la colaboración de los Huérfanos de Trutnov, dirigidos por Jan Bastín de Porostlé.

El caballero se inclinó, lo taladró con la mirada.

—¿Quién demonios eres tú, curilla?

—¿No lo adivináis?

—La verdad es que sí —graznó Zettritz—. Y la verdad es que el abad aprendió la lección gracias a la vuestra impagable ayuda husita. Mas, ¿me hace eso un husita? Yo tomo la comunión al estilo católico, creo en el purgatorio, y en caso de apuro invoco a los santos. Nada tengo en común con vosotros.

—Excepto el botín capturado en Krzeszów, repartido a partes iguales con Bastín. Caballos, reses, rebaños, monedas de oro y plata, vino, objetos litúrgicos... ¿Contabais acaso, señor, con que el obispo Conrado os diera la absolución a cambio de un juglar cualquiera?

—Demasiado gallito —Zettritz parpadeó— empiezas a ponerte. ¡Ándate con ojo! No vaya a añadirte a la cuenta. Uy, no sabes lo contento que se iba a poner el obispo, contentísimo... Aunque ya veo que fino me eres, y no algún patañuelo. Mas no me alces la voz, ni la vista. ¡Estás delante de un caballero! ¡Delante de un señor!

—Ya lo sé. Y sugiero un medio caballeresco para resolver este asunto. Un rescate honroso por un escudero serían diez marcos. Un juglar no vale más que un escudero. Pagaré por él.

Zettritz miró a los burgmanos: todos a una mostraron los dientes, como lobos.

—¿Dineros trajiste? Los llevas en las alforjas, ¿cierto? ¿Y el caballo está en las caballerizas? ¿En mis caballerizas? ¿En mi castillo?

—Ni más ni menos. —El de ojos de hierro no pestañeó—. En vuestras caballerizas, en vuestro castillo. Pero no me habéis dejado terminar. Os daré algo más por el goliardo Tybald.

—¿Qué cosa?, si puede saberse.

—Una garantía. Cuando los guerreros de Dios vengan a Silesia, y eso ocurrirá pronto, cuando lo quemén todo, hasta dejar la tierra desnuda, nada malo le pasará a vuestras caballerizas, ni a vuestro castillo, ni a los bienes de

vuestros vasallos. Nosotros, por principio, no quemamos las posesiones de la gente que se muestra amistosa. No digamos ya si son aliados.

Se hizo un largo silencio. Se podía oír cómo se rascaban los galgos infestados de pulgas.

—¡Largo de aquí todo el mundo! —gritó de repente el caballero, dirigiéndose a su séquito—. *Raus!* ¡Fuera! ¡Todos! ¡Pero ya!

»En lo tocante a la alianza y la amistad... —precisó Hermán Zettritz el Joven, señor de Schwarzwaldau, cuando se quedaron a solas—. En lo tocante a nuestra futura cooperación... a nuestra lucha en común y hermandad de armas... y al reparto del botín, naturalmente... ¿podríamos, hermano checo, tratar de los detalles?

Nada más cruzar las puertas del castillo, espolearon a los caballos, los pusieron al galope. Por el oeste el cielo oscurecía, se iba volviendo negro. Las ráfagas de viento aullaban y silbaban en las copas de los abetos, arrancaban las hojas secas de robles y ojaranzos.

—¡Don Lobo!

—¿Qué?

—¡Gracias! ¡Gracias por haberme liberado!

El sacerdote de ojos de hierro se volvió en la silla.

—Te necesito, Tybald Raabe. Necesito información.

—Entiendo.

—Lo dudo. Ah, Raabe, y otra cosa.

—Decidme, don Lobo.

—Nunca más vuelvas a pronunciar mi nombre en voz alta.

La aldea debía encontrarse, justamente, en la ruta que conducía hacia el acuartelamiento de Bastín de Porostlé, cuyas tropas, tras el ataque del pasado año al monasterio de Krzeszów, se dedicaban a saquear los territorios situados entre Landeshut y Walbrzych. La aldea tenía que estar a mal con los husitas, pues allí sólo se veía tierra quemada, con algunos restos aislados que apenas se tenían en pie. Tampoco había quedado mucho de la iglesia local: lo

justo para poder reconocer que aquello había sido una iglesia. Lo único que se había salvado era una cruz al borde del camino y el cementerio, situado tras los escombros humeantes, oculto por una aliseda.

El viento arreciaba, peinaba las boscosas faldas de las montañas, cubría el cielo con el manto negroazulado de las nubes.

El sacerdote de ojos de hierro detuvo al caballo, se volvió, esperó a que Tybald Raabe le diera alcance.

—Desmonta —dijo secamente—. Te he dicho que tienes que proporcionarme cierta información. Aquí y ahora.

—¿Aquí? ¿En este paraje siniestro? ¿Justo al lado de un cementerio? ¿Al anochecer? ¿En campo abierto, donde puede ponerse a diluviar en cualquier momento? ¿No podemos charlar en una taberna, con unas cervezas delante?

—Bastante me he delatado ya por tu culpa. No quiero que nos vean juntos. Que nos relacionen. Así que...

Se calló al ver cómo los ojos del goliardo se ensanchaban de terror.

Lo primero que contemplaron fue la explosión de los pájaros negros, echando a volar desde la maleza que rodeaba el cementerio. Después vieron a los danzantes.

Uno tras otro, en fila, cogidos de la mano, los esqueletos iban saliendo de la tapia del cementerio, ejecutando unas cabriolas salvajes y grotescas. Algunos desnudos, otros incompletos, otros engalanados con los restos destrozados de sus mortajas, pero todos bailaban a base de meneos y saltos, levantando bien alto los huesos de los pies, las canillas y los fémures, a la vez que castañeteaban rítmicamente con las mandíbulas melladas. El viento aullaba, salmodiaba como un poseso, silbaba en las costillas y las pelvis, sacaba música de los cráneos como si fueran ocarinas.

—*Totentanz...* —suspiró Tybald Raabe—. *Danse macabre...*

El corro de esqueletos dio tres vueltas al cementerio, después, sin soltarse las manos, las osamentas se dirigieron al bosque que cubría la ladera, siempre con sus pasos de baile, entre quiebro y danzas. Avanzaban, brincando y tableteando, en medio del remolino de hojas y cenizas levantadas de los restos del incendio. La bandada de negras aves los acompañaba sin descanso. Incluso cuando los bailarines espectrales se adentraron en la espesura, los enloquecidos pájaros, flotando sobre las copas de los árboles, señalaron su

trayectoria.

—Es una señal... —masculló el goliardo—. ¡Un agüero! Se acerca la peste... O la guerra...

—O las dos. —El de ojos de hierro se encogió de hombros—. Por lo visto, los quiliastas tenían razón. Este mundo no tiene ninguna oportunidad de aguantar hasta el final del segundo milenio. La destrucción, de acuerdo con todas las señales visibles, le llegará mucho antes. Muy pronto, me atrevería a decir. Monta, Tybald. Lo he pensado mejor. Vamos a buscar alguna posada. Lejos de aquí.

—Ay, señor —dijo Tybald Raabe con la boca llena de repollo y guisantes—. Pero ¿de dónde iba a sacar yo esas informaciones? Por supuesto, de aquello que sé puedo daros bastantes detalles. De Peterlin de Bielau. De su hermano Reynevan y del romance de Reynevan con Adela Sterz, de cómo acabó la cosa. De lo que pasó en la sede de los *raubritter* en Kromolin y del torneo en Ziebice. De cómo Reynevan... Y, ¿cómo le va allí a Reynevan, señor? ¿Goza de salud? ¿Se encuentra bien? ¿Él? ¿Sansón? ¿Scharley?

—No te apartes del tema. Aunque, ya que estamos, ¿quién es ese Scharley?

—¿No sabéis? Al parecer, es un monje o un cura pervertido fugado de la prisión del convento. También se dice, a mí concretamente me lo ha contado un tal Tassilo de Tresckow, que Scharley participó en la sedición de Wroclaw del año 1418. Ya sabéis, el 18 de julio, cuando los matarifes y los zapateros sublevados se cargaron al alcalde Freiburger y a seis concejales. A treinta rebeldes les cortaron la cabeza por ese motivo en la plaza de Wroclaw, y otros treinta fueron condenados a pena de destierro. Y, en vista de que Scharley aún tiene la cabeza encima del pescuezo, tuvo que contarse entre los desterrados. Yo creo...

—Suficiente —le interrumpió el de ojos de hierro—. Siguiente información. Lo que te he preguntado antes. Sobre el asalto al recaudador de impuestos y a la comitiva que transportaba los impuestos recaudados. Una comitiva de la que formaba parte Reynevan. Y de la que tú también formabas parte, Tybald.

—Cierto, cierto. —El goliardo cargó una cucharada de guisantes—. Yo sé lo que sé. Y lo cuento, cómo no. Pero de esas otras cosas...

—De los jinetes negros que gritaban: «*Adsumus*». Evidentemente, hacían uso de una sustancia árabe llamada *hashsh'ish*.

—Justo. Ni sabía ni sé una palabra de todo eso. ¿Cómo iba a enterarme yo de esas cosas? ¿De dónde iba a sacar la información?

—Prueba —la voz del de los ojos de hierro cambió y se volvió amenazadora— a buscarla en esta escudilla que tienes delante de tus narices. Entre los guisantes y los torreznos. La encontrarás, y será mejor para ti. Ahorrarás tiempo y esfuerzos.

—Comprendo.

—Eso está muy bien. Todas las informaciones, Tybald. Todo lo que haya. Hechos, habladurías, rumores, todo lo que se comenta en tabernas, mercados, ferias, claustros, cuarteles y lupanares. Lo que los curas largan en sus homilías, los fieles en las procesiones, los concejales en los ayuntamientos y las mujeres junto al pozo. ¿Queda claro?

—Como el sol.

—Hoy es la vigilia de Santa Eduvigis, 14 de octubre, martes. Dentro de cinco días, el domingo, nos vemos en Swidnica. Después de la misa, delante de la iglesia parroquial de San Estanislao y San Wenceslao. Cuando me veas, no te acerques. Me alejaré de allí, tú sígueme. ¿Has comprendido?

—Sí, don Lobo... Ejem... Disculpad...

—Ésta es la última que te paso. La próxima vez, te mato.

*Témpora cum causis Latium digesta per annum
lapsaque sub térras orta que signa canam...*

Los alumnos de la escuela colegial de la Santa Cruz de Opole tenían ese día como tarea los *Fastos* de Ovidio. Desde el río les llegaban las llamadas de los pescadores y los gritos de las lavanderas riñendo. Wendel Domarasc, *magister scholarum*, metió en el escondrijo los informes de los agentes. El contenido de la mayoría de los informes era inquietante.

Algo se estaba preparando.

Ese tipo de los ojos de hierro, pensó Wendel Domarasc, nos va a traer

problemas. Lo supe nada más verlo. Está muy claro para qué nos lo han mandado aquí. Es un asesino. Un sicario, un terrorista. Lo han enviado para liquidar a alguien. Y después siempre empiezan las cacerías, estalla el terror más furibundo. Y no hay forma de trabajar tranquilamente. Al espionaje le conviene la paz, no soporta la violencia y el caos.

Pero lo que peor le sientan son los agentes en misión especial.

¿Por qué?, el maestro apoyó la barbilla en las manos entrelazadas. ¿Por qué preguntaría por el Vogelsang?

—Vogelsang. ¿Os dice algo ese nombre?

—Naturalmente. —Domarasc controló su sorpresa, no permitió que le temblara ni una ceja—. Claro que me dice.

—Os escucho, pues.

—El criptónimo Vogelsang —el maestro se esforzaba porque su tono fuera juicioso y su voz indiferente— se asignó a un grupo secreto para misiones especiales, a las órdenes directas de Zizka. El grupo tenía un coordinador, que también servía de enlace. Cuando éste falleció en extrañas circunstancias, el contacto se interrumpió. El Vogelsang, sencillamente, había desaparecido. Recibí la orden de dar con el grupo. Me encargué de las diligencias. Y de la búsqueda. En vano.

No bajó la mirada, a pesar de que los ojos de hierro se le clavaban como agujas.

—Conozco los hechos. —En la voz del recién llegado no había ni rastro de emoción—. Por lo que pregunto es por vuestra opinión personal sobre ese asunto. Y las conclusiones.

Las conclusiones, pensó Domarasc, ya se sacaron hace mucho. Las sacó Flutek, Bohuchval Neplach, que ahora busca a los culpables con tanto ardor. Porque el Vogelsang, y eso no es ningún secreto, había conseguido fondos del Tabor. Una enorme cantidad de dinero que tenía que servir para financiar las «operaciones especiales». El dinero era a todas luces excesivo, y los hombres reclutados por el Vogelsang eran a todas luces demasiado especiales. Resultado: se perdió el dinero, se perdieron los hombres. Y de forma más bien irreversible.

—El enlace y coordinador del Vogelsang —contó, apremiado por aquella mirada— fue asesinado, como ya he dicho. Las circunstancias del crimen no sólo fueron enigmáticas. Fueron alarmantes, y el chismorreo acabó convirtiéndolas en una auténtica pesadilla. El miedo a la muerte puede vencer sobre la lealtad y la entrega a la causa. Cuando se siente una gran angustia y se teme por la vida, la lealtad se olvida.

—La lealtad se olvida —repitió despacio el visitante—. ¿Vos habéis olvidado la vuestra?

—La mía no titubea.

—Comprendo.

Confío en que así sea, pensó Domarasc. Confío en que lo haya entendido. Porque conozco los rumores que rodean a Procopio y a Flutek y que hablan de traición y de conjura. Una conjura, vaya una cosa. Se forma un «grupo especial» secreto, para el que se recluta a canallas de la peor especie, que a la primera señal de peligro desertan, llevándose el dinero que se les ha confiado. Y después se dice que ha sido una conjura.

Y se envía un asesino a Silesia.

Las lavanderas del río discutían, acusándose unas a otras de prostitución. Los pescadores echaban pestes. Los alumnos recitaban a Ovidio.

*Adnue conanti per laudes iré tuorum
deque meopavidos excute corde metus...*

Qué curioso, pensó el *magister* mientras cerraba la ventana, ¿dónde estará ahora este tipo?

—¿Conoces a esa mujer? —preguntó a su camarada Parsifal Rachenau—. ¿Y a esa joven?

—Pero si me has visto saludarla —refunfuñó, aflojándose un poco el cinturón, Enrique Baruth, apodado Gorrión—. Besarle la mano. ¿Tú te has creído que voy por ahí besando la mano a la primera que veo? Es mi tía

Hrozwita, por lo que se ve, está de viaje. Esa mofletuda es su criada. Y ésa de la cofia su castellana.

—¿Y la joven?

—Es la hija de mi tía, o sea, es mi prima. Mi tía es la mujer de mi tío. Pero no del tío Enrique que vive en Smarchowice, llamado Heineman, ni del otro de Gola Góra, Enrique llamado el Grulla, sino de un tercero, el hermano menor de mi padre, que se llama...

—Enrique —aventuró Parsifal Rachenau, que no le quitaba la vista de encima a la joven rubia.

—¿Lo conoces? Pues entonces ya sabes. Él es mi tío, su mujer es mi tía y esa mozuela es hija de ellos. Se llama Ofka. Y, ¿qué haces tú mirándola embobado, eh?

—Yo... —El mozo se puso colorado—. Nada... Yo sólo...

Ofka von Baruth hacía como que estaba a los suyos, revolviéndose sin parar en el banco de la taberna, meneando las piernas, golpeando la escudilla con la cuchara, mirando absorta el techo y deshaciéndose el extremo de la trenza. En realidad se había percatado hacía un buen rato del interés del escudero y de pronto decidió reaccionar. Sacándole la lengua.

—Como una cabra —comentó Gorrión, disgustado.

Parsifal no hizo ningún comentario. Estaba totalmente fascinado. Lo único que le inquietaba era la cuestión del parentesco. Los Rachenau estaban emparentados con los Baruth, alguna de las hermanas del tío Gawein era, por lo visto, prima de la tía de la mujer de Enrique el Grulla. Algo así seguramente exigiría una dispensa, y con las dispensas nunca se sabe. Parsifal concebía el casamiento como una fastidiosa obligación, poco menos que una catástrofe, pero ahora era consciente, sin sombra de duda, de que si le había llegado el momento prefería mil veces a la rubia Ofka que a esa esquelética y granujienta Zuzanna, cuyo padre, el viejo Albrecht von Hackeborn, señor de Przewóz, se obstinaba en ofrecérsela a los Rachenau. Parsifal estaba firmemente decidido a retrasar el matrimonio todo lo posible. Pero con el paso de los años Zuzanna Hackeborn podía a lo sumo multiplicar sus granos, mientras que Ofka tenía pinta de llegar a ser una bella doncella. Una bellísima doncella...

La bella doncella *in spe*, claramente satisfecha con el interés despertado,

primero le mostró su dentadura inferior, y después le volvió a sacar la lengua hasta la barbilla. La matrona de la cofia, sentada a su lado, la amonestó severamente. Ofka mostró la dentadura, ahora la superior para variar...

—¿Cuántos...? —musitó Parsifal Rachenau—. ¿Cuántos años tendrá?

—¿Y a mí qué más me da? —Gorrión se mosqueó—. ¿O a ti, ya que estamos? Engulle de una vez esas gachas, conviene ponerse en camino. Don Puta se va a poner furioso si no llegamos a tiempo a Klodzko.

—Si no me equivoco —alguien dijo a su lado—, estamos en presencia de los nobles caballeros Enrique Baruth y Parsifal von Rachenau...

Levantaron la cabeza. Al lado había un cura, alto y canoso. Sus ojos eran de color de hierro. ¿O sólo daban esa impresión en la atmósfera ahumada de la taberna?

—Cierto. —Parsifal Rachenau inclinó la cabeza—. Cierto, padre espiritual. Nosotros mismos. Pero no somos caballeros. Aún no hemos sido armados...

—Bueno —sonrió el cura—, eso es sólo cuestión de tiempo. De poco tiempo, estoy seguro. Con permiso de los señores: soy el padre Schlossknecht, siervo de Dios... Caray, qué día más frío... Apetece beber vino caliente... ¿Me harían el honor los señores caballeros de aceptar que les trajera unas jarras? ¿Hay ganas?

Gorrión y Parsifal se miraron, tragaron saliva. Había ganas, y muchas. Lo que no había era dinero.

—Padre Schlossknecht, siervo de Dios —volvió a presentarse el sacerdote mientras depositaba unas jarras en la mesa—. Actualmente, en la colegiata de Brzeg. En tiempos fui capellán del caballero Otto Kauffung, que el Señor tenga en su gloria...

—¡Capellán del señor Kauffung! —Parsifal Rachenau apartó la mirada de Ofka von Baruth, a punto estuvo de atragantarse con el vino caliente—. ¡Por la cabeza de San Tiburcio! Pero si murió en mis brazos, le dieron un tajo en una trifulca. Dos años hizo de eso, en septiembre, en los bosques de Goleniow. ¡Yo formaba parte de aquella comitiva, asaltada por unos bandidos! Cuando unos malhechores secuestraron a las dos doncellas, la de Biberstein y la de Apolda. Para deshonestarlas después, pobrecillas.

—Señor, ten piedad. —El cura juntó las manos—. ¿Deshonestaron a unas

inocentes doncellas? Cuánta maldad hay en el mundo... Cuánta maldad... Cuánto pecado... Y, ¿quién pudo atreverse a semejante cosa?

—Caballeros bandoleros. Su cabecilla era Reinmar Bielau. Un truhán y un brujo.

—¿Brujo? ¡Es increíble!

—Creed lo que os digo. Lo vi con mis propios ojos... Y he oído cada cosa...

—¡También yo puedo contar más de una! —Gorrión dio un sorbo de la jarra. Tenía las mejillas bastante coloradas ya—. ¡Qué yo también he visto las obras nigrománticas de ese Bielau! ¡Vi cómo las brujas iban volando al sabbat! ¡Y a aquellos hombres vencidos en el camino de Frankenstein, en Grochowa Góra!

—¡No puede ser!

—¡Sí puede ser, sí puede ser! —afirmó con jactancia Gorrión—. ¡Estoy diciendo la verdad! A los hombres de la señora Dzierzka de Wirsing, la tratante de caballos, los destrozaron los Jinetes Negros. La Compañía de la Muerte. ¡Ese Bielau tiene a su servicio a los mismísimos diablos! ¡Si os lo cuento, no me vais a creer!

El sacerdote de ojos de hierro aseguró que sí le iba a creer. El vino caliente se subía a las cabezas. Desataba las lenguas.

—¿Cómo habéis dicho, reverendo? —Fryczko Nostitz arrugó la frente, echando la silla de montar en el poste—. ¿Cómo os llamáis?

—Soy el padre Haberschrack —repitió en voz baja el sacerdote—. Canónico de la iglesia de la Santísima Virgen en Racibórz.

—Claro, claro, he oído hablar de vos —confirmó Fryczko con cara totalmente convencida—. ¿Qué asunto es ése que os ha traído hasta mí? Y con tanta urgencia que habéis venido a buscarme a las caballerizas. Si tiene que ver con Hedwiska Strauchówna, de Racibórz precisamente, os juro que ha mentado y, si no es así, que me queme San Antonio. Es de todo punto imposible que yo sea el padre de su bastardo, pues sólo la jodí una vez, y fue por el culo.

—No, no, nada de eso —se apresuró a aclarar el sacerdote—. Nada tiene

que ver el asunto, os aseguro, con la Strauchówna. No obstante, me atrevería a decir, es igualmente delicado. Desearía saber... hum... desearía saber en qué circunstancias muriera un pariente mío cercano. Ah, tal vez no... Preferiría más bien...

—¿Qué es lo que preferiríais?

—Hablar de esto con otra persona. Es que...

—Pues sí que le das vueltas, pater. ¡Suéltalo ya o lárgate de aquí! Tarde llego ya a la posada, los amigos me aguardan. ¿Sabes tú lo que es una cuadrilla? ¿Un grupo de camaradas? ¡Vamos! ¡Habla de una vez!

—¿Y responderéis a mis preguntas?

—Eso —Fryczko Nostitz se puso de morros— ya se verá. Porque vosotros, los curas, demasiado a menudo os metéis donde no os llaman. Demasiado a menudo. En lugar de andar pendientes de vuestros asuntos. Y del breviario. De rezar a Dios y de ayudar a los pobres, como mandan los cánones.

—Eso mismo pensaba —respondió tranquilamente el sacerdote, levantando los ojos, que resultaron ser de color de hierro—. Me imaginaba que algo así habríais de contestar. Por eso querría pedir os sólo que me hicierais de intermediario. Preferiría platicar con el vuestro camarada, ese italiano... Me lo han recomendado especialmente. Como el más sabio y curtido de los vuestros.

Fryczko se partió de la risa, con una risa tan estrepitosa que hasta los caballos empezaron a bufar y patear.

—¡Lo que me faltaba por oír! Se han burlado de ti, pater, se han quedado contigo. ¿Vitelozzo Gaetani el más curtido? ¿En qué? Como no sea en empinar el codo. ¿El más sabio? Ese zopenco piamontés, ese auténtico zoquete, ese alcornoque. Lo único que podría salir de su boca, como de costumbre, sería *cazzo, fanculo, puttana y porca madonna*. ¡Eso es todo lo que sabe decir! ¿Quieres conocer la verdad? ¡Pues pregunta a los listos! A mí, sin ir más lejos.

—Si ése es vuestro deseo —el cura parpadeó—, os preguntaré. ¿Cómo y en qué circunstancias falleció el señor Hanusz Throst, mercader, asesinado hace dos años en los alrededores de Srebrna Góra?

—Ja —resopló Fryczko—. Ya me olía yo algo así. Mas he prometido

responder, así que voy a responder. —Se sentó en un banco de la cuadra, le señaló otro al cura—. El pasado mes de septiembre se cumplieron mismamente dos años de aquello —empezó—. Habíamos salido de Kromolin, cuando de pronto nos damos cuenta de que alguien nos sigue los pasos. Le tendemos una emboscada, le damos caza. ¿Y quién dirías que cayó en nuestras manos? No te lo vas a creer: Reynevan de Bielau. Ese brujo y malhechor, violador de doncellas. ¿Has oído hablar de Reynevan de Bielau, violador de doncellas?

—¿Qué tiene que ver un violador de doncellas con la muerte de Throst?

—A eso iba. Uy, ya verás qué sorpresa, pater. Ya verás...

—¿Hermano Kantor? ¿Andrzej Kantor?

—Aquí me tienes. —El diácono de la iglesia del Alzamiento de la Santa Cruz dio un respingo al oír aquella voz a sus espaldas—. Soy yo...

El hombre que tenía detrás llevaba una capa negra con un bordado de flores, un jubón gris entallado y una birreta con pluma, atavío común entre los mercaderes ricos y los patricios. Pero había algo en aquel individuo que no era propio de un comerciante, de un burgués. El diácono no sabía qué era. Igual aquella extraña mueca en la boca. O puede que la voz. O los ojos. Eran raros. De color de hierro.

—Aquí os traigo —el de ojos de hierro se sacó de las ropas una pequeña bolsa— vuestra recompensa. Por poner en manos del Santo Oficio a Reinmar von Bielau. Hecho que tuvo lugar, según nuestros libros, aquí, en la ciudad de Frankenstein, *quintadecima die mensis Septembris Armo Domini 1425*. La recompensa se ha retrasado lo suyo, pero, por desgracia, así trabaja nuestra contabilidad.

Al diácono ni se le ocurrió preguntar qué era aquello de «nuestros libros» y «nuestra contabilidad». Se lo imaginó. Le quitó la bolsa de las manos al hombre. Mucho más ligera de lo esperado. Pero dudaba de que tuviera sentido ponerse a discutir su comisión.

—Yo... —se animó—. Yo siempre... Bien puede el Santo Oficio contar siempre conmigo... Al punto que distinga algo sospechoso... daré parte de inmediato... Iré con toda diligencia a ver al prior... Por cierto, no más que el

jueves pasado, estuvo rondando por el mercado de paños un tipo que...

—Por el de Bielau —le interrumpió el de ojos de hierro— estamos especialmente agradecidos. Gran criminal era.

—¡Claro! —se acaloró Kantor—. ¡Un rufián! ¡Un hechicero! Mataba parece ser a las gentes. Envenenaba, se dice. Al mismísimo duque de Ziebice le alzó la mano. Gracias a su magia, hechizó a unas damas en Olesnica, una vez hechizadas las deshonró y más tarde se las apañó, valiéndose también de su magia, para que lo olvidaran todo. Y a la hija del señor Johann Biberstein la cogió y se la llevó, y más tarde la forzó con violencia.

—Con violencia —repitió, torciendo el gesto, el de ojos de hierro—. Pues bien podía ese brujo hechizarla con su magia, y una vez hechizada deshonrarla por delante y por detrás, y después conseguir mágicamente que se olvidara de todo lo ocurrido... Aquí falla la lógica, amigo. ¿No te parece?

El diácono se quedó callado, con la boca abierta. Ya no sabía lo que era la «lógica». Pero se temía lo peor.

—Y, ya que presumes de ser tan observador —prosiguió el de ojos de hierro en tono indiferente—, ¿no preguntaría nadie por ese Bielau? Más tarde, quiero decir, después de que lo detuvieran. A lo mejor algún cómplice, un husita, un valdense o un cátaros.

—Pre... preguntó uno —balbució, haciendo un gran esfuerzo, Kantor. Temía que hubiera más preguntas. Sobre todo una: ¿por qué no había denunciado a la persona que había preguntado por él? Y no lo había denunciado por miedo. Por el terror que le había inspirado el que había preguntado. Pelo negro, vestido de negro, con cierto aire de pájaro.

Y una mirada diabólica.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó con dulzura el de ojos de hierro—. Descríbelo. Con toda precisión. Por favor.

En la iglesia parroquial —para satisfacción del tipo de ojos de hierro— no había un alma. Desde la tabla central del tríptico, rodeada por unos mofletudos angelotes que asomaban por detrás de unas nubecillas, la patrona del santuario, Santa Catalina de Alejandría, miraba al presbiterio desierto, que atufaba a incienso.

El de ojos de hierro se arrodilló ante el altar y la lamparilla del tabernáculo, se levantó, se dirigió a buen paso hacia un confesionario oculto en la penumbra de una nave lateral. Pero antes de que le diera tiempo a acomodarse en su interior, desde la sacristía le llegó un ruidoso estornudo y un juramento algo más discreto. Al juramento le siguió el arrepentimiento: «Que Dios me perdone». El de ojos de hierro también juró. Pero lo de «que Dios me perdone» se lo ahorró. Se tentó la talega que llevaba debajo de la capa. Tenía la impresión de que, sin recurrir al unto, la cosa no iba a funcionar.

La persona que se acercaba resultó ser un curilla encorvado que vestía una sotana afelpada, probablemente un confesor, porque precisamente se arrastraba hacia el confesionario. Al ver al sacerdote de ojos de hierro se quedó como clavado, con la boca abierta.

—Alabado sea el Señor —le dijo el de ojos de hierro, esforzándose por sonreírle con dulzura—. Salud, padre. Os traigo...

Se calló.

—Hermano... —El rostro del confesor se ablandó de repente, llenándose de asombro e incredulidad—. ¡Hermano Marco! ¿Eres tú? ¡Tú! ¡Te has salvado! ¡Has sobrevivido! ¡No doy crédito a mis ojos!

—Y haces bien —replicó con frialdad el cura de los ojos de color de hierro—. Porque estás en un error, padre. Me llamo Kneufel. Padre Jan Kneufel.

—Soy el hermano Cayetano. ¿No me reconoces?

—No.

—Pues yo a ti sí te reconozco. —El anciano confesor juntó las manos—. Si pasamos cuatro años juntos en el monasterio de Chrudim... Rezando todos los días en la misma iglesia y comiendo en el mismo refectorio. Cruzándonos a diario en el pórtico. Hasta que llegó aquel día espantoso en que las hordas heréticas cayeron sobre el monasterio...

—Me tomas por otro.

El confesor se quedó un rato callado. Por fin se le iluminó el rostro y la sonrisa le deformó la boca.

—¡Ya entiendo! —declaró—. ¡Incógnito! Temes a los siervos del diablo, cuya mano es larga y vengativa. ¡No tienes por qué, hermano, no tienes por

qué! No sé, vagabundo de Dios, qué caminos te habrán traído hasta aquí, pero ahora estás entre los tuyos. Somos muchos, formamos todo un grupo, toda una *communitas* de pobres fugitivos, de *exules*, desterrados de la patria, expulsados de los monasterios saqueados y de los templos profanados. Aquí está el hermano Heliodoro, que escapó casi sin vida de Chomutov, está el abad Wetzhausen de Kladruby, hay refugiados de Strahov, de Jaromer y Brevnov... El señor de estas tierras, un hombre noble y temeroso de Dios, nos favorece. Nos permite tener aquí una escuela, predicar contra los crímenes de los herejes... Nos defiende y nos protege. Sé por lo que has pasado, hermano, entiendo que no quieras darte a conocer. Si ése es tu deseo, te guardaré el secreto. No saldrá una palabra de mi boca. Y, si quieres seguir tu camino, no le diré a nadie que te he visto.

El cura de ojos de hierro estuvo mirándole un tiempo.

—Seguro —dijo al fin— que no cuentas nada.

Un movimiento relampagueante, un golpe descargado con toda la fuerza del hombro. El puño, reforzado con una manopla dentada, alcanzó de lleno al confesor en la nuez y se la hundió, aplastándole la laringe y la tráquea. El hermano Cayetano sufrió un estertor, se llevó la mano a la garganta, los ojos se le salieron de las órbitas. Había sobrevivido a la masacre que los taboritas de Zizka habían infligido al monasterio de los dominicos de Chrudim en abril de 1421. Pero no pudo sobrevivir a este golpe.

Santa Catalina y los angelotes mofletudos contemplaron su muerte con indiferencia.

El sacerdote de los ojos de hierro se sacó la manopla de los dedos, se inclinó, agarró el cadáver de la sotana y lo arrastró hasta dejarlo detrás del confesionario. Él se sentó en un banco, cubriéndose el rostro con la capucha. Se quedó allí sentado en el más absoluto silencio, entre el olor del incienso y de las velas. Esperando.

Alrededor del mediodía tenía que acudir —junto con un niño— a confesarse allí, a la iglesia parroquial consagrada a su patrona, la doncella Catalina von Biberstein, hija de Johann Biberstein, señor de Stolz. El de ojos de hierro tenía curiosidad por conocer los pecaminosos pensamientos de la joven Catalina Biberstein. Sus pecaminosos actos. Y ciertos hechos especialmente pecaminosos de su biografía.

En la ciudad de Swidnica, el domingo 19 de octubre, poco después de la misa, el canto y las notas del laúd distraían a quienes pasaban por la calle de los Caldereros, cerca del taller de un alfarero situado junto al callejón que conducía a la sinagoga. Un goliardo, ya entrado en años, que llevaba una capucha colorada y una especie de caftán con una basquiña dentada, rasgueaba las cuerdas desde lo alto de un barril y cantaba:

*Por no hablar de los prelados
que de oro andan sobrados.
¡Qué ultraje para la fe!
Escarmiento Dios les dé...*

A cada mudanza acudían nuevos oyentes. La muchedumbre que rodeaba al goliardo crecía y se apretujaba. Es verdad que algunos ponían pies en polvorosa al descubrir que la canción del goliardo no trataba de sexo, como esperaban, sino de política, materia peligrosa en esos tiempos.

*Canónicos y deanes
se meriendan nuestros panes.
«Mío, mío, no de vos».
Ni dios se acuerda de Dios.*

—¡Verdad, verdad! ¡Santa verdad! —gritaron algunas voces entre la multitud. Y al momento se desató una disputa. Algunos se entregaron a una acerada crítica al clero y a Roma, otros, por el contrario, se dedicaban a defenderla, haciendo notar lúcidamente que, de no existir Roma, entonces, ¿qué? Y el goliardo aprovechó la ocasión y se largó discretamente.

Torció por los soportales de Chmielne, después entró en la calle del Castillo, dirigiéndose hacia el basamento de la Puerta de la Ciudadela. No tardó en dar con el objetivo de su paseo: el rótulo de la bodega El Grifo Rojo.

—Qué bien has cantado, Tybald —oyó a su espalda.

El goliardo se apartó la capucha, miró directamente, de forma retadora, a unos ojos de color de hierro.

—Dos horas —dijo en tono de reproche— os he estado esperando después de misa junto a la parroquia. No os habéis dignado aparecer.

—Has cantado muy bien. —El de ojos de hierro, que ese día llevaba el hábito de un minorita mendicante, no juzgó conveniente justificarse ni disculparse—. Precioso, a fe mía. Pero un tanto peligroso. ¿No tienes miedo de que vuelvan a encerrarte en la torre?

—En primer lugar —Tybald Raabe se puso de morros—, *pictoribus atque poetis quodlibet audendi semper fuit aequa potestas*^[14]. En segundo lugar, ¿cómo voy a trabajar para la causa si no? No soy un espía que se oculta en las sombras o se disfraza. Soy un agitador, lo mío es andar entre la gente...

—Vale, vale. Informaciones.

—Vamos a sentarnos por aquí.

—¿Tiene que ser en este sitio?

—La cerveza es de primera.

»A esos jinetes negros por los que habéis preguntado —respondió el goliardo cuando ya estaban sentados a una mesa— los han visto varias veces en Silesia. Más concretamente, los han visto tanto en Strzelin, cuando asesinaron al señor Bart, como en los alrededores de Sobótka, cuando murió el señor Czambor de Heissenstein. Lo que no deja de ser curioso. En el primer caso los vio un pastor alelado, en el segundo un organista borracho, así que, como es fácil imaginar, nadie les ha dado crédito. Más creíbles resultan los caballeros y palafreneros de la señora Dzierzka de Wirsing, tratante de caballos, cuya comitiva fue atacada y machacada por unos jinetes con armaduras negras cerca de Frankenstein. Hay muchos testigos de ese suceso. Los criados de la Inquisición también cuentan cosas interesantes...

—¿Habéis interrogado a los criados de la Inquisición?

—¡Qué cosas decís! Yo no. Lo sé por gente de confianza. Los criados les habían contado que el inquisidor papal, el reverendo Gregorio Hejncze, desde hace al menos dos años lleva a cabo una investigación exhaustiva en relación con el caso de ciertos jinetes diabólicos que merodean por Silesia en sus negros caballos. Incluso se les ha dado un nombre: la Compañía de la Muerte o, bíblicamente, los Demonios del Mediodía. Se dice cada cosa... Son unos vengadores. Pero actúan sin que se entere el inquisidor. Porque resulta evidente, hace ya tiempo, que la Compañía de la Muerte asesina a personas

sospechosas de colaborar con los husitas, de comerciar con ellos, de suministrarles víveres, armamento, pólvora, plomo... o caballos, como esa Dzierzka de Wirsing que acabamos de mencionar. Los caballeros negros son aliados nuestros, no enemigos, le susurran por detrás sus hombres al inquisidor. ¿Por qué perseguirlos? ¿Por qué molestarlos? Gracias a ellos tenemos menos trabajo.

—¿Y el asalto a ese alcabalero que transportaba los impuestos? Precisamente estaban destinados a la guerra contra los husitas.

—No se sabe si fue la Compañía la que asaltó al recaudador. En ese asunto, no hay nada claro.

El de ojos de hierro estuvo callado bastante tiempo.

—Lo que me interesa saber —dijo finalmente— es si alguien pudo escapar con vida de ese asalto.

—No lo creo.

—Tú escapaste.

—Yo —Tybald Raabe sonrió levemente— tengo práctica. Continuamente tengo que esconderme o me toca huir, lo hago tan a menudo que he desarrollado ese instinto. Desde los tiempos en que dejé el Alma Mater de Cracovia para darme a esta vida de vagabundeo, laúd y canciones. Ya sabéis lo que es esto, don Lobo: el poeta es como el diablo en un convento femenino, todo se lo achacan a él, le cargan con todas las culpas. Hay que saber escapar. Instintivamente, como un corzo, sin pensárselo dos veces, echando leches. Por otra parte...

—Por otra parte, ¿qué?

—Aquella vez, en Sciborowa Poreba, tuve mucha suerte. Me iba por la pata abajo.

—¿Eh?

—Como ya os he dicho, había una doncella en la comitiva, la hija de un caballero... No podía hacerlo cerca de la doncella, me daba vergüenza... Así que tuve que apartarme para aliviarme, me metí entre los juncos, en la orilla del lago. Cuando se produjo el ataque, escapé por la turbera. No llegué a ver siquiera a los atacantes...

El de los ojos de hierro estuvo un buen rato callado.

—¿Por qué —preguntó al fin— no me habías dicho antes que allí había

un lago?

El genio del agua estaba muy atento. Aun viviendo en una pequeña laguna perdida en medio de los bosques en Sciborowa Poreba, en el culo del mundo, incluso al anochecer, cuando la probabilidad de encontrarse con alguien era prácticamente nula, mostraba una prudencia extrema. Al emerger no levantó más olas que un pez y, de no ser porque la superficie de la laguna estaba lisa como un espejo, el tipo de ojos de hierro que estaba emboscado en los arbustos no habría visto propagarse los círculos concéntricos de las ondas. Mientras salía a las cañas de la orilla, el monstruo apenas chapoteó y sólo produjo un leve crujido: cualquiera habría dicho que andaba por allí una nutria. Pero el de ojos de hierro sabía que no se trataba de una nutria.

Estando ya en terreno seco, y tras asegurarse de que nada lo amenazaba, el genio del agua se volvió más confiado. Se enderezó, pateó con sus grandes pies, dio unos saltos, y al saltar el agua y el cieno le chorrearon de su capote verde. El genio, ya del todo animado, expulsó el agua de sus agallas, abrió su boca de rana y croó estridentemente, recordando a la naturaleza circundante quién mandaba allí.

La naturaleza no reaccionó. El genio del agua dio unas cuantas vueltas entre la hierba, hurgó en el fango, finalmente echó a andar ladera arriba, hacia el bosque. Y cayó directamente en la trampa. Soltó un chillido al ver delante de él un semicírculo de arena. Acercó su pie aplanado, lo retiró desconcertado. De repente cayó en la cuenta de lo que ocurría, croó con fuerza y se dio la vuelta con ánimo de huir. Pero ya era tarde. El de ojos de hierro salió de la maleza y cerró el círculo mágico con arena que vertió de un saco. Una vez cerrado, se sentó en un tocón.

—Buenas tardes —dijo cortésmente—. Me gustaría charlar un rato.

El genio del agua —el de ojos de hierro ya había visto que ese nombre era muy apropiado para el monstruo— intentó varias veces franquear de un salto el círculo mágico, naturalmente sin éxito. Resignado, agitó enérgicamente su cabeza plana, y al hacerlo le salió cantidad de agua de los oídos.

—Brekkek —croó—. Bhrekkekekeks.

—Escupe el cieno y haz el favor de repetirlo.

—Bhrekekgreggregreg.

—¿Te haces el idiota? ¿O me tomas a mí por tal?

—Kuakskwaaaks.

—Lástima de talento, señor genio. A mí no me la das. De sobra sé que entendéis perfectamente y sabéis hablar en cristiano.

El genio del agua parpadeó con sus párpados dobles y abrió la boca, ancha como la de un sapo.

—En cristiano... —dijo a borbotones, escupiendo agua—. Sí, claro, en cristiano. Pero ¿por qué tengo que hablar en alemán?

—Ahí me has dado. ¿Qué tal en checo?

—Bueno, vale.

—¿Cómo te llamas?

—Si te lo digo, ¿me dejarás marchar?

—No.

—Entonces, que te den.

Por un tiempo reinó el silencio. Lo rompió el de ojos de hierro.

—Puedes hacer un buen negocio, señor genio. Quiero que me des una cosa. No, no quiero que me la des. Digamos que quiero que me la facilites.

—Una mierda te voy a facilitar.

—Ni por un momento he supuesto —dijo con una sonrisa el de ojos de hierro— que fueras a estar de acuerdo de entrada. Ya contaba yo con que no habría más remedio que trabajarte. Soy paciente. Tengo tiempo.

El genio se puso a dar saltos, a patalear. El agua volvió a chorrearle del capote, por lo visto, tenía que tener una buena reserva.

—¿Qué es lo que quieres? —croó—. ¿Por qué me torturas? ¿Yo qué te he hecho? ¿Qué quieres de mí?

—De ti no quiero nada. Más bien de tu mujer. Por lo demás, está escuchando nuestra conversación, está allí, justo en la orilla, he visto moverse un junco y temblar esos nenúfares. ¡Buenas tardes, señora del genio! ¡Os ruego que no os marchéis, os vamos a necesitar!

En la orilla se oyó un chapoteo, como si se hubiera zambullido un castor o unas ruedas pasaran por el agua. El genio atrapado se puso a berrear, recordaba a un avetoro trompeteando con el pico en el pantano. Después hinchó mucho las agallas y emitió un potente chillido. El de ojos de hierro lo

observaba impasible.

—Hace dos años —dijo tranquilamente—, en el mes de septiembre, el que vosotros llamáis *Mheánh*, se produjo aquí mismo, en Sciborowa Poreba, un ataque, un combate y una escabechina.

El genio volvió a hincharse, resopló. De las agallas le salía el agua a chorros.

—¿Y a mí qué? Yo no me meto en vuestros asuntos.

—Las víctimas, cargadas con piedras, fueron arrojadas a esta laguna. Estoy seguro, porque no puede ser de otra manera, de que alguna de las víctimas aún estaba viva cuando la arrojaron al agua. De que no estaba muerta antes de que se ahogara. Y, si fue así, la tienes ahí en el fondo, en tu *rehoengan*, en tu cubil y tesoro acuático. La tienes ahí en calidad de *hevai*.

—¿En calidad de qué? No comprendo.

—Claro que comprendes. De *hevai* de aquél que murió ahogado. Lo tienes entre tus tesoros. Manda a tu mujer a buscarlo. Dile que lo traiga.

—Tú deliras, tío —dijo, afectando ronquera, el monstruo—, y a mí se me están secando las branquias... Me ahogo... Me voy a morir...

—No pretendas tomarme por imbécil. Puedes respirar el aire de la atmósfera tanto tiempo como un cangrejo, no te va a pasar nada. Pero cuando salga el sol y se levante el viento... Cuando empiece a resquebrajarse la piel...

—¡Jadzkaaa! —gritó el genio del agua—. ¡Trae aquí el *hevai*! ¡Ya sabes cuál!

—Conque también sabes hablar en polaco...

El genio tosió, expulsó agua por la nariz.

—Mi mujer es polaca —contestó de mala gana—. Del lago Goplo. ¿Podemos hablar en serio?

—Claro.

—Escucha entonces, hombre mortal. Has acertado. De los dieciséis que mataron aquí entonces y arrojaron a la laguna... uno, aunque bastante agujereado, todavía vivía. El corazón le latía, cayó al fondo envuelto en una nube de sangre y de burbujas. Los pulmones se le llenaron de agua y murió, pero... también en eso has acertado... conseguí llegar junto a él antes de que ocurriera y me apropié de él... Tengo un *hevai*. Si te lo entrego...

¿prometerás dejarme libre?

—Prometeré. Te lo prometo.

—Aunque resulte... Porque, si sabes tantas cosas, seguramente no creerás en supersticiones y cuentos... No harás que reviva el ahogado maltratando al *hevai*. Eso es una memez, un cuento, una fantasía. No conseguirás nada, aparte de dispersar su aura. Harás que muera por segunda vez, entre atroces sufrimientos, tan atroces que es posible que el aura no lo soporte y se desvanezca. Si, como parece, se trataba de alguien cercano a ti...

—No era nadie cercano —le interrumpió el de ojos de hierro—. Y no creo en las supersticiones. Proporcióname ese *hevai*, sólo por un ratito. Después te lo devolveré, intacto. Y a ti te soltaré.

—Ja. —El genio del agua parpadeó con todos sus párpados—. En tal caso, ¿a qué venía tanta trampa? ¿Por qué me has atrapado, sometiéndome a estrés y poniéndome de los nervios? Bastaba con venir, preguntarme...

—La próxima vez.

Se oyó un chapoteo en la orilla, empezó a oler a limo y a pez muerto. Al cabo de un momento, acercándose despacio, con mucha cautela, como una tortuga de los pantanos, se unió a ellos la mujer. El de ojos de hierro la observó con curiosidad, por primera vez en su vida veía a una goplana^[15]. A primera vista apenas se distinguía de cualquier otra mujer, pero el ojo experto del cura sabía captar hasta los detalles más imperceptibles. Si el genio del agua silesio recordaba a una rana, la ninfa polaca hacía pensar en una princesa transformada en rana por un encantamiento.

El genio cogió algo que traía su mujer: parecía una gran almeja cubierta por una barba de algas. Pero por debajo de las algas se veía una luz. La almeja iluminaba. Era fosforescente. Como la yesca. O como la flor del helecho.

El de ojos de hierro dispersó la arena del círculo mágico, liberando al genio de la trampa. Después tomó el *hevai* de sus manos. Y notó de inmediato cómo el pulso le temblaba, cómo el temblor y las palpitaciones se transmitían de las manos al resto del cuerpo, cómo se difundían y le traspasaban para ascender finalmente hasta la nuca y los sesos. Oyó una voz, primero callada, de insecto, luego cada vez más clara y más fuerte.

—... hora de nuestra muerte... Ahora y en la hora de nuestra muerte...

Elencza... Mi niña... Mi niña...

No se trataba, naturalmente, de la voz de nadie, no era una criatura capacitada para hablar ni una con la que se pudiera conversar, a la que se pudiera interrogar, al modo de los nigromantes. Como en Amset, Hapy, Duamutef y Kebehsenuf, los canopos egipcios, como en el *anguinum*, el huevo de los druidas, como en el cristal *oglain-nan-Druighe*, también en el *hevai* como en cualquier otro recipiente análogo se encontraba aprisionada un aura, o más bien un fragmento del aura, que recordaba una sola cosa: el momento que precedía a la muerte. Para el aura, ese momento se repetía por toda la eternidad. Por toda la eternidad infinita y total.

—¡Salvad a mi niña! ¡Piedad! Ahora y en la hora... Salvad a mi niña... Salvad a mi niña... Escapa, escapa, Elencza, ¡no mires atrás! Escóndete, escóndete, ocúltate entre los matorrales... Nos encontrarán, nos matarán... Ten piedad de nosotros... Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Mi hija... Virgen Santísima... En la hora de nuestra muerte, amén... ¡Elencza! ¡Huye, Elencza! ¡Huye! ¡Huye!

El cura se inclinó y colocó el *hevai*, con su palpitante luz interior, en la orilla de la laguna. Con delicadeza, con mucho cuidado. Para que no se rompiera. Para que no se dañara. Para no perturbar, para no alterar el descanso eterno.

—El caballero Hartwig Stietencron. —Tybald Raabe lo adivinó enseguida—. Y su hija. Pero ¿de ahí se sigue que la niña sobreviviera? ¿Qué lograra escapar o esconderse? Puede que la mataran más tarde, después de ahogar al padre.

—Las cuentas no cuadran —replicó fríamente el de ojos de hierro—. El genio del agua contó dieciséis cuerpos arrojados al lago. El alcablero Stietencron, seis soldados de la escolta, cuatro monjes, cuatro peregrinos. Falta un cuerpo. El de Elencza von Stietencron.

—A lo mejor se la llevaron. Ya sabéis, para divertirse con ella... Se lo pasaron bien, le cortaron el cuello, la dejaron por ahí tirada en el bosque, en una zanja. Bien pudo ser así.

—La niña se salvó.

—¿Cómo lo sabéis?

—No preguntes, Raabe. Encuéntrala. Ahora parto de viaje. Cuando vuelva...

—¿Adónde vais?

El de ojos de hierro lo miró. De tal modo que a Tybald Raabe no se le ocurrió volver a preguntar.

Gregorio Hejncze, *inquisitor a Sede Apostólica specialiter deputatus* en la diócesis de Wroclaw, estuvo largo tiempo considerando si debía o no debía acudir a la ejecución. Considerando los pros y los contras. Los contras predominaban claramente, aunque sólo fuera por el hecho de que la ejecución era el resultado de la actuación de la Inquisición episcopal, esto es, de la competencia. Básicamente, sólo había un pro: era cerca. A los que habían sido declarados culpables de herejía y de colaboración con los husitas los iban a quemar donde siempre: en la plaza situada tras la iglesia de San Adalberto, un sitio donde no crecía una brizna de hierba de tanto como la habían pateado los centenares de aficionados a deleitarse con el sufrimiento y la muerte del prójimo.

Tras sopesar los pros y los contras, Gregorio Hejncze, algo asombrado de sí mismo, acudió a pesar de todo a la ejecución. De incógnito, mezclado con un grupo de dominicos en cuya compañía ocupó un sitio en un estrado destinado al clero y otros espectadores de notable condición o patrimonio. En el medio, en la tribuna central, en un banco forrado de raso carmesí, se arrellanaba Conrado de Olesnica, obispo de Wroclaw, autor y promotor del espectáculo de ese día. Le acompañaban algunos religiosos, entre ellos el proveyecto notario Jerzy Lichtenberg y Hugo Watzenrode, que recientemente había sucedido a Otto Beess en el cargo de prepósito de San Juan Bautista. También estaba allí, naturalmente, Johann Sneschewicz, obispo vicario *irt spiritualibus*. Estaba el guardaespaldas del obispo, Kuczera von Hunt. El que no estaba era Birkart Grelleort.

Los preparativos de la ejecución se encontraban ya en fase avanzada. A los reos —ocho individuos— ya los habían conducido los lacayos del verdugo hasta las hogueras, arrastrándolos por las escaleras, y los habían

encadenado a los postes rodeados de manojos de ramas secas y de maderos. Las hogueras, de acuerdo con la última moda, eran de una altura insólita.

Aun suponiendo que, por un momento, Gregorio Hejncze hubiera abrigado alguna ilusión en relación con las intenciones del obispo Conrado, en ese mismo instante se habría desilusionado.

Pero el inquisidor no se había hecho ilusiones. Sabía desde el principio que la iniciativa del obispo había sido concebida como una exhibición dirigida contra su persona. Al reconocer a algunos de los condenados a la hoguera, Gregorio Hejncze se reafirmó en su convicción.

Conocía a tres. Uno de ellos, altarista en Santa Isabel, hablaba más de la cuenta de Wiclif, Joaquín de Fiore, el Espíritu Santo y la reforma de la Iglesia, pero en la instrucción se había retractado enseguida de sus errores, mostrándose arrepentido. Tras la obligada *revocatio et abiuratio*, había sido condenado a llevar durante una semana el hábito de penitente y la cruz. El segundo, un pintor que había colaborado en los bellos polípticos que embellecían el altar de San Gil, había ido a parar al tribunal de la Inquisición como consecuencia de una delación. Cuando se vio que la denuncia no tenía fundamento, lo habían puesto en libertad. El tercero —al inquisidor le costó reconocerlo: tenía las orejas machacadas y le habían arrancado media nariz— era un judío, al que habían acusado en cierta ocasión de blasfemia y profanación de la sagrada forma. La acusación era falsa, así que lo habían dejado libre. A pesar de todo, las noticias debían de haber llegado a oídos del obispo y de Sneschewicz, porque allí estaban ahora los tres en la hoguera, encadenados a los postes. Sin tener ni idea de que su destino obedecía al antagonismo entre la Inquisición episcopal y la papal. Que de un momento a otro el obispo iba a ordenar prender la leña que tenían a sus pies. Para hacerle la puñeta al inquisidor papal.

Cuántos de los restantes condenados iban a morir ese día únicamente para que las cosas quedaran claras era algo que ignoraba Hejncze. No le sonaba ninguno. Ningún rostro. Ni el de la mujer con la cabeza rapada al cero y los labios agrietados, ni el del jayán con los pies envueltos en trapos ensangrentados. Ni el del anciano de cabellos blancos con aspecto de profeta bíblico, que intentaba soltarse de los esbirros y no paraba de vociferar...

—Reverencia.

Se volvió. Se apartó del rostro el borde de la capucha.

—Su eminencia el obispo Conrado —el joven seminarista se inclinó— solicita que acudáis a su lado. Os ruego que me sigáis, reverencia.

Qué se le iba a hacer.

El obispo, al verle, hizo un gesto escueto y un tanto desdeñoso con la mano y le indicó un sitio a su lado. Su mirada evaluó rápidamente al inquisidor, a la búsqueda de señales que le alegraran la vida. No las encontró: Gregorio Hejncze residía habitualmente en Roma, había aprendido a poner siempre al mal tiempo buena cara.

—En un momento —rezongó el obispo— daremos una alegría a Jesús y a la Madre de Dios. Y tú, padre inquisidor, ¿te alegras?

—Enormemente.

El obispo volvió a rezongar, respiró hondo, juró entre dientes. Se le veía furioso y era evidente por qué. Estando expuesto a la vista del público no podía beber a su gusto, y el mediodía ya había caducado.

—Entonces mira, inquisidor. Entonces mira. Y aprende.

—¡Hermanos! —gritó desde su pira el anciano de cabellos blancos, forcejeando en el poste—. ¡Entrad en razón! ¿Por qué asesináis a vuestros profetas? ¿Por qué os mancháis las manos con la sangre de vuestros mártires? ¡Hermaaanooos!

Uno de los esbirros —como sin querer— le dio un codazo en el estómago. El profeta se dobló, soltó un estertor, por un momento se hizo el silencio. Un momento no muy largo.

—¡Pereceréis! —bramó, haciendo las delicias de la muchedumbre—. ¡Pereceréeeis! Y vendrá un pueblo pagano, a algunos os matará, a otros os reducirá a la esclavitud, se multiplicarán los lobos voraces y las tinieblas que os amenazan desde los abismos del mar. Dice el Señor: por eso te daré muerte desde el monte de Dios... Entre rocas de fuego te aniquilaré, te estamparé contra el suelo, y ante la faz de los reyes te aplastaré como un zapato rechinante...

El populacho aullaba y se agitaba entusiasmado.

—¡El Señor arrojará sus redes, como si fuera lluvia, sobre los impíos! ¡El refugio de la mentira será barrido por el granizo, y las aguas anegarán los escondrijos!

—¿No se podría amordazar a ese pirado? —dijo el inquisidor, incapaz de contenerse—. ¿O hacerle callar de algún otro modo?

—¿Para qué? —Conrado de Olesnica sonrió abiertamente—. Que la gente escuche a esos chiflados. Que se ría de ellos. La gente trabaja y el sudor le cubre la frente. Reza con fervor. No sacia su hambre, sobre todo en época de ayuno. Necesita un poco de diversión. La risa relaja.

La multitud era claramente de la misma opinión, cada una de las exclamaciones del profeta era saludada con una salva de carcajadas. Las primeras filas de curiosos se partían de la risa.

—¡Mooriréeeis!

—¿Es que a nadie —Gregorio Hejncze, viendo lo que se estaba preparando, fue nuevamente incapaz de contenerse— le han enseñado lo que es la compasión? ¿Los verdugos no han recibido órdenes?

—Claro que sí. —Por fin el obispo le honraba con una mirada: una mirada triunfal—. Y se atienen con todo rigor a la letra. Porque aquí no somos indulgentes, Goyo.

Los esbirros retiraron las escaleras, se apartaron. El verdugo se acercó con una antorcha encendida, empapada en grasa. Una tras otra fue prendiendo las hogueras, entre las ramas la llama se avivó con un chasquido, se levantaron estelas de humo. Los condenados reaccionaban de distintas maneras. Algunos se pusieron a rezar. Otros a aullar como chacales. El altarista de Santa Isabel se removía, tironeaba, bramaba, se daba golpes en el poste con el cogote. Los ojos del pintor de polípticos se animaron, se aclararon, la vista de las llamas y el tufo del humo le sacaron de su estupor. La mujer rapada comenzó a gemir, a echar mocos por la nariz, saliva por la boca. El profeta seguía gritando disparates, pero le cambió la voz. Se volvió chillona, más aguda: cada vez más, a medida que se avivaba el fuego.

—¡Hermanos! ¡La Iglesia se ha prostituido! ¡El papa es el Anticristo!

La muchedumbre aullaba, bramaba, vitoreaba. El humo se hacía más espeso, impedía la visión. Las llamas trepaban por la leña, se extendían hacia arriba. Pero las piras eran altas. Las habían preparado así a propósito. Para alargar el espectáculo.

—¡Mirad! ¡Es el Anticristo que se acerca! ¡Observad! ¿No lo veis? ¿Es que vuestros ojos están ciegos? ¡Es de la tribu de Dan! ¡Tres años y medio

reinará! ¡Su iglesia se alzaré en Jerusalén! ¡Su nombre es el seis, seis y seis, Evanthas, Lateinos, Teitan! ¡Su rostro es como el de una fiera salvaje! ¡Su ojo derecho es como el lucero del alba, su boca mide un codo, sus dientes un palmo! ¡Hermanos! ¿Acaso no lo veis? Hermaaa...

El fuego superó y venció al fin la resistencia pasiva de la leña húmeda, se abrió paso con ímpetu, estalló, retumbó. Sobre las hogueras se alzó un griterío monstruoso, inhumano. La oleada ardiente dispersó el humo, por un momento, por un momento muy breve se pudo ver en el infierno rojo unas siluetas humanas retorciéndose en los postes. El fuego parecía brotar de sus mismas bocas, abiertas en un grito.

El viento, compasivo con Gregorio Hejncze, empujaba el tufo en dirección contraria.

Los cuatro laterales, a la sombra de las arcadas, del patio del claustro de los premonstratenses de Olbin tenían que servir de ayuda en la meditación, recordando los cuatro ríos del paraíso, los cuatro evangelistas y las cuatro virtudes cardinales. Aquella trinchera de la disciplina —como la llamaba San Bernardo— imponía un orden y una estética. Exhalaba paz.

—Estás muy callado, Goyo —comentó Conrado de Olesnica, obispo de Wroclaw, observando atentamente al inquisidor—. Tienes mala cara. ¿La conciencia? ¿O la tripa?

El claustro. El patio. El jardín. La humildad. La paz. Preservar la paz.

—Con una coherencia y una tenacidad dignas de admiración, su eminencia el obispo se permite dirigirse a mí de un modo marcadamente familiar. En consecuencia, yo también me permito esta respuesta: una vez más recuerdo a su eminencia que soy inquisidor papal, delegado de la sede apostólica en la diócesis de Wroclaw. En virtud de mi rango, se me debe respeto y el título apropiado. Lo de «Goyo», «Pepo», «Tito» o «Lalo» se lo puede guardar su eminencia para sus fámulos, canónigos, confesores y lameculos.

—Su reverencia el inquisidor —el obispo le puso al título tanta ponderación despectiva como fue capaz— no tiene que recordarme lo que puedo hacer. Yo lo sé mejor que nadie. Es fácil: en general, puedo hacerlo

todo. Pero, para que no haya reticencias, le diré a su reverencia que estoy inmerso en un intercambio epistolar con Roma. Con la sede apostólica, justamente. De resultas de la cual es posible que la carrera de su reverencia, que prometía ser tan brillante, resulte efímera cual vejiga de pez. Un pinchazo y ¡pum!, se acabó. Y entonces la más alta dignidad con la que su reverencia podrá contar en esta diócesis será un empleo a mi servicio como fámulo, canónigo o lameculos, con todo su inventario, incluido el apelativo familiar de Goyo. O de Pepo, si así lo prefiere su reverencia. Porque la alternativa sería el nombre de «hermano Gregorio» en algún convento apartado, entre bosques tan pintorescos como impenetrables, en un lugar tan alejado de Wroclaw en la práctica como si estuviera en Armenia.

—Efectivamente. —Gregorio Hejncze entrelazó las manos, se apoyó en un arco, no bajó la mirada—. Efectivamente, su eminencia episcopal no se ha permitido muchas reticencias. Pero no tenía por qué haberse tomado tantas molestias, pues conozco de sobra la existencia del intercambio epistolar entre su eminencia y Roma. También estoy al corriente, y cómo, de que los resultados de esa correspondencia son menos que modestos, nulos para ser más exactos. Nadie, naturalmente, impedirá a su eminencia enviar nuevas epístolas, continua gotera horada la piedra, quién sabe, puede que al final algún cardenal se rinda, puede que acaben por destituirme. Personalmente, tengo mis dudas, pero lo cierto es que todo está en manos de Dios.

—Amén. —El obispo Conrado sonrió y suspiró, satisfecho con la estabilización del nivel de la conversación—. Amén, Goyo. No eres ningún zoquete, ¿sabes? Eso es lo que me gusta de ti. Lástima que sea lo único.

—En verdad es una lástima.

—No pongas esa cara. De sobra sabes qué es lo que me molesta de ti, por qué me empeño en que seas destituido. Eres demasiado blando, Goyo, demasiado compasivo. Actúas con escasa decisión, con indolencia y sin un plan. Y eso no es lo mejor en estos tiempos. *Haereses ac multa mala hic in riostra dioecesi surrexerunt*. Cunden la herejía y el paganismo. Los espías husitas proliferan en torno nuestro. Brujas, duendes, espectros y otros monstruos infernales se mofan de nosotros, llevando sus aquelarres a Silesia, a cinco leguas de Wroclaw.

Abominables prácticas y cultos satánicos se realizan de noche en

Grochowa, en Klodzka Góra, en Zeleznik, junto a la cumbre del Praded, en centenares de sitios. Las beguinas levantan la cabeza. Se mofa de la justicia la impía secta de las Hermanas del Espíritu Santo, sin ser castigada, pues en ella actúan y tienen la primacía damas nobles, patricias y abadesas de los más acaudalados conventos. Y tú, inquisidor, ¿de qué puedes presumir? A pesar de que estuvo en tus manos, se te escapa Urban Horn, apóstata, traidor y espía husita. A pesar de que estuvo en tus manos, se te resiste Reinmar von Bielau, hechicero y criminal. Se te escapan, uno tras otro, los mercaderes que comercian con los husitas: Bart, Throst, Neumarkt, Pfefferkorn y otros. El castigo, naturalmente, los aguarda, aunque no ha sido decidido e impuesto por ti. Alguien te ha suplido. Alguien tiene que seguir supliéndote. ¿Qué ha tenido que pasar para que alguien haya suplido al inquisidor? ¿Qué, Goyo?

—En breve, le aseguro a su eminencia, pondré fin a esa suplencia.

—No haces más que repetirlo. Hace ya dos años, en diciembre, encontraste a un supuesto testigo cuya confesión iba a desenmascarar a cierta organización o secta peligrosísima, diabólica, culpable de numerosos asesinatos. A ese testigo, por lo visto un diácono de la colegiata de Namysłów, lo fuiste a encontrar, ja, ja, en una casa de locos. Estuve esperando en tensión para escuchar la confesión de ese chiflado. ¿Y qué pasó? No conseguiste trasladarlo hasta Wroclaw.

—No lo conseguí —admitió Hejncze—. Por el camino fue asesinado alevosamente. Por alguien que entiende de magia negra.

—Ay, ay. Magia negra.

—Lo cual demuestra —siguió tranquilamente el inquisidor— que a alguien le convenía que no hablara. Porque, de haber hablado, alguien habría salido gravemente perjudicado. Había sido testigo ocular del asesinato del mercader Pfefferkorn. A lo mejor habría sido capaz de reconocer al asesino si se lo hubieran mostrado...

—A lo mejor sí. O a lo mejor no. No lo sabemos. Y, ¿por qué no lo sabemos? Porque el inquisidor papal no es capaz de garantizar la seguridad de un testigo, aunque el testigo sea un majareta de la Narrenturm. ¡Menuda cagada, Goyo! ¡Qué descrédito!

»Delante de tus narices —continuó el obispo, sin esperar su reacción— florece el crimen, nadie está seguro. Caballeros salteadores en connivencia

con los husitas saquean los monasterios. Los judíos profanan las hostias y las sepulturas. Los herejes roban los tributos, que tanto les han costado a los pobres. La hija de Johann Biberstein, caballero y magnate, es raptada y violada, sin duda por husitas, que se vengan así del hecho de que Biberstein es un buen católico. Y tú, ¿qué haces? Más razones para destituirte. Yo, obispo de Wroclaw, que tengo en la cabeza un sinfín de asuntos relativos a la fe, tengo que quemar a los culpables por ti.

—¿Entre los que has quemado hoy —el inquisidor levantó las cejas— había algún culpable? La verdad es que no me he percatado.

—Percatarse —replicó el obispo— no es tu fuerte, Goyo. Indudablemente, hay muchas cosas de las que no te percatas. Pero, por desgracia, ocurren esas cosas, que perjudican a Silesia. A la Iglesia. Y al *Sanctum Officium*, al que a pesar de todo sirves.

—Las que perjudican al Santo Oficio son las ejecuciones sin sentido, concebidas como exhibición. Lo que lo perjudica es la injusticia. Gracias a estas cosas se desarrolla la leyenda negra, el mito de la Inquisición atroz, todo esto es agua en el molino de la propaganda herética. Dentro de cien años, pienso en ello con espanto, sólo quedará esa leyenda, un relato siniestro y horroroso de mazmorras, torturas y hogueras. Una leyenda en la que todos van a creer.

—No sabes nada de la gente ni de los procesos históricos —contestó secamente Conrado de Olesnica—. Y eso te inhabilita como inquisidor. Deberías saber, Goyo, que siempre hay dos polos. Si hay una leyenda horrorosa, también habrá una antileyenda. Una contraleyenda. Aún más horrorosa. Si quemo a cien personas, dentro de cien años unos demostrarán que quemé a mil. Otros: que no quemé a nadie. Dentro de quinientos años, si es que este mundo dura tanto, por cada tres que hablen con emoción de las mazmorras, torturas y hogueras, habrá por lo menos un pardillo según el cual no existieron mazmorras, no se aplicaron torturas, la Inquisición era compasiva y justa como un padre, castigaba sin crueldad, limitándose a amonestar paternalmente, y todas esas hogueras no fueron más que invenciones y calumnias heréticas. Así que haz tu trabajo, Goyo, y deja lo demás a la historia. Y a las personas que la interpretan. Y haz el favor de no darme por culo con la justicia. No fue para hacer justicia para lo que se creó

la institución en la que trabajas. La justicia es el *droit de seigneur*. Ergo, yo soy la justicia, pues yo soy aquí el señor, soy el amo, soy un Piasta, soy un príncipe. Príncipe de la Iglesia, desde luego, pero uno que *habet omnia iura tamquam dux*. Tú, en cambio, Goyo, eres, fíjate bien, un siervo.

—De Dios.

—Y una mierda. Eres un criado de la Inquisición, una institución que debe extirpar cualquier brote de pensamiento y atemorizar a los que piensan, censurar y reprimir el pensamiento libre, sembrar el pánico y el terror, hacer que el populacho tenga miedo de pensar. Porque para este preciso fin fue fundada esta institución. Lástima que sean tan pocos los que lo tienen en cuenta. Por eso se propaga de este modo y florece la herejía. Florece gracias a los que son como tú, atrapados y embobados por el cielo, que vagan descalzos, mendigando en una quimérica imitación de Cristo. Gracias a los que parlotean sobre la fe, la humildad, el servicio a Dios, a los que permiten que se posen sobre ellos y se les caguen encima los pájaros y a los que, de vez en cuando, les salen estigmas. ¿Tú tienes estigmas, Goyo?

—No, su eminencia. No tengo.

—Eso ya es algo. Sigo: todo lo que ves a tu alrededor, padre inquisidor, no es un juego de Dios. Es un mundo en el que hay que mandar. Gobernar. Pero el poder es un privilegio de los príncipes. De los señores. El mundo es un *dominium* que tiene que someterse a los gobernantes, aceptar con una profunda reverencia el *droit de seigneur*, el poder del señor. Está en el orden de las cosas que los príncipes de la Iglesia sean señores. Al igual que sus hijos. Sí, sí, Goyo. Nosotros gobernamos el mundo, y después de nosotros asumirán el poder nuestros hijos. Los hijos de los reyes, los príncipes, los papas, los cardenales y los obispos. Y los hijos de los mercaderes de sedas, perdona la franqueza, son y serán vasallos. Súbditos. Criados. Tienen que servir. ¡Servir! ¿Lo has pillado, Gregorio Hejncze, hijo de un mercader de Swidnica? ¿Lo has comprendido?

—Mejor de lo que cree su eminencia.

—Pues ve y sirve. Estate atento a las manifestaciones de la herejía, tal y como pregona tu nombre: Gregorikós. Sé irreconciliable con los herejes, los impíos, los pervertidos, los monstruos, las brujas y los judíos. Sé implacable con aquéllos que osan levantar la mente, los ojos, la voz y la mano contra mi

poder y contra mis posesiones. Sirve. *Ad maiorem gloriam Dei*.

—En lo tocante a esto último puede su eminencia contar enteramente conmigo.

—Y recuerda. —Conrado volvió a levantar dos dedos, pero esta vez en su gesto no había ni rastro de bendición—. Recuerda: el que no está conmigo, *contra me est*. O conmigo o contra mí, *tertium non datur*. Quien se muestra indulgente con mis enemigos, también es enemigo mío.

—Entiendo.

—Eso está bien. Tachemos, pues, lo ocurrido con una gruesa línea. Vamos a coger una hoja en limpio y a empezar desde el principio. *Sapienti sat dictum est*, de entrada vamos a quedar en esto: la semana que viene a los diez siguientes los vas a quemar tú, inquisidor Goyo. Que Silesia contenga la respiración por un momento. Que los pecadores tengan presentes las llamas del infierno. Que los vacilantes se reafirmen en su fe, viendo cuál es la alternativa. Que los delatores recuerden que hay que delatar, delatar a raudales y a quien haga falta. Antes de que alguien los delate a ellos. ¡Ha llegado el tiempo del terror y el espanto! ¡Hay que estrangular la víbora de la herejía con mano de hierro y guante erizado! ¡Estrangularla y sujetarla, sin aflojar! Porque a quienes en algún momento flojearon y mostraron flaqueza les debemos hoy el florecimiento de la herejía.

—La herejía en la Iglesia —dijo con calma el inquisidor— ha existido desde hace siglos. Desde siempre. Pues la Iglesia siempre ha sido baluarte y refugio de gente que tenía una fe profunda, pero también un pensamiento vivo. Siendo al mismo tiempo, por desgracia, permanente asilo, terreno abonado y lugar donde exhibir sus dotes para criaturas como su eminencia.

—De ti me gustan —dijo el obispo tras un largo silencio— tu inteligencia y tu sinceridad. Es una verdadera lástima que me disguste todo lo demás.

El padre Feliciano, para el mundo en otros tiempos Hanys Gwisdek, llamado el Piojuelo, se calentaba en un retazo de sol al fondo del patio del claustro, observando desde detrás de un endrino al obispo y al inquisidor concentrados en su discreta conversación. ¿Quién sabe?, pensó, a lo mejor dentro de poco tendré acceso a esa clase de conversaciones y podré tomar parte en ellas.

Puede que como un igual. Treparé hasta lo más alto. Hasta lo más alto.

De hecho, el padre Feliciano ya había trepado lo suyo. El obispo le había ascendido en premio a sus servicios. Que consistían principalmente en su denuncia del antiguo superior, el canónico Otto Beess. Cuando, como consecuencia de las delaciones, Otto Beess cayó en desgracia, en el palacio episcopal empezaron a mirar de otro modo al padre Feliciano. De un modo completamente distinto. Al padre Feliciano le parecía que con admiración.

Treparé hasta lo más alto. Ja. Treparé hasta lo más alto.

—Padre.

Se estremeció, se dio la vuelta. El monje que había llegado hasta él de forma tan silenciosa no era un premonstratense, llevaba el hábito blanco de los dominicos. El padre Feliciano no lo conocía. Lo cual significaba que era un hombre del inquisidor.

—Marchaos de aquí, padre. Aquí no se os ha perdido nada. ¡No quiero veros por aquí!

Un hombre del inquisidor, pensó el padre Feliciano, alejándose después del rapapolvo. Un dominicano, una de esas arrogantes y todopoderosas «eminencias blancas». Esa voz imperiosa, digna de un obispo... Esos ojos...

Ojos de color de hierro.

El asilo del Corazón de Jesús en Ziebice estaba situado intramuros, cerca de la Puerta de los Tejedores. Cuando llegaron, era la hora de comer. Pordioseros demacrados y cubiertos de úlceras purulentas se levantaban de sus yacijas, cogían un cuenco con sus trémulas manos, mojaban un pan en él y una vez reblandecido lo engullían con sus bocas desdentadas. Tybald Raabe tosió, apartó la mirada, se tapó la nariz con el extremo de la manga. El sacerdote de ojos de hierro no se dio ni cuenta. La miseria y el sufrimiento no le impresionaban lo más mínimo y ya hacía mucho tiempo que habían dejado de interesarle.

Tuvieron que esperar. La muchacha que habían venido a buscar estaba atareada en la cocina del asilo.

La cocina olía a rayos.

Tardó mucho en aparecer.

Así que ésta es Elencza von Stietencron, pensó el de los ojos de hierro. No es que sea muy atractiva. Encorvada, corrientucha, de boca pequeña. De mirada acuosa. Con los cabellos piadosamente cubiertos por una cofia y una toca. Con unas cejas depiladas en su día, siguiendo la moda, que ahora le volvían a crecer poco a poco.

Elencza Stietencron, superviviente de una carnicería en la que habían perdido la vida dieciséis hombres. La única que había sobrevivido. Los hombres, incluso los soldados armados, habían perecido. La feúcha desgarrada había salido con vida. La conclusión era evidente. La feúcha desgarrada no era una feúcha desgarrada cualquiera.

—Noble doncella Von Stietencron...

—Os ruego que no me llaméis así.

—Hum... Doncella Elencza...

Elencza. Tampoco el nombre era corriente. Pocas veces se oía. Tybald Raabe había investigado su origen: así se había llamado ya la hija de Ladislao, duque de Bytom. El abuelo de Hartwig Stietencron, que había servido al duque de Bytom, le había dado ese mismo nombre a una de sus hijas. Así había nacido una tradición. Hartwig había bautizado a su única hija en consonancia con la tradición.

El sacerdote le hizo una señal con los ojos a Tybald Raabe. El goliardo se aclaró la voz.

—Doncella —declaró muy serio—. Ya os lo había anunciado con anterioridad. No tenemos más remedio que haceros algunas preguntas. Relativas a... Sciborowa Poreba.

—No quiero hablar de eso. No quiero recordarlo.

—Es necesario —dijo tajantemente, demasiado tajantemente, el de los ojos de hierro.

La joven se encogió, exactamente igual que si le hubieran levantado la mano, amenazándola con el puño.

—Es necesario. —El cura suavizó el tono—. Es una cuestión de vida o muerte. Tenemos que saber una cosa. Un joven noble, que dos días antes del ataque se había unido a vuestra comitiva y que poco después se separó de ella. ¿Estaba entre los atacantes en Sciborowa Poreba? ¡Doncella Elencza! ¿Estaba Reinmar de Bielau entre los atacantes?

—Ese joven noble —precisó Raabe— al que conoces como Reinmar von Hagenau, doncella.

—Reinmar Hagenau... —Los ojos de Elencza Stietencron se ensancharon—. ¿Era el mismo... que... Reinmar de Bielau?

—El mismo. —El de los ojos de hierro controló su impaciencia—. ¿Lo reconociste? ¿Estaba entre los asaltantes?

—¡No! Desde luego que no...

—¿Por qué «desde luego»?

—Porque... Porque él... —balbució la muchacha, mirando con ojos suplicantes a Tybald—. Si él no pudo ser... Mi señor Raabe... Sobre Reinmar de Bielau... corren rumores... que habría... deshonrado... a la hija del señor Biberstein... ¡Mi señor Raabe! ¡Eso no puede ser cierto!

La fascinación, pensó el de los ojos de hierro, reprimiendo una mueca. La fascinación de la fea, enamorada de un sueño, de una imagen, de una estrofa de *Tristán* o de *Ene*. Otra más, extasiada de ese Bielau. Otra que añadir a la colección. ¿Qué verán en él? Al diablo, cualquiera entiende a las mujeres.

—Entonces —trató de asegurarse— ¿Reinmar de Bielau no estaba entre los asaltantes?

—No, no estaba.

—¿Seguro?

—Seguro. Le habría reconocido.

—¿Llevaban los asaltantes armaduras y capas negras? ¿Gritaban: «*Adsumus*», o sea: «Aquí estamos»?

—No.

—¿No?

—No.

Callaron. Alguno de los pordioseros se echó a llorar de repente. Una de las cuidadoras, una gruesa monja con hábito de clarisa, calmó al sollozante.

El de ojos de hierro no volvió la cabeza. Ni la mirada.

—Doncella Elencza. Tu madre... tu madrastra... la viuda de tu padre... ¿sabe que estás aquí?

La joven negó con la cabeza, los labios le temblaban perceptiblemente. El de ojos de hierro sabía de qué se trataba, Tybald Raabe quiso conocer la verdad. Aquel día funesto el caballero Hartwig Stietencron llevaba a su hija a

casa de unos parientes residentes en Bardo. Había decidido alejarla así de sus posesiones —bien modestas por lo demás— para librarla de la envidiosa y malévola tiranía de la madrastra de la muchacha, su segunda mujer. Para ponerla fuera del alcance de las garras de los dos hijos de la madrastra, dos granujas borrachines que, después de haberse beneficiado a todas las criadas locales y comarcales, empezaban ya a dirigir sus elocuentes miradas a Elencza.

—¿No habías pensado en regresar?

—Aquí estoy bien.

Aquí está bien, repitió mentalmente. Con aquellos parientes, con los que había conseguido reunirse después de su fuga y posterior vagabundeo, no había estado mucho. No había tenido tiempo de aclimatarse y acostumbrarse, mucho menos de cogerles cariño. Ya en diciembre los husitas, los Huérfanos de Ambrós de Hradec, habían tomado, saqueado e incendiado Bardo. Los parientes, ambos, marido y mujer, habían muerto en la matanza.

La desgracia persigue a esta muchacha. El *fatum*. La mala suerte.

Desde el incendiado Bardo, Elencza había ido a parar al asilo de Ziebice. Se había quedado definitivamente. Primero como paciente, hundida en una profunda apatía, próxima al estupor. Más tarde, después de recuperarse, como cuidadora de otros enfermos. Últimamente —el entrometido y curioso Tybald Raabe también lo había averiguado— se habían interesado por ella las clarisas de Strzelin, y Elencza se estaba planteando muy en serio el noviciado.

—Total —concluyó el de ojos de hierro—, que te quedas aquí.

—Sí, me quedo.

Quédate, pensó el de ojos de hierro. Quédate. Muchas cosas dependen de que te quedas aquí.

Elencza Stietencron.

—¿Hermano Andrzej Kantor?

—Yo... —El diácono de la iglesia del Alzamiento de la Santa Cruz dio un respingo al oír una voz inesperada a sus espaldas—. Soy yo... Oh... ¡Madre de Dios! ¡Sois vos!

El hombre que estaba delante de él vestía completamente de negro: llevaba una capa negra, un gambesón negro, unas calzas negras, una cabellera negra que le llegaba hasta los hombros. Cara de pájaro, nariz como un pico de pájaro.

Y mirada de diablo.

—Sí, somos nos —confirmó con una sonrisa, pero la visión de esa sonrisa le heló la sangre en las venas al diácono—. Hacía tiempo que no nos veíamos, Kantor. Me he acercado a Frankenstein para saber si...

El diácono tragó saliva.

—Si no ha preguntado nadie —concluyó Treparriscos— por mí últimamente.

Era un hábito rigurosamente observado que, si Conrado de Olesnica obispo de Wroclaw, acudía al castillo de Otmuchów a divertirse, las puertas de los aposentos del obispo se vigilaban con el máximo celo absolutamente nadie podía abrirlas ni franquearlas. Por eso el obispo se quedó de piedra cuando de improviso las puertas se abrieron con estrépito y un barullo formado por unos cuantos individuos irrumpió en su habitación.

El obispo soltó unos tacos inusualmente groseros. Una de las monjas, pecosa, pelirroja, con el pelo muy corto, se retiró de un salto, soltando un chillido, de entre sus muslos. Otra hermana, en pelota picada como la anterior, escondió su cabeza y su identidad bajo el edredón, ofreciendo al público un espectáculo mucho más interesante que el de su identidad.

Mientras tanto el barullo se descompuso en Kuczera von Hunt, guardaespaldas del obispo, dos guardias de Otmuchów y Birkart Grellenort.

—Su eminencia —dijo jadeante Kuczera von Hunt—. He intentado...

—Lo ha intentado —ratificó Treparriscos, escupiendo sangre que le salía de los labios cortados—. Pero el asunto que me trae aquí no admite demora. Se lo he dicho, pero no ha querido escucharme...

—¡Fuera! —bramó el obispo—. ¡Fuera todo el mundo! ¡Grellenort se queda!

Los guardias, encogidos, salieron detrás de Kuczera von Hunt. Tras ellos, palmeando con los pies descalzos, se retiraron a toda prisa ambas religiosas,

tratando de cubrir con sus hábitos y camisolas el máximo posible de sus encantos. Treparriscos cerró la puerta tras ellas.

El obispo no se levantó de la cama, yacía despatarrado, cubriendo sólo lo esencial, aquello con lo que hacía un instante se afanaba abnegadamente la monja pelirroja.

—Ambas eran realmente aplicadas, Grellefort —comentó en mal tono—. Ambas valían verdaderamente la pena. Por unas cosas u otras, empiezo a estar harto de tu insolencia. Ya no te basta con entrar volando por la ventana o atravesar los muros. Tienes que hacerte notar. Pero qué más da. ¡Te escucho!

—No. Soy yo el que escucho.

—¿Cómo dices?

—¿No tendrá por un casual su eminencia el obispo —dijo Treparriscos, arrastrando las palabras— algo que comunicarme?

—¿Tú te has emborrachado con cicuta, Birkart?

—¿No me ocultas nada, padrecito? ¿Algo importante? ¿Algo que, por más que se mantenga en el mayor de los secretos, pueda salir a la luz en el momento menos pensado?

—¿Qué disparate es éste? ¡No tengo intención de seguir escuchando!

—¿Ya no te acuerdas de la Biblia, obispo y príncipe? ¿De las palabras del evangelista? *Non enim est aliquid absconditum quod non manifestetur, ne factum est occultum sed ut in palam veniat*^[16]. Nada hay oculto que no pueda darse a conocer. Te informo amablemente de que se ha encontrado un testigo del ataque al recaudador de impuestos que tuvo lugar en las cercanías de Bardo el 13 de septiembre *Anno Domini* 1425.

—Por favor, por favor. —Conrado de Olesnica sonrió mostrando los dientes—. Un testigo. Que se ha encontrado. ¿Y qué es lo que ha declarado? ¿Quién, si puede saberse, atacó al recaudador?

Los ojos de Treparriscos resplandecieron.

—Que se dé a conocer la autoría es sólo cuestión de tiempo —gruñó—. Porque resulta que a ese testigo lo han encontrado personas hostiles. Contando con ese testigo, podrán tirar del hilo. Y la verdad acabará saliendo a relucir. Como el oro. ¡Así que ya puedes ir bajando el tono, obispo!

El obispo Conrado estuvo midiéndole durante un tiempo con una mirada

aviesa. Después se levantó con dificultad de la cama, cubrió su desnudez con un albornoz. Se sentó en cuclillas. Y estuvo largo rato callado.

—¿Cómo has podido, padrecito? —le echó en cara Treparriscos, sentado enfrente de él—. ¿Cómo has podido? Sin decirme nada... Sin informarme...

—No quería molestarte —mintió tranquilamente Conrado—. Tenías tantas cosas en la cabeza... ¿Cómo has averiguado lo del testigo?

—Magia. E informadores.

—Entiendo. Con ayuda de la magia y de los informadores se podrá seguirle la pista a ese testigo, como a un animal muerto... Y... hum... ¿quitárnoslo de en medio? De todos modos, me río yo de ese testigo, y me cisco en esas personas hostiles. No pueden hacerme una mierda. Pero ¿para qué preocuparse? Si fuera posible retorcerle el pescuezo discretamente a ese testigo... ¿Qué dices, Birkart, hijo mío? ¿Me ayudarás?

—Tengo tantas cosas en la cabeza.

—Vale, vale, *mea culpa* —reconoció de mala gana el obispo—. No te pongas así. Tienes razón. ¡Te lo había ocultado! ¿Y qué? ¿Es que tú nunca me ocultas nada a mí?

—Pero ¿por qué...? —Treparriscos prefería no reconocer que, naturalmente, él también le ocultaba cosas—. Explícame por qué, obispo y príncipe, hiciste robar un dinero que, supuestamente, tenía que servir para una causa sagrada. Para la guerra contra la herejía checa. Para la cruzada por la que siempre estás clamando.

—Lo que hice fue poner a salvo ese dinero —replicó con frialdad Conrado—. Gracias a mí, servirá para lo que tiene que servir. Se gastará como es debido. En mercenarios, en caballos, en armamento, en bombardas, en arcabuces, en pólvora. En todo lo que nos ayude a golpear, derrotar y aniquilar a los apóstatas checos. Y tengo la seguridad de que nadie va a defraudar un solo grosch de ese dinero. Si los impuestos recaudados hubieran llegado a Frankfurt, los habrían robado como de costumbre. Lo de siempre.

—Una argumentación —Treparriscos sonrió— muy convincente. Pero tengo mis dudas de que el legado papal se dejara convencer.

—Ese legado es el mayor de los ladrones. Además, de qué estamos hablando. Si el legado y los príncipes ya tienen su dinero, después del asalto hemos recaudado nuevamente el tributo. Y ya se ha visto cómo lo han

administrado. ¡En Tachov! Lo que no fue a parar a sus bolsillos se quedó en el campo de batalla, del que huyeron ignominiosamente, dejándose todo a los husitas. Y del otro impuesto ya nadie se acuerda. Eso ya es historia.

—Por desgracia, eso no es cierto —replicó tranquilamente Treparriscos—. Aquel impuesto lo había votado el Reichstag. Quien se llevó el dinero se burló de los príncipes electores del Imperio, les tomó el pelo a los arzobispos. Esa gente no va a olvidarse tan fácilmente de este asunto. No pararán de indagar, de insistir. Y al final descubrirán la verdad. O tendrán sospechas fundadas.

—¿Y qué me van a hacer a mí? ¿Qué pueden hacerme? No están en condiciones de perjudicarme. ¡Esto es Silesia! ¡Aquí está mi autoridad y mi poder! *Maior sum quam cui possit Fortuna nocere*^[17]!

—*Quem dies vidit veniens superbum, hunc dies vidit Jugiens iacentem*^[18]—contestó Treparriscos con otra cita clásica—. No te confíes en exceso, padrecito. Más vale pasarse de precavidos. Aun contando con que se resuelva la cuestión de ese incómodo testigo, convendría pensar en cómo cerrar definitivamente la investigación del saqueo de los impuestos. Y no me estoy refiriendo en absoluto a un sobreseimiento del caso, sino a que se cierre con la captura y el castigo del culpable.

—En verdad —reconoció Conrado—, yo también pienso en ello. De acuerdo con el rumor más extendido, quien atacó al alcabalero y se llevó los impuestos fue Reinmar von Bielau, hermano de Peter von Bielau, espía husita. Reinmar huyó a Bohemia, con sus compadres heréticos. Lo que tenemos que hacer es atraerle a Silesia, capturarlo e interrogarlo. Se encontrarán las pruebas de su delito.

—Está claro —dijo Treparriscos con una sonrisa—. ¿Qué mejor que la confesión del reo? Y Reinmar confesará cualquier crimen del que le acusemos. Si las medidas persuasivas duran lo suficiente todos acaban confesando. Salvo que tenga la desgracia de morir antes de confesar.

—¿Por qué «desgracia»? Considero normal y previsible que Bielau entregue su alma durante el tormento. Después de que reconozca su autoría del asalto al recaudador. Pero antes de que revele el lugar donde ha escondido los dineros robados.

—Ah. Claro. Entiendo. Pero...

—Pero ¿qué?

—Me temo que en ese caso las personas que se interesan por la suerte de ese dinero puedan seguir teniendo ciertas dudas...

—No las tendrán. Se encontrarán otras pruebas irrefutables de su culpabilidad. En casa de un compinche de Bielau aparecerá en el curso de un registro un cofre vacío, el mismo que usaba el recaudador para transportar el dinero.

—Genial. ¿Quién será ese compinche?

—Aún no lo sé. Pero tengo una lista preparada. ¿Qué dirías del inquisidor papal, Goyo Hejncze?

—Bueno, bueno, más despacio. —Treparriscos arrugó la frente—. La avaricia rompe el saco. Te lo he dicho cien veces: para el carro, padrecito, en tu guerra abierta con Hejncze. Una guerra con Hejncze es una guerra con Roma, este antagonismo sólo puede perjudicarte. *Imtabis crabrones*, vas a irritar a los avispones. Aunque tú te creas más fuerte y poderoso que la Fortuna y no temas la desgracia, no se trata ya sólo de tu culo de obispo. Al pelearte con el inquisidor pones de manifiesto delante de toda la gente, en primer lugar, que no hay unidad entre vosotros, que estáis divididos y enfrentados. En segundo lugar, que es posible no tener miedo de la Inquisición. Y, como la gente deje de tener miedo, la cosa se os va a poner muy fea a vosotros, los curas.

El obispo guardó silencio por unos momentos, mirando por debajo de sus párpados entrecerrados.

—Hijo —dijo al fin—, eres muy preciado para nosotros. Te necesitamos. Es más, te tenemos una enorme estima. Pero no abras demasiado esa boca, porque podemos perder la paciencia. No nos enseñes los dientes, porque a pesar del genuino amor paterno con el que te distinguimos, si nos irritamos podemos ordenar que te rompan los dientes. Todos. Uno tras otro. Con largos intervalos, para que puedas disfrutar convenientemente del tratamiento.

—Y, en ese caso —Treparriscos sonrió—, ¿quién iba a ocuparse de resolver la cuestión del testigo incómodo? ¿Quién iba a hacer venir a Silesia a Reynevan von Bielau y lo iba a atrapar después?

—Precisamente. —El obispo se levantó el albornoz, se rascó la velluda pantorrilla—. No hacemos más que hablar, polemizamos, pero se nos escapa

lo más importante. Soluciona este asunto, hijo. Que desaparezca ese testigo. Que no quede ni rastro. Como desapareció aquél al que Hejncze interrogó hace dos años en la Narrenturm.

—Hecho.

—¿Y Reinmar Bielau?

—También está hecho.

—Entonces bebamos. Venga esa jarra. Pero primero aprecia el *bouquet*. ¡De Moldavia! Me he hecho con seis barriletes merced al cohecho^[19]. Por un puesto de escolástico en Legnica.

—¿Te han untado para conseguir prebendas? Eso no está bien, padrecito.

—Hoy nadie da nada, porque no se lo puede permitir, salvo los más caguetas. ¿Voy a tener que repartir todos los cargos eclesiásticos entre los caguetas? Ya que estamos en ello, ¿a lo mejor pretendes algún cargo eclesiástico, Grelenort?

—No, obispo y príncipe. No quiero. El clero me da asco.

El de ojos de hierro, constató Wendel Domarasc, había cambiado de disfraz, tenía un aspecto completamente distinto. En lugar de sotana, hábito o jubón de patricio, vestía una casaca corta de piel, calzas ceñidas y botas altas. Aparentemente, no portaba armas, pero tenía pinta de mercenario. El disfraz era de lo más eficaz: en los últimos años Silesia estaba plagada de mercenarios. Había una gran demanda de tipos capaces de manejar un arma.

—En breve —empezó el de ojos de hierro— llevaré a cabo mi misión. Tras lo cual desapareceré de inmediato. Por eso me gustaría despedirme hoy mismo.

—Que Dios os acompañe. —El *magister scholarum* entrelazó los dedos—. Hasta la vista en mejores tiempos.

—Así sea. Tengo una última petición.

—Podéis darla por cumplida.

—Ya sabía, y me he convencido por mis propios ojos —empezó el de ojos de hierro tras un momento de silencio—, que sois el maestro de los maestros en el arte de la conspiración. Que sabéis cómo esconder aquello que debe quedar oculto. Entiendo que también seréis capaz de hacer lo contrario.

—¿De hacer —Domarasc sonrió— que un secreto deje de serlo? ¿De informar y a la vez desinformar?

—Me estáis leyendo el pensamiento.

—¿De qué o de quién se trata?

El de ojos de hierro se lo explicó. Wendel Domarasc guardó un largo silencio. Después aseguró que lo haría. Pero no de palabra. Asintiendo con la cabeza.

Por un ventanuco entreabierto llegaba el coro de las voces de los alumnos de la escuela colegial de Opole, que recitaban el comienzo de las *Metamorfosis*.

*Aurea prima sata est aetas, quae vindice nullo,
sponte sua, sine lege fidem rectumque colebat.
Poena metusque aberant, nec verba minantia fixo
aere legebantur, nec supplex turba timebat
iudicis ora sui, sed erant sine vindice tuti*^[20]...

—Sabias palabras escribió el gran Nasón —dijo el de ojos de hierro, que escuchaba atentamente, rompiendo el prolongado silencio—. De oro fue aquella edad primera, perdurable primavera del mundo. Pero ese siglo ya no volverá. También pasó tras ella la edad de plata, como pasó igualmente la de bronce. Ahora ha llegado la cuarta edad, la edad postrera, de duro hierro, *de duro est ultima ferro*. La edad postrera es una edad de sangre y destrucción. Cayeron sobre el mundo, como una peste, toda clase de crímenes. La verdad y la fe huyeron ante la guerra, el asesinato y el fuego. Triunfan la traición y la violencia. Espantada por lo que está ocurriendo, abandona la tierra Astrea, la última diosa.

Y cuando no haya dioses... ¿Qué nos espera entonces? ¿El diluvio?

—No —replicó Wendel Domarasc—. No vendrá el diluvio. Ni ha de ser ésta la edad postrera. Esos mocosos que empollan a Ovidio Nasón son, a pesar de todo, la garantía. Nosotros, hombres de las tinieblas, hombres de la violencia y la traición, nosotros, ciertamente, pasaremos junto con esta edad de acero ensangrentado. Pero ellos perdurarán. Ellos son el futuro y la esperanza del mundo. Lo que hacemos lo hacemos justamente por ellos.

—Eso mismo pensaba yo en otros tiempos.

—¿Y ahora?

El de ojos de hierro no respondió. Con los dedos hundidos en la manga de la casaca tanteaba el cuchillo que llevaba en una funda sujeta al antebrazo.

—Te han traicionado —le repitió con impaciencia Tybald Raabe, que ya estaba aburrido de tanto repetir—. Te han vendido. Te han usado como cebo. Estás en peligro de muerte. Tienes que escapar de inmediato. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

En esta ocasión —y no antes— Elencza von Stietencron afirmó sacudiendo la cabeza, en el azul deslavazado de sus ojos se advirtió, de hecho, un brillo. Tybald se estremeció.

—A casa no vuelvas —dijo con firmeza—. No vuelvas bajo ningún concepto. No te despidas de nadie, no le digas nada a nadie. Te he traído un caballo, un alazán, está detrás de la lavandería del hospital. En las albardas encontrarás todo lo necesario para el viaje. Monta de un salto y ponte inmediatamente en camino. Da igual que la noche esté al caer. Estarás más segura en la carretera que aquí, en Ziebice.

»No vayas a Strzelin, con las monjas, será donde busquen primero. Ve a Frankenstein, y desde ahí sigue por el camino real hacia Wroclaw. Dirígete a la aduana en Muchobór. Allí cualquiera te puede indicar el camino hasta Skalka, pregunta por el picadero de doña Dzierzka de Wirsing. Doña Dzierzka reconocerá este caballo, sabrá que yo te he enviado. Cuéntaselo todo. ¿Lo has entendido?

Un gesto de asentimiento.

—Con Dzierzka... —el goliardo miró a su alrededor, inquieto— con Dzierzka estarás segura. Más adelante, cuando todo se calme, te llevaré a Polonia. Si tanto lo deseas, te harás clarisa. Pero en Staiy Sacz o en Zawichost. Y ahora en marcha. Que Dios te acompañe, muchacha.

—Y a vos —susurró.

—Tenlo muy presente: no vuelvas a casa. Ponte directamente en camino.

—Lo tendré presente.

El goliardo desapareció en la oscuridad tan repentinamente como había

aparecido. Elencza von Stietencron se desató despacio el delantal. Miró por la ventana, donde la noche ya se había extendido, borrando casi totalmente en la negrura del cielo el contorno de las colinas boscosas.

Cogió una capa en el guardarropa, se envolvió la cabeza con una pañoleta. Y echó a correr. Pero no hacia la lavandería, situada sobre el foso. Corrió en dirección contraria.

En la habitación en la que vivía, encima del asilo, no había nada que deseara llevarse. Nada que pudiera llamar suyo. Nada que fuera a echar de menos.

Excepto el gato.

Se había tomado muy en serio las advertencias del goliardo. Era muy consciente del peligro. Había comprendido cuál era su origen, recordaba los ojos de hierro del sacerdote que la había estado interrogando, se acordaba del temor que había infundido en ella. Pero sólo era un momento, pensaba mientras corría, sólo un momento, sólo voy a coger el gato, nada más, qué me puede pasar, si es sólo un momentito...

—Minino, minino... Minino, minino...

El ventanuco estaba entreabierto. Ha salido por ahí, pensó con creciente temor, como suele salir de noche, siguiendo sus hábitos gatunos... En cuanto lo encuentre...

—Minino, minino... —Salió corriendo al descansillo, enredándose con las sábanas tendidas—. Gatito... ¡Gatito!

Bajó corriendo las escaleras. Y enseguida se dio cuenta de que la cosa no iba bien. El viento helado de la noche se hizo de repente aún más helado, al respirar el frío le hacía daño en la laringe. Ya no era un frío que despejara, vivificante, se había vuelto pesado, espeso como flema, como moco, como sangre coagulada. De pronto se había hinchado de la concentración, de la condensación del mal.

Tres pasos por delante de ella se posó en el suelo un pájaro. Un gran treparriscos.

Elencza tuvo la sensación de haber arraigado en la tierra, de haberse quedado atrapada en el suelo por las raíces. No estaba en condiciones de moverse, no estaba en condiciones ni de temblar. Ni siquiera cuando ante sus ojos el treparriscos empezó a crecer. A cambiar de apariencia. A convertirse

en un hombre.

Y en ese momento ocurrieron dos cosas a la vez. El gato maulló con fuerza. Y desde la negrura de la noche apareció corriendo un enorme lobo.

El lobo aceleró el paso, se lanzó de golpe a una carrera desenfrenada, por fin dio un salto. Pero Treparriscos ya había vuelto a transformarse en un pájaro, extendió las alas, se achicó a ojos vistas, aleteó, alzó el vuelo. Graznó triunfalmente cuando los deslumbrantes colmillos del lobo lanzado chasquearon, sin haberlo alcanzado, justo detrás de las plumas timoneras de su cola. El lobo aterrizó suavemente, de inmediato se perdió en la oscuridad, en pos del pájaro que había salido volando.

Elencza cogió el gato y echó a correr. Las lágrimas se le enfriaban en las mejillas.

Lobo de Hierro corrió tras su presa como cualquier lobo: mantuvo un ritmo veloz, regular, constante. Levantaba el hocico de vez en cuando y captaba con claridad el aire impregnado de magia del treparriscos que volaba por delante. Los ojos del animal iluminaban las tinieblas.

Siguió la persecución, se prolongó la mortal carrera. A través de los montes Niemczanskié. Sobre los valles del Olawa, del Slezay del Bystrzyca.

Los críos se despertaban en las cunas, chillaban, se ahogaban en llanto. Los caballos se enfurecían en las cuadras. Las reses se golpeaban en los establos.

Saltó de la cama, despertando de una pesadilla, un caballero en su refugio de piedra. A un cura de aldea que recitaba al tuntún el *Nunc dimittis* se le cayó el breviario de las manos trémulas. Unos centinelas se frotaron los ojos en las atalayas.

Siguió la persecución. Por delante, anunciando la cacería como un ojeador, pasaba corriendo el Espanto. Por detrás de la cacería, la Angustia se posaba como el polvo.

Había en la comarca un lugar de culto ancestral, una meseta, y en ella un mágico círculo solar delimitado por un anillo de piedras labradas, donde

antaño se rezaba a unos dioses más viejos que la humanidad.

También era el lugar de enterramientos, el cementerio, la necrópolis de unos seres humanos —o acaso no humanos— cuyo nombre se perdía en la noche de los tiempos. En el año 1150, en el marco de la lucha contra el paganismo y la superstición, las piedras fueron dispersadas y en su lugar, por orden del obispo Walter de Malonne, se erigió una pequeña iglesia de madera, más bien un oratorio, pues la comarca era un auténtico erial. El oratorio no aguantó en pie ni un año: ardió al ser alcanzado por un rayo. Por las mismas o parecidas razones el fuego acabó con todas las iglesias que se fueron construyendo en el emplazamiento de la antigua necrópolis. La lucha se prolongó a lo largo de veinte años, hasta la muerte del obispo Walter. La gente empezó a murmurar que era preferible no desafiar a los viejos dioses, y el nuevo obispo, Zyrosław, tomó la única decisión sensata: para edificar el nuevo templo eligió un terreno completamente nuevo, apartado, precioso, convenientemente ubicado y sobre todo grande, cuanto más grande mejor. Ya nadie ponía obstáculos a que la nueva iglesia siguiera en su sitio, atrayendo a numerosos fieles, mientras que en el viejo cementerio ciertas manos invisibles devolvieron las piedras rituales a su antigua posición. Con el tiempo, el lugar se vio rodeado por un cerco de árboles deformes y esqueléticos y, en algunas partes, por una enmarañada maleza de endrinos provistos de mortíferas espinas.

La luz de la luna bañaba el paraje.

Lobo llegó trotando a las primeras piedras y la barrera de endrinos y se detuvo bruscamente, el pelo se le erizó como si hubiera visto un espantajo. Venteó el olor a putrefacción del cementerio, un olor que nunca había dejado de flotar sobre la meseta pese a que desde hacía siglos no se había vuelto a enterrar allí ningún cuerpo. Captó los estratos de la antigua magia, acumulados durante siglos, que impedían el acceso a nadie que llegara envuelto en un hechizo. Se difuminó, cambió de forma. Se transformó en un hombre. Un hombre alto con los ojos de color de hierro.

Parecía que el helado viento nocturno se había calmado. No temblaba ni una hoja seca, ni una panoja de carrizo. El silencio resonaba en los oídos.

El eco de unos pasos, el suave crujido de la grava, turbó el sosiego. Entre las piedras labradas apareció Treparriscos.

Lobo de Hierro avanzó, adentrándose también en el círculo. Y de repente el círculo cobró vida. Por detrás de las piedras, por debajo, entre ellas, desde la espesura de hierbas enmarañadas y ramas secas, súbitamente empezaron a arder, a modo de linternas, decenas, centenares de ojos vivos, animados, nerviosos como luciérnagas. Una inquietante melodía de susurros, un murmullo descontento de voces agudas, no humanas, llenó el silencio de la noche.

—Han venido a vernos —Treparriscos hizo una señal con la cabeza—, a ti y a mí. Tal vez los dos últimos polimorfos en esta parte del mundo. Han observado nuestro polimorfismo. Ahora quieren contemplar cómo nos matamos.

Agitó el antebrazo y la mano. El cuchillo le fue a parar a la mano, una hoja toledana de diez pulgadas brilló reflejando un rayo de luna.

—En tal caso —replicó con voz ronca Lobo de Hierro—, asegurémosles un espectáculo como es debido. Algo digno de contarse.

Agitó la mano con el cuchillo que le había caído directamente desde la manga.

—Vas a morir, Lobo.

—Vas a morir, Pájaro.

Empezaron a moverse a lo largo del círculo, despacio, midiendo cuidadosamente sus pasos, sin quitarse el ojo de encima. Dos veces recorrieron el círculo. Y después se abalanzaron el uno sobre el otro, lanzando golpes fulgurantes. Treparriscos tajaba desde arriba, hacia la cara, Lobo salvó la cabeza por un cuarto de pulgada, mientras acuchillaba por debajo, hacia el vientre, Treparriscos evitó el tajo, con un quiebro de cintura golpeó en diagonal, desde la izquierda, Lobo volvió a salvar el cuello con una evasión delicada, saltó hacia atrás, hizo girar el cuchillo en la mano, una finta y tajó de abajo arriba, con un chasquido la hoja chocó con el filo de Treparriscos, que lo había girado de un modo parecido. Ambos intercambiaron algunos golpes fulgurantes, se retiraron de un salto.

No tenían un solo rasguño.

—Vas a morir, Pájaro.

—Vas a morir, Lobo.

Las linternas de los ojos no humanos titilaban y se mecían en la

oscuridad, el murmullo balbuciente y nervioso crecía, se agitaba.

En esta ocasión estuvieron girando más tiempo, ya alargando la distancia entre ellos, ya acortándola.

Lobo se lanzó al ataque, dando unas cuchilladas cruzadas con el cuchillo recto, para terminar, le dio la vuelta al arma y dirigió un golpe traicionero contra el cuello.

Treparriscos lo esquivó, a su vez atacó por la izquierda, después por la derecha, desde abajo, después atacó muy bajo, segando a todo lo ancho y terminando con una estocada directa. Lobo paró el golpe con su cuchillo, evitó la estocada dando media vuelta, contraatacó, hizo una finta, atacó por arriba, a un lado del cuello. En esta ocasión Treparriscos no esquivó el golpe, lo paró con el antebrazo, se giró, le dio la vuelta al cuchillo en la mano y con energía, apoyando el golpe con toda la fuerza del hombro, acertó a Lobo en mitad del plexo solar. La hoja se hundió hasta la empuñadura.

Lobo no dijo nada. Sólo dejó escapar un suspiro cuando Treparriscos sacó bruscamente la hoja de la herida, y se retiró, encogido, esperando una nueva acometida. Pero no hubo lugar a un segundo golpe. El cuchillo resbaló por los dedos de Lobo. Y él cayó de rodillas.

Treparriscos se acercó con precaución, pendiente de sus ojos de color de hierro, que se estaban apagando. No pronunció palabra.

Reinaba un silencio sepulcral.

Lobo de Hierro dejó escapar otro suspiro, se inclinó, cayó pesadamente sobre un costado. Ya no se movió más.

En el círculo de piedra del antiquísimo cementerio, en aquel recinto dedicado al culto a los viejos dioses, olvidados y eternos, donde palpitaban la magia y el poder ancestrales, Treparriscos levantó las manos y el cuchillo ensangrentado. Y gritó. Triunfalmente. Salvajemente. De un modo inhumano.

La comarca entera se quedó paralizada de terror.

Capítulo sexto

En el que en cierta posada en una encrucijada florece y se desarrolla la industria del entretenimiento. Se juega a los dados, y de resultas ocurre algo — supuestamente— ineludible e inevitable. Quien piense que todo eso va a suponer el comienzo de incontables problemas está en lo cierto.

La posada de la encrucijada era el único edificio que seguía en pie de toda la aldea que allí había existido en otros tiempos, de cuya existencia daban noticia algunos negros muñones de chimeneas, unos tristes restos de viguerías requemadas y el persistente olor a chamusquina. Era difícil adivinar quién había reducido el poblado a cenizas. Casi todo apuntaba a los alemanes o a los silesios: la aldea estaba en la ruta de la cruzada que el rey Segismundo de Luxemburgo había dirigido contra Praga en junio de 1420. Los cruzados de Segismundo quemaban todo lo que ardía, pero se esforzaban por salvar las posadas. Por razones comprensibles.

La posada salvada era bastante típica: baja, rechoncha, con un techo de bálago en el que había casi tanto musgo viejo y encostrado como paja, con varias entradas y con pequeñas ventanas a través de las cuales ahora, en la oscuridad, brillaban inciertas las luces de los candiles o las velas, vacilantes y efímeras como los fuegos fatuos de los pantanos. Por la chimenea trepaba un humo blanco que después se extendía por el techo de paja y flotaba sobre los prados. Un perro no paraba de ladrar.

—Ya hemos llegado. —Scharley detuvo al caballo—. Aquí, según mis informaciones, se ha instalado provisionalmente el señor Fridusz Huncleder.

»Fridusz Huncleder —no se oyeron preguntas, pero el demérito las captó igualmente— es un hombre de negocios, un empresario. Gracias a su ingenio,

se dedica a rellenar una laguna que, debido a ciertos hechos que trascienden el ámbito de la economía, ha aparecido en las relaciones entre la oferta y la demanda. Suministra, por así decir, determinadas mercancías que gozan de enorme demanda...

—Dirige un lupanar ambulante. —Sansón Mieles, siempre perspicaz, las cazaba al vuelo—. O un garito. Probablemente lo uno y lo otro.

—Así es. En el ejército husita se observan celosamente las ordenanzas militares introducidas por Zizka. La embriaguez, el juego y el libertinaje están prohibidos entre las tropas, y se castigan con penas severas, incluida la pena capital. Pero las tropas son las tropas, en el campamento apetece echar un trago, jugar fuerte y divertirse con fulanas. Pero eso no se permite. A nadie. Las ordenanzas de Zizka son asquerosamente democráticas: castigan a todo el mundo sin respetar rango ni condición. Aunque eso también tiene su lado bueno: no favorece el relajamiento y la pérdida de la capacidad en el combate. Así lo entienden los hetmans, que alaban las ordenanzas y las ejecutan con rigor, sin miramientos. Pero se trata más bien de alardear... Un alabardero, un soldado de infantería con un mayal, un balletero, un carretero, a cualquiera de éstos, naturalmente, si se entrega a los dados, la prostitución o el robo le espera una paliza o incluso el patíbulo, eso es conveniente, algo que influye positivamente en la moral. Pero un hetmán o un centurión...

—Hemos venido a parar —concluyó Reynevan—, por decirlo en pocas palabras, a un santuario ilegal que sirve para dar satisfacción a los deseos ilegales de los altos oficiales. ¿Hasta dónde podemos arriesgarnos?

—Huncleder —Scharley se encogió de hombros— se hace pasar por proveedor del ejército, y sólo acepta a oficiales de confianza. Pero, con todo, alguien acabará delatándolo, y lo colgarán. Puede que, para meter miedo y servir de ejemplo, también cuelguen a unos cuantos de los que pillen con él... Pero, en primer lugar, ¿qué es una vida sin riesgo? En segundo lugar, se supone que contamos con el amparo de Procopio y de Flutek. Así lo veo yo. —Suponiendo que en sus palabras resonara una ligerísima nota de inseguridad, el demérito la acalló de inmediato—: En tercer lugar —hizo un gesto con la mano—, tenemos aquí una misión que cumplir.

Al lado mismo de la posada un perro les recibió con ladridos, pero enseguida salió corriendo. Desmontaron de los caballos.

—Creo que no hace falta que os explique los principios esenciales del funcionamiento del negocio. —Scharley ató las riendas a la empalizada—. Éste es un santuario de placeres malsanos y prohibidos. Aquí se puede beber hasta caer redondo. Se puede contemplar a doncellas desnudas, también se puede catar el amor venal. Se puede disfrutar jugando fuerte. Se recomienda prudencia en lo que se hace y en lo que se dice. Por lo demás, para que no haya dudas, hablaré sólo yo. Y, si toca jugar a dados o a cartas, jugaré sólo yo.

—Queda claro. —Sansón alzó una estaca del suelo—. Queda claro, Scharley.

—No lo he dicho por ti.

—No soy ningún niño —protestó Reynevan, ofendido—. Sé hablar, sé lo que tengo que decir y cuándo. Y también sé jugar a los dados.

—No, no sabes. No con Huncleder y sus tahúres. No discutas. Confórmate.

Cuando entraron, cesó el alboroto. Se hizo el silencio, y algunos pares de ojos que miraban mal se pegaron a ellos como las sanguijuelas a un alfeñique. Fue un momento desagradablemente inquietante, pero por fortuna no duró mucho.

—¿Scharley? ¿Eres tú?

—Me alegro de verte, Berengar Tauler. También a ti te presento mis respetos, señor Huncleder. Como propietario.

Sentado a la mesa, en compañía de tres tipejos con pellizas, había un hombre ancho de espaldas, panzudo, con una gran nariz y la barbilla deformada por una fea cicatriz. Tenía la cara picada de viruelas, pero curiosamente sólo en un lado, el izquierdo. El profundo surco que tenía justo encima de la nariz formaba, junto a la propia nariz y la barbilla deforme, una línea de demarcación que la enfermedad no se había atrevido a traspasar.

—Don Scharley —respondió a su saludo—. Qué ven mis ojos. Y encima en compañía de unos desconocidos. Ahora, que si vienen contigo... Aquí recibimos encantados a nuestros huéspedes. Y no porque nos gusten. Ja, a menudo no nos gustan un pelo. ¡Pero vivimos de ellos!

Los tipos con pellizas se partieron de risa. El resto de la concurrencia no

dio muestras de alegría, sin duda no era la primera vez ni la segunda que le oían la broma a Huncleder. Tampoco se rió el jayán que llevaba un Cáliz rojo pintado en el gambax que estaba junto a un aparador, ni el barbudo que le acompañaba, vestido de negro, perfecto estereotipo de predicador husita. No se rió, como cabe adivinar, ninguna de las mozas vestidas de un modo bastante llamativo que iban y venían por la sala llevando cántaros y jarras.

No se rió el hombre con barba oscura de varios días, vestido con una almilla enrojecida por la coraza, que acariciaba su jarra: era el mentado Berengar Tauler que había saludado a Scharley nada más entrar. Precisamente hacia allí, hacia la mesa del tal Tauler, que estaba acompañado por otro trío, se dirigió el demérito.

—Sé bienvenido y toma asiento. —Berengar Tauler le señaló un banco, miró intrigado a Reynevan y Sansón—. Preséntanos a... tus amigos.

—No es menester —terció desde detrás de su jarra un gordo pelirrojo—. Al más joven yo ya lo he visto. En apuros, en Ústí, junto a unos hetmans. Decían que era su médico de cámara.

—Reinmar de Bielau.

—Es un honor. ¿Y el otro?

—El otro —respondió Scharley con su típica despreocupación—, ni caso. No molesta, no incordia. Trabaja la madera.

Efectivamente, Sansón Mieles puso cara de bobo, se sentó pegado a la pared y se puso a cepillar la estaca.

—Ya que estamos con las presentaciones —Scharley se sentó—, ten tú también la bondad, Berengar...

El trío sentado a la mesa se inclinó. Al gordo bermejo le acompañaba un mozalbete de aire orgulloso, vestido de un modo bastante rico y colorista para ser un husita, y un tipo bajito, moreno, de labios finos, que parecía húngaro.

—Amadej Bata —se presentó el gordo.

—Yo soy el caballero Manfred von Salm —anunció el colorista joven, y la exagerada altivez con la que lo dijo dio a entender que tenía tanto de caballero como una trompeta de culo de cabra: seguramente su nombre de pila sería Zdeniek, y jamás habría estado, ni de pie ni mucho menos sentado, en presencia de ningún Von Salm.

—István Szeczy —el húngaro confirmó su impresión—. ¿Queréis beber?

Os advierto que en esta cueva de ladrones un cuartillo de vino cuesta tres grosches, y medio azumbre de cerveza cinco dineros.

—Pero el vino es bueno. —Tauler dio un trago de la taza—. Para tratarse de un burdel regentado por ladrones y un garito infame. Ya que estamos en ello, ¿cuál de las mencionadas diversiones os ha traído hasta la posada de Huncledeer?

—Ninguna, en principio. —Scharley señaló con la cabeza a la fulana que se acercó a su mesa con una jarra, la evaluó con la mirada—. Lo cual no significa que no vayamos a probar alguna de ellas. Por ejemplo, ¿va a haber hoy función? ¿Algún cuadro viviente?

—Claro. —Tauler sonrió—. Claro que habrá. Por ese motivo estoy aquí, principalmente. Ni siquiera pienso jugar. Me da miedo que me desplumen también de este florín, que es lo que hay que pagar por el espectáculo.

—Ésos de ahí —el demérito hizo una señal con la cabeza—, ¿quiénes son?

—El que está junto al aparador —Amadej Bata se sacudió la espuma de cerveza del bigote—, con el Cáliz en el pecho, es Habart Mol de Modrelice, centurión de Rohác. El de la barba, con pinta de cura, es un camarada suyo, han venido juntos. Con Huncledeer, en su misma mesa, están sus tahúres, sólo me acuerdo del nombre de uno de ellos, ése medio calvo, lo llaman Jerzabek...

—¡Vamos, respetados señores! —los llamó desde su mesa Huncledeer, frotándose las manos animosamente, con energía—. ¡A la mesa, a la mesa, a jugar! ¡La Fortuna os aguarda!

Manfred von Salm fue el primero en sentarse a la mesa, Scharley siguió su ejemplo, István Szeczy y Amadej Bata armaron ruido al arrastrar sus escabeles. Se les unió el centurión de Rohác, el que iba adornado con el Cáliz, su camarada, de aspecto de predicador, se apartó del aparador. Reynevan, recordando la advertencia de Scharley, no se movió de su sitio. Tampoco Berengar Tauler se levantó de su mesa, y llamó con un gesto a la muchacha más cercana provista de una jarra. Era una moza pelirroja y pecosa, las pecas le cubrían incluso los antebrazos, que llevaba al aire. En comparación con las otras, no tenía unas ojeras demasiado pronunciadas, pero su expresión era extrañamente rígida.

—¿A qué jugamos? —preguntó Huncleder a los reunidos a la mesa, barajando hábilmente las cartas—. ¿A *piquet*? ¿A *ronfa*? ¿A *trentuno*? ¿A *menoretto*? A vuestra disposición, a vuestra disposición, lo que os apetezca, tal vez a *cricca*, o a *bassetta*... O bien a *trappola*, o a *buffa aragiato*, o a lo mejor preferís un ganapierde. ¡Conozco todos los *genera ludorum fortunae*! Cualquiera me va bien. El cliente manda. Escoged.

—Somos demasiados para las cartas —comentó Bart—. Todo el mundo tiene que divertirse. Propongo los dados. Al menos, para empezar.

—¿Los dados? ¿Las nobles *tesseræ*? El cliente manda. Yo estoy dispuesto a todo.

—Sobre todo —dijo István Szeczy muy serio—, si jugamos con esos dados que estás mareando en tus zarpas. No nos tomes por unos pardillos, amigo.

Huncleder soltó una risa forzada, devolvió los dados con los que estaba entretenido, de un amarillo característico, al cubilete, lo agitó. Tenía las manos pequeñas y rechonchas, con unos dedos cortos y amorfos. Todo lo contrario a lo que se espera de los dedos de un jugador de dados profesional. Pero a la hora de la verdad no hace falta decir que demostraron ser ágiles como una ardilla.

Los dados amarillos, arrojados del cubilete con gesto diestro, apenas rodaron en la mesa. Ambos cayeron con el seis hacia arriba. Huncleder, con un rictus invariable que remedaba una sonrisa, recogió los dados de un solo fulgurante movimiento, como si cazara moscas en la mesa. Agitó el cubilete con un impetuoso *acozzamento*, volvió a tirar. Salieron dos seises. Jerzabek se desternillaba. El centurión de Rohác soltó un taco.

Rápida recogida de los dados, *acozzamento*, tirada. Y de nuevo una *sexta stantia* doble, dos veces *sex puncti*. Tirada. Dos veces seis puntos. Tirada. Igual. El centurión volvió a blasfemar.

—Sólo ha sido —Huncleder sonrió con su media jeta granujienta— una broma. Una bromita sin importancia.

—En efecto. —Scharley le devolvió la sonrisa—. Sin importancia pero elegante. Y divertida. Una vez en Núremberg fui testigo de cómo jugando en serio, al que tiraba los dados le rompieron ambas manos por una bromita semejante. Sobre el umbral de piedra, con ayuda de un martillo de herrero.

Nos partimos el culo de risa, os lo aseguro.

Los ojos de Fridusz Huncleder emitieron un destello desagradable. Pero se controló, la sonrisa volvió a su rostro picado de viruela.

—Sólo es una broma —insistió—, y en broma se queda. Para jugar usamos otros dados. Éstos los guardo...

—Pero no en el bolsillo, por todos los demonios —protestó Manfred von Salm—. Ponlos encima de la mesa. Como piedra de toque. De vez en cuando los compararemos con los otros.

—Como queráis, como queráis. —El tahúr levantó las manos, dando a entender que todo le parecía bien, que se conformaba con todo y que el cliente mandaba—. ¿Qué juego os va? ¿El cincuenta y seis? ¿A seises y siete?

—¿Qué tal —propuso Scharley— el *glückhaus*?

—Que sea el *glückhaus*. ¡Muévetes, Jerzabek!

Jerzabek limpió el tablero con la manga, dibujó en él con tiza un rectángulo dividido en once casillas.

—Listo. —Huncleder se frotó las manos—. Se puede apostar... ¿Y tú, hermano Berengar? ¿No nos honras con tu compañía? Una pena, una pena...

—Lo lamentas con la boca chica, hermano. —Berengar Tauler hizo todo lo posible para que aquel «hermano» sonara muy poco fraternal—. No es posible que no te acuerdes de cómo el sábado pasado me desplumaste como a un ganso en San Martín. A falta de capital, prefiero quedarme aquí sentado, esperando los cuadros vivientes, disfrutando de la jarra. Y puede que de la conversación, pues veo que don Reinmar tampoco tiene prisa por jugar a los dados.

—Como queráis. —Huncleder se encogió de hombros—. Pues para nosotros, señores, éste es el plan: primero, nos divertimos con los dados. Después, cuando ya seamos menos, jugamos a *piquet* o a cualquier otro *ludas cartularum*. Pero, entre medias, habrá un espectáculo. O sea, la parte artística. ¡Adelante, señores! *Glückhaus* Las apuestas, en las casillas. ¡Ven a mí, Fortuna!

Durante un tiempo sólo se oían en la mesa las maldiciones, el tintineo de las monedas arrojadas a las casillas, el estrépito del *acozzamento* y el eco de los dados rodando en el tablero.

—Sé por experiencia —Berenger Tauler dio un trago de la jarra— que Amadej se quedará sin blanca en tres padrenuestros y volverá a esta mesa. Así pues, si tienes algo que decir discretamente, hazlo cuanto antes.

—¿Y por qué supones que tengo algo que decirte?

—Intuición.

—Ja. De acuerdo, pues. El castillo Trosky, en los montes de Jicín, cerca de Tumov...

—Sé dónde está el castillo Trosky.

—¿Has estado allí? ¿Lo conoces bien?

—He estado muchas veces, lo conozco a la perfección. ¿De qué se trata?

—Queremos ir allí.

Berenger Tauler dio un trago.

—¿Para qué? —preguntó con aparente indiferencia.

—Bah, nada importante —contestó con la misma indiferencia Reynevan—. Es una fantasía nuestra, nuestro pasatiempo favorito: visitar los castillos católicos.

—Entiendo, y no haré más preguntas. El caso es que Scharley, delicadamente, me recuerda que estoy en deuda con él. ¿Saldaremos las cuentas de este modo? Muy bien, lo pensaremos.

—¿Eso quiere decir que sí o que no?

—Quiere decir que lo pensaremos. ¡Eh, Marketa! ¡Vino, si eres tan amable!

Le sirvió la moza pelirroja, pecosa, de rostro mortecino y ojos vacíos. No obstante, esas tachas en su belleza las compensaba con creces su figura. Cuando la muchacha se retiró de la mesa, Reynevan no pudo dejar de admirar su cintura y sus caderas, que ondulaban con un leve paso de baile realmente hipnótico.

—Veo —advirtió Tauler con una sonrisa— que nuestra Marketa te alegra la vista. Nuestro cuadro viviente. Nuestra adamita.

—¿Adamita?

—O sea, que no sabes nada. ¿Scharley no te ha contado nada? ¿De verdad que no has oído hablar de los adamitas?

—Algo me suena. Pero soy de Silesia, en Bohemia sólo llevo dos años...

—Pídetes algo de beber. Y ponte cómodo.

»El éxito de la revolución en Bohemia —empezó Berengar Tauler, una vez que sirvieron a Reynevan— ha permitido salir a la luz y ha dado nueva vida a toda clase de grupos de chiflados y pirados. En 1419 recorrió el país una ola de histeria religiosa, desatinos y misticismo. Por todas partes aparecían profetas inspirados que nos atemorizaban con el fin del mundo. La gente lo dejaba todo y se marchaba en masa a las montañas, donde esperaba la segunda venida de Cristo. En ese caldo de cultivo rebrotaron viejas sectas olvidadas. De los rincones más oscuros iban saliendo todos esos jodidos quiliastas, adventistas, nicolaítas, patemianos, espirituales, valdenses, begardos, y no sé qué más...

En la otra mesa se entabló una acalorada discusión, se empleaban todo tipo de palabras, hasta las más obscenas. El más escandaloso echando sapos y culebras era Manfred von Salm.

—En fin, se sucedieron —prosiguió Tauler— los sermones, las profecías, los augurios, los presagios y los apocalipsis. Se decía que estaba cerca la Tercera Edad, y que antes de su venida el viejo mundo debía perecer, devorado por las llamas. Y entonces Cristo regresará cubierto de gloria, dará comienzo el Reino de Dios, los santos resucitarán, los malvados irán sin remedio a la condenación eterna, mientras los justos gozan de la dicha del paraíso. Todo ha de ser común, desapareciendo toda suerte de propiedad. Ya no habrá ricos y pobres, no habrá miseria ni opresión. Reinará en la tierra un estado de perfección, paz y felicidad universales. No habrá más desgracias, guerras ni persecuciones. No habrá nadie que ataque a su prójimo o lo induzca al pecado. Ni que desee a su mujer. Porque también las mujeres serán disfrutadas en común.

»El caso es que, como ya sabemos, el fin del mundo no llegó a producirse, Cristo no vino a la tierra, la gente recobró la cordura, el quiliastro y el adventismo empezaron a perder adeptos. Los sueños de igualdad se los llevó el viento, al igual que las ilusiones de liquidar todo tipo de poder y de opresión. Los propios revolucionarios taboritas han restaurado las estructuras estatales y ya en otoño de 1420 empezaron a imponer diezmos y tributos. Naturalmente, recurriendo a la coacción. También fueron restablecidas, y cómo, las estructuras de poder eclesiástico, de los taboritas, pero estructuras al fin. A la cabeza de tales estructuras, el obispo husita Nicolás de Pelhrimov

proclamó desde el púlpito el canon de la fe verdadera, y a aquéllos que no lo respetaran los condenó como renegados y herejes. Y así ha resultado que los husitas, los mayores herejes de Europa, se han encontrado con sus propios herejes, con sus propios disidentes. Los picardos.

—El nombre —intervino Reynevan—, según parece, ¿podría venir de una deformación del de begardos?

—Eso aseguran algunos. —Tauler asintió con la cabeza—. Pero es más verosímil que venga de Picardía, de los valdenses, que emigraron precisamente desde allí en 1418, encontrando en Bohemia asilo y un asombroso número de partidarios. El movimiento creció considerablemente en fuerza y adeptos, al frente de los cuales se situó el moravo Martínek Húska, llamado Loquis por su desparpajo. Decir de ellos que eran radicales es no decir nada. Llamaban a la destrucción de los templos: la auténtica Iglesia divina, aseguraban, es una Iglesia peregrina. Rechazaban tajantemente la eucaristía. Negaban el valor de todo objeto de culto, destruían cualquier custodia y cualquier hostia que caía en sus manos. Todo lo que existe, proclamaban, es Dios, *ergo* el hombre también es Dios. La comunión, afirmaban, la puede impartir cualquiera, y se puede recibir bajo todo tipo de formas. Esta afirmación, en particular, ofendía a los calixtinos. ¿Cómo es posible, clamaban éstos, que el maestro Hus muriera en la hoguera y que nosotros derramemos nuestra sangre por la comunión *sub utraque specie*, bajo la forma del pan y del vino, para que un tal Martínek Loquis vaya por ahí administrándola bajo la forma de gachas, garbanzos y leche agria? —Sansón se afanaba en su rincón cepillando la madera, por la hoja de su navaja trepaban unas hermosas virutas retorcidas—. En febrero de 1421 ya estaban hartos de sectarios. Los expulsaron del Tabor, los obligaron a marcharse. Unos cuatrocientos picardos dejaron el monte y fundaron su propio campamento fortificado en las cercanías de Pribenice...

—¿De qué estáis hablando? —se interesó Amadej Bata, volviendo de la mesa de juego con una cara exageradamente alegre para tratarse de alguien al que acababan de derrotar.

—De los picardos.

—Ah. ¿De los despelotados? Je, je... Entiendo...

—Entre los desterrados a Pribenice —Tauler retomó su relato— no

estaba ya Húska Loquis, allí el que llevaba la voz cantante era el predicador Petr Kánis. Y sus camaradas: Jan Bydlín, Mikulás el Ciego, Trsácek, Burjan. Decretaron la total supresión de los lazos familiares, invalidaron los vínculos matrimoniales. Proclamaron la igualdad fraternal y la completa libertad sexual. Se declaraban libres de pecado, como Adán y Eva, y afirmaban que entre los inocentes no había lugar para el pudor, se despojaban de sus túnicas y desfilaban desnudos, vestidos como Adán: de ahí el nombre de «adamitas», cada vez más asociado a ellos. Empezaron a entregarse a orgías colectivas con entusiasmo. Pero entre sus cabecillas clericales empezaron pronto las rivalidades y las desavenencias intestinas: al parecer, no se trataba tanto de la cuestión religiosa como del reparto de los harenes. Algunos de sus dirigentes se separaron, llevándose consigo pequeños grupos de partidarios y rebaños de mujeres. Por otra parte, la mayoría de las mujeres estaban muy a gusto en las comunas picardas, donde se había proclamado la idea de la completa igualdad sexual. Poniéndola en práctica de tal modo, *nota bene*, que toda mujer podía acostarse y copular con quien le viniera en gana. No obstante, esa libertad era aparente, porque el papel de gallos principales en aquellos gallineros lo desempeñaban Kánis y los otros clérigos. Pero las mujeres estaban tan fascinadas, tan imbuidas del misticismo de la promiscuidad, que rivalizaban encarnizadamente para servir a cualquiera de esos «santos varones», consideraban que abrirse de piernas era un privilegio, un servicio religioso, y recibían como una bendición que el «santo», en su bondad, decidiera hacer uso de sus firmes traseros.

—Pues sí —terció filosófico Amadej Bata, pendiente del culo de una de las muchachas que servían a los jugadores—, así es la mujer, llena de lujuria. Y con un apetito sexual insatisfecho. Desde que el mundo es mundo, así ha sido y así será *in saecula saeculorum*...

—¿Qué? —Scharley, aparentemente aburrido de jugar, se sentó a su mesa—. ¿Hablando de tías, como de costumbre?

—Le estoy dando a tu compañero —le cortó Berengar Tauler— una breve lección de historia.

—En tal caso, a mí también me gustaría oírla.

—Zizka —Tauler se aclaró la voz— seguía teniendo en su punto de mira a los picardos. La intervención de los cruzados se estaba preparando en

Bohemia, la propaganda católica se dedicó a airear el asunto de la secta picarda, los adamitas eran para ella un tema perfecto. Pronto en toda Europa creyeron que todos los checos, como un solo hombre, iban desnudos y todos jodían con todos siguiendo los preceptos de Jan Hus. Ante la amenaza de la cruzada, la anarquía en las filas podía resultar fatal y los picardos, no hace falta decirlo, seguían teniendo en el Tabor partidarios clandestinos. A finales de marzo de 1421 Zizka realizó un ataque armado contra la comuna de Kánis. Parte de los sectarios fueron pasados por las armas. Otros, algunas decenas de personas, entre ellos el propio Kánis, fueron capturados. A todos ellos los quemaron vivos. Ocurrió en la aldea de Klokoty, el martes anterior a San Jorge. El lugar no fue elegido al azar. Klokoty está muy cerca de Tabor, la ejecución se podía contemplar desde las murallas. Zizka les estaba mandando un aviso a los taboritas... —Se calló, miró al rincón donde estaba Sansón Mieles—. No hace más que cepillar el palo —comentó con un suspiro—. Cuántas virutas... ¿No será peligroso dejarle un cuchillo a ese idiota? ¿No se cortará una mano?

—No hay peligro. —Reynevan ya estaba acostumbrado a esa clase de preguntas—. A pesar de las apariencias, es enormemente cuidadoso. Continúa, hermano Berengar. ¿Qué pasó después?

—Gradualmente fueron exterminados los restantes sectarios, hasta que sólo quedó un grupo: la comuna de Burjan. Éstos se ocultaban en los bosques junto al río Nezárka. Formaban una banda temible, eran los más radicales entre los radicales, totalmente fanatizados y convencidos de su misión divina. Empezaron a atacar las aldeas y caseríos de la zona: según ellos, para «convertirlos». En realidad, asesinaban, robaban, incendiaban, maltrataban, se entregaban a bestialidades increíbles. No temían a nadie. Burjan, su cabecilla, quien, como antes Kánis, se había investido del título oficial de «Jesús» y de «hijo de Dios», les aseguraba que, como elegidos, eran intocables e inmortales, que ninguna espada iba a doblegarlos, ningún arma podría herirlos.

Se rodeó de un harén de más de veinte mujeres y jovencitas. Finalmente, llegó hasta el extremo de...

—¿De qué?

—Empezó a impartir la comunión... hum... por medio de la ... *fellatio*.

Bonito sacramento, ¿no? Pero el final del *intermezzo* picardo se acercaba a buen paso, Zizka revoloteaba sobre sus cabezas cual azor. En octubre dio con su rastro y los rodeó. Los adamitas de Burjan ofrecieron una resistencia encarnizada, se batieron como diablos. Fueron masacrados, pero aproximadamente medio centenar fueron capturados con vida. Todos ardieron en la hoguera. La mitad eran mujeres, en su mayoría encinta. Se las trató con consideración: los varones, antes de morir quemados, sufrieron atroces torturas. Las mujeres fueron quemadas sin torturas.

—¿Todas?

—Qué va —terció con una sonrisa lasciva Amadej Bata.

—Dejaron —Berengar Tauler asintió con la cabeza— a unas cuantas. En el mayor de los secretos, ocultándoselo celosamente a Zizka. En aquellos días se hablaba mucho de la libertad sexual de los adamitas. Según se rumoreaba, las mujeres adamitas adoraban quedarse en cueros y, en ese aspecto, las volvían locas las orgías, sobre todo colectivas, con nada disfrutaban más que con el placer en grupo, varios con una sola. Ja, si eso es lo que les gusta...

—No hace falta. —Reynevan apretó los dientes—. No hace falta que sigas.

—Claro que sí. Porque una de las que se salvaron, la última que queda con vida, es justamente la que nos trae ese cántaro.

—Marketa —confirmó Amadej Bata—. Por lo visto, el culo preferido del adamita Burjan, su favorita. Huncleder se la compró a los hermanos taboritas, una vez que éstos se cansaron de ella. Ahora es su esclava. Su propiedad. Entera y verdadera. Para siempre. Hasta la muerte.

—Al ingresar en la comuna, quemó los puentes. —Tauler advirtió la cara de asombro de Reynevan—. No hay vuelta atrás. Los sectarios habían renegado de la familia...

—Pero aún continúa la caza de los picardos —soltó con aparente indiferencia Scharley—. Casi a diario desenmascaran y queman a alguno, sometiéndolo antes a torturas. La chica está obligada a hacer todo lo que le mande Huncleder, está a su completa merced. Y si vive es sólo gracias a él.

—¿Vive? —Reynevan volvió la cabeza. Nadie le respondió.

La moza pelirroja conocida como Marketa les llenó las jarras. En esta ocasión Reynevan la observó con más atención. En esta ocasión, mientras le

servía, ella levantó los ojos. Él no encontró en su mirada aquello que esperaba, aquello que suponía: dolor, vergüenza, humillación, la obediencia temerosa de una esclava. Una enorme, infinita indiferencia había vaciado los ojos de la muchacha pelirroja.

Con el rabillo del ojo, Reynevan se dio cuenta de una cosa que le dejó aún más atónito.

Sansón Mielles había dejado de cepillar el palo.

—Bueno, señores y hermanos —Huncleder se levantó de la mesa—, ha llegado la hora de distraerse después del trabajo. ¡Los criados, que arrimen los bancos! ¡Mueve el culo, Jerzabek! ¡A ver, esas mozas, hay que llenar las jarras y servir más vino! Y a los señores clientes les recuerdo que aquí cobramos por la diversión. El espectáculo puede alegrar la vista de quienes estén dispuestos a gastar un florín o un ducado de Hungría^[21]. O, lo que es lo mismo, treinta grosches de Praga^[22]. ¡No lo lamentará el que no lo escatime! ¡La perspectiva bien vale diez ducados! ¡Garantizado!

Muy pronto todos los huéspedes se acomodaron en el improvisado teatro, teniendo delante la mesa de roble en la que se había estado jugando hacía sólo un rato.

La mesa estaba iluminada con unos candeleros. Uno de los criados empezó de repente a golpear rítmicamente un tamboril turco. Cesó el bullicio.

Marketa salió de una cámara lateral. El tamboril dejó de sonar.

Se movía con calma, descalza, envuelta en algo que sólo después de unos momentos pudieron identificar como una sobrepelliz, una auténtica túnica litúrgica. Con ayuda de uno de los criados, se subió a la mesa. Permaneció inmóvil unos momentos, atenta al ritmo del tamboril. Después se recogió la sobrepelliz. Justo por encima de las rodillas. Después más arriba. Empezó a danzar suavemente, dio una vuelta, ligera cual zagala arremangada. Manfred von Salm gritó animoso, dio una palmada, pero se calló al constatar que los demás estaban concentrados exclusivamente en lo que veían.

Marketa no hizo ni caso. Cada uno de sus gestos, cada movimiento, cada mirada, cada temblor del rostro y cada sonrisa forzada decían lo mismo: estoy aquí sola. Estoy sola, sola, desconectada y alejada de vosotros. De vosotros y de todo lo que sois. Yo estoy en un mundo radicalmente distinto.

Et in Arcadia ego, pensó Reynevan. *Et in Arcadia ego*.

El tamboril aceleró el ritmo, pero la muchacha no se acopló a él. Al contrario, se movía arrítmicamente. Despacio, como amodorrada. De manera incitante e hipnótica. Y el borde recogido de la sobrepelliz se le iba subiendo cada vez más, incesantemente, hasta la mitad de los muslos, aún más arriba, dejando al descubierto por fin aquello que todos estaban esperando, y al verlo reaccionaban, sin poder evitarlo, a base de muecas, gruñidos, gimoteos, jadeos, babeando estrepitosamente.

Se oyó un redoble del tamboril y se hizo el silencio. En ese momento Marketa se subió la sobrepelliz. Y en un santiamén se la sacó por la cabeza.

Las pecas abundaban en los brazos y la espalda, se derramaban por el cuello y los pechos. Más abajo ya no había.

El tamboril se puso a resonar con fuerza, con un ritmo frenético, y la moza empezó a dar vueltas, a dar vueltas y a balancearse, como una bacante, como Salomé. Se vio en ese momento que la escritura menuda de las pecas también cubría los hombros y la nuca. Una tormenta agitaba sus cabellos como el mar Rojo momentos antes de que Moisés ordenara a sus aguas abrirse.

El tamboril tronó con estrépito. Marketa se quedó quieta en una pose tan lujuriosa como escasamente natural. Viéndola, Manfred volvió a dar palmas, el centurión de Rohác rugió, lo mismo que Amadej Bata, que se daba golpes en los muslos. Huncleder prorrumpió en una carcajada. Berengar Tauler empezó a vitorearla.

Pero la representación aún no había terminado.

La muchacha se arrodilló con las piernas cruzadas, se sujetó los pechos con las manos, apretándolos y exhibiéndolos ante los espectadores. Al mismo tiempo se balanceaba y se retorció como una serpiente. Y sonreía. Pero aquello no era una sonrisa. Era una convulsión espástica, *spasmus musculi faciei*.

A una señal del tamboril Marketa cambió de postura con destreza y suavidad, pasando de estar arrodillada a estar sentada. Empezó un golpeteo menudo y febril, y la chica volvió a contorsionarse como una serpiente. Hasta que por fin se quedó inmóvil, echó la cabeza para atrás y separó ampliamente los muslos. Tanto que a ninguno de los espectadores se le escapó un solo detalle. Ni siquiera un detalle de un detalle.

Eso duró un rato.

La muchacha recogió la sobrepelliz, bajó de un salto de la mesa y desapareció por un lateral. La siguieron los aplausos y gritos de la sala. Manfred von Salm y el centurión de Rohác daban alaridos y pateaban, Berenger Tauler vitoreaba puesto en pie, Amadej Bata cacareaba como un gallo.

—Bueno, ¿qué? —Fridusz Huncleder se levantó, cruzó la estancia y se sentó detrás de la mesa—. ¿Qué decís? ¿Alguna vez habíais visto algo parecido a lo de esta pelirroja? ¿A que valía la pena soltar un ducado por el espectáculo? Y, ya que estamos, mi señor Scharley, tú sólo me has pagado dos. Y aquí has venido con dos compañeros. Y aquí cada par de ojos entra en la cuenta, el que mira paga. Ha habido una revolución, todos somos iguales, señores y gañanes... ¡Eh! ¡No me dirigía a ti, sino a tu amo! Tú vuelve a sentarte y sigue dándole al palitroque. Además, ¿tienes tú acaso un ducado? ¿Has visto alguno en toda tu vida?

Reynevan tardó unos segundos en comprender a quién se dirigía Huncleder. Los mismos que tardó en salir de su estupor.

—¿Es que eres sordo? —preguntó Huncleder—. ¿O sólo eres bobo?

—La chica que ha bailado. —Sansón Mieles se sacudió unas virutas de la manga—. Desearía llevármela de aquí.

—¿Cómooo?

—Desearía asumir, por así decir, los derechos de propiedad sobre ella.

—¿Quéee?

—¿Demasiado rebuscado? —Sansón no subió el tono ni una pizca—. Entonces lo diré con más claridad: es tuya, y tiene que ser mía. Así pues, hay que resolverlo.

Huncleder lo estuvo mirando largamente, como si no pudiera dar crédito a sus ojos y oídos. Finalmente resopló con fuerza.

—Don Scharley —volvió la cabeza—, ¿de dónde ha salido esta figurita de belén? ¿Siempre hace lo mismo? ¿Actúa por propia iniciativa o le habéis dado órdenes?

—Éste —Scharley demostró que ni el suceso más inesperado era capaz de sacarle de sus casillas— tiene un nombre. Se llama Sansón Mieles. No le hemos ordenado nada. Ni le hemos prohibido nada. Es un hombre libre.

Tiene derecho a realizar transacciones comerciales por su cuenta.

Huncleder miró a su alrededor. No le hicieron ninguna gracia ni la carcajada descarada de Manfred von Salm, ni el bufido de Amadej Bata, ni la cara de cachondeo de los demás. No le hicieron gracia. Era algo que se podía ver fácilmente en su rostro.

—De las transacciones por su cuenta —gruñó— que se vaya olvidando. La chica no está en venta, eso lo primero. Y lo segundo, yo no hago tratos con idiotas. Largo de aquí, tarugo. A la calle. Vete a cuidar de los caballos, a limpiar las letrinas, o lo que sea. Éste es un local para jugadores. Si no juegas, márchate.

—Pues precisamente yo estaba pensando en el juego —replicó Sansón, impasible como una estatua—. Traficar con personas es cosa de esbirros y de grandísimos hideputas. En cambio, los juegos de azar... Bueno, a pesar de sus muchas pegas, también tienen sus virtudes. En los juegos de fortuna, como su propio nombre indica, hay que ponerse en manos de la insondable fortuna. ¿No te tienta la insondable fortuna, Huncleder? Seguro que estás dispuesto a jugar a lo que sea. Adelante, pues. Una tiradita a los dados.

Se hizo el silencio en la sala. A algunos de los presentes se les había quedado la cara congelada en una mueca de diversión salvaje, pero ya ninguno se reía a carcajadas. El rostro granujiento de Huncleder se encogió, sufrió un horrible espasmo. Con unos cuantos movimientos de cabeza ordenó a sus lacayos que salieran de las sombras. Después le arrojó a Sansón unos dados, los mismos con los que se había jugado antes. Él se quedó con los otros dos suyos, los amarillos.

—Juguemos pues —dijo en tono helado—. Una tirada. Que ganas, la chica es tuya. No tendrás ni siquiera que pagar nada más, fíjate bien. Pero si yo saco más que tú...

Chasqueó los dedos. Uno de los lacayos le entregó una hachuela. Otro levantó una ballesta tensada. Scharley agarró rápidamente del brazo a Reynevan.

—Si yo saco más —concluyó el tahúr, depositando el hacha en la mesa, delante de él—, te cortaré tantos dedos como puntos saque. De las manos. Si fuera necesario, también de los pies. Según salga el juego. Y según disponga la insondable fortuna.

—¡Eh! —dijo enfadado István Szeczy—. ¿Qué es esto? Deja esos dados amarillos, maldita sea...

—¿Acaso pretendes —le secundó Habart Mol de Modrelice, el centurión de Rohác— que esto se convierta en un matadero?

—¡El tonto quería jugar! —gritó el tahúr, dejando sordos a los dos—. ¡Pues tendrá su juego! Se supone que es un hombre libre. Que tiene derecho a actuar por su cuenta. Y todavía está a tiempo de retirarse. De reconocer por su cuenta que ha hecho el idiota, y de largarse de aquí por su cuenta. Nadie le retiene. Siempre que no tarde demasiado en coger el portante.

Se veía que el centurión habría estado dispuesto a seguir insistiendo, la expresión obstinada del húngaro y de Bata también daba a entender algo. Pero, antes de que a nadie le diera tiempo de decir o de hacer nada, Sansón agitó los dados y los hizo rodar sobre la mesa. En uno le salió un cuatro, en el otro un tres.

—O sea —dijo con una calma que asustaba—, siete puntos, si no me equivoco.

—No te equivocas. —Huncleder hizo resonar sus dados en el cubilete—. Cuatro y tres, siete. Y, por lo que respecta a tus dedos: diez y diez, veinte. De momento.

Los dados rodaron. Todos los testigos del hecho suspiraron a coro. Jerzabek soltó un taco.

En los dos dados amarillos salió el uno: un solitario punto en la cara de arriba.

—Has perdido —la voz de bajo de Sansón Mieves rompió el silencio sepulcral—. No te sonrío el destino. La chica es mía. Así que me la llevo y, efectivamente, me largo de aquí.

Huncleder atacó desde detrás de la mesa con la rapidez de un gato salvaje. La hachuela silbó en el aire, pero no se clavó, como estaba previsto, en la sien de Sansón. El gigante fue aún más rápido. Retiró la cabeza, con la mano izquierda sujetó al tahúr por el codo, con la derecha aplastó los dedos que sostenían el arma. Todos oyeron cómo aullaba Huncleder y cómo crujían los huesos. Sansón arrancó el hacha de los dedos triturados, la agarró, obligó a inclinarse al tahúr hasta la altura de la mesa, con el peto del hacha golpeó en los dedos de la otra mano, que estaba apoyada en el tablero. Huncleder aulló

más fuerte aún. Sansón volvió a golpearle. El tahúr cayó de bruces sobre la mesa y perdió el sentido.

Al desmayarse, no pudo ver cómo Reynevan, saltando como un gato montés, alcanzaba al esbirro que apuntaba con la ballesta y golpeaba el arma de tal modo que la cureña, con un sonido desagradable, le sacudió en los labios y los dientes. Cómo Scharley neutralizaba al otro esbirro mediante su patada favorita en la rodilla y un puñetazo que le machacó la nariz. Cómo Amadej Bata con un taburete aporreaba a uno de los jugadores en los riñones. Cómo Berengar Tauler, con ayuda de dos estiletes que se había sacado a saber de dónde, advertía a los otros de que era peligroso entrometerse, mientras Reynevan, con la ballesta arrebatada al matón, le daba a la advertencia un significado inquietante. Cómo Jerzabek se quedaba inmóvil con la boca abierta, con cara de cretino, idéntico a esos santos de madera que se ven en las aldeas. Cómo Sansón se dirigía sin prisa a la cámara lateral y cómo sacaba de allí a la moza pelirroja y pecosa. La chica estaba pálida, se arrastraba de mala gana, por no decir que oponía bastante resistencia, pero eso a Sansón le traía sin cuidado: no se andaba con cumplidos y la coaccionaba sin violencia pero con determinación.

—Andando —les dijo a Reynevan y Scharley—. Vámonos de aquí.

—Lo antes posible —le secundó Berengar Tauler, aún con los dos estiletes en las manos—. Vámonos, y rápido. Amadej y yo vamos con vosotros.

No se habían alejado más de media milla cuando el camino, abandonando la oscuridad del bosque, los condujo hasta unas extensas rastrojeras, iluminadas por la claridad lunar. Berengar Tauler, que iba en cabeza, frenó y volvió grupas, cerrando el paso a los demás.

—¡Alto! —anunció—. ¡Se acabó lo que se daba! ¡Quiero saber a qué estamos jugando! ¡Qué demonios está pasando aquí!

El caballo de Scharley sacudió la cabeza, relinchó, amusgando las orejas. El demérito lo calmó.

—¿A qué ha venido —Tauler no cejaba— esta pendencia? ¡Por la que todos podemos pagar con nuestras cabezas! ¿Qué coño os importa esa chica?

¿Adónde vamos, maldita sea? Pero sobre todo...

De repente impulsó a su caballo derecho hacia Sansón, como si quisiese embestirlo. Sansón no pestañeó siquiera. Tampoco pestañeó la muchacha, amarrada al arzón de la silla, con su rostro pétreo, permanentemente indiferente, y sus ojos ausentes.

—Sobre todo —gritó Berengar Tauler—, ¿quién, por todos los diablos, es este tipo? ¿Quién es?

Scharley se le acercó, con tanta decisión que Tauler tiró con fuerza de las riendas del caballo.

—No pienso seguir con vosotros —dijo, bastante más calmado— ni un paso más. Hasta que no averigüe de qué se trata.

—Cada quien es libre —murmuró Scharley— de ir por donde quiera.

—En la posada os hemos ayudado, ¿no? Nos hemos visto implicados, ¿no? Ahora también estamos metidos en un lío, ¿no? Y no se nos debe siquiera una palabra de explicación, ¿verdad?

—Sí. O sea, no. No se os debe.

—Entonces yo... —Tauler se aturulló—. Yo...

—No sé tú —Amadej Bata, sin apartar la vista de Sansón, acercó a su caballo desde el otro lado—, pero yo sí sé lo que querría. Querría descubrir, exactamente, qué clase de milagro permite que en un dado trucado salga un uno en vez de un seis. Estaría encantado de aprender algo así, pagando se entiende. Entiendo que se trata de magia, pero ¿es posible hacerlo? Y, para conseguir algo así, ¿se requiere un poder especial? ¿Cuál, si puede saberse?

—¡Uno enorme! —Reynevan, que estaba escuchando atentamente, dio por fin rienda suelta a sus emociones—. ¡Grandioso! ¡Inimaginable! Un poder tal que en verdad me pregunto si tiene sentido...

—Para el carro —le acalló tajantemente Scharley—. ¡Estás hablando de más!

—¡Hablo como y cuanto quiero!

—Observo —resopló Berengar Tauler— que incluso entre vosotros falta unanimidad con respecto a lo ocurrido. Que hay un pleito familiar con ese motivo. Y como Bata y yo no somos de la familia nos apartaremos un poco. Cuando tengáis las cosas claras, llamadnos. Ya veremos qué hacemos.

Cuando se quedaron solos, estuvieron largo rato callados. Reynevan

notaba cómo se le iba pasando la furia. Pero no sabía cómo y por dónde empezar. Con Scharley no podía contar, en tales situaciones nunca era el primero en intervenir. Los caballos resoplaron unos instantes.

—En ese garito —dijo al fin Sansón Mieles— ha pasado lo que tenía que pasar. Era algo ineludible. Debía ocurrir, porque... porque debía ocurrir. No ha intervenido ningún otro factor, cualquier desarrollo diferente de los hechos era imposible. Porque cualquier desarrollo diferente de los hechos, cualquier alternativa, pasaba por nuestra indiferencia. Conformidad. Aprobación. Tolerancia. Lo que hemos visto en el garito, aquello de lo que hemos sido testigos, era incompatible con la indiferencia y la inacción, por tanto, no había verdaderas alternativas. De modo que ha ocurrido lo que tenía que ocurrir. En cuanto a los dados... Bueno, todos los dados, si analizamos la cuestión en términos generales, obedecen en su caída a idénticas reglas. Caen como están obligados a caer.

Reynevan oyó cómo la moza, que estaba sentada enfrente de Sansón, suspiraba suavemente.

—Y, en principio —continuó Sansón—, no tengo nada más que añadir. Si deseáis hacer alguna pregunta... ¿Reinmar? Hace un momento me ha dado la impresión de que algo te inquietaba.

—Una idea —reconoció Reynevan, sorprendido de su propia calma—. No es más que una idea. A lo largo de un año los magos de Praga se han devanado los sesos para ayudarte, para permitirte recuperar tu estado normal, para que pudieras regresar a tu mundo normal, a tu elemento, tu dimensión, a tu qué sé yo. No lo han logrado. Ahora hemos planeado una expedición bastante arriesgada a través de Bohemia, nos dirigimos a un lugar en las proximidades de Jicín y Tumov, prácticamente en la frontera de Lausacia. Porque pretendemos ayudarte. Después de lo que hoy he visto, claro, no puedo dejar de darle vueltas a cierta idea. ¿De verdad necesitas alguna clase de ayuda, del tipo que sea, Sansón? ¿Alguien como tú, capaz de alterar la suerte de los dados, precisa de la ayuda de unos tipos normales y corrientes, que no valen gran cosa? ¿Necesitas nuestra ayuda? ¿Te importa algo?

—La necesito —contestó el gigante inmediatamente, sin titubear un solo segundo—. Y me importa.

»Además —añadió un momento más tarde, en voz muy baja y suave—.

Además, ambos lo sabéis.

La moza, Marketa, suspiró una vez más.

—Vale —intervino Scharley—. Ha pasado lo que ha pasado. Debes saber, Sansón, que me siento muy alejado de tu fatalismo. En mi opinión, es extremadamente sencillo protegerse de las cosas inevitables: por lo general, basta con no hacerlas. Lo mismo digo de los fenómenos que uno no puede contemplar con indiferencia... Basta con apartar la vista. Sobre todo, porque en este mundo, a menudo, constituyen la norma, más que la excepción. Pero ha pasado y, por lo que veo, la cosa no tiene remedio. Hemos hecho una buena obra, pagaremos por ella, porque las necesidades siempre se pagan. Pero, antes de que ocurra nada más, éste es el plan: a la chica hay que colocarla en algún lugar seguro...

—La llevaré a Praga —anunció Sansón—. Con la señora Pospíchalová.

Marketa, ostentosamente, dio un fuerte tirón del arzón, refunfuñó como un gato. Sansón no hizo ni caso de esa demostración de malestar. Ni tampoco, aparentemente, de que le apretara con mucha fuerza la muñeca.

—No puedes irte tú solo con ella —declaró Scharley—. Ni hablar, seguiremos todos juntos. ¿Qué hacemos con Tauler y Bata? Si el plan de dirigirse a Trosky sigue siendo válido, Tauler nos vendrá bien, asegura que hay manera de llegar hasta el castillo. No podemos contarles demasiadas cosas a esos dos, pero es verdad que en el garito tomaron partido por nosotros y que pueden tener problemas por culpa nuestra. Es posible que Huncleder pretenda vengarse. Ambos sirven en el ejército taborita, y el diablo sabrá qué destacado hetmán era aquél que estaba jugando... y perdiendo en casa de Huncleder...

—Aunque no sé cuán importante sería ese hetmán —prometió Reynevan—, siempre será posible pararle los pies. Al tahúr, si se le ocurre meter ruido, también. Porque por encima de los importantes están otros más importantes.

—Flutek.

—Lo has adivinado. Por eso, todos vosotros tenéis que ir a Praga. Yo iré un poco más lejos. A la Montaña Blanca.

Capítulo séptimo

En el que Reynevan elimina una piedra de un riñón, y le premian haciéndole padre. Por añadidura, como parte del premio se convierte en un espía. Con todo lo que conlleva.

La Montaña Blanca es el nombre de una colina pelada al oeste de Praga, a un tiro de piedra del monasterio de los premonstratenses de Strahov. Frecuentemente los ejércitos han elegido las faldas de este monte, a las afueras de Praga, como lugar de acuartelamiento. Por eso, los habitantes de las aldeas vecinas, cansados de requisas y expolios, lo han mandado todo a paseo y la zona se ha ido quedando despoblada. Los ejércitos iban y venían, pero la Montaña Blanca tenía sus inquilinos fijos. Bohuchval Neplach, llamado Flutek, había hecho de la Montaña Blanca su cuartel general y el centro de adiestramiento del servicio de inteligencia husita. Flutek podría residir en la misma Praga, pero no quería. La capital no le gustaba y le infundía temor. Praga, no hace falta decirlo, incluso en los momentos de tranquilidad y armonía era como un monstruo dormido, pero desmesurado y siempre sediento de sangre. Los habitantes perdían fácilmente los estribos y estallaban, y esos estallidos los hacían temibles. Para quienes no les caían bien.

En Praga a casi nadie le caía bien Flutek.

Por eso Flutek prefería la Montaña Blanca. Y allí residía. Y solía decir que gracias a eso, a que él, Bohuchval Neplach, residía allí, el nombre de «Montaña Blanca» pasaría a la historia de Bohemia^[23]. Los niños, decía, estudiarán este nombre.

Amanecía cuando Reynevan dejaba atrás el monasterio de Strahov,

próspero en otros tiempos y actualmente saqueado y desierto. Amanecía y empezaba a llover. Cuando llegó a la Montaña Blanca, ya era pleno día. Y llovía con ganas.

Unos guardias calados apostados junto a la empalizada no le hicieron ni caso, el centinela que estaba en el torno le hizo un gesto con la mano, señalando la plaza de armas. Sin ser importunado por nadie, tiró del caballo hasta las cuadras. Los hombres que estaban allí le echaron un vistazo, ninguno le preguntó nada.

El centro de espionaje se iba desperezando, la lluvia agudizaba el olor imperante a madera recién aserrada y vigas cepilladas, había virutas por doquier. Por detrás de las viejas cabañas y graneros se veían nuevas construcciones que resplandecían con su flamante carpintería y aún soltaban resina en las incisiones. Sin despertar el interés de nadie, Reynevan se dirigió a una de esas casas nuevas, baja y alargada, que recordaba a un gran almacén. Entró en el zaguán, después en la estancia. Llena de humo, vapor, humedad. Y de personas que estaban comiendo, charlando, poniendo ropa a secar. Le miraron. Sin decir palabra. Se retiró.

Se asomó a una amplia sala. Había una cuarentena de hombres sentados en bancos, escuchando una conferencia con atención. Reynevan conocía al conferenciante, un anciano provector que ya había sido espía, según se rumoreaba, al servicio de Carlos IV. El vejestorio estaba tan arrugado que los rumores eran dignos de crédito. Incluso, a juzgar por su edad y su aspecto, el abuelete bien podía haber espiado para los Premislidas.

—Y si algo no fuera como debiera, cofcof... —enseñaba entre toses—. Si, por un casual, arrinconado os hubieran, ya sabéis: lo más sobresaliente os sea montar bureo en un sitio donde haya mucha gente, diciendo que han sido los judíos, que toda la culpa la tienen los judíos, que son tejemanejes de los judíos. Poneos el uno al otro un poco de jabón en los morros y haced espuma sobre el primer pozo que veáis, y gritad entonces: socorro, auxilio, me muero, me han envenenado, me han envenenado, han sido judíos, judíos. Las gentes se echarán corriendo a cazar judíos, se desatará, esto, cofcof, un alboroto descomunal. La Inquisición se olvidará de seguir el vuestro rastro para ocuparse de los judíos, mientras vosotros ponéis apaciblemente tierra de por medio. Lo mismo, si a alguno cogieran y a torturas lo sometieran. En ese

caso, conviene hacerse el necio y gritar: soy inocente, me han utilizado, culpa es de los judíos, ellos me lo han ordenado, me han sobornado. Se lo tragan fijo. Esas cosas siempre, cofcof, se las creen.

—¡Eh! ¡Reynevan!

El que le había llamado era Slavík Candát, conocido de Reynevan desde sus años estudiantiles. Cuando Reynevan empezaba sus estudios, Slavík Candát llevaba ya por lo menos ocho años estudiando y era mayor que casi todos los doctores, por no hablar ya de los licenciados. Por otra parte, decir que llevaba ese tiempo «estudiando» no era una expresión del todo adecuada: Slavík Candát acudía a la universidad, eso es cierto, y se le podía ver por allí de vez en cuando. Pero era cien veces más fácil encontrarlo en cualquiera de los lupanares de la calle Perstyne o de la calle Cracovia. O en los calabozos municipales, donde regularmente le encerraban por altercados alcohólicos o tumultos nocturnos. Aunque ya no era ningún mozalbete, Candát adoraba las pependencias y riñas, no es raro pues que tras la defenestración se sumara con entusiasmo a la marcha de la revolución. A Reynevan no le sorprendió lo más mínimo verlo al lado de Flutek en la primavera de 1426, durante su primera visita a la Montaña Blanca.

—Salud, Slavík. ¿Qué, te han hecho secretario?

—¿Eh? ¿Te refieres a esto? —Candát levantó unos pliegos de papeles que cargaba con dificultad y unas plumas de ganso—. Esto son cartas del cielo.

—¿Cartas de dónde?

—Me han ascendido —se jactó el eterno estudiante, atusándose con los dedos los cabellos de antaño—. El hermano Neplach me ha trasladado a la sección de propaganda. Ahora soy escritor. Artista. Un poeta, como quien dice. Escribo cartas caídas del cielo. ¿Comprendes?

—No.

—Escucha. —Candát cogió uno de los pliegos, parpadeó con sus ojos miopes—. Cartas de la Madre de Dios caídas del cielo. Mi obra de ayer.

»Gentes descreídas, generación infame y pérfida —empezó a leer con una voz que alcanzaba la exaltación de los predicadores—, caerá sobre vosotros la ira de Dios y la calamidad sobre vuestras labores y sobre los rebaños que poseéis. Puesto que no profesáis la verdadera fe, sino que obedecéis al Anticristo romano, apartaré mi rostro de vosotros y mi Hijo os condenará por

el mal que habéis hecho en su santa Iglesia y os aniquilará como aniquiló Sodoma y Gomorra. Y todo será llanto y rechinar de dientes, amén.

—Cartas caídas del cielo, ¿lo pillas? —aclaró Candát, viendo que Reynevan no entendía ni jota—. Cartas de Jesús, cartas de María, cartas de Pedro. Nosotros las escribimos como propaganda. Los agitadores y los emisarios se las aprenden de memoria, viajan a tierras enemigas y las pregonan ante los lugareños. Para que, como dice el jefe de nuestro negociado, se les queden grabadas a los lugareños, se hagan la picha un lío y ya no sepan quiénes son los suyos, quién es el enemigo y por dónde se anda cada uno. Para eso son las cartas del cielo, ¿lo pillas? Escucha ésta, es una carta de Jesús. Ya verás qué bien escrita está...

—Mira, Slavík, llevo un poco de prisa...

—¡Escucha, escucha! Pecadores y canallas, se acerca vuestro final. Yo soy paciente, pero si no rompéis con Roma, con esa Bestia de Babilonia, os maldeciré en unión de mi Padre y de los ángeles míos...

—¿Hermano Bielau? —Una voz a su espalda vino a salvar a Reynevan—. El hermano Neplach desea veros de inmediato, os espera, permitid que os acompañe.

Uno de los nuevos edificios era enorme, parecía una casa solariega. En la planta baja había varias estancias, en el piso de arriba varias habitaciones dispuestas de un modo más bien espartano. En una de esas habitaciones había un gran lecho, nada espartano. En ese lecho, tapado con un edredón, yacía y gemía Flutek.

—¿Dónde te metes? —chilló como un loco al ver a Reynevan—. He mandado que te buscaran en Praga, ¡hasta en Kolín he mandado buscarte! Y tú... Oooh... Ooooooh... ¡Aaaaaaaaah!

—¿Qué te pasa? Ah, no me digas nada. Ya sé.

—Ah, ¿ya lo sabes? ¡No puede ser! ¿Qué es lo que tengo, entonces? ¿De qué padezco?

—En general, de cálculos urinarios. Y en este momento tienes un cólico. Siéntate. Levántate la camisa, vuélvete. ¿Duele aquí? ¿Cada vez que doy un golpe?

—¡Aaaaaaooooaaay! ¡La puta!

—No cabe duda, un cólico nefrítico —declaró Reynevan—. Además, tú mismo lo sabes de sobra. Seguro que no es la primera vez, y los síntomas son característicos: ataques recurrentes de dolor extendiéndose hacia abajo, náuseas, presión en la vejiga...

—Basta de cháchara. Empieza a tratarme, maldito curandero.

—Pues resulta —Reynevan sonrió— que estás muy bien acompañado. Cuando estaba prisionero en Constanza, Jan Hus tenía una piedra muy grande y sufría unos cólicos renales muy dolorosos.

—Ja. —Flutek se cubrió con el edredón y sonrió con cara de mártir—. O sea, que debe de ser una señal de santidad... Por otra parte, ya no me sorprende tanto que en aquellos momentos Hus no se retractara... Prefería la hoguera a estos dolores... Por Dios, Reynevan, haz algo, te lo suplico...

—Enseguida te preparo algo que te alivie. Pero la piedra hay que eliminarla. Se necesita un cirujano. Mejor un litotomista especializado. Conozco en Praga...

—¡No quiero! —bramó el espía, no está muy claro si más de dolor o de furia—. ¡Ya vino uno de éstos aquí! ¿Sabes lo que quería hacer? ¡Quería rajarme el culo! ¿Entiendes? ¡Rajarme el culo!

—El culo no, el perineo. Hay que cortar, ¿cómo quieres llegar si no a la piedra? A través del corte se introducen unas pinzas largas que llegan hasta la vejiga...

—¡Para! —chilló Flutek, poniéndose pálido—. ¡Ni me lo menciones! Para eso no te habría hecho venir, ni habría mandado caballos de posta... Cúrame, Reynevan. Recurriendo a la magia. Sé que eres capaz.

—Me parece que deliras. La hechicería es *peccatum mortaliūm*. El cuarto artículo de Praga ordena castigar a los hechiceros con la muerte. Te voy a preparar una tisana calmante, de momento. Y *nepenthes*, una medicina aturdidora, para más tarde. Te la tomarás cuando se presente el litotomista. Prácticamente no te vas a enterar cuando te haga el corte. Y podrás aguantar cuando te introduzca las pinzas. Acuérdate, eso sí, de sujetar entre los dientes una cuña de madera o un cinturón de cuero...

—Reynevan. —Flutek se había quedado blanco como la pared—. Por favor. Te cubriré de oro...

—Sí, claro, me cubrirás de oro. Pero por poco tiempo. Porque a los magos condenados a la hoguera se les confisca el oro. Veo que ya se te ha olvidado, Neplach, que he trabajado para ti. He visto muchas cosas. Y he aprendido mucho. Además, todo esto es hablar por hablar. No puedo eliminar esa piedra mágicamente, porque, en primer lugar, es una operación arriesgada. Y, en segundo lugar, no soy mago y no sé de conjuros...

—Sí que sabes —le cortó Flutek con frialdad—. Estoy muy bien enterado, sí sabes. Cúrame y me olvidaré de que lo sé.

—¿Conque chantaje?

—No. Favorcillos sin importancia. Estaré en deuda contigo. Como parte del pago de esa deuda, dejaré de tener presentes ciertos asuntos. Y, si llegas a estar en apuros, sabré mostrarte mi gratitud. Que se me lleven los demonios, si...

—Así sea —esta vez fue Reynevan quien le interrumpió—, que se te lleven los demonios. La operación la llevaremos a cabo a medianoche. Nada de testigos, solos tú y yo. Voy a necesitar agua caliente, una jarra o una copa de plata, un barreño con carbones ardientes, una cazuela de cobre, miel, corteza de abedul y de sauce, unas varas de avellano recién cortadas, algún objeto de ámbar...

—Tendrás de todo —le aseguró Flutek, mordiéndose los labios de dolor—. Lo que tú quieras. Llama a mis hombres, imparte órdenes, todo lo que necesites se conseguirá. Por lo visto, para la nigromancia a veces se requiere sangre u órganos humanos... Sesos, entrañas... No vaciles en pedirlos... Si los necesitas, siempre se puede... destripar a alguien.

—Me gustaría creer —Reynevan abrió un estuche con amuletos, regalo de Telesma— que te has vuelto loco, Neplach. Que el dolor te ha hecho perder el juicio. Dime que todo eso que estás diciendo no son más que disparates. Dímelo, por favor.

—¿Reynevan?

—¿Sí?

—De verdad que no voy a recordar nada de esto. Estaré en deuda contigo. Te prometo que voy a satisfacer todos tus deseos.

—¿Todos? Estupendo.

Reynevan tenía todos los motivos del mundo para sentirse orgulloso. Estaba orgulloso, en primer lugar, de su precaución. De haberle dado la tabarra durante tanto tiempo al doctor Fraundinst, hasta que éste —pese a su resistencia inicial— le reveló sus secretos profesionales y le enseñó algunos conjuros médicos. También estaba orgulloso de haberse empollado las traducciones del *Kitab Sirr al-Asar* de Geber y de *Al Hawi* de Razes, de haber profundizado con ahínco en el *Regimen sanitatis* y el *De morborum cognitione et curatione*, y de haber dedicado una gran atención a las dolencias del riñón y la vejiga, fijándose concretamente en los aspectos mágicos de la terapéutica. Asimismo, estaba orgulloso —en principio— de haber despertado en el mago Telesma suficiente simpatía como para que éste le agraciara con una buena docena de amuletos sumamente prácticos para el camino. Pero ante todo, como es natural, Reynevan estaba orgulloso de los resultados. Y los resultados de la operación mágica habían superado las expectativas. La piedra en el riñón de Flutek, tratada mediante un conjuro, más la activación debida al amuleto, se había desmenuzado. Un sencillito conjuro dilatador, empleado comúnmente en los partos, había estimulado el uréter, un eficaz sortilegio diurético y unas hierbas habían hecho el resto. Al despertar de su profundo sueño inducido por el *nepentkes*, Neplach había expulsado los restos del cálculo junto con cubos de orina. Hubo, también es cierto, un momento de crisis: de pronto Flutek había empezado a orinar sangre y, antes de que a Reynevan le diera tiempo a explicarle que después de una operación mágica se trataba de un fenómeno completamente normal, el espía se puso a aullar, echó sapos y culebras, cubrió al médico de improperios, entre los cuales no faltaron calificativos como el de *verfluchter Hurensohn* o el de «puto brujo chiflado». Pendiente únicamente de la sangre que le brotaba del miembro, Neplach llamó a la guardia y amenazó al médico con quemarlo en la hoguera, empalarlo y azotarlo, en ese mismo orden. Por fin se fue calmando, y como el alivio del cólico también se dejaba sentir, se durmió. Y durmió doce horas largas.

Seguía lloviendo sin parar. Reynevan estaba aburrido. Se había pasado por las charlas del provector anciano, antiguo espía de Carlos IV^[24]. Había visitado a los que escribían cartas caídas del cielo y visiones apocalípticas, no había tenido más remedio que tragarse unas cuantas. Se asomó a los graneros,

donde se ejercitaban los Esténtores, una sección especial de los servicios de inteligencia, integrada por unos tiarrones de potentes —estentóreas— voces. Los Esténtores estaban adiestrados en la guerra psicológica: tenían que destruir el ánimo de los defensores de castillos y ciudades asediadas. Se entrenaban lejos del campamento principal, porque en el curso de sus ejercicios tenían que gritar de un modo insoportable para el oído.

—¡Rendios! ¡Deponed las armas! ¡O moriréis todos!

—¡Más alto! —chillaba el instructor, dirigiéndolos a base de aspavientos—. ¡Más alto y más sostenido! ¡Undos! ¡Undos!

—¡Vuestras! ¡Hijas! ¡Deshon! ¡Radas! ¡Vuestros! ¡Hijos! ¡Dego! ¡Llados! ¡En las! ¡Picas! ¡Empa! ¡Lados!

—Hermano Bielau. —Un ayudante de Flutek a quien ya conocía Reynevan le tiró de la manga—. El hermano Neplach te llama.

—¡La piel a tiras! ¡Os arrancaremos! —vociferaban los Esténtores—. ¡Los huevecillos! ¡Os los cortaremos!

Bohuchval Neplach se sentía perfectamente, no le dolía nada, era el tipo malicioso y arrogante de siempre. Escuchó todo lo que Reynevan tenía que contarle. La cara con la que le escuchó no auguraba nada especialmente bueno.

—Sois idiotas —fue su comentario al conocer el episodio en el garito, que Reynevan le refirió brevemente y por encima—. Arriesgarse de ese modo, y encima, ¿por quién? ¡Por una prostituta! Podían haberos rebanado el pescuezo a todos vosotros, lo que me sorprende es que salierais vivos de allí. Se ve que Huncleder les había dado el día libre a sus mejores matones. Pero bueno, no te inquietes, médico mío, tan caro a mi corazón como a mis riñones. Ese tahúr no representa ninguna amenaza para ti ni para los pirados de tus amigos. Se le advertirá de las eventuales consecuencias.

»Y en lo tocante al otro asunto —Flutek entrelazó los dedos—, sois más idiotas todavía. La región de Karkonosze está envuelta en llamas, la frontera de Lausacia arde. Los Vartenberk, los Biberstein, los Dohn y otros magnates católicos libran abiertamente contra nosotros una guerra de horcas, como ellos mismos la llaman. Otto de Bergow, señor de Trosky, se ha ganado ya el

apodo de Matahusitas. ¿Qué es eso de que prometí cumplir tus deseos? Me retracto de lo dicho. *Primo*, te has arrimado a mí con malas artes, *secundo*, ese deseo es estúpido, *tertio*, te niegas a confesarme lo que quieres buscar allí. Tomando en consideración todo lo cual, me retracto. Tu muerte en una horca católica sería para nosotros una pérdida tanto más lamentable cuanto que carecería de sentido. Y nosotros tenemos planes para ti. Te vamos a necesitar en Silesia.

—¿Cómo agente secreto?

—Declaraste tu apoyo a la causa del Cáliz. Solicitaste ingresar en las filas de los guerreros de Dios. ¡Muy bien! Cada uno tiene que servir donde mejor sepa.

—*Ad maiorem Dei gloriara?*

—Digámoslo así.

—Serviré mucho mejor como médico que como espía.

—Déjame a mí esa valoración.

—Precisamente a tu valoración me remito. De donde he eliminado una piedra ha sido de uno de tus riñones.

Neplach estuvo mucho tiempo callado, retorciendo los labios.

—Muy bien. —Suspiró, apartó la mirada—. Tienes razón. Me has curado. Me has librado de un tormento. Y yo prometí satisfacer tus deseos. Si tanto lo deseas, si es ése tu mayor sueño, podrás ir a la región de Karkonosze. Yo, además de no volver a preguntarte qué se te ha perdido en todo esto, te voy a facilitar la expedición. Te voy a proporcionar hombres, una escolta, dinero, contactos. Repito: no te pregunto qué asunto es ése que quieres resolver allí. Pero tienes que darte prisa. Antes de Navidad tienes que estar en Silesia.

—Tienes centenares de espías a tus órdenes. Avezados en el oficio. Que espían por dinero o por convicción, pero siempre de buena gana, sin que nadie los coaccione. Y tú te empeñas en recurrir a un aficionado como yo, que ni quiero ni puedo ser espía, de modo que la cosa no puede salir bien: vas a sacar tanto rendimiento como leche de un chivo. ¿Tiene esto alguna lógica, Neplach?

—¿Te daría tantos quebraderos de cabeza si no la tuviera? Te necesitamos en Silesia, Reynevan. A ti. No a cientos de avezados espías, profesionales o idealistas, sino a ti. A ti personalmente. Para unas misiones

que nadie más que tú sería capaz de llevar a cabo. Y en las que nadie puede sustituirte.

—¿Detalles?

—Más adelante. Primero, te diriges a una región peligrosa, podrías no volver. Segundo, tú te has negado a darme detalles, así que ahora me tomo la revancha. Tercero, y principal, ahora no tengo tiempo. Me marcho a Kolín, a ver a Procopio. Para todo lo relativo a tu expedición dirígete a Hasek Sykora. Él te proporcionará hombres, un destacamento especial. Y recuerda: date prisa... Antes de Navidad...

—Tengo que estar en Silesia, ya lo sé. Aunque no tengo ninguna gana. Y mal agente es aquél que actúa de mala gana. Que lo hace a la fuerza.

Flutek estuvo un tiempo callado.

—Me has curado —dijo al fin—. Me has librado de las garras del dolor. Te lo quiero agradecer. Voy a hacer que vayas a Silesia sin sentirte obligado. Más aún, que vayas de buen grado.

—¿Eh?

—Has sido padre, Reinmar.

—¿Cómooo?

—Tienes un hijo. Catalina Biberstein, hija de Johann Biberstein, señor de Stolz, dio a luz en junio de 1426. Un muchacho nacido el día de San Vito, y el nombre de ese santo fue el escogido para bautizarlo. Ahora tiene, como es fácil calcular, un año y cuatro meses. Según los informes de mis agentes, es un chaval precioso, clavadito a su padre. No me digas que no te gustaría conocerlo.

—Genial —repitió Scharley—. Dos veces genial.

—Le mandé como diez cartas —recordó amargamente Reynevan—. Puede que más de diez. Ya sé que es época de guerras, incierta, pero alguna de las cartas tuvo que llegarle. ¿Por qué no me contestó? ¿Por qué no me lo hizo saber? ¿Por qué he tenido que enterarme de que tengo un hijo por Neplach?

El demérito tiró de las riendas del caballo.

—La conclusión se impone por sí sola. —Suspiró—. Tú le importas un

comino. Puede que suene horrible, pero es cuestión de lógica. Puede incluso...

—¿Qué puede incluso?

—Puede incluso que ni siquiera sea hijo tuyo. ¡Vale, vale, tranquilo, sin nervios! Sólo estaba pensando en voz alta. Aunque por otra parte...

—Por otra parte, ¿qué?

—Es posible que... ¡Bah, no! No tiene importancia. Si te lo digo, vas a cometer algún disparate.

—¡Suéltalo, cojones!

—Puede que no hubiera respuesta a tus cartas porque el viejo Biberstein se sintió herido en su honor, se puso furioso y encerró a su hija en una torre, junto con el bastardo... Eh, no, demasiado banal, uf, como un romance de ciego. Alcasín y Nicoletta... Cristo, no pongas esa cara, muchacho, que me das miedo.

—Tú no digas tonterías, y yo no pondré caras raras. ¿De acuerdo?

—Desde luego.

Tras bordear Praga se dirigieron hacia el norte. La lluvia caía incansablemente, sin dar tregua, porque si paraba de llover se ponía a lloviznar, y si paraba de lloviznar empezaba a chispear. El grupo de jinetes se atascaba en el barro y avanzaba a paso de tortuga: en el curso de dos días apenas consiguieron llegar hasta el Elba, al puente que une Stará Boleslav y Brandys. Al día siguiente, dejando atrás estas ciudades, siguieron adelante, por el camino de Nymburk.

Sansón Mielles cabalgaba en silencio por detrás de Scharley y Reynevan, limitándose a suspirar profundamente de cuando en cuando. Tras él, Berengar Tauler y Amadej Bata iban enfrascados en su conversación. La charla —tal vez por culpa del mal tiempo— a menudo degeneraba en una discusión, por suerte tan breve como vehemente. Cerrando el grupo, empapados y sombríos, venían los cereteos y los péleteos^[25]. Mala suerte.

Scharley, Sansón, Tauler y Bata habían llegado a la Montaña Blanca la víspera de Santa Úrsula, el día siguiente a la partida de Flutek, quien, atendiendo un llamamiento de Procopio el Rasurado, se encaminó hacia

Kolín. La pelirroja Marketa, le contaron a Reynevan, se había quedado en Praga, debidamente alojada en casa de la señora Blazena Pospíchalová, en la esquina de las calles Stepánská y Rybnícku. Doña Blazena había acogido a la chica, era una mujer de buen corazón, aunque, para mayor tranquilidad, Scharley había añadido a su buen corazón una suma de ciento veinte grosches en efectivo, con la promesa de ulteriores dotaciones. Marketa —la chica, estaba claro, prefería no revelar su apellido— se encontraba, por tanto, relativamente segura. Aquellas dos mujeres, le aseguró Sansón Mieles, se habían caído bien y seguro que en los próximos meses no se iban a matar. Y más tarde, concluyó, ya se vería.

El hecho de que Berengar Tauler y Amadej Bata siguieran formando parte del grupo resultaba algo sorprendente, Reynevan, para ser sinceros, después de separarse ya no esperaba volver a verlos. Tauler conferenciaba a menudo con Scharley, apartados y a escondidas, y a Reynevan eso le hacía sospechar que el demérito podía haberle tentado con algún cuento, con la perspectiva fabulosa de un botín imaginario. Abordado sin rodeos, Berengar sonrió enigmáticamente y declaró que prefería su compañía a la de los taboritas de Procopio, a los que había dejado por ser la guerra algo sin futuro y el de soldado un oficio sin perspectivas.

—Sin duda —terció Amadej Bata—. Una cosa que sí tiene buenas perspectivas es la fabricación de calzado. Todo el mundo necesita zapatos, ¿no? Mi suegro es zapatero. En cuanto junte cuatro perras y el mundo se arregle, entraré en el negocio, convertiré el taller de mi suegro en una manufactura. Voy a fabricar botines. A gran escala. Pronto todo el mundo llevará botines de la marca Bata^[26], ya lo veréis.

Dejó de lloviznar, empezó a chispear. Reynevan se puso de pie sobre los estribos, miró a su alrededor. Los cereteos y los peleteos, empapados y sombríos, venían detrás. No se habían perdido entre la lluvia y la neblina.

Mala suerte.

Aquella desagradable compañía, aquella chusma variopinta y pestilente, había sido, por lo visto, obsequio de Flutek. Indirectamente. Directamente, el regalo les había llegado de parte de Hasek Sykora, ayudante del jefe de la

sección de propaganda.

—Ah, buenos días, buenos días —les saludó Hasek Sykora cuando Reynevan se presentó ante él acompañado de Scharley y Tauler—. Ah, ya sé. Una expedición a Podjestedí. Ya he recibido las instrucciones pertinentes. Todo está preparado. Un momentito, que primero termine las xilografías... ¡Ah! Tengo que acabar, me esperan unos emisarios...

—¿Se puede —preguntó Scharley— echar un vistazo?

—¿Ah? —A Sykora, evidentemente, le encantaba esa interjección—. ¡Ah! ¿Echar un vistazo? Desde luego, desde luego. Por favor.

El grabador propagandista, uno de los muchos que abarrotaban la mesa, estaba dando forma a un espantajo con cornamenta de cabrón, barba de chivo y una repelente expresión burlesca, igualmente cabruna. El monstruo llevaba sobre los hombros una especie de dalmática, en la frente cornuda una deslumbrante tiara, en los pies unos pantuflos con unas cruces. En una mano sujetaba una horca, la otra la tenía levantada en un gesto de bendición. Sobre el monstruo colgaba un cartel: EGO SUM PAPA.

—Casi nadie —Scharley señaló el cartel— sabe leer. Y la imagen no es demasiado clara. Una persona sencilla, ¿cómo puede saber que se trata del papa? ¿No podría ser Hus?

—Que Dios —Sykora se atragantó— os perdone esa blasfemia... Ah... La gente lo sabe, no tengáis cuidado. Los que estampan imágenes de Hus son ellos, los papistas me refiero. Lo representan como un ganso dentado, esos blasfemos. Se ha hecho costumbre. Cualquier persona, por sencilla que sea, ya lo sabe: Belcebú, un demonio con cuernos parecido a un chivo, el papa romano. Un ganso con dientes, pues Hus. Ah, ahí está vuestra escolta, ya se ha presentado.

La escolta estaba en la plaza de armas, formando una columna bastante desigual. Había una decena de esbirros. Tenían unas jetas repugnantes. Lo demás también. Parecía una banda de ladrones y merodeadores, armados con lo primero que habían pillado, y vestidos con lo primero que habían robado. O que habían encontrado en un basurero.

—Ah, éstos son vuestros hombres —señaló el ayudante del jefe de la sección de propaganda—, a partir de este momento están a vuestras órdenes. De derecha a izquierda: Toemos, Buhón, Jefe, Bostas, Bicho, Cabestro,

Larrea, Sacos, Judías y Mauricio Rvaczka^[27].

—¿Podríamos hablar —intervino Scharley en medio de un silencio ominoso— un momentito?

—¿Ah?

—No me interesa —musitó en un aparte el demérito— si los nombres de estos señores son los auténticos o si se trata de pseudónimos. Aunque en principio debería saberlo, ya que por sus alias y apodos se puede juzgar a los bandidos. Pero eso es lo de menos. Lo que quiero saber es otra cosa: el aquí presente Reinmar de Bielau me ha puesto al corriente de que el hermano Neplach nos había prometido una escolta segura y digna de confianza. ¡Una escolta! Pero ¿qué tropa es ésa que está ahí formada? ¿Qué clase de cereteos y peleteos son éstos? ¿Quiénes son ese Putón, ese Moñigas, ese Diarrea, ese Jodías, ese Patricio?

A Hasek Sykora la mandíbula se le salió hacia delante de un modo inquietante.

—El hermano Neplach —rezongó— ha ordenado proporcionaros hombres. ¿Y éstos qué son, eh? ¿Acaso aves celestes? ¿Peces acuáticos? ¿Ranas lacustres? De ningún modo. Son hombres, ni más ni menos. Los que me sobran en estos momentos. No tengo otros. ¿Ah, que no os gustan? ¿Preferiríais, ah, mujeres tetudas? ¿A San Jorge a caballo? ¿A Lohengrin subido en un cisne? Lo lamento, no tengo. Se han ido.

—Pero...

—¿Os los lleváis? ¿O no? Decidid.

Al día siguiente, oh prodigio, paró de llover. Los caballos, arrastrándose en el barro, avanzaban con algo más de energía y rapidez. Amadej Bata empezó a silbar. Se animaron incluso los cereteos y los peleteos, o sea, la decena de hombres comandada por Mauricio Rvaczka a quienes Scharley había bautizado con esos nombres bíblicos. A aquel hatajo de harapientos, permanentemente taciturnos, soñolientos y con aspecto de estar a malas con el mundo entero, les dio por hablar, lanzarse pullas obscenas, reírse a carcajadas. Por último, para general asombro, por cantar:

*Na volavsky strání
skrivánci zpívají,
ze za mou milenkou
vsiváci chodejí.
Dostal bychjá milou
i s její perinou,
radsí si ustelu
pod lipou zelenou... [28]*

Un hijo, pensaba Reynevan. Tengo un hijo. Se llama Vito. Nació hace un año y cuatro meses, el día de San Vito. Justo la víspera de la batalla de Ústí. Mi primera gran batalla. Una batalla en la que pude haber perecido si las cosas hubieran sido de otro modo. Si los sajones hubieran roto la fortaleza de carros y nos hubieran dispersado, aquello habría sido una escabechina, yo podía haber muerto. Mi hijo habría perdido a su padre al día siguiente de su nacimiento...

Y Nicoletta...

A la voluble Nicoletta, a la esbelta Nicoletta, como la Eva de Masaccio, como la Madonna de Parler, le había crecido la tripa. Por mi culpa. ¿Cómo voy a ser capaz de mirarla a los ojos? ¿Tendré ocasión, en cualquier caso, de mirarla a los ojos?

Ah, qué más da. Tendrá que ser así.

Era el jueves después de Santa Úrsula cuando llegaron a Krchleby, y continuaron en dirección a Rozalovice, situado a orillas del río Mrlina, afluente derecho del Elba. A partir de ahí, siguiendo los consejos previos de Flutek y Sykora, dejaron las carreteras más frecuentadas, especialmente la gran ruta comercial que unía Praga con Leipzig a través de Jicín, Turnov y Zittau. De Jicín, desde donde se proponían emprender el reconocimiento de las inmediaciones de Trosky, les separaban sólo unas tres millas.

Sin embargo, el paisaje del alto Mrlina enseguida les hizo ver que se adentraban en una región insegura, en una zona fronteriza muy caliente, que separaba religiones y naciones malquistadas. «Caliente» era, por lo demás,

una palabra totalmente adecuada: de repente, los rescoldos de los incendios se habían convertido en un elemento fijo del paisaje. Había restos de chozas, de poblados, de aldehyelas y de aldeas que habían sido pasto de las llamas. Éstos últimos eran idénticos a los restos de la aldea junto a la cual se mantenía en pie el garito de Huncleeder, escenario de recientes acontecimientos preñados de consecuencias: los mismos muñones de chimeneas cubiertos de hollín, los mismos montones de ceniza apelotonada, atravesada por restos de vigas carbonizadas. El mismo penetrante olor a chamusquina.

Hacía ya un rato que los cereteos y los peleteos habían dejado de cantar, ahora estaban concentrados en la preparación de las ballestas. Tauler y Bata, que encabezaban la marcha, tenían sus ballestas a mano. Reynevan siguió su ejemplo.

El quinto día de camino, sábado, llegaron a una aldea donde los rescoldos aún humeaban y las brasas seguían ardiendo entre las ruinas. Por si fuera poco, pudieron ver más de una docena de cadáveres en distintos grados de carbonización. No obstante, Mauricio Rvaczka estuvo indagando y rescató en una finca cercana a dos personas vivas: un abuelo y una chiquilla.

La chica tenía una trenza rubia y un vestido gris lleno de agujeros debidos a las chispas. El abuelo tenía dos dientes en la boca cubierta por una barba blanca: uno arriba y otro abajo.

—Nos atacaron —explicó balbuciente cuando le preguntaron qué había ocurrido.

—¿Quiénes?

—Ellos.

Los intentos de averiguar quiénes eran «ellos» no dieron resultado. El viejo balbuciente no sabía describirlos ni darles nombre, sólo sabía llamarles «canallas», «malajetas» y «demonios», o bien implorar: «Que el Señor les castigue». Un par de veces empleó también la expresión *martahuzy*^[29], que Reynevan jamás había oído y no sabía lo que significaba.

—Eso viene del húngaro. —Scharley arrugó la frente, en la voz se le notaba sorprendido—. Lllaman *martahuzy* a los raptos, secuestradores y traficantes de personas. El vejete seguramente se refería a que se han llevado a los habitantes de la aldea. Los han capturado.

—¿Quién ha podido hacer eso? —Reynevan soltó un suspiro—. ¿Los papistas? Creía que este territorio lo controlábamos nosotros.

Scharley se sobresaltó al oírle decir «nosotros». Y Berengar Tauler sonrió.

—El destino de nuestra expedición, el castillo de Trosky —explicó tranquilamente—, apenas está a dos millas de aquí. Y al señor de Bergow por algo le llaman Matahusitas. También están cerca de aquí Kost, Hruby Rohozec, Skála, Fiydstejn, todos ellos bastiones de los señores del *landfryd* católico. Casas solariegas de caballeros leales al rey Segismundo.

—Conoces la comarca, y a esos caballeros —afirmó Reynevan, fijándose en cómo el abuelo y la chiquilla de la trenza devoraban con avidez unos mendrugos de pan que les había dado Sansón—. Estás bien enterado. ¿No va siendo hora de confesar cómo es que sabes tanto?

—Puede que sí —asintió Tauler—. Ocurre lo siguiente: desde hace muchos años en mi familia somos vasallos de los Bergow^[30]. Junto con ellos nos trasladamos a Bohemia desde Turingia, donde el linaje de los Bergow había apoyado al señor de Leipa en su rebelión contra el rey Enrique de Carintia. Al caballero Otto de Bergow el Viejo, señor de Bílina, todavía le sirvió mi padre. Yo he servido a Otto el Joven en Trosky. En otros tiempos. Ya no le sirvo. En cualquier caso, es un asunto personal.

—¿Personal, dices?

—Sí, eso he dicho.

—Te pedimos entonces —dijo Scharley con frialdad— que te pongas al frente de la marcha, hermano Berengar. De avanzadilla. En el lugar que corresponde a un buen conocedor del país y de sus moradores.

Al día siguiente era domingo. Teniendo como tenían la cabeza ocupada en otras cosas, ninguno de ellos cayó en la cuenta en ningún momento. Ni siquiera el tañido distante de unas campanas les hizo reparar en ello y nadie se acordó: ni Reynevan, ni Sansón, ni Tauler ni Bata, por no hablar ya de Scharley, porque a Scharley solían traerle sin cuidado las fiestas de guardar, lo mismo que el tercer mandamiento. La cosa fue distinta, al parecer, con los cereteos y los peleteos, o sea, Mauricio Rvaczka *et consortes*. Éstos, al ver

una cruz junto al camino, se acercaron, desmontaron, se hincaron los diez de rodillas en torno a la cruz, formando un círculo, y se pusieron a rezar. Con mucho fervor y en voz muy alta.

—Esa campana —señaló con la cabeza Scharley, sin desmontar—; ¿no podría ser Jicín, Tauler?

—Es posible. Hay que tener mucho cuidado. No sería nada bueno que nos reconocieran.

—Sobre todo, que te reconocieran a ti —bufó el demérito—. Y que alguien te recordara esos asuntos personales tuyos. Me gustaría saber de qué calibre eran esos asuntos.

—Eso para vosotros no tiene ninguna importancia.

—Sí la tiene —le contradijo Scharley—. Porque de eso depende qué clase de recuerdos conserva de ti el señor de Bergow. Si son malos, como sospecho...

—Eso no tiene importancia —le interrumpió Tauler—. Para vosotros lo que tiene importancia es lo que os he prometido. Sé cómo llegar hasta Trosky.

—Y ¿cómo?

—Hay una forma. Si es que nada ha cambiado...

Tauler no acabó la frase, viendo la cara de Amadej Bata. Y sus ojos, cada vez más grandes.

El camino que llevaba hacia el norte se perdía entre dos colinas. De allí les salieron al paso unos jinetes que habían estado escondidos hasta ese momento. Muchos jinetes, toda una partida. No menos de veinte caballos, las colinas cubiertas de abetos podrían ocultar eficazmente a otros tantos.

La partida estaba integrada fundamentalmente por simples soldados, vulgares ballesteros y lanceros. Pero al frente iba un grupo de ocho caballeros y escuderos, dos de ellos con armadura completa. Uno llevaba en el peto una gran cruz roja. Scharley maldijo.

Tauler maldijo. Bata maldijo. Los cereteos y los peleteos miraban boquiabiertos, aún arrodillados, con las manos unidas para el rezo.

De entrada, los caballeros armados se quedaron tan sorprendidos como ellos. Y fueron algo más lentos en sacudirse la sorpresa. Antes de que al de la cruz, seguramente el cabecilla de la partida, le diera tiempo a levantar la

mano para impartir órdenes, Tauler, Bata y Scharley avanzaban a todo galope, Sansón y Reynevan hacían encabritarse a sus caballos y se lanzaban a la carrera, mientras los cereteos y los peleteos montaban de un salto. Sin embargo, las órdenes del caballero iban dirigidas fundamentalmente a sus ballesteros. Antes de que el pelotón de Mauricio Rvaczka consiguiera aumentar la distancia, lo alcanzó una lluvia de proyectiles. Alguno cayó del caballo: tal vez fuera Jefe, tal vez Bostas, Reynevan no pudo distinguirlo. Bastante ocupado estaba salvando su propio pellejo.

Corrió como un poseso, como un descosido, a través de un bosquecillo, de un pequeño abedular, sorteando troncos blancos a toda velocidad. Uno de los cereteos le adelantó, galopando como un loco por detrás de Tauler, Scharley y Bata. Cerca de él resoplaba el caballo de Sansón. A su espalda resonaba el estrépito de los cascos, el griterío de los perseguidores. Que de pronto se volvió más fuerte, al llegar hasta sus oídos un chillido espantoso. Y enseguida les llegó otro.

Se habían metido en un barranco angosto, aunque se iba abriendo y bajaba hacia un riachuelo. Justo delante de ellos Scharley, Bata y Tauler chapotearon en el agua al galope, treparon a la orilla, después a la ladera del desfiladero. El terreno era arcilloso, el caballo de Tauler resbaló, se encabritó en medio de salvajes relinchos. Tauler cayó de la silla, pero se soltó de inmediato y gritó pidiendo ayuda. Mauricio Rvaczka y algunos de sus hombres lo dejaron atrás en su carrera, sin levantar siquiera la cabeza de las crines del caballo. Reynevan se colgó de la silla, le tendió la mano. Tauler se agarró con fuerza, saltó a la grupa del caballo. Reynevan gritó, azuzó al caballo con las espuelas. Parecía que iba a conseguir remontar la resbaladiza pendiente. Pero no lo consiguió.

El caballo se escurrió por la arcilla, volcó, coceando desenfrenadamente. Ambos jinetes cayeron al suelo. Reynevan se protegió la cabeza con las dos manos, intentó rodar, no fue capaz. Un pie se le había quedado enganchado en el estribo, los brincos y las coces salvajes del caballo lo apretaron y lo aplastaron dolorosamente. Tauler, por su parte, aturdido por la caída, se incorporó: con tan mala suerte que se llevó una cox en la cabeza. Muy fuerte. Tan fuerte que se oyó de lejos.

Alguien agarró a Reynevan del brazo, tiró de él. Aulló de dolor, pero

pudo liberar el pie del estribo, que estaba atascado con una correa retorcida. El caballo se levantó bruscamente y salió corriendo. Reynevan se puso de pie, miró a Sansón, también desmontado, y después, aterrado, al grupo de jinetes que se acercaba chapoteando en el riachuelo. Estaban ahí mismo. Tan cerca que Reynevan podía ver sus rostros desfigurados. Y las puntas ensangrentadas de sus picas.

Los salvaron de la muerte los cereteos y los peleteos, Mauricio Rvaczka *et consortes*. No habían huido, se habían detenido al borde de la ladera y desde allí, desde lo alto, dispararon una salva con sus ballestas. Caían los caballos al agua entre salpicaduras, caían al agua los jinetes. Y los cereteos y los peleteos bajaron a la orilla dando alaridos, blandiendo sus espadas y mazas, y dando alaridos atacaron a los lanceros.

Aprovechando la superioridad que les proporcionaba la sorpresa momentánea y su determinación, detuvieron a sus enemigos. De momento. Pero en el fondo era un ataque suicida. Los enemigos los superaban en número, y la caballería pesada ya acudía en auxilio de los lanceros y los arqueros. Los cereteos y los peleteos iban siendo derribados. Atravesados, tajados, ensartados, uno tras otro fueron cayendo al agua y al barrizal ensangrentado Larrea, Bicho y Sacos... ¿O eran tal vez Larrea, Sacos y Judías? El último en caer fue el intrépido Mauricio Rvaczka, barrido de la silla por el hacha del caballero con la cruz en el peto y unas tenazas de cantero en el escudo.

Reynevan y Sansón, como es natural, no aguardaron al previsible desenlace del combate. Huyeron por la ladera. Sansón llevaba en brazos a Tauler, que seguía inconsciente. Reynevan cargaba con su ballesta, que no se había olvidado de recoger. Como se vio, con buen criterio.

Les dieron alcance dos jinetes, dos escuderos, a juzgar por sus armaduras, cabalgaduras y jaeces. Los tenían encima. Reynevan levantó la ballesta hasta la altura del hombro. Apuntó al cuerpo del jinete, no obstante, se acordó de los consejos que le dio en su día Dzierzka de Wirsing y modificó su objetivo, enviando el dardo al pecho del caballo. El caballo —un hermoso rucio— se desplomó como alcanzado por un rayo, mientras que el jinete dio tal voltereta que habría despertado la envidia de un acróbata profesional.

El otro escudero volvió grupas, se pegó a las crines y escapó a la carrera.

Fue una decisión de lo más acertada. Desde la pared del bosque llegaba en tropel la caballería. Medio centenar largo de hombres armados. La mayoría con el Cáliz rojo en el pecho o la Sagrada Forma en el escudo.

—¡Los nuestros! —se desgañitaba Reynevan—. ¡Son los nuestros, Sansón!

—Los tuyos —le corrigió con un suspiro Sansón Mieles—. Pero reconozco que yo también me alegro.

Los jinetes con el Cáliz descendían como un alud por la ladera, junto al río resonaban los gritos, los chasquidos de las armas, los golpes. El joven escudero, aquél cuyo caballo había derribado Reynevan, se puso en pie de un salto, miró a su alrededor y se lanzó a correr con paso vacilante. Uno de los jinetes le dio alcance, le descargó un golpe plano de la espada en la nuca, lo tumbó. Después volvió grupas, se acercó al paso hasta Reynevan, Sansón y Tauler, que seguía desmayado. En el pecho, parcialmente tapado por un Cáliz cortado de tela roja, lucía unas escaleras de asalto cruzadas.

—Salud, Reynevan —dijo levantando la visera móvil del almete—. ¿Qué te cuentas?

—¡Brázda de Klinstejn!

—De los Ronovic. Me alegro de verte también a ti, Sansón.

—Es un placer por mi parte.

En el barranco, en el riachuelo y en las orillas yacía una docena de cadáveres. Era difícil saber cuántos más se habría llevado el agua.

—¿Al servicio de quién estaban esos hombres? —preguntó el jefe de sus salvadores, un joven bigotudo de larga melena, flaco como un esqueleto—. Se han dado tanta prisa en poner tierra por medio que no ha habido forma de reconocerlos. ¿Alguno de vosotros los ha visto de cerca? ¿Y bien? ¡Hermano Bielau!

Reynevan conocía al que preguntaba. Lo había conocido en Hradec Králové dos años antes. Era el hetmán Jan Capek de Sány, que estaba haciendo una rápida carrera entre los Huérfanos. Los jinetes adornados con el Cáliz que habían llegado en su ayuda eran Huérfanos. Guerreros de Dios que habían adoptado ese nombre cuando al morir los dejó huérfanos su amado y

venerado caudillo, el gran Jan Zizka de Trocnov.

—¡Reynevan! ¡Te estoy hablando!

—Aparte de los soldados había ocho de más rango —calculó el interpelado—. Dos caballeros, seis escuderos, uno es ése de ahí que están amarrando ahora mismo. El jefe llevaba una cruz en la armadura, en el escudo, en cambio, una especie de tenazas o de pinzas... De sable, en campo de plata...

—Lo que sospechaba. —Jan Capek de Sány torció el gesto—. Bohus de Kováne, señor de Fiydstejn. ¡Rufián y traidor! Ay, lástima que consiguiera escapar... Le habría arrancado la piel... Y vosotros, ¿qué hacíais aquí? ¿De dónde habéis salido? ¿Eh? ¿Hermano Scharley?

—Estamos viajando.

—Estáis viajando —repitió Capek—. Bueno, pues habéis tenido suerte. Si no hubiéramos llegado a tiempo, la última etapa de vuestro viaje la habríais hecho en vertical. Con un dogal al cuello, bien tiesos, colgando de una rama. Al señor Bohus le gusta engalanar los árboles con ahorcados. Tenemos asuntos pendientes con él, vaya que sí...

—Ese señor Bohus —se acordó de improviso Reynevan—, ¿no se dedicará por casualidad al tráfico de personas? ¿De esclavos? ¿No será un *martahuz* de éstos?

—Curioso nombre. —El hetmán de los Huérfanos frunció el ceño—. Bohus de Kováne, la verdad sea dicha, ha matado a muchos hermanos de nuestra fe, oh, sí, a muchos. A los que coge vivos los cuelga sobre el terreno, en el primer árbol que encuentra. Cuando tiene suerte y pilla a alguno de nuestros sacerdotes, se lo lleva y lo quema en la hoguera, públicamente, para que sirva de escarmiento. Pero nunca he oído que traficara con esclavos. Ahora, lo que es vosotros, como ya se ha dicho, habéis tenido suerte. Os habéis librado de una buena...

—No todos.

—Así es la vida. —Capek escupió—. Ahora mismo levantamos un pequeño túmulo. ¿A quién le ha tocado esta vez? Plagada, ay, plagada está la tierra checa de túmulos y tumbas, empieza a faltar sitio para las nuevas... ¿Y éste? ¿Otro cadáver?

—No, éste vive —replicó Amadej Bata, arrodillado junto con Sansón al

lado de Tauler—. Pero cada vez que entreabre los ojos, se le vuelven a cerrar...

—Le ha dado una patada un caballo.

—Vaya —se lamentó Capek—, duro es el destino del hombre sin fortuna. Y no tenemos médico.

—Nosotros sí. —Reynevan desató su bolso—. Dejadme que le vea.

Aunque por lo general no era capaz de hacerlo, Reynevan se quedó dormido en la silla. Se habría caído de no haberle sujetado Sansón, que cabalgaba a su lado.

—¿Dónde estamos?

—Cerca de nuestro destino. Ya se ve la torre del castillo.

—¿Qué clase de castillo?

—Uno amigo, creo.

—¿Qué ha sido de Tauler? ¿Dónde está Scharley?

—Scharley va en cabeza, con Capek y Brázda. Tauler está sin sentido. Lo transportan entre dos caballos. Y tú despierta de una vez, Reinmar, espabila. No son horas de dormir.

—No estoy dormido. Quería... quería preguntarte una cosa, amigo Sansón.

—Pregunta, amigo Reinmar.

—¿Por qué interviniste en aquella ocasión, en el garito? ¿Por qué intercediste por aquella muchacha? No me contestes, si puedo pedirte, con frases triviales. Revélame la auténtica razón.

—Me encontré en el fondo de una selva oscura... —el gigante respondió con una cita—. Es una frase profética. Como si el maestro Alighieri hubiera intuido que alguna vez me hallaría en un mundo en el que sólo es posible entenderse recurriendo a mentiras o sobreentendidos, la pura verdad siempre hay que captarla más allá de la frase. No está mal como prueba de insuficiente desarrollo intelectual. Me dices que quieres conocer la auténtica razón. ¿Por qué precisamente en este momento? Hasta ahora no me habías preguntado por los motivos de mis actuaciones.

—Hasta ahora me habían resultado inteligibles.

—¿De verdad? Te envidio, porque yo mismo, en algunos casos, no los he comprendido. Y sigo sin comprenderlos. El incidente de Marketa encaja en este esquema. Hasta cierto punto. Porque hay, naturalmente, otras razones. Lo lamento, pero no puedo dártelas a conocer. Son, *primo*, demasiado personales. *Secundo*, no las comprenderías.

—Porque son incomprensibles, está claro. Son de otro mundo. ¿Ni el propio Dante ayudaría a comprenderlas?

—Dante —sonrió el gigante— ayuda a todo. Muy bien. Ya que quieres saberlo... En el garito, durante aquella repugnante exhibición, mi espíritu sintió nostalgia.

—Hum... ¿Puedes explicarte algo mejor?

—Con mucho gusto.

»*E lo spirito mio, che già cotanto
tempo era stato ch'a la sua presenza
non era di stupor, tremando, affranto,
sanza de li occhi aver più conoscenza,
per occulta inrtú che da lei mosse,
d'antico amor sentì la gran potenza.*^[31]

Los dos estuvieron mucho tiempo sin hablar.

—¿Amor? —preguntó al fin Reynevan—. ¿Estás seguro de que es *amor*?

—Estoy seguro de que es *gran potenza*.

Cabalgaron en silencio.

—Reinmar.

—Dime, Sansón.

—Es el mejor momento para que vuelva a casa. Hay que hacer lo imposible, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, amigo mío. Haremos lo imposible. Te lo prometo. ¿Ya hemos llegado al puente? Sí, parece que ya hemos llegado.

Los cascos repiquetearon sobre las traviesas y los tablones, los jinetes penetraron en el puente colgado sobre el profundo barranco. Desde allí ya se podía verse que el castillo al que se dirigían se alzaba sobre un escarpado precipicio que caía a plomo hasta el río, seguramente el Jizera. Al otro lado

del puente había un portón inmenso, tras él una extensa liza dominada por la mole del castillo, coronado por una abombada torre del homenaje.

—¡Henos aquí! —proclamó ruidosamente desde el frente Jan Capek de Sány en cuanto las herraduras resonaron en el empedrado de la liza—. En Michalovice. ¡O sea, en casa!

Capítulo octavo

En el que el lector, a pesar de familiarizarse con determinados personajes históricos y con ciertos caracteres relevantes en la fábula, en el fondo no aprende demasiado, más allá de que el gato ha de ser cazador y el hombre hablador. En resumen, lo más importante del presente capítulo es la noticia de quién, entre las cabezas coronadas y los más prominentes notables, se benefició en 1353 a cierta mujer, joven antaño y vieja hogarlo.

Invitaron a la cena a Reynevan y a Scharley. Berengar Tauler, a pesar de las medidas terapéuticas adoptadas, yacía aún inconsciente. Amadej Bata declaró que se quedaría a su lado, pendiente de él. Sansón, como de costumbre, se alojó en las caballerizas. Y, como de costumbre, se dedicó a jugar a los dados con los mozos de cuabras, que estaban encantados de poder desplumar al bobalicón. Quién desplumara a quién al final no hace falta ni mencionarlo.

La cena se celebró en la sala principal de la torre del homenaje, decorada con una estatua de madera del arcángel Miguel, un tapiz que representaba a un unicornio y un gran escudo de armas rojo que colgaba del techo, en el que figuraba un león de plata rampante. En un rincón, las llamas crepitaban en la chimenea, al lado de la chimenea había una anciana encorvada, sentada en un taburete, absorta en el torno de hilar, la rueca y el huso que brincaba alegremente.

Estaban presentes todos los hetmans husitas, locales y comarcales, que se encontraban de paso en el castillo. Además de Jan Capek de Sány y Brázda de Klinstejn, estaba sentado a la mesa un tipo alto y moreno, de nariz aguileña y ojos maliciosos e inquietos, que llevaba colgada al cuello una gruesa cadena de oro, ornamento más propio de un concejal que de un

soldado. Reynevan lo conocía, lo había visto entre los Huérfanos en Hradec Králové. Pero hasta este momento no se habían presentado: era Jan Kolúch de Vesce.

A la izquierda de Kolúch se sentaba Stepán Tlach, hetmán de un puesto próximo a Cesky Dub, un hombre con el pelo demasiado gris para su edad, con cara plebeya, muy coloradota, y manos callosas de carpintero, que vestía un gambesón de caballero, guateado y ricamente bordado, en el que se sentía visiblemente incómodo. Al lado de Tlach estaba un rubio flacucho con una fea cicatriz en la mejilla. La cicatriz le daba un aire guerrero, pero era el recuerdo de un vulgar absceso, sajado por algún aficionado. El portador de la cicatriz se presentó como Vojta Jelínek.

Tratándose de los Huérfanos, en la mesa de los hetmans no podía faltar algún clérigo: entre Capek y Brázda había, así pues, un hombre bajito y rollizo, con barba, vestido de negro, al que presentaron como hermano Buzek, siervo de Dios. El siervo de Dios debía de haber empezado la velada algo más temprano, porque andaba ya más mucho que poco borracho.

No se sirvieron exquisiteces. Grandes escudillas con más hueso que carne de oveja y de vaca, sin más guarnición que nabo asado en abundancia y un cesto de pan. Eso sí, unos cuantos toneletes de vino de Hungría aparecieron en la mesa. Todos tenían grabado el león de los Markvartici. Al verlo —como antes, cuando vio el escudo de armas colgado del techo—. Reynevan se acordó de Praga. Del 6 de septiembre. Y de Hynek de Kolstejn, precipitándose al empedrado desde una ventana de la casa del Elefante.

Antes de empezar a cenar en serio, tenían, por lo visto, que resolver algunos asuntos oficiales. Cuatro husitas llevaron a empellones hasta la sala a un prisionero: era el joven escudero capturado en el río. Aquél a quien Reynevan le había matado el caballo con su ballesta.

El joven apareció desgreado, con la ropa alborotada, traía un pómulo hinchado, con un gran moratón. Jan Capek de Sány dirigió a los soldados que lo escoltaban una mirada bastante hostil, si bien no dijo nada. Se limitó a hacer una señal para que soltaran al preso. El escudero se sacudió de encima los brazos de los escoltas, se puso recto, miró a los comandantes husitas. Con aparente altivez, aunque Reynevan se fijó en que las rodillas le temblaban levemente.

Por unos momentos reinó el silencio, turbado únicamente por el sordo traqueteo del torno de la vieja hilando en su rincón.

—Joven señor Nickel von Keuschburg —dijo Jan Capek—. Sed bienvenido, es un honor teneros como huésped. Sólo disfrutareis sin embargo de nuestra hospitalidad hasta que aparezca un caballo con el rescate en sus alforjas. Por lo demás, el joven señor ya lo sabe. Conoce los usos de la guerra.

—¡Sirvo al señor Friedrich von Dohna! —El joven levantó la cabeza—. El señor Von Dohna pagará mi rescate.

—¿Tan seguro estás? —Jan Kolúch de Vesce le señaló con un hueso roído—. Pues mira, nos ha llegado el rumor de que estás coladito por Barbara, la hija de don Friedrich, de que le estás haciendo la corte. Y, ¿quién sabe si al señor Von Dohna le hacen gracia tus galanteos? ¿Igual se frota las manos, encantado de que le hayamos librado de tu presencia? Reza, hijo mío, para que no sea así.

El caballere te primero palideció, después se ruborizó.

—¡Tengo más parientes! —vociferó—. ¡Soy un Keuschburg!

—Reza pues también por sus intenciones, para que la avaricia no les haya dominado. Porque aquí no vamos a alimentarte de balde. Al menos no por mucho tiempo.

—No por mucho tiempo —confirmó Jan Capek—. Bueno, lo suficiente para ver si sientas la cabeza. Igual repudias la farsa romana y te conviertes a la fe verdadera. ¡No pongas esa cara, no pongas esa cara! A otros mejores que tú les ha pasado. El señor Bohuslav de Svamberk, el Señor le tenga en su gloria, prácticamente de un día para otro cambió su destino, de ser prisionero ascendió a hetmán principal del Tabor. Cuando el hermano Zizka lo capturó y lo encerró en una mazmorra en Pribenice, el señor Bohuslav le miró a los ojos y aceptó el Cáliz. Como ves, aquí tenemos un cura. Entonces, ¿qué? ¿Deseas que te traigamos el Cáliz?

El joven señor escupió en el suelo.

—Hereje —replicó enojado, con altivez—, métete tu Cáliz... tú ya sabes dónde.

—¡Blasfemo! —bramó Buzek, el cura, dando un respingo y salpicándose de vino, y salpicando de paso a sus vecinos—. ¡A la hoguera con él! ¡Ordena

quemarlo, hermano Capek!

—¿Quemar dinero? —Jan Capek de Sány sonrió de un modo detestable—. Me temo que has bebido de más, hermano Buzek. ¡Vale no menos de setenta marcos! Mientras haya una mínima posibilidad de que paguen un rescate por él, nadie le va a tocar un pelo. Ni aunque llame leproso y sodomita al mismísimo maestro Hus. ¿Tengo razón, hermanos?

Los husitas reunidos en torno a la mesa le dieron la razón con entusiasmo, rugiendo y golpeando el tablero con las jarras. Capek hizo una señal a los guardias para que se llevaran al prisionero. El cura Buzek le dirigió una mirada aviesa, tras lo cual se metió entre pecho y espalda como medio cuartillo de vino de Hungría.

—¡Codiciáis —clamó, aunque la lengua se le trababa ya más de la cuenta— cada asqueroso grosch cual fariseos! Y escribe Pa... Pablo a Timoteo: La raíz de todos los males es el ansia de dinero. Corriendo tras él, muchos se han perdido, lejos de... hiiip... lejos de la fe... Y no heredarán los codiciosos el reino de Dios... ¡No podéis servir a Dios y al dinero!

—¡No queremos —se echó a reír Jan Kolúch de Vesce—, pero debemos! Porque en verdad os digo que sin dinero no hay vida.

—¡Pero la habrá! —El predicador se sirvió y apuró la jarra de un trago—. ¡La habrá! ¡Cuándo vengamos! Todo será común, ya no habrá propiedad ni pertenencias. No habrá ricos ni pobres, no habrá miseria ni opresión. ¡Reinarán en la tierra la dicha y la paz divinas!

—¡Ay, ya parió! —comentó desde su rincón la viejuca, encorvada sobre la rueda—. Santurrón borrachuzo.

—La paz divina —dijo con gravedad Jan Capek— la conquistaremos nosotros. Con nuestras espadas. Pagaremos por ella con nuestra sangre. Y por eso nos merecemos una justa recompensa, también en dinero. No hemos hecho una revolución, hermanos, para que yo me tenga que volver a Sány, a ese pueblo de mala muerte. A mi casa solariega, que da pena verla, a mi hacienda, que por poco no me la tumba un cerdo una vez que le entraron ganas de frotarse en una esquina. Las revoluciones sirven para que algo cambie. Para los que pierden, a peor, para los que ganan, a mejor. ¿Veis, queridos huéspedes, queridos Reinmar y Scharley, ahí en la pared, en lo alto, el escudo? Es la divisa de Jan de Michalovice, llamado Michalec. Él gobernó

en este castillo de Michalovice, donde ahora estamos, aquí tuvo su sede el clan familiar. ¿Y qué? ¡Nosotros se lo hemos arrebatado! ¡Nuestro es el premio! Y, en cuanto tenga un rato, agarro una escalera, arranco ese escudo y al suelo con él, y todavía me voy a mear encima. Y pienso colgar en la pared mi propia enseña, con un ciervo, ¡en un escudo el doble de grande! ¡Y aquí mando yo! ¡El señor Jan Capek de Sány, aposentado en Michalovice!

—¡Eso es! ¡Eso es! —le secundó desde detrás de una costilla rechupeteada Stepán Tlach—. La revolución se impone, el Cáliz triunfa. ¡Y nosotros seremos grandes señores! ¡Bebamos!

—Señores —dijo con venenoso desprecio la vieja hilandera, mientras ajustaba la rueca en la hendidura—. ¡De comedia acaso! Unos bandidos y unos piojosos, eso es lo que sois. Advenedizos de escudos desteñidos por la lluvia.

Stepán Tlach le tiró un hueso, marró. Los demás husitas no le hicieron ni caso a la vieja.

—Pero al dinero... —El predicador no se rendía, cuanto más vino se servía, más se le trababa la lengua—. Al dinero no hay que servirlo. Sí, sí, el Cáliz vence, la causa de la verdad triunfa... Pero no heredarán los codiciosos... el reino de los cielos. Escuchad lo que os digo... Hiiip...

—Déjate de monsergas —dijo Capek, con un gesto de fastidio—. Estás como una cuba.

—¡No estoy borracho! Estoy sobrio... Hiiip... Y en verdad os digo: celebremos... celebremos... *Pax Dei*... Porque serán condenados... Triunfa el Cáliz... Triunfaaa... Hiiiiip...

—¿No te lo había dicho? ¡Una cogorza de caballo!

—¡Qué no estoy borracho!

—¡Qué sí!

—Para demostrar que no estás borracho —Jan Kolúch se retorció el bigote—, haz lo que haga yo. Métete dos dedos en la garganta y ¡Ggrrr! ¡Ggrrr! ¡Ggrrr!

El cura Buzek aguantó el primer «¡Ggrrr!», pero con el segundo se atragantó, empezó a toser, los ojos se le desencajaron y echó la pota.

—Degüelve, degüelve —intervino maliciosa la anciana, inclinada sobre la rueca—. A ver si echas el bofe.

Una vez más, nadie le prestó atención, por lo visto, todos estaban acostumbrados. Al predicador, después de vomitar, le obligaron a salir al zaguán. Se le oyó retumbar al caerse por las escaleras.

—Hay que reconocer, amados huéspedes —dijo Kolúch, limpiando la mesa con el sombrero que se había dejado el sacerdote—, que aún nos falta un poco para la victoria definitiva. Estamos aquí festejando en Michalovice, arrebatado, como dijo el hermano Capek, al señor Jan Michalec. Hemos tomado Michalovice, hemos quemado Mladá Boleslav, Benesov, Mimon y Jablonné. Pero el señor Michalec no se ha ido muy lejos, se ha retirado a Bezdez. Y, ¿dónde está Bezdez? Si alguno quiere asomarse a la ventana y mirar hacia el norte, podrá ver Bezdez, pasado el río, apenas a dos millas de aquí. ¡A dos millas! Si aquí estornudamos, el señor Michalec, en Bezdez, contestará: «¡Salud!».

—Por desgracia —dijo en tono sombrío Stepán Tlach—, no es salud lo que nos desea el señor Michalec, sino la muerte, y una mala muerte si puede ser. Y nosotros no podemos atacar Bezdez, no hay forma de tomarlo. En esas murallas te dejás los piños.

—Por desgracia —confirmó por encima del hombro Vojta Jelínek, que estaba meando en el hogar de la chimenea—, eso es así. Y no faltan, muy cerca de aquí, otras fortalezas y otros señores que también nos desean una mala muerte. A tres pasos de aquí, en Devín, reside y nos amenaza a diario Petr de Vartenberk. A seis millas de aquí se encuentra Ralsko, donde reside el señor Jan de Vartenberk, llamado el Modesto...

—Y a Bohus de Kováne, señor de Fiydstejn, ya lo habéis conocido —añadió Capek—. Ya sabéis de lo que es capaz. Y hay otros...

—Sí que hay, sí... —rezongó Kolúch—. Nosotros conservamos, desde luego, las plazas principales: Vartenberk, Lipy, Cesky Dub, Belá pod Bezdezem y, claro, Michalovice. La ruta comercial, no obstante, sigue controlada en su mayor parte por los papistas y los alemanes. Los señores Von Dohna dominan las fortalezas de Falkenberg y Grafenstein. En Hammerstein el burgrave es Nikolau Dachs, cliente de los Biberstein de Lausacia. En el castillo Roimund se oculta el viejo bandido Hans Foltsh, condotiero de Zgorzelec. En Tolstejn los hermanos Jan y Heniyk Berka de Dubé...

—Los perros les echan a los parientes como tú en casa de los Berka —se entrometió la vieja desde el torno de hilar.

—De los hermanos de Dubé —Jan Kolúch soltó un bufido—, Heniyk en particular nos la tiene tomada, porque le hemos birlado Lipy. Por lo visto, ha jurado en una iglesia de Zittau no comer carne hasta que no nos arrebate otra vez el castillo. Me da que ese ayuno va a ser bien largo.

—¡Muy cierto! —Stepán Tlach dio un sonoro puñetazo en la mesa—. Por todos los diablos, está deseando sacarnos de aquí. ¡Qué lo intente! ¡Nosotros, los Huérfanos, podemos aguantar lo que nos echen!

—¡Sí, podemos aguantar!

—No se trata sólo de aguantar. —Capek frunció el ceño—. Y ladrar como un perro encadenado. No fue eso lo que nos enseñó Zizka. ¡La mejor defensa es un buen ataque! ¡Golpear al enemigo, golpear, golpear, no darle respiro! No quedarse de brazos cruzados hasta que se aproxime con su cuadrilla, sino llevar la guerra a su territorio, enarbolar la espada y la tea en sus dominios. Atacadlos, dijo el Señor de Israel. Y ha llegado la hora, ¡la hora de atacarlos! La hora de prepararse para golpear: en Fiydstejn, en Devín, en Ralsko, en Roimund, en Tolstejn...

—¡Y más allá! —apuntó Kolúch con una sonrisa lobuna—. ¡En Lausacia! ¡En Grafenstein, en Frydlant, en Zittau, en Zgorzelec! Pero, claro, solos no podemos. No tenemos fuerza suficiente. ¿Y cómo vamos a obtener refuerzos? ¿De dónde? ¿De Praga? Praga, cuando no está tramando una traición, se divierte con revueltas y tumultos. ¿Del Tabor? El Tabor está asediando Kolín. Una plaza checa. ¡Cómo si no las hubiera húngaras, austríacas, alemanas!

—Dicen —comentó Scharley— que Procopio ya está planeando algo por el estilo. Que tiene la vista puesta en Hungría y en Austria.

—Quiera Dios. Pero de momento ya lo veis, vosotros mismos habéis sido testigos de qué clase de vecinos tenemos.

—De uno de los vecinos —dijo el demérito, como de mala gana—, todavía no hemos hablado. Igual se ha sentido ofendido. Estoy pensando en el señor Otto de Bergow, del castillo Trosky. A unas cuatro millas de distancia de Michalovice. Me gustaría saber qué tenéis que decir de este vecino.

—Que es una espina clavada en el culo —respondió por los husitas la

vieja, manipulando el huso—. Eso es lo que tienen que decir del señor de Bergow. ¿A que sí, señores bandidos? ¡Qué es como una espina en el culo!

Durante un buen rato reinó el silencio, prueba de que a la vieja poco le había faltado para acertar en el centro de la diana. Fue Jan Kolúch de Vesce quien rompió el silencio.

—Nosotros somos los guerreros de Dios —dijo jugando con su cuchillo—. Tenemos presentes las palabras del Señor, cuando habla por boca del profeta Jeremías: Y el soberbio tropezará y caerá^[32], y no tendrá quien lo levante: y encenderé fuego en sus ciudades, y quemaré todos sus alrededores.

—Pagadle —añadió Capek, igual de puesto en citas bíblicas— según su obra: conforme a todo lo que él hizo, haced con él.

—Amén.

—Bergow tiene en su escudo un pez alado —comentó Stepán Tlach, con malicia y concreción—. Medio pez, medio pájaro. Llegará el día en que limpiemos el pececillo. Y desplumemos el pajarillo.

—También amén. —Vojta Jelínek se levantó—. Estoy muerto de sueño, hermanos.

—Y yo. —Jan Kolúch también se levantó, Brázda de Klinstejn y Stepán Tlach siguieron su ejemplo.

—Sí, ha sido un día duro... ¿Vienes, hermano Capek?

—Me quedo un poco más. Con nuestros invitados.

Las llamas crepitaban. En torno a la torre ululaban los cárabos. El torno de hilar de la anciana traqueteaba suavemente.

—Estamos solos —dijo Jan Capek de Sány, rompiendo un largo silencio—. Hablad.

Hablaron.

—Un hechicero —repitió con incredulidad el hetmán de los Huérfanos—. ¿Buscáis a un hechicero? ¿Vosotros? ¿Personas serias?

»En la vida he oído hablar de ningún Rupilius Silesio —declaró cuando las personas serias se reafirmaron en sus intenciones—. Pero en casi todos los castillos de por aquí tienen algún tipo de adivino, alquimista o mago. Así que es muy verosímil que también el señor de Bergow tenga a alguno alojado o preso en Trosky. Ése no es el problema.

—Vosotros sois el problema. —Por lo visto, la anciana hilandera

conservaba bastante buen oído—. ¡Ah, acá con un palo y adiós los problemas!

—Ni caso —dijo Capek enfadado—. Forma parte del mobiliario. El señor Michalec, cuando salió pitando de aquí, nos dejó muchas cosas. Muebles, aperos, jamones en el ahumadero, vino en las bodegas. El escudo colgado en la pared. Y esta viejuca. En ese mismo rincón. Yo era partidario de trasladarla con ese cachivache al cuarto de servicio, pero no se dejó, vaya un escándalo que armó. Y tampoco la iba a echar del castillo, se habría muerto de hambre. Que siga ahí sentada, con la rueca...

—Seguiré, seguiré —bufó la vieja—. Estaré sentada acá hasta que vuelva el señor Michalec. Y os saque a patadas, rufianes. A tomar viento fresco.

—¿Dónde me había quedado?

—Comentabas —le recordó Scharley— dónde estaba el problema.

—Ah, sí, es verdad. El problema está en que el castillo Trosky, el posible lugar de residencia de vuestro Rupilius, no hay quien lo conquiste. Ni quien penetre en él. No hay forma de colarse en el castillo Trosky.

—Viene con nosotros —Scharley bajó la voz— alguien que sabe cómo conseguirlo.

—Ajá —adivinó Capek—. Esos dos: Tauler, el que está tocado, y el otro. La verdad, os recomiendo que no confiéis demasiado en ellos. Tenedlo presente, sobre todo, cuando se empieza a hablar de una entrada bajo tierra. Debéis saber que todos esos accesos secretos y pasadizos subterráneos que supuestamente unen el castillo Trosky con distintos puntos de la zona, algunos a un cuarto de milla de distancia, no son más que leyendas e invenciones. Camelos. Si ese Tauler os promete llevaros hasta la fortaleza por una entrada subterránea secreta, o bien él mismo es un mentiroso y un embustero, o bien se ha fiado ingenuamente de los embustes ajenos. Ambas eventualidades suponen una amenaza para vosotros. Y, si os dedicáis a deambular por la comarca en busca de un «acceso secreto», acabaréis por caer en las garras de los alemanes o de los papistas.

»Nosotros, los Huérfanos —prosiguió—, estamos aquí, en Podjestedí, desde la primavera del año 1426. Si hubiera algún acceso secreto, lo habríamos descubierto. Porque la vieja ha dicho la verdad: Trosky y ese maldito alemán, el señor de Bergow, son para nosotros como una espina en el

trasero. Día y noche estamos discutiendo cómo sacarnos esa espina.

—La entrada —advirtió Reynevan— puede ser mágica. ¿No creéis en la magia?

—Como creer, no creo. —Jan Capek frunció los labios—. La magia no existe. Y, si por casualidad existiese, sería algo incomprensible e inaccesible para los simples mortales. Un tipo normal y corriente, como soy yo, no le sacaría ningún partido a la magia. O sea, que si hay algo mágico, es como si no existiera. ¿Es una conclusión lógica?

—Le deja a uno sin aliento —dijo Scharley con una sonrisa—. Con esa lógica, no es fácil suscitar una disputa. Entonces, hetmán, ¿aconsejaríais renunciar al proyecto? ¿Regresar a casa?

—Eso mismo. A casa. Y aguardar pacientemente. De Bergow, según se ha sabido, participó en la conspiración, el 6 de septiembre estuvo en Praga dando su apoyo a Hynek de Kolstejn. A quienes apoyaron la conspiración, Procopio el Rasurado no los perdona. Ya tiene rodeado a Borek de Miletínek, en breve se encargará de los restantes, uno tras otro. En cuanto a De Bergow le llegue su turno, Trosky será nuestro. Con todo lo que hay allí. Incluido vuestro hechicero.

—Sabio consejo —juzgó el demérito, sin apartar la mirada de Reynevan—. ¿No es verdad, Reinmar?

—Os habéis referido —dijo inesperadamente Reynevan— al señor de Bergow como «ese maldito alemán». En esta zona no hay más familias genuinamente alemanas, ¿no es así? ¿Aparte de los Von Dohna de Falkenberg y Grafenstein?

—En efecto, sólo esas dos familias. Y eso, ¿qué importancia tiene?

—Ninguna. De momento.

—De momento —Capek se levantó—, yo lo que voy a hacer es acostarme. Buenas noches, hermanos.

—Igualmente, hermano.

El fuego ya no crepitaba en la chimenea, apenas titilaba, tan pronto destellando como amortiguándose. Tampoco traqueteaba el torno. La vieja no hilaba. Estaba sentada inmóvil.

—Hay que ver lo que ha sido de este castillo —dijo de pronto—. Consagrado al arcángel San Miguel, ciento cincuenta años en pie, ciento cincuenta años en los que los Markvartici locales constan como señores de Michalovice. Y ahora... Que toda esta chusma... Dios, Dios... En otros tiempos, nos honraban con su visita los reyes... ¿Y hoy? ¡Qué vergüenza!

—No mientas, abuela —replicó Scharley, sorprendiendo a Reynevan, que empezaba a caerse de sueño—. No es decoroso, con un pie ya en la tumba. Tú no has visto un rey en tu vida, vieja. Si acaso, a Heredes en el belén.

—Tu sí que eres viejo, así se te pudra la lengua. Más reyes he visto yo que tú ducados.

—¿Dónde, por curiosidad?

—En Viena.

—¿Dónde?

—¡En Viena, tontaina! —La anciana se incorporó en el taburete—. En la Pascua del año del Señor de 1353 encontráronse en Viena los monarcas de este mundo, puesto que el emperador Carlos, que acababa de perder a su mujer, Ana del Palatinado, se prometió a la pequeña Anusia, sobrina del duque Bolko de Swidnica. Oh, cuántos reyes y señores se reunieron entonces en Viena...

—¿Y tú estabas allí, abuela? ¿Y qué? ¿Comiste perdices?

—¿Tú qué sabrás, palurdo? ¡Ignorante! Pues yo... Ay, qué guapa era... Y joven... El primero fue el mismísimo emperador Carlos, que me asaltó de noche en el atrio, saltó la barandilla, me desgarró la blusa...

Me hacía cosquillas con la barba en el cogote, y tanta risa me entró que se le salió de dentro... Enojose mucho, de modo que al punto se la cogí con la mano y la metí otra vez donde tenía que estar. Uy, y entonces él, bien te me has dado, mi pequeña morava, si quisieras, te caso con un caballero... Mas no estaba yo entonces para casamientos, con tantos jóvenes pintureros a mi alrededor...

»El segundo —la viejuca se entregó a sus sueños— fue Luis, rey de Hungría. Qué fogoso era el mozalbete, uy, qué fogoso... Después se fijó en mí el rey polaco, Casimiro el Grande. Bien puesto tenía el apodo, ji, ji, bien puesto...

—Mientes, abuela.

—Ruprecht, palatino del Rin... Un vejestorio, y encima alemán, de él no cabía esperar palabras bonitas ni piropos, sino, de sopetón: *Mach die Beine breit!* ¡Ábrete de piernas! En cambio, Arnost de Pardubice, obispo de Praga, éste sí que sabía hablar, y además era muy hábil en lo otro... Uy, se sabía unos trucos y unos juegos ingeniosísimos... También era bueno Przeclaw de Pogorzela, obispo de Wroclaw, gallardo en la cama, no digo que no, mas era polaco, y los peales le apestaban de tal modo que al mismísimo diablo espantaban... Albrecht, duque de Aust... —La vieja se atragantó y le entró la tos. Tardó bastante en recuperar el hilo—. Mas quien mejor supo complacerme —se había puesto perdida de saliva— en aquella ocasión no fue un rey ni un obispo, sino un poeta, toscano. Un sueño era, más que un hombre. No sólo bizarro en el amor, sino que de todos ellos era el que decía las más bonitas cosas. Ja, el gato ha de ser cazador y el hombre hablador. Oh, cuán bellamente parlaba... Hasta en verso. Se llamaba... Hum... De nombre era como ese santo de Asís... Y el apellido... A ver si me acuerdo... Mecachis... ¿Rurka? ¿Petrurka?

—No sería... —tartamudeó Reynevan—. ¿No sería Petrarca? ¿Francesco Petrarca?

—Puede ser —asintió la anciana—. Puede ser, hijo. Cualquiera se acuerda después de tantos años.

Capítulo noveno

En el que a Reynevan se le ocurre una idea genial. De resultados de la cual averigua hasta qué punto tiene valor y para quién. El hecho de que hacia el final del capítulo su valor crezca a un ritmo vertiginoso debería alegrarle, en principio. Pero no le alegra.

Scharley dejó completamente descolocado a Reynevan. Tras escuchar la exposición de su genial plan, no hizo ninguna broma, no se lo tomó a cachondeo, no le llamó pardillo ni idiota, ni siquiera se dio unos golpecitos en la frente, algo a lo que recurría con mucha frecuencia en las discusiones. Tras escuchar la exposición del genial plan. Scharley dejó tranquilamente la jarra de cerveza con la que había acompañado el desayuno, se levantó y sin decir palabra dejó la habitación. No reaccionó al oír sus gritos, ni siquiera volvió la cabeza. Ni le pegó una patada al perro que se le metió entre las piernas, se limitó a sortearlo con una tranquilidad que daba miedo. Ni tan siquiera dio un portazo al salir. Se fue como si nada.

—En parte le comprendo —dijo, asintiendo con la cabeza, Jan Capek de Sány, que se había presentado en la cocina del castillo justo a tiempo de escuchar la exposición del genial plan—. Tú eres un hombre peligroso, hermano Bielau. Yo conocía a un camarada que nos tenía acostumbrados a esa clase de ocurrencias a menudo. Ha sido una amenaza muy seria. Hasta hace poco.

—¿Hasta hace poco?

—Sí, hasta hace poco. Como consecuencia de su última ocurrencia, lo partieron en la rueda en la plaza de Lokiec, el año pasado, como parte del programa de festejos por el día de Santa Ludmila. Con él ejecutaron a otros

dos. A veces hay propuestas que no sólo perjudican al que las hace. También a su entorno. Por desgracia.

—Mi plan —Reynevan se puso algo mohíno— seguro que no perjudica a nadie, aunque sólo sea porque me propongo llevarlo a cabo en solitario, sin ayuda ajena. Únicamente yo me arriesgo.

—Pues eso ya es mucho.

—¿Acaso tenemos otra salida? ¡No la tenemos! Tauler sigue inconsciente y, aunque se recuperara, tú mismo lo has dicho, hermano Capek: que lo del acceso secreto subterráneo a Trosky no es más que un invento y que por ahí no vamos a sacar nada. El tiempo apremia. Algo habrá que hacer. Mi plan para acceder al castillo me parece perfectamente realista y tiene bastantes posibilidades de éxito.

—¡Vaya!

Reynevan estaba crecido.

—El señor de Bergow es alemán. —Empezó a contar con los dedos—. El señor Von Dohna también es alemán. Los husitas que han hecho prisionero al joven Keuschburg, igualmente alemán, por cierto, tienen bastante más cerca Trosky que Falkenberg. Es normal y lógico que el emisario con la exigencia del rescate se lo envíen a De Bergow. Pues es cosa sabida y evidente que el señor de Bergow se lo comunicara a su vez al señor Von Dohna, pariente suyo.

—El señor de Bergow —negó con la cabeza Capek— cogerá al emisario husita y lo meterá en una fosa. Es lo que suele hacer.

—Los husitas —sonrió triunfante Reynevan— saben que eso es lo que hace. Han aprendido que cuando se trata con esa gente los juramentos no valen de nada, que un caballero se puede desdecir de su palabra. Por eso pueden aprovechar como emisario a alguien que esté de paso. A un forastero. A un poeta errante de Champaña que deambula casualmente por estas tierras.

Capek no dijo nada. Se limitó a levantar los ojos al cielo. O sea, al techo de la cocina.

—Un poeta errante de Champaña. —Sansón sacudió la cabeza—. Ay, Reinmar, Reinmar... ¿Conoces tres palabras siquiera de la lengua de los

francos?

—Conozco más de tres. ¿No me crees?

*Par montaignes et par valees
Et par forez longues et lees
Par leus estranges et sauvages
Et passa mainz felonz passages
Et maint peril et maint destroit^[33]...*

—Bastante fluido —reconoció con un suspiro Sansón—. El acento, lo admito, tampoco está mal. En cuanto a la elección del fragmento de la novela... Bueno, es excepcionalmente atinado y apropiado a las circunstancias.

—Y tanto que es apropiado —intervino Scharley, que acababa de entrar sigilosamente en la cocina—. ¡Mas apropiado no puede ser! Sólo te hace falta, poeta errante de Champaña, pensar en el correspondiente nombre champañés. Algún *nom de guerre* que te caracterice de forma no menos atinada y apropiada. Propongo Yvain le Crétin. ¿Cuándo partimos?

—Yo parto. Solo.

—No. —Sansón Mielles negó con la cabeza—. Soy yo el que parte. Esto me concierne a mí y solamente a mí. No quiero que ninguno de vosotros se ponga en peligro por mí. Ya es hora de que tome las riendas de mis propios asuntos. Dando por sentado que el plan de Reynevan es un buen plan, es preciso modificarlo en parte: los husitas, para hacer llegar a Trosky sus exigencias de rescate del joven Keuschburg, pueden utilizar a un idiota errante. Me parece que es una tapadera excelente, y mi apariencia...

—Tu apariencia —le interrumpió Scharley— corta el aliento, eso es verdad. Pero eso no es suficiente. El caso exige que lo lleve a cabo alguien con destreza en el campo de la estafa y el timo, en el arte de manipular al prójimo y dársela con queso. Sin ánimo de ofender, entre nosotros tres sólo hay uno que puede aspirar al título de especialista.

—La idea ha sido mía —replicó tranquilamente Reynevan—. Y no voy a renunciar a ella. Me iré yo solo, me corresponde como autor del plan. Y estoy convencido de que soy el más adecuado para esta empresa.

—No es verdad —le rebatió Scharley—. Eres el menos adecuado. Fue a ti, no a nosotros, a quien la profecía ordenó que te cuidaras de una Dueña y una Doncella. Pero tú, claro, no crees en profecías. Cuando te conviene.

—En eso sigo tu ejemplo —sentenció Reynevan—. Se acabó la charla. Me voy yo. Solo. Vosotros os quedáis. Porque si...

—Dinos. ¿Si que?

—Si algo no saliera bien... si me cogen... me gustaría poder contar con que os tengo a los dos a mi espalda. Que vendréis en mi ayuda y me sacareis las castañas del fuego.

Scharley estuvo mucho tiempo callado.

—Me tortura el pensamiento —dijo finalmente— de que si ahora te diera, Reinmar de Champaña, un golpe contundente en la cabeza, te atara a un poste y te encerrara un tiempo en la bodega, alguna vez me lo ibas a agradecer. Me gustaría saber por qué no lo hago.

—Porque sabes que no te lo iba a agradecer.

La ejecución del plan se llevó a cabo satisfactoriamente. El hetmán Vojta Jelinek, que seguía alojado en Michalovice, informado —sin mayores detalles— de la empresa, espontáneamente y con notable solicitud brindó su ayuda. Tenía previsto realizar un breve viaje de exploración a Roimund, pero se declaró dispuesto a aplazar la expedición para escoltar a Reynevan hasta el camino de Jicín, donde podría unirse fácilmente a alguna de las caravanas comerciales.

Partieron ese mismo día. Alrededor del mediodía.

Al atardecer se despertó y volvió en si Berengar Tauler. Ya no vomitaba; era capaz de tenerse en pie pasablemente e incluso de caminar. Fue solo a las letrinas y fue capaz de regresar sin ninguna ayuda, parecía pues que ya estaba bien. Tanto que Scharley y Jan Capek pudieron acorralarle contra una pared para interrogarle a propósito de ese pasadizo secreto bajo tierra que llevaba hasta Trosky. Adoptando el gesto adusto de los inquisidores, asediaron al convaleciente a base de preguntas, destinadas a acogotarle y pillarle en un

renuncio.

—¿Qué acceso es éste? —Tauler, que ya estaba pálido, palideció más aun pestañeó, pero al menos no se achantó—. ¿Qué pasadizo bajo tierra? ¿De que estáis hablando?

—¿Como pensabas guiarnos hasta Trosky? Por un pasadizo secreto, ¿no?

—No, ¡qué diablos! ¡No se nada de ningún pasadizo! En Trosky tengo, o al menos tenía, un conocido, un palafrenero... Contaba con que nos ayudaría. Tenía conmigo una deuda de gratitud... Nos habría facilitado el acceso al castillo o habría podido espiar para nosotros, lo que fuera menester... ¿Qué es lo que pretendéis, maldita sea?

Scharley y Capek no respondieron. Salieron de la sala, bajaron las escaleras a todo correr, dando ordenes sobre la marcha.

A punto estuvieron de reventar los caballos para poder llegar antes de que anocheciera. Recorrieron todo el camino de Jicín, estaban ya cerca del castillo de Kost. Se toparon con dos comitivas de mercaderes, un calderero con el carro lleno de objetos de cobre, una cuadrilla de acróbatas ambulantes. Un mendigo. Una mujer con un cesto de ansarinos.

Ninguno de ellos había visto a un poeta de Champaña. Ni a nadie que respondiera a su descripción. Ni ese día ni en general.

Reynevan había desaparecido. Como si se lo hubiera tragado la tierra.

Scharley insistía en que fueran en pos de Yojta Jelínek y su expedición hasta darle alcance y poder preguntarle, averiguar qué había pasado, donde habían dejado a Reynevan. Jan Capek no estaba de acuerdo, se negó tajantemente. La expedición de Jelínek les llevaba varias horas de ventaja, sería imposible alcanzarla, sentenció. La noche está al caer. Y el terreno es peligroso. Demasiado cerca de las fortalezas católicas. Demasiado cerca para un destacamento que sólo consta de veinte caballos.

Regresaron sobre sus pasos, por el mismo camino, observándolo todo cuidadosamente. Tratando de descubrir a un jinete solitario. Y, cuando ya fuera de noche, el resplandor de un fuego de campamento.

No descubrieron nada.

No había ni rastro de Reynevan.

La primera sensación que experimentó al despertarse fue un frío penetrante, tanto más molesto cuanto que no era capaz de moverse: no podía ni estirarse ni encogerse para intentar conservar los restos de calor en el cuerpo. Estaba como paralizado.

Después, gradualmente, fueron despertando y reconociendo su situación los restantes sentidos. Los ojos abiertos localizaron en todo lo alto las estrellas del cielo negro de octubre: la Estrella Polar, la Osa Mayor y la Menor, Arturo en la constelación de Bootes, Vega, Géminis, Capricornio. El olfato se vio atacado por el hedor, espantoso e insoportable, a pesar del frío y del hecho evidente de estar al raso, sobre la tierra desnuda, dura y helada. El oído registró unos gritos desesperados que le llegaban de cerca. Y unas carcajadas.

El cuello y la nuca le dolían horribilmente, a pesar de eso forcejeó, se puso a dar tirones: ya había conseguido percatarse de que la imposibilidad de cambiar de posición obedecía al hecho de que estaba inmovilizado por varios cuerpos estrechamente pegados al suyo, y de que esos mismos cuerpos eran los que exhalaban aquel olor tan repulsivo. Los cuerpos reaccionaron a sus movimientos: se pegaron a él de un modo aún más agobiante y compacto. Alguien gimió, alguien se quejó, alguien invocó a Dios. Alguien maldijo.

A su derecha —o, lo que es lo mismo, en dirección a Vega y la constelación de Lira— unos destellos intermitentes iluminaron la negrura de la noche. El olor del humo se impuso finalmente sobre la fetidez de los cuerpos humanos. Justamente desde allí, desde la hoguera, le habían llegado aquellos gritos llenos de desesperación que ahora se habían convertido en lamentos y sollozos espasmódicos.

Dio un nuevo tirón, haciendo un esfuerzo supremo liberó una mano, violentamente se quitó de encima uno de los cuerpos, evidentemente de una mujer y nada flaca. Maldijo, dobló una rodilla.

—Dejadlo, señor —le susurró alguien desde muy cerca—. Nada hagáis. Será peor si nos oyen...

—¿Dónde estoy?

—Más bajo. Como nos oigan, nos molerán a palos...

—¿Quiénes?

—Ellos. Los *martahuzy*... Guardad silencio, por el amor de Dios...

Pasos, chasquidos de madera. El brillo de una antorcha. Risotadas.
Torció la cabeza, miró.

El que sujetaba la antorcha tenía la cara llena de granos. Casi no tenía frente. Daba la impresión de que los negros cabellos, muy tiesos, le nacieran directamente de las cejas y del entrecejo. Ahora Reynevan ya podía verlo.

Había tres más. Uno llevaba un farol, y sostenía otra cosa en la otra mano. Los otros dos llevaban a rastras, sujetándole de los sobacos, a un chaval de trece o catorce años. El chaval gimoteaba.

Lo arrojaron brutalmente al suelo, se agacharon, alumbraron a los que allí yacían: por fin Reynevan pudo comprobar que estaban amontonados en el interior de una especie de cercado delimitado por una empalizada poco compacta. Escogieron a alguien. Hubo quien gritó muy fuerte, con desesperación, hubo quien chilló, quien volvió a invocar a Dios y los santos. Un látigo silbó, los gritos desatados sofocaron los ecos de los golpes. El chiquillo que sacaron a rastras del cercado —aún más joven que el anterior— lloraba, imploraba piedad. Poco tiempo después, desde más allá de la empalizada, llegó su grito desgarrador. Y las risas de los *martahuzy*.

Reynevan maldijo, apretó, impotente los puños. La he liado, pensó. La he liado.

Hizo memoria.

Ya había tenido un mal presentimiento en la encrucijada, cuando vio salir del bosque, a lomos de un pío lanudo, a aquel tipo granujiento, con el cabello que le nacía de las cejas. Cuando sonrió, exhibiendo los restos carcomidos de sus dientes. Cuando detrás de él aparecieron entre los árboles los otros cuatro. Con el mismo aspecto repulsivo y la misma sonrisa.

El mal presentimiento de Reynevan se transformó en certidumbre cuando el Granujiento, tras saludar con un gesto al hetmán Vojta Jelínek lo evaluó con una mirada voluptuosa. El hetmán Vojta Jelínek también miró a Reynevan con una mueca desdeñosa que decía de forma elocuente: «Te hemos engañado como a un crío, pardilk».

Reynevan hizo como que se colocaba bien un estribo, súbitamente espoleó al caballo y se lanzó a todo correr hacia el bosque. Lo habían

previsto. Le cortaron la huida con sus caballos, de una patada lo derribaron de la silla, se echaron encima de él, lo aplastaron contra el suelo. Lo trabaron. Jelínek, que la lepra le coma, le observaba sonriente desde la altura de su silla.

—Es persona principal —le dijo al Granujiento—. Persona principal no un don nadie. Dame diez marcos por él, Hurkovec.

—Ni que lo digas —rechazó el Granujiento. Tenía granos por todas partes, hasta en los párpados, hasta en los labios, tenía granos hasta en los granos—. ¡Persona prencipal, seguro! Juzgando por las vestimentas, algún puto artista. ¿Qué me habrán de dar mucho por él? ¡El Señor sabrá! Dos marcos te daré. ¿Qué? ¿Qué poco? Pues jódete, Jelínek. Manda escogorzarlo, ocultarlo con hojas antre los matojos...

—¡Dame ocho aunque sea! ¡Te digo que es un tipo importante!

—Tres.

—¡Y así seguirás haciendo negocios conmigo! ¿O acaso te he conseguido poca gente? Te he proporcionado aldeas enteras. ¡Serás roñoso!

—Cinco.

—Ja. Venga. Aunque salgo perdiendo. Eh, ¿no veis cómo se agita? ¡Sujetadlo bien! ¡Pero con delicadeza!

Reynevan intentó zafarse. En vano. Le echaron una correa al cuello. Lo estrangularon con delicadeza, le patearon varias veces la tripa con delicadeza. Le golpearon en la cabeza. Perdió el conocimiento. Durante mucho tiempo.

Al otro lado de la empalizada, junto al fuego, el muchacho al que estaban violando gritaba y sollozaba. El otro, al que habían violado antes, gimoteaba y lloraba.

—¿Qué van a hacer con nosotros?

—Vendernos —le susurró el de al lado, el mismo que antes le había mandado callar y le había prevenido—. Nos venderán y desapareceremos. Son *martahuzy*, señor. Robadores de gente.

De madrugada Reynevan, en la medida de sus fuerzas, se apretujó y se abrazó a sus compañeros, amontonados junto a él en aquella era, formando una maraña que respiraba, gemía y tiritaba. No notaba las molestias. Era

importante cualquier migaja de calor. Aunque apestase. Por otra parte, él ya no valía en ningún caso más que los que apestaban.

Apenas valía cinco sesentenas de grosches de Praga. Es decir, algo así como diez ducados húngaros. O sea, lo mismo —aproximadamente— que dos vacas más una zamarra y una arroba de cerveza para redondear.

Al amanecer hubo gritos, voces, maldiciones, insultos obscenos, patadas, latigazos. Los amontonados en el cercado fueron sacados a la fuerza, de uno en uno, por una portezuela en la empalizada. Metidos en cepos: unas tablas con aberturas para el cuello y las manos. Alineados, sin ahorrar latigazos, en una columna de marcha.

El cepo de Reynevan apestaba a vómitos. Normal. Había restos resecos.

El Granujiento, a lomos del pío lanudo, silbó usando los dedos. Restallaron los látigos. La columna se puso en marcha. Los prisioneros rezaban en voz alta. Los látigos cayeron con un silbido y un chasquido.

La pesadilla tenía su lado bueno. El trotecillo, forzado por los latigazos, hacía entrar en calor.

A juzgar por el sol, se dirigían hacia el este. Ya no les achuchaban tanto como al amanecer, no les forzaban a correr. Pero no era por caridad ni compasión. Dos personas —un anciano y una mujer entrada en años— cayeron al suelo y fueron incapaces de levantarse, a pesar de que los traficantes no escatimaron zurriagazos ni puntapiés. La columna fue obligada a seguir, de modo que Reynevan no pudo ver lo que fue de la pareja, pero tenía muy malos presentimientos. Oyó la voz furibunda del Granujiento, poniendo en cuestión el honor y la buena fe del hetmán Jelínek por haberle suministrado «muertos viejos» y maldiciendo a sus subordinados por «echar a perder la mercancía». Como consecuencia del incidente, se les permitió ir más despacio. Y se les azotó con menor frecuencia.

Reynevan iba dando tumbos, se había lastimado un talón, hacía mucho que no recorría a pie una distancia semejante. A su derecha resoplaba en el cepo un hombre joven, de su misma edad. Aquella noche, bastante menos

aturdido que el resto, se había presentado, a base de frases entrecortadas, como un aprendiz de carpintero de Jaromer que iba de *wandr*, palabra que designa el peregrinaje requerido para completar la formación profesional. Se dirigía de Jicín a Zittau cuando lo atacaron y lo capturaron unos *martahuzy*. Tragándose las lágrimas, el aprendiz le rogó a Reynevan que, si por algún milagro conseguía escapar, informara de su suerte a Alzbeta, hija de maese Ruzicka, sastre en Jaromer. Declaró que, si el que se salvaba era él, daría noticias de Reynevan a quien quisiese. Reynevan no mencionó ningún nombre. No tenía confianza. Y no creía en los milagros.

Cruzaron desfiladeros, bosques, recorrieron senderos entre hayedos sombríos, entre verdes abetos, entre grupos de arces, fresnos y olmos. Dejaron atrás, al borde del camino, esbeltos abedules otoñales, de increíble belleza, que parecían revestidos de brocados reales. Su vista, bien es cierto, podía alegrar los ojos y colmar el alma de dicha.

Pero no los alegró. Ni la colmó de dicha.

El sol ya llevaba recorrido un buen trecho de su camino hacia el cénit cuando desde el frente de la columna les llegaron voces y relinchos. A Reynevan el corazón le dio un vuelco al ver unos hombres armados con capellinas, capuchones de anillas y túnicas de color cereza. Desagradable, dolorosamente desagradable, fue ver cómo el Granujiento saludaba con un efusivo apretón de manos al jefe de la partida.

El encuentro de aquellos obvios conocidos tuvo lugar en un cruce. Desde ahí, la escolta reforzada obligó a la columna a dirigirse hacia el sur. Pronto terminó la espesura, el bosque raleaba, un camino arenoso empezó a serpentear entre rocas de fantásticas formas. El sol, que estaba en todo lo alto, asomaba entre cúmulos que se deslizaban por el azul.

De repente, la meta de su viaje se hizo evidente. Podían verlo como en la palma de la mano. Nítido.

—Pero si... —gimió Reynevan, intentando apartarse del cuello desollado el borde del tablón del cepo—. Pero si es...

—Pues sí —confirmó en tono lúgubre el aprendiz de carpintero—. Efectivamente...

—Trosky... —se lamentó alguien a sus espaldas—. El castillo Trosky... Dios mío, danos tu amparo...

De la colina cubierta por el bosque ralo sobresalía una roca solitaria, pintoresca, con dos cuernos, como una cabeza diabólica, como las orejas aguzadas de un lobo agazapado. La roca —Reynevan ni lo sabía ni podía saberlo— era magma solidificado, un afloramiento de basalto volcánico. Extravagante en medio del paisaje, dominando el entorno, la piedra forzosamente tenía que haberle entrado a alguien por los ojos como posible cimiento natural para una fortaleza. Ése fue —esto, en concreto, sí lo sabía Reynevan, que había reunido alguna información antes de la expedición— el célebre Cenek de Vartenberk, burgrave de Praga con el rey Wenceslao. El constructor contratado por Cenek aprovechó hábilmente el vestigio volcánico: encajó el castillo propiamente dicho en el hueco entre los salientes de basalto, y en los salientes situó sendas torres. La más alta, erigida en el saliente oriental, más esbelta, de cuatro caras, era la llamada Doncella. A la occidental, panzuda y pentagonal, la llamaban la Dueña.

En 1424 —ya era señor por entonces Otto de Bergow, enemigo encarnizado y perseguidor acérrimo de los partidarios del Cáliz— el castillo lo cercaron unos furibundos taboritas. Pero de nada les sirvió el prolongado asedio con catapultas y bombardas, el asalto concluyó sin éxito, los guerreros de Dios no tuvieron más remedio que retirarse. Desde entonces Trosky se consideraba inexpugnable. De Bergow se pavoneaba y tiranizaba sin descanso a los husitas de la comarca a sangre, fuego y horca.

—¡Ahí está! —gritaba el Granujiento desde el frente—. ¡Tenemos el castillo delante! ¡Haced que suban rápido esos cerdos, que empiecen a mover más deprisa las piernas!

Silbaron los látigos. Se sucedían los golpes y las imprecaciones.

Los obligaron a atravesar un angosto portón que daba paso a la liza del castillo, enclaustrada entre murallas. Este patio, que se iba estrechando por la parte orientada al oeste, estaba sumido en la sombra de la torre del homenaje. Una vez reunidos en el recinto interior, el *zwinger*, les quitaron los cepos. Reynevan se palpó la nuca con la mano entumecida y comprobó que la tenía

despellejada, con sangre. El aprendiz de carpintero empezó a decirle algo, pero se quedó a medias, y soltó un grito cuando la correa del látigo le golpeó en la espalda.

—¡A formar, escoria! —bramó el Granujiento—. ¡Firmes! ¡Y ni una palabra!

A empujones y empellones, los alinearon junto a un muro. Eran en total —sólo en ese momento Reynevan los pudo contar con precisión— treinta y tres personas, aparte de él. Había siete mujeres, cuatro ancianos y tres adolescentes imberbes. Ni los ancianos ni los mozalbetes daban la impresión de ser apropiados para trabajar como esclavos. Sorprendía que se encontrasen entre los capturados.

No hubo más tiempo para seguir sorprendiéndose.

Desde la liza hasta el portal que conducía a la torre del homenaje se podía acceder por unas escaleras de madera, parcialmente techadas. Por esas escaleras bajaba en ese momento un grupo de hombres ricamente ataviados. Al llegar abajo, recibieron los saludos del capitán de la guardia y de algunos *burgmanos*, tras lo cual se aproximaron a los prisioneros.

—¿Qué tenemos aquí, Hurkovec? —preguntó con interés un hombre apuesto, de bigote rubio, que encabezaba el grupo. No cabía duda de quién era: el holgado *baquetón* estaba engalanado con la figura del pez alado, emblema del linaje de los Bergow. Era el señor del castillo Trosky, Otto de Bergow en persona—. ¿Qué tenemos? —repitió—. Unos cuantos mozalbetes, algunos pordioseros, algunas abuelas y algunos niños. Me parece, Hurkovec, que ya habíamos aclarado anteriormente ciertas cosas. Quedamos en que habrías de traerme husitas, cacho cabrón. Husitas, no aldeanos cazados al azar. ¿O es que te crees que te voy a pagar por los aldeanos? Que, por otra parte, seguro que son en su mayoría vasallos míos.

—¡Qué Dios me castigue! —El Granujiento se daba golpes en el pecho, hizo una profunda reverencia—. ¡Qué no vea yo el día de mañana, honorable señor! Éstos son husitas, auténticos husitas. Todos sin salvedad carroña herética, verdaderos hijos de Hus.

—No lo parecen —comentó otro caballero, joven y apuesto, con un sombrero que recordaba a una campana cubriéndole los bucles del cabello. Casi todos los bordes de su indumentaria estaban recortados, como mandaba

la moda, formando pequeños dientes redondeados—. No lo parecen — repitió, aproximándose y tapándose la nariz con la manga dentada—. Pero preguntaremos, por si acaso. ¡Eh, abuela! ¿Tú qué eres? ¿Rindes culto a Hus como a tu dios?

—¡Soy inocente! ¡Buen señor! ¡Soy una pobre viuda!

—¿Y tú, muchacho? ¿Recibes la comunión bajo ambas formas?

—¡Soy inocente! ¡Piedad!

—Mienten, noble señor —aseguró el Granujiento entre reverencias—. Mienten, herejes de mierda, para salvar el pellejo. ¿No mentiríais vos en su lugar?

El joven apuesto lo miró con un desprecio asesino, parecía dispuesto a darle un puñetazo si así se lo sugerían. Pero se limitó a escupir.

Tras lo cual se volvió hacia De Bergow. Y hacia el anciano caballero que estaba a su lado, de digno semblante y labios altivamente hinchados, que vestía un gambesón acolchado. A éste Reynevan ya lo había visto en alguna parte, lo habría jurado. Tras un momento de reflexión, llegó a la conclusión de que también había visto antes al del sombrero acampanado.

—No sé, de verdad que no sé, honorable don Otto —se dirigió el de semblante digno a De Bergow, abriendo los brazos—. Tenemos un pedido de los patricios de las Seis Ciudades. A mí me ha hecho el encargo Bautzen. El aquí presente don Hartung von Klüx de Czocha representa los intereses de Zgorzelec, don Lutpold von Kócheritz, a quien acabáis de ver, los de Lóbau. Pero nuestros encargos hacen referencia a los husitas. No a una chusma ignota, digna de lástima.

Otto de Bergow se encogió de hombros.

—¿Qué os puedo decir, honorable don Lotar von Gersdorf? —preguntó—. Quizá sólo una cosa: esta chusma ignota, antes de empezar a arder en las hogueras de Bautzen o Zgorzelec, implorará compasión en checo. Como los verdaderos husitas. No habrá quien los distinga.

Lotar Gersdorf hizo con la cabeza un gesto de reconocimiento y comprensión de la lógica del argumento. Y Reynevan se acordó por fin de dónde y cuándo los había visto, a éste y al apuesto Hartung von Klüx, con su indumentaria dentada y su sombrero que recordaba a una campana. Los había visto a ambos dos años antes. En Ziebice. En el torneo con ocasión de la

fiesta del nacimiento de la Virgen María.

Gersdorf, Klüx y algunos otros caballeros se apartaron para deliberar. Aquéllos que hasta el momento habían estado callados se acercaron a examinar a los cautivos. Dos de ellos no llevaban ningún emblema que permitiera identificarlos, el tercero, ataviado con más prestancia, llevaba sobre el gambesón un escudo dividido en seis columnas de gules y plata. Era el blasón de los Schaff, fácilmente reconocible. A Gocze Schaff, señor de Greifenstein, también lo recordaba Reynevan del torneo de Ziebice. Por tanto, éste que estaba en Trosky debía de ser su hermano Janko, heredero y señor del castillo de Kynast.

Desde el portón y la atalaya, se oyó el estrépito de los cascos, una compañía de hombres a caballo entraba despacio en la liza. Al frente cabalgaban dos heraldos. Uno, vestido de blanco, portaba un estandarte azur con tres lises de plata. En el estandarte de oro del segundo heraldo había un asta de ciervo de gules. Reynevan, haciendo un esfuerzo, consiguió tragar saliva. Conocía ese escudo. Se habían presentado conocidos.

Los recién llegados detuvieron a los caballos, desmontaron y, tras arrojarles de cualquier manera las riendas a unos lacayos jadeantes, se acercaron al señor del castillo, se inclinaron respetuosamente, pero sin perder el orgullo. Montado, aparte de los jinetes y arqueros, únicamente quedó un joven paje tocado con un gran birrete con tres plumas de avestruz. Sin importarle que le tuvieran por tunante, guasón y bufón, el paje hizo girar al caballo, obligándolo a dar unos pasos de baile. Las herraduras resonaban en el empedrado.

—Señor de Bergow. ¡Salud!

—Señor de Biberstein, señor de Kóckeritz. ¡Sed bienvenidos! Los huéspedes son sagrados.

—Permitidme; el señor de Kóckeritz y mis caballeros y clientes: don Nikolau Dachs, don Heinrich Zeband, don Wilrych von Liebenthal, Peter Nimpcz, Johann Waldau, Reinhold Temritz. ¿Llegamos a tiempo al festín?

—Al festín, y a los negocios.

—Ya veo, ya veo. —Ulrich von Biberstein, señor de Frydlant, echó un

vistazo a los prisioneros que estaban junto al muro—. Aunque el panorama es desolador. Espero que éstos sean los restos, y que ya nos hayas seleccionado el mejor producto para las Seis Ciudades. Salud, señor Gersdorf. Señor Klüx. Señor Schaff. ¿Cómo va eso? ¿Habéis cerrado el trato?

—Todavía no.

—¡Hala, a seguir con los negocios! —Biberstein se frotó las manos—. ¡Y al festín, al festín! ¡Por San Dionisio! ¡Qué ganas de beber, diablos!

—Eso —Otto de Bergow les hizo una señal a los pajes— tiene fácil arreglo.

Nikolau Dachs, uno de los recién llegados con el señor de Frydlant —Reynevan recordaba, por lo que le habían contado los hetmans husitas, que era cliente de los Biberstein—, regresó de examinar a los cautivos que estaban alineados junto al muro. Su cara decía muchas cosas. Y lo que no decía su cara lo añadían sus movimientos de cabeza.

—Veo que vamos de mal en peor —comentó Biberstein, tomando de manos de un criado una gran copa—. Cada vez nos ofreces peor mercancía, mi honorable Otto, cada vez la calidad es más deplorable. Al parecer, es el signo de los tiempos, *signum temporis*, como suele decir mi capellán. Bueno, en función del trabajo, así ha de ser la paga, hablemos pues de precios. El año del Señor de 1419, por cada husita capturado y destinado al tormento se pagaba en Kutná Hora un marco, por un predicador herético cinco marcos...

—Pero entonces había más oferta —le interrumpió De Bergow—. En 1419 no era difícil capturar a un husita, los católicos estaban venciendo. Hoy los husitas se imponen, y a los católicos les dan para el pelo, de modo que un cautivo husita es una cosa infrecuente, una auténtica rareza. Cara, por tanto. Y los propios señores del *landfryd* suben los precios, sentando así un precedente. Oldrich de Rozmberk paga hasta ciento cincuenta marcos como rescate. Después de la batalla de Tachov, los bávaros y los sajones pagaron aún más por los suyos. Hasta doscientos marcos por cabeza.

—Ando escuchándoos —Lotar Gersdorf se acercó, alzando la cabeza con orgullo—, y en verdad que ya no sé quién está peor de la cabeza, si vosotros o yo. El señor de Rozmberk y los alemanes pagaban por señores, por nobles, por caballeros. Pero a nosotros, ¿qué es lo que se nos ofrece? ¡Unos carcamales del copón! Muy bien, capturad y ofrecedme a Rohác de Dubé,

dadme a Ambrós, a Královec, a los hermanos Zmrzlík, a Jan Cernín, a Kolúch, a Capek de Sány. Por ellos no escatimaré la plata. Pero no pienso malgastarla en estos comemierdas. ¿Para qué quiero yo unos comemierdas?

—Esos comemierdas —De Bergow le aguantó la mirada—, cuando estén en la hoguera, empezarán a dar gritos en checo y a implorar piedad. Se trata de eso, ¿no?

—Ni más ni menos —asintió con frialdad Biberstein—. En nuestras ciudades la gente tiembla de miedo ante los checos, tiene pánico. Se acuerdan de lo que pasó en mayo.

—Y tanto —afirmó muy serio Lutpold Kóckeritz—. Los habitantes de Frydlant, de Zittau, de Zgorzelec y de Lwówek observaron a los husitas desde sus murallas. Pero, aunque esas ciudades se defendieron, resistieron victoriosas el asalto, la gente prefiere callar, muerta de miedo, cada vez que les mencionan el terrible destino de Ostritz, Bemstadt, Luban, Zlotoryja. Hay que mostrarle algo a toda esa gente que le levante el ánimo. Y qué mejor que mostrarle a un husita checo en el patíbulo. Así pues, Otto, decid un precio. Si es razonable, me lo pensaré... ¡Eh, eh! ¡Sujétale las riendas a esa yegua, Douce!

El paje, el joven del birrete con plumas que estaba luciéndose con el caballo, se dirigió al trote hacia el grupo con tanto ímpetu que a punto estuvo de arrollar a los caballeros. Ningún paje, escudero o *junker* se habría atrevido a semejante exhibición, siendo consciente de las posibles consecuencias, látigo incluido. El paje del que estamos hablando, evidentemente, no tenía miedo de las consecuencias. Muy probablemente porque no era un paje.

Por debajo del birrete, ladeado arrogantemente, miraban a los caballeros unos ojos osados hasta la impertinencia, enmarcados en unas larguísimas —acaso de media pulgada— pestañas. La nariz respingona, que le daba un aire fiero, no acababa de armonizar con sus rizos rubios, sus mejillas sonrosadas y sus labios angelicales. Con todo, el conjunto producía una rara sensación en esa región que los poetas, eufemísticamente, llamaban *área pectora*.

La muchacha, que contaría a lo sumo quince años, llevaba puesta una blusa blanca de calado y una chaquetilla de satén escarlata. También vestía una almilla varonil con cuello de marta, siguiendo los dictámenes de la última moda: sacaba las manos por unas aberturas laterales, lo que permitía que las

mangas colgaran holgadamente de los hombros y se agitaran de forma pintoresca al galopar.

—Permitidme, honorables señores —la presentó con leve sarcasmo Lutpold Kóckeritz—, este bufón que estaba haciendo cabriolas con el caballo es mi sobrina, la doncella de noble cuna Douce von Pack.

Los caballeros —todos, sin excluir a los más ancianos y circunspectos— callaron y se quedaron con los ojos a cuadros. Douce von Pack hizo volverse a su cabalgadura, una hermosa yegua zaina.

—Me lo has prometido, tito —dijo en voz alta. Tenía una voz no demasiado agradable. Que contrarrestaba, aunque no para todo el mundo, el encanto y el efecto causado por la primera impresión.

—Te lo he prometido, y lo mantengo. —Kóckeritz frunció el ceño—. Pero ten paciencia. No es apropiado...

—¡Me lo has prometido, me lo has prometido! ¡Lo quiero ahora mismo, enseguida! ¡Me aburro!

—¡Por todos los demonios! Muy bien. Tendrás uno. Escoge. Don Otto, me voy a llevar a uno de éstos. Sin regateos. Decidme un precio y os lo pagaré. Al final, ajustaremos cuentas. Le prometí a la muchacha que se lo regalaría, y ya veis, tiene ese capricho... No importa lo que cueste...

De Bergow apartó la mirada de los muslos de la joven, carraspeó, comprendiendo al fin de qué se trataba.

—No cuesta nada. —Hizo una reverencia—. Que sea de mi parte el regalo. En homenaje a la belleza y a la gracia. Os ruego que escojáis, noble doncella.

Douce von Pack le devolvió el saludo desde la silla y sonrió. Con un atractivo realmente mortífero. Después desfiló por delante de los perplejos caballeros, poniendo a su yegua a paso corto. Se acercó a los prisioneros.

—¡Éste!

Ha hecho una promesa, pensó Reynevan al ver cómo unos lacayos sacaban de la fila al aprendiz de Jaromer. Habrá prometido hacer una buena acción, redimir a alguien. El carpintero ha tenido suerte. Un verdadero milagro... Podría haber informado a Scharley por mediación suya. Lástima...

—Largo de aquí —dijo entre dientes la muchacha, inclinándose en la silla y señalando el portón—. ¡Corre!

—¡No! —gritó Reynevan, comprendiendo de súbito—. No corras...

Uno de los *martahuzy* le sacudió un revés. Y el aprendiz de carpintero se lanzó a la carrera a través del patio. Corría rápido. Pero no llegó lejos. Douce von Pack le arrebató al galope la lanza a uno de los jinetes, dio alcance al aprendiz prácticamente en el portón, lanzó el arma en plena carrera, con fuerza, con todo el brazo. La lanza se clavó en mitad de la espalda, entre los omóplatos, la punta salió por debajo del esternón, entre un surtidor de sangre. El aprendiz cayó, pataleó, se aovilló, se quedó inmóvil. La muchacha hizo girar al caballo con indiferencia, desfiló por el patio. Las herraduras resonaban rítmicamente en las losas.

—¿Siempre es así? —preguntó con curiosidad, pero fríamente, Ulrich Biberstein.

—¿Es algo congénito? —preguntó, con idéntica frialdad, Lotar Gersdorf.

—La mandarí al bosque, a cazar jabalíes. —Janko Schaff se aclaró la voz—. Así lo que mate al menos tendrá carne...

—Hace ya tiempo —dijo muy serio Kóckeritz— que está aburrída de los jabalíes. Esta juventud de hoy en día... Pero qué se le va a hacer, los parientes...

Douce von Pack se acercó al trote. Tanto que pudieron ver la expresión de sus ojos.

—Quiero otro, tito —dijo, presionando el arzón con el perineo—. Otro más.

Kóckeritz se puso aún más serio, pero antes de que le diera tiempo a decir nada se le adelantó Hartung Klüx. El señor del castillo de Czocha no le quitaba la vista de encima a Douce, estaba como hechizado. En ese momento dio un paso al frente, se quitó el sombrero acampanado, hizo una profunda reverencia.

—Será un gran honor —declaró— poder ofrecer a esta noble doncella lo que solicita. Como homenaje a la belleza. ¿Don Otto?

—Desde luego, desde luego. —De Bergow sacudió la mano—. Os ruego que escojáis. Más tarde haremos cuentas.

Unas mujeres que estaban detrás de Reynevan se echaron a llorar. Pero él ya lo sabía. Antes incluso de sentir el aliento de los ollares del caballo. Antes de ver encima de él aquellos ojos. Del color de las aguas profundas de un

lago de montaña. Bellos. Cautivadores. Y totalmente inhumanos.

—Éste.

—Éste es oneroso —se atrevió a decir el Granujiento, doblado en una reverencia—. El más caro... Quiero decir que es un husita, por eso es de considerable precio...

—No estoy dispuesto a regatear contigo, alfeñique —Klüx apretó las mandíbulas—, ni eres tú quién para poner precio. Y por esta doncella pagaré lo que haga falta. ¡Cogedlo!

Unos soldados sacaron a la fuerza a Reynevan, lo llevaron a empellones hasta dejarlo delante del pecho de la yegua zaina y de su rico paramento, bordado en oro.

—Corre.

—No.

—¿Hemos dado con un soberbio? —Douce von Pack se inclinó en la silla, le atravesó con la mirada—. ¿No corres? Pues quédate quieto. ¿Te crees que para mí hay alguna diferencia? Vendré a la carrera y te agujonearé. Pero me apuesto a que no aguantas, a que escapas dando saltos. Y entonces pagarás por esa jeta orgullosa. ¡Te voy a acuchillar como a un cerdo!

—¿Cuarenta marcos? —bramó de repente De Bergow—. ¿Cuarenta marcos? ¡Qué te jodan, Hurkovec! ¡Los piojos se te han chupado los sesos de tu estúpida mollera! ¡Puede que tú te hayas vuelto idiota, pero a mí no me tomes por tal! Por ser la primera vez, me voy a contentar con azotarte, si se repite, ¡te colgaré como a un perro!

—Es un husita de importancia... —gimoteaba el Granujiento—. Por eso, también el precio... Mas podemos llegar a un acuerdo...

—Yo doy —declaró inesperadamente Janko Schaff— cuarenta marcos por él sin chistar. Pero no para regalo. Ante la belleza de la doncella Pack inclino la frente, pero que se busque a otro para acuchillar. Yo a éste lo quiero vivito y coleando.

—De donde se deduce —Kóckeritz puso los brazos en jarras— que sabes, señor Schaff, de quién se trata.

—No tiene por qué —dijo Lotar Gersdorf—. Aunque yo también sé quién es. Lo he reconocido. Es de Silesia, Reinmar de Bielau. Es mago, por lo visto. Alquimista. Y encima hereje y espía husita. En Ziebice intentó atentar

contra la vida del duque Juan, yo estaba allí presente. Según se dice, los husitas lo reclutaron para ese crimen, pero yo me siento más inclinado a fiarme de otra versión según la cual lo hizo por celos, porque estaba loco por una mujer. Por qué sería, el diablo sabrá, pero el hecho es que andan buscando a ese Bielau por toda Silesia. Y sin duda han prometido pagar por su captura, en vista de que don Janko está dispuesto a dar tan fácilmente, sin regatear, cuarenta marcos por él. Pero no pasa nada. Un espía husita será un adorno precioso en el cadalso de la plaza de Bautzen, será una ejecución muy bonita. Acudirá gente desde muy lejos para contemplarla. Supero tu oferta, Schaff. ¡Bautzen, señores, da cincuenta!

—¿Y qué hace en mi castillo —dijo despacio, con mucha claridad, De Bergow— un mago, espía husita y asesino a sueldo? ¿Quién le ha mandado venir? ¿Eh?

—Antes que nadie —Hartung Klüx no parecía haberlo oído—, yo ya había ofrecido regalarle este silesio vuestro a la doncella Douce. Y pagaré...

—Lo dudo —le interrumpió Gersdorf—. No tienes tantos grosches.

—¡Aquí se está poniendo en tela de juicio mi honra y mi honor de caballero! —bramó Klüx—. Estoy dispuesto a dar por ello mi vida y mi sangre, tanto más cincuenta gúldenes. Además, ¡no me costará reunir esa cantidad!

—Y cien, ¿podrás reunirlos? —preguntó Ulrich von Biberstein, que llevaba un rato sin intervenir—. Porque yo subo la oferta: doy por él cien marcos. Y que nadie me venga con el honor, porque precisamente es una cuestión de honor. No me pidáis explicaciones. Pero si de verdad se trata de Reinmar Bielau, entonces tiene que ser mío. Doy por él cien marcos. ¿Don Otto de Bergow? ¿Algo que decir?

De Bergow estuvo mirándole mucho tiempo. Después arrastró la mirada por todo el grupo.

—Digo —levantó la cabeza— que de eso nada. Declaro anulada la negociación. Retiro a Bielau de la oferta.

—¿Y eso por qué?

—Porque —Otto de Bergow no bajaba la cabeza— me da la gana.

—Muy bien. —Biberstein carraspeó largamente, escupió—. Vuestro es el castillo, vuestra la voluntad, vuestro el derecho. Tanto es así, que a mí se me

han quitado las ganas de ser vuestro huésped. Concluyamos el negocio y cada uno por su lado.

—Cierto. —Lotar Gersdorf hizo un gesto de asentimiento.

—Así es —asintió Janko Schaff—. Y tengo cierta prisa. Cerremos el trato y despedámonos.

—En tal caso, para que, pese a todo, os llevéis un buen recuerdo de mí —anunció De Bergow, mitigándose sensiblemente—, os haré una rebaja. Un precio especial, de hermanos. Como en Kutná Hora, hace ahora siete años. Un marco por cabeza. Mujeres y chiquillos, os los doy regalados.

—Dejémonos de pujas entre nosotros —propuso Gersdorf—. Mejor compartirlo. Bautzen, Zgorzelec, Lóbau, Frydlant, Jelenia Góra. Primero vamos a dividir a partes iguales las mujeres y los mocosos, y el resto...

—El resto no hay que dividirlo a partes iguales —evaluó rápidamente Kóckeritz—. No sería justo.

—Sí lo sería, por mi alma —dijo De Bergow, avisando con un gesto a sus hombres—. Sería justísimo, por todos los diablos, nadie saldría perdiendo. ¡Eh, cogedlos! ¡A esos cuatro! ¡Cogedlos y encadenadlos!

Para cuando los *martahuzy* del Granujiento pudieron darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, ya los habían amarrado. Sólo cuando ya los habían metido a la fuerza entre quienes habían sido sus cautivos hasta hacía bien poco empezaron a resistirse, a chillar y a echar pestes, pero inmediatamente fueron acallados sin piedad a base de palos, latigazos y golpes con las astas de las picas.

—Señor... —imploraba el Granujiento, al que no habían tocado—. Cómo es posible... Cómo... Mas si son los mis hombres...

—¿Tal vez quieras unirte a ellos? ¿Es ése tu deseo?

—No, no, qué va. —Los labios del Granujiento se abrieron en una mueca amplia y obsequiosa—. ¡Para nada! Ni que fueran parientes míos. Encontraré otros nuevos.

—Es verdad, siempre se encuentra a alguien. Márchate, pues. Ah, ya se me olvidaba...

—¿Eeeh?

Otto de Bergow le respondió con una sonrisa, tras lo cual le hizo una señal a Douce von Pack, que sostenía una lanza de través en la silla. A Douce

le centellearon los dientes, los ojillos de color azul verdoso le relampaguearon.

—Me has metido en el castillo a un espía y asesino. Corre hacia el portón. ¡Vuela! ¡Deprisa!

El Granujiento se puso pálido, se quedó blanco como el vientre de un pez. Se repuso en un instante, se giró sobre los talones y echó a correr hacia el portón como un galgo. Corría deprisa. Muy deprisa. Daba la sensación de que podría conseguirlo.

No lo consiguió.

Capítulo décimo

En el que se demuestra que nada agudiza tanto el ingenio como el hambre y la sed. Aunque si se trata de resolver algún misterio, nada mejor que mear sobre restos humanos. Necesariamente, en el Día de Difuntos.

—Reinmar de Bielau, de Silesia. —Otto de Bergow, señor del castillo Trosky, tasó a Reynevan con la mirada, de pies a cabeza y otra vez de vuelta —. Nigromante. Alquimista. Espía husita. Y además, por si fuera poco, asesino a sueldo. Un amplio abanico de oficios, diría yo. ¿A propósito de cuál de ellos has venido a mi castillo? ¿No contestas? No pasa nada. Yo ya lo sé.

Reynevan guardaba silencio. Tenía un nudo en la garganta, no podía tragar saliva. Hacía un frío espantoso en el calabozo y el olor también era espantoso. El hedor, aparentemente, provenía de una abertura en el suelo cubierta con una pesada rejilla de hierro. A pesar de que el descenso hasta el subsuelo de la torre por aquellas escaleras de caracol les había llevado bastante tiempo, no se encontraban en el nivel inferior. Había algo más por debajo. Las mazmorras situadas bajo la Doncella acaso llegaran hasta las entrañas mismas de la tierra.

Los esbirros fijaron las antorchas en las agarraderas metálicas. La rejilla del suelo se abrió con un chirrido. Colocaron una escalera de mano en el oscuro hueco, de donde salía un intenso olor a moho.

—Baja —confirmó De Bergow lo que estaba pensando Reynevan—. Deprisa.

No le dejaron bajar hasta el fondo. Dieron un fuerte tirón de la escalera, Reynevan se soltó, se precipitó desde una buena altura contra el suelo de tierra pisada, duro como una piedra. La caída le dejó sin respiración durante

unos segundos que se le hicieron muy largos.

—Tuve una vez en Trosky —De Bergow se dirigió a él desde arriba, tapando con su cuerpo la escasa luz que penetraba por el agujero— un mago sabelotodo, muy leído y muy locuaz, que me contó que estos calabozos se conocen como *oubliettes*. En la vida había oído a nadie, salvo a aquel mago, usar la palabreja. Por lo visto, viene de las Galias y significa, jeje, «lugar de olvido». Para ilustrarte, voy a explicarte por qué se llama así. Dentro de unos instantes esta rejilla volverá a cerrarse y tú caerás en el olvido. Completo y total, también en lo tocante al pan y el agua. Por eso, personalmente prefiero el nombre que le dan por estos lares a las mazmorras, antes que ése de los galos: *hladormoma*^[34], es decir, «muerte de hambre». Te voy a matar de hambre, señor de Bielau. A menos que seas sensato y me confieses para quién trabajas, quién te ha dado orden de asesinarme. Te advierto que los embustes y los subterfugios no te van a servir de nada. Yo ya sé quién está detrás del atentado, tú sólo tienes que darme los detalles. Y las pruebas.

Reynevan soltó un gemido, cambió de postura. Se palpó el cuerpo, pero no parecía que se hubiese roto nada. De lo alto le llegaron los chirridos y chasquidos de la rejilla al cerrarse.

—Ah, ya se me olvidaba —añadió desde arriba De Bergow—. La magia, si es que de verdad eres hechicero, no te va a salvar. Ese mago sabihondo del que te he hablado envolvió la *hladomoma* en una protección especial contra los hechizos. Aseguraba que no podría con ellos ni el mismísimo Merlín. No mintió, como se pudo demostrar, y lo demostró con su propio ejemplo. Pereció ahí abajo y ahora te hace compañía. Y si Rupilius Silesio no fue capaz de salir de aquí, tú no tienes ninguna oportunidad. Adiós. Y, como muy pronto empezarás ahí abajo a beberte tus propios meados, te deseo de antemano que lo disfrutes con salud.

El sonido de los pasos y el chirrido del metal se apagaron en la distancia. Cesó el eco. Se hizo el silencio, sordo y profundo.

La vista de Reynevan tardó bastante en acostumbrarse a la oscuridad. En acostumbrarse lo suficiente como para distinguir en un rincón del calabozo el cráneo, blanco y risueño, de un esqueleto encadenado a la pared.

El rumor había demostrado ser cierto. El mago Rupilius, efectivamente, se hallaba en el castillo Trosky. Allí se encontraba y allí habría de quedarse.

Por los siglos de los siglos.

El problema fundamental en relación con los amuletos mágicos, le había explicado en cierta ocasión Telesma, uno de los hechiceros del Arcángel de Praga, es la cuestión de las dimensiones. La cuestión de las dimensiones tiene mayor importancia incluso que la cuestión del precio. Es bien sabido que cuanto más caro es el material del que está fabricado un talismán mayor es su poder mágico, pero qué se le va a hacer, ya los fenicios cayeron en la cuenta de que las cosas buenas son caras. Cada vez que compras algo barato, te llevas una auténtica mierda: seguro que este axioma también nació en los despachos de Tiro y Sidón.

La afirmación de que, cuanto mayor sea la masa del amuleto, mayor es su potencia, no es más que un truismo, y para colmo un truismo hartamente controvertido. La propia naturaleza de los periaptos mágicos exige, de hecho, que éstos sean manejables. Un talismán tiene sentido si lo podemos llevar encima: en un bolsillo, entre las ropas, en un dedo. ¿De qué sirve, solía decir Telesma, que una cigüeña prensada y disecada te permita leer sin problemas el pensamiento ajeno? ¿Qué una pierna momificada te proteja de manera infalible contra los hechizos? ¿Dónde vas a llevar esa clase de cosas? ¿Al cuello, colgadas de un cordón? Parece estúpido.

No hay más remedio, el mago finalizaba su exposición teórica con una conclusión práctica, que aceptar el hecho de que los amuletos, talismanes y objetos análogos son aptos únicamente para la magia más débil, para la hechicería del nivel más bajo. Una vez asumido este hecho, conviene actuar en consecuencia: es decir, miniaturizar. Ya que no pueden ser los más potentes desde el punto de vista de su funcionamiento, que sean al menos los más cómodos para su transporte.

De modo que Telesma llevó a cabo numerosos experimentos y con distintos resultados. Y, cuando Reynevan emprendió su viaje, le regaló un cofrecillo de cobre, de un tamaño de apenas dos puños. Sus compartimentos, acolchados con raso, daban cabida nada más y nada menos que a doce criaturitas. Doce amuletos en miniatura para distintos usos.

Naturalmente, Reynevan había vigilado con mucho cuidado el cofrecillo

y no lo había expuesto a ningún peligro. Como su expedición privada al castillo Trosky era de lo más arriesgado, había dejado el cofrecillo al cuidado de Scharley. Con alguna excepción. Se llevó consigo dos amuletos: un anillo que curaba las heridas y un periapto que detectaba la magia. Aparte de ser útiles, ambos amuletos tenían la ventaja de pasar prácticamente desapercibidos. El anillo que hacía sanar las heridas era de cinc: en su interior la pieza ocultaba un diamante de tamaño apreciable. El periapto detector de magia estaba fabricado en alambre dorado, y viajaba oculto en unas crines de caballo trenzadas.

Su insignificancia no fue suficiente para proteger el amuleto curativo: para los *martahuzy* de Hurkovec todo tenía valor, incluido el cinc. Además de perder la zamarra, el sombrero, el bolso, el cinturón y un estilete veneciano, Reynevan perdió igualmente el anillo. Y gracias que no perdió el dedo de paso. En cambio, el periapto detector, sujeto al brazo con un broche por encima del codo, no llamó la atención de los que le registraron y pudo salvarlo. Y ahora era la única cosa en la que podía confiar el prisionero.

Y tenía que confiar en algo, y además rápido. Reynevan cayó en la cuenta de que desde su última comida habían pasado dos días. Llevaba cuarenta y ocho horas sin comer nada. Y sin beber apenas.

—*Visum repertum, visum repertum, visum repertum.* Cabustira, bus tira, tira, ra.

Al repetir el conjuro obtuvo idénticos resultados que al pronunciarlo por primera vez. Los muros de la *oubliette* —o, como prefería De Bergow, de la *hladomoma*— brillaron como fósforo, resplandecieron como la carcoma en el bosque. Se confirmaba que lamentablemente era cierta la información de que la mazmorra estaba protegida por algún poderoso hechizo defensivo. En cambio, no se iluminaba, no emitía la menor luz, el esqueleto encadenado a la pared, en el que Reynevan debía ver a Rupilius Silesio, eminente teórico y práctico de los arcanos de la nigromancia. Eminente o no, Rupilius, como esqueleto de alegre sonrisa, a diferencia de las paredes, no emitía magia alguna, de donde se seguía irrefutablemente que las obras de los magos son más duraderas que ellos mismos.

Reynevan se sintió algo desanimado: había abrigado la esperanza tácita de que el peripato le permitiría detectar algo que le resultara útil en su situación. Como hechicero que era, Rupilius pudo haber introducido de matute en la mazmorra algún objeto mágico, aunque fuera metido en el recto, como había hecho en su día el visionario Circuios, encerrado en la Narrenturm. Sin embargo, Rupilius Silesio no tenía nada consigo. Y estaba allí, le indicaba la razón, quieto en ese rincón y exhibiendo los dientes, en medio de otros huesos carcomidos y dispersos. Si hubiera tenido otras opciones, le indicaba la razón, no habría acabado así.

Tras imponer severamente silencio a la razón, Reynevan se llevó el amuleto a la boca, después a la frente.

—*Visum repertum, visum repertum, visum repertum...*

Las manos le temblaban ligeramente, el susurro apenas traspasaba la laringe y los labios. El hambre le mortificaba. La sed, más aún. Empezaba a apoderarse de él un sentimiento extraño, nada agradable.

Un sentimiento de desesperación.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido, cuánto hacía ya que estaba en prisión. Había perdido la cuenta enseguida, cada cierto tiempo se quedaba dormido, a veces con un sueño nervioso y momentáneo, a veces profundo, próximo al letargo. Los sentidos le traicionaban, oía voces, quejidos, lamentos, chasquidos de piedra con piedra, chirridos de metal con metal. A lo lejos, lo habría jurado, se reía una muchacha. Alguien, lo habría jurado, cantaba.

*Gruonet der walt allenthalben,
wá ist min geselle alsó lange?
Der ist geriten hinnen,
owil wer sol mich minnen^[35]?*

Síntomas típicos, pensó. El hambre y la deshidratación empiezan a dejarse sentir. Estoy perdiendo el juicio. Me voy a volver loco.

Y de pronto ocurrió algo que le demostró que ya lo había perdido.

La pared opuesta de la mazmorra se movió.

Las juntas del muro se deformaron visiblemente, se agitaron como una tela floreada sacudida por el viento. La pared de pronto se hinchó como una vela, aumentó de volumen hasta convertirse rápidamente en una gran burbuja. La burbuja estalló viscosamente. Y algo salió de dentro.

Se trataba de algo invisible, oculto evidentemente por un encantamiento. Reynevan, estupefacto, paralizado y acurrucado en un rincón, pudo ver de todos modos el bosquejo de una figura, una figura traslúcida, de forma cambiante, que al moverse se derramaba como si fuera agua. Creyó adivinar por qué estaba en condiciones de ver algo semejante. En la mazmorra aún flotaban los restos del sortilegio lanzado por el periapto detector de magia.

La figura traslúcida no reparó en él mientras se desplazaba con suavidad hacia el esqueleto de Rupilius. Pero Reynevan comprendió súbitamente, con una seguridad cegadora, que aquélla podía ser su única posibilidad.

—*Video uidentum!* —gritó con el amuleto en la mano—. ¡Alef Tau!

La figura se materializó de un modo tan violento que se estremeció. Lo cual le facilitó notablemente la tarea a Reynevan. Saltó sobre el intruso como un lince, lo agarró, lo tiró al suelo. Le hundió con todas sus fuerzas el puño bajo las costillas. El aire salió del desconocido acompañado por una palabrota, y Reynevan lo cogió del cuello. O más bien quiso cogerlo, porque de repente se encontró con un cabezazo en la cara. Aunque se le nubló la vista, fue capaz de devolverle el golpe, dañándose la frente con los dientes del rival. El agredido volvió a maldecir, y después gritó algo incomprensible. El amuleto detector de magia se puso en marcha automáticamente, la mazmorra se iluminó. Está claro, le dio tiempo a pensar a Reynevan, notando cómo una fuerza tremenda le elevaba por los aires. Evidentemente, es un hechicero. Alguien que sabe de magia, pensaba mientras volaba. He arremetido contra un mago, pensó por un segundo, antes de estamparse contra un muro con un ímpetu brutal. Resbaló hasta el suelo y se aovilló, incapaz de hacer nada.

El desconocido le dio un ligero puntapié.

—¿Estás vivo? —preguntó en voz baja.

No contestó.

—¿Quién eres, por todos los diablos?

Tampoco esta vez hubo respuesta, Reynevan se acurrucó aún más, sin cambiar de postura. El desconocido se inclinó, recogió el amuleto del suelo.

—Un periapto Visumrepertum —lo identificó con un deje de admiración en la voz—. No está nada mal. Y mi *feñada* la has descubierto con ayuda del Conjuro de la Visión Verdadera... ¿Toledo?

—*Alma...* —gimió Reynevan, palpándose la cabeza y el cuello—. *Mater... nostra. Clavis...* ¿*Salomonis*?

—Vale, vale, ya basta, no hace falta que lo declames. ¿Quién ha fabricado el Visumrepertum? ¿Tú?

—Teles... Jost Dun. De Opatovice.

—Y de Heidelberg —añadió descuidadamente el intruso—. ¿Cómo les va por allí?

—Están todos bien.

El desconocido se movía inquieto. A primera vista, parecía un hombre de unos cuarenta años, más bien bajo, regordete, muy ancho de hombros, encorvado como por el peso de sus propios hombros. Llevaba ropa gris, sencilla y no demasiado limpia, de lacayo o criado. Pero Reynevan se habría apostado lo que fuera a que aquel desconocido no era ni lacayo ni criado.

—¿Me das tu palabra —preguntó el intruso, palpándose la nariz— de que no vas a volver a atacarme?

—No, no te la doy.

—¿Eh?

—Tengo que escapar de aquí.

El hombre estuvo un tiempo callado.

—Comprendo —dijo al final, con voz ronca—. Estás en una *oubliette*, y yo ya sé para lo que sirven las *oubliettes*. Te conseguiré comida y bebida. Pero no vayas a sacar conclusiones precipitadas.

Reynevan devoró el pan, la salchicha y el queso casi sin respirar. Y a punto estuvo de ahogarse con la cerveza negra. Una vez saciada el hambre inicial, comió más despacio, masticando como es debido. El hombre con ropa gris de criado le miraba con curiosidad. Reynevan, comido y bebido, correspondió a esa curiosidad.

—Otto de Bergow —dijo el visitante—. El que te ha encerrado aquí. ¿Es consciente de tus capacidades mágicas?

—A grandes rasgos.

—¿Desde cuándo estás aquí?

—¿A qué día estamos?

—Es Samw... —el hombre titubeó—. Quiero decir, el Día de Difuntos. *Commemoratio arúmarum*.

Reynevan apuró el resto de cerveza de la jarra y se guardó un mendrugo de pan entre las ropas.

—Ya puedes dejar de jugar conmigo —declaró—. Cuando fuiste a buscar la pitanza, examiné los objetos que habías traído, éstos que están ahí. Muérdago, corteza de abedul, una rama de tejo, una vela, un anillo de hierro, una piedra negra. Los atributos clásicos para una ceremonia por los difuntos. Y hoy se celebra, como se deduce de tu titubeo, la fiesta de Samwin. Entraste aquí, atravesando la pared, para rendir homenaje a esos huesos de ahí. De acuerdo, además, con el ritual de las Viejas Razas.

—Correcto.

—Entonces, sería tu familiar. O tu amigo.

—Incorrecto. Pero vayamos a lo más importante. Te daré unos consejos para que no mueras de hambre. No eres el primero. Han condenado a muchos a la *oubliette* y, como ves, sólo hay un esqueleto, sin contar esos huesos de hace siglos. Presta atención. ¿Estás listo?

—Sí lo estoy.

—El hijo de Otto de Bergow, Johann, es utraquista, hetmán en el Tabor. A Otto se le ha metido en la cabeza que ese hijo husita pretende atentar contra él, que quiere quitarle la vida para hacerse con su patrimonio. A mi entender, eso es un completo disparate, pero ha desarrollado rasgos propios de la manía persecutoria. Detrás de cada esquina ve a un asesino contratado para matarle, todas las comidas le parece que están envenenadas. Y en cualquier husita reconoce al hijo parricida, de ahí le viene su encarnizamiento con los calixtinos. La cuestión es sencilla: lo que tienes que hacer es confesar que eres un asesino enviado a Trosky por Johann de Bergow para acabar con la vida de Otto.

—Entusiasmado con mi sincera confesión —gruñó Reynevan—, Otto de

Bergow ordenará que me destrocen en la rueda. Admitiendo que se lo crea. Le basta con preguntar qué pinta tiene el hijo para que se descubra el camelo.

—Eres mago. ¿No conoces encantamientos persuasivos, que produzcan empatía?

—No.

—Entonces, mala suerte.

—¡Al diablo! —estalló Reynevan—. ¡Deja ya de vacilarme! No quiero, maldita sea, sacar conclusiones precipitadas, pero has entrado aquí, su puta madre, a través de la pared. ¡Así que ábrela y déjame salir!

El visitante estuvo un buen rato en silencio: no miraba a su interlocutor, sino al esqueleto.

—Lo siento —replicó finalmente—, pero esa opción no entra en juego.

—¿Cómo dices?

—No puedo permitirlo... Siéntate tranquilo si no quieres que te lance un *Constricto*. Y ya has comprobado en tu propia piel que tú no puedes competir con mi magia.

Había un deje de jactancia en la voz del visitante, y fue precisamente esa jactancia lo que ayudó a Reynevan a resolver el enigma: desempeñó la función de catalizador, facilitando que la disolución turbia se volviera transparente. Tampoco se puede excluir que fuera el hambre lo que agudizó la percepción de Reynevan.

—Y pensar... —dijo despacio—. Y pensar que he venido a Trosky sin más objetivo que el de encontrarme contigo. Precisamente contigo.

—¿Qué me estás diciendo?

—No soy yo quién para emular tu magia —Reynevan medía cuidadosamente sus palabras—, porque en verdad eres un mago poderoso. Para colmo políglota, en toda la comarca nadie más usa la palabra *oubliette*. Si escapara de aquí por una puerta mágica, si desapareciera misteriosamente, cundiría la alarma: en Trosky, sin duda, se oculta un hechicero. Un hechicero capaz de eludir la protección mágica de la mazmorra. Porque ha sido él mismo el que la ha instalado. He llegado hasta aquí para encontrarme contigo, maestro Rupilius. Para pedirte consejo.

—Te felicito por tu fantasía —refunfuñó el hombre—. Deberías escribir novelas... ¿Qué coño estás haciendo?

—Tengo ganas de mear. —Reynevan se colocó encima del esqueleto y separó las piernas—. ¿Qué pasa?

—¡Apártate de ahí, serás hijo de puta! —chilló el visitante—. Apártate, ¿me oyes? No te atreverás a ensu...

Se calló de repente, se le atragantó la palabra. Reynevan se dio la vuelta con una sonrisa triunfal en los labios.

—Me lo imaginaba —dijo—. No es un familiar ni un amigo, pero el Día de Difuntos viene hasta sus restos provisto de una vela y de muérdago. Y se pone hecho una furia si a alguien le da por mearse en esos restos. Porque era en tus propios huesos donde habría meado, ¿a que sí? Y es que son tus propios huesos los que yacen ahí, maestro Rupilius Silesio, especialista en cuerpos y entes astrales. Fue tu cuerpo el que murió en este calabozo, pero no tu persona. Tú migraste astralmente a una forma física ajena. La forma de alguien cuya alma transplantaste a tu propio cuerpo. Alguien que murió aquí de hambre en tu lugar.

—Parece mentira —declaró después de un largo silencio Rupilius Silesio—. Parece mentira: cuántos jodidos titanes intelectuales se echan a perder hoy en día en las prisiones.

Reynevan llevaba mucho tiempo solo. Demasiado como para saber que era la hora negra, y que roer un mendrugo de pan está especialmente indicado a esa hora. Al desaparecer por la pared, Rupilius Silesio le había dejado en una soledad atroz, con un miedo atroz y sometido a la tortura, aún más atroz, de la esperanza. Ya volverá, pensaba una y otra vez, movido por la engañosa esperanza. No va a volver, me abandonará aquí a mi suerte, se reafirmaba la lógica en su mente, por qué iba a volver, qué gana ayudándome. A aquél que dejan encerrado en la *oubliette* de hecho lo olvidan, lo borran de la memoria...

Por encima centelleó una luz, se oyó un chasquido metálico. Vienen a sacarme de aquí, pensó Reynevan. Aún hay esperanzas... Pero igual a De Bergow se le ha acabado la paciencia, el temor heló la esperanza.

Y ha decidido arrancarme la confesión recurriendo a otros métodos. Me sacan de aquí, pero para arrastrarme a la cámara de torturas...

Arriba hubo un estruendo tremendo, algo rechinó, tintineó, la rejilla se abrió con un chirrido, seguido de un golpe y un crujido. Alguien eclipsó la luz con su cuerpo, de la oscuridad emergió de repente la silueta de la escalera de mano, la estaban bajando.

—Sube, Reynevan —le llegó desde lo alto la voz de Rupilius Silesio—. ¡Deprisa, deprisa!

Yo no le he confesado cómo me llamo, cayó en la cuenta mientras trepaba por los escurridizos travesaños. No le he revelado mi nombre, mucho menos ese apelativo familiar. Éste es telépata, vidente, o bien...

Al llegar arriba, descubrió que era «o bien», precisamente. Y a Reynevan se le escapó un gemido, atrapado en un abrazo que conocía de sobra, y que era propio de un oso.

—¡Sansón!

—Sí, señor: Sansón —confirmó con leve acritud Rupilius Silesio, que estaba a su lado—. Tienes unos camaradas envidiables, muchacho. No están nada mal, nada mal. Y ahora toca moverse, en marcha.

—Pero de qué modo...

—No hay tiempo —le cortó el hechicero—. ¡En marcha! Os espera un largo camino.

Subieron por las escaleras, una vez arriba una puerta de hierro los llevó hasta la cámara de torturas, llena de aparatos y utensilios que helaban la sangre en las venas. En un rincón, apenas visible, había una portezuela que daba a un angosto pasillo. Pasaron por delante de bastantes puertas, Rupilius no se detuvo hasta llegar a la quinta o la sexta.

—¡El Ab! *Elevamini ianuae!*

La puerta se abrió, obedeciendo su gesto y el conjuro bíblico, la franquearon. En la estancia había gran cantidad de cajas y bultos. Rupilius dejó la linterna en uno de ellos, se sentó en otro.

—Vamos a descansar —ordenó—. Tenemos que hablar.

Reynevan se había sentado junto a una caja llena de libros. Limpió un poco el polvo. *Culliyat* de Averroes. *Ars Magna* de Raimundo Lulio. *De gradibus superbiae et humilitatis* de Bernardo de Claraval.

—Éstas son —Rupilius, con un amplio gesto, señaló los bultos— mis posesiones. Libros y cosas así. Cosas necesarias para mis trabajos. Algunas

de esas cosas tienen su precio. La mayoría no. La mayoría no tienen precio. Supongo que sabéis a qué me refiero.

»Tú, Reynevan, eres Toledo. En cuanto a ti, Sansón, no sé del todo quién eres, aunque sin duda tú mismo barruntas la esencia del asunto, lo cual nos va a permitir ahorrar tiempo y esfuerzos. Así que, sin pararme en detalles que, sin ánimo de ofender, os importan un carajo, os diré: Otto de Bergow, que durante diez años fue, además de mi esponsor, un buen señor para mí, de pronto dejó de ser bueno, empezó a exigirme cosas que yo era incapaz de llevar a cabo. O que no quería hacer. Habiendo caído en desgracia ante mi señor, mis días iban a terminar en aquella *oubliette*, condenado a morir de hambre. Conseguí que en la mazmorra concluyera la existencia de mi viejo y querido cuerpo. Y la del espíritu de otra persona, separado del cuerpo, este mismo cuerpo del que ahora me valgo. El transporte se verificó con cierta precipitación, la misma precipitación con la que había elegido el objetivo. El resultado es que ahora en Trosky no soy más que un simple criado. Como tal, no puedo sacar de aquí mis cosas. Unas cosas por las que siento mucho apego. Mucho apego, ¿comprendéis? Os propongo el siguiente trato: yo facilito vuestra fuga del castillo. Vosotros a cambio regresáis aquí en el término de dos años y me ayudáis con la mudanza. ¿Estamos de acuerdo? Vosotros diréis.

—Una cosa primero, maestro Rupilius —dijo Reynevan, acariciando los herrajes de la encuadernación del *Enchiridion* del papa León—. He venido a Trosky para...

—Ya sé para qué has venido hasta aquí —le interrumpió el hechicero—. Ya hemos tenido ocasión Sansón y yo de discutir un poco ese tema. Y ya sabemos bastante.

—Es verdad. —El gigante respondió con una sonrisa a la mirada de Reynevan—. Ya sabemos bastante. No todo. Pero constituye un avance.

—No se trataba de lograr un avance —Reynevan se mordió los labios—, sino de encontrar un procedimiento que permita resolver definitivamente el problema. Tú mismo lo has dicho, Sansón: ya va siendo hora de que vuelvas a casa. Me pediste que hiciera todo lo posible. Y ahora, cuando tenemos esa posibilidad al alcance de la mano...

—¿No me has oído? —Nuevamente, Rupilius le impidió terminar la frase

— He dicho que lo hemos resuelto. Que ya sabemos bastante. Pero no tenemos nada al alcance de la mano, por desgracia. De momento.

—Ya sabíamos alguna cosa. En Praga se ocupó de Sansón Vinzenz Axleben. Un verdadero maestro de maestros. Aseguró que se trataba de algún cuerpo astral. Y de un perispíritu. Un perispíritu... hum... que gira positivamente.

—El perispíritu circulante. —Rupilius torció el gesto—. Bueno, bueno. La verdad es por la hipótesis se reconoce al maestro. ¿Y os explicó el maestro de maestros de qué va realmente?

Lo que es un perispíritu lo sabía cualquiera que hubiera tenido contacto con la magia y las ciencias ocultas. Aunque fuera pasajero. Cualquier adepto a los estudios esotéricos, al poco de empezar su educación, era obsequiado con una larga exposición, realmente intrincada y presentada de un modo particularmente inaccesible, que abordaba la construcción de la existencia humana. El hombre, se seguía de dicha exposición, presenta un aspecto físico, esto es, el cuerpo material, con cuya ayuda reacciona ante el mundo exterior que le rodea. Pero el hombre tiene también un espíritu, formado de éter inmortal. Existe también otro elemento, que une y ensambla el espíritu y el cuerpo, un mediador entre el cuerpo y el espíritu. Se trata de un fluido conocido como perispíritu y bla, bla, bla.

Aunque la cuestión —al menos a primera vista— parecía sencilla, era difícil encontrar a dos magos que tuvieran puntos de vista coincidentes en relación con el perispíritu. Se polemizaba acerca de si el perispíritu es más primitivo o más etéreo, o lo que es lo mismo, de acuerdo con la *Tabla Esmeraldina*, más sutil o más denso. Tampoco estaban de acuerdo en la cuestión de si el perispíritu es más estable o más cambiante. Ni a la hora de decidir en qué cosas influía el perispíritu y en cuáles no.

Existía una teoría que atribuía al perispíritu un papel y unas posibilidades inmensas. Según esta teoría, el perispíritu, siendo por su naturaleza elemento aglutinante del cuerpo material y el alma etérea, decide de antemano tanto la intensidad como la calidad de dicha unión. En otras palabras, le proporciona al cuerpo más o menos alma. Y no hay dos perispíritus iguales. A unos

hombres les concede una proverbial «grandeza de espíritu» que hace de ellos unos artistas. A otros les da una gran capacidad analítica, que los convierte en científicos y descubridores. A otros, asegurándoles el dominio de las almas, los hace caudillos y hombres de estado. A algunos elegidos les permite contemplar lo invisible, asomarse al abismo de los entes astrales, haciendo de ellos grandes magos, espiritistas, profetas y videntes. Y con otros, en fin, aunque tienen alma, el perispíritu se muestra tan roñoso que lo único que pueden hacer es sentarse en la taberna y beberse una cerveza tras otra.

Todo esto, como ya se ha dicho, Reynevan lo sabía hacía ya tiempo, eran conceptos elementales. Sin embargo, después de las investigaciones sobre Sansón llevadas a cabo en Praga, Axleben había recurrido a los términos «perispíritu positivo» y «circulante»: estos conceptos eran propios de las escuelas superiores y los magos del Arcángel se los explicaron con posterioridad a Reynevan. Pues bien, el vínculo entre el perispíritu y el alma era, según la mayoría de las teorías, indisoluble, a diferencia del vínculo con el cuerpo. El perispíritu, sostenían, puede reconocer en cualquier momento que el vínculo del alma con un cuerpo dado no es el apropiado. Y romper ese vínculo. Por lo general, sostenían, el perispíritu realiza esta acción en el momento en que se establece el vínculo, es decir, inmediatamente después del nacimiento o en las primeras semanas de vida del neonato: de ahí la elevada mortalidad infantil. Cuando rompe el vínculo, el perispíritu libera el espíritu y se transporta con él a la esfera etérea, astral, donde permanece eternamente, siendo —al igual que el propio espíritu— hostil al mundo material, ante el cual tiene una predisposición negativa. Ocurre, no obstante, que el perispíritu es capaz de separarse no sólo del cuerpo, sino también del alma. Eso sucede, sostenían, en aquellos casos en que el perispíritu, a diferencia del espíritu, tiene una predisposición positiva ante el mundo de la materia. Tales perispíritus se mueven entonces en una peculiar «zona crepuscular» entre el mundo material y el astral, pendientes de la posibilidad de acoplar algún cuerpo disponible con algún espíritu que se encuentre temporalmente sin adjudicar. Sansón, en su presente forma espíritucorporal, es un ejemplo típico de esa clase de acoplamiento.

El problema reside en que no se conoce si el perispíritu realiza ese acoplamiento al tuntún o si se orienta al hacerlo por alguna clase de lógica: en

definitiva, hoy por hoy no hay nadie capacitado para profundizar en la lógica de dichos perispíritus. Y, mientras no se profundice en esa dirección, no hay nada que hacer. Aquello que ha unido el perispíritu no lo puede romper una criatura mortal.

—Resulta —dijo Reynevan con voz resignada— que estamos en el punto de partida. Hemos recorrido en vano un buen trecho de camino y nos hemos jugado el pellejo en vano...

—Hay otro especialista en los temas que os interesan, y que está a mi altura —el hechicero le interrumpió una vez más—, reside en Granada. Eso está bastante lejos de Trosky. Y los emires de allí no les tienen mucho cariño a los cristianos. Por lo general, los empalan. O los desuellan vivos. A diferencia de Axleben, yo no me considero maestro de maestros, pero algo sé. También sé plantear hipótesis. La mía se diferencia algo de la que ha planteado el maestro de maestros, fundamentalmente en lo referente a lo que es posible y lo que es imposible, a lo que se puede llevar a cabo y lo que no. Todo se puede llevar a cabo, basta con saber cómo.

—Sin ánimo de ofender —en este caso fue Reynevan quien le interrumpió—, pero ya conocemos suficientes hipótesis. ¿Qué hay de Sansón?

—Sansón. —Rupilius no se dignó mirarle siquiera—. Sansón está al corriente de mi hipótesis, que se diferencia en parte de la de Axleben. Es una hipótesis radical y aventurada, lo reconozco, no me sorprendería que no la aceptara y no quisiera intentarlo. Pero, si la acepta, tendrá que esperar. Pretendo llegar al quid de la cuestión, encontrar un método más seguro para una segunda migración, para eso necesito un máximo de dos años. Os preguntaréis por qué os señalo ese plazo y no otro. ¿Tal vez porque prefiero los números pares? Eso nos lleva de vuelta al trato que os había propuesto. Así que os lo pregunto: ¿hay trato?

—Hay trato.

—¿Dentro de dos años?

—Dentro de dos años.

—Vamos pues.

Sansón le amenizó a Reynevan con su relato el fatigoso peregrinaje por angostos corredores y estrechas escaleras. Reynevan ya sospechaba algunas cosas, pero le escuchó de buena gana.

Se habían enterado por pura casualidad de que Reynevan estaba en Trosky y había caído en manos de los católicos. Los husitas tenían un espía en el castillo de Tolstejn, ocupado por los hermanos Jan y Henryk Berka de Dubé. El señor Lotar Gersdorf había ido de visita a ese castillo. Transportando a siete prisioneros. Mientras el señor Gersdorf estaba disfrutando de un banquete con los hermanos, el espía había tenido la oportunidad de hacerles unas preguntas a los prisioneros. Uno de ellos en particular, un *martakuz*, por lo visto, se había mostrado muy locuaz. Y había confesado una cosa muy importante. Como consecuencia de esa información, había sido capturado y encerrado en una mazmorra el hetmán Vojta Jelínek, acusado de traición, espionaje y recurso al crimen en su propio beneficio. En prisión, debidamente estimulado, Jelínek había proyectado luz sobre múltiples asuntos. Entre otros, el caso de Reynevan.

Al enterarse de que Reynevan estaba en Trosky, en poder del señor De Bergow, Jan Capek y los hetmans husitas lo dieron por perdido, no querían ni oír hablar de operaciones de rescate. De modo que Scharley, Sansón, Tauler y Bata tuvieron que hacerse con las riendas del caso.

Tauler siempre tenía la posibilidad de recurrir a su antiguo conocido, el palafrenero. Decidieron, no obstante, que quien iría al castillo no sería Tauler, sino Sansón. Habían observado que a menudo llegaban a Trosky campesinos con provisiones, no sólo agrupados en caravanas, sino también en solitario. Los guardias no ponían pegas, siempre y cuando los visitantes respondieran a la clásica imagen del aldeano: es decir, que fueran muy desaliñados, que olieran a rayos y que tuvieran cara de bobos y de catetos. Sansón Mielles daba el tipo. De maravilla. Provisto a tal efecto de un ganso, un barrilete de manteca y una cesta de setas, hizo su entrada triunfal en el castillo y, confundido entre la multitud, se puso a buscar al palafrenero. Antes de encontrarle, le encontraron a él.

Rupilius Silesio no tardó en enterarse de lo que había ocurrido hacía unos días. De la visita de los señores y caballeros de Silesia y Lausacia, de la venta de los prisioneros. Y de cierto vidente o encantador, encerrado en la

hladomoma. Como estaba seguro de que alguien se preocuparía por el cautivo, Rupilius empezó a fijarse en los visitantes del castillo. Empleando la magia a tal fin. La magia descubrió inequívocamente a Sansón.

—Me dio un vuelco el corazón —reconoció Sansón— cuando me atacó por sorpresa en las caballerizas...

—Y a mí se me paró —Rupilius fue igual de sincero— cuando el agredido me agarró del cuello. Por suerte, nos reconocimos rápidamente...

Ni el uno ni el otro eran demasiado efusivos a la hora de dar detalles. Reynevan no quiso insistir, ya le preguntaría más tarde a Sansón por los pormenores de ese rápido reconocimiento mutuo. De momento siguió escuchando: cómo Rupilius y Sansón Mielles, después de reconocerse el uno al otro, habían decidido liberar a Reynevan de la *oubliette*, y hacerlo sin despertar sospechas de que se había tratado de un sortilegio, es decir, reventando el candado de la rejilla con un martillo de herrero. Ahora, concluyó Sansón en un susurro, iban a dirigirse a un pasadizo secreto que unía el castillo Trosky con los alrededores.

Porque tal pasadizo existía. Y, a pesar de la leyenda que circulaba por ahí, no tenía nada de legendario.

—Vamos, vamos —les apremió Rupilius—. Tenemos que darnos prisa. Hay algo maligno, puedo sentirlo, que se cierne sobre el castillo.

Las escaleras de caracol eran muy empinadas, y los escalones extraordinariamente desiguales. Estuvieron bajando mucho tiempo. Hasta el momento en que una roca maciza y rugosa les bloqueó el paso. No había señales de puertas ni entradas. Para Rupilius, naturalmente, eso no suponía ningún problema.

—¡Yashiel, Vehiel, Baxasoxa! ¡Effetha! ¡*Ecce cecid it panes!*

La pared, como sugería el texto bíblico del conjuro, no se desmoronó, sino que se separó, se descorrió como si fuera una cortina. Detrás de ella había un abismo negro del que salía un olor nada agradable.

—Desde aquí ya podéis seguir solos —les anunció Rupilius Silesio, entregándole la linterna a Sansón—. Es una hora de marcha, no más, así que deberíais estar fuera antes de que amanezca. La lámpara es mágica, os

garantiza luz durante un periodo suficientemente largo, pero os sugiero en todo caso que os deis prisa. Esto es en parte un laberinto, aunque sencillo, en las bifurcaciones se gira siempre a la derecha. Tenedlo presente. No fisguéis en los otros ramales, no paréis mucho tiempo, procurad no tocar donde no haya que tocar. Estad atentos y vigilantes. Ya os lo he dicho: algo maligno se cierne sobre el castillo. Adiós.

—¿Por dónde saldremos?

—Ah. —El mago se dio una palmada en la frente—. Ya se me olvidaba. La salida se sitúa al nordeste del castillo. Cerca de la salida hay un arroyo, si seguís su curso llegaréis a un caserío llamado Ktová. Se encuentra, como quien dice, en la carretera de Zittau... ¿Dónde os esperan los vuestros?

—En los bosques al norte del castillo. Los encontraremos.

—Id con Dios, pues. Cuídate, Sansón. Cuídate, Reinmar, paisano. No olvidéis el trato.

—No lo olvidaremos. Gracias por todo, maestro y paisano... ¿Puedo preguntar de qué parte de Silesia procedes?

—De Poznan, no te jode. Marchaos ya. La linterna es mágica, pero no eterna.

Los pasillos que iban recorriendo eran todos ellos de origen natural, formados por la fuerza de las aguas. Únicamente en el tramo inicial, debajo mismo de Trosky, se apreciaban señales de la injerencia humana. No obstante, las paredes excavadas eran tan rudimentarias y los restos de picos y demás utensilios que se veían en distintos sitios estaban tan oxidados que parecía evidente que allí no se realizaban trabajos de minería desde hacía siglos. El castillo Trosky, que se había empezado a edificar hacia el año 1370, no se había erigido sobre una roca virginal. Nadie discutía que la Dueña y la Doncella se alzaban sobre una antiquísima construcción, que llegaba muy hondo.

A medida que avanzaban, iban disminuyendo las huellas de la actividad minera, hasta desaparecer por completo, cediendo el terreno a las estalactitas, tan naturales como majestuosas, de las que goteaba un agua densa sobre las estalagmitas. El piso se tornó muy irregular, tenían que ir despacio y con gran

precaución. En cierto momento —no era la primera vez— algo crujió bajo el pie de Sansón. El gigante se agachó, iluminó con la linterna. Y suspiró.

Las huellas de la actividad humana habían desaparecido. Pero no las huellas del propio ser humano. O sus restos, para ser más exactos. Allí había huesos humanos diseminados. Y ellos los estaban pisando.

Desde hacía ya un rato Reynevan tenía preparado el periapto *Visumrepertum*, en ese instante lo activó con su mano un tanto temblorosa, y con un conjuro.

No se había equivocado: la caverna subterránea se iluminó con un fogonazo. La luz de la linterna despertó a unas sombras malignas que se movían por las paredes como grandes murciélagos. Con aquella iluminación, las imágenes que cubrían las paredes parecían cobrar vida. Unos meandros en espiral giraban de una manera que daba vértigo, caballos y ciervos se encabritaban, las serpientes se trenzaban y se destrenzaban. Unos hombres con cuernos bailaban.

—Son celtas —dijo Sansón. Seguramente estaba en lo cierto.

—No nos quedemos aquí.

Unas calaveras rodaron entre sus pies con gran estruendo, crujieron unas tibias al ser aplastadas.

La siguiente caverna se abría ante ellos, tenía una bóveda muy alta, tan alta que se perdía en las tinieblas. La luz de la linterna y el resplandor del periapto rescataron de las sombras un nuevo relieve en la roca. Suspiraron al unísono.

Por encima de un túmulo formado por cráneos, asomaba exhibiendo la dentadura y con los ojos desencajados una cara monstruosa, una máscara diabólica, la faz del mismísimo demonio cornudo. Debajo de una pelleja ajada aún relucía la pintura roja, un tanto desvaída, con que habían rociado en su día al ídolo macabro. Por todas partes había huesos humanos apilados.

—Éstos —Reynevan tragó saliva— no son celtas.

—No —ratificó Sansón. Hablaba haciendo un gran esfuerzo, como si estuviera muy cansado—. No nos detengamos. Sigamos, hasta que salgamos de aquí de una vez. Algo maligno se cierne sobre este lugar.

Y sobre toda la zona.

Continuaron, con mucho cuidado de torcer a la derecha, siempre a la

derecha, pero las bifurcaciones se multiplicaban a medida que el pasillo se estrechaba.

Finalmente, el espacio era tan reducido que tenían que avanzar en fila. Por detrás de la pared, Reynevan podía oír claramente el murmullo del agua corriendo.

Podía tratarse del arroyo que había mencionado Rupilius. Llevaban vagando bajo tierra, calculó, bastante más de una hora, tenían que estar ya a una distancia considerable del castillo Trosky, por lo menos a un cuarto de milla, puede que más incluso.

—Me parece —se detuvo de pronto— que he sentido un soplo de aire en la cara... Tapa la linterna. Igual vislumbramos alguna luz...

—No se detecta nada. Afuera todavía es de noche.

El pasadizo se iba haciendo cada vez más angosto. Ya ni siquiera podían ir en fila, tenían que avanzar de costado, paso a paso, primero una pierna, luego otra. Cada dos por tres, Reynevan se rozaba la tripa con la roca, los grandes botones de la almilla se le estaban llenando de raspones. Para Sansón Mielles, con un gálibo sensiblemente mayor, un pasadizo tan estrecho tenía que ser un infierno. Reynevan oía al gigante quejarse y maldecir.

—¿Sansón?

—Sigue, sigue... Estoy detrás de ti...

—¿Podrás pasar?

—Sí... Ya veré cómo... Tú sigue... Encuentra la salida... Avísame... Tiene que estar cerca...

El soplo frío en el rostro de Reynevan se hizo claramente perceptible, también le pareció sentir los aromas del bosque, a abeto, a piñas. Empezó a abrirse paso más deprisa, a realizar movimientos cada vez más impetuosos. Súbitamente, el pasadizo se ensanchó y pudo ver las estrellas. Daba la sensación de que tenía la salida a apenas un paso.

—¡Aquí está la salida! —gritó—. ¡Sansón! ¡Ya estoy fuera! ¡Ya estoy fueee... eeeeeeh!

Perdió pie, con un grito se precipitó hacia abajo. Por suerte no cayó de muy alto, fue a parar a un canchal, los cantos resbaladizos cedían bajo su peso, parecían vivos, se desmoronaban, rodó con las piedras por la empinada pendiente, dio una voltereta por encima del alud, se estampó contra una peña,

al final aterrizó en el musgo, con ambas manos hundidas en el agua espumeante y helada del arroyo.

Y en un instante advirtió que no estaba solo.

Cayó en la cuenta antes incluso de oír el resoplido del caballo, los golpes de las herraduras contra las piedras. Y la voz.

—Reinmar de Bielau. Salud, salud. Pero qué alegría.

Conocía esa voz. La luna, asomando por un pequeño hueco entre las nubes, daba suficiente luz como para que Reynevan pudiera vislumbrar el caballo moro de pelo lustroso y la silueta del individuo que sujetaba las riendas, su cara pálida, de pájaro, brillando en la oscuridad, su melena negra que le llegaba hasta los hombros. Reynevan ya había visto a ese tipo, ya había oído esa voz. Y Jan Smiricky de Smirice le había revelado su nombre. Era Birkart Grelenort, esbirro y mano derecha del obispo. El hombre que mató a Peterlin. Reynevan se quedó petrificado.

—¿Te sorprende? —Los dientes de Treparriscos centellearon—. ¿Qué esté aquí esperando? Conozco este pasadizo desde hace años, pobre imbécil. Sabía que intentarías escapar por aquí. Y ya me habían informado de que estabas en Trosky. Tengo ojos y oídos por doquier. Y te he atrapado, Bielau. Por fin te he atrapado...

Se oyó un chasquido en el canchal, Sansón Mielles bajaba por mitad de las piedras. Como un rayo. O un ángel vengador. De pronto retumbó un trueno, estalló —¡en noviembre!— un relámpago cegador. El caballo de Treparriscos se puso de manos entre relinchos salvajes, el jinete desenvainó violentamente la espada. Y a la vista de Reynevan la arrojó, presa de pánico reculó algunos pasos.

—¡Reayahyah! —bramó—. ¡Bartzabel! ¡Ha Shartatan!

Hubo otro relámpago. Antes de que le deslumbrara, Reynevan pudo ver cómo a Treparriscos se le contraía el rostro en una mueca de terror, cómo apretaba los ojos, cómo hacía unos aspavientos descoordinados. Y de pronto empezó a menguar, a desvanecerse, a transformarse, hasta que por fin echó a volar, en forma de pájaro, chillando salvajemente.

—*Adsuumus!* —se oyó, cerca de allí, y una serie de voces fueron respondiendo a la llamada, unas más próximas, otras más alejadas. Resonaban los relinchos, el eco de los cascos.

—*Adsuumus Adsuumuus!*

—Coge el caballo —dijo Sansón, jadeante, poniéndole en la mano a Reynevan las riendas de la montura negra—. Monta y al bosque...

—¿Y tú?

—No te preocupes por mí. Tenemos que separarnos. Nos reuniremos al alba. ¡Huye! ¡Adelante!

Montó de un salto, Sansón palmeó con fuerza al caballo en la grupa, la bestia relinchó y partió al galope, entre los abetos. Aunque la carrera por el bosque oscuro prometía acabar en catástrofe, Reynevan, aturdido por los acontecimientos, no frenó al caballo, éste, por lo visto, sabía acomodar el ritmo a las circunstancias y sortear los obstáculos. Por detrás, más tarde a los lados, se oía ruido de cascos y unos gritos salvajes. Reynevan se pegó a las crines.

—*Adsuumus! Adsumuus!*

La luna se ocultó por detrás de las nubes, sumiendo el mundo en una oscuridad impenetrable. Sólo entonces Reynevan empezó a refrenar a la montura, sin grandes dificultades. La galopada había dejado extenuado al caballo moro, que resoplaba entre estertores y estaba bañado en sudor. Reynevan lo detuvo, aguzó el oído. Los gritos seguían llenando el bosque. Y los silbidos. El caballo moro soltó un resoplido.

Otro silbido agudo, más cercano. El caballo estiró con fuerza la cabeza y relinchó. Reynevan lo agarró de los ollares, eso no ayudó, el animal se sacudió bruscamente, volvió a relinchar, con más energía.

Comprendiendo que estaba respondiendo a una llamada, Reynevan sin pensárselo dos veces, saltó de la silla, arrancó una rama de un arbusto y fustigó al caballo en las ancas. El caballo se lanzó al galope con un ruido estridente, mientras Reynevan se adentraba corriendo en el bosque. En sentido contrario. Cuanto más lejos mejor. Corría a lo loco, sin reposo, el miedo le daba fuerza y ligereza.

Primero un torrente impetuoso le cortó el camino, después había una loma y un barranco entre rocas de forma extravagante. Vadeó el río sin pensárselo, se empapó hasta los muslos, corrió hacia el barranco. Y de repente cambió de

planes. El barranco constituía una vía de huida demasiado evidente, además podía conducirle a una trampa, a algún *culdesac* sin escapatoria. Empezó a trepar con todas sus fuerzas por la loma, no tardó en alcanzar una cumbre pelada, donde se sentó temblando, agazapado entre dos rocas.

No habían transcurrido tres padrenuestros cuando unos caballos jadeantes agitaron la corriente. Era más de una decena de jinetes con capas negras. Después de cruzar el arroyo, los perseguidores se adentraron en el barranco.

Empezó a clarear por el este. Reynevan tiritaba, le castañeteaban los dientes. La ropa mojada estaba cada vez más tiesa y helada, el frío le mordía como un perro rabioso.

Reinaba un silencio absoluto.

Capítulo decimoprimerο

En el que Reynevan es sucesivamente atacado, salvado, capturado, alimentado y secuestrado, mientras la mandrágora —por obra de cierto cura— se siembra en la vertiente sur de los montes Karkonosze.

Lo único que se movía por allí cerca era una bandada de cornejas revoloteando por encima del bosque. Lo único que se podía oír, los salvajes graznidos de esas cornejas.

No había ni rastro de los jinetes negros, el viento no traía ecos de su *Adsumus*. Se diría que habían perdido su rastro. A pesar de eso, Reynevan tardó mucho en dejar su escondrijo en la colina. Quería estar completamente seguro, sin sombra de duda. La altura le proporcionaba además cierta oportunidad de orientarse en aquel terreno. O sea, en aquel despoblado rocoso y boscoso.

Su colina —o más bien monte— no tenía, sin embargo, suficiente altura como para abarcar con la vista, desde la cumbre, un horizonte demasiado amplio, se lo tapaban otras cumbres más altas. En concreto, no se veían por ninguna parte ni la Dueña ni la Doncella, las torres del castillo Trosky, cuya vista le habría permitido fijar los puntos cardinales.

Desde Trosky, calculó, habrían estado más de una hora caminando bajo tierra, lo que suponía una distancia de un cuarto de milla, aproximadamente. Después la galopada por los bosques, después una larga carrera. Suponiendo que hubiera galopado y corrido en línea recta, habría recorrido en total unas dos leguas, a lo sumo. Así que no podía estar demasiado lejos del lugar por donde había salido del subterráneo, donde lo había sorprendido Grelenort. Donde Sansón...

Grellenort, pensó, se había asustado de Sansón. Birkart Grellenort, el asesino de Peterlin. Un mago capaz de convertirse en pájaro, *timor nocturnis*, demonio que devasta al mediodía, el esbirro del obispo, un esbirro al que temía el propio obispo, como le había asegurado en Praga Jan Smiricky. ¿Y un tipo como ése se caga de miedo al ver a Sansón Mieles, un gigantón con cara de tonto?

También puede ser cierto. Sansón Mieles no es de este mundo. Se dio cuenta nada más verlo Huon von Sagar, se dieron cuenta los magos del Arcángel, se dio cuenta Axleben, se ha dado cuenta Rupilius. Sólo yo sigo tratando a Sansón como a un buen camarada, como a un colega. Tengo un velo en los ojos que me impide ver con claridad.

Suspiró, pero al mismo tiempo se sintió aliviado. Hasta ese momento le habían hecho sufrir los remordimientos de conciencia, el pensamiento de que había obedecido a Sansón y había salido corriendo, dejando a su compañero en peligro. Ahora se daba cuenta de que Sansón podía arreglárselas perfectamente sin su ayuda. Seguro que ha eludido la persecución sin ninguna dificultad, pensó, muy probablemente ya hace rato que se ha unido a Scharley y el resto de la compañía. Con toda seguridad, ya me estarán buscando.

A pesar de lo cual, debo seguir, pensó. La ropa de esta noche aún no se me ha secado, cada vez hay más nubes, está refrescando. Si no me muevo, me voy a quedar dormido y lo mismo me congelo. Si echo a andar, entraré en calor. Aunque no vea a Scharley ni a Sansón, seguro que me encuentro con alguien, con buena gente, y me podré informar. Daré con una senda o un camino, saldré a la carretera, el castillo Trosky se halla cerca de una ruta muy frecuentada, la que va de Praga a Zittau, pasando por Jicín o Turnov. Aunque al sur de Trosky hay otra carretera, una ruta secundaria que lleva a Zittau pasando por Mimon y Jablonné. Conozco esa otra ruta, por allí volvía yo de Michalovice, allí fue donde Jelínek me vendió a los *martahuzy* de Hurkovec. Jelínek... Te voy a arrancar la piel a tiras, canalla...

Rupilius dijo que la salida del subterráneo se encuentra al nordeste del castillo. En las proximidades de la aldea de Ktová, o algo así. Después de salir de la caverna, teníamos que seguir el curso de un arroyo. Ahí mismo está el arroyo. Pero ¿se referiría a ése?

Ese arroyo, en el que se había dado un chapuzón por la noche que por poco no le cuesta un enfriamiento mortal, formaba unos meandros muy cerrados, se perdía entre barrancos sinuosos. Sólo Dios sabía adonde iría a parar. En todo caso, admitió, es el único camino lógico. El arroyo tiene que desembocar en alguna parte. Aun estando completamente perdido, seguir el curso de un arroyo impide que nos movamos en círculo. Las aldeas crecen junto a los arroyos, cerca de sus orillas se instalan los carboneros, los pegueros, los leñadores.

Las últimas reflexiones sobre las ventajas de los arroyos las hizo ya en marcha.

Caminaba muy rápido, todo lo rápido que le permitía aquel terreno tan abrupto. Se cansaba y se quedaba sin aliento, pero así entró en calor, tanto que las ropas mojadas empezaron a soltar vapor y se secaron pronto, ya no sentía aquel frío penetrante de antes. Sin embargo, aunque ya llevaba recorrido un buen trecho, no había encontrado ningún rastro cerca del arroyo, salvo las sendas holladas por los corzos y los agujeros en el barro que habían dejado los jabalíes.

El cielo se cubrió, como había previsto, ya estaba incluso cayendo aguanieve.

De pronto, el bosque empezó a clarear notablemente, por detrás de unos arces que crecían al borde de un calvero, Reynevan divisó el contorno de unas construcciones de madera. Con el corazón en un puño, apretó el paso, una vez en el calvero casi echó a correr.

Las construcciones eran unas cabañas revestidas de corteza, en su mayoría en ruinas. No se veía nada en su interior. Todas las huellas humanas quedaban medio ocultas por la hierba y la maleza. Las astillas y virutas que cubrían partes considerables del terreno estaban ennegrecidas, ni siquiera olían ya a resina. Había un hacha olvidada, clavada en un tocón, toda herrumbrosa. Los leñadores —pues a ellos sin duda pertenecían las cabañas— debían de haber abandonado el calvero hacía ya años.

—¿Hay alguien aquí? —Reynevan prefería asegurarse—. ¡Eh! ¡Eeeeeeh!

Oyó un rumor a su espalda. Se volvió rápidamente, a pesar de lo cual

apenas consiguió entrever vagamente cómo algo desaparecía detrás de la esquina de una cabaña. Algo pequeño. Como un niño.

—¡Eh! —Echó a correr en esa dirección—. ¡Alto! ¡Espera! ¡No temas!

La pequeña criatura no era un niño. Los niños no son greñudos y no tienen cabeza de perro. Ni unas garras que les llegan hasta el suelo. No salen corriendo dando extraños saltos, balanceándose sobre unas patas torcidas y cortas, haciendo mucho ruido. Reynevan se lanzó en su persecución. Hacia una brecha en la espesura que indicaba que por allí había un paso. Y una vereda. Cuando la alcanzó, el monstruo peludo se paró. Se dio la vuelta. Abrió mucho los ojos. Y exhibió los caninos.

—No temas... —Reynevan resoplaba—. No te voy a...

El monstruo —un kobold del bosque, un *waldschrat*— le interrumpió con un fuerte chillido, que sonaba extrañamente burlón. Le respondió un coro de chillidos semejantes. Que llegaban de todas partes. Antes de que Reynevan se diera cuenta de la que había liado, se le echaron encima como veinte más.

A uno le dio una patada, a otro lo derribó de un puñetazo, pero justo después era él quien estaba en el suelo. Los kobolds le cubrieron como piojos. Reynevan gritó, pateó, coceó, golpeó al tuntún, hasta mordió, sin ningún resultado. Cada vez que se libraba de uno, el hueco que dejaba lo ocupaban dos más. La situación empezaba a parecer inquietante. De repente un kobold le hundió las garras en el pelo y las orejas, mientras otro se le sentaba en plena cara, taponándole la nariz y la boca con sus peludas posaderas. Empezó a ahogarse, presa del pánico. Notó cómo unos dientes se clavaban en sus muslos y pantorrillas. Coceaba torpemente, los kobolds se le colgaban de las piernas, no había forma de desprenderse de ellos. Reynevan dio un tirón con la cabeza para sacarla del trasero peludo que le estaba aplastando y soltó un grito. Salvaje, como el de un animal.

Y —como en los cuentos— le llegó la ayuda. De pronto la vereda se llenó de gritos, relinchos, ecos de cascos herrados. El kobold que estaba sentado en la cara de Reynevan salió pitando, también se libró éste del peso en las piernas. Justo encima de él, Reynevan vio el vientre de un caballo y un escarpe de hierro en un estribo, captó de reojo el brillo de una espada, vio cómo salpicaba sangre de una cabeza perruna al ser degollada. Justo a su lado se encogía y se aovillaba otro *waldschrat*, clavado en el suelo por una

rogatina. Alrededor, los cascos de los caballos no paraban quietos, hacían saltar la arena mojada. Alguien maldijo groseramente, alguien se rió a carcajadas. Como si hubiera de qué.

—Levanta —le dijeron desde arriba—. Hemos ahuyentado a esos demonios.

Se levantó. Le rodeaban unos jinetes armados. En medio de ellos había un caballero con armadura que estaba limpiando la sangre de la espada. El mismo que le había mandado levantarse. Reynevan vio el rostro bigotudo, ensombrecido por la visera alzada del bacinete. Aquella cara le sonaba de algo.

—¿Estás entero? ¿No se te han comido nada?

Los jinetes estallaron en una carcajada al ver cómo se llevaba instintivamente la mano a las calzas, desgarradas por los colmillos. El caballero se quitó el casco. Reynevan lo reconoció al momento.

—Pues sí que ha valido la pena —dijo, apoyando el puño en el arzón, Janko Schaff, señor del castillo de Kynast—. Ha valido la pena rondar por esta zona un par de días. Tenía el presentimiento de que conseguirías escapar de Trosky. Reynevan von Bielau.

Descansaron a cierta distancia del camino, bajo un grupo de grandes robles. Algunos jinetes se lanzaron, sin muchas perspectivas de éxito, en persecución de los kobolds. El resto estuvo un rato mirando con asombro los cadáveres, examinándolos, comentando. Finalmente, colgaron de una rama, boca abajo, los cuerpos de los cuatro monstruos muertos, y pajes y sirvientes se encargaron de desollarlos, pues había que presentar pruebas y trofeos de la victoria. Reynevan tenía muy mala cara. No las tenía todas consigo: ¿y si, por un casual, también le arrancaban a él el pellejo? La cara, aparentemente amable, a la vez que maliciosamente taimada, de Schaff no auguraba nada bueno. Reynevan no se dejaba engañar por su estudiada franqueza.

—Has tenido suerte —decía el señor de Kynast— de haber podido gritar y de que te hayamos oído. Si no, lo habrías pasado muy mal. Conocemos muy bien a esos bichos peludos, hay muchos por Karkonosze, ocultos en la maleza. En invierno, azuzados por el hambre, se acercan a los poblados.

Atacan en grupo, devoran el ganado, dejan los huesos mondos. Hay quienes dicen que los paren mujeres de estas montañas, que han copulado con perros. Joder, qué asco. Otros cuentan que son *simiae*, bestias de allende los mares, que antaño criaban los templarios. Y otros opinan que se trata de diablos, escapados del infierno por unos agujeros. ¿Verdad, Zwicker?

—Si es algo malo, vendrá del diablo —contestó un cura que andaba por allí, dirigiendo a Reynevan una mirada especialmente maliciosa desde su capucha—. Y en el pecado llevan la penitencia.

—Será idiota —comentó Schaff en voz baja—. ¡Eh, joven señor de Bielau! Ha pasado el peligro, pero tú no te animas. Has comido, te has cambiado de ropa, y tú sigues igual de raro. ¿Qué es lo que ocurre?

—En Trosky —Reynevan se decidió a dejar las cosas claras— quisisteis comprarme. Ofrecisteis cuarenta sesentenas de grosches de Praga, sabiendo sin duda que, al revenderme, recuperaríais esa cantidad con creces. Me gustaría saber con quién contabais como comprador. ¿La Inquisición? ¿El obispo de Wroclaw?

—Al obispo —Schaff escupió—, que le folle un pez. La Inquisición, igual. Yo quería comprarte con toda mi buena intención. Por amistad.

—¿Amistad de qué? Pero si no nos conocemos.

—Nos conocemos mejor de lo que crees. Tu hermano Peter, que el Señor lo tenga en su gloria, era un hombre decente. A quien estaba en apuros, no le negaba su ayuda. Ni un préstamo. Y cuando nosotros, los Schaff, estuvimos en aprietos, ¿quién nos ayudó? ¡Peter de Bielau!

—Ajá.

—Y ahora, ¿quién la ha tomado con Reinmar, el hermano de Peter? ¿Quién le hace la vida imposible? ¿El obispo? Que se joda, ya lo he dicho. ¿Los Sterz? Los Sterz son unos vulgares bandidos. ¿Juan, duque de Ziebice, cabreado porque Reinmar se ha tirado a su amada ya que ésta prefería a uno más joven y con más marcha? Y, por fin, Johann von Biberstein, señor de Stolz. Se supone que es un gran señor, ¿y que es lo que hace? Para cazar a un noble, fija una recompensa como si se tratara de un esclavo fugado. ¿Y por qué? ¿Por haber seducido a su hija? ¡Por todos los santos! Pero si para eso sirven las doncellas, para eso las ha hecho Dios, para ser seducidas, y para que se dejaran seducir las agració con esa naturaleza putesca. ¿No tengo

razón?

—En Trosky, en cuanto te reconocí —prosiguió Schaff, sin esperar a que Reynevan asintiera—, se me ocurrió: voy a dejar que se salve el chaval, no se lo voy a entregar a las Seis Ciudades, no voy a permitir que los verdugos martiricen encima de un patíbulo al hermano de Peter de Bielau para dar satisfacción a los bajos instintos de la plebe. Voy a redimir al desdichado, pensé...

—Os lo agradezco de todo corazón. Estoy en deuda con vos...

—Cuarenta marcos —Janko Schaff no pareció haberle oído— no es una suma tan elevada, el difunto don Peter nos prestó mucho más en su momento. Y el joven señor Reinmar, libre de las garras de los verdugos lausacianos, pensaba yo, podrá tomarse la revancha. El joven señor Reinmar cuenta además con los quinientos gúldenes que le robó hace dos años al recaudador de impuestos. Sabrá ser agradecido. Y compartir.

—Qué decís, señor Schaff —replicó con fingida indiferencia—. ¿No iréis a hacer caso de las habladurías? Si acabáis de admitir que en Silesia no me dejan en paz, y que se valen de métodos atroces. Que no han dejado de difamarme y calumniarme, que difunden rumores despreciables para que la gente me aborrezca. Porque es una calumnia y un embuste eso de que yo asalté al recaudador. Una calumnia y un embuste, ¿entendéis? Gracias por vuestra ayuda, no la olvidaré. Pero ahora, con vuestro permiso, me despido. Tengo que encontrar a unos compañeros que...

—No tan deprisa. —Con la mirada y con el gesto, Schaff hizo una señal a sus hombres, que de inmediato se acercaron a ellos—. No tan deprisa, señor de Bielau. ¿Ya quieres despedirte? ¿Tan pronto? ¿Dónde está la gratitud? En Trosky no llegué a pagar por tu rescate, pero también cuentan las buenas intenciones. Y de los monstruos del bosque sí que te he salvado, no me lo negarás. De no haber sido por mí, estarías apañado. Así que, a la hora de dividir los gúldenes del recaudador, yo me llevo trescientos y tú el resto. Es lo más justo.

—¡No asalté al recaudador y no tengo ese dinero!

—De lo que tienes o dejas de tener, y de dónde lo tienes —Schaff entrecerró los ojos—, ya tendremos ocasión de hablar. En Kynast. Que es a donde vamos. Si me das tu palabra de caballero de que no vas a intentar

escapar, no mandaré que te aten. Además, ¿adónde ibas a ir? Los bosques están infestados de criaturas infernales. De Bergow seguro que te sigue los pasos. También está al acecho por la zona Ulrich Biberstein, que te odia a muerte. Conmigo no tendrás queja. Estoy dispuesto a dejarte una parte del dinero del recaudador, yo sólo me quedo con... Sólo con cuatrocientos gúldenes. Por eso...

Antes de que el señor de Kynast pudiera precisar más, el periapto Visumrepertum se activó en la mano de Reynevan. De forma automática.

La magia que había activado el amuleto era tan intensa que Reynevan no tuvo la menor dificultad en determinar su dirección. Sorprendiendo tanto a Schaff como a sus hombres, abandonó de un salto la pista y cayó detrás de unas matas de enebro, pasó por encima de un árbol tumbado y sin pensárselo dos veces se lanzó contra un encapuchado que estaba agazapado detrás del tronco caído. De un puñetazo le tiró de las manos un cofrecillo que recordaba a un pequeño relicario, le dio una patada, un golpe en la nuca y otro más en el oído. Cayó la capucha, brilló una tonsura. Reynevan le habría seguido sacudiendo, pero los hombres de Schaff le dieron alcance y le sujetaron con fuerza.

—¿Qué demonios hacías? —gritó Schaff—. ¿Qué mosca te ha picado? ¿Te has vuelto loco?

—¡Mirad lo que tenía! —Reynevan gritó aún más fuerte—. ¡Preguntadle qué estaba haciendo!

—¿De qué hablas? ¡Es el padre Zwicker! ¡Mi capellán!

—¡Es un traidor! ¡Esa caja es un comunicador mágico! ¡Estaba enviando una señal, quería contactar mágicamente con alguien! ¡Atraerle hacia aquí! ¡Y yo ya sé a quién!

Schaff se acercó al cofrecillo, caído en el suelo, pero se retiró bruscamente al oír una vibración, como un zumbido. Sin pensarlo, de un fuerte pisotón aplastó la caja, haciéndola migas con el talón. El capellán, al verlo, reprimió un grito.

—¿Me puedes explicar —Schaff se le acercó— qué es esto, Zwicker?

—¡Yo puedo explicarlo! —gritó Reynevan, sujeto aún por los soldados—. ¡Este cura me ha estado traicionando a mí, a mí! Me ha echado encima a mis perseguidores, por su culpa estuvieron ayer a punto de darme alcance.

¡Preguntadle por Birkart Grelenort, hechicero! ¡Preguntadle desde cuándo le sirve, desde cuándo le pasa información! ¡Desde cuándo os traiciona!

—Birkart Grelenort —repitió con furia Janko Schaff, agarrando al capellán de la ropa, por debajo del cuello—. El hombre de confianza del obispo. ¿Es verdad eso? ¿Sí? ¿Le informas? ¿Con ayuda de embrujos informas al obispo? ¿De todo lo que digo, de todo lo que hago, de todo lo que pienso? ¿Me has vendido?

El capellán apretó los labios, volvió la cabeza.

—Responde a la acusación, cura. Defiéndete. Jura que eres inocente. Que eres un servidor fiel. Que te ganas con lealtad el pan que, por mi bondad, te alimenta. ¡Y cada grosch que, generosamente, te permito sisar!

El sacerdote no decía nada. Schaff lo atrajo hacia sí. Después, de un empujón, le tiró al suelo.

—Atad a esta escoria —ordenó—. Ya se entenderá con el verdugo.

—¡Apóstata! —chilló Zwicker desde el suelo—. ¡Impío! ¡No eres tú mi señor, no es a ti a quien sirvo! ¡Sirvo a Dios y a quienes actúan siguiendo sus mandatos! ¡Te alcanzará su mano, criatura del diablo! ¡Y mi martirio será vengado! ¡Conocerás la furia de mis señores, aullarás de terror como un perro cuando de noche te den caza los caballos negros! ¡Y tú, Bielau, maldito canalla, por muy lejos que vayas no podrás esconderte! ¡Tienes un sitio reservado en el infierno! ¡Y aquí, en la tierra, probarás el sabor de la tortura! Te arrancarán...

Uno de los soldados le hizo callar de una buena patada. El capellán se encogió, se quedó sin aire.

—¡Montad! —ordenó Janko Schaff, sin mirarlo—. ¡En marcha!

La comitiva de Schaff constaba de nueve jinetes: dos burgmanos, dos armiguers, tres tiradores y dos lacayos armados. Tenían que ser más cuando llegaron a Trosky. Además, no estaban con ellos los siete cautivos que le habían correspondido a Schaff en el reparto: seguramente la escolta se había dividido, y la otra parte se los había llevado hacia la frontera de Silesia. Allí los únicos prisioneros eran Reynevan y el capellán. A Reynevan —a diferencia del sacerdote— no le habían amarrado las manos ni le habían

trabado los pies por debajo del vientre del caballo. No había tenido más remedio que dar su palabra de caballero de que no iba a intentar huir, jurando por su honor y por la cruz. Naturalmente, tenía intención de escapar en cuanto se le presentase la ocasión, pero Scharley habría estado orgulloso de él: en el momento de perjurar no le había temblado ni el gesto ni la voz. Tampoco es que él creyera demasiado en eso. Pero Schaff no era tan ingenuo, sin duda ya había tenido algún problema con los juramentos. Y con gente de la calaña de Scharley. Reynevan no iba atado, pero alguien iba tirando de las bridas de su caballo y el ballestero que cabalgaba a su espalda no le quitaba el ojo de encima. Y no dejaba de apuntarle.

Iban a buen ritmo, sin distraerse, derechos hacia el norte, hacia las montañas. La vereda atravesaba una comarca salvaje y despoblada, era evidente que Schaff evitaba a propósito los caminos y vías principales. Reynevan no conocía la región de Karkonosze y estaba completamente perdido. Pero ya sabía cuál era su destino: el castillo de Kynast, próximo a Jelenia Góra. Eso estaba en la vertiente silesia de los montes. Cabía suponer, en consecuencia, que se dirigían hacia algún paso. Reynevan no sabría decir cuál.

Como ya se ha dicho, conocía muy mal los montes Karkonosze y su entorno, pero sí había tenido ocasión de oír algunos relatos sobre el castillo de Kynast. Lo que sabía de ese sitio era suficiente para estar intranquilo. Envuelta en numerosas leyendas, la antiquísima fortaleza se alzaba en la cumbre de una alta y escarpada montaña, dominando un abismo insondable, cubierto, al parecer, de huesos humanos. Para que nadie se llamara a engaño, lo llamaban el Valle del Infierno. El castillo actual, construido por Piastas de la rama de Jawor y Swidnica, había pasado a manos del renombrado Gocze Schaff, burgrave de Jelenia Góra, hacía cincuenta años, más o menos, incorporándolo a su ya rico patrimonio. A su muerte, un hijo suyo había heredado el castillo. Janko, precisamente. Otro hijo, Gocze júnior, era el señor del vecino castillo de Greifenstein. Los dos hermanos, conjuntamente, gobernaban la comarca, incluido un trecho de una importante ruta comercial a lo largo del curso del Bóbr.

La genealogía y los bienes de la familia Schaff le importaban más bien poco a Reynevan. Pero no era el caso del castillo de Kynast. Los espantosos

relatos sobre la fortaleza seguramente se podían incluir, en su mayoría, en la categoría de los cuentos, pero un hecho era cierto: Kynast era una fortaleza en la que era difícil entrar, y de la que era aún más difícil salir. La huida, si quería tener éxito, tenía que intentarla lo antes posible, de camino hacia allí.

También había otra razón muy importante.

El piso de la senda estaba todo levantado, el musgo del claro que la bordeaba había sido arrancado por numerosas pisadas de caballos. Los hombres de Schaff formaron un círculo, vigilantes, empuñando sus armas. Los tiradores tensaron las ballestas, observando con mucha atención el camino y la linde del bosque.

—Aquí ha habido una buena refriega —juzgó el guía rastreador del grupo, Gwido Buschbach, un tipo bajo, rechoncho y no demasiado joven para ser armiguer—. Unos treinta caballos. Han combatido y luego se han dispersado. Ayer, a juzgar por las boñigas de los caballos.

—¿Quién ha combatido con quién? —preguntó Schaff— ¿Hay algún indicio?

—Sólo esto. —Buschbach se encogió de hombros—. Colgaba de una rama. No nos va a decir mucho.

—Puede que sí —se animó a intervenir Reynevan, algo pálido, mirando el jirón de tela negra—. Ya nos lo ha dicho. Yo sé quién suele llevar esta clase de capas.

—Y, entonces, ¿a qué esperas? ¡Habla!

—Os va a costar creerlo.

—Eso es cosa mía.

Janko Schaff escuchó la historia de Treparriscos y los jinetes negros muy concentrado, con el ceño fruncido. Aunque Reynevan cortó y censuró su relato convenientemente, el señor de Kynast no le encontró ninguna pega. En varias ocasiones Reynevan detectó un brillo en sus ojos que podía dar fe de que el caballero ya había oído hablar de jinetes negros y comerciantes asesinados, lo mismo que del terror de la noche, del demonio que devasta a

mediodía y de otras excentricidades mencionadas en el salmo noventa.

—La Compañía de la Muerte —rezongó—. Unos jinetes en caballos negros. O sea, los mismos con los que me asustaba el cura. Aquí han atacado a alguien. Me gustaría saber a quién.

—El señor de Bergow seguramente habrá mandado gente en mi persecución —recordó Reynevan, sin darle importancia—. El señor Biberstein, también...

—Ya lo sé —le cortó Schaff—. Los cazadores te persiguen. Y Grelenort y sus jinetes negros persiguen a los cazadores. Para arrebatarnos la presa. Tú eres su objetivo. Se trata de ti.

—Sin duda. Por eso, creo que...

—¿Qué tendría que dejarte marchar? —El amo y señor de Kynast sonrió como un lobo—. ¿Pensando en mi propia seguridad? Buen intento, Bielau, buen intento. Pero esos numeritos conmigo...

—Al menos, estad bien atentos...

—No me des lecciones.

Todo el asunto tuvo consecuencias fatales para el cura Zwicker. Abrumado a preguntas en presencia de Schaff, el sacerdote apretó los dientes y no dijo ni palabra. Ni siquiera cuando se llevó un par de guantazos.

—¡Bielau! —le llamó Schaff con un gesto—. Has demostrado que entiendes de hechicería. Dime: ¿crees que es posible que el cura, aunque esté encadenado, consiga mediante algún embrujo que se nos eche encima ese Grelenort?

Reynevan abrió los brazos, se encogió de hombros. Fue suficiente para Schaff. Echaron una soga por encima de una rama horizontal, y antes de acabar un avemaria el capellán Zwicker colgaba del árbol, encogiéndose y estirando las piernas convulsivamente. La comitiva lo contemplaba con cara de aburrimiento.

—Habrá que pasar por aquí dentro de un tiempo —dijo Gwido Buschbach—. El cura se ha meado, ¿veis? Lo mismo crece aquí mandrágora.

A Schaff, desde luego, no hacía falta darle lecciones de cómo se actúa en situaciones de peligro. Siguieron avanzando por pistas en el bosque, evitando

con sumo cuidado los caminos más trillados. Se movían despacio, precedidos siempre por una avanzadilla: Gwido Buschbach con un tirador. A los demás el señor de Kynast les ordenó tajantemente que guardaran silencio y estuvieran ojo avizor. El destacamento empezó a tener un aspecto tan aguerrido que Reynevan casi dejó de tener miedo de Treparriscos: ya ni siquiera se encogía en la silla cada vez que un pájaro graznaba o pasaba volando por encima de la vereda.

Pero todas las espadas tienen dos filos. Con tanta vigilancia, la huida era impensable.

Y, sin embargo, Reynevan no hacía más que pensar en ella.

La primera noche la habían pasado en una colonia abandonada que los mineros utilizaban para extraer y fundir la mena en verano. Para la segunda noche, poco después de vadear un río llamado Mumlava, Gwido Buschbach les eligió una pequeña aldehuela de montaña, un rincón de mala muerte apartado del mundo, un agujero en una profunda sima conocida como Mumlavské Údolí. Reynevan se quedó con el nombre, que salió a relucir en la conversación de Schaff con el jefe del poblado, un hombre canoso, muy barbudo, que recordaba a un glotón. El Glotón estaba muy asustado, muerto de miedo, tanto que a Schaff le dio lástima de él. En lugar de atenerse a sus hábitos de caballero, y ponerse a vociferar y a darle patadas, decidió representar el papel de señor bueno y generoso. Al Glotón, agraciado con un puñado de calderilla, se le iluminó la cara y en su peluda jeta se dibujó una sonrisa tan amplia que daba miedo. Enseguida invitó al caballero a que se dirigieran a su cortijo, y de camino le fue explicando, entre balbuceos, por qué estaba tan asustado y qué era lo que tenía aterrada a toda la aldea. Por ahí mismo pasaron volando, contaba, daba miedo verlos, un miedo espantoso, y eran tantos, a caballo, armados, no sé cuántas veces pasarían aquellos demonios... ¡Ayayay, que el Señor nos coja confesados! Determinar cuándo había tenido lugar exactamente aquella horrible cabalgada llevó su tiempo, al final parecía que había sucedido la antevíspera por la noche, y la víspera ya de madrugada. Describir a los jinetes y precisar de qué color iban vestidos desbordaba ya las posibilidades del aldeano.

Schaff estaba de un humor de perros, se mordía el bigote... Pero de pronto le cambió la cara. A todos les cambió. Del cortijo del Glotón les

llegaba algo increíblemente agradable, divina y deliciosamente apetitoso, tierna y nostálgicamente hogareño, dulce y conmovedoramente maternal: les llegaba un aroma que todos tenían profundamente grabado en la memoria, asociado a todo lo hermoso, bueno y alegre, que invitaba a sentarse a la mesa y llorar de alegría. Dicho de otro modo, y en pocas palabras: de la cabaña salía un olor a manteca fundida y a carne y cebolla fritas. A Schaff, a sus matones y a Reynevan se les saltaban las lágrimas y todos salivaban con el ímpetu de un torrente de montaña.

—Manteca de gorrino —aclaró el Glotón—. Porque, señores, ya es hora de...

El señor de Kynast no le dejó terminar. Se llevó la mano al portamonedas. Viendo las monedas en su mano, el infeliz casi se cae de culo, se quedó boquiabierto, por un momento dio la sensación de que iba a ponerse a dar gritos. Pero enseguida se controló.

—Por favor... —resopló, guardándose el dinero entre las ropas—. Sírvanse los señores...

—Ésos que, al parecer, pasaron por aquí —Janko Schaff ahuyentó a una gallina de la mesa— podrían ser los Jinetes Negros, la Compañía de la Muerte. Pero también podrían ser hombres de Biberstein. O de Trosky, a las órdenes del señor de Bergow... ¡Lo que nos faltaba! No contaba con que fueran tan tenaces. Con que tú les importaras tanto, Bielau.

—Y en caso de que... —Werner Dorninger, uno de los burgmanos de Kynast, le dirigió una mirada siniestra a Reynevan—. Y en caso de que, no lo quiera Dios, nos den alcance... ¿vamos a pelear por él o qué?

—Lo que sea —le cortó Schaff—, será. Y será lo que yo decida. ¿Queda claro?

Se habían puesto morados de tajadas de cochino fritas en manteca, y estaban que no podían moverse, parecía al principio que no les iba a caber nada más. Esperaron hasta el momento en que la señora empezó a sacar del caldero los *jitmice* que ya estaban listos, o sea, higadillos, morcillas y callos rellenos de grano. En cuanto se enfriaron lo justo, se lanzaron al ataque como lobos.

—Bendito sea Dios... —Dorninger se aflojó el cinturón, dos agujeros—. Hacía mucho que no probaba unos *jitmice* como éstos... Ja, comería más,

pero primero tengo que visitar el pajar.

—Ponte la zamarra —le aconsejó Ralf Moser, el otro burgmano de Kynast, asomando desde el zaguán, donde se estaba sacudiendo la nieve del gorro y los hombros—. Está nevando ahí fuera. Y sopla fuerte el viento, como si alguien se hubiera ahorcado.

—Y tanto. —Schaff enseñó los dientes—. Como que Zwicker se ha colgado. Que no lo haya hecho él solo, por su propia voluntad, eso no tiene por qué saberlo el viento.

—Ese cura... —Moser se atragantó con el vapor y el humo, tosió—. Ese cura nos sigue jorobando desde la tumba...

—Más bien nos ayuda —le contradijo Gwido Buschbach, apartando de un puntapié a un chivo inoportuno que intentaba mordisquearle la caña de la bota—. Porque si alguien nos tiene echado el ojo, puede muy bien adivinar hacia dónde nos dirigimos. Pueden tendernos una emboscada en las brañas de Kruhonos, al pie del monte Szrenica. Pueden esperarnos en las peñas de Borówczane. Puede que prefieran alcanzarnos arriba, donde nace el Szklarska, antes de que llegemos al valle del Wrzosówka... Pero con ventisca y temporal, si Dios quiere, igual podemos pasar... Un poco más de callos...

—A mí también. Por San Mauricio, patrón de los caballeros. Qué cosa más rica. ¿Ya no queda?

—Sí queda, sí, mi buen señor.

—Aquí tenéis, buen hombre, algunas monedillas... ¡Eh! Y tú, Bielau, ¿adónde vas?

—Tengo que ir al pajar.

—Ve con él, Moser. No se le vaya a ocurrir alguna estupidez.

—Pero si acabo de venir del frío —protestó el burgmano—. ¿Y adónde va a ir? ¿Con este tiempo, en plena ventisca? ¿Entre lobos y monstruos? ¿Para perderse? ¡Ni que fuera idiota!

—He dicho que vayas.

Con ventisca o sin ventisca, con lobos o sin lobos, a Reynevan le daba igual. Tenía que escapar, y aquélla era su única oportunidad. Ahora, en plena

noche, cuando Schaff y sus hombres estaban ahítos, apáticos y soñolientos. En la oscuridad del zaguán, mientras Moser cambiaba algunas palabras y chistes verdes con Dorninger, que estaba de vuelta, Reynevan cogió su zamarra. Y una pesa de buen calibre, de una balanza que había allí.

El patio lo recibió con frío y ventisca. Y con tinieblas. Llegaron al pajar casi a tuestas.

—Ten cuidado —le advirtió Moser, que iba por delante—. Hay un arado por aquí cerca...

Se tropezó, cayó con estrépito. Cuando, echando sapos y culebras, se incorporó apoyándose en las manos, Reynevan ya se le echaba encima, con el peso en la mano, ya estaba a punto, a punto, de levantar la mano para atizarle al infeliz en la nuca. En ese momento, sobre el fondo de un montón de estiércol cubierto de nieve, pasaron fugazmente unas sombras, se oyó un golpe sordo. Moser soltó un gemido y cayó de bruces. Acto seguido, en los ojos de Reynevan resplandecieron cien luces, y en su cabeza retumbaron cien truenos. El patio, la cabaña, el granero y el montón de estiércol empezaron a bailar, con un frenético taconeo, mientras el cielo y la tierra se cambiaban de sitio repetidamente.

No llegó a caer, varios pares de brazos poderosos le sostuvieron. Le cubrieron la cabeza con un saco basto. Le ataron las manos. Le echaron en la silla de un caballo que no paraba de cocear y resoplar. Enseguida el caballo se lanzó al galope, golpeando las piedras con los cascos. A Reynevan le castañeteaban los dientes, resonando por debajo del saco, tenía miedo de morderse la lengua.

—¡En marcha! —ordenó alguien con la voz ronca y repulsiva—. ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Al galope!

El viento aullaba y silbaba.

Capítulo decimosegundo

En el que Reynevan regresa a Silesia, Con una esperanza de vida tan larga como la de una cachipolla del género Ephemera, pero, a pesar de todo, con un nuevo motivo para vengarse.

Cuando, de un brusco tirón, le quitaron el saco de la cabeza, Reynevan se contrajo y se encogió, apretó los párpados, torciendo el gesto: la deslumbrante blancura de la nieve le había cegado dolorosa y completamente. Notó un olor a humo y a sudor de caballo, oyó coces, resoplidos y relinchos, el tintineo de las guarniciones, murmullos. Comprendió que estaba en medio de un grupo numeroso de gente.

—Felicidades —oyó, antes de poder ver nada—. Felicidades por la exitosa caza, señor Dachs. ¿Ha sido difícil?

—No mucho —contestó a su espalda una voz conocida, ronca y colérica, aunque ahora parecía un tanto servil—. Otras veces ha sido más difícil, honorable don Ulrich.

—¿Y alguno de los hombres de Schaff ha sufrido algún daño? ¿Ha habido algún herido?

—Nada que no se cure con linimento.

Reynevan abrió los ojos con precaución.

Estaba en una aldea relativamente grande, sobre los techos de paja de las cabañas, heniles y hórreos se levantaba la torre de una iglesia. Los jinetes ocupaban la calle, no habría menos de cuarenta caballos. Había en el grupo unos caballeros de armadura blanca. Había estandartes. Entre éstos, uno dorado con un asta de ciervo de gules. De todos modos, antes incluso de ver el escudo, Reynevan ya se había imaginado de quién le tocaba ahora ser

prisionero.

—¡Levanta la cabeza!

Ulrich von Biberstein, señor de Frydlant y Zary, tío de Nicoletta, se alzaba a su lado, como una montaña, en su brioso corcel.

En lugar de asustarse, se sintió aliviado. De que no fuera Birkart Grelenort.

—¿Sabes quién soy?

Asintió escuetamente con la cabeza, al principio no le salía la voz, alguien podía tomárselo como una descortesía. El tipo de la voz colérica le soltó un puñetazo en los riñones. A éste también lo había visto Reynevan en Trosky. Nikolau Dachs, se acordó. Vasallo de los Biberstein. Burgrave de algún castillo. Se le había olvidado de cuál.

—Sí... Sí sé quién sois, señor Biberstein.

Ulrich Biberstein se enderezó en la silla, levantándose aún más al hacerlo. El puño, envuelto en un guantelete de acero, lo tenía apoyado en la escarcela de su armadura de Núremberg.

—Tendrás tu merecido por lo que hiciste.

No contestó, arriesgándose a llevarse otro golpe. Pero esta vez Nikolau Dachs se mostró indiferente.

—Preparadlo para el camino —ordenó Biberstein—. Proporcionadle ropas más abrigadas, no se vaya a congelar. Tiene que llegar a Stolz sano, salvo y en plena forma.

Del grupo de caballeros que se habían mantenido junto a las cabañas, tres se acercaron al paso. Dos de ellos llevaban armadura completa, de esas blancas que se estilaban últimamente, con las hombreras y brazales del lado izquierdo reforzados y ensanchados, lo que permitía prescindir por completo del escudo. El tercero, más joven, no iba acorazado, llevaba únicamente bajo la pelliza un gambesón guateado, algo sucio. Reynevan lo reconoció enseguida.

—¡Las vueltas que da la fortuna! —bufó con desdén Nikel von Keuschburg, hasta hacía poco prisionero en el castillo de Michalovice—. ¡Hoy por ti, mañana por mí! ¿Cómo lo ves, mi señor hereje? ¡Yo ahora estoy libre, han pagado mi rescate! ¡Y tú encadenado! ¡Con la soga al cuello! ¡Y en breve el verdugo te va a achicharrar!

Tras obligar a su montura a zapatear, el jovencito se aproximó. Tenía el propósito evidente de abrirse hueco con el caballo entre el señor de Frydlant y Reynevan, pero se lo impidió, cerrándole el paso, Nikolau Dachs.

—¿Con qué derecho —gritó Keuschburg— os lleváis a este prisionero, señor Biberstein?

Ulrich von Biberstein hinchó los carrillos, no tenía ninguna intención de responder. El joven enrojeció de ira.

—¡Mal ejemplo estáis dando! —se desgañitó—. ¡Ejemplo de egoísmo! ¡Por una oscura venganza familiar, por una pendencia privada, por un mezquino ajuste de cuentas, ponéis en peligro al país! ¡Es una actitud vergonzosa! ¡Vergonzosa!

—Señor Foltsch —le interrumpió Biberstein con voz sosegada—. Sois una persona seria, conocida por su prudencia y sus sabios consejos. Aconsejadle pues a este mozalbete que cierre el pico.

Keuschburg se llevó la mano a un costado, pero uno de los jinetes le agarró de la mano con su guantelete de acero, y le apretó tanto que el mozo se retorció en la silla. Reynevan sospechaba quién sería aquel Foltsch. Se acordó de las historias que había oído contar en Michalovice. Hans Foltsch, del castillo de Roimund. Condotiero de Zgorzelec.

—¿Cómo voy a aconsejarle nada —habló despacio Foltsch— si tiene razón? Tu prisionero, don Ulrich, es un husita de alto rango, conmitón de los más destacados hetmans de por aquí, uña y carne de todos ellos. Por fuerza tiene que estar al tanto de sus propósitos heréticos y sus planes secretos. Estamos en guerra, y en la guerra se impone quien adivina las intenciones del enemigo. A este prisionero habría que conducirlo a Zgorzelec o Zittau, para tirarle de la lengua y sacarle poco a poco, sin prisa, todo lo que sabe. Por eso digo: entregádnoslo. Por el bien del país, renunciad a ese ajuste de cuentas y ponedlo en nuestras manos.

Ulrich von Biberstein miró a la izquierda, después a la derecha: atentos a sus miradas, los caballeros, *junkers* y soldados se movieron, acercándose cada vez más con sus caballos. Un escudero se aproximó a Nikolau Dachs, que estaba al lado de Reynevan, con un imponente *bidenhünder*, sosteniendo la espada de modo que Dachs tuviera fácilmente a su alcance la empuñadura de doce pulgadas. Hans Foltsch vio todo aquello.

—Y, si no me da la gana de renunciar —dijo espaciadamente Ulrich von Biberstein, con el puño apoyado en un costado—, ¿entonces qué? ¿Me vais a atacar? ¿Por el bien del país?

Foltsch no pestañeó. Pero los burgmanos de Roimund y los jinetes de Zgorzelec espolearon a los caballos, se desplazaron, situándose en frente de la formación de los hombres de Biberstein. Los superaban en número, advirtió Reynevan. En ambos lados, las espadas ya rechinaban en sus fundas, pero la calma de Hans Foltsch aplacó a todos.

—No, señor Von Biberstein —dijo con frialdad el condotiero de Zgorzelec—. No os vamos a atacar. Porque eso haría muy felices a nuestros enemigos. Porque, cada vez que nos enfrentamos, los husitas se frotan las manos. Yo ya os he dicho lo que tenía que decir.

—Y yo os he escuchado. —El señor de Frydlant alzó la cabeza—. Y ya hemos terminado. Salud. Señor Foltsch. Señor Wamsdorf.

Keuschburg, desdeñosamente omitido en la despedida, palideció de rabia.

—¡No hemos terminado! —chilló—. ¡No hemos terminado, de eso nada! ¡Así no quedarán las cosas! Rendiréis cuentas, señor Biberstein. ¡Si no puede ser ante un juez, será sobre tierra pisada!

—A quienes me amenazan con llevarme a juicio —Ulrich Biberstein levantó la voz— acostumbro a tratarlos a palos, como a vulgares lacayos. Así que refrénate, rapaz, si le tienes cariño al pellejo de tu espalda. No sobre tierra pisada, sino aquí mismo, sobre el barro, haré que te azoten. ¡Mocoso! ¡Tú que te has creído, sólo porque tengas intención de emparentar con los Dohna? ¡Aunque tu mujercita sea del linaje de los Dohna, tú no dejarás de ser quien eres! ¿Cómo pretendes formar parte de la rancia nobleza, hijo de unos menestrales del obispo de Merseburgo? ¡Eres patético!

Keuschburg pasó de pálido a colorado, como una remolacha cortada en dos, parecía que fuera a echarse encima de Biberstein con las manos desnudas. Foltsch le cogió de un brazo, el otro caballero, llamado Wamsdorf, sujetó el caballo de las riendas, a la altura del freno. Pero el resto de los hombres de Zgorzelec estaban ansiosos por combatir. Alguien gritó, alguien le secundó, relumbraron las espadas y las hachas. Los caballos, espoleados, relincharon. También en manos de los soldados de Biberstein brillaron las armas. Nikolau Dachs blandió la *bidenhänder*.

—¡Quietos! —gritó Hans Foltsch—. ¡Quietos, maldita sea! ¡Enfundad las armas!

Los de Roimund y los de Zgorzelec le obedecieron. De mala gana. Los caballos bufaron, mientras pisoteaban la nieve, embarrándola.

—Largaos de aquí —dijo Ulrich Biberstein con hostilidad—. Seguid vuestro camino, señor Foltsch. Pero ya. Antes de que la cosa pase a mayores.

La nieve se derretía a velocidad de vértigo, bastaba con ese escaso sol que se abría paso entre las nubes. El viento se calmó. Ya no hacía tanto frío.

Había vuelto el otoño.

Szklarska Poreba: Reynevan ya se había enterado, atento a las conversaciones, del nombre de aquella aldea con iglesia, medio despoblada, donde el destacamento de Flotsch y Wamsdorf se perdió de vista, adentrándose en un desfiladero que conducía al paso de Santiago, que separaba, por lo que le había oído decir a alguno, los montes Karkonosze de los Jizerské. Nikolau Dachs estuvo siguiéndolos un rato con la vista, con aire preocupado, le dijo algo a Biberstein, señalando ya a los que se alejaban, ya a Reynevan. Biberstein hinchó los carrillos, dirigió una mirada maliciosa a su prisionero, sacudió la cabeza. Después dio una orden. Dachs se inclinó.

—¡Señor Liebenthal! —llamó, dirigiéndose al grupo—. ¡Señor Stroczil, señor Priedlanz, señor Kuhn! Haced el favor de venir aquí.

Los cuatro caballeros salieron del grupo, se acercaron a él, con curiosidad, pero con evidente desgana. Algo que Dachs no se tomó a mal.

—Nuestro señor Ulrich von Biberstein ordena que llevemos a este criminal —señaló a Reynevan— a Silesia, al castillo de Stolz, y que una vez allí se lo entreguemos a su hermano, don Johann Biberstein. Al prisionero hay que entregarlo antes de cinco días, es decir, el lunes como muy tarde, porque hoy estamos a jueves. Hay que entregarlo sano, salvo e intacto. El señor Biberstein ha decidido poner al frente de la escolta al señor Liebenthal. Pero todos respondéis con vuestras cabezas por el prisionero y por el cumplimiento de las órdenes. ¿Estamos? ¿Señor Liebenthal?

—¿Y por qué nosotros precisamente? —preguntó con aspereza el tal Liebenthal, frotándose la barbilla partida, negra por la barba incipiente—. ¿Y

por qué sólo cuatro?

—Porque así lo ha ordenado el señor Ulrich. Y porque así se lo he aconsejado yo.

—Os lo agradecemos de todo corazón —dijo sarcásticamente otro de los miembros de la escolta, que llevaba un gorro de castor ladeado—. O sea, hay que conducirlo a Stolz sano y salvo. Y, si no, respondemos con la cabeza. Muy bien.

—¿Y si intenta escapar? —El tercero, un jayán de bigote rubio, le dirigió una mirada lúgubre a Reynevan—. ¿Podemos al menos partirle una pata?

—En ese caso existe el riesgo —respondió fríamente Dachs— de que el señor de Stolz ordene que os rompan una pata a vosotros.

—¿Y entonces qué? —El bigotudo no daba su brazo a torcer—. ¿Atarlo y llevarlo en un saco? ¿O meterlo en un tonel de hierro, como aquél en el que Conrado de Glogów tuvo metido a Enrique el Gordo? O si no...

—¡Suficiente! —le cortó Dachs—. El prisionero tiene que estar dentro de cinco días en Stolz, sano y salvo. Os va en ello la cabeza, y no hay más que hablar. Por mi parte añadiré que tendría que estar chiflado para intentar escapar. Hay demasiados cazadores siguiéndole el rastro y, caiga en las manos de quien caiga, le espera la muerte. Y una muerte ni rápida ni dulce.

—¿Y en Stolz qué? ¿Acaso le van a cubrir con flores?

—No es asunto mío —Dachs se encogió de hombros— con qué lo vayan a cubrir. Pero sí sé lo que le espera en Zgorzelec, en Zittau, en Bautzen: la tortura y la hoguera. Si le vuelven a coger De Bergow o Schaff, tampoco escapará a una muerte horrible. Así que no creo que se escape...

—No pienso escapar —declaró Reynevan, que ya estaba cansado de guardar silencio—. Puedo dar mi palabra. ¡Jurar por la cruz y por todos los santos!

Los caballeros estallaron en una carcajada tan salvaje como sincera. A Dachs se le saltaban las lágrimas.

—Ay, señor de Bielau —se enjugó las lágrimas de las mejillas—, ¡pero qué bien has estado! ¿Dices que podrías jurarlo? ¡Pues jura todo lo que te dé la gana! Nosotros te vamos a atar con una buena soga. Y te vamos a llevar a lomos de una yegua cojitranca, para que no sueñes siquiera con salir galopando. Todo ello en aras de la seguridad. Nada personal.

No tardaron mucho en partir. A Reynevan, de acuerdo con la promesa de Dachs, le ataron las manos, sin saña superflua, pero con fuerza y firmeza. De acuerdo con esa misma promesa, lo subieron en un caballo —o más bien en un penco abominable, que de caballo sólo tenía el nombre— torpe, con las patas traseras tan torcidas que, evidentemente, no sólo era incapaz de galopar, sino también de trotar. En semejante cabalgadura, desde luego, no se podía ni soñar con la huida: no habría sido posible adelantar ni a una pareja de bueyes uncidos a un yugo.

Marchaban hacia el este. En dirección a Jelenia Góra. Hacia la carretera que unía Zgorzelec con Swidnica, Nysa y Racibórz.

Voy a Silesia, pensaba Reynevan, rascándose la nariz, que le picaba, con el cuello de piel de la capa. Regreso a Silesia, como había proclamado. Como había prometido. A mí mismo y a otros.

Si Flutek se enterase, seguro que se iba a alegrar. Estamos a principios de noviembre, apenas cuatro días después de Difuntos. Falta un montón para la Navidad, y ya estoy en Silesia.

Marchaban hacia el este. En dirección a Jelenia Góra. Hacia la llamada carretera de los Sudetes, que une Zgorzelec con Swidnica, Nysa y Racibórz. Que pasaba por Frankenstein. Y por las inmediaciones del castillo de Stolz.

El castillo, pensaba Reynevan rascándose la nariz con el cuello de la capa, donde vive mi Nicoletta. Y mi hijo.

A eso del mediodía llegaron a la aldea de Hermsdorf. Aquí apretaron el paso, espolearon a los caballos, sin apartar la vista, con cierto nerviosismo, ni de la roca granítica que dominaba el poblado ni de las torres del castillo de Kynast. Nikolau Dachs, atento a los posibles avances de los eventuales perseguidores, ordenó que estuvieran especialmente vigilantes en los alrededores de Kynast. El sentido común sugería que Janko Schaff no podía estar en el castillo: el camino a través de las brañas y calderas de Karkonosze le tenía que haber llevado bastante más tiempo que a ellos, que iban por el camino real. Pero sólo cuando perdieron de vista la fortaleza recobraron la tranquilidad.

Dejaron atrás, en una hondonada, la aldea de Cieplice, famosa por sus fuentes de aguas termales y medicinales. Enseguida divisaron Jelenia Góra, la

torre de la iglesia parroquial y la atalaya de la ciudadela que se elevaba sobre la población. Que por lo visto había erigido hacía más de trescientos años Boleslao el Bocatorcida, duque de Polonia, y que había ampliado hacía doscientos su tataranosequienieto Bolko I de Swidnica.

El jefe de la escolta, Liebenthal, volvió grupas, se acercó a Reynevan, se pegó a su lado, estribo con estribo. Entonces sacó un cuchillo y le cortó las ligaduras de las manos.

—Vamos a atravesar la ciudad —dijo secamente—. No quiero que la gente se quede mirando. Y chismorreando. ¿Has entendido?

—Sí, lo entiendo y te doy las gracias.

—Es muy pronto para dar las gracias. Quiero que lo sepas: como intentes alguna triquiñuela, con esta navajita te corto las orejas. Lo juro por la Santísima Trinidad. Aunque me castiguen los Biberstein, te las corto. Tenlo en cuenta.

—Y ten también en cuenta —añadió Von Priedlanz, el del bigote rubio— que, aunque con nosotros vengas preso, con otros lo puedes pasar mucho peor aún. Los que nos acosan te están preparando un destino horrible: el tormento y la muerte. Acuérdate de lo que dijo Dachs. Y a saber quién nos sigue los pasos. ¿Tal vez Foltsh y ese otro, Warnsdorf de Rohozec? ¿O acaso De Bergow? ¿Klüx? ¿Janko Schaff? Y esta comarca, tenlo presente, pertenece a los Schaff, y a sus compadres y parientes: los Nimpcz, los Zedlitz, los Redern. Aunque escaparas de nosotros, no irías muy lejos. Te cogerían los campesinos y te entregarían a sus señores.

—Ni lo intentes —confirmó el tercero de la escolta, sacudiendo la cabeza—. Casi lo mejor es que nos dejes llevarte hasta Stolz. Y contar con la compasión del señor Johann Biberstein.

—No voy a tratar de escapar —aseguró Reynevan, masajeándose las muñecas—. No le tengo miedo a Johann Biberstein, porque no me siento culpable ante él. Demostraré mi inocencia.

—Amén —concluyó Liebenthal—. En camino, pues.

Pararon a hacer noche cerca de Jelenia Góra, en la aldea de Maywaldau. Cenaron cualquier cosa y pernoctaron en un cobertizo, donde el fuerte viento,

que soplaba nuevamente desde las montañas, silbaba en los muchos agujeros de las paredes y del techo.

Reynevan, agotado de tantas peripecias, se durmió enseguida. Tanto que la vigilia dio paso al sueño con naturalidad, imperceptiblemente. La irrealidad ocupó suavemente el sitio de la realidad. Uy, uy, señores, qué ganas tengo de alguna hembra. Qué diablos, Priedlanz, cómo se te ocurre hablar precisamente de eso, ahora no voy a poder dormirme. No pasa nada, muy pronto estaremos en Swidnica, ahí conozco yo un burdel... Y en Rychbach, en el arrabal, conozco a dos alegres mozas, dos costureras...

Me ha matado el caballo, me ha matado a mi Sturm, Nickel Keuschburg echa espumarajos por la boca, gesticulando con un hueso mordisqueado, le ha disparado con la ballesta, hijo de perra, había pagado cuarenta gúldenes por él, aunque jamás me arrepentí, porque era muy veloz... ¡No, nada de husita! ¡Era un caballo veloz! Mi Sturm... Y ese husita, Reinmar Bielau, mala muerte tenga...

Corre, gruñe Douce von Pack, entornando sus ojos azul verdosos. En la mano blande una lanza. Escapa, añade a su lado Birkart von Grelenort. Sea como sea, te atraparé. Tengo ojos y oídos por doquier. En todos los conventos.

Conseguiré salir adelante, dice Gregorio Hejncze, *inquisitor a Sede Apostólica specialiter deputatus* en la diócesis de Wroclaw. Y entonces cabe la posibilidad de que nos conduzca hasta...

Me interesa el canto de ese pájaro, dice Conrado de Olesnica, obispo de Wroclaw. Reinmar Bielau me pondrá en la pista del canto de ese pájaro.

Un jinete vuela en la noche, por bosques y desfiladeros rocosos, llama al portillo herrado de un convento, blindado como un castillo. Le abre un monje con un hábito blanco y un escapulario negro, adornado por una cruz con la letra S enrollada en la base.

Hans Foltsch, condotiero de Zgorzelec en Roimund, hizo frente a sus obligaciones sin reservas, hasta el final: condujo personalmente a Nickel Keuschburg, redimido de los husitas, hasta el castillo de Falkenberg, situado en la cumbre de Sokola Góra, una de las sedes del clan de los Von Dohna. Al

joven recién liberado lo recibieron en el castillo con desbordante entusiasmo, y la doncella Barbara Dohna, de catorce años, hasta se echó a llorar de alegría. También lloró su hermana, Eneda, de trece años: al fin y al cabo, si no hoy, tal vez mañana, su propio pretendiente, Kasper Gersdorf, podía correr idéntica suerte. Para acompañarlas, también se deshizo en lágrimas la madre de Barbara y Eneda, la noble Margareta de Jenkwicz. Lo mismo que el abuelo, el anciano señor Bemhard von Dohna, si bien éste tenía ya una edad proveya y aunque se reía y lloraba a menudo casi nunca sabía por qué y para qué.

Frydrych von Dohna, señor de Falkenberg, hijo de Bemhard, esposo de Margareta y padre de las muchachas, no dio grandes muestras de entusiasmo. Forzó una sonrisa, pero su alegría era fingida. No sólo era más pobre por culpa de los ochenta marcos entregados como rescate. Al pagar a los husitas por Keuschburg, se había manifestado abiertamente, designándole pretendiente oficial a la mano de su hija.

Y estaba convencido de que ésta podía aspirar a más. Así que se mordisqueaba el bigote, se forzaba a sonreír y esperaba ansioso la hora del banquete, en el cual tenía intención de beber hasta caer redondo para olvidar.

Entre los allí reunidos, uno de los pocos que estaba sinceramente satisfecho era Hans Foltsh. Fiydiyeh von Dohna le había confiado para pagar el rescate por Keuschburg, la suma de cien marcos. Había regateado con el hetmán husita Jan Capek hasta dejarlo en sesenta. A don Fiydiyeh le había dicho que en ochenta.

Cuando el relato de las aventuras de Nikel Keuschburg ya había dado la vuelta a todas las dependencias del castillo, un jinete dejó furtivamente Falkenberg.

El jinete no tuvo miramientos con el caballo. Tras casi una hora de marcha, poco después de medianoche, ya estaba aporreando el portillo del convento, blindado como un castillo, de los Celestinos de Oybin. Ya nadie dormía en el convento: la estricta regla de los Celestinos los obligaba a levantarse del jergón al dar la medianoche y dirigirse al trabajo y la oración.

—¿De dónde ha llegado el mensaje?

—De Oybin, reverendo padre. De los Celestinos. Del prior Burchard.

—¿Con cuánto retraso nos llega?

—El mensaje llegó a Oybin anoche, esto es, *post sexta die mensis Novembris*, en la tercera hora de la vigilia nocturna. Y ahora mismo es la noche que sigue al día séptimo de noviembre y justamente concluye la primera vigilia. El mensajero, me permito señalar, ha viajado día y noche, sin ahorrar esfuerzos a su caballo. Las noticias que nos ha traído debemos considerarlas actuales, tanto como las que más.

Gregorio Hejncze, *inquisitor a Sede Apostólica specialiter deputatus* en la diócesis de Wroclaw, se arrellanó en su asiento, estirando las suelas de los zapatos en dirección al calor de la chimenea.

—Deberíamos haberlo sospechado —refunfuñó—. Cabía esperar que Reinmar von Bielau no se quedara tranquilo, sobre todo una vez que se enterara de... de ciertos asuntos. También era previsible que los Biberstein le echaran el guante. Naturalmente, lo llevarán a Stolz, ¿no?

—Naturalmente —confirmó Lucas Bozyczko, un polaco, diácono de San Lázaro que trabajaba eficazmente, y con un gran compromiso, para el Santo Oficio—. Van, desde luego, por la carretera de los Sudetes, en estos momentos deben de encontrarse en las proximidades de Bolków. Seguramente no viajarán de noche, y ahora los días son cortos. ¿Reverendo padre? En Swidnica podemos detenerlos. Allí tenemos hombres...

—Sí, ya lo sé.

—Si ese... —El diácono se tapó la boca con el puño para toser—. Si Reinmar de Bielau llega a Stolz, no saldrá vivo de ahí. Si cae en manos el señor Johann Biberstein, lo torturarán hasta la muerte. Deshonró a su hija, y don Johann se vengará cruelmente...

—Si es culpable —le interrumpió Hejncze—, se merece ese castigo. ¿Le compadeces? Es un hereje, un husita, así que su muerte es para nosotros, los buenos católicos, motivo de alegría, dicha y consuelo. Cuanto más cruel sea su muerte, mayor nuestro consuelo. Tú mismo prestaste juramento, toda Silesia lo prestó. ¿Tengo que recordarte la fórmula? *Die Ketzer und in dem chñstlichen Glauben irresame Leute zu tilgen und zu verderben*^[36]... Era así, ¿verdad?

—Yo sólo... —farfulló el diácono, a quien el sarcasmo del inquisidor

había dejado turulato—. Yo sólo quería someter a vuestra consideración que el tal Reinmar forzosamente tiene que saber... Si Biberstein lo tortura hasta la muerte, entonces nosotros...

—Nos vemos privados de la posibilidad de torturarlo —acabó la frase Hejncze—. Pues sí, corremos ese riesgo.

—Más bien, es algo seguro.

—Lo único seguro son los impuestos. Y que la Iglesia de Roma es eterna. El diácono se había quedado sin argumentos.

—Manda al mensajero a Swidnica —dijo poco después el inquisidor—. A los dominicos. Que envíen a sus mejores agentes. Que los sigan y observen discretamente. Porque creo... —Hejncze cayó en la cuenta de que estaba hablando para sí. Apartó los ojos de una gotera en el techo, miró al diácono, que estaba algo pálido—. Creo —concluyó— que Reinmar de Bielau saldrá adelante de este mal trago. Creo que existe una posibilidad de que nos conduzca hasta...

—... De que me conduzca hasta el Vogelsang —concluyó Conrado de Olesnica, obispo de Wroclaw—. El asunto de los impuestos robados es una tontería, ya lo arreglaremos de un modo u otro, nada se pierde por esperar. Pero el Vogelsang... Si le pusiese la mano encima, ajá, las cosas iban a cambiar. Y ese Reynevan de Bielau, un sujeto, lo reconozco, cada vez más interesante... puede llevarme hasta ellos. —El obispo apuró su copa de vino del Rin. Desde el oficio de la mañana llevaba bebidos ese día, contando por lo bajo, tres azumbres de vino. El vino contribuye a la salud, ahuyenta la melancolía, aumenta la potencia y protege de pestilencias—. De las informaciones del prior Burchard, de Ovin, se deduce que ese Bielau tiene que estar ahora en las inmediaciones de Bolków, así que calculo que dentro de dos días, el domingo, *nona die Novembris*, llegará a Swidnica. Ajá. Tengo agentes entre los dominicos de Swidnica, pero me temo que muchos de ellos trabajan a dos bandas, o sea, también para Hejncze... Tendré que mandar a alguno de mis hombres de confianza... Ajá. No me hace gracia tener que prescindir de mis guardaespaldas, me han informado de que se está tramando un atentado contra mí. Los husitas, naturalmente. Ay, ya les enseñaría yo a

ésos, si pudiera hacerme con los hombres del Vogelsang... Sí fuera capaz de ganármelos, de reclutarlos, si se pusieran a trabajar para mí... ¡Ajá! ¿Entiendes mi plan, Birkart, hijo mío?

Treparriscos no respondió. Se había arrebuñado en su pelliza, el frío reinaba en la habitación, las ráfagas de viento que venían de Rychleby se colaban por todas las rendijas hasta el fondo del castillo.

—Lo entiendes —se respondió a sí mismo Conrado—. Así que también entenderás la orden que te voy a dar: deja en paz a Reynevan. Por cierto, ¿qué clase de milagro le permitió escapar de ti en Karkonosze?

—Un milagro. —O el rostro de Treparriscos había temblado o se trataba del destello de una vela—. Los milagros ocurren. ¿Dudáis de ello, eminencia?

—Claro que dudo. Porque he visto cómo se realizan. Pero no es momento para las disputas. Por lo que se ve, la Providencia quiso que Reynevan se escapara. No te resistas a la Providencia, hijo. Retira de su rastro a tus perros, a tu célebre Compañía, a tus Jinetes Negros. Que se queden tranquilos en Sensenberg, esperando órdenes. Serán necesarios cuando, siguiendo los pasos de Reinmar de Bielau, demos con el Vogelsang. Tú, en cambio, Birkart von Grelleort, te vas a quedar conmigo permanentemente, a mi lado. Aquí, en Nysa. En el castillo de Otmuchów. O en Wroclaw. En una palabra, donde me toque estar. Quiero tenerte cerca. A todas horas y en todas partes. Ya te he dicho que los husitas traman algo contra mí, planean un atentado...

Treparriscos asintió con la cabeza. Sabía perfectamente que lo del «atentado planeado» era un puro camelo que se le había ocurrido al propio obispo, un pretexto para intensificar el terror y las persecuciones. También era bastante dudosa la cuestión de la vinculación de Reynevan de Bielau a la organización husita clandestina conocida por el criptónimo de Vogelsang. El obispo Conrado tenía, desde luego, numerosas fuentes privadas de información, pero no siempre eran de fiar. Demasiado a menudo los obsequiosos informadores le contaban al obispo lo que éste quería escuchar.

—En caso de que se produzca ese atentado —dijo Treparriscos—, tal vez sea mejor que mis Jinetes...

—¡Tus Jinetes —el obispo dio un puñetazo en la mesa— tienen que quedarse tranquilos en Sensenburg! ¡Ya te lo he dicho! ¡Ya se está hablando

más de la cuenta de esos Jinetes! Hejncze no me quita los ojos de encima, ¡estaría encantado de poder relacionarme con los Jinetes, contigo, con la magia negra y con la brujería! ¡Ya hay demasiados chismorreos sobre vosotros! ¡Estáis en boca de todo el mundo!

—Hemos hecho todo lo posible para estar en boca de todo el mundo —le recordó tranquilamente Treparriscos—. Para sembrar el terror. Al fin y al cabo, es una iniciativa común, mi amado obispo y príncipe. He hecho lo que decidimos. Y lo que me ordenaste hacer personalmente. Por la causa. *Ad maiorem Dei gloriam*.

—¿Por la causa? —El obispo dio un trago de su copa, mostró su desagrado, como si aquello fuera hiel, no vino del Rin—. A espías y simpatizantes husitas, de los que se podía haber obtenido información, los asesinaste a sangre fría. Por gusto. Por el placer de matar. Conque no digas que fue por la gloria de Dios. No vaya a ponerse Dios nervioso.

—Esta cuestión —Treparriscos ni se inmutó— vamos a dejar que la juzgue Dios. Obedeceré tus órdenes, obispo. Mis hombres no se van a mover de Sensenberg.

—Entendido. Entendido, hijo. Se quedarán en Sensenberg. Y tú, si necesitas hombres, elige a quien quieras de los míos. A quien quieras.

—Te lo agradezco.

—Seguro que sí. Y ahora puedes irte. Salvo que tengas algo más para mí.

—El caso es que sí.

—¿De qué se trata?

—Dos cosas. La primera es una advertencia. La segunda un ruego. Una humilde súplica.

—Soy todo oídos.

—No menosprecies a Reinmar de Bielau, obispo. Dices que no crees en los milagros, te burlas de los Arcanos, la magia la despachas con una sonrisa desdeñosa. Eso no es sensato, obispo, no es nada sensato. La *Magna Magia* existe, y los milagros ocurren. Recientemente asistí a un milagro. Precisamente en el entorno de Reynevan.

—¿De veras? ¿Qué es lo que viste?

—A una criatura que no debería estar allí. Que no debería existir.

—Ajá. ¿No será que, por casualidad, te viste en un espejo, hijo mío?

Treparriscos volvió la cabeza. El obispo, aunque satisfecho con aquella pulla tan lograda, no sonrió. Le dio la vuelta a la clepsidra: había pasado la *media nox*, sólo faltaban unas ocho horas hasta el *officium matutinum*. Hora de irme a la cama de una vez, pensó. Trabajo demasiado. Y, ¿qué es lo que consigo? ¿Quién me lo valora? El papa Martín, ese hideputa, *zum Teufel mit ihm*, sigue sin querer oír hablar de nombrarme arzobispo. ¡La diócesis todavía depende formalmente de Gniezno!

Se volvió hacia Treparriscos. Tenía la cara muy seria.

—He comprendido tu advertencia. La tendré en cuenta. ¿Y el ruego? Dijiste algo de un ruego.

—No sé cuáles son tus planes, príncipe. Pero me gustaría, llegado el momento, ocuparme de ese Reynevan... con mis propias manos. De él y de sus camaradas. Me gustaría que su eminencia me lo prometiera.

—Te lo prometo. —El obispo asintió con la cabeza—. Serán tuyos.

Si va en mi propio interés y en interés de la Iglesia, añadió en su cabeza.

Treparriscos le miró a los ojos y sonrió.

El camino discurría a lo largo de la orilla del Bóbr, con sus impetuosos rápidos, entre alisos y olmos. El tiempo había mejorado, a veces incluso brillaba el sol. Sólo de vez en cuando y brevemente, por desgracia, pero estaban en noviembre, al fin y al cabo. Más concretamente, era 7 de noviembre. *Séptima Novembris*. Viernes.

Wilrych von Liebenthal, distinguido por Biberstein como jefe de la escolta, era originario de Meissen. Era, por lo visto, pariente lejano de los magnates Liebenthal, establecidos en Liebenthal de Lwówek. Le gustaba subrayarlo. Pero, en definitiva, era uno de sus escasos defectos.

Tampoco se les podían echar en cara demasiados defectos al resto de los miembros de la escolta. Reynevan, en el fondo de su alma, le daba gracias a la Providencia, consciente de que podía haber caído en manos mucho peores.

Bartosz Stroczył se declaraba silesio. Reynevan recordaba vagamente que algún Stroczył tenía, de hecho, una farmacia en Wroclaw, pero prefería no buscar conexiones.

—Conozco... —repetía Stroczył por enésima vez, balanceándose en la

silla—. Conozco un burdel en Swidnica que no está nada mal... Y en Rychbach, en el arrabal, conocí a dos alegres doncellas, dos costureras. Es verdad que fue hace un par de años, lo mismo se han casado las muy putas...

—Siempre se puede comprobar —dijo Stosz von Priedlanz con un suspiro—. Cuando estemos allí...

—Sin falta.

—*Jo, jo* —dijo Otto Kuhn—. Sin falta.

Stosz von Priedlanz, lausaciano, pero de raíces checas, era cliente de los Biberstein: igual que su padre, su abuelo y seguramente su bisabuelo. Otto Kuhn era originario de Baviera. No presumía de eso, era hombre de pocas palabras, pero cada vez que hablaba el balbuceo gutural no dejaba lugar a dudas: los únicos capaces de maltratar de ese modo la hermosa lengua alemana son los bávaros.

—¡Arre! —Liebenthal espoleaba al caballo—. Me parece a mí que nos detendremos en ese burdel de Swidnica. Últimamente sólo pienso en mozas. Y, cada vez que pienso en mozas, nace en mí un poeta. Igualito, igualito que Tannhäuser.

—A mí me pasa lo mismo. Sólo que sin Tannhäuser.

—¡Eh! —Priedlanz se levantó de repente, se giró en la silla—. ¿Habéis visto eso? ¡Allí!

—¿Qué?

—¡Un hombre a caballo! ¡Nos estaba observando desde ese cerro! Desde arriba, por detrás de aquellos abetos. Ha desaparecido. Se ha ocultado...

—Al diablo. Lo que nos faltaba. ¿Pudiste comprobar el color?

—Era negro. Y el caballo, moro.

—¡Un jinete negro! —Stroczil soltó una carcajada—. ¡Otra vez! Últimamente no hay nada que hacer, no para con los Jinetes Negros, los espectros negros, la Compañía de la Muerte. Que si la Compañía de la Muerte por aquí, que si la Compañía de la Muerte por allá, que si la Compañía de la Muerte ha pasado, que si la Compañía de la Muerte se ha dejado ver, que si ha asaltado a los soldados del señor de Bergow al otro lado del Jizera... Pero ¿a ti qué mosca te ha picado? ¿Priedlanz?

—¡Lo he visto! ¡Qué me parta un rayo! ¡Estaba allí!

—Más de prisa —ordenó secamente Wiliych Liebenthal, sin apartar la

vista del lindero del bosque—. Y estad muy atentos.

Obedecieron, cabalgaron más deprisa, con la mano en la empuñadura de la espada. Los caballos bufaban.

Reynevan notaba cómo el terror, por oleadas, se iba adueñando de él.

A todos se les contagió el nerviosismo. Avanzaban con mucha cautela, pendientes del menor movimiento. Ya nadie bromeaba, al contrario: se tomaron el incidente con una seriedad insólita. Tanto que montaron una emboscada. Con habilidad y con astucia. En uno de los barrancos por los que pasaron, Stroczil y Kuhn desmontaron y se ocultaron entre unos arbustos, con las ballestas aprestadas para disparar. El resto del grupo siguió adelante, armando un ruido exagerado y hablando en voz alta.

El silesio y el bávaro esperaron emboscados casi una hora. En vano. No apareció nadie que fuera siguiendo su rastro. Pero ni siquiera eso sirvió para relajar la tensión. Continuaron avanzando con mucha precaución, mirando frecuentemente a sus espaldas.

—A lo mejor —suspiró Stroczil— le hemos despistado...

—O puede —se atrevió a sugerir Kuhn— que Priedlanz se lo imaginara.

—Ni lo uno ni lo otro —gruñó Liebenthal—. Ese canalla nos viene siguiendo, acabo de verlo. En una colina, a nuestra izquierda. No os volváis a mirar, demonios.

—Qué listo es el cabrón.

—Nos sigue... ¿Qué querrá?

—El diablo sabrá...

—¿Qué podemos hacer?

—Nada. Tener las armas listas.

Avanzaban, preocupados y en tensión, por un camino que discurría entre barrancos, a lo largo de la orilla del Bóbr, con ruidosos rápidos, entre alisos, olmos y arces otoñales y abundantes bosquecillos de viejos robles, algunos gigantescos. El paisaje era admirable, capaz de sosegar a cualquiera. Pero no sosegaba a nadie. Reynevan, con el rabillo del ojo, miraba a los caballeros, observaba cómo se iban irritando. Kuhn, sin dejar de mirar su ballesta, trituraba entre los dientes alguna maldición gutural bávara. Priedlanz escupía.

Stroczil, siempre locuaz, estaba callado como una tumba. Liebenthal mantuvo una calma aparente durante mucho tiempo, pero al final también él se rindió.

—Y a ése —carraspeó, dirigiéndole a Reynevan una mirada siniestra—. Y a ése, maldita sea, con ese jamelgo medio muerto, no hay quien le meta prisa. ¡Por su culpa nos arrastramos como unos putos caracoles!

Reynevan volvió la cabeza, decidido a no dejar que le provocaran.

—¡Hereje! —volvió a la carga Liebenthal—. ¿Cómo tuviste la ocurrencia de apartarte de la fe verdadera? ¿De renegar de la Madre de Dios? ¿De humillarte ante ese diablo de Hus? ¿De ultrajar los sacramentos?

—Calma, Wilrych —le aconsejó tranquilamente Stosz von Priedlanz—. Tengamos la fiesta en paz.

Liebenthal resopló, pero le hizo caso. Siguieron adelante en medio de un silencio opresivo.

Por su parte Reynevan, que hasta entonces no estaba del todo convencido, acabó de tomar una decisión. Tenía que escapar. Estaba claro que Birkart Grelleort no había mentado: en efecto, tenía ojos y oídos por doquier. El capellán Zwicker, colgado en las laderas de Karkonosze, no era su único espía. También tenía que haber algún soplón entre los miembros de la comitiva de Ulrich Biberstein. La escolta que le conducía a Silesia era una presa fácil, y la temida confrontación con los Jinetes Negros no permitía abrigar la menor esperanza. Si estoy solo, pensaba, me será más fácil esconderme y despistar a mis perseguidores.

Pero no se olvidaba de la habilidad de sus vigilantes. No era tan sencillo escapar de esa gente. Necesitaba un procedimiento. Un método.

Tras recorrer una milla, más o menos, justo cuando la campana de la iglesia anunciaba el mediodía, hicieron su entrada en Janowice, una aldea grande a orillas del Bóbr. Como una hora más tarde llegaron a una encrucijada: su camino se cruzaba en ese punto con la carretera que iba de Swierzawa a Landeshut. La ruta, hasta entonces desierta, se pobló de viajeros, y los ánimos de la escolta mejoraron considerablemente. Los caballeros dejaron de mirar a todas partes, conscientes de que ahora, en medio de aquel gentío, estaban mucho más seguros que en los solitarios bosques de las estribaciones

de Karkonosze. Priedlanz volvió a lamentarse, recordando lo mucho que echaba de menos a cierta mujer, Stroczil redobló sus alabanzas de los burdeles frecuentados antaño. Otto Kuhn tarareaba cancioncillas bávaras. Únicamente Liebenthal seguía igual de nervioso, irritable y enojado. Casi todos los viajeros con los que se cruzaba le hacían soltar entre dientes una invectiva. Un buhonero judío se convirtió en «asesino de Cristo», «sanguijuela» y —cómo no— «sama». Todos los mercaderes, naturalmente, eran «ladrones», y los mineros de la vecina Miedzianka eran «vagabundos valones». Un grupo de frailes menores en peregrinación se ganó el apelativo de «putos vagos», y unos caballeros hospitalarios que marchaban armados pasaron de largo como una «banda de sodomitas».

—¿Sabéis una cosa? —comentó de pronto Stroczil, intuyendo correctamente la razón de su estado de ánimo—. Lo que yo pienso es que aquella figura negra que nos venía siguiendo no era un hombre.

—¿Y entonces qué era?

—Un espíritu. Un demonio. Aquello era Karkonosze, ¿o es que ya se os ha olvidado?

—El *rübezahl*^[37]... —dedujo Kuhn—. *Jo, jo...*

—El *rübezahl* —dijo Priedlanz muy convencido— tiene cuernos de ciervo y unas enormes barbas. Aquél no tenía nada de eso.

—El *rübezahl* puede cambiar de aspecto.

—La puta... Nos vendría muy bien un crucifijo. O una cruz cualquiera. ¿Alguno tiene una? ¿Y tú, Bielau? ¿No llevarás una cruz por casualidad?

—No.

—Pues habrá que rezarle a algún santo, cojones... Pero ¿a cuál?

—A los Catorce Auxiliadores —sugirió Stroczil—. A todos de golpe. Entre ellos hay algunos tíos con un par. Como mínimo San Jorge, como sabe todo el mundo. De los otros, San Ciríaco encadenó al diablo. Santa Margarita sometió a un dragón, y San Eustaquio a un león. San Vito... San Vito también hizo algo, no recuerdo qué. Pero seguro que hizo algo.

—San Vito —intervino Kuhn— daba unos pasos de baile muy divertidos.

—Eso. ¿No os lo decía yo?

—¿Queréis cerrar el pico de una puta vez? —rugió Wiliych von Liebenthal—. ¡Estas cosas le ponen a uno enfermo!

—Fijaos, qué pedazo de cortejo.

Efectivamente, había que reconocer que el cortejo con el que se habían cruzado, procedente de Bolków, resultaba imponente. Al frente marchaba un heraldo, vestido de azul y plata, con un gallardete ajedrezado de idénticos colores. Le seguían unos jinetes armados y unos cortesanos engalanados que rodeaban una carroza tirada por cuatro rucios, revestida de una vistosa tela y decorada con cintas azuladas. En la carroza, en compañía de unas cortesanas, viajaba una corpulenta matrona, tocada con una cofia, irradiando un aura de dignidad.

—Rosamunda von Borschnitz —la identificó Priedlanz, haciendo una reverencia.

—De la casa de los Bolz —confirmó Stroczil a media voz—. Ja, por lo visto en tiempos era una mujer de una belleza asombrosa. Mi difunto padre solía contar que en sus años mozos media Silesia estaba colado por ella, los solteros andaban detrás de ella como los perros detrás de las perras, porque, además de ser muy gentil, contaba con una buena dote. Al final se casó con Kunon Borschnitz, ése que...

—Ni los más viejos del lugar recuerdan —le interrumpió Liebenthal maliciosamente— los tiempos en que tu padre era joven. Los obispos de Wroclaw, por lo visto, aún obedecían fielmente al metropolitano de Gniezno, los Piastas gobernaban en el ducado de Swidnica y el rey checo Wenceslao IV, según dicen, era un chavalín. Hace de eso mucho tiempo. La Borschnitz está hecha un carcamal, pasa de largo de los sesenta, es un milagro que aún se tenga en pie. ¡Espolead a los caballos, maldita sea, ni que fuerais pisando huevos! ¡Hereje, arrea a esa yegua! ¡Eh! ¡Vamos, que alguien le zurre a ese jamelgo en las ancas!

—Calma, Wiliych.

Tuvieron que hacer noche en Bolków, una población situada al pie de una montaña en cuya cumbre se alzaba una fortaleza tan famosa como inquietante.

Esta vez durmieron en una venta: Liebenthal se decidió por fin a echar mano de la bolsa que le había entregado Dachs para los gastos de viaje.

También se regalaron con un banquete en forma de empanadillas abundantemente sazonadas, acompañadas de setas y col.

Reynevan, que comió hasta hartarse, no soñó aquella noche.

Al día siguiente, el cielo volvió a cubrirse de nubes bajas, empezó a lloviznar. Marchaban en silencio, sin romperlo casi nunca. Iban mirando a todas partes, pero no había ni rastro de aquel jinete que les había seguido. Había desaparecido. Como un espíritu. ¿Y si era de verdad un espíritu? ¿Y si era de verdad ese *rübezahl*, el demonio de Karkonosze? A lo mejor, había desaparecido en cuanto se habían alejado de esos montes...

Lloviznaba.

A última hora de la tarde mejoró el tiempo. Cuando llegaban a Swiebodzice.

Pararon en la taberna del Chivo Barbudo. Ya es tarde, proclamó Wiliych Liebenthal, existe el riesgo de que no lleguemos a Swidnica antes de que anochezca y nos cierren las puertas. Y, como en Swidnica rige el «derecho miliar», no se encuentra una posada en un radio de una milla alrededor de la ciudad. Y del Chivo ese sale un olorcillo muy agradable.

Los responsables del olorcillo resultaron ser la col, la cebolla, las gachas y la sopa de tocino, pero sobre todo el ganso asado. La fiesta de San Martín estaba al caer y se hacía notar. Delante de la taberna, situada en las inmediaciones de la Puerta de Bolków, había muchos carros, y muchos caballos en las cuadras. Puede que la cocina del Chivo atrajera a los clientes, pero también era posible que se vieran impelidos a detenerse allí por los privilegios itinerarios de Swiebodzice.

—Hoy esto está a reventar —Reynevan se dirigió al mozo de cuadras—. Estaréis de trabajo hasta las cejas, ¿no? ¿Y estos caballos de quién son?

El mozo le explicó de quién eran. Al explicárselo, suspiraba. Estaba muy ocupado. Y era muy locuaz. Habrían seguido charlando de no ser por Liebenthal.

—¡Eh! ¡Tú! ¡Bielau! ¡Basta ya de palique! ¡Cierra el pico y ven para acá! ¡Deprisa!

Llena de humo, de tufo y de un gratificante calorcillo, no cabía un alfiler

en la taberna. Predominaban los aldeanos, a quienes la inmemorial tradición campesina obligaba implacablemente a beber hasta caer redondos los sábados por la noche. También había mercaderes, había peregrinos con hábitos adornados con conchas compostelanas. Había cuestores cistercienses, que vaciaban a un ritmo muy vivo tanto las escudillas como las jarras. En un banco junto a la chimenea se sentaba un sexteto de soldados con zamarras, y en la mesa vecina había cuatro tipos de aspecto siniestro vestidos de negro.

En voz alta, y con tono áspero, como corresponde a unos caballeros, encargaron de comer y beber. Liebenthal se decidió una vez más a recurrir a la bolsa que le habían asignado para los gastos, así que la mesa se llenó de escudillas con tajadas de carne, de cazuelas de gachas, de jarras de vino y de ganso a la sidra.

—Uuuaj... —se quejó Priedlanz después de un rato—. Ya no hay nada de pitanza... Y hasta la bebida se está acabando.

—*Jo, jo* —gimoteó Kuhn—. Bien, *gut. Wia sih's g'hórt.*

—¡A trasegar!

—¡Salud! ¡Echa, Bartosz!

—¡A vuestra salud!

—Lástima —suspiró Bartosz Stroczil— que, una vez comidos y bebidos, no podamos echar un buen polvo. Pero mañana, maldita sea, será otro cantar, ya lo veréis. Cuando paremos en Swidnica. ¡Por el bastón de San Gregorio Taumaturgo! Conozco yo un burdel en Swidnica, con unas fulanas que parecen ciervas...

—Confío —Liebenthal se limpió los bigotes— en que esas noticias sean frescas. ¿Eh, Stroczil? ¿Cuándo conociste a esas ciervas? No vayan a ser de la quinta de la anciana Borschnitz. ¡Unos vejestorios como ella!

—Exageráis, señores —intervino Reynevan—. A mi juicio, estáis ofendiendo sobremanera el honor de las mujeres.

—¿Te ha preguntado alguien? —le chilló Liebenthal—. ¿Quién te ha dado a ti vela en este entierro?

—Más bajo —chistó Priedlanz, lanzando unas miradas inquietas—. Un poco más bajo. Empiezan a estar pendientes de nosotros. Y a ti, Bielau, ¿qué te pasa?

—La noble señora Borschnitz no puede decirse que sea una anciana. Mi

padre tiene los mismos años que ella, y no es ningún anciano.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Con sesenta años —Reynevan levantó la voz— se está lejos de ser un anciano. Mi padre...

—¡Al carajo tu padre! —bramó Liebenthal—. ¡Qué se vaya al diablo! ¿Qué con sesenta años no se es viejo? ¡Serás mentecato! ¡El que llega a los sesenta está hecho un casco, una ruina y un carcamal! ¡He dicho! ¡Y tú cállate y no te metas, si no quieres que te dé en todos los morros!

—¡Hala, más alto, más alto! —protestó Priedlanz—. Todavía hay algunos que no os han oído. Por ejemplo, ese gorrino que está al lado de la puerta. Creo que no os ha oído.

—Sobremanera —dijo en voz baja Reynevan, mirando a Liebenthal directamente a los ojos—. Me irrita sobremanera la forma en que sus señorías se refieren a las damas. De qué modo tan indigno las tratan. Alguien podría pensar que juzgan sus señorías a todas las mujeres por el mismo rasero. Que tienen por iguales a todas ellas.

—¡Maldita sea mi estampa! —Liebenthal dio un puñetazo en la mesa, haciendo saltar la vajilla— ¡Por el amor de Dios! ¡No lo soporto!

—¿Os callaréis de una vez? Al diablo...

—Señor de Bielau. —Stroczil se inclinó sobre él por encima de la mesa—. ¿A ti qué coño te pasa? ¿Tú estás bebido o qué? ¿No estarás enfermo? Primero tu padre, ahora nos sales con las mujeres... ¿Qué mosca te ha picado?

—Que no estoy dispuesto a aceptar que todas las mujeres son iguales, lo niego categóricamente.

—¡Pues todas son igualitas! —se desgañitaba Liebenthal—. ¡Igualitas, por delante y por detrás! ¡Y sirven todas para lo mismo!

—¡Qué no! —Reynevan se levantó de la mesa, haciendo grandes aspavientos—. ¡No, señores, no! ¡No estoy dispuesto a seguir escuchando estas cosas!

»¡Apenas si he podido contenerme —subió el tono y empezó a gritar con voz chillona— cuando injuriabais al santo padre, nuestro papa Martín V, tachándolo de necio y botarate, llamándolo ruina y carcamal! ¡Pero negarle el debido respeto a la Madre de Dios! ¡Decir que no merece nuestro homenaje!

¡Qué ella, *sicut ceterae mulieres*, como todas las mujeres, concibió y dio a luz! ¡No, no estoy dispuesto a escuchar eso tan tranquilo! ¡Me veo obligado a abandonar vuestra compañía!

A Liebenthal y Priedlanz se les cayó la mandíbula. Pero no se les llegó a caer del todo. Antes de que se les cayera del todo, los cuatro hombres de aspecto siniestro se levantaron de la mesa del rincón. También se levantaron, como obedeciendo una orden, los soldados de las zamarras.

—¡En nombre del Santo Oficio! ¡Daos presos!

Liebenthal derribó la mesa de una patada, desenvainó la espada, Stroczil tumbó el banco de un puntapié, Priedlanz y Kuhn hicieron brillar las hojas de sus armas, desenfundándolas a medias. Pero los cuatro tipos siniestros se encontraron con un aliado inesperado. En la frente de Kuhn estalló con estrépito una olla de barro, arrojada con una precisión y una fuerza increíbles por uno de los peregrinos con el hábito adornado con conchas. El bávaro cayó de espaldas, hasta chocar con la pared, y antes de que pudiera darse cuenta ya le estaban sujetando con fuerza dos cistercienses. El tercer cisterciense, un mocetón más bien bajo, pero recio y cuadrado, sacudió a Liebenthal en la espalda, le atizó un corto pero preciso gancho de izquierda, rematado con uno de derecha. Liebenthal respondió, el monje esquivó su ataque, por poco, pero lo justo para que el puño apenas le rozara levemente la tonsura, mientras él largaba desde abajo otro bonito gancho, y después otro rechazazo aún más bonito. En plena nariz. Liebenthal se puso perdido de sangre, desapareció bajo la montaña de soldados que se le echaron encima. Los demás consiguieron desarmar a Stroczil y Priedlanz.

—Daos presos —repitió el único de los hombres siniestros que no había intervenido en la lucha—. En nombre del Santo Oficio daos presos. Por blasfemia, sacrilegio y ultraje a los sentimientos.

—¡Así os joda un perro! —chilló Priedlanz, aplastado contra el suelo.

—Eso constará en acta.

—¡Qué te den, hijoputa!

—Eso también.

Seguramente no hace falta añadir que ya hacía rato que Reynevan no estaba en la sala. En cuanto empezó la barahúnda, había puesto pies en polvorosa.

El mozo de cuadras había atendido su petición: había dejado uno de los caballos sin desensillar. Faltaba aún bastante para la puesta de sol, de modo que las puertas de la ciudad todavía estaban abiertas. Pero no faltaba tanto como para que hubiera gente en el camino, que estaba desierto, sin nadie que pudiera proporcionar indicaciones a los perseguidores. Y Reynevan no tenía ninguna duda de que la persecución se pondría en marcha en el momento mismo en que se aclararan las cosas. Saldrían detrás de él no sólo los miembros de su escolta, sino también aquellos tipos siniestros, en los que había reconocido inequívocamente a miembros de la Inquisición. Tenía que ensanchar la distancia lo antes posible, alejarse lo suficiente como para que las tinieblas que se iban aproximando desbarataran los planes de los perseguidores. Cuando cayera la noche, tenía que estar bien lejos. A cualquier precio. Aunque no tuviera más remedio que reventar al caballo.

Parecía que la suerte seguía favoreciéndole, el caballo de momento no había manifestado síntomas de agotamiento en la galopada. Sólo empezó a cubrirse de espuma y a jadear cuando alcanzó el bosque. Aquí Reynevan, en todo caso, tenía que aflojar el paso. En el bosque la oscuridad ya era casi completa.

La suerte se le agotó cuando ya era noche cerrada. Cuando estaba cruzando un puentecillo sobre un arroyo, al estruendo de los cascos en los tablones le respondió el eco. Sofocando el trote de otros cascos. Un jinete negro, invisible en la oscuridad, surgió de las tinieblas como un fantasma. Antes de que Reynevan tuviera tiempo de reaccionar, fue derribado de la silla. Se defendió, pero el jinete negro tenía una fuerza sobrehumana. Lo levantó en vilo y lo arrojó contra el terreno pedregoso.

Hubo un destello, sintió dolor y una impotencia que lo dejó paralizado. Después la tierra dura pareció deshacerse debajo de él, lo aspiró, arrastrándolo a un silencio acolchado. Al abismo insondable de una blanda inexistencia.

Cuando recobró el conocimiento estaba medio tendido. Y encadenado. Tenía las muñecas atadas sobre el regazo, los pies sujetos por los tobillos. En los últimos diez días, pensó, es la quinta vez que me atrapan, la quinta vez que soy prisionero de alguien. Debo de haber batido algún récord.

Ése fue su primer pensamiento. Antes incluso que otro que tenía más

sentido en su situación: ¿exactamente quién le había capturado en esta ocasión?

Tenía la espalda apoyada en algo que muy probablemente habría sido un muro: era duro y despedía un olor a lechada de cal vieja. Además, a los lados podía ver los restos de un muro que protegía del viento una hoguera. El viento soplaba con fuerza, aullando en las rendijas. Los abetos susurraban y crujían. Reynevan no pudo evitar la sensación de que tenía que encontrarse en algún lugar elevado, en la cima de un monte o de una colina.

—¿Ya te has despabilado?

El hombre —un verdadero forzudo— que le había atrapado y amarrado llevaba una capa negra de lana gruesa. También tenía puesta una coraza y un cinto de caballero. No recordaba en nada a Birkart Grelenort ni a ninguno de sus jinetes negros. Reynevan lo constató casi con más asombro que alivio: precisamente, se había llegado a creer que estaba en poder de Grelenort. Entonces, ¿quién era aquel forzudo con coraza y por qué le había capturado? ¿No sería ese *rübezahl*, el fantasma de Karkonosze?

Reynevan tragó saliva. No creía en la existencia del *rübezahl*. Aunque, por otra parte, a lo largo de los dos últimos años había tenido ocasión de ver muchas cosas en cuya existencia no creía anteriormente.

—¿Eres Reinmar de Bielau? Confírmame. No quisiera cometer un error.

—Soy Reinmar de Bielau. ¿Y tú quién eres?

—¿Quién soy? —Al caballero de la capa negra le cambió la voz, y no para mejor—. Digamos que soy la consecuencia.

—La consecuencia, ¿de qué?

—De tus viejas acciones. Y fechorías.

—Ah. ¿El ángel vengador? ¿El enviado del destino? ¿El brazo implacable de la justicia? —El propio Reynevan se asombró al constatar con cuánta facilidad adoptaba un tono desenvuelto. La rutina, pensó. La práctica adquirida, ni más ni menos—. Me has exigido que te confirmara quién era —prosiguió, con el mismo aplomo—. Por tanto, no me conoces. Yo a ti tampoco te he visto en mi vida. Es evidente, pues, que actúas en nombre de otra persona, siguiendo sus órdenes. ¿De quién? ¿Quién puede tener motivos para pedirme cuentas por mis viejas fechorías? A ver si lo adivino. Sé de

unos cuantos que me la tienen jurada.

—Hablas más de la cuenta.

—Johann von Biberstein y la Inquisición quedan descartados. Bergow y los lausacianos son poco probables. ¿Quién nos queda? ¿Conrado, obispo de Wroclaw? ¿Los Sterz? ¿El duque Juan de Ziebice? ¿Buko von Krossing? ¿No será Adela Sterz?

El caballero negro se sentó enfrente de él. Las llamas le iluminaron el rostro, los reflejos centelleaban en la coraza.

—Interesantes nombres. Interesantes personajes. Sobre todo el último. Adela von Sterz. ¿Te sorprendería si actuara, justamente, en su nombre? ¿Obedeciendo órdenes tuyas?

—¿Y es así?

—Intenta adivinarlo.

Callaron los dos. El viento soplaba, silbaba, tan pronto sofocaba como avivaba las llamas.

—En Silesia —siguió diciendo el caballero— hay chicas guapas para aburrir. Tampoco faltan apuestas mujeres casadas, libres de prejuicios, y en los últimos tiempos crece a gran velocidad la cuenta de las viudas bonitas, deseosas y relativamente poco aprovechadas. Y tú, Bielau, ¿a quién se te ocurre elegir en ese cuerno de la abundancia? A la peor de las arpías, Adela von Sterz. ¿Cómo es que te dio tan fuerte por ésa? ¿Qué viste en ella que no tuvieran las demás?

—Hablas más de la cuenta.

—¿Te atrajo que estuviera casada? ¿Qué el marido estuviera lejos, en otras tierras? ¿Qué con seguridad no podía complacer a su mujercita como es debido? ¿Qué sólo contigo iba a disfrutar ella de verdaderos placeres? ¿Te lo dijo ella? ¿Te lo susurró al oído? ¿Os burlabais así los dos, estando en la cama en mitad de vuestros juegos, del cornudo del marido? Yo creo que...

—No me interesa lo que creas —le cortó Reynevan bruscamente—. Hablas de cosas de las que no tienes idea: ni la tienes ni la has tenido ni la vas a tener. Así que puedes ahorrártelo.

—¡Ajá! Escuece la herida, ¿eh? Es divertido reírse de un cornudo, pero la fiesta se acaba cuando a uno mismo le ponen los cuernos. No está nada mal, pero que nada mal lo que hizo esa fulana... Media Silesia se partió el culo de

risa al saber que te habías presentado en Ziebice con ocasión del torneo y habías confesado ante el duque Juan tu amor a esa ramera. Uy, cómo dejó la bella Adela tu honor de caballero, cómo lo dejó... ¡Te humilló en público! Me imagino que la odiarás a muerte. Pero consuélate... Te vas a llevar una alegría...

—Has de saber —volvió a interrumpirle Reynevan— que no me siento menoscabado en absoluto. Y no vuelvas a calificarla de fulana en mi presencia. Te sientes impune, porque tengo las manos atadas. Así que no te preocupes tanto por mi honor, y más bien fíjate en el tuyo, que está por los suelos. Puedo pasarme sin tus consuelos. Sólo por curiosidad: ¿cómo pensabas consolarme?

El jinete negro estuvo un buen rato callado, con una mirada muy extraña. Al final declaró:

—Adela Sterz ya no vive.

Otra vez se hizo un largo silencio. Y otra vez fue el caballero quien se decidió a romperlo.

—El duque Juan, señor de Ziebice —dijo, sopesando sus palabras—, tuvo la idea de reforzar la alianza de su ducado con el ducado de Klodzko, con el señor Puta de Czastolovice. Ambos sabían que el mejor medio para ello era el matrimonio de Juan con Anka, la hija menor de don Puta. Pero había un problema, y el problema se llamaba Adela. Adela de Sterz, que campaba a sus anchas por Ziebice como duquesa y señora soberana. La cual, cuando tuvo noticia de los planes matrimoniales del duque Juan, montó en cólera de tal manera que las paredes casi se vienen abajo. Había quedado claro que no se trataba de la nueva querida de turno, ni de una de tantas amantes de segunda mano, de ésas que se pueden ahuyentar, sobornar o transferir a un vasallo. No había duda de que Adela, a la que habían dejado de lado, iba a meter mucho ruido y a armar un escándalo monumental. Pero el señor Puta de Czastolovice arrugó la nariz: no tenía ganas de escándalos, y se prometió a sí mismo que no iba a exponer a su Anka a ningún disgusto. Los esponsales, juró por todos los santos, no van a celebrarse mientras el prometido no esté limpio de polvo y paja, y en la corte de Ziebice reinen la concordia y la devoción. No pensaba entregar su hija a Ziebice hasta estar seguro de que allí no la amenazaban ni los chismes ni la maledicencia ni ninguna otra

ignominia.

»Muy pronto, atendiendo por lo visto una insinuación de su confesor, Juan de Ziebice encontró un procedimiento para quitarse el problema de encima. Te parecerá curioso, pero tú formabas parte de ese procedimiento, amigo mío. La borgoñona, recordó entonces el duque, se había entendido muy bien en otros tiempos con Reinmar de Bielau, el famoso hechicero. Se te ha puesto una cara muy, pero que muy graciosa. Pensaba que la venganza te iba a alegrar, que sería de tu agrado la noticia de que, en parte, esa Jezabel te debe a ti su caída...

—Pues pensabas mal. Sigue.

—El caso es que también se llegó a saber que Adela, de hecho, había intentado administrar hierba angélica al duque, y se dedicaba a la magia amorosa. La acusaron de brujería y de tener un pacto con el diablo. La causa la investigó el mayor especialista en hechicería de la región, Nicolás Kappitz, abad del monasterio de Kamieniec. Encontró culpable a Adela, descubrió en ella y en torno a ella un ambiente y unos olores diabólicos. Hay quien dice que descubrió todo aquello a cambio de cien ducados húngaros que recibió del duque. Atraparon a una herbolaria, le chamuscaron los talones... Confesó que Adela no sólo le compraba filtros amorosos. Que, por temor a que el duque Juan la abandonara, había tramado su venganza de antemano. Que había encargado una poción satánica que iba a causarle al duque la impotencia permanente del miembro viril. Que, por si acaso, también había encargado estramonio. Para Anka de Czastolovice.

»Enseñaron a Adela la confesión de la herbolaria. Y le propusieron un arreglo. Pero la borgoñona no se arrugó. ¿Un proceso por brujería? Por favor. Habría mucho que confesar en ese proceso, muchas cosas tendrían que oír los jueces, canónigos y abades. Ella, Adela, sabía mucho y lo contaría de buena gana. Ya veremos si el duque Juan está contento con la publicidad.

»Juan, que daba ya por liquidado el asunto, se enfureció. Impartió órdenes. Antes de que pudiera darse cuenta, la bella borgoñona se vio en los calabozos del ayuntamiento. Del plumón y el raso pasó a la paja pútrida...

—La torturaron... —Reynevan carraspeó para aliviar el nudo que tenía en la garganta—. La torturaron, ¿verdad?

—Qué va. Era noble, al fin y al cabo. A semejante canallada con una

noble no se atrevió Juan de Ziebice. Con la prisión sólo pretendía asustarla. Obtener su sumisión, conseguir que, una vez puesta en libertad, abandonara Ziebice tranquilamente, sin escándalos. No sabía...

—¿Qué? —Reynevan notó que le ardían las mejillas—. ¿Qué es lo que no sabía?

—En los calabozos del ayuntamiento —la voz del caballero se alteró, y a Reynevan le pareció oír cómo le rechinaban levemente los dientes—, como se pudo comprobar, actuaba una banda de malhechores. Vigilantes, esbirros del verdugo, jayanes de la guardia de la ciudadela, algunos burgueses, algunos aprendices... En pocas palabras, se habían montado un burdel gratuito en la prisión. Cuando encerraban a una mujer, sobre todo si era sospechosa de brujería, los muy canallas se presentaban de noche... —Se interrumpió—. En cierta ocasión —prosiguió con la voz aún más alterada—, uno de aquellos bribones, con las prisas y el atolondramiento, se dejó el cinturón en la celda. Por la mañana encontraron a Adela. Colgada de ese cinturón.

»Naturalmente, no hubo ninguna investigación. Nadie fue castigado. Juan de Ziebice tenía miedo de los comentarios. A la borgoñona, se explicó, la había colgado en la celda el mismísimo diablo, por haberlo traicionado: tenía intención de retractarse, había pedido los sacramentos. Todo eso lo confirmó y lo proclamó desde el púlpito el propio Nicolás Kappitz, abad de los cistercienses de Kamieniec. Por cierto que en aquella ocasión volvió a referirse a ti. Como aviso de lo que puede ocurrir cuando se entra en contacto con hechiceros.

—Y nadie... —Reynevan venció el espasmo en su garganta—. Nadie...

—Nadie —confirmó el caballero—. ¿A quién le importaba? Y a estas alturas ya se ha olvidado todo el mundo. Puede que con la única excepción del señor Puta de Czastolovice. Don Puta sigue estando en buenas relaciones con el duque Juan, pero el matrimonio de Juan con Anka se ha aplazado indefinidamente.

—Y nunca tendrá lugar —dijo Reynevan, carraspeando—. Voy a matar a Juan. Iré a Ziebice a matarlo. Aunque sea en la iglesia, pero lo mataré. Vengaré a Adela.

—¿La vengarás?

—La vengaré. Con la ayuda de Dios y de la Santa Cruz.

—No blasfemes —le reprendió secamente el caballero, con la voz ronca—. En la venganza no se debe buscar la ayuda divina. La venganza, para que sea una auténtica venganza, tiene que ser atroz. Aquél que se venga tiene que prescindir de Dios. Y quedar maldito. Por toda la eternidad.

Con un movimiento relampagueante tomó su estilete, se inclinó, agarró a Reynevan de la camisa, a la altura del cuello, lo levantó, ahogándolo, le puso la hoja en la garganta, juntó cara con cara, ojos con ojos.

—Soy Gelfrad von Sterz.

Reynevan cerró los ojos, tembló, sintiendo cómo el filo del estilete le cortaba la piel del cuello y la sangre caliente le salpicaba la camisa. Pero eso duró apenas un momento, una fracción de segundo, después la hoja se retiró. Reynevan notó cómo se le caían las ataduras, una vez cortadas.

Gelfrad von Sterz, marido de Adela, se irguió.

—Estaba decidido a matarte, Bielau —siguió diciendo con su voz ronca—. Al enterarme en Szklarska Poreba de quién eras, decidí seguirte, esperando a que se presentara la ocasión. Sé que no eres culpable de la muerte de Niklas. Hace dos años le perdonaste la vida a Wolfher: de no haber sido por tu nobleza, habría perdido a dos hermanos en vez de a uno. A pesar de lo cual, estaba decidido a quitarte la vida. Sí, sí, son ciertas tus sospechas: quería matarte por haber herido mi orgullo varonil. Quería lavar con tu sangre el baldón adherido a mi escudo. Ahogar en tu sangre la vergüenza de un patético *cocu*, el mayor cornudo de los cornudos.

»Pero qué se le va a hacer... —concluyó, devolviendo el estilete a su funda—. Han cambiado demasiado las cosas.

»Nadie sabe que estoy vivo, que he vuelto a Silesia, ni siquiera Apeczko, el séñor actual de la familia. Ni siquiera Wolfher y Morold, mis hermanos carnales. Y no pienso quedarme aquí mucho tiempo. En cuanto arregle lo que tengo que arreglar, no pienso volver nunca más. Yo ya me considero de Lausacia, estoy al servicio de las Seis Ciudades... Además, voy a casarme con una lausaciana. En breve. Ya le he pedido la mano, ¿sabes? Si la vieras... Ojos azules, y no demasiado listos, nariz chata y llena de pecas, piernas cortas, gran trasero, nada, pero nada que ver con las de Francia, nada que ver con las de Borgoña... Puede que la vida me cambie para mejor. Si todo va

bien.

»Lo que has dicho —se dio la vuelta— lo tomo como palabra de caballero. Debes saber que me dirijo a Ziebice. Ya te imaginas con qué finalidad. Voy a Ziebice a cumplir una obligación. Voy a cumplirla, aunque necesite la ayuda del diablo. Pero, en el caso de que no alcanzara mi objetivo... si no lo consiguiera... entonces te tomo la palabra, Bielau. Como *verbum nobile*.

—Lo juro. —Reynevan se frotó las muñecas entumecidas—. Aquí, en presencia de estas montañas ancestrales, juro que los que atormentaron y asesinaron a Adela no podrán dormir tranquilos ni gozar de impunidad. Juro que Juan de Ziebice, antes de perecer, sabrá por qué muere. Hago este juramento y lo cumpliré, aunque tenga que entregar mi alma al diablo.

—Amén. Salud, Reinmar von Bielau.

—Salud, Gelfrad von Sterz.

Capítulo decimotercero

En el que la Dama Verde, no menos misteriosa que el Caballero Verde de la conocida leyenda, le exige una serie de servicios a Reynevan, entre otros, que le dé gusto.

Los esperó en Mokrzyszów, una aldea situada a una media milla de Swiebodzice, junto a la carretera de Swidnica. No tuvo que esperar mucho. Los caballeros que le habían escoltado hasta la víspera habían debido de salir de Swiebodzice a primera hora, cuando los vio llegar por el camino aún no había terminado la misa dominical en la iglesia de Mokrzyszów: aparentemente, en esos momentos el cura andaba por la *postcommunio*.

Al verlo, se quedaron pasmados y detuvieron a los caballos. Reynevan tuvo tiempo de observarlos bien. El incidente con la Inquisición, que él mismo había provocado, aunque seguramente se habría aclarado pronto, les había dejado algunas huellas. Priedlanz tenía un ojo a la virulé. Kuhn llevaba un vendaje en la frente. La nariz de Liebenthal, posiblemente rota, estaba tan amoratada e hinchada que daba pena verlo.

Fue Liebenthal, precisamente, el primero en sacudirse la perplejidad. Y en reaccionar. Tal y como se esperaba Reynevan. Desmontó de un salto y se abalanzó sobre él con un grito.

—¡Déjalo, Wiliych!

—¡A este hijo de puta me lo cargo!

Reynevan se limitó a cubrirse para protegerse del puñetazo, reculó, tapándose la cabeza. No intentó siquiera contraatacar. A pesar de lo cual — por pura casualidad—, su muñeca chocó con la nariz hinchada del caballero. Liebenthal soltó un aullido y cayó de rodillas, llevándose las manos a la cara.

Stroczil y Priedlanz se echaron encima de Reynevan y le sujetaron los brazos. Kuhn, convencido de que Reynevan se disponía a golpear a Liebenthal, que seguía arrodillado, cubrió a éste con su propio cuerpo.

—Señores... —balbuceó Reynevan—. A qué tanta violencia... Pero si he vuelto. Ya no pienso intentar escapar. Permitiré que me llevéis a Stolz sin oponer resistencia...

Liebenthal se levantó bruscamente, se enjugó las lágrimas, se limpió la sangre de los bigotes, sacó el cuchillo.

—¡Sujetadlo! —gritó, o más bien bramó—. ¡Sujetad con fuerza a este mierda! ¡Le voy a cortar las orejas! ¡Juro que se las voy a cortar! ¡Y tanto!

—Déjalo, Wiliych —insistió Priedlanz, mirando a la gente que empezaba a salir de la iglesia—. No hagas disparates.

—Ya has visto que ha regresado —añadió Stroczil—. Ha prometido que no va a volver a escaparse. Además, para mayor seguridad, podemos llevarlo atado como a un carnero.

—¡Una oreja, por lo menos! —Liebenthal se zafó de Kuhn, que trataba de aplacarlo—. ¡Al menos una! ¡Cómo escarmiento!

—No. Hay que entregarlo entero.

—¡Pues un cachito de oreja!

—No.

—¡Déjame por lo menos darle en todos los morros!

—Eso sí puedes.

—¡Eh! ¡Nobles señores! ¿Qué hacéis aquí?

La mujer que había pronunciado esas palabras era alta, y la pose autoritaria la hacía parecer aún más alta. Llevaba una hopalanda de viaje, de corte sencillo y gris, pero confeccionada en una tela de muy buena calidad, rematada con un cuello de lirón, a juego con los puños de las mangas. También el gorro era de lirón, dispuesto sobre un *couvrechef* de muselina que cubría los cabellos, las mejillas y el cuello. Por debajo del gorro brillaba un par de ojos. Ojos azules y fríos como una mañana soleada de enero.

—¿Ya estáis celebrando la Navidad? —añadió la mujer—. Pero si ni siquiera estamos en Adviento.

Liebenthal pataleó, frunció el ceño enrabiado, levantó la cabeza. Pero enseguida se moderó. Influyó en eso, entre otras cosas, la visión de unos

hombres armados que, siguiendo a la mujer, salían del atrio de la iglesia. Entre otras cosas. No sólo eso.

—Señor Liebenthal, ¿verdad? —La mujer lo midió con la mirada—. El año pasado estuve alojada en Zaiy, en el castillo. Formabas parte de la escolta que se me facilitó después. Te he reconocido, aunque entonces tenías la nariz de otro color y de otra forma. ¿Te acuerdas tú de mí? ¿Sabes quién soy?

Liebenthal hizo una profunda reverencia. Priedlanz, Stroczil y Kuhn siguieron su ejemplo. Reynevan también se inclinó.

—Estoy esperando una respuesta. ¿Qué es lo que pasa aquí?

—A éste —Liebenthal señaló a Reynevan— tenemos que llevarlo urgentemente a Stolz. Por orden de nuestro señor Ulrich Biberstein. Tenemos que conducirlo hasta el castillo...

—¿Apaleado?

—Tengo órdenes que cumplir —dijo con voz ronca el caballero, se puso colorado—. Me va la cabeza en ello...

—Tu cabeza —le cortó la mujer— valdrá menos que un puñado de paja si ese mozo llega a Stolz con un solo rasguño. ¿Conoces al señor de Stolz, el noble Johann Biberstein? Pues yo sí. Y te aviso: es impetuoso...

—¿Y qué hago entonces? —rugió Liebenthal, que no daba su brazo a torcer—. ¿Y si se resiste? ¿Si trata de huir?

La mujer hizo una señal con la mano. Tenía las manos cuajadas de anillos, en conjunto, el valor de las piedras engastadas en oro era incalculable. Se acercaron los criados y los soldados, tras ellos unos tiradores encabezados por un grueso sargento que llevaba una brigantina chapada en latón y una daga sajona en el costado.

—Precisamente me dirijo a Stolz —dijo la mujer. Sus palabras iban dirigidas más a Reynevan que a Liebenthal—. Mi escolta os garantiza seguridad en el camino —siguió con naturalidad, en tono displicente.

Y el adecuado cumplimiento de las órdenes del señor Ulrich. Os aseguro que recibiréis una recompensa, bien generosa, que el señor Johann no escatimará cuando yo os alabe en su presencia. ¿Qué dices a eso, mi señor Liebenthal?

Liebenthal no tenía más opción que la de volver a inclinarse ante aquella mujer.

—En cuanto al correcto trato al prisionero —añadió la dama, sin dejar de mirar a Reynevan—, yo misma me ocuparé de eso, personalmente. A cambio, Reinmar de Bielau, me corresponderás con una agradable charla por el camino. Espero tu respuesta.

Reynevan se puso firme. E hizo una reverencia.

—Es un honor.

—Claro que sí, naturalmente. —La mujer sonrió con una sonrisa estudiada—. Así pues, en marcha. Dame la mano, jovencito.

Alargó el brazo, bajo el puño de lirón asomó una manga ceñida de su vestido de terciopelo, de un verde precioso, vivo, intenso. Reynevan le cogió la mano. El tacto le estremeció.

—Me conoces, señora —dijo—. Sabes quién soy. Me llevas, por tanto, una enorme ventaja.

—No sabes bien hasta qué punto. —Sonrió con una expresión feroz—. Pero puedes llamarme... —vaciló, se miró la manga del vestido— puedes llamarme Dama Verde. ¿Por qué me miras así? ¿O es que sólo a vosotros, los caballeros andantes, os está permitido actuar de incógnito, bajo apodos románticos? Para ti soy la Dama Verde y punto. Lo de menos es el color del vestido. Me puedo comparar sin problemas con ese Caballero Vejóle. Ha habido algunos que, al menor gesto mío, se mostraban dispuestos a ofrecer la cabeza al hacha del verdugo. ¿Lo dudas acaso?

—No se me ocurriría. Y, si se dieran las circunstancias, señora, yo sería el primero que no vacilaría.

—¿Las circunstancias, dices? ¿Quién sabe? Ya veremos. De momento, no vaciles en ayudarme a montar.

Marchaban, a su derecha se divisaban las cumbres de los Sudetes, azules sobre el fondo de las nubes. Por delante de la Dama Verde y de Reynevan iba un pequeño grupo de vigilancia: un sargento gordo y dos tiradores. Por detrás marchaba el resto de los hombres armados, así como los servidores, que llevaban los caballos de refresco y los de carga. Liebenthal *et consortes* formaban la retaguardia de la comitiva.

No estaban solos, había mucho tráfico en el camino, y bastante animado

además. No era sorprendente: viajaban por una de las rutas comerciales que unían occidente y oriente más famosas y frecuentadas desde la antigüedad. Hasta Zgorzelec era conocida como la *Via Regia*, el camino real. Pasaba por Frankfurt, Erfurt, Leipzig y Dresde, y se dirigía a Wroclaw, pero en Zgorzelec el camino se bifurcaba, dando lugar a la llamada ruta de los Sudetes, que recorría las faldas de las montañas, atravesando Jelenia Góra, Nysa y Racibórz, para volver a unirse en Cracovia con la carretera que venía de Wroclaw y seguir hacia el este, en dirección al mar Negro. Nada tenía de extraño que por la ruta de los Sudetes se sucedieran los carros y las caravanas. Hacia el oeste, hacia tierras alemanas, tradicionalmente se transportaban bueyes, cameros, cerdos, cueros, pieles, cera, potasa, miel y sebo. En dirección contraria solía viajar el vino. Y productos elaborados por la industria que se había desarrollado en occidente, y que en oriente no había manera de que se desarrollase.

La Dama Verde tiró de las riendas de su briosa yegua blanca, marchaba tan cerca que su rodilla rozaba la rodilla de Reynevan.

—Tienes —comentó— sangre seca en el cuello. ¿Ha sido obra suya? ¿De Liebenthal y compañía?

—No.

—Una respuesta concisa. —Frunció los labios—. Tan lapidaria que hace daño. Y pensar que yo, en el fondo de mi alma, contaba con que desarrollarías el tema, me obsequiarías con una novela de aventuras. Tienes que distraerme, acuérdate. Pero, como veo que no es de tu agrado, no te voy a importunar.

Reynevan no replicó. Como de costumbre, se había quedado mudo. Marcharon un rato en silencio. La Dama Verde parecía completamente absorta en la contemplación del paisaje. Reynevan no paraba de mirarla. A hurtadillas. Hasta que ella le sorprendió, le cazó con los ojos como una araña a una mosca. Él apartó la vista. No pudo evitar un estremecimiento.

—Si he entendido bien —reanudó la charla con despreocupación, cortando el silencio que se interponía entre los dos—, conseguiste dar esquinazo a tus vigilantes. Para regresar al día siguiente. Voluntariamente. Apenas disfrutaste de una noche de libertad. Y ahora resulta que te diriges al castillo de Stolz, donde vas a estar en poder del señor Johann Biberstein. Para

actuar así, tendrías una buena razón. ¿La tenías?

No respondió, se limitó a asentir con la cabeza. Los ojos de la Dama Verde se contrajeron peligrosamente.

—¿Una verdadera razón?

Reynevan habría querido asentir nuevamente, pero se contuvo a tiempo.

—Sí, señora, verdadera. Pero preferiría no hablar de eso. Sin ánimo de ofender. Y, si te he ofendido, lo lamento y te pido perdón.

—Estás perdonado.

Volvió a mirarla a hurtadillas, y ella volvió a atraparle en la trampa de sus ojos. Unos ojos cuya expresión Reynevan era incapaz de descifrar.

—Tenía ganas de charlar contigo, y las sigo teniendo. Lo único que buscaba con mis preguntas era animarte a hablar libremente. Porque, para la mayoría de las preguntas, yo ya tengo la respuesta.

—¿De verdad?

—Te entregas al señor Johann para demostrar algo. Para tratar de convencerle de que tienes la conciencia limpia. En relación con Catalina, claro está.

—Me sorprendes, señora.

—Lo sé. Lo hago a propósito. Pero volvamos, como dice a menudo mi confesor, al *meritum*. Al señor Johann, puedes creerme, tu exhibición no le va a impresionar. En el castillo de Stolz te espera, si no me equivoco, un proceso bastante desagradable. Con un final seguramente lamentable. Deberías huir, mientras tengas alguna oportunidad.

—Mi huida confirmaría la validez de la acusación. Equivaldría a reconocer mi culpa.

—Oh. Así que eres inocente. ¿No tienes nada que reprocharte?

—Has oído demasiados rumores acerca de mí.

—Desde luego —admitió—. Se dicen tantas cosas. De ti. De tus hazañas. Y conquistas. No he tenido más remedio que oírlas.

—Ya sabes, señora —se aclaró la voz—, lo que pasa con las habladurías. Cría fama y échate a dormir...

—Y también sé que cuando el río suena agua lleva. No cites más refranes, por favor.

—El delito del que se me acusa no fue obra mía. Más concretamente, ni

asalté ni desvalijé al recaudador de impuestos. Y no tengo el dinero que le robaron. Por si te interesa.

—Eso no me interesa.

—Entonces, ¿qué?

—Ya te lo he dicho: Catalina Biberstein. En relación con ella, ¿no eres culpable? ¿No pesa ningún pecado sobre tu conciencia? ¿Aunque sea un pecadillo?

—Sobre ese tema en particular —apretó los labios— preferiría no hablar.

—Ya sé que lo preferirías. Ahí está Swidnica.

Entraron en la ciudad por la Puerta de Strzegom, salieron por la Puerta de Abajo. Durante la travesía Reynevan suspiró en distintas ocasiones, al ver e identificar algunos lugares familiares, que le traían buenos recuerdos: la farmacia del Lindwurm Dorado, donde había hecho prácticas en su día, la taberna del Cruzado, donde había bebido en su día la cerveza de marzo de Swidnica y lo había intentado con las mozas del lugar, el pórtico del mercado de verduras, donde lo había intentado con las aldeanas que acudían con sus productos. Miró con nostalgia hacia la calle Kraszewice, donde Justus Schottel, un conocido de Scharley, imprimía naipes y estampas guarras.

Aunque estaba concentrado en sus recuerdos, a cada momento miraba con el rabillo del ojo a la Dama Verde, que cabalgaba a su derecha. Y cada vez que lo hacía le remordía la conciencia. Amo a Nicoletta, se repetía. Amo a Catalina Biberstein, que me ha dado un hijo. No pienso en otras mujeres. No pienso en ellas. No debería pensar en ellas.

Pero pensaba.

La Dama Verde también daba la sensación de ir absorta en sus meditaciones. No decía nada. Sólo volvió a abrir la boca al dejar atrás una aldea llamada Bolescin, una vez que cesó el estruendo de los cascos de los caballos de la comitiva al cruzar el puente sobre el Pilawa.

—A eso de una milla —dijo— se encuentra Faulbrück. Después está la ciudad de Rychbach. Después Frankenstein. Y pasado Frankenstein, el

castillo de Stolz.

—Conozco un poco la zona. —Reynevan se permitió un tono levemente burlón—. Entre Rychbach y Frankenstein se encuentran, por lo menos, Kopanica y Kozinieć. ¿Qué importancia tiene?

—Para mí, ninguna —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Pero yo, en tu lugar, prestaría más atención a la ruta. Cada milla recorrida y cada localidad dejada atrás te acercan al señor Johann Biberstein y a su célebre ira. Yo que tú, en cada uno de esos lugares buscaría mi oportunidad.

—Ya te he dicho que no tengo intención de escapar. No soy un criminal. No tengo miedo de presentarme ante Biberstein. Ni ante su hija.

—Bueno, bueno —le traspasó con la mirada—, qué arrebató más sincero. ¿De qué me quieres convencer, muchacho? ¿De que eres inocente como un chiquillo? ¿De que no tuviste nada en común con Cata Biberstein? ¿De que, aunque te desuellen vivo y te rompan los huesos, no piensas reconocer al bebé regordete que se agarra en Stolz a las faldas de Cata?

—Soy consciente... —Reynevan notó cómo se ponía colorado, cosa que le irritó—. Soy consciente de mi responsabilidad. Ni más ni menos: de mi responsabilidad. No de mi culpa. Pero, como he dicho antes, preferiría no hablar de eso. Podemos conversar de otros temas. Del paisaje, sin ir más lejos. Ese río es el Pilawa, y allí están las Montañas de la Lechuza.

La mujer se echó a reír. Reynevan suspiró furtivamente, se había temido otra reacción.

—Me esfuerzo —dijo ella— por comprender los motivos de tu comportamiento. Procuero estar al corriente de todo, ya se sabe, es una debilidad de la naturaleza femenina. Me gusta saber, asociar causas y consecuencias, entender. Es algo que me agrada. Dame ese gusto, Reinmar. Si no puede ser por simpatía, que sea por gentileza.

—Señora... Te lo ruego...

—Sólo una cosa, un problema, respóndeme a una pregunta. ¿Cómo es posible que no tengas miedo de las mazmorras de Stolz? ¿De la ira de Biberstein? ¿Después de haber violado a su única hija?

—¿Qué has dicho?

—¿Otra vez la santa indignación? Poseiste a Catalina Biberstein por la fuerza. Contra su voluntad. Lo sabe todo el mundo.

—¿Todo el mundo? —Se giró bruscamente en la silla—. ¿Y quién es todo el mundo?

—Dímelo tú.

—Yo no he empezado. —Notó cómo volvía a ponerse colorado—. Con todos los respetos, yo no he empezado esta conversación.

La dama estuvo mucho tiempo callada.

—Los hechos conocidos —empezó de repente— son los siguientes: hace dos años, el 14 de septiembre, a primera hora de la tarde, tus camaradas y tú asaltasteis en los bosques de Goleniow una comitiva en la que viajaban Catalina von Biberstein, de noble cuna, hija de Johann Biberstein de Stolz, y Jutta de Apolda, hija del copero de Schönau. Os llevasteis el carrozato en el que iban ambas damas. El grupo de perseguidores, que se puso en marcha al cabo de algunas horas, encontró el vehículo. Pero ni rastro de las doncellas.

—¿Cómo?

—Que ninguna de las dos doncellas —la Dama Verde le dirigió una mirada penetrante— dio señales de vida. ¿Algo que añadir? ¿Algún comentario?

—No. Nada.

—Los perseguidores os siguieron la pista, pero la perdieron en el Nysa, y ya era tarde. Sólo entonces decidieron mandar a un jinete al castillo de Stolz. La noticia llegó al anochecer, el señor Johann Biberstein dio aviso a sus vasallos, pero no pudo hacer nada efectivo hasta el amanecer. Antes de que se reuniera la partida, en Kamieniec las campanas de los cistercienses ya habían tocado a sexta. Y cuando tocaron a nona, de pronto aparecieron en Stolz, en la comitiva de un mercader armenio, las dos doncellas, Catalina y Jutta. Ambas sanas y salvas, y aparentemente intactas.

»De hecho —continuó, en vista del silencio de Reynevan—, fue uno de los secuestros más breves de la historia de Silesia. Aquel asunto banal muy pronto perdió su interés y cayó en el olvido. Hasta la fiesta de la Purificación de la Virgen. O sea, hasta el momento en que el estado interesante de Catalina Biberstein ya no se pudo disimular.

Reynevan se mantuvo impávido. La Dama Verde lo observaba con los ojos entornados.

—A partir de entonces —prosiguió—, Johann von Biberstein se enfadó

de verdad. Ofreció una recompensa. Cien gúldenes de plata a quien delatase y entregase al violador. En caso de que el delator estuviese personalmente implicado en el asunto, contaría además con garantías de que podría eludir el castigo. El señor Johann también se encargó de su hija, pero Cata se cerró en banda: ella no sabía nada, no se acordaba de nada, estaba inconsciente y con náuseas, y bla, bla, bla. También se negó a hablar Jutta de Apolda, de quien se sospechaba que tampoco estaba intacta.

»El tiempo pasaba, la barriga de Catalina crecía rápida y lindamente, y el responsable directo de ese milagro de la naturaleza seguía sin ser conocido. Johann Biberstein echaba pestes, y toda Silesia se entretenía con los chismes. Pero cien gúldenes no son moco de pavo. Apareció alguien que arrojó luz sobre el asunto. Alguien que había intervenido en el asalto y rapto, un tal Notker Wyrach. No era tan tonto para tragarse lo de las garantías de inmunidad, prefirió arreglar el asunto a distancia. Por medio de unos parientes suyos, los Bolz de Zeiskenberg, ante los cuales, en presencia de un sacerdote, juró sobre una cruz y confesó. Y la verdad salió a relucir. O sea, saliste tú, efebo mío.

»A la honorable hija del honorable don Johann, juró Weyrach, los secuestradores la trataron con una exquisita cortesía, nadie la rozó ni le faltó mínimamente al respeto, ni siquiera con una mirada atrevida. Por desgracia, en la respetable compañía de los *raubritter* se encontraba, por pura causalidad, un notorio granuja, sinvergüenza, degenerado y, para colmo, hechicero. Quien, guardándole rencor a don Johann, se apoderó de su hija, arrebatándosela a los secuestradores, para lo cual se valió de medios mágicos. E indudablemente forzó a la infeliz. Recurriendo, indudablemente, a la magia negra, de ahí que la infeliz no fuera consciente de lo ocurrido. El muy truhán del violador se ocultaba bajo el pseudónimo de Reinmar von Hagenau, pero las noticias vuelan, dos y dos son cuatro y la verdad siempre sale a flote. Y resulta que no era otro que Reinmar de Bielau, más conocido como Reynevan.

—¿Y eso lo juró sobre una cruz? En verdad son pacientes los cielos.

—Aunque no hubiera habido ninguna cruz —bufó—, la gente habría dado el mismo crédito a las revelaciones de Weyrach. Ya había en Silesia una opinión asentada acerca de Reinmar de Bielau. Ya había tenido ocasión de

valerse de su magia para dominar a las mujeres... Basta con recordar el asunto con Adela de Sterz... Por lo que veo, te has puesto algo pálido. ¿De miedo?

—No. No es por miedo.

—Ya decía yo. Volviendo al asunto: nadie puso en cuestión la confesión del *raubritter*, nadie dudó de sus palabras. A nadie le dio que pensar. Excepto a mí.

—Ajá.

—Weyrach juró que sólo habían raptado a una muchacha: a la Biberstein, precisamente. Sólo a ella. La otra doncella se quedó junto al carromato, se le ordenó que transmitiera las exigencias relativas al rescate... ¿Tienes algo que añadir?

—No, nada.

—¿Y no hay nada que te llame la atención en toda esta historia?

—Nada.

—¿Ni siquiera el hecho de que los perseguidores no encontraran a esa segunda doncella, Jutta de Apolda? ¿Qué al día siguiente las dos regresaran a Stolz? ¿Las dos juntas, a pesar de que, si hay que creer a Weyrach, una de ellas había sido raptada dos veces a lo largo de la jomada, y la otra ni una sola vez? ¿Ni siquiera eso te sorprende?

—Ni siquiera eso.

—No puedes ser tan reacio al asombro. —De pronto torció la boca, en sus ojos azules brilló la rabia—. Así que te estás burlando de mí.

—Me ofendes, señora, con semejante sospecha. O, lo cual es más probable, me estás tomando el pelo.

—Lo que ocurrió con esas doncellas tú lo sabes mejor que nadie, de primera mano. Estabas allí, no lo niegues, tomaste parte en el ataque. La declaración de Weyrach te señala como padre del hijo de Catalina Biberstein. Ni tú mismo lo niegas, aunque pareces sugerir, eso sí, que te allegaste a ella contando con su consentimiento. Lo cual resulta sorprendente o, mejor dicho, abiertamente inverosímil... Aunque tampoco se pueda descartar... Tan pronto palideces como te ruborizas, muchacho. Eso da que pensar.

—Naturalmente —estalló—. Tiene que dar que pensar. He sido declarado culpable de antemano. Soy un violador, así lo ha decidido el testimonio de

una persona tan digna de crédito como Notker Weyrach, rufián y bandido. Como verdugo y ofensor de su hija, Biberstein ordena acabar conmigo. Sin darme, claro está, la oportunidad de defenderme. ¿Qué tiene de raro que, arrastrado a mi ejecución, tan pronto palidezca como me ruborice? ¿Ha gritado su inocencia? Bah, todos los violadores gritan lo mismo. Pero ¿quién iba a creerle?

—Te indignas con tal solemnidad, de un modo tan sincero, que yo casi te creo...

—¿Casi?

—Casi.

Espoleó a su yegua, se adelantó. Le estuvo esperando. Mirándole con una sonrisa cuyo sentido se le escapaba a Reynevan.

—Delante de nosotros está Faulbrück —dijo, señalando la torre de la iglesia que asomaba por encima del bosque—. Vamos a parar ahí. Estoy hambrienta. Y sedienta. A ti, Reinmar, tampoco te conviene despreciar una juegucilla, *carpe diem*, muchacho, *carpe diem*, ¿quién sabe lo que nos traerá el mañana? Así que... Vamos a por todas^[38], como solía decir, cuando vivía, mi pariente Zawisza de Kurozweki, obispo de Cracovia. ¿Te sorprende? Te conviene saber que soy de la familia de los Toporczyk, de la Gran Polonia, y los Toporczyk están emparentados con los Rózyce. ¡Espolea a tu montura, caballero! ¡Vamos a por todas!

En los ademanes resueltos de la Dama Verde, en su forma de alzar la cabeza, orgullosa, a la vez que natural, y sobre todo en su forma de beber, apurando con gracia y soltura una jarra tras otra, en todo eso había algo que, efectivamente, hacía pensar en Zawisza de Kurozweki. En lo tocante al parentesco, Reynevan tenía la sospecha de que la Dama Verde bien podía habérselo inventado. En Polonia, más de quinientas familias ostentaban un hacha en su escudo de armas, y todas habrían sido capaces de alegar las más diversas alianzas, algo típicamente polaco. El parentesco con el obispo de Cracovia no era nada en comparación con los lazos de sangre, declarados por algunos clanes, con el rey Arturo, el rey Salomón y el rey Príamo. Sin embargo, mirando a la Dama Verde, Reynevan no podía quitarse de la cabeza

a Zawisza, el legendario obispo jaranero. Y siguieron otras asociaciones de ideas. El obispo la había palmado por culpa de su desaforada concupiscencia: le había propinado una brutal paliza un padre a cuya hija había intentado seducir. Y los demonios se habían llevado el alma del libertino directamente al infierno. Dando voces salvajes que muchos pudieron oír, gritaban: «¡Vamos a por todas!».

—Por ti, Reinmar.

—A tu salud, señora.

Se había cambiado de ropa para la velada. El gorro alto de lirón fue sustituido por un *rondlet* de terciopelo con un ribete y un *liripipe* de muselina. Los cabellos de color rubio oscuro, visibles ahora, los llevaba recogidos por detrás con una redecilla dorada. En el cuello, descubierto con bastante atrevimiento, brillaba un modesto collar de perlas. La *cotehardie* blanca, que llevaba sobre el vestido verde, presentaba en los costados unas grandes aberturas que permitían admirar la cintura y la redondez de las caderas, que alegraban la vista. Tales aberturas, a la última moda, eran llamadas por la gente poco respetuosa con la moda *les fenétres d'enfer*, proclamando así que incitaban al pecado de una manera infernal. Y, la verdad sea dicha, algo había de eso.

Liebenthal y compañía ocuparon un banco en un rincón, junto a la chimenea, y allí se emborracharon, taciturnos.

El tabernero se multiplicaba por dos y por tres, las mozas corrían como posesas con las escudillas, también los criados de la Dama Verde se dedicaban a servir, gracias a lo cual no tuvieron que esperar para comer y beber. La comida era sencilla, pero apetitosa, el vino pasable: para un local como aquél era sorprendentemente bueno.

Estuvieron un rato en silencio, vigilándose atentamente, en tensión, pero toda su actividad se consagraba a la sopa de cerveza con yema de huevo, a las truchas locales del Pilawa, al embutido de jabalí, a la liebre con nata agria y a las empanadas.

Después vinieron la torta con comino y la malvasía de Chipre, el pan de jengibre con miel y más malvasía, el fuego crepitaba en la chimenea, el servicio dejó de molestar, Liebenthal y compañía se fueron a dormir a las cuadras, reinaba el silencio y hacía calor, mucho calor incluso, la sangre

palpitaba en las sienes, las mejillas ardían. El fuego se reflejaba en las miradas ardientes.

—A tu salud, efebo.

—A la tuya, señora.

—Bebe. ¿Quieres decir algo?

—Nunca... nunca he forzado a una mujer. No me he valido de la fuerza, ni de la magia. Nunca, nunca jamás. Créeme, señora.

—Te creo. Aunque se me hace difícil... Tienes ojos de Tarquinio, hermoso muchacho.

—Te estás burlando de mí.

—En absoluto. En ocasiones, para forzar a alguien, no hace falta recurrir ni a la violencia ni a la magia.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Soy un enigma. Apártame de ti.

—Señora...

—No digas nada. Bebe. *In vino veritas*.

El fuego se apagó en la chimenea, se puso al rojo vivo. La Dama Verde apoyó un codo en la mesa, y la barbilla en las falanges.

—Mañana —dijo, y la voz le tembló, gutural e insinuante— llegaremos a Stolz. Se mire por donde se mire, el día de mañana, lo sabes de sobra, será para ti... será un día importante. No sabemos ni podemos prever lo que vaya a ocurrir, la sentencia es imprevisible. Pero... podría ocurrir que esta noche...

—Ya lo sé —respondió cuando la dama se interrumpió, tras lo cual Reynevan se puso de pie y se inclinó profundamente—. Soy consciente de la importancia de esta noche. Sé que puede tratarse de mi última noche. Por eso me gustaría dedicarla a... a la oración.

La dama se quedó callada, tamborileando con los dedos en la mesa. Le miró directamente a los ojos. Mucho tiempo, hasta que él los bajó.

—A la oración —repitió ella con una sonrisa, y fue una sonrisa digna de Lilith—. ¡Ja! Vaya una forma de tener pensamientos pecaminosos... Bueno, entonces yo también me voy a pasar la noche rezando. Y meditando. En el paso del tiempo. En cómo *transit gloria*.

Se levantó, y él se arrodilló. De inmediato. Ella le rozó los cabellos, pero enseguida retiró la mano. A Reynevan le dio la sensación de oír un suspiro. Pero podía haber sido suyo.

—Hermosa señora —aún no había inclinado la cabeza—. Dama Verde. Tu gloria nunca pasará. Ni tu gloria, ni tu belleza, que no conoce igual. Ay... Si el destino nos hubiera juntado en otros...

—No digas nada —refunfuñó—. No digas nada y márchate ahora mismo. Yo también me voy. Tengo que empezar a rezar cuanto antes.

Al día siguiente llegaron a Stolz.

Capítulo decimocuarto

En el que distintas cosas salen a la luz en el castillo de Stolz. Entre ellas el hecho de que la culpa de todo la tienen, por este orden, la perfidia de las mujeres y Wolfram Pannewitz.

Johann von Biberstein, señor del castillo de Stolz, se parecía tanto a su hermano Ulrich como si fueran gemelos. Se sabía que el señor de Stolz era sensiblemente más joven que el señor de Frydlant, pero no era algo que saltara a la vista. Eso obedecía a su aspecto caballeresco, verdaderamente homérico: altura de titán, aspecto de héroe, hombros de Áyax. Además, y para acabar de apurar el símil homérico, el aspecto y las narices griegas de ambos señores Biberstein hacía pensar de inmediato en Agamenón Atrida, rey de Micenas: serio, orgulloso, altanero, noble, aunque aquel día no estuviera precisamente de muy buen humor.

Johann von Biberstein los estaba esperando en la armería del castillo, una sala de altas bóvedas, donde hacía un frío severo y olía a herrumbre.

Decididamente, no estaba del mejor humor.

—¡Largo de aquí todo el mundo! —ordenó desde la misma entrada, con una voz que hizo temblar las roginas y las gujas en los soportes de las paredes—. ¡Aquí se van a tratar asuntos privados y familiares! ¡Todo el mundo fuera, he dicho! Señora copera, eso no va por ti, naturalmente. Tu persona nos es muy querida y tu presencia deseada.

La Dama Verde hizo una leve señal con la cabeza, se arregló el puño con un gesto que indicaba un moderado interés. Reynevan no daba crédito. La dama estaba interesada. Puede que incluso demasiado.

El señor de Stolz cruzó los brazos sobre el pecho. Tal vez fuera

casualidad, pero estaba situado de tal manera que el escudo con un cuerno de gules que colgaba de la pared le quedaba justo encima de la cabeza.

—Puede que fuera el diablo —añadió, mirando a Reynevan del mismo modo que miraría Polifemo a Ulises y sus camaradas—. Puede que fuera el diablo quien me tentó para que acudiera al torneo en Ziebice en aquella ocasión, en el día de la Natividad de María. Fue cosa del demonio, no cabe duda. De no haber sido por los poderes infernales no nos habrían caído encima tantas desgracias. Jamás habría oído hablar de ti. No sabría de tu existencia. No tendría que atormentarme con ella. Ni tendría que tomarme tantas molestias para que dejaras finalmente de existir.

Se quedó callado un momento. Reynevan también estaba callado. No se le oía ni respirar.

—Algunos dicen —prosiguió Biberstein— que mancillaste a mi hija para vengarte, animado por el rencor que sentías por mí. El obispo de Wroclaw, quien dedicara su atención al asunto, afirma a toda voz que son tus inclinaciones husitas y heréticas las que te mueven a acabar conmigo, como católico que soy. En cambio, el duque de Ziebice alega que eres un degenerado y que todo a la tu naturaleza criminal obedece. Asimismo se dice que has firmado un pacto con el diablo, y el diablo te señala las víctimas. A mí, para ser franco, me da lo mismo, mas tengo curiosidad por saber qué hay de todo eso. ¡Responde cuando te pregunto!

Reynevan cayó en la cuenta de repente de que se había olvidado por completo del texto del discurso en su propia defensa que había compuesto de antemano y que supuestamente iba a eclipsar el de Sócrates. Cayó en la cuenta con una sensación próxima al terror.

—No tengo intención... —se esforzó al máximo para que sonara su voz—. No tengo intención de mentir ni de justificarme. Asumo mi responsabilidad por... por todo lo ocurrido. Por las consecuencias... La doncella Catalina y yo... Don Johann, es verdad, soy culpable. Pero no soy un criminal, me han denigrado ante vos. En aquello que pasó entre la doncella Catalina y yo... No hubo ninguna mala intención. Lo juro por la tumba de mi madre, ni malas intenciones ni premeditación. Todo fue obra de la casualidad...

—La casualidad —repitió despacio Biberstein—. Permite que adivine: tú

vas tan pancho, sin malas intenciones, vuelves, por ejemplo, de la taberna a casa. Noche oscura como boca de lobo. En medio de las tinieblas, por obra de la casualidad, te topas con mi hija y, ¡zas!, por pura casualidad se te ensarta en la polla que, casualmente, te asoma por la bragueta. ¿Fue así? Si así ocurrió, en lo que a mí respecta estás disculpado.

—Estoy dispuesto —Reynevan se llenó los pulmones de aire— a responder...

—Es digno de elogio que estés tan dispuesto. Porque vas a responder. Hoy mismo.

—Estoy dispuesto a tomar a la doncella Catalina por esposa.

—¡Ja! —Biberstein volvió la cabeza hacia la Dama Verde, absorta, al parecer, en la contemplación de sus propias uñas—. ¿Has oído, mi señora copera? ¡Dispuesto está a tomarla por esposa! Y he de suponer que yo, ante semejante *dictum*, debiera volverme loco de júbilo, ¿no? ¿Porque el bastardo va a tener un padre y Cata un marido? ¿Es que nadie le ha explicado cuál es la situación? ¿No le han dicho que me basta con chasquear los dedos para que se pongan ahí en fila cuarenta pretendientes? ¿Qué yo, Biberstein, tengo de sobra donde escoger marido para mi hija? Así que escucha bien, mocoso. No cumples los requisitos para ser el esposo de mi Cata. Eres un proscrito. Eres un hereje. Y, por si fuera poco, eres un muerto de hambre. Un pordiosero. Sí, sí, Juan de Ziebice os ha confiscado todo el patrimonio a los Bielau. Por traición y herejía.

»Y, sobre todo —el señor de Stolz alzó la voz—, hay que dar ejemplo. Contundente. Que resuene por toda la Silesia. Que se recuerde mucho tiempo. Cuando nos amenaza la ausencia de ejemplos, cuando los crímenes quedan impunes, toda la sociedad se desmoraliza. ¿Tengo o no tengo razón?

Nadie le contradijo. Johann Biberstein se aproximó, miró a Reynevan a los ojos.

—He meditado largamente —dijo con una voz completamente serena— lo que haría cuando por fin te echara el guante. Algo he estudiado. Sin despreciar los hechos de los antiguos, la historia contemporánea me parece más instructiva. Así, en 1419, hace apenas ocho años, los señores católicos checos, cuando atrapaban a los calixtinos, los despachaban recurriendo a métodos imaginativos, de hecho rivalizaban en ingenio entre ellos. A mi

juicio, la palma se la lleva Jan Svihovsky de Ryzmberk. A un husita que había caído en sus manos el señor Svihovsky mandó que le atiboraran de pólvora la boca y el gaznate^[39], y que prendieran la pólvora después. Testigos presenciales aseguran que con la explosión el hereje echó llamas y humo hasta por el culo.

»Cuando lo oí —continuó Biberstein, disfrutando de la expresión de Reynevan—, tuve una revelación. Ya sabía lo que iba a hacer contigo. Pero pretendo llegar más lejos que el señor Svihovsky. Tras llenarte hasta arriba de pólvora, voy a ordenar que te metan una bala de plomo por el culo, para medir hasta dónde llega. Ese prodigioso disparo con el culo tiene que servir para dar satisfacción tanto a mis sentimientos paternos como a mi curiosidad científica. ¿Qué te parece?

»También tengo que comunicarte, no sin satisfacción —prosiguió, sin esperar a la respuesta—, que después de muerto seguirás sufriendo una suerte igualmente espantosa. Yo pensaba que era una idiotez y un esfuerzo innecesario, pero mi capellán se empeñó. Eres un hereje, así que no voy a enterrar tus restos en tierra sagrada, sino que voy a ordenar arrojarlos por ahí, en el campo, para que sirva de alimento a los cuervos. Y es que, si no recuerdo mal: *Quibus viventibus non communicavimus mortuis communicare non possumus*^[40].

—Estoy en vuestras manos, señor Biberstein. —La resignación ayudaba a Reynevan a reunir los restos de coraje—. A vuestra merced. Podéis hacer conmigo lo que deseéis. ¿Qué queréis tratarme como a un perro? Nadie os lo impide. ¿Acaso pretendéis asustarme con el tormento, en la esperanza de que empiece a implorar compasión? Eso sí que no, don Johann. Soy un noble. Y no me voy a rebajar delante del padre de la joven a la que amo.

—Qué bien has hablado —juzgó fríamente el señor de Stolz—. Y has estado muy valiente. Has vuelto a despertar mi curiosidad científica: ¿para qué sirve tanta osadía? Ja, no perdamos el tiempo, la pólvora y la bala esperan. ¿Tienes un último deseo?

—Quisiera ver a la doncella Catalina.

—¡Ah! ¿Y qué más? ¿Quieres tirártela como despedida?

—Y a mi hijo. No puedes prohibírmelo, don Johann.

—Sí que puedo. Y te lo prohíbo.

—¡Yo la quiero!

—Eso lo arreglamos en un santiamén.

—Don Johann —intervino la Dama Verde, y el timbre de su voz hacía pensar en muchas cosas, entre otras la miel—. Muestra magnanimidad. Muestra caballerosidad: la historia reciente abunda en ejemplos de ella. Hasta los señores católicos checos dieron, me parece, satisfacción a los últimos deseos de los husitas, antes de atiborrarlos de pólvora. Cumple el deseo del señor de Bielau, don Johann. Por si no lo sabes, la ausencia de muestras de magnanimidad desmoraliza a la sociedad tanto como la excesiva indulgencia. Además, te lo pido yo.

—Y eso es suficiente. —Biberstein inclinó la cabeza—. Eso es suficiente, mi señora. Que así sea. ¡Eh! ¡Criados!

El señor de Stolz impartió órdenes, los criados corrieron a cumplirlas. Después de un tiempo de espera que pareció eterno, la puerta chirrió. Dos mujeres entraron en la armería. Y una criatura. Un niño. Reynevan sintió cómo le inundaba una oleada de calor y cómo la sangre le golpeaba el rostro. También se dio cuenta de que había abierto la boca inconscientemente. La cerró, no quería parecer un perfecto cretino. No estaba seguro del resultado. Debía de parecer un perfecto cretino. Porque así se sentía.

Una de las mujeres era una matrona, la otra una joven doncella, y la diferencia de edad y el llamativo parecido no dejaban lugar a dudas: eran madre e hija. Tampoco era difícil identificar el origen familiar de ambas, especialmente para alguien como Reynevan, que en su día había recibido una lección sobre los rasgos hereditarios característicos de las damas y doncellas de las más eminentes familias silesias, una lección impartida en su momento por la señora Formosa von Krossig en el castillo de los *raubritter* de Bodak. Tanto la matrona como la doncella eran más bien bajas y achaparradas, de anchas caderas, como correspondía a las Pogarell, emparentadas ya de antiguo con los Biberstein. También las narices pequeñas, chatas y cubiertas de abundantes pecas daban testimonio irrefutable de que por sus venas corría la sangre de los Pogarell.

Reynevan no conocía a la matrona y nunca la había visto. A la doncella sí la había visto. Hacía tiempo. Una sola vez. El crío, que no se soltaba de sus faldas, tenía los ojos claros, unas manitas gordezuelas, la cabecita cubierta de

ricillos dorados y, en general, parecía un pequeño bobalicón. Dicho de otro modo: parecía un pequeño, precioso, hermosote y pecoso querubín. Reynevan no sabía decir a quién había salido. Y, en definitiva, le traía sin cuidado.

Para las anteriores observaciones y reflexiones, cuya descripción ha exigido unas cuantas frases, a Reynevan le bastó un solo instante. Como, al decir de los astrónomos más sabios de la época, la *hora* se divide en *puncta*, *momenta*, *unciae* y *atomi*^[41], cabe pensar que sus consideraciones no le llevaron a Reynevan más de una *uncia* y treinta *atomi*.

Más o menos, los mismos *unciae* y *atomi* que necesitó para analizar la situación don Johann Biberstein. El rostro se le ensombreció de un modo inquietante, frunció las cejas homéricas con aire ominoso, la nariz griega se le puso lúgubre, los bigotes se le erizaron horriblemente. Así que el angelito del nieto tenía por abuelo a un viejo y malvado diablo. Eso es lo que parecía en aquellos momentos el señor de Stolz. Tanto se le parecía que podían haberlo pintado en los frescos de la iglesia.

—Así que no es ésta la doncella —constataba un hecho, pero al hablar le salía tal rugido que parecía un león—. Resulta que no es ésta la doncella para nada. Resulta que alguien está intentando dejarme en ridículo.

—Esposa mía —su voz retumbó en la armería como un carro cargado de ataúdes vacíos—. Ten la bondad de llevarte a nuestra hija a los aposentos femeninos. Y de hacerla entrar en razón. Del modo que creas más conveniente, aunque yo, si me permites, te recomiendo la vara de abedul en las nalgas desnudas. Hasta que dé resultado, o sea, hasta que descubras la verdad. Cuando estés en posesión de esa verdad, querida esposa mía, y puedas compartirla conmigo, preséntate ante mí. Pero no intentes presentarte antes, ni con otro propósito.

La matrona palideció, pero se limitó a hacer una reverencia, y no dijo ni pío. Reynevan captó su mirada mientras se llevaba a su hija, tirándole de la manga blanca que asomaba bajo la *cotehardie verde*. No fue una mirada especialmente amistosa. La hija —Catalina von Biberstein— también le miró. A través de las lágrimas. Había un reproche en aquella mirada. Y lástima. Lo que lamentaba, lo que le reprochaba, se lo podría haber imaginado. Si hubiera querido. Pero no quería. Había dejado de interesarle.

Había dejado de interesarle Catalina von Biberstein. Todos sus pensamientos se dirigían ahora a otra persona. De la que —se había dado cuenta de repente— no sabía nada. Salvo el nombre, que ya había adivinado.

Cuando las mujeres ya habían salido con el niño, Johann von Biberstein soltó una maldición. Y después otra.

—*Nec eras, nec herí, nunquam ne credas mulieri*^[42] —gruñó—. ¿De dónde os viene tanta perfidia a las mujeres, señora copera?

—Es que somos pérfidas. —La Dama Verde sonrió con su sonrisa demoníaca, irresistiblemente seductora—. No hay quien nos entienda. Porque somos hijas de Eva. Por lo visto, estamos hechas de una costilla torcida.

—Tú lo has dicho.

—Sin embargo —la Dama Verde miró a Reynevan por debajo de las pestañas—, a pesar de las apariencias, no es tan fácil engañarnos. Ni seducirnos. Desde los tiempos del jardín del Edén, es verdad, nos venimos rindiendo ante las serpientes. Pero jamás ante los luciones.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Soy un enigma. Descíframe, don Johann.

El destello en la mirada de Johann Biberstein se apagó igual de deprisa que había surgido.

—La honorable señora copera —en ningún momento hasta entonces había acentuado el título con tanta intensidad— es muy picara. Mas aquí no estamos para bromas. ¿No es verdad, señor de Bielau? ¿O me equivoco? ¿Igual te estás divirtiendo? ¿A lo mejor te parece que ya te has librado? ¿Qué te has escapado de la opresión, escurridizo cual anguila? Estás muy lejos aún de eso, uy, no lo sabes tú bien. Si tú no has preñado a mi Cata, mejor para ti. Pero la asaltaste como un bandolero, y ya sólo por eso vale la pena hacerte descuartizar. O, puesto que eres un hereje, entregarte al obispo, para que te achicharre en la hoguera en Wroclaw... ¿Querías decir algo, señora? ¿O me lo ha parecido?

—Te lo ha parecido.

Crujió la puerta, la matrona entró en la armería. Sin toca. Un tanto ruborizada. Con el pecho agitado.

—¡Oh! —se alegró don Johann—. ¿Tan rápido?

La señora de Biberstein miró a su marido con una altivez

condescendiente, se acercó hacia él, le cuchicheó algo al oído. A medida que el cuchicheo se iba alargando, a don Johann se le iba iluminando el rostro.

—¡Ja! —exclamó finalmente, radiante de gozo—. ¡El joven Wolfram Pannewitz! ¡Ja, por mi alma! ¡Ya lo entiendo! ¡Iba errando por los bosques de Goleniow, y se hizo pasar por un caballero andante! Seguro que se la encontró cuando ella ya se había alejado del carromato y se había adentrado en el bosque... ¡Ja, por todos los diablos cornudos! ¡Ahora me acuerdo! Y luego, cada vez que venía por aquí, ¿recuerdas, mujer?, menudas miradas echaba, se ponía colorado y no paraba de babear... ¡Traía regalitos! ¡Ja! ¡Pero no tenía intención de casarse! ¡Pues ahora sí que la va a tener! Porque no es un mal partido, esposa mía, nada malo. Pienso ir enseguida a Homole, a ver al viejo señor Pannewitz, a comentar, de padre a padre, las diabluras de nuestros herederos. Trataremos también del honor... —Se calló, miró a la Dama Verde y a Reynevan: parecía sorprendido de que siguieran ahí. Se puso serio—. Tendría que...

—No tienes que hacer nada —le cortó la Dama Verde—. Yo me ocupo del asunto. Me lo llevo. Nos vamos de inmediato.

—¿No te quedas a pasar la noche, señora? Hay un buen trecho hasta Schónau...

—Parto enseguida. Salud, don Johann.

La Dama Verde llevaba prisa, no dejaba de apremiar a su séquito. Se dirigían hacia el norte, hacia las peñas y las colinas. Marchaban a buen paso, tenían delante el macizo nublado del monte Sleza, y a sus espaldas los montes azules Rychleby y Jesioniki. Reynevan viajaba en la cola del cortejo, sin saber muy bien adonde iban ni con qué propósito. Aún no se había repuesto.

Pero la marcha no duró mucho. De pronto, la Dama Verde dio orden de detenerse. Le hizo una señal a Reynevan de que la siguiera.

Al pie de una colina había una cruz de piedra penitencial. Por lo general tales cruces le traían recuerdos a Reynevan, le hacían meditar. Pero aquella cruz le dejó indiferente.

—Desmonta.

Obedeció. Ella estaba parada delante de él, el viento le agitaba la capa, se

le pegaba al cuerpo.

—Aquí nos despedimos —dijo—. Me dirijo a Strzelin, y desde ahí me voy a casa, a Schönau. Tu compañía no es aconsejable. ¿Entiendes? Juzga tú mismo.

Él asintió con la cabeza. Ella se le acercó, le miró a los ojos desde cerca. Un instante. Después apartó la mirada.

—Sedujiste a mi hija, canalla —dijo en voz baja—. Y yo... yo, en lugar de darte una bofetada y mostrarte mi desprecio, aún tengo que ruborizarme. Y, en mis pensamientos, estarte agradecida por... ya sabes por qué. Ja, ¿tú también te pones colorado? Muy bien. Siempre es un consuelo. Aunque sea escaso. —Se mordió los labios—. Soy Agnes de Apolda. La mujer del copero Bertold Apolda. La madre de Jutta de Apolda.

—Me lo había imaginado.

—Más vale tarde que nunca.

—Me gustaría saber cuándo te imaginaste tú lo que había pasado.

—Antes. Pero dejemos eso.

»La fortuna te sonríe —prosiguió—. Eres el clásico ejemplo de persona elegida por el destino. Pero deja de tentar al diablo. Huye. Desaparece de Silesia, mejor si es para siempre. Aquí no estás a salvo. Biberstein no era tu único enemigo, tienes muchos aquí. Tarde o temprano alguno de ellos caerá sobre ti y acabará contigo.

—Tengo que quedarme. —Se mordió los labios—. No puedo irme sin encontrarme antes con...

—Con mi hija, ¿verdad? —Pestañeó de un modo peligroso—. Te lo prohíbo. Lo siento, pero no acepto esa relación. No eres un buen partido para Jutta. Es cierto que Juan de Ziebice te desposeyó de todo y se quedó con todo, pero yo no soy tan interesada como Biberstein, soportaría a un yerno empobrecido, rico sólo de corazón, y que el amor triunfase en una miserable cabaña. Pero no voy a consentir que mi hija se una a un perseguido, a un proscrito. Tú mismo, si tienes algo de decencia, y sé que la tienes, no permitirías que tus enemigos, siguiendo tu pista, lleguen hasta ella. No la vas a exponer al peligro y al daño. Promételo.

—Lo prometo. Pero querría...

—No lo quieras —le interrumpió de inmediato—. No tiene ningún

sentido. Olvídate de ella. Y deja que ella olvide. Ya han pasado dos años, muchacho. Sé que te va a doler, pero déjame que te diga: el tiempo tiene enormes facultades curativas. Las flechas de Amor suelen clavarse hondo. Pero esas heridas sanan con el tiempo si no se hurga en ellas. Ella te olvidará. Tal vez ya te haya olvidado. No te lo digo para hacerte sufrir. Al contrario: para aliviarte. Te reconcomen las ideas de responsabilidad, de compromiso. De deber. No tienes ningún deber, Reinmar. Estás libre de obligaciones. Puede que sea prosaica con respecto al dolor, pero ¿de qué sirve ponerse a poetizar? El que os hayáis acostado es un episodio sin importancia.

Reynevan no respondió. Ella se aproximó, se quedó muy cerca de él.

—Este encuentro contigo... —susurró, acariciándole delicadamente en la mejilla—. Este encuentro contigo ha sido un placer. Lo recordaré. Pero no me gustaría volver a encontrarte. Ni verte. Nunca, en ninguna parte. ¿Está claro? Contesta.

—Está claro.

—En caso de que algo empiece a rondarte la cabeza, que sepas que Jutta no está en Schónau. De nada sirve interrogar a la gente de allí o de los alrededores, nadie conoce el lugar donde reside. ¿Entendido?

—Sí.

—Entonces, adiós.

Capítulo decimoquinto

En el que Reynevan, gracias a un anarquista, se encuentra por fin con su amada.

La posadera, al pasar a su lado, le dirigió una mirada inquisitiva, señalando la jarra vacía. Reynevan declinó con la cabeza. Ya tenía suficiente, además la cerveza no era especialmente buena. Hablando claramente, era una birria. Igual que la comida que servían allí. El hecho de que, a pesar de todo, hubiese tantos clientes sólo podía explicarse por la falta de competencia. El propio Reynevan había decidido quedarse allí, en Cieplowody, al enterarse de que no había otra posada hasta Przereczyn, junto a la carretera de Wroclaw. Y hasta Przereczyn había una milla y pico, y ya iba cayendo la noche.

Necesito que alguien me ayude, pensó.

Llevaba casi una hora analizando la situación y tratando de concebir algún plan de acción sensato. Una y otra vez llegaba a la conclusión de que sin ayuda no iba a conseguir mucho.

Tras despedirse de Agnes de Apolda, la Dama Verde, venciendo el desaliento en que le habían dejado sumido sus palabras, se había marchado a Powojowice. Lo que allí encontró aumentó su desaliento. El administrador a quien el duque Juan de Ziebice había confiado la hacienda confiscada a Peterlin apenas había necesitado dos años para convertir un reputado y próspero batán en una completa ruina. Nicodemus Verbruggen, maestro tintorero flamenco, incapaz, por lo visto, de soportar las humillaciones, había emigrado a la Gran Polonia. La deuda del duque Juan no hacía más que crecer. Ya llegará la hora —a Reynevan le rechinaban los dientes—, ya llegará la hora, mi señor duque. La hora de echar cuentas. Y de pagar.

Pero de momento necesito ayuda. Sin ayuda no voy a ninguna parte.

En un rincón, inclinados sobre sus jarras, había dos individuos de aspecto humilde. Llevaban ropas sencillas y modestas, aunque demasiado limpias para tratarse de unos simples vagabundos, tampoco se apreciaban en sus rostros las marcas que deja la sensación permanente de hambre. Uno de ellos tenía cejas pobladas, el otro la cara coloradota y brillante. Los dos llevaban capucha. Los dos, advirtió Reynevan, miraban a menudo, demasiado a menudo, hacia él.

Necesito ayuda. ¿A quién podría dirigirme? ¿Al canónigo Otto Beess? Tendría que ir a Wroclaw, y eso es arriesgado.

¿Ir a Brzeg, a ver a los curas? Era dudoso que aún se acordaran de él, habían pasado cinco años desde que estuvo trabajando en el hospicio. Además, Birkart Grelenort podía tener ojos y oídos también allí. ¿Y si iba a Swidnica? Justus Schottel y Simón Unger, unos conocidos de Scharley de la imprenta de la calle Kraszewice, seguro que le recordaban, les había echado una mano durante cuatro días con los garabatos y los grabados obscenos.

Tal vez sea el mejor plan, pensó. Scharley y Sansón, que le buscarían por toda Silesia —porque seguro que le estaban buscando—, sin duda acudirían a la imprenta. Mientras tanto me esconderé allí, trazando otros planes, pensando en...

En cómo acercarme en secreto a Nicoletta.

Los dos hombres del rincón conversaban en voz baja, inclinándose por encima de la mesa y acercando las cabezas encapuchadas. Hacía un buen rato que no miraban hacia Reynevan. Igual sólo ha sido una falsa impresión, pensó, a lo mejor es que mi suspicacia raya ya en lo enfermizo. Veo espías por todas partes. Oh, pero ahora ese tipo alto que está junto al aparador, de pelo moreno, con el rostro atezado, con pinta de aprendiz errante, me está mirando a hurtadillas. Me parece que me está mirando.

Pues nada, a Swidnica, decidió, levantándose y arrojando algunas monedas sobre la mesa. De las que le había dado la Dama Verde al despedirse de él. A Swidnica, pasando por Rychbach. En el caballo que le había proporcionado la Dama Verde.

Al salir del local, lleno de humo, respiró el aire vespertino de noviembre, en el que se sentía ya el hálito boreal del invierno, el anuncio de heladas y

ventiscas. Estamos a doce de noviembre, pensó, ayer fue San Martín. Dentro de tres semanas comenzará el Adviento. Después de otras cuatro, será Navidad. Se quedó parado un instante, contemplando el cielo, con aquellas bandas de intenso rojo que había pintado el ocaso.

Me pondré en camino en cuanto amanezca, decidió al entrar en el callejón, dirigiéndose a la cuadra donde había dejado el caballo y en la que tenía intención de pasar la noche. Si no remoloneo, llegaré a Swidnica antes de que cierren las puertas...

Tropezó con algo. Con un cuerpo. En el suelo, junto a la entrada de la casa, había un hombre tendido. Lo reconoció de inmediato. Era uno de los que estaban en el rincón, el de las cejas pobladas. Ahora, con la capucha echada hacia atrás y sin gorra, se le veía la tonsura, muy profunda, hasta la altura de la corona oscura de cabellos por encima de las orejas. Yacía en medio de un charco de sangre. Le habían rajado el cuello de oreja a oreja.

El virote impactó con tanta fuerza en el travesaño que había sobre su cabeza que llovió paja del tejado. Reynevan dio un salto hacia atrás, se agachó, una segunda flecha se estampó contra el enlucido de la pared, justo al lado de su cara, cubriéndosela de cal en polvo. Huyó, presa del pánico: viendo a su izquierda el negro abismo del callejón, se lanzó hacia él sin dudar. El emplumado del siguiente proyectil le pasó silbando junto al oído.

Saltó por encima de unos toneles, de un montón de estiércol, fue a parar a un pórtico. Y allí chocó con alguien. Con tanto ímpetu que ambos cayeron al suelo.

El otro se levantó primero. Era el segundo de los que estaban en el rincón, el de la cara brillante. También llevaba tonsura. Reynevan agarró un grueso madero de un montón que había junto a la pared, se preparó para golpear.

—¡No! —gritó el hombrecillo tonsurado, apoyando la espalda en la pared —. ¡No! Yo no...

Tosió violentamente, escupió sangre. No cayó al suelo, se quedó suspendido en el aire. Por debajo de la barbilla le asomaba la flecha con la que le habían ensartado en el madero. Reynevan no había oído el silbido. Se agachó y salió disparado hacia el callejón.

—¡Eh! ¡Alto!

Frenó tan bruscamente que fue a parar a la hierba húmeda, justo bajo los

cascos del caballo. De su propio caballo. El bayo de la Dama Verde, cuyas riendas estaba sujetando el tipo alto y moreno con aspecto de aprendiz errante.

—Monta —le ordenó con voz ronca, entregándole las riendas—. Monta, Reynevan de Bielau. ¡Ponte en camino! Y no te detengas.

—¿Quién eres?

—Nadie. ¡En marcha! ¡Cómo una liebre!

Obedeció.

No llegó muy lejos, la noche era de una oscuridad impenetrable y hacía un frío atroz. Al tropezar en un almiar que había junto al camino, Reynevan se hundió profundamente en el heno. Los dientes le castañeteaban. De frío y de miedo.

En Cieplowody alguien había atentado contra su vida. Había intentado asesinarle. ¿Quién? ¿Biberstein, que se lo había pensado mejor?

¿Los esbirros del duque Juan, al que podían haberle llegado las noticias? ¿La Inquisición? ¿Quiénes eran aquellos hombres tonsurados que habían estado observándole en la venta? ¿Quién era aquel tipo con pinta de aprendiz que le había salvado?

Se sumió en sus reflexiones. Tanto, que acabó por dormirse.

Al amanecer, el frío despertó a Reynevan, y un tañido de campanas lo sacudió definitivamente del sueño. El caso es que tocaban bastante cerca. Cuando consiguió salir del almiar, miró a su alrededor y vio unos muros y unas torres. Era un panorama conocido. La ciudad que divisaba en la claridad neblinosa y mística del alba era Niemcza: Reynevan había acudido allí a la escuela, aprendiendo muchas cosas y llevándose sus buenas zurras.

Entró en la ciudad rodeado por montones de viajeros. Muerto de hambre, quiso orientarse por el olor de las cocinas, pero la multitud lo arrastró hacia la plaza del mercado. Estaba atestada de gente, no cabía un alfiler.

—Van a ajusticiar a alguien —le informó muy convencida la primera persona a la que preguntó por la razón de las aglomeraciones: un mocetón

con un mandil de piel—. Creo que lo van a romper en la rueda.

—O a empalarlo —se relamió una mujer flaca con delantal y aspecto de aldeana.

—Parece que van a repartir limosna.

—Y van a conceder indulgencias, no de balde, pero sí baratas, según dicen. Para algo ha hecho venir el obispo a tanto preste. ¡Del mismísimo Wroclaw!

En el tablado del cadalso que se alzaba sobre la muchedumbre había cuatro personas: dos monjes con hábitos de dominicos, un individuo vestido de negro con pinta de oficial y un corpulento soldado con capellina y una túnica roja y amarilla sobre una coraza. Uno de los dominicos estaba soltando un sermón, gesticulando mucho y levantando los brazos sin parar. Reynevan aguzó el oído.

—¡Esa repugnante herejía checa amenaza todo el orden instituido! ¡Pregona una inicua y pérfida doctrina sobre los sacramentos! Reprueba el matrimonio. Dirigiendo su mirada hacia los placeres corporales y la voluptuosidad animal, destruye cualquier vínculo legal y acaba con toda forma de orden público, con cuya ayuda el crimen suele verse refrenado. Y, sobre todo, en su ansia de sangre católica, ordena matar y quemar con atroz crueldad a todo aquél que no comparte sus errores, manda cortar labios y narices a unos, brazos y piernas a otros, y a otros descuartizar y atormentar de diversas formas. Las imágenes de Jesucristo, de su sagrada madre y de otros santos ordena destruir y escarnecer...

—¿Cuándo vais a repartir limosna, eh? —gritó una voz entre la multitud. El soldado que estaba en el cadalso se irguió, se puso en jarras, con cara de pocos amigos. Acallaron al protestón.

—Para que veáis más clara la importancia del asunto, buenas gentes —decía mientras tanto el oficial—. Para que abráis los ojos ante la abominación de la herejía checa, se os va a leer una carta caída del cielo. Cayó de los cielos en la ciudad de Wroclaw, delante de la mismísima catedral, y fue escrita por mano de Jesucristo, Nuestro Señor, amén.

El murmullo de un rezo recorrió la multitud, la gente se persignaba, tropezándose con el codo del vecino. Reinaba cierta confusión. Reynevan empezó a retirarse, abriéndose paso a empujones en medio del gentío. Ya

tenía suficiente.

En el patíbulo el otro dominico desenrolló un pergamino.

—Oh, vosotros, miserables pecadores —leía con emoción—, vuestra hora se acerca. Paciente soy, mas si no rompéis con la herejía checa, si ofendéis a vuestra madre la Iglesia, os maldeciré por los siglos de los siglos. Enviaré sobre vosotros granizo, fuego, rayos y tormentas para que perezcan vuestras obras, destruiré vuestras viñas y os arrebataré todas vuestras ovejas. Os castigaré con aires pestilentes, una enorme miseria caerá sobre vosotros. Así pues, os amonesto y os prohíbo prestar oídos a los husitas, a los heresiarcas, a los que pregonan la herejía y a todos esos hijos de puta, siervos de Satanás. Y aquél que se oponga no verá la vida eterna, y en su casa nacerán hijos ciegos y sordos...

—¡Embustes! —gritó una potente voz grave entre la muchedumbre—. ¡Falsedades de cura vendido! ¡No le creáis, hermanos, buenas gentes! ¡No hagáis caso de las trapacerías del obispo!

El soldado se acercó corriendo al extremo del patíbulo, impartió órdenes, señalando hacia el lugar de donde procedían los gritos. La multitud se agitó cuando irrumpieron en ella los alabarderos, abriéndose paso con sus astas. Reynevan se detuvo. Aquello empezaba a ponerse interesante.

—Madre se llama —gritó alguien en el extremo opuesto de la plaza, con una voz que le resultó familiar a Reynevan—. ¡Madre se llama a sí misma esta Iglesia romana! ¡Y es una serpiente horripilante que vertió su ponzoñoso veneno sobre la cristiandad cuando con mano sangrienta enarboló la cruel cruz contra los checos, y con labios venales proclamó la cruzada contra los verdaderos cristianos! ¡La falsedad, henchida de las mentiras del duque, pretende acabar en Bohemia con la imperecedera verdad divina, que al mismo Dios tiene como ayudante y defensor! ¡Y a quien alce su mano contra la verdad de Dios le esperan la muerte y las penas infernales!

El oficial del cadalso impartía órdenes, señalaba con la mano, unos tristes sayones con zamarras negras empezaron a abrirse camino entre la gente apretujada.

—¡Roma es una vulgar fulana! —bramó otra voz profunda, localizada en un punto completamente nuevo—. ¡El papa es el Anticristo!

—¡La curia romana —se oyó una voz grave parecida, pero cualquiera

sabía de dónde salía— es una cuadrilla de ladrones! ¡No son capellanes, sino unos pecadores desvergonzados!

Sonó un rasgueo de laúd, y una voz que Reynevan conocía bien se puso a cantar en alto, con brío.

*Nos manda la verdad Cristo,
la mentira el Anticristo.
Los curas, hijos de tales,
embaucan con sus patrañas
a los pobres menestrales^[43].*

La gente empezó a reírse, a tararear la cancioncilla. Los alabarderos y los esbirros iban de acá para allá, maldecían, soltaban empujones y golpeaban con las astas, peinaron la plaza buscando a los alborotadores. En vano.

A Reynevan se le presentaba una buena oportunidad. Sabía a quién buscar.

—Que Dios te guarde, Tybald Raabe.

Al oír esas palabras, el goliardo pegó un brinco, se golpeó con la espalda en el tabique, asustando al caballo que estaba al otro lado. El animal pateó la pared del establo, bufó, otros caballos lo secundaron.

—Mi joven señor don Reinmar... —Tybald Raabe recobró el aliento, pero la palidez de su cara se resistía a desaparecer—. ¡Mi joven señor don Reinmar! ¿En Silesia? ¡No doy crédito a mis ojos!

—Yo le conozco —dijo el acompañante del goliardo, un enano con capucha—. Ya le había visto antes. Hace dos años, en Grochowa Góra, en el festival con ocasión de la fiesta de Mabon. O, como decís vosotros, del *aequinocium*. Estaba con una hermosa muchacha. Por lo visto, la suya.

Se bajó la capucha. A Reynevan se le escapó un gemido.

Unas cerdas pelirrojas, tiesas como espinas de erizo, adornaban la cabeza ovalada y alargada de la criatura: indudablemente, no se trataba de una persona. El retrato lo completaba una nariz retorcida como la del papa en las octavillas de los husitas y unos ojos saltones, recorridos por unas venillas

rojas. Y las orejas. Unas orejas grandes. Tan grandes que la palabra «colosales» acudía sola a los labios.

El monstruo soltó una carcajada, contento de ver el efecto que había producido.

—Soy un mamun —se jactó—. No me digas que no habías oído hablar de nosotros.

—Sí que había oído. Hace un rato, en la plaza. Entonces, ¿es verdad lo que se dice de vosotros?

—¿Qué podemos dirigir el sonido a nuestro antojo? —El mamun abrió la boca, pero su voz grave sonó a la espalda de Reynevan, que pegó un respingo de la impresión—. Claro que podemos. —El mamun sonrió ufano, pero la voz venía de un lateral, desde detrás de las caballerizas—. Para nosotros, es un juego de niños.

»En otros tiempos, embaucábamos de este modo a los viajeros que se acercaban a los pantanos —siguió diciendo el monstruo, y cada vez su voz llegaba de un sitio distinto: de detrás de la pared, de debajo de un montón de paja, del desván—. Como parte del espectáculo. Ahora también los embaucamos, pero muy de vez en cuando, porque ya estamos hartos de esa vida perra de cómicos. Pero el arte a veces nos resulta útil...

—Ya lo he visto. Y lo he oído.

—Vamos a beber algo —propuso Tybald Raabe.

Reynevan tragó saliva. El mamun soltó una carcajada, se subió la capucha ceñida.

—Descuida —explicó el goliardo con una sonrisa—. Lo tenemos muy ensayado. Si alguien se extraña, le decimos que es un forastero. Que viene de muy lejos.

—De Samogitia. —El enano se sonó, se limpió la nariz con una manga—. Tybald hasta ha pensado para mí un alias de Samogitia. De hecho, me llamo Malevolt, Jon Malevolt. Pero en público llámame Brazauskas.

El tabernero les llevó a la mesa la siguiente jarra, y nuevamente miró intrigado al mamun.

—Y, ¿cómo os va por allí, por Samogitia? —no pudo reprimirse—.

¿Están las cosas tan caras como aquí?

—Peor aún —contestó muy serio Jon Malevolt—. Por un simple oso te piden quince grosches. Me vendría a vivir a vuestras tierras para siempre, pero aquí se pasan agitando el vino.

El tabernero se retiró sin darse por aludido. Tybald Raabe se rascó la cabeza. Acababa de escuchar el relato de Reynevan. Concentrado, sin interrumpirle ni una sola vez. Dando la sensación de estar sumido en sus recuerdos.

—Querido Reinmar —dijo al fin, prescindiendo de su exasperante costumbre de tratarlo de joven señor—. Si estás esperando que te dé un consejo, va a ser de una banalidad absoluta. Lárgate de Silesia. Te avisaría de que tienes aquí muchos enemigos, pero eso es algo que tú ya sabes de sobra. Por su culpa estás aquí, ¿verdad? Así que haz caso de un buen consejo: márchate a Bohemia. Tus enemigos son demasiado poderosos para hacerles daño.

—¿De verdad?

—Pues sí, por desgracia. —El goliardo le dirigió una mirada penetrante, que casi le atravesó—. En particular Juan, duque de Ziebice, vuela muy alto para ti. Sé que te ha despojado de tu patrimonio, me enteré de cómo había llevado a la ruina el batán de don Peter. Y sé lo suficiente de las circunstancias de la muerte de Adela Sterz como para adivinar tus planes. Y te aconsejo que renuncies a ellos. Para el duque Juan tu venganza, y perdona la comparación, es algo así como si un perro le ladrara al sol.

—Es una conclusión precipitada. —Reynevan echó un trago del cuenco de vino, que, efectivamente, estaba bautizado en exceso—. Demasiado precipitada, Tybald. ¿Y si me hubieran traído a Silesia otras tareas y asuntos, otra misión? ¿También en ese caso querrás disuadirme? ¿Tú? ¿Después de lo que he visto hoy en la plaza de Niemcza?

El mamun soltó una carcajada.

—No ha estado mal, ¿verdad? —Enseñó unos dientes desiguales—. Husmeaban entre el gentío como perros perdigueros, dando vueltas como la mierda cuando cae al agua...

—Así es el trabajo. —Tybald Raabe estaba más serio—. La agitación es una cosa seria. Y Malevolt, como has podido ver, colabora, me ayuda. Apoya

nuestra causa. Comparte mis convicciones.

—¡Oh! —se interesó Reynevan—. ¿En lo tocante a las enseñanzas de Wiclif y de Hus? ¿A la liquidación del primado papal? ¿A la comunión *sub utraque specie* y la modificación de la liturgia? ¿A la necesidad de la reforma de la Iglesia?

—No —le interrumpió el mamun—. Nada de eso. No soy ningún idiota, y sólo un idiota puede creerse que vuestra Iglesia es reformable. Pero apoyo cualquier movimiento y levantamiento revolucionario. Porque la meta es lo de menos, el movimiento lo es todo. Hay que sacudir los fundamentos de este mundo. ¡Traer el caos y el desorden! La anarquía es la madre del orden, su puta madre. ¡Qué se hunda el viejo orden, que sea pasto de las llamas! Y bajo las cenizas quedará un diamante estrellado, el amanecer de una eterna victoria^[44]...

—Entiendo.

—Pues eso. ¡Tabernero! ¡Más vino!

El tabernero, cosa rara, debió de pillar la insinuación de Malevolt, porque empezó a servir un vino menos rebajado. Las consecuencias no se hicieron esperar mucho tiempo: el mamun que se hacía pasar por uno de Samogitia empezó a roncar, apoyado en la pared. Y, como el mesón se había quedado desierto, Reynevan pensó que había llegado el momento de sincerarse.

—Necesito un sitio donde esconderme, Tybald. Y por una temporada más bien larga. Hasta Wynachten. Puede que más.

Tybald Raabe arqueó las cejas, inquisitivo. Reynevan, sin esperar una insinuación más clara, le contó lo ocurrido en Cieplowody. Sin omitir un detalle.

—Tienes muchos enemigos en Silesia —resumió el goliardo, escasamente novedoso—. Yo en tu lugar no me escondería, sino que me largaría de aquí, poniendo tierra de por medio. Como mínimo, a Bohemia. ¿No te lo has planteado?

—Necesito... hum... necesito quedarme. —Reynevan apartó la mirada, no estaba muy seguro de hasta qué punto podía delatarle. Pero Tybald Raabe era perro viejo.

—Entiendo —murmuró significativamente—. Tenemos órdenes, ¿verdad? Ya sabía yo que Neplach se las arreglaría para aprovecharse de ti. Me lo esperaba. También se lo esperaba Urban Horn. Horn también se imagina de qué va todo esto.

—¿Y de qué va, si puedo preguntar?

—Del Vogelsang.

—¿Qué es eso del Vogelsang?

—Hum... ejem... —Tybald tosió de improviso, se rascó la nariz turbado—. No sé si debería decírtelo. Si lo preguntas, es que Flutek no te lo ha contado. Y a mí me da que te iría mejor si no lo supieras.

—¿Qué es eso del Vogelsang?

—En 1423 —explicaba Gregorio Hejncze a Lukas Bozyczko, que le escuchaba atentamente—, Jan Zizka dio orden de crear un grupo para misiones especiales, destinado a ser enviado más allá de las fronteras de Bohemia, a territorio enemigo, adonde Zizka planeaba por aquel entonces trasladar la lucha por el Cáliz. El grupo debería actuar en la más estricta clandestinidad, con absoluta independencia de las redes ordinarias de espionaje. Su única tarea consistía en preparar el terreno para los ataques previstos en las regiones fronterizas. Tenían que apoyar las incursiones de los taboritas mediante maniobras de distracción, sabotajes, acciones terroristas, haciendo que cundiera el pánico.

»Formaron los grupos y los enviaron al exterior. A Austria, a Baviera, a Hungría, a Lausacia, a Sajonia. Y a Silesia, claro está. Al grupo de Silesia se le asignó el criptónimo...

—De Vogelsang... —susurró Bozyczko.

—De Vogelsang —confirmó Tybald Raabe—. Como he dicho, el grupo recibía órdenes exclusivamente del jefe principal. El contacto se establecía a través de enlaces especiales. Pero el enlace del Vogelsang murió. Fue asesinado. Y el contacto se interrumpió. El Vogelsang, sencillamente, desapareció.

»La causa era evidente: el grupo temía ser traicionado. Cualquier nuevo enlace podía ser un provocador, esas sospechas se vieron reforzadas por una

oleada de arrestos que afectó a las redes y subgrupos formados por el Vogelsang. Neplach se pensó detenidamente a quién enviar. Alguien en quien el Vogelsang pudiera confiar, alguien a quien creyera.

—Y tuvo una idea. —Reynevan asintió con la cabeza—. Porque el enlace del Vogelsang no era otro que Peterlin, ¿verdad?

—Verdad.

—¿Y Neplach se piensa que el Vogelsang, que está sumido en la más estricta clandestinidad, va a contactar conmigo? ¿Únicamente porque Peterlin era mi hermano?

—Por pequeña que sea, siempre existe esa posibilidad —aseguró muy serio el goliardo—. Y es que Flutek está desesperado. Es bien sabido que Procopio el Rasurado planea desde hace mucho una incursión en Silesia. Procopio depende del Vogelsang, cuenta con el grupo para su estrategia. Tiene que averiguar si el Vogelsang...

—Si el Vogelsang le ha traicionado —concluyó Reynevan, que había tenido una revelación—. El grupo podía haber sido descubierto, sus miembros atrapados y obligados a colaborar. Si cae el enlace enviado a contactar con el grupo... o sea, si caigo yo, si me atrapan y me ejecutan, la traición quedaría demostrada. ¿Tengo razón?

—Sí. ¿Y qué dices ahora de mi consejo? ¿Te lo tomarás en serio y pondrás tierra por medio mientras puedas?

—No.

—Te están acribillando. Y tú te pones a tiro. Como el mayor de los pardillos.

—La causa es lo que cuenta —dijo tras una larga pausa Reynevan, y tenía una voz tan solemne como la de un obispo en el Corpus.

—¿Cómo?

—Lo más importante es nuestra causa —insistió, y tenía una voz tan dura como una lápida sepulcral—. Si se trata de una buena causa, el individuo no cuenta. Si, gracias a eso, la causa del Cáliz puede avanzar un paso hacia la victoria, si ha de servir como piedra en el muro de nuestro triunfo definitivo... Entonces, estoy preparado para sacrificarme.

—Hacía mucho —dijo el mamun, que, por lo visto, no estaba durmiendo para nada—. Hacía mucho que no oía una estupidez semejante.

*Mi padre era carretero
y se dejaba el dinero
en rabizas y putones.
De tal palo tal astilla:
yo gasto la calderilla
en fulanas y pendones.*

Los habitantes de la aldea de Mieczniki miraban con pesar al trío de jinetes que se tambaleaban en sus sillas. El que cantaba acompañándose con un laúd llevaba una picuda gorra colorada, bajo la cual asomaban unos pelos grises y alborotados. Uno de sus camaradas era un joven simpático, el otro un enano nada simpático con una capucha ceñida. El enano parecía el más borracho del trío. Se diría que estaba a punto de caerse del caballo, berreaba con voz de bajo, silbaba con los dedos, incordiaba a las muchachas. Los mozos los miraban con cara de pocos amigos, pero no se acercaban a ellos, no querían provocar un altercado. El de la gorra roja llevaba un espadín al cinto y parecía muy serio. El odioso enano daba palmaditas a un odioso garrote que colgaba del arzón de la silla: el extremo más grueso, reforzado con hierro, estaba provisto de una acerada púa. Los mozos no podían saber que ese garrote era el famoso *goedendag* flamenco, un arma que le había dado más de un disgusto a la caballería francesa en Courtrai, en Roosebeke, en Cassel y en otras batallas y escaramuzas. Pero bastaba con echarle un vistazo.

—No tan alto, señores —hipaba el joven simpático—. No tan alto. Conviene tener presentes las reglas de la conspiración.

—Conssspira... conspiración —declaró con voz aguardentosa el enano de la capucha—. ¡Adelante! ¡Eh, Raabe! ¿Dónde está esa famosa fonda? ¡No hacemos más que andar, y tenemos la garganta seca!

—Aún queda como media legua —él canoso del gorro picudo se tambaleaba en la silla—. Media legua... Puede que una... ¡En marcha! ¡Más deprisa ese caballo, Reinmar de Bielau!

—Tybald... *Nomina sunt odiosa*... La conspiración...

—¡Anda ya!

*Mi madre era lavandera,
nunca lavaba.
La ropa que otros colgaban
se la birlaba.*

El enano de la capucha no paraba de canturrear.

—¡En marcha! —bramó con voz profunda, palmeando el *goedendag* que colgaba de su silla—. ¡En marcha, nobles señores! ¿Y vosotros qué miráis, palurdos? ¡Cazurros! ¡Gañanes!

Los moradores del poblado de Grauweide los miraban con pesar.

A la hora conocida como *nox intempesta*, cuando las negras e insondables tinieblas envolvían y abrazaban la aldea de Gdziemierz, propiedad de un monasterio, dos hombres se acercaban furtivamente a la posada de la Campana de Plata, escasamente iluminada. Ambos vestían unas almillas negras y ceñidas, aunque no estorbaban sus movimientos. Unos pañuelos negros les cubrían la cabeza.

Rodearon la posada, en la parte trasera encontraron la puerta de la cocina, entraron por allí al interior sin hacer el menor ruido. Ocultos bajo la escalera, entre las sombras, escucharon con atención una voz balbuciente que les llegaba sin pausa, a pesar de lo tardío de la hora, desde la sala de huéspedes del piso superior.

Menuda curda, le indicó con gestos uno de los que iban vestidos de negro a su compañero. Mejor así, respondió el otro, valiéndose también él de un alfabeto de señales previamente acordado. Sólo oigo dos voces.

El primero estuvo un rato escuchando. El trovador y el enano, dijo con gestos. Tanto mejor. El provocador borracho está durmiendo en la estancia vecina. ¡Manos a la obra!

Subieron por las escaleras con mucha cautela. Ahora ya podían oír con toda claridad las voces de los que estaban charlando, fundamentalmente una de las voces, una voz grave que monologaba sin excesiva claridad. De la

habitación vecina llegaban unos atronadores y rítmicos ronquidos. Las armas aparecieron en las manos de los hombres vestidos de negro. El primero sacó una misericordia de caballero. El segundo, con un rápido movimiento, abrió una navaja, un cuchillo articulado con una hoja estrecha y afilada como las de los barberos, el arma favorita de los gitanos de Andalucía.

A una señal, los dos irrumpieron en la habitación, saltaron como tigres sobre el jergón, aplastaron y estrujaron con el edredón al individuo que estaba allí durmiendo. Los dos le acuchillaron simultáneamente. Los dos comprendieron simultáneamente que los habían engañado.

Pero ya era demasiado tarde.

El primero, aporreado en el cogote con un *goedendag*, cayó como un árbol bajo el hacha del leñador. Al otro lo derribó un golpe imprevisto con el pie torneado de una mesa. Ambos cayeron al suelo, pero aún seguían conscientes, retorciéndose como gusanos, arañando los tablones. Hasta que el *goedendag* que se les vino encima les quitó la idea de la cabeza.

—Cuidado, Malevolt —oyeron, antes de desvanecerse—. No te los vayas a cargar.

—¡Descuida! Otro estacazo y *fertig*.

Uno de los capturados tenía los cabellos rubios como la paja, al igual que las cejas y las pestañas, al igual que la barba que le crecía en la barbilla ancha y prominente. El otro, más viejo, estaba bastante calvo. Ninguno de los dos decía ni palabra, no hacían ningún ruido. Estaban amarrados, con la espalda apoyada en la pared, con la mirada ausente dirigida hacia el frente. Sus rostros eran rígidos, inexpresivos, sin rastro de emoción. Algo sorprendidos tendrían que estar, asombrados al comprobar cómo, pese a los ruidos de las libaciones, ninguno de sus vencedores estaba beodo. Cómo les habían llegado voces desde un sitio donde no había nadie. Cómo los habían estado esperando, cómo habían caído en una trampa planeada y llevada a cabo con absoluta precisión. Tendrían que estar sorprendidos. Puede que lo estuvieran. Pero no lo demostraban. De vez en cuando el centelleo de una vela hacía que revivieran sus ojos mortecinos. Pero sólo era una falsa impresión.

Reynevan estaba sentado en un jergón, observando en silencio. El mamun

se ocultaba en un rincón, apoyado en el *goedendag*. Tybald Raabe se entretenía con la navaja, abriéndola y cerrándola.

—Yo te conozco —rompió el largo silencio el goliardo, señalando al calvo con el cuchillo—. Te llamas Jakub Olbram. Tienes en arriendo el molino de los cistercienses de Henryków, cerca de Lagiewniki. Qué curioso, todo el mundo te considera un soplón del abad, ¿no sería eso una tapadera? Porque, por lo que veo, no sólo sabes delatar. También te gusta asesinar a traición.

El tipo calvo no reaccionó. No se dignaba mirar siquiera a quien le hablaba, hacía como si no oyera lo que le estaba diciendo. Tybald Raabe abrió la navaja con un chasquido y la dejó abierta.

—Cerca de aquí, en el bosque, hay un pequeño lago —se dirigió a Reynevan—. Hay más de dos varas de cieno en el fondo. Nunca los van a encontrar.

»Ya puedes olvidarte de tu misión —añadió muy serio—. Has encontrado al Vogelsang. Sólo que ya no es el Vogelsang. Es una cuadrilla de bandoleros, dispuestos a matar para defender su botín. ¿No lo entiendes? Dotaron al grupo de unos fondos enormes. Una gran cantidad de dinero para organizar redes y grupos de sabotaje, para preparar “operaciones especiales”. Ellos se quedaron con la pasta, cometieron un desfalco. Saben lo que les va a pasar cuando Flutek consiga dar con ellos, por eso evitaban los contactos. Ahora les ha entrado el canguelo, son un peligro. Ellos, y nadie más que ellos, fueron los que atentaron contra ti en Cieplowody. Por eso, te lo aconsejo: sin compasión. Una piedra al cuello, y al agua.

En las caras de los dos hombres amarrados no apareció ni una sombra de emoción, en sus ojos muertos no se vislumbró ni rastro de vida. Reynevan se puso de pie, le cogió la navaja al goliardo.

—¿Quién me disparó con una ballesta en Cieplowody? ¿Quién mató a los clérigos? ¿Vosotros?

Ni la menor reacción. Reynevan se inclinó, les cortó las ataduras. Primero a uno, luego a otro. Arrojó el cuchillo a sus pies.

—Sois libres —anunció lacónicamente—. Podéis marcharos.

—Cometes un error —dijo Tybald Raabe.

—De lo más estúpido —añadió el mamun desde su rincón.

—Soy —Reynevan no parecía escucharlos— Reinmar de Bielau. Hermano de Peter de Bielau, a quien conocisteis bien en otros tiempos. Estoy al servicio de la misma causa que Peter. Estoy aquí alojado, en la posada de la Campana de Plata. Voy a quedarme aquí una semana entera. Si se presenta aquí la Inquisición o los hombres del obispo, las noticias llegarán a Bohemia. Si una noche de éstas muero a manos de asesinos alevosos, las noticias llegarán a Bohemia. Procopio sabrá que no puede contar con el Vogelsang, porque el Vogelsang ya no existe.

»En cambio —prosiguió poco después—, si las cosas son como dice Tybald, aprovecharéis bien estos siete días. En menos de una semana no da tiempo a que llegue a Bohemia ninguna noticia. Os debería bastar, en ese plazo se puede llegar muy lejos. Neplach os encontrará de todos modos, tarde o temprano, pero eso ya es asunto suyo y vuestro. A mí no me interesa. Y ahora largaos de aquí.

Los prisioneros liberados le miraban, pero como quien mira un objeto, una cosa que le resulta totalmente indiferente. Sus ojos estaban muertos y vacíos. No dijeron una sola palabra, no emitieron ningún sonido. Simplemente, se marcharon.

Se hizo un largo silencio.

—Ya lo estás viendo, Raabe —Jon Malevolt rompió el hielo—. Se ha consagrado a la causa. Es curioso, no tiene ninguna pinta de tonto. Aunque las apariencias engañan.

—Cuando los husitas tengan su propio papa —comentó Tybald Raabe—, tendrá que proclamarte santo. Si no lo hace, será que es un capullo desagradecido.

Reynevan se pasó una semana alojado en La Campana de Plata, sentado de día con la ballesta apoyada en las rodillas, dormitando de noche con un cuchillo bajo la almohada. Estaba solo: Tybald Raabe y el mamun Malevolt se habían largado y estaban por ahí escondidos. Demasiado arriesgado, explicaron. Cuando pase algo, más nos valdrá estar lejos. Pero no pasó nada. No apareció nadie dispuesto a detener o a asesinar a Reynevan. Sus posibilidades de convertirse en un mártir disminuían de día en día.

El 20 de noviembre se presentó Tybald Raabe. Portando noticias y rumores. A Jakub Olbram se le había perdido el rastro cerca de Lagiewniki. Había desaparecido, como una piedra en el agua. Indudablemente, le había sacado un buen partido a la semana de plazo que le había concedido Reynevan. En siete días, comentó el goliardo, se puede llegar a Lubeca y desde ahí se puede ir en barco al fin del mundo si hace falta. En resumidas cuentas: el Vogelsang no existe, podemos olvidarnos del Vogelsang, podemos tachar el nombre de Vogelsang. Hay que informar a Procopio. Sin más demoras. No hay por qué esperar más.

Pero, para asegurarnos del todo, mejor vamos a esperar un poco más, pidió Reynevan. Otra semana. O mejor diez días...

Pero el propio Reynevan ya había perdido la esperanza, hasta el punto de que se hartó de pasarse las horas en La Campana, matando el aburrimiento con la lectura del *Horologium sapientiae* de Enrique Suso, obra que había dejado en la posada algún bachiller que no tenía otra forma de pagar las viandas y la bebida. Una mañana ensilló el caballo y salió. Miraba con frecuencia en dirección a Brzeg. En dirección a la aldea de Schönau, propiedad del copero Bertold Apolda. La Dama Verde le había asegurado que Nicoletta no estaba en Schönau, pero ¿qué tal si lo comprobaba personalmente?

Tybald, que visitaba Gdziemierz cada vez más a menudo, lo caló enseguida, adivinando sus intenciones. No se anduvo con rodeos, obligó a Reynevan a confesar. Tras escucharle, se puso muy serio. Estas cosas, declaró, siempre terminan mal.

—Acabas de zanjar tu asunto con esa doncella, te has librado de milagro de las garras de Biberstein, ¿y ya te estás metiendo en otro lío? Eso te puede costar muy caro, mi joven señor. El copero Apolda no va a dejarse sopetear, y el obispo y Grellenort también saben lo que se traen entre manos, a lo mejor ya te están esperando en Schönau. O puede que te esté esperando Juan de Ziebice. Has armado mucho ruido en Silesia.

—¿Ruido? ¿Cómo es eso?

Corren rumores, le explicó el goliardo, no hay que descartar que alguien los esté difundiendo a propósito. En Ziebice el duque Juan ha reforzado la

guardia, por lo visto el astrólogo de la corte le ha prevenido contra un eventual atentado. En la ciudad se habla sin tapujos de un vengador, de represalias por lo de Adela. Mucha gente comenta los crímenes de Cieplowody. Vuelve como un eco el caso del asalto al alcahalero. Aparecen unos tipos de lo más raro haciendo unas preguntas de lo más raro. En definitiva, concluyó Tybald Raabe, sería sensato renunciar a tu expedición por Silesia. Especialmente, en dirección a Schönau.

—El Vogelsang ya no existe, pero tú, Reinmar, aún tienes una misión que cumplir en Silesia. Antes de Wynchachten, puedes contar con la presencia de un enviado de Flutek. Tendrás que resolver algunos asuntos, asuntos de importancia, más te valdrá no fallar. Pero, si fallas y da la sensación de que ha sido por culpa de tus requiebros y galanteos, responderás con tu cabeza. Y qué pena de cabeza.

Tybald se fue. Y Reynevan, que hasta entonces no acababa de decidirse, empezó a pensar en Nicoletta sin pausa.

El 28 de noviembre se presentó en Gdzierz Jan Malevolt, el mamun anarquista. Con una propuesta bastante sorprendente. En los bosques de esta comarca, informó haciendo guiños y relamiéndose significativamente, habitan dos brujas silvestres, jóvenes, rollizas y simpáticas, que tienen muchas necesidades y desprecian la monogamia.

Y encima preparan un cocido de primera. Precisamente Malevolt se disponía a ir a ver a las brujas, en visita amistosa, y yendo dos siempre es más animado, ya se sabe. Como viera que Reynevan suspiraba, titubeaba y remoloneaba, el mamun pidió una damajuana de hidromiel y le tiró de la lengua.

—Así que estás enamorado —resumió lo que acababa de escuchar, mientras se hurgaba los dientes con las uñas—. Adoras, gimes melancólicamente y te consumes, para colmo de males de un modo totalmente improductivo. No es que sea una novedad, sobre todo entre vosotros, los humanos, casi se diría que os complace, y vuestros poetas parecen incapaces de juntar dos rimas sin esa clase de cosas. Pero por algo te llaman Toledo, hermano. ¿Para qué, te pregunto, está la magia amorosa? ¿Para qué está la *philia*?

—Sería una afrenta para mí, y también para ella, si intentara inclinarla

hacia mí por medio de la *philia*.

—¡Lo importante es el efecto, jovencito, el efecto! Al fin y al cabo, es una cuestión de atracción sexual, que por lo general se satisface, y perdona mis palabras vulgares, por medio de la introducción de lo que hay que introducir allí donde hay que introducirlo. ¡No pongas esa cara! No hay otra manera, Natura no lo ha previsto. Claro que si tú eres tan recto, tan *preux chevalier*, yo ya no digo nada. Inclínala hacia ti al estilo clásico. Haz que aparezcan, como por encanto, flores en invierno, una docena de rosas, compra en este pueblo veinte pastelillos bañados en azúcar, y ya puedes esmerarte.

—Ahí está la cosa... Que ni siquiera sé dónde buscarla.

—¡Ja! —El mamun se dio un manotazo en la rodilla—. ¡Ese problema lo resolvemos en un santiamén! ¿Encontrar a la persona amada? Menuda bagatela. Sólo se necesita un poco de magia. Venga, vamos.

—Yo no voy a ver a las brujas.

—Tú te lo pierdes, peor para ti. Pues yo sí pienso ir, a comerme ese cocido... Hum... Y, sobre todo, para traer los ingredientes del conjuro... En cuanto vuelva, nos ponemos a ello. Para no perder el tiempo, vete dibujando ahí en el suelo un Schevá.

—O sea, ¿el Cuarto Pentáculo de Venus?

—Veo que entiendes de estas cosas. ¿Conoces también las inscripciones?

—Elohim y El Gebil en escritura hebraica, Schii, Eli, Ayib en alfabeto Malachim.

—Bravo. Muy bien, me voy. Espérame... ¿A qué estamos hoy?

—A 28 de noviembre. El viernes anterior al primer domingo de Adviento.

—Espérame hasta el domingo, justamente.

El mamun se atuvo a su palabra y al plazo. Se presentó el 30 de noviembre, primer domingo de Adviento, y lo hizo a primera hora de la mañana. Nada más llegar, se puso manos a la obra. Examinó con ojo crítico el pentáculo que había dibujado Reynevan, verificó las inscripciones, asintió con la cabeza dando a entender que todo le parecía correcto. Colocó en las esquinas unas velas de cera roja y las encendió, sacó de una bolsa los ingredientes,

fundamentalmente manojos de hierbas. Fijó en un trípode una pequeña escudilla de hierro.

—Pensaba —Reynevan no se pudo contener— que ibas a emplear la magia del Viejo Pueblo. La vuestra.

—La estoy empleando.

—Pero si el Cuarto Pentáculo de Venus forma parte del canon de la magia de los hombres.

—¿Y de dónde te crees —Malevolt se puso muy tieso— que han sacado sus cánones mágicos los hombres? ¿Los han descubierto ellos?

—Ya, pero...

—Ya, pero —le interrumpió el mamun, echando en la escudilla sal, hierbas y unos polvos— hay que juntar esto de aquí, que hace falta, con esto otro, que también hace falta. También conozco los Arcanos de los hombres. He estudiado.

—¿Dónde? ¿Y qué tal?

—En Bolonia y en Pavía. ¿Qué tal? Normal. ¿Y tú qué te pensabas? Ah, ya entiendo. Es por mi aspecto. ¿Te sorprende, no? Pues te diré una cosa: para quien se lo propone no hay nada difícil. Lo fundamental es tener un pensamiento positivo.

—No, si acabaremos viendo —suspiró Reynevan— cómo empiezan a admitir a las mujeres en las universidades...

—Ahí ya te has pasado —juzgó con acritud el mamun—. A las mujeres no creo que las veamos en las universidades, aunque esperemos toda la vida. Lo cual es una lástima, para ser sincero. Pero basta ya de fantasear, ocupémonos de los hechos concretos... Al diablo... ¿Dónde habré metido el frasquito con la sangre?... Ah, aquí está.

—¿Sangre? ¿Malevolt? ¿Magia negra? ¿Para qué?

—Para protegerse. Antes de empezar el Schevá, hay que protegerse.

—¿De qué?

—¿Y a ti qué te parece? ¡Del peligro!

—¿De cuál?

—Al entrar en el mundo astral y contactar con el éter —pacientemente, como a un niño pequeño, se lo explicó el mamun—, nos ponemos en peligro. Quedamos al descubierto. Somos un blanco fácil para el *malocchio*, el mal de

ojo. No se debe entrar en el mundo astral sin protección. Todo esto lo aprendí en Lombardía, me lo enseñaron las muchachas de la Stregheria. Empezamos, no perdamos más el tiempo. Repite conmigo:

*Al este Samael, Gabriel, Vionarai,
al oeste Anael, Burckat, Suceratos.
Al norte Aiel, Aquiel, Masagariel,
al sur Charsiel, Uriel, Naromiel...*

Las llamas de las velas latían. La cera roja salpicaba.

Nadie, ni los más viejos y experimentados pobladores de Wroclaw, sabía lo que escondían las catacumbas bajo la iglesia de San Mateo. Ni siquiera los caballeros cruzados de la Estrella Roja, a quienes pertenecía la iglesia, tenían idea de lo que había unas cuantas varas por debajo del enlosado de la nave, a pesar de que andaban a diario por allí. Para ser más exactos, sólo dos de los cruzados conocían el secreto. Dos del grupo de siete hospitalarios que actuaban como informadores al servicio de Treparriscos. Aquellos dos iniciados conocían la entrada secreta, y las palabras mágicas que la abrían. Ambos, adeptos a las ciencias ocultas, conocían también los Arcanos. Su tarea consistía en mantener el *occultum* en orden y ayudar, en calidad de acólitos, a Treparriscos en el curso de las vivisecciones, experimentos nigrománticos y conjuros demoníacos.

Ese día sólo uno de ellos asistía a Treparriscos. El otro estaba enfermo. O se lo hacía, para no tener que ayudarlo.

La luz cadavérica de una docena de velas y el vacilante resplandor infernal de los carbones que ardían en un gran trébede inundaban la cripta. Treparriscos, con un manto rojo con capucha, estaba ante un púlpito rodeado de libros, hojeando el *Necronomicon* de Abdul Alhazred. A su lado había otros grimorios mágicos no menos conocidos y poderosos: *Ars Notoria*, *Lemegeton*, *Arbatel*, *Picatrix*, así como el *Liber Juratus*, obra de Honorio de Tebas, libro famoso y tan peligroso que eran pocos los que se atrevían a recurrir a los conjuros y fórmulas contenidos en él.

En el bloque de granito que ocupaba el centro de la estancia, grande y liso como un catafalco, descansaba un esqueleto humano. Propiamente, no era un esqueleto, sino un conjunto de huesos sueltos —el cráneo, los omóplatos, las costillas, la pelvis, los huesos de los brazos, los radios, los fémures, las tibias, los peronés— oportunamente dispuestos para darle esa forma. El esqueleto no estaba completo, faltaban muchos huesecillos de los pies, de los metacarpos y los dedos, algunas vértebras cervicales y lumbares, la clavícula derecha andaba perdida por ahí. Todos los huesos estaban renegridos, algunos estaban completamente carbonizados. El hospitalario que le asistía como acólito sabía que los restos pertenecían a un franciscano, quemado vivo cinco años atrás por herejía y hechicería. El mismo hospitalario se había encargado, con sus propias manos, de recuperar los huesos de las cenizas, seleccionarlos, clasificarlos y ordenarlos. Para encontrar los más pequeños había tenido que tamizar los restos de la hoguera, una vez fríos.

Treparriscos se apartó del púlpito, se colocó junto a una mesa de mármol, sobre un rollo desplegado de pergamino limpio. Tras remangarse el manto rojo, levantó las manos. En la derecha sostenía una vara hecha con una rama de tejo.

—*Ventas lux via* —empezó con calma, profundamente inclinado, en un gesto de humildad, sobre el pergamino— *et vita omnium creaturarum, vivifica me*. Yecologos, Matharihon, Secromehal. *Ventas lux via, vivifica me*.

A través de la cripta, podría jurarse, sopló el viento. Las llamas de las velas titilaron, el fuego estalló con violencia en el trébede. Las sombras en las paredes y la bóveda adoptaron fantásticas formas. Treparriscos se enderezó, extendió los brazos en un gesto impetuoso.

—*Conjuro et confirmo super vos, Belethol et Corphandonos, et vos Heortakonos et Hacaphagon, in nomine Adonay, Adonay, Adonay, Eie, Eie, Eie, Ya, Ya, qui apparuis monte Sinai, cum ghrificatione regis Adonay, Saday, Zebooth, Anathay, Ya, Ya, Ya, Marinata, Abim, Jeia, per nomen stellae, quae est Mars, et per quae est Saturnus, et per quae est Luciferus, et per nomina omnia praedicta, super vos conjuro, Rubiphaton, Simulaton, Usor, Dilapidator, Dentor, Divorator, Seductor, Seminador, ut pro me labores!*

Las llamas estallaban, las sombras bailaban. En el pergamino, limpio e

inmaculado hasta ese momento, empezaron a aparecer de repente jeroglíficos, símbolos, siglas y señales, pálidos al principio pero que no tardaron en teñirse de negro.

—Helos, Resiphaga, Iozihon —recitaba Treparriscos, controlando con los movimientos de la vara las figuras que iban apareciendo—. Ythetendyn, Thahonos, Micemya. Nelos, Behebos, Belhores. *Etdiabulus stet a dextris*.

El hospitalario se estremeció. Reconocía los gestos y las figuras. Lo suficiente como para poder adivinar que el maestro Grelenort estaba lanzándole a alguien un terrible conjuro, un hechizo capaz de actuar a distancia, produciendo en la persona elegida debilidad, enfermedad, parálisis o hasta muerte. Pero no había tiempo para espantarse, ni tampoco para analizar a quién había elegido el maestro como víctima. Treparriscos extendió un brazo con gesto impaciente. El acólito sacó rápidamente una paloma blanca de una jaula de madera.

Treparriscos, con un suave toque, aplacó el aleteo nervioso del ave.

Y con un movimiento violento le arrancó la cabeza. Apretándola en el puño, la exprimió como un limón, directamente en el *occultum*, y la sangre chorreante trazó en el pergamino unas figuras enmarañadas.

—¡Alón, Pión, Dhon, Mibizimi! *Et diabulus stet a dextris!*

A la siguiente paloma la desgarró, tirando de un ala y una pata. A otras tres les arrancó la cabeza con los dientes.

—¡Shaddai El Chail et *diabulus stet a dextris!*

Se necesita tiempo, pensaba el acólito, para que este encantamiento alcance su destino. Pero, cuando lo alcance, el tipo al que va dirigido estará perdido.

Las plumas y el plumón se arremolinaban en la cripta, se chamuscaban en el fuego, flotaban bajo la bóveda en el aire cálido. Treparriscos escupió una pluma que se le había quedado pegada a los labios ensangrentados, colocó la vara en el pergamino empapado de sangre.

—¡Rtsabrgyudblamagsumgyaaal!

—bramó—.

¡Baibkaasngagstingadsinrgyaaai! ¡Muéstramelo! ¡Encuéntralo! ¡Mátalo!

Ante los ojos del aterrorizado acólito —y eso que él había visto ya de todo—, el esqueleto carbonizado que yacía en el catafalco se vio de pronto envuelto en una luminiscencia rojiza. La luminiscencia no tardó en

compactarse, fue cogiendo forma, se volvió cada vez más y más material, rápidamente revistió el esqueleto convirtiéndolo en un cuerpo fluorescente. Las venas de color carmín y las arterias empezaron a retorcerse con el fuego y a abrazar, en espiral, los huesos chamuscados.

—¡N’ghaa, n’n’ghaighaaai! ¡Iá! ¡Iá! ¡Encuéntralo y mávalo!

El esqueleto se estremeció. Se movió. Los huesos arañaron el granito del catafalco. En el negro cráneo castañetearon los dientes quemados.

—¡Shoggog, phthaghn! ¡Iá! ¡Iá! ¡Yhah, ynyah! ¡Ynyah!

—¡Schevá! ¡Aradia! —Malevolt echó en el carbón un puñado de polvo, a juzgar por el olor se trataba de una mezcla de artemisa seca y pinaza. En la llama que brotó vertió un frasquito de sangre—. ¡Aradia! ¡*Regina delle streghe!* Que se nuble la vista de quien me acecha. Que sienta temor. *Fiat, fiat, fiat.*

»¡Eia! —El mamun vertió en los carbones ardientes tres gotas de aceite, chasqueó los dedos—. ¡Schevá! ¡Eia!

*Con tre gocciole d’olio,
con tres gotas de aceite,
yo te conjuro, muere, arde, malocchio,
desaparece por el poder de Aradia.
Se la Pellegrina adorerai,
tutto tu otterrai.*

Las llamas de las velas crecieron súbitamente.

Las velas se apagaron momentáneamente, la cripta se llenó de olor a humo. El fuego del trébede huyó al interior de las brasas, y ahí escondido se limitaba a arder débilmente. El esqueleto del catafalco volvió a desmoronarse, con gran estrépito, en un centenar de huesos y huesecillos carbonizados, renegridos.

Y el pergamino del púlpito, cubierto de jeroglíficos nigrománticos,

embadurnado de sangre y manchado del plumón de las palomas, ardió de pronto con una viva llama, se retorció, se puso todo negro. Y se deshizo.

Hacía un frío espantoso. La magia, que poco antes inundaba la cripta como un pegamento tibio, había desaparecido. Completa e irreversiblemente.

Treparriscos maldijo obscenamente.

El hospitalario suspiró. Se diría que no sin alivio.

Esas cosas pasaban con la magia. Había días en que nada salía a derechas. En los que todo se iba al garete. En los que no había más remedio que dejar la magia en paz.

Antes de lanzar el encantamiento amoroso propiamente dicho, Malevolt, siguiendo la costumbre de las Viejas Razas, se engalanó con una corona de tallos secos. Estaba tan cómico que Reynevan a duras penas podía guardar la compostura.

El encantamiento amoroso, como tal, era sorprendentemente simple: el mamun se limitó a rociar el pentáculo con un extracto de genciana y algo que parecía heliotropo. Arrojó a las brasas ardientes algunas agujas de pino, añadió una pizca de hojas de arándano machacadas. En varias ocasiones chasqueó los dedos, silbó: tanto lo uno como lo otro eran algo típico de la Vieja Magia. Pero cuando comenzó la invocación, recurrió a los versos del *Cantar de los cantares*.

—*Pone me ut signaculum super cor tuum ut signaculum super brachium tuum quia fortis est ut mors. ¡Ismi! ¡Ismi! ¡Oh madre del Sol, cuyo cuerpo está blanco por la leche de las estrellas! ¡Elementorum omnium domina, Señora de la Creación, Nodriza del Mundo! ¡Regina delle streghe!*

*Una cosa voglio vedere,
Una cosa di amore.
O vento, o acqua, o fiore!
Serpe strisciare, rana cantare,
Ti prego di non mi ábbandonare^[45]!*

—Mira —susurró Malevolt—. Mira, Reynevan.

En la neblina que se había levantado sobre el pentáculo algo se movió, tembló, bailó como un mosaico de reflejos centelleantes. Reynevan se inclinó, aguzó la vista. Por un brevísimo instante le pareció ver a una mujer alta, de negros cabellos, con ojos como estrellas, con la marca de la medialuna en la frente, vestida con un traje de abigarradas formas, que tan pronto presentaba toda suerte de matices del blanco como irisaciones de cobre o de púrpura. Antes de alcanzar a comprender qué estaba viendo, la visión se desvaneció, pero la presencia de la Madre del Universo aún se podía percibir. La neblina sobre el pentáculo se hizo más espesa. Pero después volvió a disiparse y Reynevan vio lo que quería ver.

—¡Nicoletta!

Dio la sensación de que le había oído, movió bruscamente la cabeza. Llevaba puesto un kalpak con un ribete de piel, una pequeña almilla bordada, una pañoleta de lana envolviéndole el cuello. A su espalda se veía un centenar de abedules de tronco blanco, desnudos. Y más allá de los abedules había un muro. Un edificio. ¿Un castillo? ¿Un refugio? ¿Un templo?

Y después todo aquello desapareció. Total, completa y definitivamente.

—Yo sé dónde está —dijo el mamun antes de que Reynevan empezase a lamentarse—. He reconocido el sitio.

—¡Habla pues!

El mamun se lo dijo. Antes de que acabara, Reynevan salió pitando hacia el establo para ensillar el caballo.

La visión no había mentido. La vio sobre un fondo de abedules de tronco blanco, que aún parecían más blancos por flanquear el extremo de un bosque, un viejo y oscuro roble. Su yegua gris avanzaba despacio, pisando con mucho cuidado en la profunda nieve. Reynevan espoleó a su caballo, se acercó hacia ella. La yegua relinchó, el semental bayo replicó.

—Nicoletta.

—Reinmar.

Vestía ropas varoniles: una almilla guateada, ricamente bordada, con cuello de castor, guantes de montar, unas gruesas *braccae* de lana teñida, botas altas. Llevaba un kalpak ribeteado en piel sobre una toquilla de seda

que le cubría la nuca y los pómulos, una pañoleta de lana le daba varias vueltas al cuello, el extremo caía suelto sobre un hombro, al modo de un *liripipe* masculino.

—Me has lanzado un hechizo, mago —dijo fríamente—. Lo he sentido. Una fuerza me ha obligado a venir hasta aquí. No he podido resistirme. Me has hechizado, reconócelo.

—Te he hechizado, Nicoletta.

—Me llamo Jutta. Jutta de Apolda.

La recordaba distinta. Y eso que nada parecía haber cambiado en ella, ni el semblante, ovalado como el de la Madonna de Campin, ni la frente despejada, ni el arco regular de las cejas, ni la nariz levemente respingona, ni el contorno de la boca. Ni la expresión del rostro, engañosamente infantil. Los ojos sí habían cambiado. O puede que no hubieran cambiado, tal vez lo que estaba percibiendo en ellos en ese instante ya había estado ahí desde siempre. Una fría cautela, oculta en un abismo azul turquesa. Un enigma pendiente de resolución, un misterio que esperaba ser descubierto. Cosas que ya había visto. En otros ojos, de un azul casi idéntico y tan fríos como aquéllos. En los ojos de su madre. De la Dama Verde.

Se aproximó aún más a ella. Los caballos bufaron, se mezcló el vapor que salía de sus ollares.

—Me alegro de verte con salud, Reinmar.

—Me alegro de verte con salud... Jutta. Es un bonito nombre. Qué pena que me lo hayas ocultado tanto tiempo.

—Y tú —levantó las cejas—, ¿cuándo me preguntaste mi nombre?

—¿Cómo iba a preguntártelo? Te había tomado por otra persona. Me engañaste.

—Tú mismo te engañaste. —Le miró directamente a los ojos—. Te engañaron tus sueños. ¿No estarías deseando en el fondo que yo fuera otra persona? Cuando nos raptaron, fuiste tú, precisamente tú, el que me señalaste con el dedo a tus camaradas, diciendo que era la Biberstein.

—Quería... —Tiró de las riendas del caballo—. Tenía que protegeros de...

—¡Justamente! —le quitó la palabra—. ¿Qué querías que hiciera yo entonces? ¿Negarlo? ¿Revelarles a tus colegas bandoleros quién era quién

realmente? Ya viste que Cata estaba muerta de miedo. Preferí dejar que me raptaran a mí...

—Y tenerme a mí engañado. En Grochowa Góra no pestañeaste cuando te llamé «Catalina». Estabas más a gusto de incógnito. Preferías que no supiera nada de ti. Me engañaste, engañaste a Biberstein, engañaste a todo el mundo...

—Te engañé porque tenía que hacerlo. —Se mordió los labios, agachó la mirada—. ¿No lo comprendes? Aquella mañana, cuando me marché de Grochowa para ir a Frankenstein, me encontré con un mercader, un armenio. Me prometió llevarme a Stolz. Y, nada más salir de la ciudad, me encontré con aquellos dos, con Catalina Biberstein y Wolfram Pannewitz el Joven. No daba crédito a mis ojos. No hacía falta que dijeran nada, bastaba con mirarlos para saber que aquella noche yo no había sido la única que había disfrutado... hum... Que había tenido... hum... aventuras interesantes. Cata le tenía pánico a su padre, Wolfram al suyo todavía más... ¿Y qué iba a hacer yo? ¿Contar historias de encantamientos? ¿De vuelos por los aires hasta el sabbat de las brujas? No, era mejor para las dos hacernos las tontas y asegurar que habíamos huido de nuestros raptores. Contaba con que, aterrados ante la venganza de don Johann, los *raubritter* pondrían pies en polvorosa y la verdad jamás saldría a relucir. Con que nadie se tomaría siquiera la molestia de indagar. Pero lo que no podía saber era que Cata Biberstein estaba embarazada...

—Ni que a mí iban a acusarme de haberla violado —concluyó Reynevan con amargura—. No te preocupó lo más mínimo que eso supusiera para mí una condena a muerte. Y una infamia aún peor que la muerte. Una mancha en mi honor. Eres una verdadera Judit, Jutta. Al callar en lo referente a la violación, acabaste conmigo como hizo tu tocaya bíblica con Holofemes. Les entregaste mi cabeza.

—¿Es que no me has escuchado? —Dio un tirón de las riendas—. Librarte de la acusación de violación significaba acusarte de brujería, ¿crees que tu cabeza habría salido mejor parada en ese caso? Además, nadie me habría hecho caso, ¿qué peso tiene la palabra de una doncella, necia como es bien sabido, contra la palabra de un caballero que presta juramento ante una cruz? Se habrían reído de mí, habrían pensado que padezco de sofocos y

palpitaciones de la matriz. Y tú estabas a salvo en Bohemia, allí nadie podía echarte el guante. Al menos hasta el momento en que, como espero, Wolfram Pannewitz vengza su temor y se postre a los pies de Biberstein, pidiéndole la mano de Cata.

—Hasta la fecha no ha hecho tal cosa.

—Porque es tonto del culo. Por lo visto, en el mundo hay tontos para aburrir. Todos están dispuestos a acostarse con una chica. ¿Y luego qué? Por ahí se las den todas. Pies para que os quiero, si te he visto no me acuerdo...

—Y yo, ¿qué culpa tengo?

—Mira tú qué listo.

—Te escribí cartas.

—Dirigidas a Catalina Biberstein. Pero a ella ni siquiera le llegaron. No son tiempos propicios para la correspondencia. Es una lástima. Yo habría recibido con gran alborozo la noticia de que estabas vivo. Me habría encantado leer lo que escribías... Mi Reinmar.

—Mi Nico... Mi Jutta... Te quiero, Jutta.

—Te quiero, Reinmar —respondió ella, volviendo la cabeza—. Pero eso no cambia nada.

—¿No cambia nada?

—¿Has venido a Silesia únicamente por mí? —levantó la voz—. ¿Me quieres para siempre, deseas unirme a mí para toda la vida? Si te doy mi consentimiento, ¿dejarás todo y huiremos los dos al fin del mundo? ¿Ahora mismo, de inmediato, tal y como estamos? Hace dos años, tras entregarme a ti, yo estaba dispuesta. Pero tú no te atreviste. Seguro que ahora te lo impide, nuevamente, alguna misión importante que tienes que cumplir. ¡Confiesa! ¿Tienes alguna misión que cumplir?

—Sí —reconoció, ruborizándose sin saber por qué—. Se trata de una misión realmente importante, un compromiso realmente sagrado. Lo que estoy haciendo, lo estoy haciendo también por ti. Por nosotros. Mi misión cambiará la faz del mundo, arreglará este mundo, lo hará mejor y más hermoso. En ese mundo, en el verdadero Reino de Dios, cuando llegue, viviremos tú y yo, amándonos para siempre. Eso es lo que deseo, Jutta. Con eso es con lo que sueño.

—Tengo casi veinte años —dijo ella tras un prolongado silencio—. Mi

hermana tiene quince, se casa el día de Reyes. Me mira con desdén, y me tendría por una chiflada si llegara a saber que no la envidio por su matrimonio, y muchos menos por ese prometido que tiene, un palurdo borrachín que casi le triplica la edad. ¿Será verdad que yo no soy normal? ¿Tendría razón mi padre cuando me quitó los libros de Hildegarda de Bingen y Cristina de Pisan y los hizo quemar? En fin, mi querido Reinmar, cumple así pues tu misión, lucha por tus ideales, busca el Grial, cambia y arregla el mundo. Eres un hombre, y éstas son cosas de hombres, luchar por los sueños, buscar el Grial y arreglar el mundo. Yo, por mi parte, regreso al convento.

—¡Jutta!

—No pongas esa cara de espanto. Sí, ahora estoy viviendo en el convento de las clarisas en Bialy Kosciól. Así lo he decidido libremente. Más adelante, cuando llegue el momento, también adoptaré mi decisión libremente. Por ahora no soy más que una *conversa*... Y no del todo. Estoy reflexionando. Sobre lo que haré después...

—Jutta...

—Aún no he terminado. Te he declarado mi amor, Reinmar, porque te quiero, te quiero de verdad. Así que cambia el mundo, que yo voy a esperarte. Para ser sincera, no tengo más alternativa...

Él la interrumpió, se inclinó sobre ella y la agarró por el talle. La cogió en brazos, la alzó de la silla, le sacó los pies de los estribos, ambos cayeron en un montón de nieve. Pestañearon, sacudiéndose la nieve de los párpados y las pestañas, se miraron a los ojos. Allí estaba el paraíso perdido y recobrado.

Palpó la almilla con manos vacilantes, repasó con delicadeza el vello y la fina factura de la holanda, se embriagó con la incitante aspereza de las flores bordadas, tanteó con dedos temblorosos los pliegues que exhalaban misterio y los abultamientos de las costuras, rozó levemente con las yemas, cogió, apretó y tanteó los sugerentes y duros botones y botoncillos, broches pequeños y grandes, los maravillosos secretos de las hebillas, los corchetes, los ganchos, los pasadores. Entre suspiros, el grueso trenzado de lana de la pañoleta colmó de delicias los queridos dedos excitados. Acarició la toquilla, la divina delicadeza del caro velo turco. Hundió el rostro en la piel del cuello, donde olió los deliciosos aromas de toda la Arabia feliz. Jutta jadeaba y gemía espasmódicamente, tensándose en los brazos de Reynevan, le clavaba

las uñas en las mangas, apretaba las mejillas contra la tela acolchada.

De un brusco movimiento él le quitó el kalpak, con dedos temblorosos le desenrolló del cuello la pañoleta, trenzada como la serpiente Jörmungandr, retiró con impaciencia el borde de la toquilla de seda, llegó, como Marco Polo hasta China, hasta su desnudez, hasta la piel desnuda de la mejilla y hasta la desnudez, milagrosamente lujuriosa, de la oreja que aparecía bajo la tela. Rozó la oreja con sus labios ansiosos. Nicoletta gimió, se puso en tensión, lo sujetó del cuello de guata, aferrando, apretando y acariciando con mano felina la dura y deslizante hebilla de latón de su cinturón.

Estrechamente entrelazados, fundiendo sus labios en un beso, largo y apasionado. Muy largo y muy apasionado.

Jutta gimió.

—Tengo el culo helado —musitó sensualmente, hablándole al oído—. Estoy empapada de nieve.

Se levantaron, temblando de pies a cabeza. Del frío y la excitación.

—Se está poniendo el sol.

—Sí.

—Tengo que volver.

—Nicoletta... Y, ¿no podríamos...?

—No, no podríamos —respondió con un susurro—. Vivo en un convento, ya te lo he dicho. Y ha empezado el Adviento. En Adviento no se puede...

—Pero... Pero yo... Jutta...

—Vete, Reinmar.

Cuando se volvió a mirarla por última vez, estaba en la orilla del bosque, brillando en la luz del sol que descendía hacia el ocaso. En aquel resplandor, en la claridad invernal —lo constató con una seguridad penetrante—, ya no era Jutta de Apolda, la hija del copero de Schónau, la *conversa* de las clarisas. En la orilla del bosque, a lomos de la yegua gris, era una diosa. Una figura luminosa de increíble belleza, una visión ultraterrena, *divina fades, miranda species*. Venus celestial, señora de los elementos. *Elementorum omnium domina*.

La amaba y la adoraba.

Capítulo decimosexto

En el que se anuncian numerosos encuentros, se reúnen de nuevo amigos separados y llega el año del Señor de 1428. Un año que va a ser rico en acontecimientos.

Regresaba despacio, pensativo, con la vista clavada en las crines del caballo, dejando que arrastrara los cascos perezosamente por la nieve mojada, sin ocuparse apenas de la ruta. Tras cruzar la carretera de Wroclaw, tomó un atajo, siguiendo el mismo camino que a la ida. No tenía prisa, a pesar de que estaba anocheciendo, y la esfera roja del sol se iba ocultando lentamente tras las copas de los árboles.

El caballo resopló, los cascos retumbaron en los maderos y tablones. Reynevan alzó bruscamente la cabeza, tiró de las riendas. Había llegado antes de lo previsto a la pasarela que unía los dos extremos del barranco del bosque, en cuyo fondo bramaba y se agitaba un impetuoso torrente. La pasarela no era demasiado ancha, parecía inestable y estaba bastante carcomida. Antes, yendo a toda prisa al encuentro de Jutta, la había cruzado a caballo. Ahora prefería desmontar y llevar de la mano al inquieto animal.

Estaba a mitad de camino cuando vio aparecer en la pasarela, desde detrás de unas hayas, a un jinete con un capote negro.

Reynevan se quedó paralizado. Instintivamente, volvió la cabeza para comprobar si podía volver grupas en el puente, pero era impensable. Su instinto no le había engañado. También había un jinete a su espalda. Le rechinaron los dientes, se maldijo por su descuido y su falta de atención.

Otro jinete vino a unirse al que se había quedado en el extremo de la pasarela. Reynevan sujetó con fuerza las riendas y el bocado del caballo, que

seguía resoplando. Palpó la empuñadura del estilete. Y se quedó a la espera del desarrollo de los acontecimientos.

Era evidente que quienes le bloqueaban el paso también estaban a la expectativa, ya que ninguno decía nada ni hacía el menor gesto. Reynevan miró hacia abajo del puente. No le hizo gracia lo que vio. El barranco era profundo, y las rocas que asomaban en el agua espumeante presentaban unos bordes y aristas terriblemente afilados.

—¿Quiénes sois? —preguntó, aunque sabía quiénes eran—. ¿Qué queréis de mí?

—Eres tú —dijo el que estaba a su espalda, quitándose la capucha— el que quieres algo de nosotros. Ya va siendo hora de que aclares qué. Y por orden de quién.

Reynevan lo reconoció de inmediato. Era aquel tipo alto y moreno, de cara indefinida y pinta de aprendiz errante. El que primero le había estado observando en la posada de Cieplowody y luego le había salvado, facilitándole el caballo.

También los otros le mostraron la cara. Conocía a uno de ellos. Se trataba de aquel rubio, muy rubio, de barbilla prominente, que dos semanas atrás había irrumpido de noche en su habitación con una navaja andaluza en la mano. Al tercero, de jeta chupada y huesuda que recordaba a una calavera, no lo conocía y no lo había visto en su vida. Pero se imaginaba quién podía ser.

—¿Y dónde está el cuarto? —preguntó en tono arrogante—. ¿Ese tal Olbram, o como quiera que se llame? ¿Ése que no consiguió acuchillarme en La Campana, cuando estaba durmiendo?

El de la cara de calavera se echó la capa hacia atrás, dejándola caer sobre uno de los flancos del caballo, y descubrió una ballesta montada. Las modestas dimensiones y la línea del objeto revelaban que se trataba de un arma de caza, no de guerra. Esa clase de ballestas eran inferiores a las de guerra en lo referente al alcance y la fuerza de su disparo, pero las superaban claramente en precisión. Un ballestero experto no podía fallar con un arma como ésa, y a menos de veinte pasos acertaría en una manzana con la misma seguridad que Guillermo Tell del cantón de Uri.

—Puedo rozar a tu caballo. —Cualquiera diría que el de la jeta de calavera le había leído el pensamiento a Reynevan—. Sólo rozarlo, con la

saeta. El caballo se te echará encima y te sacará del puente. Encontrarán tu cadáver en el fondo del barranco, con los huesos rotos, tus superiores de la Inquisición creerán que ha sido un accidente. Anotarán tu baja y se olvidarán de ti.

—No sirvo a la Inquisición.

—Me da igual a quién sirvas. Yo a los provocadores los huelo. Tu olor llega hasta aquí.

—¡Yo también tengo buen olfato! —Reynevan, aunque petrificado por el terror, seguía aparentando arrogancia—. Y aquí apesta a traidor, a ladrón y a defraudador, y encima a vulgar esbirro. Basta ya de parloteo. Dispara, márame de una vez, miserable canalla. Oh, cómo me alegra pensar en lo que hará contigo Neplach cuando caigas en sus manos.

—Estás temblando de miedo, espía —dijo el rubio—. Todos los espías sois unos cobardes.

Reynevan soltó el ronزال, cogió el estilete.

—Entra en la pasarela, ya que eres tan valiente —gruñó—. ¡Aquí no hay sitio para los dos! ¡Venga, adelante! ¿O es que sólo usas ese cuchillo español con los que están durmiendo?

El de la jeta de calavera bajó la ballesta, rió secamente. El aprendiz moreno le secundó, poco después también el rubio prorrumpió en una carcajada.

—No hay duda —dijo—. Es clavadito a su hermano.

—Clavadito a su hermano —repitió el de la jeta de calavera—. Acércate, Reinmar de Bielau, hermano de Peter de Bielau. Queremos darte un apretón de manos, Reynevan, hermano de nuestro camarada, en recuerdo de nuestro llorado Peterlin.

Reynevan sacó a su caballo, que no paraba de bufar, de la pasarela. Tenía un aspecto marcial, y controlaba el temblequeo de las rodillas. El de cara de calavera le estrechó la mano, le dio unas palmaditas en el hombro. De cerca se apreciaba su extrema delgadez, su complexión netamente cadavérica.

—Perdona nuestra excesiva vigilancia —dijo—. Así nos lo ha enseñado la vida. Y gracias a esa enseñanza seguimos vivos.

»Como bien has supuesto —prosiguió—, somos el Vogelsang. No hemos traicionado, no nos han captado, no hemos cambiado de bando. No hemos

malversado los fondos que pusieron a nuestra disposición. Estamos listos para actuar. Creemos que vienes en nombre de Procopio y Neplach. Creemos que los representas, que te han otorgado plenos poderes. Que, siguiendo órdenes tuyas, nos vas a dirigir, porque ha llegado la hora. Dirígenos, pues, Reynevan. Confiamos en ti. Me llamo Drosselbart.

—Bisclavret —se presentó el rubio, tendiéndole la mano.

—Rzehors. —La mano del aprendiz de rostro atezado era dura y áspera como un tablón sin cepillar.

—Gracias por el caballo en Cieplowody.

—No hay de qué. —Los ojos de Rzehors eran aún más duros que su mano—. Nos intrigaba adonde pensabas ir con ese caballo.

—¿Me habéis seguido el rastro?

—Queríamos saber adonde ibas —repitió como un eco el rubio, Bisclavret—. Dónde pensabas buscar ayuda.

—Aquellos religiosos...

—Dominicos de Swidnica, espías de la Inquisición. Habían visto a Rzehors, no queríamos correr ningún riesgo... Sobre todo, porque había en la posada otros dos tipos que también despertaron nuestras sospechas. Así que...

—Así que hicimos lo que había que hacer —remató Rzehors fríamente—. Y te seguimos. Algunos pensaron que irías a todo galope hasta Swidnica, justamente, a acogerte al amparo de la Inquisición... Olbram...

—Claro —comentó Reynevan, aprovechando el silencio del rubio—. ¿Y dónde está ese Olbram? ¿Mi frustrado asesino?

Bisclavret estuvo un buen rato callado. Rzehors carraspeó suavemente. En los finos labios de Drosselbart se dibujó una extraña mueca.

—Han surgido diferencias de opinión —dijo por fin el flaco—. En relación contigo, con tu persona. En relación con lo que había que hacer. No hemos llegado a un acuerdo, así que...

—Así que se ha marchado —intervino rápidamente Rzehors—. Ahora somos tres. No nos quedemos aquí, la noche se echa encima. Vayamos a Gdziemierz.

—¿A Gdziemierz?

—Hemos verificado Gdziemierz y tu posada de La Campana —dijo

Drosselbart—. Es una buena guarida, muy segura. Queremos trasladarnos allí. ¿Tienes algo en contra?

—No.

—Entonces, a caballo y en marcha.

Caía la noche, por suerte era clara, había luna, la nieve relumbraba y brillaba.

—Habéis tardado mucho en confiar en mí —afirmó Reynevan cuando salieron del bosque a la carretera—. Estuvisteis a punto de matarme. Soy hermano de Peterlin, y sin embargo...

—Ha llegado un tiempo —le interrumpió Drosselbart— en que el hermano traiciona al hermano y se convierte en un Caín para él. Ha llegado un tiempo en que el hijo traiciona al padre, la madre al hijo, la esposa al esposo. Los súbditos traicionan al rey, el soldado al capitán, y el sacerdote a Dios. Sospechábamos de ti, Reinmar. Había motivos.

—¿Qué motivos?

—En Frankenstein estuviste en las mazmorras de la Inquisición —respondió Rzehors, que cabalgaba al otro lado—. El inquisidor Hejncze podía haberte captado. Obligarte a colaborar, valiéndose del chantaje o las amenazas. O comprándote sin más.

—Justamente —confirmó gravemente Drosselbart, colocándose la capucha—. De eso se trataba. Y no sólo de eso.

—¿De qué más?

—Neplach —soltó desde atrás Bisclavret— te ha enviado a Silesia para servir de cebo. Él era el pescador, nosotros el pez, y tú la lombriz en el anzuelo. No podíamos creernos que fueses tan ingenuo como para prestarte a ese montaje. Sin algún propósito oculto, sin traerte entre manos algún doble juego. No estábamos seguros de cuál era ese propósito ni de cuál era tu juego. Pero teníamos derecho a temernos lo peor. Admítelo.

—Pues sí, lo admito —concedió de mala gana.

Cabalgaban. La luna brillaba. Las herraduras resonaban en el suelo helado.

—¿Drosselbart?

—¿Sí, Reinmar?

—Antes erais cuatro. Ahora sois tres. ¿Y al principio? ¿No erais más?

—Sí. Pero hemos encogido.

Drosselbart, Bisclavret y Rzehors se instalaron en La Campana, haciendo gala de esa desenvoltura, propia de los hombres de mundo experimentados, que Reynevan hasta entonces sólo había visto en Scharley. El posadero, al principio, los recibió con cara inexpresiva y mirada ausente, pero le tranquilizó la abultada y compacta talega, de dureza metálica, que Drosselbart puso en sus manos. Y la confirmación de Reynevan, asegurándole que todo estaba en orden.

La reacción y la cara del posadero no fueron nada comparadas con la reacción y la cara de Tybald Raabe, que apareció en Gdziemierz al día siguiente. El goliardo se quedó literalmente petrificado. Naturalmente, reconoció de inmediato a Bisclavret y supo con quién estaba tratando. Pero tardó mucho en reponerse y sacudirse la desconfianza, fue imprescindible para ello una larga conversación entre hombres. Al final de la cual, Tybald Raabe respiró aliviado. Y les comunicó la noticia que traía.

Un día de éstos, anunció, llegará a Gdziemierz un emisario, un enviado de Procopio y Neplach.

«Un día de éstos» resultó ser el 5 de diciembre, el viernes después de Santa Bárbara. Pero el largamente esperado emisario de Procopio y Flutek era, para gran sorpresa y notable alegría de Reynevan, un viejo conocido: Urban Horn. Los dos amigos se saludaron efusivamente, pero muy pronto le tocó a Horn asombrarse, viendo alineados delante de él a Drosselbart, a Rzehors y a Bisclavret.

—Antes me habría esperado la muerte —reconoció, cuando se quedaron solos después de las presentaciones—. Neplach me ha enviado para ayudarte a dar con el Vogelsang. Y tú, hay que quitarse el sombrero, no sólo los has encontrado, sino que, evidentemente, los tienes dominados. Te felicito, amigo, te felicito de todo corazón. Procopio se va a alegrar. Cuenta con el Vogelsang.

—¿Quién le dará la noticia? ¿Tybald?

—Naturalmente, Tybald. ¿Reynevan?

—¿Sí?

—Éstos del Vogelsang... Sólo son tres... Muy pocos... ¿No eran más?

—Sí. Pero han encogido.

Para cuando la verdad se calza los zapatos, la mentira ya ha recorrido medio mundo: el trato prolongado con el Vogelsang demostraba irrefutablemente la justicia de esta sentencia. El trío mentía sin tregua, siempre, en cualquier circunstancia, de día, de noche, entre semana y los domingos. Eran unos mentirosos patológicos, gente para la que el concepto de verdad no existía en absoluto. Sin duda era el resultado de largos años dedicados a la conspiración, es decir, al fingimiento, el engaño, las falsas apariencias.

Por ese motivo, no se podía estar seguro ni de las propias personas, ni de sus biografías, ni tan siquiera de su nacionalidad. La mentira todo lo estropea. Bisclavret, por ejemplo, decía que era francés, caballero francés, le gustaba presentarse como un guerrero gálico, *miles gallicus*. A los otros dos les gustaba convertir aquello en *morbis gallicus*, cosa que Bisclavret no se tomaba a mal, se ve que estaba acostumbrado. Había pertenecido en otros tiempos, según aseguraba, a una de las bandas de los famosos *Écorcheurs*, los Desolladores, unos feroces bandidos que arrebataban a sus víctimas no sólo las riquezas, sino también la piel, desollándolos vivos. Su acento, sin embargo, desmentía esta versión, pues hacía pensar más en la región de Cracovia que en la de París. Aunque también ese acento podía ser fingido.

El cadavérico Drosselbart no ocultaba que usaba un nombre falso. *Verum nomen ignotum est*, solía decir con énfasis. Cuando le preguntaban por su nacionalidad, se definía, muy genéricamente, como *de gente Alemanno*. Puede que fuera verdad. Si es que no era mentira.

Rzehors, en lo tocante a su origen, no aclaraba ni el país ni la región: de esos temas, sencillamente, jamás hablaba. Pero, cuando hablaba de cualquier otra cosa, su acento y sus giros resultaban tan caóticos, formaban una mescolanza tan amorfa, tan embarullada y tan desconcertante, que todo el mundo se volvía loco a las pocas frases. Que era, sin duda, lo que pretendía Rzehors.

Sin embargo, el trío emitía ciertas señales muy características. Reynevan no tenía suficiente experiencia para reconocerlas e interpretarlas. Los tres miembros del Vogelsang padecían de conjuntivitis crónica, a menudo se frotaban inconscientemente las muñecas y, cuando comían, siempre tapaban con el antebrazo el plato o la escudilla. Más adelante, cuando tuvo ocasión de mirarlos, Scharley no tardó en descifrar las señales. Drosselbart, Rzehors y Bisclavret se habían pasado buena parte de su vida en prisión. Encerrados en mazmorras. Encadenados.

Cuando en la conversación salían a relucir asuntos oficiales, el Vogelsang dejaba de mentir, se volvía preciso y objetivo hasta la náusea. En el curso de algunas charlas que se prolongaron hasta bien entrada la noche, el trío había informado a Reynevan y a Horn de lo que había preparado en Silesia. Drosselbart, Rzehors y Bisclavret, uno tras otro, fueron presentando sus informes sobre los agentes captados y durmientes que tenían en la mayoría de las ciudades de Silesia, en particular en aquéllas que se encontraban a lo largo de las rutas más probables para el avance de las huestes husitas. Sin reparos —y hasta con cierto orgullo por su solvencia—, dio cuenta igualmente el Vogelsang del estado de sus finanzas: a pesar de los ingentes gastos, era más que satisfactorio.

El examen de los planes y estrategias hizo comprender a Reynevan que, de hecho, sólo faltaban algunas semanas para la ofensiva y la guerra. El trío del Vogelsang estaba totalmente seguro de que los husitas iban a atacar Silesia con la llegada de la primavera. Urban Horn ni lo confirmaba ni lo desmentía, se mostraba bastante enigmático. Apremiado por Reynevan, desveló a medias el secreto. El ataque de Procopio a Silesia, confirmó, era más que seguro.

—Desde Silesia y Klodzko han atacado en tres ocasiones las comarcas de Broumov y Náchod: en 1421, en 1425 y este mismo año, en agosto, justo después de la victoria en Tachov. Las brutalidades perpetradas por los agresores exigen una respuesta no menos cruel. El obispo de Wroclaw y Puta de Czastolovice se merecen una lección. Así que Procopio se la dará, y será tal que no la olvidarán en cien años. Es algo imprescindible para levantar el

ánimo del ejército y de la población.

—Ajá.

—Eso no es todo. Los silesios han llevado a cabo el bloqueo con tanta precisión que prácticamente han aniquilado el comercio. También están cerrando eficazmente la vía de entrada de las mercancías procedentes de Polonia. Este bloqueo le está costando demasiado caro a Bohemia y, si dura mucho más, les puede costar la vida a los checos. Los papistas y los partidarios del Luxemburgo no pueden derrotar a los husitas por las armas: en el campo de batalla sufren una derrota tras otra. En cambio, en el terreno de la guerra económica están empezando a imponerse, asestando a los husitas golpes dolorosos. Esto no puede seguir así. Hay que romper el bloqueo. Y Procopio lo romperá. Rompiéndole de paso, si es posible, el espinazo a Silesia. Con estrépito. Para que no levante cabeza en cien años.

—¿Y sólo se trata de eso? —preguntó Reynevan con voz desencantada—. ¿Sólo de eso? ¿Y nuestra misión? ¿Nuestro cometido? ¿No vamos a llevar la verdadera palabra de Dios? ¿A combatir por la verdadera fe apostólica? ¿Por nuestros ideales? ¿Por la justicia social? ¿Por un mundo nuevo y mejor?

—¡Claro que sí! —Horn levantó la cabeza, con una media sonrisa irónica—. También se trata de eso. De un mundo nuevo y mejor y de la fe verdadera. Es tan evidente que no vale la pena recordarlo. Por eso ni lo he mencionado.

»Así pues, el ataque a Silesia —dijo, rompiendo un largo y pesado silencio— está garantizado, tendrá lugar en primavera, sin sombra de duda. Lo único que sigo sin saber es la ruta que seguirá Procopio en su ofensiva. ¿Por dónde entrará? ¿Por el paso de Lewin? ¿Por el de Miedzylesie? ¿Por Landeshut? ¿O a lo mejor entra desde Lausacia, después de dar una lección a las Seis Ciudades? Eso sí que no lo sé. Y me gustaría saberlo. ¿Dónde diablos se habrá metido Tybald Raabe?

Tybald Raabe regresó el 12 de diciembre, el viernes anterior al tercer domingo de Adviento. No traía las informaciones que Horn estaba esperando, lo único que traía eran cotilleos. En Cracovia, por San Andrés, la reina Sonka le había dado al rey polaco Jagiello su tercer hijo, le habían llamado

Casimiro. Pero a los polacos les había agitado la fiesta el horóscopo de un ilustre mago y astrólogo, Henryk de Brzeg, según el cual el tercer hijo de Jagiello había sido concebido y alumbrado bajo una conjunción astral ominosa. Bajo su gobierno, profetizaba el astrólogo, al reino de Polonia le esperan desgracias y desastres sin cuento. Reynevan se rascó la frente, pensativo. Conocía a Henryk de Brzeg y sabía que le compraba los horóscopos a Telesma, en El Arcángel. Y los horóscopos de Telesma siempre se cumplían. En su totalidad.

A Urban Horn, era evidente, el destino de la casa de los Jagellones le interesaba lo justo. Se esperaba otras noticias. Antes de que Tybald Raabe hubiera descansado como es debido, volvieron a mandarlo por ahí.

Pasado el tercer domingo de Adviento cayeron las primeras nevadas. A pesar de lo cual Reynevan fue varias veces a Bialy Kosciól a verse con Jutta de Apolda. Por culpa del frío, no podían encontrarse ya en el bosque, así que las «citas» tenían lugar, contando con el permiso de la risueña abadesa, en el huerto del convento, a la luz del día, ante los curiosos ojos de las clarisas, vestidas con sus hábitos grises. Y, dadas las circunstancias, tenían que conformarse con cogerse de la mano. La abadesa, de forma ostentosa, hacía como que no veía nada, pero los enamorados no se atrevían a ir más allá.

El mamun Malevolt, que estuvo en La Campana el 17 de diciembre, visitando a Reynevan, tenía algunas cosas que contarle en relación con el convento. No demasiado, porque Reynevan ya estaba al corriente de ciertos detalles. Sabía, por ejemplo, que la iglesia de blancos muros, cuyo nombre de *Alba Ecclesia*^[46] se hacía extensivo también al caserío situado junto a ella, existía desde hacía más de ciento cincuenta años y que la aldea había pertenecido a los señores de Byczen. Cuando este linaje se extinguió, el duque Bolko I de Swidnica, tatarabuelo de Juan de Ziebice, donó la aldea a las clarisas de Strzelin. Y fundó un pequeño convento en Bialy Kosciól. Una prepositura.

—No es un convento normal ni una prepositura —le aclaró Malavolt, con una extraña mueca—. Bialy Kosciól, según dicen, es un lugar de castigo. Un lugar de destierro. Para las monjas de pensamiento heterodoxo. O sea, para

las que piensan. Demasiado, demasiado a menudo, de forma demasiado independiente y demasiado libre. Probablemente se haya reunido ahí la verdadera élite de las librepensadoras.

—¿Cómo es eso? ¿Y Jutta?

—Tu Jutta —parpadeó el mamun— debe de contar con buenas amistades. Ingresar en Bialy Kosciól es el sueño de la mayoría de las monjas y aspirantes a monja de Silesia.

—¿Ingresar en un centro de castigo y aislamiento?

—¿Tú no te enteras o qué? Hace unos días hablábamos de las mujeres y las universidades, de que ninguna universidad, nunca, por nada del mundo, va a admitirlas en su seno. Pero ya hay universidades para mujeres. Ocultas en conventos como el de Bialy Kosciól, ni más ni menos. No te cuento más. Debería bastarte.

Urban Horn le contó más cosas, unos días después.

—¿Universidad? —Le puso mala cara—. Bueno, se la puede llamar así. Algo de eso he oído, por lo visto el programa incluye algunas materias que no se enseñan en otros centros.

—¿Hildegarda de Bingen? ¿Cristina de Pisan? Hum... ¿Joaquín de Fiore?

—Y más. Añade a esos nombres los de Matilda de Magdeburgo, Beatriz de Nazaret, Juliana de Lieja, Baudonivia, Hadewijch de Brabante. Agrega a Elsbet Stangl, Margarita Porette y Bloemardine de Bruselas. Y de remate a Maifreda da Pirovano, papisa de las guglielmitas. Con estos últimos nombres ten cuidado si no quieres buscarle problemas a tu amada.

La nieve caía y caía, el mundo se había hundido en el blanco plumón, también se había hundido hasta media pared la posada de La Campana. Los caminos estaban borrados. Reynevan, de mala gana, tuvo que renunciar a sus excursiones a Bialy Kosciól y a sus citas con Jutta de Apolda. Las acumulaciones de nieve eran tales que el amor más ardiente se atascaba en ellas y se quedaba frío.

La semana anterior a Navidad las nevadas cesaron, los montones de nieve menguaron y los caminos se despejaron un poco. Y entonces, para gran satisfacción de Reynevan, Tybald Raabe se presentó en Gdziemierz con

Scharley y Sansón Mieles. Los amigos, mientras se saludaban y abrazaban, estaban tan emocionados que las lágrimas asomaban a sus ojos, y hasta Scharley se sorbió un par de veces la nariz.

En un santiamén aparecieron todas las damajuanas que pudieran hacer falta y, dado que todos tenían mucho que contar, con dos no les llegó.

Después de la huida en Trosky, Sansón había encontrado a Scharley, Berengar Tauler y Amadej Bata, y decidieron de inmediato emprender la búsqueda de Reynevan. Sabiendo que ellos cuatro no podían hacer mucho contra los Jinetes Negros de Grelenort, arrearon a los caballos con todas sus ganas hasta Michalovice, con ánimo de pedir ayuda a Jan Capek. Capek se prestó de buena gana: les dio la sensación de que, más que el destino de Reynevan, le interesaba aquel pasadizo subterráneo secreto por el que Reynevan y Sansón habían escapado de Trosky. Es fácil imaginar la irritación del hetmán al descubrir que Sansón ya no recordaba la localización exacta de la gruta y era incapaz de dar con ella. La estuvieron buscando todo el día, en vano. La irritación de Capek no hacía más que crecer. Cuando Scharley sugirió que, en lugar de vagar arroyo arriba y arroyo abajo, deberían ponerse de una vez a seguir el rastro de Reynevan, el encolerizado hetmán de los Huérfanos dio orden a los suyos de regresar a Michalovice, haciendo saber al grupo que, a partir de ahí, tendrían que seguir solos con la búsqueda.

—Total, que nos pusimos a seguir tu pista nosotros solos —suspiró Scharley—. Demasiado tiempo. Llegamos más allá del monte Jested, hasta Roimund y Hamrstejn. Allí volvimos a encontrarlos con Capek, en esta ocasión acompañado por Stepán Tlach, de Cesky Dub. Y de un emisario de Flutek, llegado de la Montaña Blanca.

El hetmán Tlach, por lo visto, había recibido una noticia de un informador suyo en el monasterio de los Celestinos de Oybin. El misterio de la desaparición de Reynevan quedaba aclarado. Por desgracia, el grupo no tuvo ninguna opción de seguir el rastro de los hombres de Biberstein. El emisario llegado de la Montaña Blanca traía órdenes de regresar de inmediato. Era una orden terminante y, dado que imponía a los hetmans la obligación de velar por su cumplimiento, los miembros del grupo emprendieron el camino escoltados. Por no decir presos.

Al llegar a la Montaña Blanca, Neplach retuvo únicamente a Scharley.

Sansón rabiaba por marchar solo a Silesia, pero el demérito le disuadió de emprender esa expedición en solitario.

—Tampoco me costó mucho —sonrió maliciosamente— disuadirle. Nuestro amigo Sansón tenía en Praga asuntos importantes que resolver. Se pasó los días resolviéndolos. Paseando con la pelirroja Marketa por Zderaz o por la calle Pod Slovany. O sentados los dos juntos en Podskalí, mirando durante horas fluir el Moldava y ponerse el sol. Haciendo manitas.

—Scharley.

—¿Qué? ¿Acaso miento?

—*D'antico amor sentí la gran potenza...* —recordó la cita Reynevan, sin poder evitar tampoco él una sonrisa—. ¿Y ella cómo está, Sansón?

—Mucho mejor. Bebamos.

—Circulan rumores —dijo Scharley, guiñando los ojos por el sol— de que se prepara una aceifa. Una de las grandes. Podría decirse: una invasión. Podría decirse incluso que una guerra.

—Si has estado con Flutek en la Montaña Blanca —Reynevan se estiró—, tienes que saber lo que se prepara. Seguro que Flutek no ha dejado de darte instrucciones.

—Corren rumores —Scharley no se dejó achantar— de que en esta guerra se te ha asignado un papel muy importante. Que vas a estar, como dice el poeta, en el mismísimo centro de los acontecimientos. De donde se deduce que todos vamos a estar en el centro de los acontecimientos.

Estaban en la terraza de la posada de La Campana, disfrutando del sol, que calentaba gratamente a pesar del frío moderado. La nieve se había refugiado en la ladera boscosa. Los carámbanos que colgaban del tejado goteaban perezosamente. Sansón parecía dormir. ¿Estaría dormido de verdad? La noche anterior habían estado platicando hasta muy tarde, y seguramente no hubiera hecho ninguna falta descorchar la última damajuana.

—Estando en el centro de los acontecimientos bélicos —continuó Scharley—, y teniendo además un importante papel que desempeñar, es de lo más fácil jugarse el cuello. O cualquier otra parte del cuerpo. Es de lo más fácil, cuando llega la guerra, perder alguna parte del cuerpo. A veces esa

parte es la cabeza. Y entonces la cosa se pone de verdad complicada.

—Ya sé adonde quieres ir a parar. Déjalo.

—Ya veo que me lees el pensamiento, de modo que no hace falta que añada nada. Porque la conclusión, si no me equivoco, también me la has leído.

—Te la he leído, sí. Y te diré: combato por la causa, por la causa iré a la guerra y por la causa desempeñaré el papel que se me asigne. La causa del Cáliz debe vencer, a eso se encaminan todos nuestros esfuerzos. Gracias a nuestros esfuerzos y a nuestro empeño, el utraquismo y la fe verdadera triunfarán, se acerca el final de la injusticia, el mundo va a cambiar a mejor. Por eso daré mi sangre. Y mi vida, si hace falta darla.

Scharley suspiró.

—La verdad es que no nos escondemos —recordó con calma—. Peleamos. Tú haces carrera como médico y como espía. Yo asciendo en la jerarquía militar del Tabor, y a la chita callando voy amasando un buen botín. Ya he reunido bastante. En varias ocasiones ya, sirviendo al Cáliz, nos hemos librado por un pelo de la muerte. Y todo nos da igual, seguimos tentando el destino, abriéndonos paso a codazos, saltando de una misión a otra, a cual peor. Ya va siendo hora de hablar en serio con Flutek y Procopio. Que sean los jóvenes quienes se jueguen el cuello en el campo de batalla, en la primera línea, nosotros nos hemos ganado un descanso, ya hemos hecho bastante para poder pasamos el resto de la guerra tumbados indolentemente *sub tegmine fagi*. Eventualmente, deberían asignarnos, en pago por nuestros servicios, un buen puesto en el estado mayor. Esos puestos, Reinmar, aparte de ser cómodos y rentables, tienen una ventaja inestimable. Cuando todo empieza a tambalearse, a hundirse, a venirse abajo, es fácil desde esos puestos darse a la fuga. Y, en momentos como éstos, uno puede trincar a espuertas...

—¿Y por qué iba a empezar nada a tambalearse y a hundirse? —dijo Reynevan en tono sombrío—. ¡Nos espera la victoria! ¡El Cáliz triunfará, se acerca el verdadero *Regnum Dei*! ¡Por eso luchamos!

—Aleluya —concluyó Scharley—. No es fácil hablar contigo, muchacho. Renuncio, pues, a argumentar, y termino con una proposición concisa y concreta. ¿Me escuchas?

—Te escucho.

Sansón abrió los ojos y levantó la cabeza, en señal de que él también estaba escuchando.

—Larguémonos de aquí —dijo tranquilamente Scharley—. A Constantinopla.

—¿Adónde?

—A Constantinopla —repitió con una voz de lo más seria el demérito—. Esa ciudad tan grande a orillas del Bosforo. Perla y capital del estado bizantino...

—Ya sé lo que es Constantinopla y dónde está —le interrumpió pacientemente Reynevan—. Preguntaba para qué queremos ir.

—Para vivir allí.

—¿Y por qué tendríamos que vivir allí?

—Reinmar, Reinmar. —Scharley le miró con lástima—. ¡Constantinopla! ¿No lo comprendes? El gran mundo, la alta cultura. Una vida maravillosa, un sitio maravilloso para vivir. Eres médico. Te compraríamos un *iatreion* en las cercanías del hipódromo, muy pronto serías célebre como especialista en enfermedades femeniles. A Sansón lo colocaríamos en la guardia del basileos. Yo, en virtud de mi naturaleza sensible, que no tolera los esfuerzos, no me dedicaría a nada en absoluto... fuera de la meditación, los juegos de azar y alguna pequeña estafa ocasional. Por las tardes iríamos a *Hagia Sophia* a rezar por nuestros ingresos, pasearíamos por la Mese, alegrándonos los ojos con la vista de las velas en el mar de Mármara. En cualquiera de las tabernas del Cuerno de Oro comeríamos pilaf con cordero y pulpo frito, regándolo en abundancia con vino especiado. ¡Eso sí que es vida! Sólo Constantinopla, muchachos, sólo Bizancio. Os digo que dejemos Europa atrás, que dejemos esta oscuridad, este salvajismo, que nos sacudamos este polvo asqueroso de las sandalias. Vayamos allá donde hace calor, donde hay abundancia y bienestar, donde la cultura y la civilización. ¡A Bizancio! ¡A Constantinopla, la ciudad de las ciudades!

—¿Marcharnos al extranjero? —Reynevan sabía que el demérito estaba de broma, pero le siguió el juego—. ¿Dejar la tierra de nuestros padres y nuestros abuelos? ¡Scharley! ¿Y dónde está tu patriotismo?

—Aquí está. —Scharley le mostró dónde con un gesto obsceno—. Yo soy un hombre de mundo. *Patria mea totus hic mundus est.*

—En otras palabras —Reynevan no se rendía—, *ubi patria, ubi bene*. Buena filosofía para un vagabundo o para un gitano. Tienes patria, tuviste un padre. ¿No sacaste nada del hogar paterno? ¿Ninguna enseñanza?

—Claro que sí. —Scharley se indignó ostensiblemente—. Muchas enseñanzas, prácticas y de otro tipo. Un montón de máximas llenas de sabiduría, cuyo recuerdo me permite vivir dignamente hoy en día.

»Todavía —se enjugó las lágrimas en un gesto teatral— resuena en mis oídos la honorable voz de mi padre. Jamás olvidaré sus nobles consejos, que guardo en mi memoria y me sirven de guía inmutable en la vida. Por ejemplo: Enero, frío o templado, pásalo abrigado. O bien: De donde no hay no se puede sacar. O: El que bebe fino y pee fuerte, lejos tiene la muerte. O este otro...

Sansón resopló. Reynevan suspiró. Los carámbanos goteaban.

Celebraron las fiestas —Navidad, *Nativitas Domini*, *Wynachten*, *Yule*— en La Campana con gran jolgorio, pero en la intimidad. Tras una breve mejoría, habían vuelto las ventiscas, la nieve que cubría los caminos dejó nuevamente la posada aislada del mundo, aunque de todos modos en esas fechas eran pocos los que viajaban. Aparte de Reynevan, Scharley y Sansón, aparte del Vogelsang, de Urban Horn y Tybald Raabe, celebró con ellos las fiestas el patrón de La Campana, Marcin Prah, el cual aligeró su bodega para la ocasión, sin el menor remordimiento, abriendo algunos toneletes con vinos del Rin, de Muntenia y de Transilvania. La mujer del tabernero, Berta, se ocupó del copioso y sabroso menú. El único invitado «de fuera» fue el mamun Jon Malevolt, quien, para sorpresa de todos, no se presentó solo: le acompañaban las dos brujas del bosque. La sorpresa fue morrocotuda, pero ni por asomo fue desagradable. Las brujas eran unas mujeres atractivas, de magnífica presencia y con un carácter encantador, en cuanto se rompió el hielo todos las aceptaron, incluida Berta Prah, que al principio estaba horrorizada.

Las brujas contribuyeron a la fiesta con dos grandes cubas de cocido que trajeron consigo. Un cocido excelente. Aunque hay que decir que el calificativo de «excelente» se quedaba aquí muy corto, y el mismo nombre de

«cocido» resultaba insuficiente e inadecuado. El plato preparado por las brujas del bosque era un verdadero himno en honor del repollo rehogado, un himno cantado a coro en loor y alabanza del lardo y el tocino, un peán a la caza y un ditirambo para las carnes grasientas, una *canzone* melodiosa y henchida de amor a las setas secas, el comino y la pimienta.

A esa poesía le iba a las mil maravillas un macerado de ajeno que había traído Malevolt. Prosaico, pero eficaz.

El invierno, que ya en diciembre parecía riguroso, sólo después de la *Circumcisio Domird* demostró de lo que era capaz. Las ventiscas eran cada vez más intensas, estuvo varios días nevando sin parar. Después el cielo se aclaró, un sol pálido brillaba por detrás de las nubes. Y cayeron las heladas. El frío apretaba tanto que se diría que el mundo dejaba escapar un gemido. Y se quedó inmóvil, congelado.

Hacía tanto frío que bastaba con salir un momento a las letrinas o a coger leña para volver arrecido, y cualquier desplazamiento más largo suponía un riesgo de sufrir severas congelaciones. A Horn y a Tybald, que decidieron marcharse para el día de Reyes, los miraron como si estuvieran majaretas. Pero Horn y Tybald partieron. No tenían más remedio.

Era el año 1428.

Urban Horn regresó el 18 de enero. Las malas noticias que traía sacaron al grupo de su indolente apatía invernal.

El duque Juan de Ziebice había sufrido un atentado. Fue el día de Reyes, la festividad de la Epifanía. Cuando el duque salía de la iglesia una vez acabada la misa, el agresor consiguió burlar a la guardia y se abalanzó sobre él con un estilete. Juan se salvó únicamente merced al sacrificio de dos de sus caballeros, Timoteo von Risin y Ulrich von Seiffersdorf, que le protegieron con sus cuerpos. Risin, incluso, recibió la cuchillada destinada al duque, circunstancia que aprovecharon los otros para reducir al atacante. Resultó ser nada menos que Gelfrad von Sterz, un caballero que había desaparecido años atrás en tierras lejanas y a quien todos, incluida su propia familia, daban por

muerto.

Los comentarios sobre lo ocurrido recorrieron Silesia en un santiamén. Casi nadie abrigaba dudas acerca de los motivos de Gelfrad Sterz, todos estaban al corriente del romance del duque Juan con la mujer del caballero, la bella borgoñona Adela. Todos sabían de qué manera tan desconsiderada había tratado el duque Juan a su antigua amada al concluir su romance, todos estaban enterados de la muerte que había sufrido Adela como consecuencia de semejante trato. Y aunque nadie, claro está, ensalzaba la acción de Gelfrad ni trataba de justificarla, entre los caballeros de castillos y plazas fuertes el asunto dio mucho que hablar. Y procuraron que en Ziebice estuvieran al tanto de lo que se decía. Y, a pesar de que el duque Juan, fuera de sí, exigía un castigo atroz para su agresor, sometiéndole a monstruosos suplicios, la influencia de la opinión pública le obligó a bajar el tono. Tomaron partido por Gelfrad no sólo sus parientes próximos, como los Haugwitz, los Baruth o los Rachenau, sino todas las familias nobles con algún poder en Silesia. Gelfrad Sterz, se recordaba, era un caballero, y un caballero de rancio abolengo, y además había actuado cegado por el quebranto a su honor, y ya se sabía quién era el culpable de su menoscabo. El duque Juan montó en cólera, pero sus consejeros no tardaron en convencerle de que renunciara a una ejecución sádica. Unos tiempos como aquéllos, en los que en cualquier momento se podía esperar un ataque husita, no eran los más adecuados, le dijeron, para estar a mal con la nobleza. El único que tomó partido por el obstinado duque fue el obispo de Wroclaw, Conrado, aún más obstinado que él. El obispo rechazaba la tesis de la defensa del honor, consideraba que todo era un asunto político, difundió la idea de que Gelfrad Sterz había actuado instigado por los husitas, y reclamaba para él una muerte atroz por traición al estado, brujería y herejía. Sterz, bramaba el obispo, había actuado por motivos no menos abyectos que Chrzan, el asesino del duque Przemek de Cieszyn, y en consecuencia había que quemarlo vivo y amputarlo con tenazas, como a ese tal Chrzan. Los caballeros de Silesia no querían ni oír hablar de semejantes cosas, se opusieron con firmeza e impusieron su criterio. Tanto insistieron que a Gelfrad poco le faltó para salir de rositas: únicamente iba a ser condenado a destierro, los caballeros no consentían que se le impusiera un castigo más severo. Para mayor indignación del duque

Juan y del obispo. Así pues, Gelfrad Sterz habría salvado su vida de no haber sido por una menudencia. En el juicio el caballero no sólo no había dado muestras de arrepentimiento, sino que llegó a declarar que ningún destierro le impediría intentar un nuevo atentado contra la vida del duque, que no descansaría hasta derramar la sangre de su enemigo. Y no quiso retractarse de sus palabras. Ante tal *dictum* los magnates silesios se quedaron sin argumentos. Se lavaron las manos, y Juan de Ziebice condenó gustoso a muerte al caballero. Mediante decapitación por espada.

La sentencia se ejecutó con presteza, el 15 de enero, el jueves anterior al segundo domingo después de Epifanía. Gelfrad Sterz marchó hacia la muerte con serenidad y valor, aunque descalzo. No soltó ningún discurso desde el cadalso. Se limitó a mirar al duque Juan y pronunció una sola frase, en latín.

—¿Qué? —preguntó Reynevan sordamente—. ¿Qué dijo?

—*Hodie mihi, eras tibi.*

Reynevan no pudo disimular su abatimiento, era demasiado evidente y llamativo. Sintiendo la necesidad de sincerarse, de quitarse ese peso de encima, les contó a sus compañeros toda la historia. La historia de Adela, del duque Juan, de Gelfrad Sterz. De la venganza. Ninguno hizo el menor comentario. Salvo Drosselbart.

—La venganza, según dicen, es un placer —aseguró el flacucho—. Pero por lo general es el placer estúpido de un idiota que se recrea soñando con el placer. Sólo un idiota coloca la cabeza en un tronco cuando puede ahorrarse colocarla. *Hodie mihi, eras tibi*, hoy por ti, mañana por mí... Te han brillado los ojos al oír estas palabras, Reinmar de Bielau, me he dado cuenta. Sé lo que estás pensando. Y sólo te pido una cosa: no seas idiota. ¿Puedes prometerlo? ¿A todos nosotros?

Reynevan asintió con la cabeza.

Brusca y repentinamente, como en su día las heladas, se presentó el deshielo. Reynevan, ansioso por reencontrarse con Jutta, ensilló el caballo y partió al galope hacia Bialy Kosciól. Pero el viaje tuvo poco de galope y mucho de penoso avance entre montones de nieve medio fundida, así que el recorrido le llevó varias horas. Y el único resultado fue la noticia que le dio la hermana

portera de que Jutta se había marchado a la boda de su hermana y estaba en Schönau.

Reynevan no podía arriesgarse a ir a Schönau. Volvió a Gdziemierz de anocheada. Y al día siguiente le tocó despedirse de Jon Malevolt, el mamun anarquista.

—¿Por qué no te quedas con nosotros? —le preguntó al mamun cuando éste sacaba del establo su lanoso caballito—. ¿No quieres unirse a la causa? Es la consecuencia natural de aquello en lo que ayudabas a Tybald. ¿No te gustaría tomar parte en ello?

—No, Reinmar, no me gustaría.

—Pero si decías que eres partidario de la revolución, que apoyas la insurrección. Que ha llegado la hora de cambiar el viejo orden, de poner el mundo patas arriba. Quédate con nosotros. Cambiaremos el orden de las cosas, y le daremos un buen revolcón al mundo, hazme caso... En cualquier momento...

—Sé —le interrumpió Malevolt— lo que puede estallar en cualquier momento. He escuchado vuestras conversaciones, os he mirado a los ojos cuando hablabais de la guerra. Defiendo de todo corazón la revolución y la anarquía, apoyo con toda mi alma el movimiento y el cambio. Pero no voy a correr el riesgo de participar personalmente en este proceso. En la lucha revolucionaria por el cambio, el primero que cambia es uno mismo... se transforma. Se necesita tener mucha fuerza para controlar eso, para no transformarse en... en algo en lo que no debería uno transformarse. Yo no estoy seguro de mis propias fuerzas ni de mi capacidad de controlarme. Por eso, prefiero hacerme a un lado. Ya es suficiente. Pero a vosotros... a ti... te deseo éxito. Adiós, Reynevan.

El mamun los abandonó, pero dejó algo tras de sí. Unos días más tarde, Reynevan vio a Sansón Mielles en el granero, practicando unos golpes y estocadas con el *goedendag*, el afilado garrote flamenco. Sansón y Malevolt, que se habían caído bien, se pasaban las horas jugando a las cartas y a los dados, así que el *goedendag* podía haberlo ganado Sansón en el juego. Pero también podía tratarse de un recuerdo, un regalo de despedida.

Reynevan no se lo preguntó.

El día de San Vicente, solemnemente festejado en Silesia como copatrón de la catedral de Wroclaw, se presentó en Gdzierz el goliardo Tybald Raabe. Probablemente habría estado visitando a todos sus informadores, pues ya tenía noticias de Bohemia. Kolín, informó, había capitulado finalmente. Después de ochenta y cuatro días de asedio, el martes anterior a Santo Tomás, el señor Divis Borek de Miletínek rindió la plaza con la condición de que la guarnición pudiera marcharse libremente. Procopio accedió. Ya estaba harto del asedio. Y tenía otros planes.

—Procopio —informaba el goliardo— ya está movilizando el Tabor, a los Huérfanos y a los de Praga. La aceifa contra Hungría es segura.

Tybald volvió a marcharse. Estuvo fuera bastante tiempo, pues no regresó hasta el domingo *Invocavit*. Con noticias frescas. Efectivamente, como se esperaba, las tropas mandadas por Procopio y Jaroslav de Bucovina habían atacado Uhersky Brod, desde donde habían pasado a tierra magiar. Habían tomado e incendiado sucesivamente Senica, Skalica, Oresany, Modra, Pezinok y Jur, y el Miércoles de Ceniza, el día 18 de febrero, los checos habían llegado a las afueras del propio Presburgo, cubriendo de humo los arrabales de la ciudad y todas las aldeas vecinas. Con los carros cargados de botín emprendieron el camino de vuelta. Pasaron, despertando el pánico entre sus habitantes, junto a Tmava y Nové Mesto nad Váhom. Nadie se atrevió a salir a su encuentro ni a hacerles frente.

—Entre tanto, a Moravia —continuó Tybald en tono significativo— iban llegando importantes refuerzos desde Bohemia. Destacamentos de Nymburk, Slany, Unicov y Breclav.

—Y ahora —a Bisclavret le brillaron los dientes— toca Silesia.

—Ha llegado nuestra hora —declaró brevemente Drosselbart—. Hay que prepararse.

—Hay que prepararse —repitió como un eco Urban Horn.

Se prepararon. Se pasaron días y noches estudiando los mapas, trazando planes. Bisclavret y Rzehors partieron, llevando caballos consigo, y volvieron a los dos días, provistos de una carga voluminosa y tintineante.

Reynevan se acercó nuevamente a Bialy Kosciól, pero tampoco esta vez encontró a Jutta en el convento. Así pues, el invierno volvía a separar a los enamorados recientemente unidos.

Avanzaba la Cuaresma. Pasó San Matías, cuando entra el sol por las umbrías. El refrán no mentía. El invierno se despedía, ya no le quedaban fuerzas para resistir. Las nieves, lamidas por el cálido viento del sur, se fundían, por debajo asomaban las blancas campanillas de los narcisos de las nieves. Había en el aire un intenso aroma a primavera.

Con el viento y los aromas regresó Tybald Raabe. En cuanto lo vieron acercándose, comprendieron: ya ha empezado.

—Ya ha empezado —confirmó con ojos encendidos el goliardo—. Ya ha empezado, señores.

»Procopio ha atacado. En Carnavales ha atravesado la frontera del ducado de Opava.

—Así que tenemos guerra.

—Guerra —repitió como un eco Urban Horn—. *¡Deus pro nobis!*

—Y, si Dios está con nosotros —agregó sordamente Drosselbart—, ¿quién está contra nosotros?

Soplaba el viento del sur.

Capítulo decimoséptimo

En el que el Tabor invade Silesia, Reynevan comienza su actividad subversiva y el duque Bolko Woloszek se sube al carro de la historia.

Al encuentro con el Tabor acudieron corriendo Reynevan, Urban Horn y Rzehors. Bisclavret y Drosselbart fueron a Glucholazy y Nysa a difundir propaganda negra y sembrar el pánico. Scharley y Sansón se quedaron en Gdzierz, más adelante entrarían en acción.

Al principio marchaban en dirección a Racibórz por la carretera que venía de Cracovia. Muy pronto, nada más pasar Prudnik, empezaron los problemas: el camino estaba completamente atascado por los fugitivos. Venían sobre todo de Osoblaha y Glubczyce, desde donde, según aseguraban los refugiados con alarma en la mirada, ya se podía ver a los husitas. Los relatos, embarullados y febriles, hablaban del incendio de Ostrava, del saqueo y destrucción de Hukvaldy. Del cerco de Opava. Los husitas, farfullaban con voz temblorosa los fugitivos, constituyen una fuerza terrible, forman una masa nunca vista. Oyendo estas cosas, Rzehors sonreía como un lobo. Era la ocasión. La ocasión de interpretar un solo de propaganda negra.

—¡Vienen los husitas! —gritaba a los fugitivos con los que se iba cruzando, modulando su voz para transmitir una sensación de pánico—. ¡Es una fuerza aterradora! ¡Veinte mil hombres armados! ¡Avanzan, queman, matan! ¡Huid, buenas gentes! ¡Se aproxima la muerte!

»¡Están aquí mismo, aquí mismo! ¡Ya se les puede ver! ¡Cuarenta mil husitas! ¡No hay fuerza capaz de detenerlos!

Por detrás de los refugiados y de sus carros cargados con todos los enseres que habían podido salvar, aparecieron las tropas. Era más que

evidente que también ellos se daban a la fuga. Caballeros, lanceros y arqueros oyeron con semblantes tristes las noticias relativas a los cincuenta mil husitas que se les echaban encima, noticias proclamadas con una voz artificialmente aterrada y densamente trufadas de citas tergiversadas o directamente inventadas del Apocalipsis y de los libros proféticos.

—¡Vienen los husitas! ¡Cien mil! ¡Ay, ay!

—Ya es suficiente —gruñó Horn—. Echa el freno. Tampoco conviene pasarse.

Rzehors echó el freno. Por otra parte, ya no había a quién intentar convencer, la carretera se había quedado desierta. Y al cabo de un rato divisaron dos columnas gemelas de humo negro, elevándose hacia el cielo por detrás de la pared del bosque.

—Nowa Cerekwia y Kietrz —señaló con la cabeza uno de los últimos refugiados, que conducía, en compañía de su mujer y un monje minorita, un carro cargado de cachivaches y de niños—. Llevan ya dos días ardiendo... Allí hay, por lo visto, montones de gente asesinada...

—Castigo divino —dijo Rzehors—. Escapad, buenas gentes, ¡deprisa! Y bien lejos. Porque os aseguro que va a ocurrir lo mismo que hace doscientos años: los invasores van a llegar hasta Legnica. Dios nos ha castigado. Por los pecados del clero.

—¡Pero qué estáis diciendo! —se indignó el monje—. ¿De qué pecados habláis? ¿Habéis perdido el juicio? ¡No le escuchéis, hermanos! ¡Es un falso profeta! ¡O un traidor!

—¡Escapad, buenas gentes, escapad! —Rzehors sacudía el caballo, pero aún seguía volviéndose en la silla—. ¡Y no os fiéis de los monjes y curas! ¡Y no bebáis el agua de los arrabales! ¡El obispo de Wroclaw ha mandado envenenar los pozos!

Dejaron atrás Glubczyce, muda de espanto, siguieron adelante, con los montes de Opava y el macizo de Hruby Jeseník a su derecha. La dirección se la señalaban las humaredas, cada vez más frecuentes. No sólo ardían ya Nowa Cerekwia y Kietrz, sino también, al menos, otras cinco poblaciones.

Subieron a una colina. Y vieron el Tabor aproximándose. Una larga

columna de jinetes, soldados de infantería, carros. Los oían cantar.

*Slyste rytieri boží, pripravte sejizk boji,
chválu boží ku pokoji statecne zpievajte!
Antikristus jiz chodí, zapálenú pécí vodí,
knezstvo hrdé jiz plodí, pro Buoh znamenajte^[47]!*

En cabeza avanzan los portaestandartes, sobre ellos ondean las enseñas. El pabellón del Tabor: blanco, con un Cáliz dorado y la divisa *Ventas vinát*. Y otro estandarte, el de las tropas de campo, asimismo blanco, con un Cáliz rojo y una hostia dorada bordados en él, rodeados por una corona de espinas.

Tras los portaestandartes vienen los capitanes. Los guerreros cubiertos de polvo y de gloria, los ilustres caudillos. Procopio el Rasurado, fácilmente reconocible por su silueta y por sus enormes mostachos. A su lado cabalga Markolt de Zbraslavice, célebre predicador e ideólogo taborita. Al igual que Procopio, lleva un kalpak y una larga pelliza, al igual que Procopio canta. También canta Jaroslav de Bucovina, comandante en jefe de las tropas de campo del Tabor. Canta, desafinando horriblemente, Jan Bleh de Tesnice, hetmán de las tropas de la comunidad doméstica. Al lado de Bleh, sin cantar, cabalga en un brioso corcel Blazej de Kralupy, con una sobreveste con un gran Cáliz rojo cubriendo la armadura. Junto a él está Fedko Ostrogski, un príncipe ruteno, señor de la guerra y aventurero, que combate del lado husita. Por detrás vienen los jefes de las fuerzas de las ciudades: Zikmund de Vranov, hetmán de Slany, y Otík de Loza, hetmán de Nymburk. Tras ellos el aliado de los taboritas, el caballero Jan Zmrzlík de Svojsín, con armadura completa y escudo blasonado: tres barras de gules en campo de plata. Los dos caballeros que cabalgan a ambos flancos de Zmrzlík también portan sus blasones. Los del clan polaco de Wieniawa, cabeza de búfalo de sable, figuran en el escudo dorado de Dobieslaw Puchala, veterano de Grunwald, que encabeza un escuadrón de guerreros venidos de Polonia. Almenas de plata y gules exhibe en su escudo Jan Tovacovsky de Cimburk, al mando de un poderoso destacamento de moravos.

*Tráva, kvietie i povietrie, plac hlúposti cloviecie,
zlato, kamenie drahé, pozelejte s námi!
Anjelé archanjelé, y Kristovi manzelé,
tróny, apostolové, pozelejte s námi^[48]!*

Soplaba el viento desde Jeseník. Era el 11 de marzo del *Anno Domini* 1428. El jueves anterior al domingo *Laetare*, llamado *Druzebná* en Bohemia.

Un destacamento de caballería ligera. Jinetes con capellina y celada, armados con roquinas.

—Urban Horn y Reinmar de Bielau. El Vogelsang.

—Ya sé quiénes sois. —El jefe del destacamento no bajó los ojos—. Os estaban esperando. El hermano Procopio pregunta si el camino está expedito. ¿Dónde están las tropas enemigas? ¿En Glubczyce?

—En Glubczyce —sonrió irónicamente Urban Horn— no hay nadie. El camino está libre, nadie os va a cortar el paso. En toda la comarca no hay nadie que ose hacerlo.

El arrabal de Glubczyce estaba en llamas, el fuego había devorado con presteza los tejados de paja. El humo ocultaba por completo la ciudad y el castillo, objeto de las ávidas miradas de los caudillos taboritas. Procopio el Rasurado reparó en esas miradas.

—No se toca nada —anunció, irguiéndose sobre la mesa colocada en el centro de la herrería—. No se toca nada, ni aquí en Glubczyce ni en las aldeas vecinas. El duque Wenceslao ha pagado rescate, tenemos un acuerdo. Nosotros cumplimos nuestra palabra.

—¡Ellos —gruñó Markolt el predicador— nunca cumplen la suya!

—Pues nosotros sí —le cortó Procopio—. Porque somos los guerreros de Dios y los auténticos cristianos. Cumpliremos la palabra dada al duque de Glubczyce, heredero de Opava. Al menos, mientras el heredero de Opava cumpla la suya. Pero, si nos traiciona, si nos combate con las armas, entonces juro en el nombre del Señor que sólo heredará humo y cenizas.

De los capitanes presentes en la herrería convertida en estado mayor, algunos se sonrieron para sus adentros pensando en la escabechina. Jaroslav de Bucovina se carcajeó sin disimulo, y Dobko Puchala se frotó las manos con ganas. Jan Bleh enseñó los dientes, se conoce que con los ojos del alma ya estaba contemplando el incendio y los asesinatos. Procopio reparó en todo eso.

—Nos dirigimos a las tierras del obispo —anunció, apoyando los puños en los mapas desplegados sobre la mesa—. Ahí no os faltará qué quemar, qué saquear...

—El obispo Conrado —añadió Urban Horn— y Puta de Czastolovice están concentrando sus tropas en Nysa. Juan de Ziebice acude en su ayuda. También se dirige hacia allí Ruprecht, duque de Lubin y Chojnów. Y su hermano, Ludwig de Olawa.

—¿Cuántos van a ser en total?

Horn miró a Rzehors. Rzehors asintió con la cabeza, sabía que todos estaban esperando que el famoso Vogelsang se luciera con su erudición en ese campo.

—El obispo, Puta, los duques... —Rzehors levantó la cabeza después de pasarse un buen rato calculando—. Los caballeros de San Juan de Strzegom y Mala Olesnica. Los mercenarios. Los contingentes de las ciudades... Más la infantería campesina... En total de siete a ocho mil hombres. Incluidas unas trescientas lanzas^[49] de caballería...

—De Krapkowice y Glogówek —terció Jan Zmrzlík de Svojsín, que venía de formar parte de un destacamento— acude el joven duque Bolko, heredero de Opole. Sus tropas han llegado a Kazimierz, han tendido un puente sobre el Stradunia, un punto estratégico en la ruta de Nysa a Racibórz. ¿Traerá Bolko consigo una fuerza muy grande?

—Unas sesenta lanzas —calculó tranquilamente Rzehors—. Más un millar aproximado de soldados de infantería.

—¡Maldita sea la estampa de ese heredero! —refunfuñó Jaroslav de Bucovina—. Nos bloquea el avance, nos amenaza los flancos. No podemos avanzar hacia Nysa dejándolo a nuestra espalda.

—En tal caso, vayamos derechos contra él —propuso Jan Bleh de Tesnice—. Con toda nuestra potencia. Lo aplastaremos...

—Se ha establecido en un sitio donde nos va a ser difícil atacarle. — Rzehors sacudió la cabeza—. El Stradunia está crecido, las orillas son muy cenagosas...

—Además —Procopio levantó la cabeza—, no tenemos tiempo. Si nos enzarzamos en una lucha con Bolko, el obispo reunirá más fuerzas y obtendrá una posición más ventajosa. Cuando se dé cuenta de que tenemos problemas, estará lista para reaccionar en Racibórz la regente Helena, esa loba, y el condenado de su hijo Mikolaj. También estará dispuesto a hacer algo radicalmente estúpido Premko de Opava, y hasta para Wenceslao la tentación puede ser muy fuerte. Acabaríamos rodeados, peleando en múltiples frentes. No, hermanos. Nuestro enemigo más temible es el obispo, vayamos pues a todo correr a Nysa. ¡En marcha! El grueso de las fuerzas por la carretera, en dirección a Osoblaha... Y para los hermanos Puchala y Zmrzlík habrá otras tareas. Pero de eso ya hablaremos después. Primero... ¡Reynevan!

—¿Hermano Procopio?

—Ese joven heredero de Opole... Tengo entendido que tú le conoces...

—¿A Bolko Woloszek? Estudié con él en Praga...

—Estupendo. Vas a ir a verlo. Con Horn. En misión diplomática. Le vais a proponer un acuerdo en mi nombre...

—No va a querer —dijo Urban Horn con frialdad— escucharnos.

—Tened confianza en Dios. —Procopio miró a Dobko Puchala y Jan Zmrzlík, que esperaban órdenes, torció el gesto en una mueca maliciosa—. En Dios y en mí. Ya conseguiremos que quiera.

Efectivamente, el Stradunia en primavera representaba un impedimento geográfico bastante serio, los prados cenagosos estaban inundados, la corriente lavaba el tronco de los sauces de la orilla, cuajados de radiantes amentos peludos. Las charcas estaban infestadas de ranas.

El caballo de Urban Horn bailaba en el camino, amasaba el barro con los cascos. El jinete tiró de las riendas.

—¡Venimos a ver al duque Bolko! —le gritó al centinela que estaba en el puente—. ¡Una embajada!

Era ya la tercera vez que gritaba. Pero los vigilantes no respondían.

Y no dejaban de apuntarlos con las ballestas y los arcabuces apoyados en la balaustrada del puente. Reynevan empezaba a inquietarse. Cada dos por tres echaba un vistazo al bosque, calculando si en caso de huida podrían llegar hasta allí al galope.

Cuatro jinetes salieron del bosque en la orilla opuesta. Tres de ellos se detuvieron junto a la entrada del puente, el cuarto, con armadura completa, se adentró en el puente, armando un gran estrépito con las herraduras. Los blasones de su escudo no eran, como había creído Reynevan al principio, los de los Odrzywas, de origen checo, sino los de los Ogonczyk, polacos.

—¡El duque —anunció el jinete— recibe a los enviados! ¡Venid aquí los dos, cruzad a nuestra orilla!

—¿Palabra de caballero?

El de Ogonczyk se colocó la visera del yelmo, que se le bajaba todo el rato, se puso de pie sobre los estribos.

—¡Anda! —Se advirtió la sorpresa en su voz—. ¡Pero si yo os conozco! ¡Sois Bielau!

—Y vos sois —Reynevan hizo memoria— el caballero Krzych... De Koscielec, ¿verdad?

—¿Garantiza el duque Bolko —Horn cortó secamente el intercambio de cumplidos— nuestra inmunidad diplomática?

—El duque nuestro señor —Krzych de Koscielec levantó su brazo acorazado— da su palabra de caballero. Y al joven señor de Bielau, ¿cómo iba a hacerle nada? Pasad.

—¡Vaya, vaya, vaya! —dijo, arrastrando las palabras, Bolko Woloszek, duque de Glogówek y heredero de Opole—. Sin duda Procopio me respeta, en vista de que me envía a gente tan notable. Tan notable y tan ilustre. Por no decir tan famosa.

La comitiva del duque empezó a cuchichear y murmurar. Su estado mayor, reunido en una cabaña en las afueras de la aldea de Kazimierz, estaba integrado por un heraldo vestido de azul celeste y engalanado con el águila dorada de Opole, cinco caballeros con armadura y un sacerdote —también acorazado— con peto y gorro. Tres de los caballeros eran polacos: aparte de

Krzych de Koscielec, acompañaban al duque un silesio conocido de Reynevan, del clan de Nieczuja, y otro del linaje de Prawdzic, que no le sonaba de nada. El cuarto caballero exhibía en su escudo el cuerno de caza de plata de los Falkenhayn. El quinto era de la orden de San Juan.

—El señor Urban Horn —prosiguió el duque, dirigiendo a los embajadores una mirada hostil— es conocido a lo largo de toda la Silesia, gracias sobre todo a las órdenes de captura dictadas por el obispo y la Inquisición. Lo que hay que ver, señores míos: Urban Horn, impío, begardo, hereje y espía, viene a parlamentar en nombre de Procopio el Rasurado, archihereje y heresiarca.

El caballero de San Juan rezongó maliciosamente.

—En cuanto a ti —Woloszek volvió la mirada hacia Reynevan—, veo que te has pasado a los heréticos sin reservas. Tienes que haberte vendido a Satán de todo corazón y servirle abnegadamente, ya que te envía de embajador. Pero, quién sabe, igual ha pensado Procopio, maestro de herejes, que mandándote a ti a lo mejor sacaba algo merced a nuestra antigua amistad. Ja, si contaba con eso se ha pasado de listo. Aunque he de decirte, Reynevan, que, cuando todo el mundo en Silesia echaba pestes de ti, tachándote de rufián y bandolero, endilgándote los peores crímenes, incluyendo la violencia contra las doncellas, yo siempre te defendí, y nunca permití que te denigraran. Y, ¿sabes cuál fue el resultado? Que quedé como un idiota.

»Pero ahora me he vuelto más listo —añadió el duque tras unos instantes de pesado silencio—. ¡Me he vuelto más listo! El mensaje del Anticristo me importa un bledo, no estoy dispuesto a parlamentar con vosotros. Así que, ¡guardias! ¡Prendedlos! ¡Y a ese pájaro atádmelo bien!

Reynevan intentó resistirse, pero acabó encogido, tal fue la firmeza con que Krzych de Koscielec, que estaba a su espalda, lo redujo agarrándolo de los hombros con sus manazas. Dos soldados sujetaron a Horn de los brazos, mientras otro, con gran destreza, le enrollaba una soga alrededor del codo y del cuello, tirando y apretando con ganas el nudo.

—¡Dios es testigo! —El cura levantó los brazos en un gesto ostentoso—. ¡Dios es testigo, señor duque, de que obráis cabalmente! *Firmetur manus tua*, ¡crezca la fuerza de tu mano, que así aplasta la hidra de la herejía!

—Somos mensajeros... —gimió Reynevan, oprimido por el polaco—.

Has dado tu palabra...

—Sois mensajeros, pero del diablo. Y la palabra dada a un hereje no tiene validez. Y tú eres un hereje. Fuiste mi camarada en otros tiempos, Reynevan, por eso no ordeno que te aten. ¡Pero cierra el pico!

Lo cerró.

—A ése —el duque señaló a Horn con un movimiento de la cabeza— lo pondremos en manos del obispo. Es mi deber de buen cristiano e hijo de la Iglesia. En cuanto a ti... Ya te salvé el pellejo en cierta ocasión en consideración de nuestra vieja amistad. Y también ahora te dejaré marchar...

—¿Cómo es eso? —clamó el cura, mientras Falkenhayn y el sanjuanista gruñían—. ¿Dejáis marchar a un hereje? ¿A un husita?

—Tú también cierra el pico, pater. —A Woloszek le brillaron los dientes por debajo de los bigotes—. Y no vuelvas a abrirlo si no se te pregunta. Te dejo marchar libre, Reinmar de Bielau, en recuerdo de nuestra vieja amistad. ¡Pero que sea la última vez, por los clavos de Cristo! ¡La última vez! ¡No oses volver a presentarte ante mí! Estoy al frente de un ejército cruzado, en breve vamos a sumar nuestras fuerzas a las del obispo y juntos marcharemos a Opava para barreros a vosotros, herejes, de la faz de la tierra. Si Dios quiere, el obispo de Wroclaw sabrá apreciar lo buen católico que soy. Quién sabe, igual hasta me perdona las deudas. Quién sabe, igual restituye las tierras del ducado de Opole de las que en su día se apropió. ¡Adelante, pues, con la cruz! ¡Dios lo quiere! ¡En marcha, en marcha hacia Opava!

—Allí donde antes se alzaban los arrabales de Opava —terció Horn—, ahora el viento esparce sus cenizas. Ayer mismo Procopio ya se había plantado en Glubczyce. Hoy estará aún más cerca.

Bolko Woloszek saltó hasta él y le descargó un puñetazo en el oído.

—Te había dicho —silbó— que no pensaba platicar contigo, traidor. No estoy dispuesto a seguir aguantando tu cháchara.

»¡Reynevan! —se volvió bruscamente—. ¿Qué decía de Opava? ¿Qué es eso de que la han conquistado? ¡No me lo creo! ¡Suéltalo, don Krzych!

—Opava se defendía. —Reynevan, liberado, se masajeaba un hombro—. Pero sus arrabales estaban envueltos en humo. Al igual que Kietrz y Nowa Cerekwia, y antes Hukvaldy y Ostrava. Hradec nad Moravicí y Glubczyce se han salvado, pero sólo gracias al buen sentido del duque Wenceslao. Llegó a

un acuerdo con Procopio, pagó el rescate, puso a salvo su ducado. Por lo menos, su parte.

—¿Tengo que tragarme todo eso? ¿Creerme que Premko de Opava no les hizo frente? ¿Qué permitió a sus hijos pactar con los husitas?

—El duque Premko está encerrado tras de los muros del castillo de Opava, callado como un muerto. Contempla los incendios, porque allá donde mire hay uno. Y al joven duque Wenceslao, por lo que se ve, no le falta sentido común. Es digno de envidia e imitación.

—Dios castigará —estalló el cura— a aquéllos que negocian con los herejes, que pactan con ellos. ¡Pactar con un hereje es lo mismo que pactar con Satanás! Quien se entienda con él será condenado por los siglos de los siglos. Y aquí, en la tierra, pagará con su vida...

—Noble señor —gritó, irrumpiendo en la cabaña, un soldado con capellina—. ¡Un mensajero!

—¡Qué pase!

El mensajero, se veía —y se olía—, no había regateado esfuerzos ni se los había ahorrado a su montura. Una capa de barro encostrada le cubría hasta la cintura, y la peste a sudor de caballo tiraba de espaldas a varios pasos de distancia.

—¡Habla!

—Vienen los checos... —soltó el mensajero, cogiendo aire—. Es una fuerza enorme... Queman todo a su paso... Osoblaha está en llamas. Prudnik ha caído...

—¿Quéee?

—Prudnik ha caído... Ha habido una matanza espantosa... Arde Czyzowice... Arde Biala... Conquistada... Los husitas...

—¿Has perdido el juicio?

—Los husitas... están a las puertas de Glogówek...

—¿Y dónde están las tropas del obispo? ¿Dónde está Juan de Ziebice, dónde los duques Ruprecht y Ludwig? ¿Dónde don Puta?

—En Nysa. Ordenan... Ordenan que el señor duque vaya a unirse a ellos a la mayor brevedad...

—¿A unirme con ellos? —estalló Woloszek, cerrando el puño sobre la maza de armas que llevaba colgada al cinto—. Ellos se retiran, dejando mis

ciudades y mis posesiones desprotegidas, ¿y tengo que acudir en su ayuda? Está mi Glogówek amenazado, ¿y pretenden que vaya yo a Nysa? ¿Conque lo ordena el obispo? ¿Conrado de Olesnica, ese bandido, borrachín y putaño, se atreve a darme órdenes? Y vosotros ¿qué hacéis ahí mirando alhelados? ¿Qué aconsejáis, la madre que os parió? ¿Qué aconsejáis? ¡A ver qué hago yo ahora!

—¡Al ataque! —bramó el sanjuanista—. *Gott mit uns!*

—¿No serán noticias falsas? —farfulló el silesio del clan de Nieczuja.

—Vayamos a Nysa —propuso con firmeza Falkenhayn— a unirnos al obispo Conrado. Así nos haremos fuertes, derrotaremos a los heréticos en el campo de batalla. Vengaremos las plazas incendiadas...

El duque lo miró, le rechinaban los dientes.

—No me aconsejes cómo vengarnos. ¡Aconséjame cómo salvarnos!

—¿Pactando? —masculló el de Ogonczyk—. ¿Pagando un rescate?

—No tengo con qué. —A Woloszek seguían rechinándole los dientes—.

Mi Prudnik... ¡Santo Dios! ¡Mi Glogówek!

—Hay que confiar —intervino nuevamente el sacerdote— en Dios... Será lo que Dios quiera... Aquí tengo una Biblia... Voy a abrirla al azar, aquello primero que lea, será lo que se cumpla...

—Y destruyeron —recitó, adelantándose al cura, Urban Horn— todo lo que había en la villa, hombres y mujeres, mozos y viejos, a filo de espada...

Bolko Woloszek le fulminó con la mirada, Horn se calló. Pero de inmediato le secundó Reynevan.

—Y Josué quemó a Hay, y la tomó en un montón perpetuo, asolada hasta el día de hoy. Reflexiona, Bolko. Toma una decisión. Antes de que sea demasiado tarde.

»Esto es una revolución, Bolko —dijo, viendo que el joven Piasta no se daba prisa en cortarle—. El mundo cambia de faz, está dando muchas vueltas. El carro de la historia va cada vez más deprisa, no hay fuerza capaz de detenerlo. Puedes montarte en él o dejar que te arrolle. Tú eliges.

—Puedes estar, duque —terció Horn—, con los vencedores o con los vencidos. A los vencidos, como quieren los clásicos, siempre les aguarda la desgracia. A los vencedores, en cambio... A los vencedores el poder y el dominio. Porque la nueva faz del mundo se dibuja también en los mapas.

—¿Eh?

—*Sapienti sat dictum est*. Los postes fronterizos, noble señor, habrá que desplazarlos en beneficio de los vencedores. Y de quienes se alíen con ellos.

—¿No será —en los ojos del joven duque apareció un brillo— una proposición? ¿Una oferta?

—*Sapienti sat*.

—Ja. —El brillo persistía—. Y dices que yo saldré beneficiado. ¿Y más concretamente?

Horn sonrió con altivez, se señaló las ligaduras con la mirada. A un gesto de Woloszek se las soltaron de inmediato. Al verlo, Falkenhayn volvió a gruñir y el caballero de San Juan dio un golpe con la mano en el pomo de su espada. Y el sacerdote dio un respingo.

—¡Señor! —gritó—. ¡No escuches las insinuaciones diabólicas! ¡Estas víboras husitas te emponzoñan los oídos! ¡Ten presente la fe de tus mayores! ¡Ten presente...!

—Cierra el pico, curilla.

El sacerdote dio un respingo aún mayor.

—¿Será posible? ¿Será posible? —gritó más fuerte aún, agitando las manos en las narices mismas del duque—. ¡Bueno estás tú hecho! ¡Apóstata! ¡Renegado! ¡Te entiendes con los herejes! ¡Caballeros! ¡Quién crea en Dios, no vacile en atacarle! ¡Yo te maldigo! Maldito seas bajo techo y en campo abierto, maldito seas durmiendo, erguido y caminando...

Bolko Woloszek le asestó un revés con la maza en una sien. La cabeza de hierro de seis aletas le machacó el cráneo con gran estrépito. El sacerdote cayó como un tronco, entre convulsiones. El duque se dio la vuelta, con una orden lista en sus labios contraídos de furia. Pero no le hizo falta impartirla, los polacos habían adivinado de antemano las intenciones de su señor. Krzych de Koscielec de un tremendo hachazo le rompió la crisma al sanjuanista que intentaba alzar su espada, el de Prawdzic le hincó la misericordia en la garganta a Falkenhayn, el silesio de Nieczuja le dio una estocada en el pecho. Los cadáveres cayeron al piso de tierra, se formó un charco de sangre.

Soldados y pajes contemplaban boquiabiertos lo ocurrido.

—Ya ves. —El de Ogonczyk sonrió abiertamente—. Un buen día. Hacía

ya tiempo que no había ocasión de cargarse a un cruzado.

—¡Hay que hablar a las tropas! —gritó el duque—. ¡A nuestros hombres! ¡Tranquilizarlos! ¡A los alemanes, ante todo! ¡Y, si alguno protesta, hachazo al canto! ¡Y hay que aprestarse para la partida!

—¿Hacia Nysa?

—No. Hacia Krapkowice y Opole. ¡Proceded!

—¡A la orden!

Bolko Woloszek se volvió, clavó los ojos ardientes en Reynevan y Horn. Respiraba deprisa, ruidosamente, de forma irregular. Las manos le temblaban.

—*Sapienti sat* —dijo con voz ronca—. Ya habéis oído mis órdenes. Retiro mis tropas, y lo hago con ánimo de eludir el contacto con vuestros destacamentos. No pienso marchar a Nysa, no voy a apoyar al obispo. Procopio debería entenderlo como una prueba de mi buena voluntad. Vosotros, a cambio, respetaréis mis posesiones. Glogówek... Pero eso no es todo. ¡No es todo, por los clavos de Cristo!

»Transmitidle a Procopio... —El joven duque levantó orgulloso la cabeza—. Transmitidle que una alianza conmigo exigirá cambios sustanciales en los mapas. Concretamente...

—Concretamente —repitió Horn—, Woloszek ha reclamado el feudo perpetuo de Hukvaldy, Příbor, Ostrava y Frenstát. Tal y como habíamos acordado, se los he prometido. Pero, no contento con eso, ha exigido Namysłów, Kluczbork, Giyzów, Rybnik, Pszczyna y Bytom. También se los he prometido, hermano Procopio, hablando en tu nombre. ¿Me he precipitado?

Procopio el Rasurado se tomó su tiempo para responder. Con la espalda apoyada en un carro de guerra, estaba comiendo de pie, metió la cuchara de tilo en la cazuela de sopa de pasta, se la llevó a la boca. Tenía leche reseca en los bigotes.

Por detrás del carro, a la espalda de Procopio, el incendio bramaba enfurecido, envuelta en grandes llamas ardía la ciudad de Glucholazy. Ardía como una tea la iglesia parroquial de madera. El fuego devoraba techumbres

y tejados de paja, negras humaredas subían al cielo. Los alaridos de los asesinados no se interrumpían en ningún momento.

—No, hermano, no te has precipitado. —Procopio el Rasurado rechupeteó la cuchara—. Has hecho lo correcto, prometiendo en mi nombre. Le daremos todo lo prometido. Bolko se merece una compensación. Por los perjuicios. Porque resulta que Zmrzlík y Puchala, al prender fuego a Biala y Prudnik, han cogido carrerilla y han incendiado de paso su amado Glogówek. Nivelaremos esa pérdida. La mayoría de las ciudades que reclama, a decir verdad, aún hemos de tomarlas. Ya veremos durante la conquista qué tal se porta como aliado el duque Bolko.

Y habrá que premiarle de acuerdo con sus servicios a la causa.

—Y sus servicios a Dios —terció el predicador Markolt, hablando alto y claro—. El heredero de Opole tiene que recibir el sacramento del Cáliz y jurar los cuatro artículos.

—Ya habrá tiempo para ello. —Procopio apartó la escudilla—. Acabad de comer.

En los bigotes de Procopio había leche reseca y restos harinosos de pasta. A la espalda de Procopio la ciudad de Glucholazy se transformaba en un montón de rescoldos. Los moradores asesinados aullaban con distintas voces.

—¡Preparaos para la partida! ¡A Nysa, guerreros de Dios! ¡A Nysa!

Capítulo decimoctavo

En el que el jueves 18 de marzo del año 1428 o, como suele decirse en las crónicas: in crastino Sánete Gertrudis Anno Domini MCCCCXXVIII unos XIV mil aldeanos se zurraron la badana en la batalla de Nysa. Las pérdidas de los vencidos ascienden a circa M caídos. En cuanto a las pérdidas de los vencedores, los usos de los cronistas ordenan su omisión.

—¡Hus hereje! —escandían las primeras filas de los ejércitos del obispo formados en Mnisia Laka—. ¡Hus hereje! ¡Hu! ¡Hu! ¡Hu!

La noticia de que los taboritas se aproximaban a Nysa debía de haberle llegado al obispo de Wroclaw hacía ya tiempo, lo cual no tenía nada de extraño: lo difícil, más bien, habría sido maniobrar en secreto con un ejército integrado por más de siete mil hombres^[50] y cerca de doscientos carros, sobre todo si ese ejército se dedicaba a incendiar cuantas aldeas encontraba a su paso, con las tierras colindantes de propina, marcando a las claras su ruta a base de humo y resplandores. Así que el obispo Conrado había tenido suficiente tiempo para aprestar sus tropas. También había tenido suficiente tiempo el estarosta de Klodzko, don Puta de Czastolovice, para acudir en su ayuda. Tras reunir una fuerza de mil cien jinetes y casi seis mil soldados de infantería, provistos de una poderosa retaguardia integrada por pequeños burgueses armados, y contando además con las murallas de la ciudad, el obispo y don Puta decidieron afrontar la batalla en campo abierto. Cuando Procopio el Rasurado se presentó en Nysa, encontró en la zona de Mnisia Laka a los silesios armados, formados bajo sus enseñas y listos para el combate.

En cuanto los hetmans tuvieron todo dispuesto para la lucha —algo que

hicieron de prisa—, Procopio se puso a rezar. Rezaba con calma y en voz baja. Haciendo caso omiso a los improperios de los silesios.

—¡Hus hereje! ¡Hus hereje! ¡Hu! ¡Hu! ¡Hu!

—Señor —dijo, abriendo los brazos—. Señor de los Ejércitos, a ti recurrimos en nuestras plegarias. Sé nuestro escudo y nuestra protección, nuestra roca y nuestra fortaleza entre las amenazas de la guerra y el derramamiento de sangre. Sea tu bondad con nosotros, pecadores.

—¡Hijos del diablo! ¡Hijos del diablo! ¡Hu! ¡Hu! ¡Hu!

—Perdónanos nuestros pecados y nuestras deudas. Arma con tu poderío a nuestros soldados, acompáñalos en el combate, dales coraje y valor. Sé nuestro consuelo y nuestro amparo, danos la fuerza para poder derrotar al Anticristo, a nuestros enemigos, que también son tuyos.

Procopio se persignó, otros también hicieron la señal de la cruz: Jaroslav de Bucovina, Jan Bleh, Otík de Loza, Jan Tovacovsky. Con gestos más amplios, al estilo ortodoxo, se persignó el príncipe Fiodor Ostrogski, recién llegado de prender fuego a Mala Scinawa. Se persignaron Dobko Puchala y Jan Zmrzlík, que venían de incendiar Strzelecki y Krapkowice. Arrodillado al lado de la bombardera, Markolt se persignaba, se daba golpes de pecho y no cesaba de repetir: *Mea culpa*.

—Dios de los cielos. —Procopio alzó los ojos—. Tú que domeñas el mar soberbio. Tú que amansas sus crecidas olas. Tú que pisoteaste a Rahab como si fuera carroña, que dispersaste a los enemigos con tu brazo poderoso. Haz que también hoy, en estos campos, salga derrotada la fuerza hostil. Al combate, hermanos. Atacad en el nombre de Dios.

—¡Adelante! —gritó Jan Bleh de Tesnice, haciendo bailar a su caballo al frente de las tropas—. ¡Adelante, hermanos!

—¡Adelante, guerreros de Dios! —Zikmund de Vranov blandió su maza de armas, haciendo una señal para que la custodia se alzara por delante de la avanzadilla—. ¡Al ataque!

—¡Al ataqueeee! —repetían los centuriones por toda la línea—. ¡Al ataqueeee! Al ataqueeee... Al ataqueeee...

La masa de la infantería taborita se estremeció, crujieron las armas y las armaduras como las escamas de un dragón. Y como un gigantesco dragón comenzó su avance. Integrada por cuatro mil soldados, con mil quinientos

pasos de anchura en la parte frontal y doscientos cincuenta de fondo, la formación iba derecha contra el ejército silesio congregado en Nysa. Mezclados entre las filas traqueteaban los carros.

Reynevan, quien, siguiendo el ejemplo de Scharley, se había encaramado en un peral en una linde para tener mejores vistas, no conseguía, por más que lo intentaba, localizar al obispo Conrado entre los silesios. Sólo veía la enseña roja y dorada del obispo. Reconoció el pabellón de Puta de Czastolovice y al propio Puta, trotando delante de las líneas de caballeros y evitando que cargaran caóticamente. Vio a un nutrido destacamento de sanjuanistas, entre los cuales tenía que encontrarse Ruprecht, duque de Lubin, pues no en vano era el prior de la orden. Identificó las figuras y colores de Ludwig, duque de Olawa y de Niemcza. Descubrió —y le rechinaron los dientes— el estandarte de Juan de Ziebice, con un águila partida, mitad de ella de sable y mitad de gules.

Los taboritas avanzaban, marchaban con paso regular y acompasado. Chirriaban los ejes de los carros. Protegida por los largos pavesees, con las armas en alto, la línea de infantería campesina silesia no vacilaba, el mercenario que la comandaba, un caballero de armadura completa, galopaba a lo largo de la formación, desgañitándose.

—Aguantan... —le comentó a Procopio Blazej de Kralupy, el nerviosismo aleteaba en su voz—. Esperan a que estemos a tiro... La caballería no va a precipitarse...

—Ten fe en Dios —replicó Procopio, sin desviar la mirada del campo—. Ten fe en Dios, hermano.

Los taboritas avanzaban. Todos vieron adelantarse a Jan Bleh, ponerse al frente de la formación. Fue como si diera una señal. Todos sabían qué clase de orden estaba impartiendo. Sobre la compañía en marcha se elevó una canción. La coral de los guerreros.

*Ktoz jsú bozí bojovnicí
a zákona jeho!
Prostez od Boha pomoci
a doufejte v neho!*

La línea de los silesios se estremeció visiblemente, los escudos titubearon, picas y alabardas vacilaron. El mercenario —Reynevan ya había reconocido la cabeza de carnero de su escudo, sabía que era Haugwitz— vociferaba, daba órdenes. La canción retumbaba, con un estruendo ensordecedor rodaba sobre el campo de batalla.

*Kristus vám za skody stojí
stokrát víc slibuje!
Pakli kdo pron život složí,
vecny mit bude.*

*Tent Pán velí se nebáti
záhubcu telesnych!
Velít i život složiti
pro lásku svych blizních!*

Tras los paveses de los silesios asomaron ballestas y cañones de mano. Haugwitz berreaba hasta perder la voz, exigía que no disparasen, ordenaba aguantar. Fue un error.

Cuando se había acercado a trescientos pasos, desde los carros husitas dispararon una culebrina, una granizada de proyectiles repiqueteó contra los paveses. A los pocos segundos una espesa nube de saetas voló silbando hacia los silesios. Caían los muertos, aullaban los heridos, la línea de escudos se tambaleó, la infantería de Silesia respondió con fuego, pero resultó impotente y errado. A los tiradores les temblaba el pulso. Y es que a una orden de Bleh la avanzadilla taborita apretó el paso. Y luego echaron todos a correr. Con un grito salvaje en los labios.

—No los alcanzan... —en la voz de Blazej de Kralupy sonó primero una nota de recelo, después de esperanza. Y después de certeza—. ¡No los alcanzan! ¡Dios está con nosotros!

Aunque parecía increíble, la formación silesia se desmoronó súbitamente como si se la hubiera llevado el viento. Arrojando paveses y picas, la infantería campesina, como un solo hombre, puso pies en polvorosa. A Haugwitz, que hacía todo lo que podía para contenerlos, lo derribaron junto

con su caballo. En pleno desconcierto, soltando sus armas, cubriéndose la cabeza con las manos mientras corrían despavoridos, los mozos silesios huyeron hacia el arrabal y los matorrales de la ribera.

—¡Atacad! —gritaba Jan Bleh—. ¡Duro con ellos! ¡Golpeadlos!

En Mnisia Laka resonaron los cuernos. Viendo llegado el momento, Puta de Czastolovice llamaba a la caballería. Con las lanzas inclinadas, mil cien jinetes acorazados se lanzaron a la carga. La tierra se puso a temblar.

Bleh y Zikmund de Vranov no tardaron en darse cuenta de la gravedad de la situación. A una orden suya la infantería taborita cerró filas con la rapidez de un rayo, apretándose como un erizo protegido por los paveses. Colocaron los carros de costado, por detrás de los adrales bajados asomaron las fauces de los arcabuces.

El torrente de hierro de la caballería silesia se reorientó con destreza, dividiéndose en tres grupos. El central, bajo la enseña del obispo, con el propio Puta al frente, tenía que funcionar como una cuña, descoyuntando y desmembrando la formación taborita, los otros dos debían cerrarse sobre ella como unas tenazas: los sanjuanistas de Ruprecht por la derecha, los duques de Ziebice y Olawa por la izquierda.

Los jinetes lanzaron su grito de guerra y avanzaron al galope, haciendo temblar la tierra. Los taboritas, aunque veían con terror cómo se iban acercando las celadas y las frontaleras de hierro de los caballos, respondieron con un grito arrogante, surgieron inclinados por detrás de los escudos centenares de gujas, *ahlspiess*, rogatinas, biellos y bisarmas, se alzaron cientos de alabardas, mayales y mazas de armas. Volaban los virotes como una granizada, zumbaban cañones de mano y culebrinas, estallaban y escupían metralla los arcabuces. Una salva mortífera sembró la confusión entre los sanjuanistas de Ruprecht, frenó la carga de los de Ziebice y Olawa hiriendo y espantando a los caballos. Pero los mercenarios al servicio del obispo y los señores de hierro de Puta de Czastolovice no se dejaron amedrentar, con estruendo y con ímpetu se abalanzaron sobre la infantería checa. Golpeó el hierro contra el hierro. Los caballos chillaban. Los hombres gritaban y aullaban.

—¡Ahora! ¡Adelante! —indicaba Procopio el Rasurado con su maza—. ¡Ataca, hermano Jaroslav!

Le respondió el rugido de cientos de gargantas. Desde el ala izquierda irrumpió el destacamento montado de Jaroslav de Bucovina y Otík de Loza, desde el ala derecha acometieron los moravos de Tovacovsky, los polacos de Puchala y la mesnada de Fedko Ostrogski. Tras ellos, entró corriendo en el campo de batalla la retaguardia de infantería: los de Slany con sus temidos mayales.

—¡A elloos!

Les dieron caza. Sobre el gruñido de los caballos y el alarido de los hombres se alzó, sonoro y sostenido, el estruendo de las armas golpeando las armaduras.

La carga de Otík de Loza la intentaban detener los sanjuanistas, los de Nymburk los arrollaron al primer asalto, en un abrir y cerrar de ojos las túnicas con las blancas cruces cubrieron la tierra empapada de sangre. Los de Ziebice exhibían su coraje, no sólo no cedían ante el empuje, sino que hacían retroceder a los lanceros de Jaroslav de Bucovina. Los caballeros y los armiguers de Olawa también habían contenido eficazmente el ímpetu atacante de Dobko Puchala y de Tovacovsky, pero no podían con las acometidas de las espadas polacas y moravas que les caían encima, empezaban a titubear. Y cuando vieron cómo Puchala, de un terrorífico hachazo, decapitaba a Typrand de Reno, capitán de los mercenarios, acabaron de desmoronarse. También flaqueó, y saltó en pedazos como un vidrio, todo el flanco izquierdo. Puta de Czastolovice se dio cuenta. Aun enredado en la pelea con la infantería, aun salpicado de sangre hasta el bacinete, Puta lo observó en un instante y comprendió el peligro. Y, cuando alzado en los estribos vio que la caballería de Jaroslav de Bucovina le rodeaba por la derecha, cuando contempló a los jinetes acorazados de Otík de Loza abriéndose paso hacia él y a la horda de aldeanos con mayal que acudían prestos en su ayuda, comprendió que había perdido. Gritando sus órdenes con la voz cascada, se dio la vuelta. Para contemplar cómo los mercenarios del obispo se daban a la fuga, cómo abandonaba el campo de batalla el mariscal Lorenz von Rohrau, cómo huía Hyncze von Borschnitz, cómo escapaba Nicolás Zedlitz, burgrave de Otmuchów. Cómo se desbandaba la caballería de Ziebice. Cómo, ante el empuje de moravos y polacos, daban media vuelta las fuerzas de Olawa, diezmadas. Cómo sucumbía el comendador Dytmar de

Alzey, cómo al verlo salían a escape los sanjuanistas que seguían vivos, cómo les pisaban los talones, tajando sin piedad, los jinetes de Otík de Loza. Cómo caía del caballo, enganchado en el garfio de una bisarma, el joven escudero Johann Tschetterwang, hijo de un patricio de Klodzko. Un patricio a quien el propio Puta de Czastolovice, estarosta de Klodzko, había prometido cuidar de su único hijo.

—¡A mí! —gritó—. ¡A mí, Klodzko!

Pero una cosa son los gritos, y otra las reglas de la batalla y la guerra. Mientras que, atendiendo su llamamiento, la caballería de Klodzko y los restos de las fuerzas mercenarias intentaban desesperadamente resistir a los husitas, Puta de Czastolovice volvía grupas y escapaba. No había más remedio, así tenía que ser. Había que salvar Nysa, sede episcopal, que estaba fuertemente pertrechada y capacitada para defenderse. Había que salvar Silesia. La tierra de Klodzko.

Y el propio pellejo.

Muy cerca ya del foso, de las murallas de la ciudad y de la Puerta de Portazgo, el caballo de don Puta, forzado a galopar sin compasión, pisoteaba la enseña del obispo, abandonada y hundida en el barro primaveral. Águilas de sable y flores de lis de gules.

De este modo —con una victoria demoledora, un nuevo triunfo de Procopio el Grande— concluyó la batalla de Nysa, la cual se produjo en Mnisia Laka y sus alrededores el día siguiente de Santa Gertrudis del año del Señor de 1428.

Después pasó lo de siempre. Ebrias de victoria, las masas husitas se dedicaron a rematar a los heridos y a despojar a los muertos. El número de éstos ascendía a un millar, pero aquella misma tarde Reynevan ya pudo oír una cantilena donde la cifra se elevaba a tres mil^[51]. Al anochecer la cantilena había incorporado dos nuevas estrofas, y el número de muertos otros dos mil.

Ahora era el turno de los triunfantes bohemios de proferir a los pies de las murallas de Nysa toda suerte de mofas, befas y amenazas, y diversas

blasfemias referentes al papa, mientras los defensores no tenían más remedio que aguantar, calladitos como muertos. Los husitas incendiaron el arrabal, sin respetar un triste chamizo, pero la ciudad no la atacaron. Procopio se conformó con unas cuantas descargas de bombardas, tampoco demasiado intensas, y el predicador Markolt organizó al pie de las murallas una manifestación vespertina con teas y cabezas de caídos ensartadas en picas.

Al día siguiente, antes de que hubieran acabado de cargar el botín en los carros, el Vogelsang —en la persona de Drosselbart, huido de la ciudad— se presentó ante Horn y Reynevan. Inmediatamente le condujeron ante Procopio. Nysa, informó Drosselbart, está bien preparada para resistir, don Puta domina la situación, mantiene la disciplina con mano de hierro, sofoca en germen cualquier muestra de pánico y derrotismo. Cuenta con fuerzas y medios suficientes para defender larga y eficazmente la plaza en caso de asedio, y eso a pesar de la huida del obispo y los duques.

—Mientras vosotros os dedicabais a desfilar con las cabezas de los cadáveres en las picas —hizo saber, con notable insolencia, el flacucho—, el obispo escapaba por la Puerta de Wroclaw. También se han dado el piro los duques: Ruprecht y Ludwig de Olawa y Juan de Ziebice.

Procopio el Rasurado no hizo ningún comentario, se limitó a mirar inquisitivo. Drosselbart le entendió sin necesidad de palabras.

—De Ruprecht —informó— os podéis olvidar por el momento, ése no va a parar hasta Chojnów, no va a haceros frente. Si queréis conocer mi opinión, en cualquier momento saldrá corriendo también ese tío suyo, Ludwig de Brzeg. Ludwig, como seguramente advertiríais, no intervino en la batalla, ni siquiera se movió de Brzeg, por más que al obispo se lo llevaran los diablos. Cuenta con una fuerza nada desdeñable, algo así como un centenar de lanzas de caballería. Pero elude el combate. O tiene canguelo o... Circulan por ahí ciertos rumores... ¿Se puede hablar?

—Te escucho. —Procopio, pensativo, se entretenía con la punta del bigote—. Te escucho atentamente.

—La mujer de Ludwig de Brzeg es, como ya sabéis, Elisabeth, hija del elector de Brandeburgo, Federico. El elector se entiende con el rey de Polonia, Jagiello, quiere casar a su hijo con la hija del rey. Sabe que el rey polaco, en el fondo de su corazón, simpatiza con los bohemios, por

consiguiente, para no enojarle y no echar a perder el posible matrimonio con la polaca, trata de influir a través de su hija en el duque Ludwig para que éste se abstenga de...

—Suficiente. —Procopio se dejó el bigote en paz—. Todo eso son tonterías, no vale la pena perder el tiempo en esas cosas. Pero atizad estos rumores, atizadlos. Que circulen. ¿Qué contáis de Juan de Ziebice? ¿Y del joven duque de Olawa?

—Antes de abandonar Nysa, hubo un altercado. Entre ellos dos y Puta de Czastolovice. No es ningún secreto el motivo. Los dos pretenden salvar sus ducados. En pocas palabras: quieren pactar. Pagar un rescate.

—A quienes pactan con nosotros —dijo despacio Procopio— el Luxemburgo les amenaza con quitarles la vida, el honor y las posesiones. A este paquete, la Iglesia le añade el anatema. ¿Lo habrán olvidado? ¿O se toman las amenazas a chufra?

—El Luxemburgo está lejos. —Drosselbart se encogió de hombros—. Muy lejos. Demasiado lejos para tratarse de un rey. Un rey tiene el deber de defender a sus súbditos. ¿Y qué hace Segismundo? Estarse en Buda quietecito. En la discusión con Puta los duques recurrieron a este argumento en más de una ocasión.

—¿Qué pensáis de todo esto? —Procopio alzó la cabeza—. ¿Horn? ¿Reynevan?

—¡Qué Juan de Ziebice es un traidor! —estalló Reynevan precipitadamente—. ¡Un canalla y un embustero! Ha huido de Nysa, traicionando y dejando en la estacada a don Puta, su futuro suegro. Traiciona ahora al Luxemburgo, quiere entenderse con nosotros, porque eso es lo que le conviene en este momento. ¡Mañana, si le conviene, nos traicionará a nosotros!

Procopio lo miró largamente.

—Admitamos —dijo por fin— que Juan de Ziebice y Ludwig de Olawa están indecisos, que tienen sus dudas, que no saben cómo dirigirse a nosotros. Vamos a facilitarles las cosas dando nosotros el primer paso. Si de verdad quieren llegar a un acuerdo, no dejarán pasar la ocasión. Vais a ir a Ziebice y a Olawa, a hacer una oferta. Si pagan para evitar los incendios y se abstienen de acciones armadas, respetaré sus ducados. Si no pagan o si rompen el

acuerdo, entonces van a pasarse cien años arrastrándose entre las ruinas y los cascotes. Partid de inmediato. Vosotros dos. Horn y el hermano Drosselbart.

—¿Y yo? —preguntó Reynevan—. ¿Yo no?

—Tú no —respondió tranquilamente Procopio—. Tú te lo tomas todo demasiado a pecho. Me huelo que tienes algún interés privado en todo esto, que actúas movido por la rabia, por un afán personal de venganza. Nosotros en esta campaña perseguimos metas e ideales sublimes. Traemos la auténtica palabra de Dios. Quemamos iglesias en las que no se venera a Dios, sino al Anticristo romano. Castigamos a los prelados vendidos a Roma, que oprimen y tiranizan al pueblo. Castigamos a los alemanes sedientos de sangre esclava. Pero, aparte de las ideas elevadas, también nos animan otros intereses. La cosecha ha sido ruinosa, y además empezamos a sentir los efectos del bloqueo. Una fanega de centeno cuesta en Praga cuatro grosches, Reinmar. ¡Cuatro grosches! El hambre amenaza a los checos. Hemos venido a Silesia por el botín y la rapiña. Para sacar dinero. Si puedo tener ese dinero sin lucha y sin bajas, tanto mejor, mayor será el beneficio. Los pactos y los tratados, no lo olvides, son un medio tan bueno para conducir una guerra como las descargas de bombardas. ¿Comprendes?

—Comprendo.

—Estupendo. Pero, de todos modos, prefiero esperar a que lo tengas del todo claro. De momento, a Ziebice y Olawa irán Horn y Drosselbart. Sin ti. Tengo otra misión para ti.

Al día siguiente, el sábado anterior al domingo *Judica*, llamado «Blanco» en Silesia y «Mortal» en Bohemia, Procopio empezó a negociar con Puta de Czastolovice las condiciones relativas al rescate de los caballeros capturados durante la batalla. Entre tanto Jaroslav de Bucovina y Zikmund de Vranov incendiaron Otmuchów y Paczków, decorando el cielo con dos imponentes columnas de humo, visibles desde bien lejos. Otík de Loza, Zmrzlík y Tovacovsky tampoco se quedaban de brazos cruzados: prendieron fuego a Vidnava y tomaron el castillo de Javorník. No se quedó atrás Puchala, que fue quemando diligente y metódicamente las aldeas y granjas del obispo.

Pero Procopio encontró un momento para Reynevan. Se retiró de las negociaciones para despedirse de él. Y para darle las últimas instrucciones.

—Tu cometido tiene para la campaña un significado primordial. Ahora

que estamos a solas te diré: es sensiblemente más importante que la misión que llevan a cabo Horn y Drosselbart. Te lo digo, porque veo que sigues molesto por no haberte enviado con ellos. Te lo repito: vas a ocuparte de una tarea cien veces más importante. Y, no te lo oculto, cien veces más difícil.

—Cumpliré con mi misión, hermano Procopio —prometió Reynevan—. Por el Cáliz.

—Por el Cáliz —repitió con énfasis Procopio el Rasurado—. Está muy bien que así lo comprendas. Y que comprendas hasta qué punto estás ligado a la causa del Cáliz. Tanto es así que sólo unido a nosotros vengarás a tu hermano y los perjuicios que te han causado los papistas. Únicamente así, y no de ninguna otra manera, serás capaz de hacerlo. Tenlo en cuenta.

—Lo tendré en cuenta.

—Ve con Dios.

Partieron hacia el sur, en cinco caballos, Reynevan, Scharley, Sansón, Bisclavret y Rzehors. Sansón llevaba sujeto al arzón de la silla el *goedendag* flamenco. Scharley iba provisto de un arma de amenazante aspecto, llamada bracamarte, una especie de cimitarra encorvada y algo ensanchada cerca de la punta. Esa clase de arma, pese a su aspecto sarraceno, la forjaban por toda Europa y era especialmente popular en Italia. Era más ligera que una espada y bastante más manejable en la lucha, sobre todo cuerpo a cuerpo.

A la altura de Otmuchów, que había sido pasto de las llamas, cruzaron a la orilla izquierda del Nysa y se dirigieron hacia los montes Rychleby. Seguían la misma ruta que hacía unos cuantos días habían recorrido las fuerzas husitas: hasta donde alcanzaba la vista se advertían las huellas de su paso y las señales de la consecución de las metas e ideales sublimes que perseguían los taboritas. De las iglesias en las que se veneraba al Anticristo romano sólo quedaban las pavesas. Aquí y allá colgaba de una rama seca algún prelado vendido a Roma. Los cuervos, las cornejas, los lobos y los perros asilvestrados se alimentaban de cadáveres. Se suponía, en principio, que eran cadáveres de alemanes sedientos de sangre eslava y de enemigos del Cáliz, había que pensar que entre los asesinados no podía haber personas inocentes como corderillos. Eso era lo que había que pensar. Pero no lo

pensaba nadie.

Dejaron atrás la aldea de Javorník, propiedad del obispo, se dirigían hacia las montañas, hacia el paso de Krutvald. Y allí, en primavera, les cayó el invierno encima.

Empezó como si nada, el cielo se encapotó, sopló un viento algo más frío y penetrante, cayeron algunos copitos de nieve. Sin previo aviso, en un momento, aquellos escasos copos se transformaron en una densa ventisca blanca. La nieve, más pesada, cubrió el camino en un santiamén, vistió de blanco los abetos, rellenó las rodadas. Envolvía el rostro de los viajeros, se fundía en sus pestañas, les aguaba los ojos. A medida que ascendían el puerto, el tiempo empeoraba: las rachas de viento, soplando con furia, levantaban remolinos, ya no se veía nada más allá de las crines de los caballos blanqueadas por la nieve. Después de cegarlos, la ventisca empezó a jugar con los otros sentidos: habrían jurado que en medio de las ráfagas se oían risas salvajes, carcajadas, gritos, aullidos. Ninguno de los miembros del grupo era exageradamente supersticioso, pero todos empezaron de pronto a contraerse extrañamente y encorvarse en las sillas, y los caballos, dejados a su aire, llevaban un trote cada vez más vivo, aunque de vez en cuando bufaban inquietos.

Por fortuna, el camino les condujo hasta una hondonada, al abrigo, además, de un hayedo. Y después sintieron humo y divisaron una lucecilla.

Remaba en silencio. Con ese tiempo, ni a los perros les apetecía ladrar.

En la posada, aparte de cerveza, sólo servían arenques, berza y garbanzos sin sustancia: aún estaban en Cuaresma. Con todo, había tantos huéspedes que a Reynevan y compañía les costó encontrar sitio. Entre los clientes predominaban los mineros de Zloty Stok y Cukmantl, tampoco faltaban refugiados de guerra: de Paczków, de Vidnava, de Glucholazy incluso. La invasión husita era, naturalmente, el tema predominante en las conversaciones, muy por encima de la economía y hasta del sexo. Todo el mundo hablaba de los husitas. Rzehors no habría sido Rzehors si no hubiese

aprovechado la oportunidad.

—Escuchad bien lo que os digo —proclamó enfáticamente en cuanto tuvo ocasión—. En este mundo unos se dedican a su trabajo honesto y se ganan decentemente el pan de cada día. Pero otros se comen ese pan como bandidos y malhechores, pues no se lo han ganado con el sudor de su frente, sino que se lo quitan de la boca a los trabajadores. Y entre esos tales están los señores, los prelados, los curas, los monjes y las monjas, todos los que le chupan la sangre al pueblo como las sanguijuelas y que no actúan como nos enseña y ordena el Evangelio, sino que hacen justamente lo contrario. Así pues, todos ellos son contrarios a la ley de Dios y merecen un castigo. ¿Sabéis, hermanos, de qué modo salvaron hace poco sus casas y sus bienes los vecinos de Kietrz y Glubczyce? Pues tomando las riendas del asunto en sus manos y actuando por su propia iniciativa. Cuando los checos llegaron allí, se encontraron la iglesia y el castillo reducidos a cenizas, y al señor y al párroco colgando de una soga. Pensad en estas cosas, hermanos cristianos. ¡Pensad bien en ellas!

Los oyentes asentían con la cabeza, sí, sí, claro, es verdad, qué bien habla, los poderosos, los señores, nos tienen oprimidos, no nos dejan vivir, posadero, otra cerveza, y los curas y monjes son las peores sanguijuelas, que el diablo se los lleve, cerveza, cerveza, *mehr Bier*, y los tributos, *verfluchte Scheisse*, aunque puede que pronto dejen de oprimirnos, han llegado unos tiempos difíciles, las mujeres son unas descaradas, los jóvenes van como locos y no hacen caso a sus mayores, antes estas cosas no pasaban, más cerveza, *mehr Bier*, abrid un barrilete, posadero, estos arenques están salados, al diablo con ellos.

Inclinado sobre su escudilla, Scharley echaba pestes en silencio, Sansón cepillaba una estaca, soltando suspiros. Reynevan intentaba tragarse los garbanzos, así sin sustancia sabían a pienso para gallinas. Por debajo del techo renegrado de la posada flotaba el humo, se mecían las telarañas y bailaban las sombras ilusorias.

Pernoctaron en las caballerizas, de buena mañana emprendieron de nuevo el camino, en dirección a Ladek. Reynevan y Scharley no le perdonaron a

Rzehors el numerito de la víspera. Le cogieron aparte y le hicieron unas cuantas advertencias que tenían que ver, en lo esencial, con las reglas de la conspiración. Hasta Klodzko, le recordó Reynevan, el Vogelsang se dirige a una misión secreta de la mayor importancia. Algo que exige discreción y reserva. Si llamamos demasiado la atención la misión se puede ir al garete.

Rzehors al principio quiso sacar pecho, apeló a las órdenes que le había dado Procopio en persona. Había sido la propaganda difundida entre los campesinos, se jactaba, lo que había socavado el ánimo de la infantería del obispo en Nysa, y cosas así. Pero por fin accedió a guardar una mayor discreción. Mantuvo su promesa como una media milla: hasta la aldea de Radochów, situada a media milla de Ladek.

—¡Escuchad bien lo que os digo! —gritó, subido en un tonel, a los lugareños y refugiados allí congregados—. Andan contando los curas y los señores que vienen los checos a traernos la guerra. ¡Mienten! No es guerra lo que nos traen, sino ayuda fraterna, es la suya una misión de paz. En misión de paz vienen a Silesia los guerreros de Dios, porque la paz, la *pax Dei*, es para los buenos bohemios la cosa más sagrada. Pero, para que reine la paz, es necesario derrotar a los enemigos de la paz, ¡si fuera preciso, recurriendo a las armas y a la violencia! No es el pueblo silesio, pueblo hermano de los checos, el enemigo, sino el obispo de Wroclaw, canalla, opresor y tirano. El obispo de Wroclaw actúa *de consuno* con el diablo, se dedica a emponzoñar los pozos, él planeó extender una peste por Silesia, causando gran mortandad entre las gentes. ¡Os digo, pues, que los checos sólo actúan en contra del obispo, en contra de los curas, en contra de los alemanes! ¡La gente sencilla no tiene nada que temer de los checos!

Cuando la multitud se hizo más numerosa, también Bisclavret tuvo ocasión de lucirse. Leyó a los reunidos una carta de Jesucristo, caída del cielo en un campo a las afueras de Opava.

—¡Ay de vosotros, inicuos pecadores! —leyó con emoción—. Vuestro fin se aproxima. Yo soy paciente, mas si no rompéis con Roma, con esa bestia de Babilonia, habré de maldeciros, en unión de mi Padre y de los ángeles míos, por los siglos de los siglos. Contra vosotros mandaré el pedrisco, el fuego, los rayos y las tempestades, para hacer perecer vuestras obras, destruiré vuestros viñedos y todas vuestras ovejas os las arrebataré.

Seréis castigados con un aire inficionado, y una gran escasez caerá sobre vosotros. Entonces os reprenderé y prohibiré pagar el diezmo a los indignos papistas, a los presbítes y obispos, a los siervos del Anticristo, y prohibiré escuchar sus palabras. Y quien lo incumpla no llegará a ver la vida eterna, y en su casa nacerán criaturas ciegas, sordas y sarnosas...

Los oyentes se persignaban con los rostros contraídos por el espanto. Scharley maldijo entre dientes. Sansón callaba tranquilamente y se hacía el bobo. Reynevan suspiró, pero ya no le apetecía tomar ninguna medida y no dijo nada.

El valle del Biala los llevaba directamente a la depresión de Klodzko, hicieron un alto en la colonia de Zelazno. La abundancia de fondas y posadas no resultaba extraña: estaban viajando por una ruta comercial, frecuentada especialmente por mercaderes deseosos de evitar, en su camino a Bohemia, los peajes y la aduana de Klodzko. Debido a la considerable altitud del puerto de Krutvald, la vía resultaba demasiado penosa para los carros más cargados, pero los mercaderes que viajaban más ligeros a menudo escogían esta ruta. El grupo la había elegido por otras razones.

En la posada de Zelazno, aparte de mercaderes, viajeros y refugiados de guerra, muy habituales últimamente, se había detenido un grupo de clérigos vagantes, juglares y alegres escolares, que armaban gran estruendo y alboroto. Rzehors y Bisclavret no se iban a quedar con las ganas, claro está. La tentación era muy fuerte. Tras contar decenas de chistes verdes sobre el papa, el obispo de Wroclaw y el clero en general, empezó la juerga a base de adivinanzas políticas.

—¿La curia romana apacienta sus ovejas? —preguntó Rzehors.

—¡Porque a ellos les esquilan la lana! —respondieron a coro los vagantes, golpeando con las jarras en la mesa.

—¡Y ahora atentos! —anunció Bisclavret—. ¡Va de la jerarquía romana! A ver quién acierta. *Virtus, ecclesia, clerus, diabolus! Cessat, calcatur, errat, regnat!*

—¡La virtud perece! —los escolares rápidamente asociaron cada palabra con su pareja—. ¡La Iglesia oprime! ¡El clero yerra! ¡El diablo reina!

El posadero meneó la cabeza, algunos mercaderes les dieron ostentosamente la espalda. Evidentemente, las chanzas de los vagantes tampoco eran del gusto de los cinco viajeros de ropas pardas que ocupaban la mesa de al lado. Sobre todo de uno de ellos, un tipo con la tez muy morena, como un gitano.

—¡Más bajo! —exigió finalmente el moreno—. ¡Más bajo, que no estáis solos en la fonda! ¡Con este barullo no hay quien se entienda!

—¡Caramba! —replicaron a gritos los vagantes—. ¡Lo que hay que ver! ¡Un paleta con ganas de disputa! ¡Quién lo hubiera dicho!

—¡Qué os calléis, he dicho! —El moreno no se rendía—. ¡Menos cachondeo!

Los vagantes lo acallaron con silbidos y pedorretas. Pero a partir de ahí se divirtieron con más moderación, o por lo menos en un tono algo más bajo. Tal vez fuera por eso por lo que pasó lo que pasó. El oído de Reynevan dejó de estar embotado y ahogado por las risas y los chistes malos de papas, antipapas, obispos y abadesas, y pudo empezar a prestar atención a otras voces y ecos. Ni él mismo sabría decir en qué momento, entre el jaleo y el caos, alcanzó a escuchar, precisamente, algunos retazos de la conversación de aquellos viajeros vestidos de pardo. Algo captó en su charla que atrajo su interés: alguna palabra, alguna construcción, alguna frase. ¿Tal vez un nombre? Sin saber por qué, Reynevan mojó un dedo en la cerveza y dibujó en el tablero de la mesa el signo Supirre, empleado para escuchar a hurtadillas. Mientras se percataba de la sorprendida mirada de Sansón, Reynevan repitió la señal con un dedo seco, saliéndose adrede de la línea, ensanchándola. Al punto empezó a oír con toda claridad.

—¿Se puede saber —preguntó suavemente Sansón, que había dejado de cepillar la estaca— qué te propones?

—No me distraigas, por favor. —Reynevan se concentró—. Supirre, *spe, vero. Aures quia audiunt. Supirre, spe, vero.*

Ya podía oír todo lo que dijeran hasta que cesara el conjuro.

—Que reviente si miento —decía el de la tez morena—. Tal cuerpo saleroso no viera yo en hembra alguna, nunca. Tetas tenía que ni las de Santa Cecilia en las imágenes de la iglesia, y bien duras, cual de mármol. Si hasta tumbada boca arriba las tenía tiasas. No me pasma que el duque Juan se

quedara alelado con esa francesa.

—Mas después sentó la cabeza —dijo otro riéndose—. Y se la quitó de encima, mandó que la encerraran en una mazmorra.

—Que Dios se lo pague —dijo el Moreno, estallando en una carcajada—. De no ser así, no habríamos podido usar de ella. Y fue tal uso que no veas... Cada noche en los calabozos ziebicenses nos arrimábamos unos compadres... Y cada noche, en comandita... Defendía, vaya que sí, tal que perra rabiosa, más de una vez nos puso la jeta perdida de arañazos, cual gata... Mas por esto y más regocijo habíamos.

—¿Y no os inquietaba? ¿De que os embrujara? Rondan jácaras que la borgoñona bruja era, que con el diablo mismo andaba en tratos. El propio abad de Kamieniec, a lo visto, había declarado...

—Pues sí —reconoció el Moreno—, no negaré que teníamos un poco de canguelo al principio. Mas podían más las ganas, je, je. ¿Y es que menudean ocasiones de joderse a una belleza a la que antes el serenísimo duque Juan de Ziebice tuviera enredá entre rasos? Aparte de eso, nos apaciguaron los propios guardias, diciéndonos que tres años llevaban tirándose a toda moza que fuera a parar a los calabozos, y mayormente llegaban allí acusadas de hechicería. Y jodíanlas ellos como les viniera la gana. Y a ninguno le había pasado nada. Demasiado se pondera con lo de los hechizos.

—¿Y el cura en la confesión?

—Y a mí qué me importa el cura. La verdad, cómo se nota que no la habéis visto, a Adela, digo. Si la hubierais visto, en pelota viva, se os habrían quitado todos esos miedos en un santiamén. Una de aquellas noches en que nosotros...

Lo que ocurrió una de aquellas noches los compañeros del Moreno nunca llegaron a saberlo. Reynevan actuó como en trance, prácticamente inconsciente. Se levantó como impulsado por un muelle, se acercó de un salto, tomando impulso le soltó un puñetazo al bocazas en toda la cara. Le aplastó la nariz, brotó la sangre. Reynevan se contoneó, volvió a golpear. El atacado aullaba de un modo tan terrible, tan desgarrador, que la posada permaneció en suspenso. La gente empezó a salir disparada hacia las puertas. Los compañeros del caminante se pusieron de pie de un salto, pero se quedaron como petrificados. Y cuando el Moreno, golpeado por tercera vez,

cayó desplomado al suelo, pusieron pies en polvorosa. Bisclavret y Rzehors empujaron hacia la salida a escolares y vagantes, Scharley contuvo al posadero, que había acudido corriendo. La moza de servicio empezó a gritar con un hilo de voz.

También gritaba el Moreno, tendido en el suelo. También con un hilo de voz, desesperadamente, en tono implorante. Se atragantó cuando Reynevan le pateó en la boca con toda el alma. Alzado del suelo, gorgoteó, escupió sangre y dientes, sacudió la cabeza, le centelleó el blanco de los ojos, se quedó desmadejado, fofo. Reynevan levantó la mano, pero el puño dejó de bastarle, era totalmente inadecuado. El mundo en torno suyo se volvió de una claridad cegadora, blanco, luminoso. Acorraló al viajero en una columna, cogió un cántaro de la mesa, el cántaro se hizo añicos al primer envite, tanteando, encontró un grueso bastón en una silla, descargó sobre su víctima, apoyada en la columna, un golpe en el brazo, por encima del codo. Se lo hizo trizas. El Moreno aullaba como un perro. Reynevan le asestó un nuevo golpe, con todas sus fuerzas, en el otro brazo. Después en una pierna. Mientras se desmoronaba le sacudió en la cabeza, una vez tendido en el suelo le pateó en el vientre, con la otra pierna apuntó mejor y le acertó en el bajo vientre. El Moreno ya ni siquiera gritaba, se limitaba a tiritar convulsivamente, temblaba como presa de la fiebre. Reynevan también temblaba. Arrojó el bastón, se arrodilló sobre el caído, lo cogió del pelo, empezó a machacarle la nuca contra las tablas del suelo. Notaba cómo crujían y cedían los huesos del cráneo. Como la cáscara de un huevo. Alguien le sujetó, tiró de él con fuerza. Sansón.

—Basta —le decía el gigante, rodeándole en un fuerte abrazo—. Basta, basta, basta. ¡Reacciona!

—Si éste es el ejemplo que hay que seguir —gargajeó Rzehors— de conspiración y discreción, os lo agradezco cordialmente.

—Tenemos una misión —añadió Bisclavret—. Ahora van a perseguirnos. ¡Reynevan! ¿Qué mosca te ha picado? ¿Por qué le has...?

—Sin duda había un motivo —le cortó Scharley.

—Ajá —adivinó Rzehors—. Ya entiendo. Adela Sterz. ¡Reynevan! Pero si habías prometido...

—Cierra el pico.

Alrededor de la cabeza del caído se formó un gran charco, brillante y negro a la luz de las antorchas. Scharley se arrodilló a su lado, lo agarró de las sienes, apretó con fuerza, le torció la cabeza con un movimiento enérgico y violento. Se oyó un chasquido, el tipo se quedó rígido. Y cayó inerte. Reynevan seguía viéndolo todo en tonos fosforescentes, de una blancura deslumbrante. Oía como a través del agua. Le flaqueaban las piernas: de no haberle sujetado Sansón, se habría desmoronado. Scharley se levantó.

—Bueno, Reynevan —le habló fríamente—. Ya ha habido en tu vida más de un momento decisivo. Pero aún te queda mucho que aprender. Me refiero sobre todo a la técnica.

—Hay que largarse de aquí —dijo Bisclavret—. Deprisa.

—Tienes razón —dijo Sansón.

No decían ni palabra. Huían en silencio, al galope, siguiendo el curso del Biala, hacia la depresión de Klodzko. Sin darse ni cuenta, se encontraron de pronto en una encrucijada en el camino que discurría por la margen derecha del Nysa. Por ese camino, desde el sur, avanzaba una masa de refugiados. Avanzaban aterrados. Presa del pánico.

Se confundieron con la multitud. Nadie se fijó en ellos. Nadie se interesó por ellos. Nadie los acosó. A nadie le importaba un delito común, un asesinato corriente y moliente, una víctima corriente y moliente, un autor corriente y moliente. Había asuntos más importantes. Mucho más importantes. Mucho más inquietantes. Que vibraban en las voces temblorosas de aquella gente que venía huyendo del sur.

Boboszów incendiado. Lewin incendiado. Los castillos de Homole y Szczerba sitiados. Miedzylesie en llamas. Por el valle del Nysa, quemando y asesinando en masa, avanzan los invasores. El poderoso ejército, formado por varios millares de hombres, de los herejes husitas. De los célebres Huérfanos, dirigidos por el célebre Jan Královec.

Casi medio siglo más tarde, removiéndose en el duro escabel, un viejo monje, cronista del monasterio de los agustinos de Zagan, mientras corregía y

completaba un pergamino en el escritorio, mojó la pluma en la tinta.

In medio quadragesime Anno Domini MCCCCXXVIII traxerunt capitanei de secta Orphanorum Johannes dictus Kralowycz, Procopius Paruus dictus Prokupko et Johannes dictus Coida de Zampach in Slesiam cum CC equites et IV milia peditum et cum CL curribus et versus dvitatem Cladzcoprocesserunt. Dvitem dictam Mezilezi et dvitatem didam Landek concremaverunt et plures villas et opida in eodem districtu destruxerunt et per voraginem ignis magnum nocumentum fecerunt^[52]...

El monje levantó la cabeza, notó aterrado que olía a chamusquina. Pero sólo estaban quemando malas hierbas en el huerto del monasterio.

Capítulo decimonoveno

En el que Reynevan intenta ayudar en la conquista de la ciudad de Klodzko, con perseverancia y empeño, recurriendo a las más variadas tretas o, como escribe medio siglo más tarde el cronista, per diversis modis.

De buena mañana divisaron el panorama de Klodzko: una masa de tejados rojos y doradas techumbres de paja que, apretujados contra la ladera de la colina, bajaban por la cuesta hasta el fondo, hasta las aguas del Mlynówka que bañaban el monte. La ladera, reflejada en la corriente del Nysa, muy remansado aquí, estaba coronada por la loma del Castillo, que dominaba la ciudad con sus torres.

El camino seguía bloqueado por los vehículos de los refugiados, con sus enseres malolientes y sus críos malolientes. A medida que se aproximaban a la ciudad, el número de carros iba en aumento, el barullo crecía, los críos parecían multiplicarse por generación espontánea y el hedor se volvía insoportable.

—Delante de nosotros está el antiguo Mercado de Caballos —señaló Rzehors—. Y el arrabal de la Dehesa. Enseguida vais a ver el puente sobre el Jodlownik.

El Jodlownik resultó ser un arroyo de rápida corriente, y el puente estaba completamente atascado. Reynevan y compañía no esperaron a que quedase libre el paso: siguiendo el ejemplo de otros jinetes, metieron en el agua sus monturas, vadearon el arroyo sin mayores problemas. A partir de ahí, a ambos lados del camino lo que había eran cabañas, cuchitriles, cobertizos, gente afanada en sus tareas cotidianas que lo más que dedicaba a quienes iban de camino era una mirada distraída. Por un tiempo avanzaron a buen paso,

pero no tardó en detenerlos un nuevo atasco. En este caso no había forma de rodearlo.

—El puente sobre el Nysa —dijo Bisclavret, poniéndose de pie en los estribos—. Está taponado. No hay nada que hacer. Nos toca esperar.

Esperaron. La fila se movía despacio, a un ritmo que permitía disfrutar del paisaje.

—Mecachis —musitó Rzehors—. Noto muchos cambios. Han reparado las murallas y torres, en las orillas del Mlynówka han cavado trincheras, los tablones y las empalizadas están nuevitos... No ha perdido el tiempo don Puta. Se ve que ya se lo olía...

—Algo aprendió —replicó Scharley— del *raid* de Ambrós de hace tres años. Pero ¿habéis visto eso?

Unos carros de los que estaban descargando víveres, piedras y haces de flechas empeoraban el atasco.

—Se preparan para la defensa... ¿Y ahí qué pasa? ¿Están demoliendo unos edificios?

—Es el convento de los franciscanos —aclaró Bisclavret—. Actúan con muy buen criterio al demolerlo, En caso de sitio, podría hacer las veces de torre de asedio, y para colmo amurallada. La distancia más eficaz para una bombardera son cuatrocientos pasos, los proyectiles lanzados desde los muros del convento habrían caído en el centro de la ciudad, en pleno ayuntamiento. Hacen muy bien derribándolo.

—Por lo que veo en la demolición —comentó Scharley— los que colaboran con más denuedo son los propios franciscanos, están trabajando con un ardor envidiable, con verdadero entusiasmo. En verdad es un capricho del destino. Se cargan su propio convento y encima lo hacen con ganas.

—Ya os he dicho que están actuando con buen criterio. Pero los apretones en el puente... Qué diablos... ¿No estarán controlando a la gente?

—Como haya llegado —Rzehors miró a Reynevan, que seguía callado— ya la noticia...

—No ha llegado —le corto Scharley—. No ha podido llegar. No te dejes llevar por el pánico.

—No pienso hacerlo, no acostumbro —replicó Rzehors—. Y ahora, quedad con Dios. Yo no entro en la ciudad, os hará falta un contacto fuera de

las murallas. ¿Bisclavret? ¿Las contraseñas son las de siempre?

—Claro. Hasta la vista.

Rzehors arreó al caballo, se adentro entre la multitud, desapareció. Los demás fueron avanzando a paso de tortuga en dirección al puente de piedra. Reynevan callaba. Scharley se le acercó, le tocó con el estribo.

—Lo hecho, hecho está —dijo secamente—. No tiene vuelta de hoja. Te pasarás algunas noches sin dormir, mirando al techo, con remordimientos de conciencia. Pero por ahora domínate.

Reynevan se aclaró la voz, miró a Sansón. Sansón no volvió la vista. Reynevan sacudió la cabeza, en señal de asentimiento, a Scharley.

Sin una sonrisa.

En la entrada del puente había un pelotón de alabarderos y un grupo de monjes con hábitos negros y ceñidores de piel que los delataban como agustinos.

—¡Atención! —advirtieron los decuriones—. ¡Atención, gentes! La ciudad se apresta para la defensa, así pues, el acceso al puente queda limitado a quienes sepan manejar un arma y estén capacitados para el combate. ¡Sólo a quienes sepan manejar un arma!

»Aquéllos que no estén familiarizados con las armas pero sí estén en condiciones de trabajar, pueden ir a colaborar en la demolición del convento y a levantar la empalizada. Las familias de éstos podrán permanecer en Klodzko. Los demás tienen que seguir hasta el barrio de Rybaki, donde los hermanos franciscanos les darán de comer y atenderán a los enfermos. Desde allí, una vez que hayan descansado, deberán proseguir hacia Bardo, antes de la medianoche. Repito, Klodzko se prepara para el asedio, ¡sólo disponen de acceso quienes sepan manejar un arma! Que éstos acudan a la plaza sin demora, para ponerse a disposición de los maestros de los gremios...

La multitud murmuraba y se agitaba, pero los alabarderos se mostraban inflexibles. Enseguida se consumó el reparto: mientras unos accedían al puente, el resto —algunos echando pestes— continuó por la carretera de Wroclaw, que discurría entre la orilla dei Nysa y las cabañas del arrabal.

Ya no había tantas apreturas.

—¡Atención! ¡La ciudad se prepara para la defensa! ¡Acceso limitado a quienes sepan manejar un arma!

En la entrada del puente se originó un tumulto. Algunas personas discutían entre sí, se oyeron voces destempladas. Reynevan se puso de pie sobre los estribos. Tres clérigos con hábitos de viaje discutían con un centurión que llevaba un escudo blanco y plata en la túnica. Un agustino alto de nariz aguileña y cejas muy pobladas se acercó a los que discutían.

—¿No será su reverencia el padre Fessler? —le identificó—. ¿De la parroquia de Waltersdorf? ¿Qué os ha traído a Klodzko?

—Como broma no está mal, lo reconozco —respondió el cura, arrugando la frente en exceso—. Como si no supierais lo que me trae por aquí. Pero no vamos a discutir aquí, delante de toda esta chusma. ¡Haz que se aparten esos soldados, frater! Podéis impedir el paso a unos vagabundos, no a mí. Llevo toda la santa noche viajando, necesito reposar antes de seguir mi camino.

—¿Y adónde —pregunto con calma el agustino— os lleva vuestro camino, si se me permite preguntar?

—¡No te hagas el tonto! —El párroco seguía completamente fuera de sí—. Vienen hacia aquí esos husitas diabólicos, con una fuerza colosal, incendian, saquean, asesinan. Yo le tengo aprecio a mi pellejo. Pienso seguir huyendo hasta Wroclaw, es posible que no lleguen hasta allí. Os aconsejo que hagáis lo mismo.

—Os agradezco el consejo. —El agustino inclinó la cabeza—. Pero aquí, en Nysa, me retienen mis obligaciones. Contando con don Puta, defenderemos la ciudad. Y lograremos salvarla con la ayuda de Dios.

—Puede que la salvéis y puede que no —le interrumpió el párroco—. Pero eso es asunto vuestro. Hazte a un lado.

—Salvaremos Klodzko. —Al monje ni se le pasó por la cabeza la posibilidad de apartarse—. Con ayuda de Dios y de la buena gente. Toda ayuda es bienvenida. Tampoco menospreciamos la tuya, Fessler. Has abandonado a tus feligreses en la adversidad. Tienes la ocasión de expiar tu pecado.

—Pero ¿de qué pecado me estás hablando? —estalló el sacerdote—. ¿De qué expiación? ¡Apártate de mi camino! Y mide tus palabras, ¡ofendiéndome a mí, ofendes a la Iglesia! ¿Qué es lo que te preocupa, pordiosero? ¿Qué me escape? ¡Pues sí, me escapo, porque es mi deber salvarme a mí mismo y salvar a la Iglesia! Los herejes avanzan, asesinan al clero, ¡yo salvo a la

Iglesia en mi propia persona! ¡Porque yo soy la Iglesia!

—No —le contradijo tranquilamente el agustino—. Tú no. La Iglesia son los creyentes y los fieles. Esos parroquianos tuyos que has abandonado en Waltersdorf, a pesar de que debías prestarles tu ayuda y tu amparo. O estos hombres de aquí, que se preparan para la defensa, en lugar de pensar en huir. Suelta, pues, tu hatillo, reverendo padre, agarra un zapapico y disponte a trabajar. Y sin rechistar, Fessler, sin rechistar. Yo soy un hombre humilde, pero el señor centurión, aquí presente, que Dios le perdone, no peca de humildad ni de una excesiva paciencia. Puede ordenar que te hagan trabajar a base de palos. También puede ordenar que te cuelguen. Don Puta le ha investido de plenos poderes.

Fessler abrió la boca con ánimo de protestar, pero la cara del centurión le aconsejó cerrarla antes de tiempo. Resignado, cogió el zapapico que le tendían. Sus compañeros tomaron unas palas. Todos tenían cara de verdaderos mártires.

—¡Dios bendiga vuestro trabajo! —les gritó el religioso a modo de despedida—. ¡Y os aconsejo que no remoloneéis ni intentéis escaquearos! ¡El centurión vigila!

—¡Oh! —murmuró entre dientes Bisclavret—. ¡Veo que aquí no vamos a tener las cosas fáciles! ¡Eh, paisanos! ¿Quién es ese monje? ¿Alguien lo conoce?

—Es Heinrich Vogsdorf —le instruyó uno de los carreteros que transportaban un carro cargado de pedruscos para las bombardas—. Prior de los agustinos. Goza de gran autoridad entre las gentes.

—Ya se ve.

Desde Rybaki se acercaba al trote un destacamento de caballería, se dirigía hacia la Puerta de Abajo del Puente. Los alabarderos detuvieron de inmediato el tránsito de la columna de refugiados. Cuando el destacamento estuvo más cerca, se pudo ver que en él venían los notables de la ciudad. El que transportaba las bolas para las bombardas resultó ser un individuo bien informado y con ganas de hablar.

—Ése que va en cabeza es nuestro estarosta, el noble señor Puta de

Czastolovice —les informó, sin que hiciera ninguna falta, por otra parte. A don Puta lo conocía todo el mundo, también su escudo era sobradamente conocido: en campo de plata, bandas oblicuas de azur. Reynevan y Bisclavret intercambiaron una mirada: la presencia de Puta en Klodzko implicaba que Procopio se había retirado de Nysa.

—Al lado del estarosta —les indicó el carretero— viene el teniente de estarosta, Hanusz Czenebis. Tras él, el señor Nikolau Moschen, capitán de las fuerzas mercenarias, y el noble señor Wolfram von Pannewitz. Más atrás, Johann von Maltwitz, señor de Eckersdorf. Los miembros del concejo: Czetterwang, Gremmel, Lischke...

El séquito de don Puta entró alborotando en la Puerta de Abajo, el eco de los cascos resonó en la bóveda. Cuando los jinetes cruzaron el puente sobre el Młynówka y se perdieron en la Puerta de Arriba, los alabarderos volvieron a dar paso, los refugiados empezaron a moverse. De pronto Bisclavret carraspeó, advirtió a Reynevan tocándole con el pie en el estribo. No era preciso. Reynevan ya se había dado cuenta. Todos se habían dado cuenta. A su espalda, una mujer dejó escapar un grito.

De los resaltes de la torre de la Puerta de Arriba colgaban, sujetos de unos ganchos, cuatro cadáveres. Los restos mortales de cuatro individuos. O, para ser más exactos, lo que quedaba de ellos. Los cuerpos carecían de todo aquello que normalmente sobresale de un ser humano, orejas incluidas. Las extremidades superiores e inferiores, resultaba evidente, se las habían trabajado larga y concienzudamente, de modo que sólo a grandes rasgos recordaban a unas extremidades.

—¡Son espías husitas! —El carretero tiró de las riendas—. Prendieron a uno, y en el potro delató a los sus compadres. Cuando los husitas se pusieran ante Klodzko, tenían ellos el encargo de abrirles las puertas a hurtadillas, a la vez que prendían fuego a la villa. Anteayer, en la plaza, los ajusticiaron. Les dieron tormento de un modo atroz para escarmiento de otros. Los desgarraron con tenazas y ganchos al rojo, les quebraron los güesos. Y ahora las puertas están bien vigiladas. Comprobad.

Cierto, comprobaron. La Puerta de Arriba la vigilaba un destacamento de no menos de treinta soldados armados hasta los dientes. Una caldera, colgada sobre una hoguera, desprendía vapor que salía de debajo de una tapadera

traqueteante. El jefe del destacamento, un golfo con pinta de bandido, se divertía lanzándole un palo a un perro.

Bisclavret, con aire sombrío, contemplaba el panorama en silencio.

—¿Entre los que estaban colgados en la puerta —le preguntó Scharley con aparente indiferencia— había conocidos tuyos?

El Desollador no volvió la cabeza. Tenía un rostro inmutable.

—Desde luego —respondió finalmente—. Pero lejanos, no muy cercanos.

El Portillo del Agua también estaba vigilado por una fuerza no menos considerable. Bisclavret maldijo en silencio.

—No va a ser nada fácil —musitó al fin—. Apuesto a que en las demás puertas pasa lo mismo. Mal, mal, mal. De la idea de controlar y abrir alguna de las puertas de la ciudad ya podemos irnos despidiendo. Hay que cambiar de planes.

—¿Qué propones? —Scharley pestañeó—. ¿Dar media vuelta y largarnos de la ciudad? ¿Antes de que sea demasiado tarde?

—No —intervino Reynevan—. Nos quedamos.

—¿Y tú —el demérito lo midió con la mirada— estás acaso en pleno uso de tus facultades mentales? ¿Cómo para sentirte autorizado a decidir?

—Estoy en pleno uso de toda clase de facultades. Nos quedamos en Klodzko.

—Espero que no sea para hacer penitencia. Lo digo porque hace apenas un momento dabas la impresión de ser un penitente necesitado de expiación.

—Se acabaron las impresiones. —Reynevan frunció el entrecejo—. He seguido tus consejos y he decidido dominarme. Y os recuerdo que tenemos órdenes. Los Huérfanos cuentan con nosotros, podemos contribuir a la toma de la ciudad. Hay que verificar todas las puertas.

Las verificaron. Reynevan, Scharley y Sansón se ocuparon de las murallas situadas entre la Puerta del Puente y el monte del Castillo. El resultado de las inspecciones no invitaba al optimismo. El Portillo de los Baños estaba totalmente obstruido con piedras y tablones. Para colmo, en la vecina iglesia

parroquial acampaba un destacamento militar. En las otras puertas, la Verde y la de Bohemia, montaban guardia sendas compañías de mercenarios.

Se encontraron con Bisclavret en el lugar convenido, en el patio trasero de un horno de la calle Grodzka. Aparte de la noticia de que la Puerta del Agua y la de Przylek estaban fuertemente custodiadas, el Desollador les traía chismes, sobre todo del frente. Se decía que Procopio se había retirado de Nysa y había dirigido el Tabor al norte, hacia el Oder. La misión de Horn y Drosselbart debía de haberse saldado con éxito: los taboritas no habían atacado ni Ziebice, ni Strzelin, ni Olawa. Éste era un hecho muy comentado, y había toda clase de opiniones al respecto. Según unos, Juan de Ziebice y Ludwig de Olawa habían incurrido en traición: pactando con los herejes habían demostrado que no eran mejores que el alevoso Bolko Woloszek y esos infames espías que colgaban de la torre del Puente. Pero no faltaban quienes comentaban que los duques habían actuado con sensatez, que merced a los acuerdos habían salvado los bienes y las vidas de mucha gente. Ojalá otros, añadían muy significativamente, si bien en voz baja, exhibieran idéntica cordura. La segunda opinión empezó a imponerse con claridad cuando llegó a Klodzko la noticia de que Niemodlin había sido saqueado y reducido a cenizas: y eso después de que el duque Bernard de Niemodlin, tío de Woloszek, hubiera rechazado precipitadamente el acuerdo que le propuso Procopio el Rasurado.

Pero más que por los taboritas de Procopio, y más vivamente, los burgueses estaban preocupados por los Huérfanos que avanzaban desde el sur. Las noticias sobre los Huérfanos eran muy frescas, y habían causado una enorme turbación en la ciudad: de ellas se seguía que toda la comarca al sur de Klodzko ardía en llamas y estaba bañada en sangre, y los husitas, imparables, empujaban hacia el norte. Ha caído, contaban con voz temblorosa los fugitivos y los testigos oculares, la fortaleza de Homole, que guarda el paso de Lewin, considerada inexpugnable. Tomadas, y reducidas a cenizas, habían sido otras dos fortalezas que debían detener a los invasores: Szczerba y Karpień. Pasto de las llamas eran Lewin, Miedzylesie, Schnellenstein, Ladek y numerosas aldeas. A quienes no escapaban los pasaban a cuchillo, contaban pálidos de terror los fugitivos y los testigos oculares, y los habitantes de Klodzko estaban al borde del ataque de pánico.

Bisclavret se frotaba las manos, pero su alegría no duró mucho. Llegaron a la plaza principal en el preciso momento en el que don Puta de Czastolovice se dirigía a la multitud allí congregada. A su lado estaba el prior Vogsdorf.

—*Necessitas in loco, spes in virtute, salus in victoria*^[53]! —clamaba don Puta—. Juro aquí, ante vosotros, por nuestra Virgen María de Klodzko y por la Santa Cruz, que no voy a retroceder un solo paso: ¡defenderé la ciudad o pereceré entre sus escombros!

—A ninguno de vosotros —añadió sin énfasis el prior Vogsdorf—, ni al más humilde de los sirvientes, le ha de faltar nuestro amparo. A ninguno. Lo juro por esta Santa Cruz.

—Qué mala suerte —afirmó Bisclavret con frialdad—. No hemos podido llegar en peor momento. Ese maldito don Puta *sans peur et sans reproche*, en compañía de un cura audaz y honesto, algo más raro que un unicornio. ¡Menuda cabronada!

—Pues sí —concedió Scharley tranquilamente—. Por lo visto, no estamos de suerte. Resumiendo. Lo de abrir alguna de las puertas no va a ser posible. Hacer que cunda el pánico entre los defensores va a resultar difícil. ¿Qué más nos queda?

—Asesinar. —El francés torció el gesto—. Atacar por sorpresa. Acciones terroristas. Podemos intentar eliminar a Puta y al prior. Para ello confiamos en Reynevan, anoche en Zelazno demostró su talento...

—Ya es suficiente —le cortó Reynevan—. No quiero oír ni una palabra más de ese asunto. Espero propuestas serias. ¿Qué nos queda?

—Quemar. —Bisclavret se encogió de hombros—. Provocar un incendio, o más bien unos cuantos. En varios puntos simultáneamente. Pero eso tampoco entra en el juego. Yo a eso no me presto.

—¿Por qué no?

—Reynevan —la voz del francés era gélida, y su mirada más gélida aún—. Puedes dártela de idealista, si te gusta. O si piensas que todo esto va contigo. Puedes, si se te antoja, luchar por Wiclif, por Hus, por Dios, por el sacramento *sub utraque specie*, por el bien del pueblo y la justicia social. Pero yo soy un profesional. Yo aspiro a realizar mi trabajo y escapar con vida. ¿Qué? ¿No te habías dado cuenta? Los incendios, como medio de sabotaje, para que sean efectivos hay que provocarlos en el momento mismo

del asalto. ¿Comprendes?

—Yo sí lo comprendo —respondió Scharley—. En el momento mismo del asalto. Y entonces ya no queda tiempo para la fuga. Quienes conquisten la ciudad con nuestra ayuda nos liquidarán en medio de la habitual escabechina, fruto del entusiasmo.

—Podemos convenir alguna señal...

—¿Colgarnos, como Rahab en Jericó, un cordón de grana? Tú te has tragado demasiadas homilías, muchacho. No confundas la literatura con los asuntos serios. Apoyo a Bisclavret y digo: yo tampoco voy a correr ese riesgo. También yo, te recuerdo, soy un profesional. Hasta tengo varias profesiones. Y a todas les tengo cariño. Lo suficiente como para amar y apreciar la vida.

—Podría haber un medio —dijo Reynevan tras una larga reflexión— de incendiar la ciudad sin poner en peligro los preciados pellejos de los señores profesionales.

—¡Ja! ¿Conque podría haber un medio?

—Pues sí, podría haberlo. Porque yo, señores, también soy un profesional.

Podría creerse que la farmacia praguense del Arcángel, asilo de sabios y filósofos, templo del pensamiento y el progreso, era el último sitio en el que uno podía ejercitarse en la fabricación de bombas incendiarias mágicas. Mas quien así lo hubiera creído habría estado en un error. En El Arcángel era posible instruirse en todos los arcanos y artes imaginables. Y daba la casualidad de que Reynevan, precisamente, había intervenido personalmente en el proceso de fabricación de bombas incendiarias de gran potencia. La bomba conocida en el argot mágico como *Ignis Inextinguibilis* se habían propuesto fabricarla Teggendorf y Radim Tvrđik, terriblemente enojados con un competidor desleal, un hechicero aficionado, antiguo párroco en San Esteban, que se dedicaba a las chapuzas al margen del gremio. Inicialmente planearon denunciarlo anónimamente y confiar en la jurisdicción local, pero cayeron en la cuenta de que era aquélla una venganza escasamente honrosa. El misacantano hechicero tenía una preciosa casa de campo en Bubny, a la

que invitaba a casadas y solteras con un propósito evidente. Teggendorf y Tvrđik eligieron aquella casa como objetivo. Je, se regocijaban de manera innoble, anda que cuando el cura llegue de Praga con la maciza de turno y vea que donde estaba su choza lo que hay ahora es un boquete negro en la tierra se va a quedar patidifuso.

La mala leche, sin embargo, se les pasó pronto a los magos, la sangre no llegó al río y no hubo explosión. Pero el *Ignis Inextinguibilis* sí lo fabricaron. De acuerdo con unas viejas recetas árabes, sacadas de unos tochos publicados en Constantinopla. Contando con la participación activa de Reynevan, que colaboró en la empresa. El cual ahora, al cabo de más de un año, en Klodzko, sabía exactamente qué era lo que necesitaba.

—Necesito —comunicó con voz clara y segura a sus compañeros, que le miraban con ojo bastante crítico— dos alcuzas de aceite, un cubo o dos de alquitrán, una vasija de miel, cuatro libras de salitre, dos libras de azufre, otro tanto de cal muerta. A eso hay que añadir un frasco de resina, preferentemente de pino. Y dos libras de polvo de antimonio. Suelen tenerlo en las boticas.

—¿Eso es todo?

—Vamos a fabricar, pienso, cinco bombas. Así que nos hacen falta cinco jarros de barro de cuello estrecho. Paja, para envolverlos. Y mucha brea, para recubrirlo todo...

—¿Y una serpiente marina? —preguntó con calma Bisclavret—. ¿La lanza de San Mauricio? ¿Una bandada de loros? ¿Unos monos? ¿No nos harían falta? No sé si te has vuelto majareta, Reynevan. La ciudad está en vísperas de un asedio, ya están racionando el pan, lo de comprar sal son palabras mayores, y tú nos mandas a comprar azufre y antimonio.

—También voy a necesitar —Reynevan no se tomó a mal el tono de sus palabras— un local donde poder trabajar. Déjate, pues, de remolonear y ponte manos a la obra. Estoy seguro de que el Vogelsang tiene algún agente fijo en Klodzko. Y hasta puede que más de uno.

—¿No viste a aquéllos —le cortó Bisclavret— que colgaban por encima de la puerta? Pues éstos eran los agentes del Vogelsang. Sí, tienes toda la razón del mundo, éstos no eran todos, aún queda otro más. Pero, si contactamos con él en estos momentos, es seguro que también acabaremos

colgando. Durante las torturas se habla, Reynevan. Y se traiciona.

—Señores —terció Scharley—. Así no hay quien pueda, hablar de fracaso antes de intentarlo siquiera. Venga esa lista, Reynevan. Habrá que recorrer la ciudad, ver cuáles de esos ingredientes podemos reunir. También encontraremos un local. Tenemos dinero, tenemos tiempo...

—De tiempo no andamos sobrados —le corrigió Bisclavret—. Hoy es 22 de marzo, lunes después del Domingo Blanco. Los Huérfanos de Královec estarán aquí el miércoles. A lo sumo el jueves.

—Nos dará tiempo —dijo Reynevan convencido—. Al tajo, señores.

El agente durmiente del Vogelsang en Klodzko resultó ser el altarista de Santa María, llamado Johann Trutwein. Al ver a Bisclavret estuvo a punto de desmayarse. Aunque rápidamente, dicho sea en su honor, dominó sus nervios lo suficiente como para poder responder a las preguntas con cierto sentido. Los dientes le castañetearon un poco al hablar de la suerte de los otros agentes, torturados primero en los sótanos del ayuntamiento, después en la plaza, delante de la chusma. El altarista se había salvado gracias a que aquellos infelices no sabían nada de él, el Vogelsang era demasiado astuto como para poner todos los huevos en la misma cesta. Ahora bien, el miedo que había pasado Johann Trutwein ése ya no se lo quitaba nadie.

Pero Bisclavret conocía un remedio infalible para los estados de ansiedad. Viendo una talega repleta de monedas, al altarista se le aclararon las ideas, y tras escuchar sus peticiones actuó con una eficacia sorprendente. Enseguida tuvo un local a disposición de los conspiradores: se trataba de la residencia, situada en la calle Lecheros, de un comerciante huido de la ciudad que le había confiado a Trutwein la llave y le había encomendado que le echara un ojo a su casa. También se apresuró a ofrecerles ayuda para conseguir los materiales necesarios. No preguntó para qué servían. Y bien que hizo, porque nadie pensaba decírselo.

Ese mismo día, en la residencia del comerciante, Reynevan empezó a preparar, con la ayuda de conjuros y amuletos, unas espoletas mágicas, llamadas *ignis suspensus*. El resto del equipo se dispersó por la ciudad para comprar todo lo necesario. Pero surgió un problema.

El problema, hay que ver qué cosas, no era el azufre ni el salitre, que pudieron adquirir sin mayor dificultad en las boticas locales, ni la resina, de la que disponían en abundancia los resineros de la comarca que habían corrido a refugiarse tras las murallas, ni el polvo de antimonio que les había vendido —exigiendo, eso sí, un precio de fábula— un alquimista huido de Bystrzyca. El problema era el ingrediente que parecía menos complicado: el aceite. No había aceite en Klodzko. Se habían agotado las existencias.

Había en la ciudad muy pocos aceiteros especializados, las necesidades de aceite las cubrían casi en su totalidad las prensas rurales. La producción de aceite *intra muros* tenía lugar en los molinos como actividad secundaria, se ocupaban de ella los aprendices de molinero. En esos momentos, ante la amenaza de asedio, una parte de los aprendices habían sido movilizados y los demás se pasaban día y noche moliendo harina para el pan.

El inestimable altarista de Santa María también encontró una solución para eso. Precisamente en la parroquia había oído entre cuchicheos la noticia de que uno de los aceiteros locales tenía reservas, pero las estaba ocultando para enriquecerse en el momento oportuno con la especulación. Puede que estuviera dispuesto a vender una alcuza o dos. Tras declarar su disposición a intermediar en las negociaciones, el altarista se marchó, pues se acercaba la noche.

Al día siguiente en la ciudad reinaban la confusión y el nerviosismo, la gente corría hacia la Puerta Verde. De modo que el grupo también se dirigió hacia allí. La multitud, apiñada junto a las murallas, señalaba con el dedo las columnas de humo que se alzaban por el sur. Se extendió la noticia de que estaban en llamas Rengersdorf, Marcinów, Hannsdorf y Zelazno. El humo negro, arrastrado y deshilachado por el viento, no tardó en desplazarse hacia el oeste de la ciudad, sobre Schwedeldorf y Roszyce. La excitación de los burgueses alcanzó el cénit. Sumadas a las noticias previas del incendio de Kunzendorf, las humaredas por el oeste sólo podían significar una cosa: los husitas tenían atenazado Klodzko.

—Mañana. —Cuando volvieron, Bisclavret le dirigió a Reynevan una mirada muy expresiva—. Mañana Královec estará a las puertas de la ciudad.

—Me da tiempo. —Reynevan señaló los cinco jarros, ya envueltos en paja—. Sólo hay que echar el aceite, mezclarlo, *taponarlo*, alquitranarlo. Y listo. Después ya sólo queda colocar los jarros allí donde sea preciso. ¿Has decidido dónde?

Bisclavret sonrió como un lobo.

—Claro que sí —murmuró maliciosamente—. Eso ya está planeado.

—Trutwein tiene que estar al caer. Ya debería estar aquí. Con buenas noticias, si Dios quiere.

Sin embargo, Johann Trutwein no apareció hasta la décima hora del día, una hora después de que tocaran a nona en los agustinos. Pero lo cierto es que traía buenas noticias. El aceitero, comunicó, nos vende aceite. Aunque pide...

Al oír el precio que le susurró al oído, Bisclavret torció el gesto, furioso. Se llevó al altarista aparte, y allí estuvieron regateando largo rato.

—Arreglado —anunció al volver—. Iremos de noche a recoger la mercancía. El aceitero exige que la transacción se realice en secreto.

A la caída de la tarde los incendios estaban ya al alcance de la vista. Ardían Koscielniki, Leszczyny, Pawlowa, Ruszowice, la aldea de Podzamek, propiedad monástica. A los civiles los echaron de las murallas, su puesto lo ocuparon hombres armados. Dispusieron bombardas, catapultas y otras máquinas de aspecto amenazante.

Las campanas de la ciudad llamaban al Ángelus. Bisclavret se abstenía de hacer comentarios, pero Reynevan veía y sabía lo mismo que todos.

—¿Francés?

—¿Qué?

—Entiendo que tienes posibilidades de contactar con Rzehors...

—Entiendes bien.

—¿Y nuestra vía de escape? ¿Has pensado en eso?

—Tú ocúpate de tus bombas, Reynevan. Que estallen. Que el conjuro actúe a distancia.

—Ya me ocupo de eso. Y me ocupo mucho. No tienes idea de cuánto.

La campana de Santa María, con tres toques muy seguidos, anunció el *ignitegium*, ordenando que se apagaran fuegos y luces. Los probos ciudadanos al oír esa señal tenían que irse a la cama.

Reynevan, Bisclavret, Scharley y Sansón no eran probos ciudadanos. Tampoco se contaba entre ellos Johann Trutwein, quien apareció en la calle Lecheros al anochecer. Cuando oscureció, empezaron a merodear discretamente por los alrededores del Portillo del Agua, en la calle Carnicerías.

A pesar del anunciado *ignitegium*, la ciudad no dormía, estaba intranquila. Lo cual no tenía nada de extraño, por el sur y el oeste había mucha claridad en el cielo, el enemigo estaba ya casi a las puertas. Al pie de los muros ardían las hogueras de los soldados, los guardias intercambiaban gritos sobre las murallas, en los callejones retumbaban los pasos de las patrullas. En esas condiciones el recorrido les llevó bastante más tiempo del que habían calculado. Trutwein empezó a temer que el aceitero no estuviera esperando, que se lo hubiera pensado mejor, que hubiera renunciado.

Sus recelos no carecían de fundamento. En la calle Carnicerías reinaba la oscuridad, en ninguna ventana brillaban candelas ni lámparas. Mas el portillo del patio se encontraba abierto.

—Scharley, Sansón —susurró Bisclavret—. Quedaos aquí. Tened los ojos bien abiertos.

Scharley se llevó la mano a la empuñadura del bracamarte, Sansón, de forma no menos significativa, levantó su *goedendag*. Reynevan palpó el puño del estilete, siguiendo los pasos de Bisclavret y Trutwein se adentró en la oscuridad de la puerta, donde apestaba a gato.

En una ventana en un extremo del patio centelleó fugazmente la llama de una vela.

—Es por aquí... —susurró Trutwein—. Vamos...

—Enseguida —siseó el Desollador—. Un momento. Aquí falla algo. Hay algo que...

Saliendo de las sombras, más de una decena de matones se echaron encima de ellos.

Reynevan llevaba ya un buen rato apretando con fuerza uno de los amuletos de Telesma, hecho con un fragmento de fulgurita. Ya sólo hacía

falta pronunciar el conjuro.

—*Fulgur fragro!*

Se produjo un estruendo ensordecedor, un resplandor cegador, el aire *implosionó con un* silbido que perforaba los oídos. Reynevan echó a correr, siguiendo a Trutwein. Tras ellos salió disparado Bisclavret, que había tenido tiempo de acuchillar a algunos de los jayanes, cegados y ensordecidos, con su navaja andaluza.

Mas la emboscada había sido minuciosamente preparada, les habían cortado la retirada. Al salir a la calle, cayeron de lleno en el fragor de la batalla. Scharley y Sansón trataban de hacer frente a un nutrido grupo de asaltantes.

—¡Vivos! ¡Los quiero vivos! —se oyó una orden perentoria. Reynevan reconoció la voz.

Notó cómo le agarraban del cuello. Empuñó el estilete, golpeó con fuerza al tiempo que lo desenvainaba, giró la empuñadura en la mano, golpeó de arriba abajo, se dio la vuelta, atacó con un amplio revés y acto seguido, aprovechando el ímpetu y la posición, acometió de derecha a izquierda. Oyó un grito, la sangre le salpicó en la cara, dos cuerpos cayeron a sus pies. La sangre le volvió a salpicar, pero esta vez fue obra de Scharley y de su curvo bracamarte. De nuevo alguien le sujetó, a la vez que le bloqueaba la mano armada. Hubo un golpe sordo, la presión cedió. Sansón estaba a su lado, derribando con golpes demoledores de *goedendag* a un atacante tras otro. Pero cada vez eran más.

—¡Hay que largarse! —gritó Bisclavret, acuchillando y tajando en cruz con la navaja—. ¡A todo correr! ¡Seguidme!

Scharley salió pitando detrás del francés, en su carrera iba cortando con el bracamarte, poniendo en fuga a los agresores. A Reynevan lo volvieron a enganchar, pero el atacante, alcanzado en un ojo por el estilete, soltó un grito y reculó de un salto. Al parar el golpe de otro jayán, el cuchillo chasqueó contra el cuchillo, el acero contra el acero, haciendo saltar chispas. Por suerte, el matón cayó fulminado por el *goedendag* como un buey en el matadero.

Reynevan se sacó del seno una pequeña vasija envuelta en paja. Cinco bombas se habían quedado en la casa del comerciante de la calle Lecheros. Ésta era la sexta.

—*Ignis! Atrox!* ¡Yah, Dah, Horah!

Se oyó un silbido, un estallido aterrador, una fuerte explosión iluminó el vecindario, un fuego vivaz se extendió rápidamente, alcanzando todo lo que tenía cerca. Todo lo que estaba a mano empezó a arder. Incluido un montón de leña, la pared enjalbegada de una casa, las piedras del adoquinado y las lavazas del desagadero. Y algunos asaltantes. El griterío de los quemados se elevó hasta el cielo estrellado. Pero en el resplandor del fuego Reynevan vislumbró una silueta conocida. Una capa negra, un jubón negro, una cabellera negra que caía hasta los hombros. Una cara de pájaro y una nariz como el pico de un ave.

—¡Atrapadlos vivos! —gritó Treparriscos, apartando el rostro del fuego rugiente—. ¡Los quiero vivos!

—¡A correr! —Sansón tironeó del hombro a Reynevan, paralizado por el terror—. ¡A correr!

—¡Fuego! ¡Fuego!

Echaron a correr como locos, a su espalda el ruido de las pisadas de sus perseguidores atronaba el callejón.

—¡Los quiero vivos! ¡Vivooos!

—¡Fuego! ¡Fueeeegooo!

Corrían con todas sus fuerzas, y esas fuerzas se las proporcionaba el pánico. Comprendían lo que significaba aquella orden de atraparlos vivos. Una larga, interminable agonía en la cámara de torturas, los costados achicharrados por el hierro al rojo, las articulaciones quebradas, los huesos aplastados por tenazas y cepos. Una muerte atroz en el cadalso. Cualquier cosa menos eso, pensaba Reynevan, corriendo como un galgo. Cualquier cosa menos Birkart Grelleort.

Alguien les dio alcance, Sansón a la media vuelta derribó a alguno de los perseguidores con el *goedendag*. Reynevan le dio a otro una estocada desde abajo, acertando en blando, el herido soltó un berrido, se aovilló sobre el adoquinado. Un tercero se tropezó con él, antes de que cayera al suelo, Reynevan le tajó la cara.

Estaban escapando, habían cobrado cierta ventaja. Vieron a Scharley, que les indicaba el camino: por un angosto callejón. Entraron a todo correr. Por delante iba Bisclavret. Trutwein había desaparecido.

—¡Rápido! ¡Ahora por la izquierda!

El ruido de la cacería había remitido un tanto, tal vez habían logrado dar esquinazo por un momento a sus perseguidores, la gente que acudía corriendo con cubos a apagar el incendio debía de haberlos obligado a frenarse. Pero Reynevan y Sansón no aflojaban, corrían sin aliento. Empezaron a chapotear en el barro, a salpicar agua, notaron un intenso hedor, un pestazo horrible a orina y excrementos. Bisclavret y Scharley, con gran estrépito, habían roto unas tablas.

—¡Meteos por aquí! ¡Venga, rápido!

Reynevan tardó un rato en caer en la cuenta de que el francés le estaba mandando meterse en los albañales, directamente en la zanja de las letrinas, en la fosa de las cloacas, que despedía un olor insoportable. Por ese mismo agujero acababa de desaparecer, chapoteando, Scharley. Mejor la mierda que la cámara de torturas, pensó. Tomó aire. La masa del fondo le recibió con un calorillo agradable. Y con una enorme ola cuando Sansón saltó al interior. El hedor era asfixiante.

—Por aquí, puf... —Bisclavret escupió lo que le había caído en la boca —. Al canal. Las cabezas altas. Lo peor es al principio. Después se ensancha.

El estruendo de la persecución se iba acercando. Reynevan se tapó la nariz con los dedos y se zambulló.

Preferiría no tener que acordarse de aquel recorrido a gatas a través del canal entibado, decidió desterrarlo de su memoria. Bajo la bóveda revestida, el túnel era unas veces más ancho, otras veces menos, la boca unas veces sobresalía por encima de la mierda líquida, otras veces quedaba por debajo. Los brazos y las rodillas se atascaban en la gruesa capa que cubría el fondo, es decir, en aquella mierda que tenía la misma consistencia que la arcilla de alfarero, acumulada allí desde hacía sesenta años, ya que, como averiguó Reynevan más tarde, los comienzos de la canalización de Klodzko se situaban en el año 1368.

Sería difícil precisar cuánto duró aquella gehena. Se diría que todo un eón. Pero de repente sobrevino la cegadora alegría del aire fresco y el enorme placer del agua clara, que les hizo saltar las lágrimas: del albañal habían ido a parar directamente al Mlynówka. Desde allí quedaba muy poco hasta el Nysa, en cuya rápida corriente podrían acabar de enjuagarse. Se lanzaron al agua,

nadaron hasta la orilla derecha. Los reflejos dorados y rojos del incendio iluminaban la superficie del río, los chamizos y barracas de Rybaki y Wygon ardían despidiendo grandes llamas. Centellearon siluetas de jinetes.

—Maldición —comentó Scharley con voz cansada—. Traía un bollo en el bolsillo... Se me habrá caído. Me he quedado sin desayuno...

—¿Quién nos ha traicionado? ¿Trutwein?

—No creo. —Reynevan se acomodó en una zona de agua somera, disfrutando de la corriente purificadora—. La bomba que he hecho estallar la he podido fabricar gracias a él, precisamente... Me consiguió un poquillo de aceite. Lo sisó en la iglesia...

—¿Aceite en la iglesia?

—Para la extremaunción.

En las arenas de la orilla repiquetearon sordamente unos cascos de caballo.

—¡Vogelsang! ¡Me alegro de veros con vida, cabronazos!

—¡Rzehors! ¡Ja! ¡Y Brázda de Klinstejn!

—¡Estás vivo, Reynevan! ¡Hola, Scharley! ¡Salud, Sansón!

—¿Berengar Tauler? ¿Estás aquí?

—En persona. Del Tabor me pasé a los Huérfanos. Pero sigo pensando que la guerra no tiene futuro... Pero, joder, cómo apesta a mierda...

—A caballo —cortó la charla Brázda de Klinstejn—. Královec y Procopio el Menor quieren veros. Os esperan.

El estado mayor de los Huérfanos estaba instalado en el arrabal de Neulende, en una posada. Cuando llegó Reynevan, conducido por Rzehors y Brázda, se hizo el silencio.

Conocía al comandante supremo de las tropas de campo de los Huérfanos, el hetmán Jan Královec de Hradek, un tipo sombrío y malicioso, pero que disfrutaba de un merecido prestigio de jefe competente, casi tan reverenciado por sus hombres como lo fuera Zizka en su día. También conocía a Jira de Recice, hetmán de la vieja guardia de Zizka. Conocía, claro está, al predicador Procopillo, que no estaba por debajo de los hetmans. Conocía al caballero Jan Kolda de Zampach, siempre sonriente y de

permanente buen humor. No conocía a un joven hidalgo con armadura completa, con un escudo blasonado partido en campos de sable, de plata y de gules: le informaron de que se trataba de Matej Salava de Lipa, hetmán de Policka. No vio por ninguna parte a Piotr de Lichwin, llamado Piotr Polak, se enteró más tarde de que se había quedado con la guarnición de la fortaleza de Homole, recién conquistada.

La noticia de que el sabotaje en la ciudad no había funcionado, de que ninguna de las puertas de Klodzko iba a estar abierta y de que no iba a estallar ningún incendio la recibió Královec sin alterarse.

—Bueno, así es la vida —comentó encogiéndose de hombros—. Por lo demás, siempre he pensado que Procopio y Flutek te valoran en exceso, Reynevan de Bielau. Sencillamente, te has publicitado demasiado. Aparte de eso, perdona pero apestas.

—He salido de Klodzko por el albañal.

—En una palabra —Královec seguía tan tranquilo—, la ciudad te ha cagado. Es todo un símbolo. Ve a lavarte y adecentarte. Nos aguarda un duro trabajo y una tarea muy seria. Tenemos que conquistar esta ciudad nosotros solos, sin ayuda ajena.

—En mi opinión —sugirió Reynevan—, deberíamos dejar Klodzko de lado. Sus defensas son muy sólidas, tiene jefes valientes, el ánimo de las tropas es alto... ¿No sería preferible dirigimos a Kamieniec? ¿A la abadía cisterciense? Es una abadía muy rica...

Jira de Recice soltó una carcajada, Kolda meneó la cabeza. Královec no dijo nada: torciendo el gesto, miró a Reynevan largamente, con insistencia.

—Cuando quiera conocer tu opinión en cuestiones militares —dijo al fin—, te lo haré saber. Retírate.

Sobre el huerto del convento flotaba un humo blanquecino, olía a hierba quemada. El viejo monje cronista mojó la pluma en el tintero.

Anno Domini MCCCCXXVIII feria IV ante palmarum Viclefiste de secta Orphanorum cum pixidibus et machinis castrum dictum Cladzco circumvallaverunt, in quo castro erant capitanei dominus Puotha de Czastolowicz et Nicolaus dictus Mosco, et ibi dictis pixidibus et machinis sagittantes et per sturm

et aliis diversis modis ipsum castrum conabantur aquirere et lucrare; ipsi vero se viriliter defenderunt^[54]...

La pluma chirriaba. Había un agradable olor a tinta.

—¡Adelante! —bramaba, por encima del estrépito y el griterío, Jan Kolda de Zampach—. ¡Adelante, guerreros de Dios! ¡A las murallas! ¡A las murallas!

Una piedra, disparada seguramente por una catapulta o una ballesta de torno, se estampó contra el mantelete con tanta fuerza que bien podría haberlo derribado, y con ella a Reynevan y a los demás combatientes que tras él se guarecían. Por fortuna, Sansón estaba entre ellos. El impacto hizo tambalearse al gigantón, pero se mantuvo en pie, y no soltó los soportes del mantelete. Menos mal, porque la lluvia de proyectiles caía incesantemente desde las murallas. Reynevan fue testigo de cómo un tirador que se había asomado por detrás de un cercano pavés recibía un disparo en toda la frente: el proyectil le hizo añicos el cráneo.

Al pie de la Puerta de Bohemia resonó un grito salvaje, los Huérfanos habían conseguido colocar escalas y pértigas, y ahora intentaban trepar por ellas, diezmados por el fuego que caía desde arriba. Les arrojaban alquitrán y agua hirviendo, les tiraban piedras y maderos erizados de clavos. No les fue mejor a las tropas de Jira de Recice, que atacaron el sector situado entre la Puerta Verde y el Portillo de los Baños: dos veces habían plantado las escalas y dos veces los habían rechazado.

Tauler y Sansón volvieron a desplazar hacia delante el mantelete. Rzehors maldijo, peleándose con la obstinada manivela de la ballesta. Scharley y Bisclavret, tras cargar las espingardas, sacaron los tubos desde detrás de la barrera e hicieron fuego, en ese mismo instante desde detrás de un mantelete próximo dispararon un cañón de doce libras transportado en un carro. Todo estaba envuelto en humo, por un momento Reynevan se quedó completamente sordo. No oía nada, ni el estruendo, ni los gritos, ni las blasfemias, ni los aullidos de los heridos. Y, hasta que le golpeó con el mango de la fusta en el hombro, tampoco había oído al hetmán Jan Královec, que se había acercado hasta allí montado a caballo, exhibiendo un desprecio

insensato por los dardos que silbaban a su alrededor.

—¡... en la putaaa! —oyó por fin Reynevan—. ¿Es que estás sordo, hijo de perra? ¡Se te había prohibido participar en el asalto! ¡Te habíamos dicho que nada de jugar a la guerra! ¡Qué te necesitamos para otra cosa! ¡Largo de aquí, retrocede! ¡Retroceded todos! ¡Nos retiramos!

Los soldados de Kolda, al pie de la muralla, no pudieron oír esa orden, pero tampoco les hizo falta. Soltaron las escalas y se retiraron. Una parte lo hizo ordenadamente, en formación, cubriéndose con los escudos y castigando a los defensores en las almenas con una densa lluvia de virotes. Pero otra parte salió a todo trapo, presa del pánico, intentando alejarse cuanto antes de las murallas y de la muerte que de ellas descendía. Desde la Puerta Verde, observó Reynevan, se retiraban también hacia Zarzecze y Neulende los Huérfanos de Jira de Recice. Los defensores de las murallas vociferaban triunfantes, blandían sus armas, agitaban sus estandartes, sin hacer caso de los proyectiles incendiarios, las balas, las saetas y la metralla de los arcabuces que desde abajo les disparaban incesantemente los asaltantes. En la torre de la puerta se alzó la enseña blanquiazul de Puta de Czastolovice y un enorme crucifijo procesional, los hombres gritaban, cantaban. Habían triunfado. Aunque una cuarta parte de la ciudad ardiera en llamas, habían triunfado.

Bisclavret aseguró el gancho en el borde del mantelete, apuntó, acercó la mecha al serpentín. La espingarda disparó con estruendo.

—Ahí va eso... —gruñó entre el humo el Desollador—. ¡A ver si le acierta en el culo a don Puta! ¡Dirige mi bala, Madre de Dios!

—Nos retiramos. —Scharley se enjugó la cara, extendiendo el hollín—. Nos retiramos, muchachos. Se acabó la juerga.

Klodzko había rechazado el ataque.

—¡Jesúuuuuus! —berreaba a voz en cuello Parsifal Rechenau, tendido sobre las tablas del palenque—. ¡Jesúuuuuus! ¡Cristoooooo!

—¡Basta ya! —le chistó Enrique Baruth, apodado Gorrión—. ¡Compórtate! ¡No seas nenaza!

—Nenaza... —sollozó Parsifal—. ¡Ya soy una nenaza! ¡Cristooo! Me lo ha arrancado... ¡Me lo ha arrancado todoooooo! Dios, Dios...

Gorrión se inclinó, metiendo casi la nariz en las posaderas ensangrentadas de su amigo, examinó la herida como un experto.

—No te ha arrancado nada —aseguró tajantemente—. Tienes todo en su sitio. La bala únicamente se te ha hincado en el trasero. Y no está nada profunda. Se ve que era un disparo lejano, no tenía ya ímpetu...

Parsifal aullaba, gemía, lloraba a mares. De dolor, de vergüenza, de miedo y de alivio. Y es que con los ojos del alma ya había visto, nítidamente y con todo detalle, una escena en verdad infernal y que ponía los pelos de punta: ahí estaba él, hablando con voz de pito, convertido en un capón al estilo de Pedro Abelardo, sentado y escribiendo estúpidos tratados y epístolas a Ofka von Baruth, mientras Ofka se solazaba en la alcoba con otro hombre, un hombre bien dotado, con todo lo que hay que tener. La guerra, reparó con horror el mozo, es una cosa terrible.

—¿Está... todo? —quiso asegurarse, tragándose las lágrimas—. Gorrión... Vuelve a mirar...

—Todo, está todo —le tranquilizó Gorrión—. Y ya casi no sangras. Aguanta. Ya viene corriendo hacia aquí un monje con los vendajes, enseguida te va a sacar la bala del culo. Enjúgate esas lágrimas, que hay gente mirando.

Pero los defensores de Klodzko no estaban mirando, no les interesaban ni las lágrimas ni el boquete sangrante en las nalgas de Parsifal von Rachenau. Estaban ocupados elevando sobre las murallas sus triunfales vítores. Paseaban a hombros a don Puta de Czastolovice y al prior Vogsdorf.

—El caso es que llevo al cuello —se lamentó de pronto Parsifal— una medalla consagrada de la Virgen... Se la compré a unos monjes...

¡Se supone que me iba a proteger de las balas enemigas! ¿Cómo puede ser?

—Cierra el pico, maldita sea...

—¡Tenía que protegerme! —chillaba el joven—. ¿Cómo es posible? Qué clase de...

—Cállate —siseaba Gorrión—. Cierra esa boca si no quieres que acabemos mal.

La pluma chirriaba.

Testigos dice batur que Kralowycz, capitaneus Orphanorum, encolerizado al ver la porfía de los defensores, ordenó a unos voceadores especiales suyos, Stentores llamados, gritar al pie de las murallas y amenazar a los defensores con atroces tormentos si no entregaban la plaza, queriendo infundir el espanto en ellos por medio de semejante clamor. Viendo cuán vanos fueran los tales intentos, ordenó tomar veinte varas de tela blanca y en ella hacer una gran inscripción, proclamando: RENDICIÓN O MUERTE, y ésta a los defensores demonstrare en el tramo de muralla que defendía el prior Henricus et fratres canonici regulares, pues éstos leer sabían. Empero, prior Henricus, el Héctor de Klodzko, siendo de corazón intrépido, no se dejó asustar. Ordenó a los hermanos tomar otra pieza de tela y escribir en ella en muestra de desprecio a aquellos wiclifistas: BEATA VIRGO MARIA ASSISTE NOBIS.

—¿Cómo? —gruñó Jan Kolda—. ¿Qué es lo que han garabateado?

Brázda de Klinstejn soltó una carcajada. Jira de Recice se partía de risa.

En la tela, colgada en los muros por los vociferantes y entusiastas defensores, se veía, pintada con grandes letras, la inscripción:

DEINE MUTTER DIE HUR
TU MADRE LA PUTA

Královec estuvo un buen rato mirando a la pancarta, larga y concienzudamente, como si estuviera convencido de que aquellas letras estaban mal ordenadas. Por fin se dio la vuelta, se encontró con la mirada de Reynevan.

—¿Kamieniec, dijiste? ¿La abadía cisterciense? Una abadía muy rica. ¿Eso dijiste?

—Sí, eso dije.

—Entonces... —Královec volvió a fijarse en Klodzko, se diría que con cierta nostalgia—. Entonces, ¿a qué estamos esperando? Vamos.

Et sic Orphani^[55], anotó en el pergamino la pluma chirriante, a Cladzco feria II pasee recesserunt.

El cronista puso un punto, dejó la pluma, soltó un quejido, enderezó la espalda dolorida.

La redacción de la crónica le dejaba baldado.

Capítulo vigésimo

En el que ciertos acontecimientos del periodo inmediatamente anterior a la Pascua del año 1428 son rememorados por los participantes, los testigos oculares y los cronistas. Y una vez más no se sabe a quién creer.

Mi nombre, Santo Tribunal, es hermano Ceferino. De la abadía de la orden cisterciense de Kamieniec. Los reverendos padres sabrán perdonar mi turbación, mas es ésta la primera vez que acudo ante el Oficio... Aunque sea sólo para prestar *testimonium*, pero con todo...

Sí, sí, claro, ya voy al grano. Esto es, a lo ocurrido en el convento aquel trágico día, el Martes Santo *Anno Domini* 1428. A lo que viera yo con mis propios ojos. Así pues, declaro bajo juramento, con la ayuda de... ¿Perdón? ¿Qué vaya al grano? *Bene, bene*. Ahora lo cuento.

De nuestros hermanos conventuales una parte ya había huido con anterioridad, el sábado previo al domingo de Cuaresma en que se canta al Señor *Judica me Deus*, cuando los herejes quemaron Otmuchów, Paczków y Pomianów. Aquella noche divisamos un resplandor en mitad del firmamento, y el sol por la mañana apenas acertaba a verse a través del humo. Entonces, como he dicho, algunos *fratres* perdieron el ánimo, escaparon llevándose consigo tan sólo aquello que podían coger en las manos. El abad echaba sapos y culebras, tachándolos de cobardes, atemorizándolos con el castigo divino, ja, de haber sabido lo que le esperaba él habría sido el primero en darse a la fuga. Y también yo, no voy a mentir ante este Santo Tribunal, habría escapado, sólo que no tenía adonde. Yo soy lombardo de nacimiento, de la ciudad de Tortona, aunque vine a Silesia desde Altezelle, primero estuve en Lubiaz, mas del monasterio de Lubiaz me trasladé a Kamieniec...

¿Eh? ¿Qué no me aparte del tema? *Bene, bene*, no me aparto más. Ahora cuento lo que pasó.

Muy pronto *post dominicam Judica quadragesimálem* oímos decir a los refugiados: se alejan los herejes, se dirigen hacia Grodków. Con ese alivio, corrimos a la iglesia, y ante el altar, postrados en el suelo: *gratias tibi Domine*, gracias te sean dadas, gran Dios. Hasta que volvieron a oírse los gritos, las voces diciendo: vienen nuevos adeptos de ese demonio de Hus, los Huérfanos se hacen llamar, vienen de Klodzko. Han incendiado Bardo, ya es la segunda vez, la segunda vez que esa desdichada ciudadela es pasto de las llamas. Al principio abrigábamos una esperanza: ¿Y si pasan de largo? Acaso se dirijan a Frankenstein por el camino real de Wroclaw, tal vez no se les antoje desviarse a Kamieniec. Y corrimos a la iglesia, a rogar con esa intención, *Sancta María, Mater Christi, Sancta Virgo virginum, libera nos a malo, sánete Stanislaus, sánete Andrea, orate pro nobis...* Pero de nada sirvieron nuestras rogativas, se ve que deseaba el Señor ponernos a prueba, como a Job, a fin de que... Ah, sí, ya sé. Que me atenga al asunto.

Diré, pues, brevemente: ése fue el asunto, que aquellas criaturas infernales cayeron sobre el convento precisamente el Martes Santo. Aparecieron de repente, como un rayo en el cielo despejado, treparon los muros, derribaron la puerta, antes de que nos diera tiempo de implorar *peccatores te rogamus* ya teníamos dentro a toda aquella turba. Y no paraban de darnos golpes... ¡Horror! *Sanctus Deus, sanctus fortis, sanctus immortalis, miserere nobis...* Al hermano Adalberto lo atravesaron con una pica, al hermano Pío con espadas, como si fuera San Dionisio... El hermano Mateo fue alcanzado con una ballesta, y otros muchos *graviter vulneratis...* Y los husitas, que Dios les dé su merecido, venga a sacar las pobres vacas del establo, los gorrinos de la cochiguera, los corderos... Nos quitaron todos los animales, hasta el último... Puf, su puta madre, no les bastaba con ser heréticos, ¡también *latrones et fures* tenían que ser! De la iglesia se llevaron los cálices, los relicarios, las capas pluviales, las casullas, una gran cruz de plata, los exvotos, las lámparas... No dejaron nada. A quienes seguíamos con vida nos juntaron en el patio, al pie de un muro. Llegó el capitán de esa cuadrilla, de cara repelente, bien se veía que era un hereje, Kralowicz le decían, con él venía otro, un tal Kolda. Llamaron a unos campesinos. Pues

debe saber este Santo Tribunal que con aquellos husitas bohemios venían también aldeanos de nuestras tierras, renegados, impíos. A éstos se dirigió el herético Kralowicz, diciéndoles, así, como si nada, muy bien, mostradme quiénes de entre estos monjes tenían oprimido al pueblo, celebremos un juicio. A esas sabandijas rollizas —así se refería a nosotros— habrá que castigarlas sin tardanza. Y aquellos Judas señalaron al punto al hermano Materno, éste solía oprimirnos, dijeron. Cierto es que el frater Materno se mostraba muy recio con los gañanes, le gustaba repetir aquello de que *rustica gens óptima flens*^[56]. La que le cayó. Se lo llevaron a rastras, le golpearon con los mayales hasta darle muerte, aquellos canallas. A continuación el *celerarius* Scholer fue asesinado, le señalaron aquellos labriegos porque toqueteaba a las mozas, y en ocasiones también andaba detrás de los chiquillos... Tras él el *cusios* Wencel, el hermano Gil, el hermano Laurencio... Un grito, un gemido, súplicas, golpes, sangre salpicando todos nosotros arrodillados, en llanto, *ab ira tua, ab odio et omni mala volúntate libera nos, Domine...*

¿Qué fue del padre abad, preguntáis? A eso iba yo. Ya se disponían los husitas a marcharse cuando apareció un señoritingo de los suyos, uno rubio, apuesto, aunque de mirada aviesa, una mueca en los labios... Reynevan le llamaban. De ningún modo me equivoco, reverendo padre, lo oí claramente: Reynevan. Puedo jurarlo ante una cruz... Entonces, el tal Reynevan, ¡zas!, agarró al padre abad del hábito. Éste es, grita, Nicolás Kappitz, abad de Kamieniec, el más dañino para el pueblo, sinvergüenza, soplón y... ejem, ejem, disculpad... perro inquisitorial. Y él entonces, inclinándose sobre el abad, te acuerdas, le dice mientras los dientes le rechinaban, de Adela, hijo de perra. ¿A la que por cien ducados acusaste de brujería en Ziebice? ¿A la que llevaste a la muerte? Ahora vas a pagar por eso. Acuérdate de Adela de camino al infierno, miserable cura. Así le habló al abad antes de llevárselo al patio. Lo oí muy bien. Palabra por palabra. Puedo jurarlo ante una cruz...

Por atenerme a la cuestión: mataron a golpes al abad Kappitz. Le apalearon con garrotes, con hachas... Ese Reynevan no le golpeó. Se quedó parado mirando.

Y eso es todo lo que ocurrió entonces, Santo Tribunal, aquel Martes Santo *Anno Domini* 1428. He dicho la verdad, toda la verdad y nada más que

la verdad, y que Dios me ampare. Los herejes incendiaron la iglesia y el claustro. Prendieron fuego en los graneros, en el molino, en la tahona, en la fábrica de cerveza. Y se marcharon, quemando por el camino Radkowice, una aldea propiedad de nuestra abadía. Y a nosotros, los que quedamos con vida, nos arrebataron los hábitos al partir. En aquellos momentos no sabíamos por qué lo hacían. Pero más tarde lo descubriríamos. Cuando aquellos malhechores cayeron sobre Frankenstein...

—¿Quiénes sois? —bramó el centinela de la Puerta de Klodzko. Cerca de él se asomaron desde las almenas algunos más, con las ballestas aprestadas para disparar—. ¡El portillo está cerrado! ¡No permitimos que entre nadie!

—¡Somos de Kamieniec! —dijo Rzehors con voz chillona, desde debajo de su capucha monacal—. ¡Cistercienses! ¡Hemos escapado de la matanza a través de los bosques! ¡El convento está en llamas! ¡Abre la puerta, buen hombre!

—¡Y qué más! ¡Está prohibido! ¿Lo entiendes, monje? ¡No se puede pasar!

—Déjanos pasar, por Dios —suplicó Reynevan—. ¡Hermanos en Cristo! ¡Los herejes nos vienen pisando los talones! ¡No permitáis nuestra ruina! ¡Qué no caiga nuestra sangre sobre vuestra conciencia! ¡Abrid!

—¿Y cómo sé yo quiénes sois? ¿Y si sois husitas disfrazados?

—¡Somos religiosos, buenos y devotos cristianos! ¡Cistercienses de Kamieniec! ¿No estáis viendo nuestros hábitos? ¡Abrid, por Dios santo!

Al lado del jefe de la guardia se dejó ver un monje, a juzgar por el hábito, un miembro de la orden del Santo Sepulcro.

—Si de verdad sois cistercienses de Kamieniec —gritó—, decid entonces: ¿cómo se llama vuestro abad?

—¡Nicolás Kappitz!

—¿Qué cántico se canta en las *laudes* los domingos y los días de fiesta?

Reynevan y Bisclavret se miraron con caras de estúpidos. Fue Scharley quien salvó la situación.

—El Cántico de los Tres Jóvenes —afirmó con seguridad—. O sea, *Benedicite Dominum*.

—Cantadlo.

—¿Qué?

—¡A cantar! —bramó el centinela—. ¡Y bien alto! ¡Si no, su puta madre, os vamos a acribillar a flechazos!

—*Benedicite, omnia opera Domini, Domino!* —cantaba, haciendo gallos, el demérito, volviendo a salvar el día—. *Laúdate et superexáltate eum in saecula! Benedicite, caeli, Domino, benedicite, angeli Domini...*

—Seguro que son monjes, no hay duda —dijo convencido el del Santo Sepulcro—. Hay que dejarles pasar. ¡Retirad las aldabas! ¡Vamos, vamos!

Mas aquello resultó ser una traición, no eran monachi, sino heréticos qui se Orphanos appellaverunt, vestidos con hábitos arrebatados a los cistercienses cuando in feria III pasee atacaron el monasterium Cisterciense de Kamenz, el cual monasterio eodem die efractum et concrematum est. No eran corderos de Dios, sino lobos, lupi in vestimento ovium, aquellos notorios traidores que se hacían llamar Vogilsang, fermentidos, Judas, truhanes sin honor y sin fe. Se introdujeron aquellos infames por una puerta indebidamente abierta, atacaron a los guardias, tras ellos entraron en tropel otros Orphani, ocultos hasta entonces en un carro, bajo una lona, como los aqueos en el caballo de madera. Mataron a los guardias, abrieron las puertas de par en par, y al punto irrumpieron al galope los equites heréticos, tras la caballería entró corriendo la infantería, y en dos padrenuestros había en la ciudad más de quinientos herejes, y seguían llegando. Y cundió una angustia terrible...

Mientras corrían junto a las murallas de la Ciudad Nueva, a lo largo de la calle Nueva, nadie se atrevió a salirles al paso. Apenas eran una veintena, pero armaban ruido y vociferaban como si fueran cien. Los husitas chillaban y jaleaban, hacían traquetear matracas de madera. Bisclavret y Rzehors iban tocando unas trompetas de latón, Scharley aporreaba un címbalo de hojalata. Aterrados y aturdidos por la batahola ensordecedora, los habitantes de Frankenstein escapaban ante ellos, huían en dirección a la plaza mayor. Una sola vez, desde las ventanas de la fábrica de cerveza, les dispararon con ballestas y arcabuces aunque con nula puntería. Ni siquiera refrenaron su marcha ni dejaron de armar bullicio. Desde el sur, desde la Puerta de Klodzko, tomada gracias a su añagaza, y pronto también desde el oeste, crecía el griterío y las explosiones. Al parecer, los Huérfanos ya estaban

asaltando el castillo y la iglesia de Santa Ana.

Corrían. Junto a la calle de los Baños de Abajo volvieron a disparar sobre ellos, esta vez con más acierto, dos cuerpos quedaron tendidos en el barro de los sumideros. Con una atropellada salva de virotos los recibió el destacamento de la Puerta de Ziebice, integrado por una docena de individuos, pero a los ballesteros les temblaba el pulso, lo cual no era de extrañar: ya habían visto el negro humo elevándose sobre los tejados, habían oído los gritos desgarradores de los caídos.

Acometieron a los defensores de repente, con rabia, parecía que los Huérfanos quisieran descargar sobre ellos todo el impulso de aquella carrera mortífera.

Inmediatamente cayeron los primeros cadáveres, la sangre regó el empedrado de la puerta. Reynevan no intervino en el combate, Berengar Tauler y Sansón se lanzaron a la vez contra la puerta, se pusieron a retirar los cerrojos. Scharley les cubrió las espaldas, al centinela que los atacó le sacudió unos tajos fulgurantes con el bracamarte.

Cerrojos y traviesas cedieron con estrépito, las hojas del portón, presionadas desde fuera, se abrieron, los jinetes penetraron en la puerta entre el estruendo de los cascos, tras ellos irrumpió la infantería con un alarido. Las herraduras resonaron en los adoquines. Un río de Huérfanos se precipitó sobre la ciudad, en dirección a la calle de Ziebice.

—¡Buen trabajo, Reynevan! —gritó, plantando su caballo ante él, Jan Královec de Hradek—. ¡Buen trabajo con esa puerta! ¡Estoy cambiando mi opinión sobre ti! ¡Con razón te alababan tanto! Y ahora, ¡adelante!, ¡adelante! ¡La ciudad todavía no es nuestra!

Al desembocar en la plaza mayor les dio la impresión de que Královec estaba equivocado, de que Frankenstein ya estaba en manos de los Huérfanos. Ardía la casa del abad de Henryków, ardía el mercado de paños, llameaban bancos y tenderetes, el humo y las llamas salían por las ventanas de las casas de los gremios. Continuaba el asalto al ayuntamiento, sobre el clamor de guerra de los atacantes se alzaban los atroces gritos de las víctimas, la gente arrojada por las ventanas iba a parar a las enhiestas alabardas y venablos. La degollina se prolongaba en los soportales de las mansiones de la plaza. En la zona meridional de la ciudad aún se podían oír disparos, al parecer el castillo,

atacado por Kolda de Zampach, seguía resistiendo. Pero el campanario de Santa Ana ya estaba envuelto en humo y fuego.

La infantería husita penetró en la plaza, seguida por los jinetes que mandaba Matej Salava. El joven caballero tenía el rostro ennegrecido por el hollín, sostenía en una mano la espada manchada de sangre.

—¡Por allá! —señaló Královec con la maza de armas, controlando su caballo, que había resbalado en un charco de sangre—. ¡Aquí ya nos bastamos nosotros, id vosotros corriendo hacia allá! ¡Al convento de los dominicos! ¡Al convento, guerreros de Dios!

—*Vamos*, muchachos. —Reynevan se dio la vuelta—. Al convento. A la carrera. Scharley, Rzehors...

—A la carrera, Intrépido Reinmar de la Puerta Abierta.

—¿Listo, Tauler? ¿Sansón?

—Listo.

Los jinetes de Salava, muy poco adecuados para el combate entre los edificios, se dispersaron por los callejones, dejando en manos de la infantería el asalto al convento de los dominicos. De un centenar largo de hombres, capitaneados por Smil Pulpan, teniente del hetmán de Náchod, un tipo regordete con la cabeza rapada al cero. Reynevan lo conocía. Ya lo había visto anteriormente.

—¡Sus y a ellos! —vociferaba Smil Pulpan, indicando con la espada la dirección de la carga—. ¡Sus y a ellos! ¡Golpead! ¡Matad!

Los husitas se lanzaron al ataque entre alaridos, sucumbiendo uno tras otro en el diluvio de disparos. Pero enseguida volvían a la carga.

—¡Sus y a ellos! ¡Muerte a los papistas!

Apoyados por burgueses y artesanos, los dominicos defendían brava y encarnizadamente su morada, pero era aquélla una defensa desesperada. La superioridad de los Huérfanos era abrumadora, la furia de su ataque terrorífica. Los religiosos cedían ante su empuje, se retiraban dejando cadáveres vestidos con hábitos blancos, entregando a los husitas un edificio tras otro del convento.

El último bastión de su defensa fue la iglesia del Alzamiento de la Santa

Cruz, el atrio y la entrada principal, taponada por una barricada. Los monjes se batieron aquí hasta el último virote de ballesta y hasta la última bala de arcabuz. Y hasta el último hombre.

Cuando los Huérfanos, enfurecidos por la resistencia, alcanzaron el presbiterio, sorteando cadáveres, el haz de luz de colores que penetraba a través de las vidrieras les permitió ver únicamente a dos monjes vivos. Uno de ellos, con la cabeza gacha, estaba arrodillado junto al altar, al lado mismo del *antepodium*. El otro, con su propio cuerpo y con un crucifijo, protegía al arrodillado.

—*Templum Dei sanctum est* —Su voz, aunque fina, se alzó hasta la bóveda y retumbó como un eco—. ¡Quién destruya el templo de Dios será destruido por Dios! ¡Retroceded, fuerzas infernales! ¡Retroceded, satanes, herejes, antes de que Dios os alcance!

—Es Juan Buda —aclaró diligente uno de los silesios que colaboraba con los Huérfanos—. En cuanto al otro, el que está arrodillado, es Nicolás Karpentariusz, el prior de esta gente. Ambos predicaban contra las enseñanzas del maestro Hus. El único checo bueno es el checo muerto, así concluían todos sus sermones. Ambos bendijeron las armas de las tropas que marcharon contra Náchod.

Smil Pulpan tenía la mejilla y el cuello llenos de sangre, se tapaba una oreja con la mano: una saeta disparada por una ballesta le había arrancado una parte apreciable. Durante el asalto al convento y la iglesia había sufrido como una docena de muertos y otros tantos heridos, pero la oreja, al parecer, le había enfurecido en un grado muchísimo mayor.

—¿Conque el único checo bueno es el checo muerto? —repitió maliciosamente—. Entonces no estáis de suerte, curillas. Porque habéis caído en manos vivas y malas. Os vamos a enseñar lo malo que puede ser un checo vivo. Prendedlos. ¡Al patio con ellos!

—¡No os atreváis a tocarme! —gritó Juan Buda—. No os atreváis a...

Se llevó un puñetazo en la cara, se calló. El prior no opuso resistencia.

—*Vexffla Regisprodeunt...* —imploraba, arrastrado por toda la nave—. *Fulget Crucis mysterium... Quo carne camis conditor... Suspensus est patíbulo...*

—Se le ha ido la olla —sentenció alguno de los Huérfanos.

—Es un himno. —Smil Pulpan, Reynevan lo había oído comentar, era sacristán antes de la revolución—. El himno *Vexilla Regis*. Se canta en Semana Santa. Y hoy es Viernes Santo. No puede haber un día más a propósito para el martirio.

Enfrente de la iglesia la turba de los Huérfanos envolvió a ambos religiosos. Casi de inmediato se descargó el primer puñetazo, la primera patada, siguieron otros, después los garrotes y los petos de las hachas se pusieron en marcha. El prior cayó. Juan Buda se mantenía en pie, rezando en voz alta, escupiendo sangre de los labios partidos. Smil Pulpan le miraba con odio. A una señal suya trajeron de la leñera un tocón para cortar los maderos.

—Así que bendecías las armas que marchaban contra Náchod, papista. La forma en que te vamos a castigar nos la enseñaron precisamente los esbirros del obispo en Náchod. Adelante, hermanos.

Se llevaron a rastras a Juan Buda, le colocaron una pierna encima del tocón. Uno de los husitas, un enorme jayán, levantó un hacha y tajó. Juan Buda chilló de una forma monstruosa, del muñón palpitante la sangre manaba a chorros. Los Huérfanos levantaron al dominico que se agitaba entre espasmos, le colocaron la otra pierna encima del tocón. El hacha cayó con un golpe sordo y un chasquido, hasta la tierra tembló del impacto. Juan Buda chilló de forma aún más monstruosa.

Berengar Tauler dio algunos pasos vacilantes, se apoyó con las dos manos en la pared de la iglesia y vomitó. Reynevan se controló, aunque a costa de un gran esfuerzo. Sansón se puso muy pálido, de pronto miró a lo alto, al cielo. Estuvo mirando mucho tiempo. Como si esperase algo de allí.

En un tocón, que para cortar la leña solía servir, aquellos verdugos, haeretici, que al mismo diablo, su amo y maestro, sobrepujar querían en saña e iniquidad, valiéndose de hachas a aquel desgraciado sus extremitatis todas una por una le amputaran. Tamaña atrocidad no acierta a describir mi pluma, tiémlame la mano, de los mis ojos lacrimae manan... Nicolaus Carpentarius, Johannes Buda et Andreas Cantoris, martyres de Ordine Fratrum Praedicatorum, atormentados por la Palabra Divina y por el testimonio que habían de dar. ¡Dios, Dios, Dios, a ti clamamos! Usquequo, Domine sanctus et veras, non iudicas et vindicas sanguinem nostram?

Mientras tanto, los Huérfanos saquearon la iglesia, dejándola vacía de todo cuanto representaba un mínimo valor. Las imágenes sagradas, las tablas de la sillería y los restos medio partidos del altar que carecían de valor ardieron en una enorme pira. A una orden de Pulpan los dos monjes mutilados y agonizantes fueron conducidos a la hoguera y a ella arrojados. Los husitas, formando un abanico a su alrededor, contemplaron cómo los dos cuerpos privados de extremidades se movían torpemente y se retorcían en medio de las llamas. El caso es que no ardieron muy bien, empezaba a llover. Smil Pulpan se manoseaba la oreja desgarrada, maldecía, escupía.

—¡Tenemos a otro! —gritaron unos, irrumpiendo precipitadamente desde el atrio—. ¡Hermano Pulpan! ¡Lo hemos pillado! ¡Se había escondido en el ambón!

—¡Traédmelo aquí! ¡Traedme a ese papista!

Arrastrado por los husitas, llegó gimoteando, intentando resistirse, soltando coces. Reynevan lo reconoció al momento: el diácono Andrzej Kantor. Sólo llevaba puesta una camisa, se ve que lo habían cazado justo cuando trataba de desembarazarse de su hábito de dominico. Al pasar a su lado, descubrió a Reynevan.

—¡Señor de Bielau! —vociferó—. ¡No permitáis que me torturen! ¡No lo permitáis! ¡Salvadme, señoooooor!

—Me vendiste, Kantor. ¿Recuerdas? Me condenaste a una muerte segura como Judas. Así que morirás como Judas.

—¡Señooooor! ¡Piedad!

—Traedlo acá. —Pulpan señaló el tocón ensangrentado—. Será el tercer mártir. *Omne trinum perfectum!*

Quizá fuera un impulso lo que le hizo decidirse, algún recuerdo borroso. Quizá fuera una debilidad momentánea, fruto del cansancio. Quizá aquella mirada, cargada de profunda tristeza, de Sansón Mieves, que captó con el rabillo del ojo. Reynevan no supo muy bien qué fue lo que le llevó a actuar, a hacer lo que hizo y no otra cosa. Le arrebató la ballesta a un bohemio que estaba a su lado, apuntó, apretó el gatillo. El virote impactó en Kantor justo debajo del esternón con tanta fuerza que le atravesó de parte a parte, y cerca estuvo de arrancar al diácono de manos de sus verdugos. Cuando cayó al suelo ya no vivía.

—Tenía algo con él —se justificó Reynevan en medio de un silencio profundo, un silencio sepulcral—. Tenía una cuenta pendiente con él.

—Entiendo. —Smil Pulpan asintió con la cabeza—. Pero no vuelvas a hacerlo nunca más, hermano. Porque puede que otros no lo entiendan.

Con un bramido, las llamas se extendieron por el tejado de la iglesia, cabrios y vigas cayeron hacia el interior, que no cesaba de arder. Enseguida empezaron a hundirse y desmoronarse las paredes. Una columna de pavesas y humo ascendió hacia el cielo. Unos trapos negros revoloteaban por encima del fuego cual cornejas sobre el campo de batalla.

La iglesia de Santa Ana se vino abajo en su totalidad. En medio de las llamas sólo se distinguía, renegrido, el arco de piedra del pórtico. Como las puertas del infierno.

El jinete, al llegar a la plaza, detuvo el caballo cubierto de espuma delante de los hetmans de los Huérfanos. Delante de Jan Královec, Procopillo, Kolda de Zampach, Jira de Recice, Brázda de Klinstejn y Matej Salava de Lipa.

—¡Hermano Jan! El hermano Procopio se ha dado la vuelta en Olawa, se dirige hacia Rychbach pasando por Strzelin. ¡Os convoca para que acudáis allí sin demora!

—¿Habéis oído? —Královec se volvió a su estado mayor—. El Tabor nos convoca.

—El castillo —recordó Procopillo— aún se defiende.

—Mejor para ellos. ¡Capitanes, a sus compañías! ¡Hay que cargar el botín en los carros, reunir las vacas! ¡En marcha! ¡Nos vamos a Rychbach, hermanos! ¡A Rychbach!

—¡Salud, hermanos! ¡Salud, Tabor!

—¡Sed bienvenidos, hermanos! ¡Salud, Huérfanos!

El intercambio de saludos no se acababa nunca, la alegría por el encuentro y la euforia embargaba a todo el mundo. Enseguida Jan Královec de Hradek estaba estrechando la mano de Procopio el Rasurado, Procopillo le besaba las mejillas greñudas a Markolt, Jan Zmrzlík de Svojsín le daba unas

palmaditas en el espaldar de hierro a Matej Salava de Lipa y Jaroslav de Bucovina dejaba escapar un quejido ante el vigoroso apretón de Jan Kolda de Zampach. Urban Horn abrazó a Reynevan, Rzehors a Drosselbart. Los mayaleros y arqueros de los Huérfanos saludaron a los lanceros taboritas, los picadores silesios y los hacheros de Nymburk se abrazaban con los ballesteros de Chrudim. Se daban la bienvenida los carreteros de los carros de guerra, soltando unos tacos tremendos, según su costumbre.

El viento sacudía con violencia los estandartes que se agitaban arracimados: al lado mismo del *Ventas vincit*, con la hostia y la *corona* de espinas del Tabor, ondeaba el Pelícano de los Huérfanos, que vertía gotas de sangre en el Cáliz dorado. Los guerreros de Dios vitoreaban, arrojaban al aire gorros y yelmos.

Al fondo, mientras tanto, ardía y lanzaba nubes de humo negro la ciudad de Rychbach, incendiada por los taboritas después de haber sido abandonada por sus habitantes, presa del pánico.

Procopio, con la mano aún en el hombro de Jan Královec, observaba con una sonrisa plenamente satisfecha al ejército en formación. Ahora, en conjunto, contaba con un millar largo de jinetes, más de diez mil infantes y trescientos carros de guerra bien pertrechados de artillería. Sabía que en toda la Silesia no había nadie capaz de hacer frente a semejante fuerza en el campo de batalla. A los silesios sólo les quedaban las murallas de las ciudades. O — como a los moradores de Rychbach— la huida a los bosques.

—¡En marcha! —gritó a los hetmans—. ¡Preparados para la marcha! ¡A Wroclaw!

—¡A Wroclaw! —se hizo eco Jaroslav de Bucovina—. ¡Contra el obispo Conrado! ¡En maaarcha!

—¡Hoy se celebra la Pascua! —gritó Královec—. *Festum festorum!* ¡Cristo ha resucitado de entre los muertos! ¡En verdad ha resucitado!

—*Resurrexit sicut dixit!* —añadió Procopillo—. ¡Aleluya!

De las gargantas de los mayaleros de los Huérfanos y de los lanceros taboritas brotó y se elevó hasta el cielo un cántico atronador. Enseguida los secundaron, con potentes voces, los picadores de Chrudim, los paveseros de Nymburk, los ballesteros de Slany.

*Buóh vsemohúcí
vstal z mrtvych zádúrí!
Chvalmez Boha s veselím,
to nám vsem Písmo velí!
Kyrieleison!*

Mientras emprendían la marcha, entonaban el cántico los lanceros de Zikmund de Vranov, los coraceros de Zmrzlík, tras ellos los carreteros de los carros de guerra, la caballería ligera de Kolda de Zampach, los jinetes de Salava, los moravos de Tovacovsky. Al final, en la retaguardia, marchaban los polacos de Puchala con una sonora canción en los labios.

*Cristo se alzó de entre los muertos
tras sus penosos tormentos,
de ahí viene nuestro contento.
¡Cristo es nuestra alegría!
¡Apiádate, Señor, del alma mía!*

Nubes de polvo se levantaban sobre la carretera de Wroclaw. Dejando atrás Rychbach, reducida a cenizas, el ejército de taboritas y Huérfanos comandado por Procopio el Rasurado marchaba hacia el norte. Hacia la Silesia, que negreaba en el horizonte, oculta por las nubes.

*Jezukriste vstal si,
nám na príklad dal si,
ze nám z mrtvych vstáti,
s Bohem prebyvati.
Kyrieleison!*

Los incendios aún devastaban la ciudad, pero los arrabales ya se habían consumido casi por completo, apenas humeaban, brasas agonizantes centelleaban entre las vigas y postes carbonizados. Al sentir cómo se apagaban en la lejanía los cánticos de los husitas, los lugareños empezaron a

salir de sus escondrijos, a abandonar los bosques, a descender de las colinas. Se miraban, muertos de miedo, lloraban contemplando la destrucción de su ciudad. Se limpiaban el hollín y las lágrimas del rostro. Y cantaban. Al fin y al cabo, se celebraba la Pascua.

*Christ, der ist erstanden
von der marter alle
des sull wir alle fro sein
Christ sol unser trost sein.
Kyrieleison!*

Salieron de sus escondrijos y bajaron del monte Winnik los monjes franciscanos. Se dirigían llorando y cantando hacia la ciudad incendiada. Era Pascua.

*Christus surrexit
Mala nostra texit
Et quos dilexit
Hoc ad celos vexit
Kyrieleison!*

El ejército de Procopio el Rasurado marchaba hacia el norte. Remolinos de fuego y columnas de humo ascendían desde las aldeas incendiadas por los destacamentos de Salava y de Fedko Ostrogski. Las techumbres de Uciechów estallaban con un fuego rojo pálido. Ardía Praus, ardía Harthau, ardía Rudelsdorf. Muy pronto casi todo el horizonte ardía en llamas.

Era Pascua.

Los guerreros de Dios marchaban hacia el norte. Con un cántico en los labios.

*Vsichni svetí, proste,
nám toko spomozte,
bychom s vámi bydlili,*

Jezukrista chválili!
Kyrieleison!

Era Pascua. Cristo en verdad había resucitado.
El incendio cundía por todo el país.

Capítulo vigesimoprimero

En el que distintas personas —desde distintas perspectivas— observan cómo empieza la historia. Y la historia, una vez rotas las cadenas, empieza como el culo. Y muestra de lo que es capaz.

—Pobre tierra silesia.

—¡Maldita tierra silesia!

Instalado en las proximidades de Sroda, a orillas del río Sredzka Woda, el campamento de los refugiados estaba increíblemente abarrotado, lleno a reventar. La habitual rotación entre quienes llegaban y quienes se marchaban permitía, mal que bien, sobrevivir, pero ese día Dzierzka de Wirsing estaba verdaderamente aterrada ante la perspectiva de que se presentaran nuevos desplazados.

Suspiró aliviada cuando empezó a anochecer: de noche no solía aparecer nadie, y sabía que bastante gente planeaba marcharse al amanecer. Los husitas se alejaban. Se dirigían hacia el sur, por la carretera de Kostomloty, Strzegom, Bolków y Landeshut. ¿Estarían volviendo a Bohemia? Hacía días que el humo no ennegrecía el cielo, y el resplandor de los incendios ya no iluminaba las noches. La gente ya estaba harta de vagabundear, quería regresar. Para contemplar los restos del incendio. A sus poblados y aldeas quemados hasta la raíz. A Sobótka, Gniechowice, Górká, Frankenthal, Amoldsmühle, Woskowice, Rakoszyce, Slup. Y a muchos, muchos más sitios, de nombres que le sonaban raro. Y que le dejaban indiferente.

Mugía un buey, balaba una cabra. Por ahí, entre los carros, se echó a llorar un crío, cerca de Dzierzka pasó corriendo Elencza von Stietencron. Después de terminar, como las otras, su tarea en la cocina, Elencza no se

había ido como ellas a dormir y descansar. Parecía que Elencza no descansaba nunca. Desde hacía siete días, plazo en el que Dzierzka de Wirsing había venido dando su apoyo organizativo y financiero al campo, Elencza sólo descansaba cuando se lo ordenaban tajantemente. A Dzierzka no le gustaba ser tajante con Elencza. Ya había tenido ocasión de ver cómo reaccionaba la muchacha en tales ocasiones. Lo había visto el primer día, cuando Elencza Stietencron llegó a Skalka en el alazán de Tybald Raabe. Cuando a Dzierzka se le metió en la cabeza que conocía el método más eficaz para sacar a la chica de su apatía e indiferencia.

—Pobre tierra silesia —insistió un rechoncho wroclawiano, un mercader a quien ni siquiera la ofensiva había disuadido de echarse al camino con el carro cargado de género.

—Maldita tierra silesia —insistió un molinero de Marcinkowice.

Los refugiados reunidos alrededor de la hoguera —venían a ser algo así como la jefatura del campo, constituida espontáneamente, gente con una autoridad evidente— hacían gestos de asentimiento, refunfuñaban. Dzierzka era la única mujer en aquel grupo. Predominaban los aldeanos respetables con rostros y ademanes propios de cabecillas innatos. Aparte del wroclawiano regordete y del molinero de Marcinkowice, aldea situada por la parte de Brzeg, había allí un arrendatario de las cercanías de Katy, dos soldados con las ropas descoloridas por el polvo de múltiples caminos y un tabernero de Górká. Había —y les venía muy bien— un barbero de Sobótká. Había un minorita del convento de Sroda, uno de los más ancianos, los más jóvenes se afanaban sin descanso con los enfermos y heridos. Había un judío, no se sabía de dónde. Había un caballero. Más bien pobretón, pero con eso y con todo su presencia causaba sensación.

—Dos veces —afirmó el mercader regordete— se nos pusiera en Wroclaw la carne de gallina. La primera vez fue el jueves antepuesto al Domingo de Ramos, cuando, tras saquear Brzeg e incendiar Ryczyn, la parte mayor de las fuerzas husitas se plantó ante Olawa. Podíamos ver cabalmente el resplandor de las quemas y las humaredas, el viento nos traía el olor a chamusquina. Y Olawa está de Wroclaw a un tiro de piedra... Cierto es que la ciudad tiene sólidos muros, que hay cañones en ellos, que tiene mucha gente armada, mas la camisa no nos llegaba al cuerpo... Empero, Dios nos

salvó. Se marcharon.

—No por mucho tiempo —observó uno de los soldados.

—Pues no. Casi no habíamos podido respirar aplacados cuando oímos que Procopio retomaba hacia Strzelin, apenas habíamos tenido tiempo de celebrar aquella Pascua tan agitada cuando de nuevo repicaron las campanas en todos los campanarios. ¡Los husitas volvían! Y volvían con redoblada energía. Tras juntarse con esos infernales Huérfanos, prendieron fuego a Rychbach, prendieron fuego a Sobótka, los caminos estaban negros de tantos refugiados como había. Y el viernes anterior al domingo *Misericordiae* volvimos a reparar en las humaredas desde las murallas, esta vez por poniente: era Katy, que estaba en llamas. Corriose entonces la noticia de que había un enorme campamento a las afueras de Sroda, y Procopio se disponía para el asalto.

Otra vez doblaron las campanas, las mujeres y los niños corrieron a guarecerse en las iglesias...

—Pero también esa vez tuvisteis suerte —sentenció Dzierzka—. No se produjo el asalto, como es bien sabido. Dos días después, justamente el domingo *Misericordiae*, se marcharon los bohemios.

—Se marcharon —confirmó el otro soldado— camino de Strzegom. Todo el mundo estaba convencido de que iban a atacar Swidnica. Mas no fue así. Se achantaron al ver las torres defensivas...

—No fue por eso —le rebatió el caballero—. Hace ya un año Swidnica firmó con los husitas un acuerdo secreto. Gracias a eso se salvó.

—Así estaba tan pancho —dijo en tono mordaz el molinero de Marcinkowice—, detrás de las murallas de Swidnica, el señor estarosta Kolditz, tan seguro y tan a gusto. Le importaba un pito que el país ardiera y que corrieran ríos de sangre. A él no le iba a pasar nada, él tenía un pacto. ¡Puf!

Durante un tiempo reinó el silencio. Lo rompió el mercader de Górka.

—Desde Strzegom, los husitas se han corrido hacia occidente. Han pasado de largo por Jawor, sin atacarlo. Empero en Swierzawa han entrado a saco y la han dejado envuelta en humo. Han saqueado a fondo la alquería de Dobków, propiedad de los monjes de Lubiaz, y después la han incendiado. Y han seguido adelante, hacia Zlotoiyja. Hoy mismo me he encontrado con un

conocido en el camino. Me ha contado que Zlotoryja ha sido incendiada. Mira que esa ciudad tiene la negra. Ya es la segunda vez que los husitas le prenden fuego. Y, a lo visto, Procopio y los Huérfanos van camino de Lwówek...

—No son noticias frescas —terció el barbero de Sobótka—. También yo he sonsacado a los refugiados. Los husitas llegaron a Lwówek la semana pasada, el jueves, mas no cruzaron el Bóbr. En cuanto a la caballería lausaciana, esos señores de hierro que tenían que acudir en auxilio de Silesia, se han acobardado, han cruzado a escape, los muy gallinas, a la orilla izquierda, y ahí se han quedado, callados como muertos. Los lausacianos no van a venir a prestarnos socorro. Estamos más solos que la una. ¡Pobre tierra silesia!

—Maldita tierra silesia.

Mugió un buey, ladró un perro. Otro niño se echó a llorar. Elencza volvió la cabeza, pero no podía ir a ver qué pasaba. En ese momento tenía en brazos a un chiquillo de pocos años al que intentaba calmar, una niña algo mayor se aferraba a sus faldas. Elencza suspiró, se sorbió los mocos. Doña Dzierzka la vigilaba con los ojos entrecerrados. Nunca había parido, nunca había tenido hijos, pero tampoco lo había lamentado nunca, nunca había sido un problema para ella. Nunca hasta hoy, pensó con un temor repentino, con un escalofrío que le envolvía el pecho y le ponía un nudo en la garganta.

—Toda nuestra esperanza reside —comentó el wroclawiano— en que esta aceifa está durando ya mucho. Los husitas tienen que estar cansados, y ya no podrán cargar con tanto botín...

—La derrota sí que cansa —afirmó el caballero—. Tiemblan las piernas de aquéllos que huyen, sólo el peso de la carga arrastrada en la huida se nos hace insoportable. La victoria nos da nuevas fuerzas, ¡el botín es ligero cual pluma! ¡La fortuna sonrío a los vencedores! Sus caballos se alimentan del trigo de nuestros graneros mientras los nuestros olfatean cenizas. Aunque decís verdad: esto ya dura demasiado. Cerca del Bóbr están los pasos de los montes Karkonosze, cerca está Bohemia. Quiera Dios que se vayan.

—¿Hasta cuándo? —alzó la voz el molinero de Marcinkowice—. Ya han comprobado que somos débiles, que no podemos enfrentarnos a ellos. ¡Qué nos falta ánimo! ¡Qué nadie nos conduce al combate! ¡Qué los caballeros

silesios, en cuanto ven a un husita, salen por piernas, huyendo como liebres! ¡Si los primeros que escapan son los duques! ¿Qué hizo Ludwig de Brzeg? A él le tocaba defender la ciudad, defender a la gente indefensa, a sus propios vasallos. Cuando los abrumaba con tributos, decían: «No importa, mucho sudor nos ha costado, pero a cambio nuestro buen señor nos ha de proteger llegado el momento». ¿Y qué es lo que ha hecho su buen señor? Huir cobardemente, entregar Brzeg a los invasores. Los husitas se emplearon a fondo con la ciudadela, quemaron la iglesia parroquial y convirtieron la colegiata de Santa Eduvigis en una cuadra. ¡Blasfemos!

—Y por tales cosas —sacudió la cabeza el barbero de Sobótka— no les cae un rayo del cielo despejado, no se abate sobre ellos la ira de Dios. Cómo no dudar en estos momentos... Hum... Quería decir que Dios nos somete a una dura prueba...

—No tendrán más remedio vuestras mercedes —intervino inesperadamente el judío— que acostumbrarse a tales pruebas... Ay, lo que quiero decir es que sólo al principio se hace difícil. Con el tiempo uno se acostumbra...

Durante un tiempo reinó el silencio. Lo rompió el caballero.

—Volviendo —dijo— al duque Ludwig, es muy cierto que no se condujo como un caballero dejando Brzeg a merced de los husitas. Ni como un caballero ni como un duque. Pero...

—Pero él no ha sido el único, ¿no es eso lo que queríais decir? —le interrumpió el molinero, poniendo mala cara—. ¡Estáis en lo cierto! Porque también otros volvieron las espaldas al enemigo, emporcando su honor. ¡Qué se hizo de ti, qué se hizo de ti, oh duque Enrique el Piadoso, que preferiste perecer antes de abandonar el campo de batalla!

—Lo que quería decir —tartajó ligeramente el caballero— era que mucho de lo logrado por los husitas se ha debido a la traición. A la traición y a la propaganda. Difundiendo falsas nuevas, sembrando el pánico...

—¿Y de dónde viene esa traición? —preguntó de repente el monje minorita—. ¿Cómo es que su simiente germina tan prontamente y florece con tal abundancia? ¿Cómo es que produce tan espléndidas cosechas? Nobles y caballeros rinden sin lucha fortalezas y castillos, se pasan al bando enemigo. Los labriegos se sienten atraídos por los husitas, les sirven de guías, delatan y condenan a muerte a los sacerdotes, y no contentos con eso ellos mismos

asaltan los monasterios y desvalijan las iglesias. Tampoco faltan los apóstatas entre los propios clérigos. Y no tenemos, no tenemos duques que, como Enrique el Piadoso, *pro defensione christiane fidei* estén prestos a caer en combate. Habría que considerar por qué son así las cosas. ¿A qué obedece?

—Tal vez a lo siguiente —respondió con voz grave uno de los aldeanos, un recio mocetón de abundante cabellera—. Tal vez se deba a que no se trata ahora de lidiar con sarracenos, ni turcos, ni con aquellos tártaros que acometieron las tierras silesias en tiempos de los tatarabuelos nuestros. Aquéllos, al parecer, eran negros, con los ojos rojos, echaban fuego por la boca, tenían marcas diabólicas, lanzaban sortilegios y sofocaban a los nuestros con un tufo infernal. No tardaba uno en darse cuenta de qué clase de potencia los alentaba. ¿Mas ahora? Por encima de las tropas bohemias se alza una custodia, en sus rodelaes vemos hostias y lemas piadosos. Mientras marchan van cantando a Dios, antes de la batalla rezan postrados de rodillas, reciben la comunión. Se hacen llamar guerreros de Dios. Así pues, es posible... es posible...

—¿Es posible que Dios esté de su parte? —concluyó el religioso con una sonrisa retorcida.

Hace sólo un año, pensaba Dzierzka en medio del silencio sepulcral que se había hecho, hace sólo un año nadie se habría atrevido a pensar siquiera algo semejante, y mucho menos a decirlo. El mundo está cambiando, de la cabeza a los pies. ¿Y a qué se deberá que el mundo siempre tenga que cambiar entre matanzas e incendios? ¿Qué siempre, igual que Popea se bañaba en leche, tenga que bañarse en sangre para poder renovarse?

—Estoy empezando —anunció Scharley, sentado a los pies del altar—. Estoy empezando a apoyar activamente la doctrina de Hus, de Wiclif, de Payne y demás ideólogos husitas. La iglesia, realmente, necesita un cambio... Bueno, puede que no se trate de convertirse de buenas a primeras en una cuadra, como la colegiata de Brzeg, pero sí en un refugio donde pernoctar. Hay que ver qué bien se está aquí. No te llueve encima, no sopla el viento, apenas hay pulgas... Sí, Reinmar. En lo que respecta a las iglesias, me voy a convertir a tu religión, voy a comenzar el noviciado. Puedes considerarme un

aspirante...

Reynevan sacudió la cabeza mientras arrojaba leña a la hoguera que, junto con Berengar Tauler, había hecho en medio de la nave central. Sansón suspiró. Estaba algo apartado, leyendo a la luz de la vela un libraco que había escarbado de la pila que había debajo del púlpito. Cuando saquearon la iglesia, nadie había mostrado codicia por los libros. De qué iban a servir.

—Se está de lujo en la iglesia. —Drosselbart partió otra tabla más de la galería del presbiterio—. Leña para el fuego no nos falta. Tenemos para un año.

—Y también hay comida —añadió Bisclavret, mordisqueando una salchicha que había encontrado en la sacristía, más tiesa que un palo—. Es verdad eso que dicen: *qui altan servit, ex altan vivit*.

—Y siempre se encuentra alguna copa donde beber. —Rzehors levantó un cáliz lleno de un vino incautado en el lugar—. Nada de andar, como un perro, dando lametazos del barril... Siempre es posible preservar la dignidad... ¿No es verdad, Sansón? ¡Sansón!

—¿Decías? —El gigante levantó la cabeza—. Ah, sí... No os lo vais a creer, en esta obra latina he encontrado una frase en polaco. Y la obra es del año 1231, de la época de Enrique el Barbudo. En el frontispicio, fijaos, figura la fecha: *Anno vemm Millesimo CCXXXI*, y al pie aparece escrito, en grandes letras: *benefactor noster Henricus Cum Barba Dei gratia dux Slesie, Cracouie et Poloniae...*

—¿Qué dice —se interesó Drosselbart— esa frase polaca?

—*Recorda duenna mía* —leyó Sansón Mieles— *nostras amortas, et mi probre coragon, dexado del mucho amor*^[57]:

—Qué idiotez.

—Tienes razón.

—Y la rima es una mierda.

—También en eso tienes razón.

Procedentes del pórtico se oyeron, repetidos por el eco, unos pasos, un chirrido, un golpe, el ruido de unas voces nerviosas. Una antorcha y una tea iluminaron la oscuridad, su luz permitió identificar a los recién llegados. Scharley soltó un taco. Evidentemente, los había reconocido. Pesek Krejčí, predicador de los Huérfanos, uno de los subordinados de Procopio. Detrás de

Krejcír venían algunos mozalbetes armados. Scharley soltó otro taco.

Y es que las tropas del Tabor, al igual que las de los Huérfanos, iban siempre en sus correrías acompañadas por mujeres que se ocupaban, ante todo, de la intendencia y la cocina, a veces también de atender a enfermos y heridos. Esas mujeres, viudas en su mayoría, llevaban consigo a sus hijos. Con el tiempo, con los mayores de éstos surgió una formación característica del ejército husita: los escuadrones de adolescentes. A base de incorporar en las expediciones a zagales de las aldeas y a golfillos de las ciudades, estos escuadrones crecieron rápidamente. Pronto se convirtieron asimismo en las mascotas y los benjamines del ejército, en el ojito derecho de todo el mundo. Conscientes de su estatus y su supremacía, los amados soldaditos se envalentonaron de un modo increíble. La propaganda husita, al presentarlos como los «hijos de Dios del nuevo orden», difundió y alentó en aquellos rapaces el fanatismo y la crueldad, y semejante simiente —como pasa siempre con la chiquillería— cayó en un suelo excepcionalmente propicio. Comúnmente llamaban a aquella alegre manada los «pequeños honderos», pues los armaban sobre todo con hondas, un arma de zagales y golfillos. Aunque Reynevan nunca había visto a los honderos emplear sus hondas en la batalla. Ni, en general, los había visto combatir. En cambio, sí había visto a aquellos arrapiezos en otras circunstancias. Después de la batalla de Ústí los «hijos de Dios» les iban sacando los ojos a los sajones caídos, metiendo unas varillas afiladas por las rendijas del yelmo. Últimamente, en Glucholazy, en Nysa, en Bardo, en Frankenstein y en Zlotoryja, a los heridos los habían golpeado, pateado, lapidado, mutilado, escaldado con agua y leche hirviendo.

—¿Cómo es esto? —inquirió severamente Krejcír, señalando el cáliz del que bebía Rzehors—. ¿Quebrantas las normas, hermano? ¿Castigo buscas? ¡El botín hay que depositarlo en las cubas comunes! ¡Quién intente quedarse con algo, así sea poco, recibirá castigo! ¡Así figura en las Sagradas Escrituras! ¡Acán, hijo de Zéraj, de la tribu de Judá, que robó un manto y un lingote de oro del botín destinado a Dios, fue quemado y apedreado en el valle de Acor!

—Pero si esto no es más que latón chapado en plata... —bufó Rzehors—. De todos modos, pensaba entregarlo, tomadlo.

—¿Y esto? —El predicador le quitó el libro de las manos a Sansón—.

¿Qué es esto? ¿No sabes, hermano, que llega una Nueva Era? ¿Qué en esta Nueva Era no van a ser necesarios los libros ni la escritura, porque la ley de Dios se escribirá en los corazones? ¡Qué el viejo mundo perezca en el fuego!

El libro con la frase en polaco del año 1231 voló a la hoguera.

—¡Qué perezca el viejo mundo! ¡Y que perezca con él su falsa sabiduría! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!

Cada vez que gritaba, un libro iba a parar a las llamas. Más de un *Tractatus* acabó en el fuego, más de un *Codex*, más de una *Crónica sive gesta...* Sansón se quedó quieto, con los brazos caídos, sonriendo. A Reynevan no le gustaba un pelo esa sonrisa. Pero Krejcír se sacudió el polvo de las manos, le quitó una maza reforzada y claveteada a uno de los honderos, miró a su alrededor, se dirigió a una nave lateral. Descubrió una imagen. *La adoración del Niño*.

—¡Una Nueva Era! —exclamó—. ¡Los hombres arrojarán a los topos y a los murciélagos sus ídolos de plata y sus ídolos de oro! Dice Dios: ¡dad la espalda a vuestras deidades, apartaos de todas vuestras inmundicias!

Tomó impulso, la maza destrozó con estrépito la tabla pintada. Uno de los mozalbetes se echó a reír estúpidamente.

—¡No te harás —bramó el predicador, descargando la maza sobre la siguiente pintura— escultura ni imagen alguna! ¡Ni de lo que hay arriba en los cielos! ¡Ni de lo que hay abajo en la tierra! ¡Ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra!

Se hizo astillas *La expulsión del Paraíso*, cayó de la pared, hendida, *La Anunciación*, se partió por la mitad *La adoración de los Reyes Magos*. Se rompió en mil pedazos *Santa Eduviges*, luminosa y brumosa, como si fuera obra del Maestro de Flémalle. Krejcír derribaba las obras sin contemplaciones, el eco llenaba la sala. En su locura golpeó también la policromía de los muros, desconchó los rostros de los querubines en el friso de una pilastra. Y en ese momento reparó en una escultura. Todos repararon en ella. Y se quedaron pasmados.

Tenía la cabeza levemente inclinada, con sus menudas manos recogía el manto plegado, cada uno de cuyos pliegues entonaba un himno a la maestría del tallista. Ligeramente encorvada, aunque con orgullo, como si quisiese acentuar el abultamiento de su vientre, la Madona encinta los miraba con sus

ojos tallados y pintados, y en esos ojos había *Gratia* y *Agape*. La Madona encinta sonreía, y en esa sonrisa el artista había esculpido la grandeza, la gloria, la esperanza, la claridad del alba después de la negra noche. Y las palabras *magnificat anima mea Dominum*, pronunciadas en silencio y con amor.

Magnificat anima mea Dominum.
Et omnia quae intra me sunt.

—¡Nada de tallas! —chilló Krejcír, alzando la maza—. ¡Nada de estatuas! ¡Castigaré a los ídolos de Babilonia!

Nadie supo de qué modo Sansón se situó de pronto delante de la figura, entre ésta y el predicador. Pero el caso es que allí estaba, cortándole el paso con los brazos abiertos en cruz. ¿Qué está haciendo?, pensó Reynevan al ver la cara de espanto de Tauler y el rostro de Scharley, congelado en una mueca de resignación. ¿Qué demonios está haciendo? Enfrentarse al predicador de los Huérfanos es un suicidio... Además, en principio a Krejcír no le falta razón... En la Nueva Era no habrá que rendir homenaje a los ídolos ni a las falsas deidades, no habrá que inclinarse ante ellos. ¿Arriesgarse por una figura tallada de un madero de tilo? Ay, Sansón...

El predicador dio un paso atrás, sorprendido. Pero enseguida se rehízo.

—¿Proteges una imagen? ¿Defiendes a un ídolo? ¿Te burlas de las palabras de la Biblia, blasfemo?

—Destruye otra cosa —repuso tranquilamente Sansón—. Esto no. No lo consiento.

—¿No lo consientes? ¿No lo consientes? —Krejcír echaba espumarajos por la boca—. Yo te... Yo te... ¡Adelante, chavales! ¡A él! ¡Duro!

En un abrir y cerrar de ojos, al lado de Sansón ya estaba Scharley, al lado de Scharley Tauler, al lado de ellos Drosselbart, Rzehors y Bisclavret. Y Reynevan. Sin saber muy bien ni cuándo ni cómo ni por qué. Pero estaba a su lado. Protegiéndole. A Sansón. Y la talla.

—¿Ah, sí? ¿Ah, sí, herejes? —vociferaba Krejcír—. ¿Idólatras? ¡Venga, chicos! ¡A ellos!

—Alto —les llegó desde el atrio una voz sonora y autoritaria—. Alto, he

dicho.

Acompañando a Procopio el Rasurado entraron en la iglesia Královec, Procopillo, Jaroslav de Bucovina, Urban Horn. Sus pasos, según atravesaban la nave, repiqueteaban y retumbaban, despertaban un eco inquietante. Las antorchas proyectaban unas sombras siniestras.

Procopio se acercó, con una mirada rápida y severa examinó y valoró la situación. Ante su vista los pequeños honderos bajaron la cabeza, tratando inútilmente de ocultarse todos tras los faldones de Krejcír.

—Pues sí, hermano, ya ves... —balbuceó el predicador—. Resulta que, claro...

Procopio el Rasurado le interrumpió con un gesto. Bastante resolutivo.

—Hermano Bielau, hermano Drosselbart —llamó a ambos con un gesto parecido—. Permitid, antes de nuestra partida tenemos que discutir ciertos asuntos. En cuanto a ti, hermano Krejcír... Puedes retirarte. Retírate y...

Se interrumpió, miró la talla.

—Destruye otra cosa —concluyó poco después.

Mugía el buey, balaba la cabra. El humo flotaba bajo, se extendía hacia los juncos del riachuelo. Gemía y se lamentaba un herido recién cosido por el barbero de Sobótka. Entre los refugiados circulaban los minoritas, pendientes de las manifestaciones de una eventual epidemia. Estos monjes son un regalo de Dios, pensaba Dzierzka. Entienden de epidemias, detectan si hay algo. Y no tienen ningún temor. Si pasara algo, no saldrían corriendo. Ellos no. No conocen el miedo. En ellos pervive la valentía discreta y callada de Francisco.

Era una noche tibia, había un aroma a primavera. Por allí cerca, alguien rezaba en voz alta.

Elencza, que dormía en el regazo de Dzierzka, se movió, dejó escapar un gemido. Está cansada, pensó Dzierzka. Está extenuada. Por eso tiene un sueño tan intranquilo. Por eso la torturan las pesadillas.

Otra vez.

Elencza gemía en sueños. Soñaba con batallas y sangre.

Sobre un fondo dorado, pasa un uro negro, pensó Reynevan, mirando el escudo hundido a medias en el barro. Técnicamente, ese blasón se describe así: *d'or, au taureau passant de sable*. Y ese otro, el de ese escudo que apenas se distingue bajo la sangre coagulada, ése que tiene unas rosas rojas sobre una banda oblicua de plata, sería: *d'azur, á la bande d'argent, chargée de trois roses de gueules*.

Con un movimiento nervioso se limpio la cara.

Taureau de sable, un uro negro: ése es el caballero Enrique Baruth. El mismo Enrique Baruth que hace tres años me ultrajó, me sacudió y me dio de patadas en el torneo de Ziebice. Ahora se ha llevado lo suyo. Un golpe de mayal le había aplastado y deformado de tal modo el almete que más valía no imaginarse qué aspecto tendría la cabeza que había dentro. Los husitas le habían birlado al caballero caído su armadura bávara, pero no habían tocado el yelmo abollado. Así que Baruth yacía como un monigote grotesco, en calzas y camisa, con almófar y yelmo, en medio de un charco de sangre que había manado del casco.

En cuanto a las tres rosas, *trois roses*, se trata de Christian Der, hijo de Walpot Der de Wawolnica. De niño he jugado con él, en los bosquecillos que están allende Balbinów, junto al estanque de las Ranas, en los campos de Powojowice. Jugábamos a los caballeros de la Mesa Redonda, a Sigfrido y Hagen, a Hildebrando y Teodorico. Y más tarde corrimos juntos tras la hija del molinero de Wawolnica, pensando con razón que a alguno de nosotros le dejaría al fin que le metiera mano por aquí y por allí. Después Peterlin se casó con Griselda von Der, y Christian se convirtió en su cuñado... Y ahora yace entre el barro enrojecido, mirando al cielo con ojos vidriosos. Y está tan muerto que más no podría estarlo.

Apartó la mirada.

La guerra es algo sin futuro, y la vida militar no tiene perspectivas, solía afirmar Berengar Tauler. De los desórdenes de la guerra nacerá un Mundo Feliz, argumentaba —sin creérselo mucho, más que nada por interés— Drosselbart. El día vigésimo del mes de abril del año del Señor de 1428, un martes, se habían desvanecido las esperanzas de ambos. Las de Tauler, en el futuro y en las perspectivas, las de Drosselbart, en lo que fuera.

Procopio el Rasurado les había ordenado dirigirse a Moczydlo. A hacer

labor de agitación. No había ya ningún temor a que nadie en Silesia volviese a intentar poner en pie un ejército de infantería integrado por campesinos, pero Procopio prefería ser precavido. En Nysa, se retorció el bigote, unos campesinos bien aleccionados habían salido pitando sin llegar a entrar en combate. Por tanto, había que seguir agitando. Con la mente puesta en futuras batallas.

Salieron de buena mañana, eran una decena de jinetes y un carro de guerra. Los jinetes se los había proporcionado el príncipe Fedko Ostrogski. Eran, como la mayoría de los hombres de su mesnada, húngaros y eslovacos. El carro, tirado por cuatro caballos, como los usados en las batallas, pertenecía a los de Nymburk, a las órdenes de Otík de Loza, y contaba con la dotación estándar: el hetmán del carro, dos carreteros, cuatro ballesteros, cuatro tiradores con espingardas y cinco hombres armados con mayales, gujas y picas. Con ellos iban Drosselbart como agitador, Rzehors como ayudante del agitador, Reynevan como ayudante del ayudante, Scharley como ayudante de Reynevan, Berengar Tauler como un lujo innecesario y Sansón como Sansón.

Los jinetes húngaros, a quienes los bohemios llamaban desdeñosamente «cumanos», reunieron a los moradores de Moczydlo en la plaza, tras lo cual se dispersaron rápidamente entre las cabañas, siguiendo su costumbre, para ver qué podían robar o a quién podían violar. Esos hábitos de los cumanos estaban rigurosamente prohibidos en el ejército husita, y por eso los húngaros de Ostrogski sólo se atrevían a propasarse discretamente, en salidas lejanas, cuando nadie los veía. El hetmán del carro reconocía que prefería no saber nada. Sus subordinados, a su vez, se limitaban a charlar indolentemente, rascarse el trasero y hurgarse la nariz.

Drosselbart, encaramado en el carro, se dedicaba a agitar. Predicaba. Que todo lo que está ocurriendo a nuestro alrededor no es una guerra, ni mucho menos una correría para hacerse con el botín, os traemos ayuda fraterna, venimos en misión de paz, y todas las acciones armadas de los guerreros de Dios están dirigidas exclusivamente contra el obispo de Wroclaw, que es un canalla, un opresor y un tirano. En absoluto contra el pueblo hermano de Silesia, porque nosotros, los guerreros de Dios, amamos al pueblo de Silesia y llevamos al pueblo de Silesia muy dentro de nuestro corazón. Tan dentro lo

llevamos que, ayayay, que el Señor nos ayude.

Drosselbart predicaba con gran vehemencia, daba la sensación de que creía en lo que estaba diciendo. Naturalmente, Reynevan sabía que Drosselbart no creía en esas cosas, que decía lo que Procopio y Markolt le habían mandado que dijera. ¿Cómo pueden unas personas aparentemente sensatas, se asombraba Reynevan, pensar que alguien va a tragarse una majadería tan burda y tan descarada como lo de la «misión de paz»? No hay derecho a que nadie con dos dedos de frente se tenga que creer una cosa así. Ni siquiera un gañán, cuya vida se reduce a trasladar la mierda de un montón a otro, puede hacer caso a algo así. La teoría de Scharley, según la cual cualquier disparate convenientemente repetido acaba tragándose todo el mundo, no la compartía Reynevan.

Drosselbart concluyó su primera sesión de agitación, empezó la segunda. Sobre los Nuevos Tiempos que se acercaban. Las caras de los aldeanos, imperturbables con lo de la «misión de paz», se animaron de pronto. Los Nuevos Tiempos, a diferencia de la «misión de paz», tenían algunos aspectos interesantes para aquellos ganapanes.

—En ese tiempo no habrá en la tierra gobierno de ningún tipo sobre los hombres, ni habrá dominio ni sujeción, cesará toda forma de prestación personal y de tributo. Desaparecerán los reyes, los príncipes y los prelados, y toda forma de explotación de los humildes. Los campesinos no habrán de pagar las rentas a sus señores ni estarán a su servicio, suyas serán las haciendas y los estanques, y los prados, y los bosques...

Con seguridad, también les habrían correspondido a los campesinos las arboledas y las florestas, pero la letanía de Drosselbart fue interrumpida brutalmente. Por una flecha lanzada con una ballesta, procedente del bosque cercano. Y antes incluso de que aquel flacucho, alcanzado en pleno vientre, cayera del carro, un destacamento de jinetes salió al galope del bosque. Y cargaron sobre ellos de forma tan fulgurante que pocos acertaron a reaccionar.

Una parte de los de Nymburk escaparon sin más, poniendo pies en polvorosa y procurando —de acuerdo con el ejemplo de los aldeanos— encontrar refugio entre las cabañas, chamizos y cercados. Los acribillaron en su huida. A los demás los rodearon en el carro y en sus inmediaciones. Y dio

comienzo la degollina. Berengar Tauler fue uno de los primeros en caer. El resto de los taboritas peleaban como diablos, y lo mismo hacían Reynevan, Scharley, Rzehors y Sansón, cuyo *goedendag* resultaba demoledor. Pero las estaban pasando canutas, y no habrían aguantado de no haber sido por los cumanos, que aparecieron al galope desde detrás de las casas. El combate se alejó del carro, se trasladó hacia los extremos de la plaza, se convirtió en una persecución y un duelo a caballo.

—Allí... —gimió Rzehors, saliendo a rastras de debajo del carro y entregándole la ballesta a Reynevan—. ¿Lo ves? ¿El del rucio, con un uro en el escudo? Ése es el jefe... Yo tengo un brazo roto... Dispara, Reinmar...

Reynevan agarró la ballesta, se acercó un poco para mayor seguridad, disparó. El virote salió despedido con un fuerte zumbido desde la hombrera reforzada. Pero un caballero se fijó en él. Gritó desde el fondo de su visera, señaló con su espada a otro jinete la posición de Reynevan y ambos se lanzaron contra él, a todo galope.

Scharley cogió del suelo una espingarda: no tenía mecha. Sansón lo advirtió, le lanzó diestramente un tizón de una hoguera que había sido pateada por los caballos. El demérito, con la misma destreza, atrapó el leño ardiente, se giró, hizo puntería con el arma bajo el brazo. Por suerte quedaba pólvora en el serpentín, hubo un estallido, el cañón vomitó fuego y humo, el jinete atacante salió disparado de la silla y fue a parar a los cascos de los caballos de los húngaros que iban tras él. El otro caballero, el del uro en el escudo, amenazaba a Reynevan con su espada, alzada para asestar un golpe, súbitamente se puso rígido, soltó la espada y los bridones: uno de los de Nymburk le había clavado la guja en el sobaco. Otro se acercó corriendo con un mayal, le asestó tal golpe que retumbó, por debajo del almete machacado como una vaina seca la sangre salía a chorros.

—¡Se han llevado una buena! —decía el hetmán del carro, tambaleante, mientras se limpiaba del rostro la sangre que le caía de la cabellera—. Se han llevado... una buena...

Los húngaros irrumpieron triunfalmente en la plaza del pueblo. Nadie perseguía a los caballeros silesios en fuga. El cielo se nubló.

Habían muerto cuatro silesios. De los husitas habían caído cinco, había el doble de heridos. Antes de trasladar los cadáveres más allá de la empalizada,

a un bosquecillo de abedules, uno de los heridos pereció. Se necesitaba una buena fosa.

Berengar Tauler, Drosselbart del Vogelsang. Enrique Baruth, el uro pasante de sable. Christian Der, *trois roses de gueules*. Un arquero a caballo. Un armiguer. Un tal Adamec, un tal Zboril, un tal Racek, a los que esperarán en vano en casa una tal Adamcová y una tal Racková.

—Dadme una pala —dijo Sansón Mieles rompiendo el silencio—. Voy a cavar.

»Voy a cavar. —Clavó la pala en el suelo, la pisó con fuerza, tiró y arrancó un terrón—. Voy a cavar para hacer penitencia. ¡Pues soy culpable! *Iniquitates meae supergressae sunt caput meum!* ¡He ido a la guerra! ¡Por pura curiosidad! Podía haber refrenado a otros, no los he refrenado. Podía haber aleccionado. Podía haber manipulado. ¡Podía haberle dado una patada en el culo a quien hiciera falta! Podía, en fin, en vista de que todo me importaba un comino, haberme quedado en Podskalí con Marketa a mi lado, mirando en silencio fluir el Moldava.

Pero me fui a la guerra. Dejándome arrastrar por los impulsos más viles: por la curiosidad que me inspiraba la propia guerra y la naturaleza humana.

»Por tanto, soy culpable de la muerte de los que aquí yacen. Culpable seré también de aquellas muertes y de aquellas desgracias que están por venir. Por eso, me cago en la puta, voy a cavar esta tumba. Desde esta fosa, *de profundis, clamo ad te, Domine... Miserere mei Deus*, apiádate de mí, Señor, en tu bondad. En tu infinita bondad, borra mis actos ilícitos. Déjame limpio de mis culpas y purifícame de mi pecado...

A partir del tercer versículo ya no estaba solo recitando. Otros cavaban con él.

Dzierzka estaba dormitando, la despertaron unas fuertes voces. Se incorporó, tanteó a su alrededor, notó el antebrazo de Elencza. La muchacha hizo un movimiento brusco con la cabeza, tosió con una tos seca.

—Hay noticias —decía el franciscano que estaba en el centro del círculo. Tenía el hábito recogido, en los pies en lugar de almadreñas llevaba botas de jinete, se veía que había llegado al galope directamente desde Sroda, desde el

convento—. Hay noticias de nuestros hermanos, de los clérigos de Lubin.

—Habla pues, frater.

—Los husitas han atacado Chojnów. El sábado antes del domingo *Jubilate*.

—Hace cinco días —calculó alguien rápidamente—. ¡Cristo, ten piedad!

—¿Y el duque Ruprecht?

—Ya antes del ataque había huido con sus caballeros a Lubin. Abandonando Chojnów a su suerte.

La lluvia de proyectiles incendiarios, que duró varias horas, fue más eficaz aún de lo esperado. El fuego hizo estragos en los tejados de las casas, en muchos sitios ardieron también los baluartes de madera adosados a los muros, las llamas hicieron retirarse a los defensores con más prontitud que los disparos de ballestas, espingardas y arcabuces. Obligados a apagar los incendios, los habitantes de Chojnów no estaban en condiciones de defender las murallas, a las que ahora trepaban decenas de husitas: los taboritas a ambos lados de la Puerta de Legnica, los Huérfanos a lo largo de casi toda la cortina septentrional.

Los gritos de guerra y los alaridos se intensificaron de repente. Incendiada y sometida al castigo de la bombardas, crujió la Puerta de Legnica, una de sus hojas se sostuvo a duras penas, la otra se vino abajo entre una erupción de chispas. Hacia la puerta, con un chillido salvaje, se precipitó la infantería, los mayaleros de Jan Bleh, tras ellos la caballería desmontada: los bohemios de Zmrzlík y Otík de Loza, los moravos de Tovacovsky y los polacos de Puchala.

Reynevan y Scharley entraron corriendo con estos últimos. En esta ocasión nadie les había prohibido tomar parte en la lucha: por el contrario, para obligar a los defensores de Chojnów a estirar sus líneas, Procopio y Královec habían ordenado que todos los hombres en condiciones de portar un arma participasen en el asalto.

Tras franquear la puerta, fueron derechos a las entrañas mismas del incendio, en una estrecha callejuela entre dos casas en llamas. Algunos defensores que intentaron presentar resistencia en esa callejuela fueron

masacrados en un santiamén, el resto se dio a la fuga. Desde el norte cesaron los disparos, mientras crecían los chillidos: estaba claro que los Huérfanos habían superado la resistencia en las murallas y habían penetrado en el interior de la ciudadela.

Llegaron a la plaza mayor, alargada, delante de ellos se alzaba la masa pétreo de la iglesia. Y la alta torre, envuelta en humo. Antes de que se dieran cuenta, la torre les escupió fuego y hierro. Reynevan vio cómo las balas y flechas araban el suelo a su alrededor, cómo caían a su lado los hombres. El griterío cesó.

Se arrodilló. A uno de los heridos le taponó la carótida, destrozada por una saeta. A su lado se revolcaba y aullaba otro herido, un cañón de mano le había arrancado una pierna por debajo de la rodilla. Un tercero estaba encogido, la sangre le brotaba a chorros del vientre. Un cuarto se limitaba a temblar.

—¡Levanta, Reynevan! ¡Corre hacia la torre!

No prestó atención, concentrado como estaba en aquella hemorragia que intentaba vanamente contener. Cuando el herido expectoró sangre y murió, se ocupó del de la pierna amputada. Rompió una camisa para hacer unas tiras, las anudó, le vendó. El herido no paraba de aullar.

De una casa en llamas saltó un hombre con una jabalina, tras él salió corriendo un chaval con la ropa medio quemada, llevaba un perrillo en brazos. Al instante, al hombre le reventaron la cabeza con un mayal. Al mozuelo lo clavaron a una puerta con la punta de una pica. Lo atravesaron de lado a lado, junto con el perro. El chaval colgaba de la pica, el perro se agitaba, gañía, golpeaba el aire con las patas delanteras.

—¡Sus y a elloos!

Desde una calle lateral, acorralando y masacrando a los vecinos que intentaban huir despavoridos, irrumpieron los Huérfanos, chamuscados, negros como diablos. Scharley tiró a Reynevan de un brazo. Éste dejó al herido al que estaba atendiendo, echó a correr, sorteando cadáveres.

En la plaza, junto a la iglesia, el combate tocaba a su fin. Los defensores de la torre —entre los cuales había numerosas mujeres y niños— fueron sacados del edificio, arrastrados hasta las murallas. Allí estaba Jaroslav de Bucovina, impartiendo órdenes. Los ruidos de la masacre que llegaban desde

la parte meridional de la ciudad sofocaban su voz, pero sus gestos no dejaban lugar a dudas. Apelotonaron a los cautivos, los empujaron contra las murallas. Los fueron sacando del grupo de uno en uno, de dos en dos. Los obligaban a arrodillarse.

Y los mataban. Corrían regueros de sangre, formando un río espumoso que arrastraba los restos de paja y el estiércol de los desaguaderos.

—¡Piedad! ¡Gentes! —imploraba una burguesa con una falda parda, obligada a ponerse de rodillas—. ¿Por qué? ¿Por qué? Por Dios bendi...

Un golpe de maza le abrió la cabeza como una manzana. Cayó sin un gemido.

—Porque os llamé y no respondisteis —explicó Procopio el Rasurado, que estaba a su lado—. Hablé y no oísteis. Sino que hicisteis lo que me desagrada, y lo que no me gusta elegisteis. Por eso, yo os destino a la espada, y todos vosotros caeréis degollados.

—¡Hermanos! ¡Guerreros de Dios! —clamó Královec—. ¡Sin cuartel! ¡Nadie ha de vivir, todos a cuchillo! ¡Degollad! ¡Y quemad la ciudad! ¡Qué no quede piedra sobre piedra! ¡Qué no crezca la hierba en cien años!

Con gran estruendo, las llamas estallaban sobre los tejados de Chojnów. Y el bramido de los asesinados subía aún más alto. Muy alto, por encima de los remolinos de humo.

—Después de quemar Chojnów —seguía contando el religioso—, y de asesinar a todos sus habitantes, los husitas una vez más se dieron la vuelta y se dirigieron a Boleslawiec por el camino de Zgorzelec. Al saber que se acercaban, la población huyó a los bosques, quemando la ciudad con sus propias manos.

—Santo Dios... —El comerciante de Wroclaw se persignó, pero inmediatamente el rostro se le iluminó—. ¡Ja! ¡Si Procopio se los lleva a Boleslawiec, por el camino de Zgorzelec, eso quiere decir que a nosotros nos deja en paz! ¡Se dirige a Lausacia!

—Vanas esperanzas —le contradijo el minorita entre los suspiros de los congregados—. Desde Boleslawiec, Procopio ha regresado nuevamente a Silesia. Ha atacado Lubin.

—¡Cristo, ten piedad! —se alzaron las voces—. *Gott erbarme...*

—Aún ayer —el monje abrió los brazos— Lubin resistía. Los arrabales estaban en llamas, también ardía la ciudad, porque los atacantes lanzaban proyectiles incendiarios sobre los tejados, pero se defendía con eficacia, rechazaba los asaltos. Sin duda, les habrán llegado las noticias de Chojnów, los habitantes de Lubin saben lo que les espera si capitulan. Por eso resisten.

—Allí el foso es profundo —murmuró el soldado más veterano—, los muros tienen una altura de siete codos, hay una decena larga de atalayas... Aguantarán. Si no decae el ánimo, aguantarán.

—Quiera Dios.

Elencza temblaba y gemía en sueños.

Dzierzka, a pesar de sus enormes esfuerzos, debía de haberse quedado traspuesta, una sacudida la sacó del sueño. Quien la había sacudido resultó ser su subordinado y empleado, Sobek Snorbein. Snorbein estaba al frente de un grupo de mozos encargados, por orden de Dzierzka, de recorrer los caminos y trochas en busca de caballos extraviados y sin dueño, en particular de sementales de raza y *dextrarii* guerreros, buen género reproductor para el acaballadero de Skalka. A Elencza, que al oír las instrucciones que le daban a Snorbein había puesto los ojos a cuadros y se le había escapado un gesto de sorpresa, Dzierzka le había explicado concisa y llanamente que dejar pasar un posible negocio es un pecado, que la magnanimidad desinteresada es buena cosa, pero en los días de libranza, y que de todos modos esos caballos serían devueltos a sus propietarios, siempre y cuando éstos se hallasen y estuviesen en condiciones de probar sus derechos. Elencza no hizo preguntas. Sobre todo, porque poco después de eso Dzierzka había organizado el campamento para los refugiados, entregándose a él sin descanso, lo mismo los días festivos que los laborables.

—Señora. —Sobek Snorbein se inclinó hacia el oído de la tratante de caballos—. La cosa no va bien. Los bohemios se acercan. Han incendiado las afueras de Scinawa. También se está quemando Prochowice. Los husitas se

dirigen a Wroclaw... lo que quiere decir que tendrán que pasar por aquí...

Dzierzka de Wirsing se espabiló de inmediato. Se puso de pie de un salto.

—Ensilla a nuestros caballos, Sobek. Elencza, levanta.

—¿Qué?

—En pie. Voy un momento a ver a los monjes, en cuanto vuelva quiero que estés preparada. Nos vamos de aquí. Vienen los husitas.

—¿Es imprescindible tanta prisa? De aquí a Prochowice...

—Ya sé a qué distancia está Prochowice —la cortó Dzierzka—. Pero la prisa es imprescindible. La avanzadilla de los husitas puede aparecer por aquí en cualquier momento. Algunos bohemios... —Se interrumpió, miró a Snorbein—. Algunos de ellos llevan unos caballos cojonudos.

—Jesús —suspiró Jan Královec—. ¿Qué es esto? ¿Es que esta ciudad está en medio del mar?

—Ése es el Oder, con uno de sus brazos. —Urban Horn señaló las aguas, que ocupaban una superficie muy extensa—. Y éste es el Olawa, que rodea la ciudad por el sur.

—Y no es mala defensa contra un posible avance —juzgó Jira de Recice—. Podría decirse que no se necesitan murallas.

—Pues también las hay —dijo Blazej de Kralupy—. Y bien fuertes. Tampoco faltan atalayas... ¡Y no digamos ya torres de iglesias! ¡Casi como en Praga!

—Esa primera —señaló, jactándose de sus conocimientos, Horn— es San Nicolás de Szczepin, y allí, mirad, está la Puerta de Nicolás. Esa iglesia tan grande con una torre alta es la parroquia de Santa Isabel. Y esa otra, no menos imponente, también es una iglesia parroquial, la de María Magdalena. Aquélla es la torre del ayuntamiento. Y aquélla de allí, en cambio, es la iglesia...

—De Santa Dorotea —sin inmutarse, le quitó la palabra Procopio el Rasurado, que por lo visto conocía Wroclaw igual de bien—. Y allí, en la isla de la Arena, está el templo de Nuestra Señora. Detrás de la isla de la Arena está la isla de la Catedral, ahí está la colegiata de la Santa Cruz, y al lado la catedral, que sigue en construcción. Más lejos... Olbin, el gran monasterio de

los premonstratenses. Y allá, ah, sí, Santa Catalina y San Adalberto, de los dominicos. ¿Contentos? ¿Os habéis enterado de todo? Eso está muy bien, porque no vais a ver de cerca las iglesias de Wroclaw. Por lo menos no en esta ocasión.

—Está claro —asintió Jan Tovacovsky de Cimburk—. Habría sido una demencia atacar la ciudad.

—¡Hombre de poca fe! —Procopillo torció el gesto y escupió—. ¡Si Josué hubiese pensado como tú, Jericó habría seguido en pie hasta el día de hoy! El poder de Dios derriba murallas...

—Dejad a Dios —le cortó tranquilamente Dobko Puchala—. Ni Jericó ni gaitas, asaltar ahora Wroclaw no se le ocurre ni al que asó la manteca.

Los capitanes husitas hablaban entre dientes. En su mayoría estaban de acuerdo con las opiniones el moravo y el polaco. Sin embargo, el centelleo en los ojos de Královec, Jan Bleh y Otík de Loza atestiguó que, de haberse presentado la ocasión, lo habrían intentado de buena gana.

—No obstante, hemos venido desde muy lejos —a Procopio, como de costumbre, no se le escaparon esos centelleos— para llegar hasta esta guarida del Anticristo. Tenemos ante nosotros un camino muy largo y muy difícil, de modo que sería un pecado no darle al Anticristo una lección de doctrina religiosa.

Ante ellos, al pie de una colina, corría por un valle poco profundo el río Sleza, que en primavera inundaba los prados por los que pululaban las cigüeñas. Ya verdeaba el abedular, con un bello verdor primaveral. Los cerezos alisos estaban cuajados de flores. Centellas y ranúnculos florecían en los prados anegados, cubiertos por las alfombras amarillas que formaban las cerrajas. Reynevan miró a su alrededor. Las fuerzas principales del Tabor y de los Huérfanos estaban cruzando el Bystrzyca por un puente que habían tomado en Lesnica, muy cerca de la aduana, reducida a cenizas.

—Vamos a darles —prosiguió Procopio— a esos wroclawianos y al Anticristo de su obispo una lección ejemplar. Esa aldehuela, al pie de la colina, ¿cómo se llama?

—Zemiki, buen señor —se apresuró a explicarle uno de los solícitos campesinos que les servían como guías—. Y esa otra es Muchobór...

—Incendiad las dos. Ocúpate tú de eso, hermano Puchala. Anda, allí veo

un molino... Allí hay otro. Allí una aldea... Y allí también. ¿Y allá qué tenemos? ¿Una ermita? ¡Hermano Salava!

—¡A tus órdenes, hermano Procopio!

Antes de una hora el fuego y el humo se elevaban al cielo y el aire fresco de mayo se volvía irrespirable por el olor a chamusquina.

*Ta vojna pesí, ta me netesí,
tesila by me má nejmilejsí...*

En el repertorio de canciones de marcha del ejército de Procopio empezaban a predominar claramente los temas cada vez más tristes. El cansancio de la guerra se manifestaba de un modo cada vez más evidente.

Tras dejar Wroclaw a su espalda, marchaban hacia el sur, teniendo a su derecha el río Sleza, que se había puesto a crecer súbitamente, de forma inquietante, en aquel paisaje tan llano. Las crestas de los montes, sin ser precisamente imponentes, estaban envueltas como de costumbre en un extenso manto de nubes: se diría que éstas, en su recorrido por el cielo, se habían quedado enganchadas a esas cumbres y permanecían allí amarradas y ancladas.

Avanzaban hacia Strzelin y Ziebice, bastante deprisa, sin entretenerse apenas con el pillaje. A decir verdad, ya no había mucho que saquear. Instalado a su aire en su puesto en Silesia, Jan Kolda de Zampach no se quedaba ocioso en el castillo: hacía frecuentes salidas, pillando todo lo que podía pillar y quemando todo lo que se podía quemar. Los curas y monjes que colgaban, por acá y por allá, de los árboles plantados al borde de los caminos también se podían anotar, en buena medida, en el expediente de Kolda, sin excluir las iniciativas particulares de la sociedad campesina local, que a menudo aprovechaba la ocasión para ajustar las cuentas de viejas afrentas con el párroco o con el monasterio. Reynevan temblaba por Bialy Kosciól, tenía depositadas sus esperanzas en el acuerdo concertado con el patriciado de Strzelin y el duque de Olawa. Y en los espesos bosques que rodeaban el convento.

La vista de Ziebice, que le trajo el recuerdo de Adela y del duque Juan, le sacó de sus casillas. Intentó conversar con Procopio, en la esperanza de

convencerle de que rompiera su pacto con el duque y atacara la ciudad. Procopio no quiso escucharle.

Lo único que consiguió fue el permiso para unirse a la caballería de Dobko Puchala, cuyas partidas castigaban la comarca. Procopio no se opuso. Ya no necesitaba a Reynevan. Y Reynevan daba rienda suelta a su cólera, incendiando en compañía de los polacos las granjas y caseríos de los alrededores de Ziebice.

El 5 de mayo, al día siguiente de San Florián, una curiosa embajada se presentó en el campamento husita. Algunos burgueses ricamente ataviados, algunos clérigos de alto rango, algunos caballeros, entre otros, a juzgar por sus escudos, miembros de los Zedlitz, los Reichenbach y los Bolz, con el añadido de un Toporczyk polaco. Toda esa compañía estuvo negociando en secreto, a lo largo de varias horas nocturnas, con Procopio, Jaroslav de Bucovina y Královec en el único edificio intacto de toda la granja cisterciense. Al alba, cuando Procopio dio orden de partir, todo quedó claro. Habían concertado un nuevo pacto. Como ya habían hecho antes Juan de Ziebice, Bemard de Niemodlin y Ludwig de Olawa, habían resuelto salvar sus posesiones por medio de un acuerdo Elena de Racibórz, Przemek de Opava, Kazko de Oswiecim y Bolko de Cieszyn.

Las negociaciones con los duques de Silesia dieron alas a los rumores que circulaban entre las tropas, según los cuales eso suponía el final de la aceifa y la llegada de la hora del regreso. Se decía que la marcha en dirección a Nysa ordenada por Procopio continuaría hasta Opava, y que desde allí las tropas seguirían derechitas a Moravia, a Odiy.

—Es posible —contestó a una pregunta Dobko Puchala, confirmando así el rumor— que para Pentecostés estemos ya en casa.

»En cuyo caso —añadió, guiñándole un ojo a Reynevan—, valdría la pena incendiar algo más por aquí, ¿no?

*¡Ay, qué pesar, qué tristeza!
Saber esto es lo que quiero:
¿dónde encontraré posada
cuando el alma deje el cuerpo?*^[58]

El cielo se cubrió de nubes negras, se levantó un viento helador, por momentos caía la lluvia, fina y penetrante como agujas. El tiempo influía notablemente en las canciones que canturreaban los polacos.

*El falso mundo me dijo
que iba a vivir largos años,
pero ayer ya no me dijo
que iba a vivir largos años...^[59]*

La meta de Puchala era la aldea de Berzdorf, propiedad del monasterio de Henykwów, al monasterio como tal lo protegía el acuerdo de Ziebice. Como también quería reducir a cenizas, de una sola tacada, una hacienda ducal en Ostrezna y una pequeña iglesia en Wigandsdorf, que se había salvado de milagro, sin rezagarse en exceso de las tropas que avanzaban rápidamente hacia Nysa, Dobko dividió el destacamento en tres pelotones. Reynevan y Sansón se quedaron con el jefe. Scharley no tomaba parte en la misión, sufría unas diarreas tan tremendas que no eran capaces de entonarle ni las medicinas mágicas.

Iban a campo través, entre quebradas surcadas por arroyos, afluentes del Olawa, cuyas aguas, oscurecidas por la turba, superaban las pozas de piedra y los viejos troncos atravesados. Al borde de uno de esos arroyos Reynevan vio a la Lavandera.

Nadie más la vio, aparte de él y de Sansón. Ella, a pesar de que el pelotón vadeó el arroyo a una distancia de apenas veinte pasos, ni siquiera levantó la cabeza. Era muy delgada, y un vestido ceñido realzaba aún más la delgadez de su figura. Reynevan no pudo verle la cara: se la tapaba por completo su negra cabellera, larga y lisa, que caía hasta el agua. Estaba arrodillada en la orilla, y la suave corriente le acariciaba la melena. Tenía los brazos sumergidos hasta los codos, y en las manos blancas como la cera sostenía una camisa o brial, restregándolo y estrujándolo con movimientos rítmicos, de una lentitud fantasmal. El brial desprendía, como si fuera humo, unas nubecillas de sangre palpitante. La sangre se difundía por el agua, tiñéndola de rojo oscuro, la espuma rosácea lavaba las rodillas de los caballos.

Se levantó una ráfaga de viento, una ráfaga intensa, furiosa, que sacudió

violentamente las ramas ya verdes, arrancó en la ladera del barranco los polvorientos y resecos hierbajos del año anterior. Reynevan y Sansón tuvieron que cerrar los ojos. Cuando los abrieron, la visión ya no estaba.

Pero la sangre seguía tiñendo el agua.

Estuvieron un tiempo en silencio.

—¿Seguimos? —dijo por fin Sansón, aclarándose la voz—. ¿O regresamos?

Reynevan no contestó, espolé al caballo, corrió en pos de Puchala y los polacos, a los que estaba perdiendo de vista entre los alisos reverdecidos.

Al llegar al siguiente desfiladero, cayeron en una emboscada.

En la ladera opuesta, entre unos matorrales, estallaron los disparos, resonaron las cuerdas de los arcos, una lluvia de balas y flechas cayó sobre los polacos. Gritaron los hombres, chillaron los caballos, algunos se pusieron de manos, precipitándose hacia abajo, hacia el fondo del barranco. Entre ellos estaba el caballo de Sansón.

—¡Cubrios! —vociferaba Puchala—. ¡Desmontad y cubrios!

La maleza volvió a entonar la canción de los arcos, de nuevo silbaron las flechas. Reynevan notó un golpe en un hombro, tan fuerte que le hizo caer, sin mucha fortuna, sobre una pendiente tapizada de hojas húmedas. Las hojas resbalaban como jabón, descendió sobre ellas hasta el fondo, sólo allí, al tratar de incorporarse, pudo ver el emplumado de la flecha que sobresalía por debajo de la clavícula. Cristo, que no sea una arteria, le dio tiempo a pensar antes de quedarse paralizado.

Vio cómo Sansón salía de debajo del caballo muerto, cómo se incorporaba, se ponía de pie. Y cómo caía, con la cabeza bañada en sangre, antes incluso de que se oyera el ensordecedor estruendo del arcabuz disparado desde los matorrales.

Reynevan gritó, su grito fue sofocado por la siguiente salva. El barranco se llenó de humo. Silbaban las flechas. Aullaban los heridos.

Aunque tenía los brazos y las piernas como si fueran de paja, y cada

movimiento despertaba convulsiones de dolor, Reynevan consiguió arrastrarse hasta Sansón. Alrededor de la cabeza del gigante se había formado ya un gran charco de sangre. Reynevan vio, sin embargo, que la bala sólo le había rozado una sien. El cráneo, pensó, el cráneo de todos modos puede haber resultado dañado. Qué diablos, seguro que ha sido dañado. Sus ojos...

Los ojos de Sansón, empañados, empezaron de pronto a bailar en las cuencas. Reynevan vio con espanto cómo la cabeza del coloso se estremecía, la boca se retorció y dejaba escapar la saliva. En la garganta, daba la impresión, en cualquier momento iba a estallar un grito.

—Oscuro... —balbuceó confusamente, con una voz que no era la suya—. Oscuro... Sombras... Jesús... ¿Dónde estoy? Noche... Quiero casa... ¡Casa! Dónde yo...

Reynevan, muerto de miedo, le presionó con una mano la sien ensangrentada, susurró —o más bien berreó— la fórmula del sortilegio de Alcmena, que se sabía de memoria. Notó cómo le envolvía el frío que se difundía desde el hombro, desde la flecha clavada bajo la clavícula. Sansón forcejeó, dio un manotazo como ahuyentando algo. Su mirada, de pronto, se volvió más consciente. Más lúcida.

—Reynevan... —exhaló—. Algo está... algo está pasando conmigo... Mientras pueda... tengo que... tengo que decírtelo...

—Tú estáte tranquilo... —Reynevan se mordía los labios de dolor—. Tranquilo...

En un segundo los ojos de Sansón se envolvieron en niebla e inquietud. El gigante empezó a gimotear, sollozó, se encogió en posición fetal.

Se está produciendo un cambio, en la cabeza de Reynevan, que no paraba de girar, se arremolinaban los recuerdos y las asociaciones de ideas. Alguien se aleja de nosotros, alguien viene a nosotros. El cretino del monasterio regresa de las tinieblas en las que ha vagado, regresa a su envoltorio temporal. El *negotium* que acostumbra a vagar en las tinieblas regresa a las tinieblas. Regresa a su ser. El vagabundo, *Viator*, regresa a su ser. Aquello que no consiguieron los hechiceros, ante mis ojos lo está realizando la Muerte.

El dolor volvió a ponerle en tensión, un espasmo le oprimió los pulmones y la laringe, le arrebató el dominio de sus piernas. Con una mano trémula se

palpó la espalda. Como esperaba, la punta de la flecha le salía por el omóplato. Y por ahí manaba la sangre en abundancia.

—¡Eh, vosotros, hideputas! —gritó alguien desde los matorrales al otro lado del barranco—. ¡Herejes! ¡Malditos impíos!

—¡Mira quién habló! —contestó a gritos, desde la vertiente opuesta, Dobko Puchala—. ¡Rejodidos papistas!

—¿Querella queréis? ¡Venid entonces a este lado, su puta madre!

—¡Venid vosotros a éste, no te jode!

—¡Os vamos a patear los culos!

—¡Nosotros sí que os vamos dar, rediez!

Parecía que aquel intercambio de frases, escasamente ingeniosas y triviales hasta la náusea, iba a durar eternamente. Pero no duró.

—¿Puchala? —preguntó con incredulidad una voz desde los arbustos—. ¿Dobieslaw Puchala? ¿Wieniawczyk?

—¿Quién coño pregunta?

—¡Otto Nostitz!

—¡Me cago en la puta! ¿Grunwald?

—¡Grunwald! ¡El día de la Misión de los Apóstoles, mil cuatrocientos y diez!

Por un tiempo reinó el silencio. El viento, sin embargo, traía el olor de las mechas que ardían despacio.

—Oye, Puchala. No será preciso que nos lancemos a degüello el uno contra el otro. Al cabo, soldados somos, reñido hemos en la misma lid. No estaría bien, qué cojones.

—No estaría nada bien. Somos soldados, cierto. Entonces, ¿qué? ¿Y si cada uno sigue por su senda? ¿Qué dices, Nostitz?

—Bien podría ser.

—¡Tengo unos heridos ahí abajo! Si me los llevo, la esguiñarán por el camino. ¿Te ocuparás de ellos?

—Palabra de caballero. Somos soldados.

Reynevan, sin saber de dónde sacaba las fuerzas, repitiendo una y otra vez el sortilegio, consiguió detener finalmente la hemorragia en la cabeza de Sansón. Y comprobó que él mismo estaba hasta arriba de sangre. Se le nubló la vista. Ya no le dolía.

Porque se había desmayado.

Capítulo vigesimosegundo

En el que la fiebre a ratos sube y a ratos baja, mientras los dolores son cada vez más agudos. Y para colmo de males hay que salir pitando.

Volvió en sí en la penumbra, vio cómo la oscuridad se retiraba ante la claridad, cómo la luz goteaba y se mezclaba con la sombra, formando una emulsión gris relativamente translúcida. *Umbram fugat claritas*, le vino a la cabeza. *Nodem lux eliminat*. La aurora, *Eos rhododadylos*, se levanta y tiñe de rosa el cielo por oriente.

Yacía en un duro camastro, cualquier intento de moverse le producía un dolor lacerante en el hombro y el omóplato. Antes incluso de llegar a tantearse el grueso vendaje, recordó detalladamente la flecha que se le había clavado en esa parte: el emplumado de ganso que le asomaba por delante, la pulgada de madera de fresno y la pulgada adicional de la punta de hierro que le salían por detrás.

Sabía dónde se encontraba. Había estado en muchos hospitales, para él no era ninguna novedad el aire sofocante de los muchos cuerpos febriles, el pestazo a alcanfor, a orina, a sangre y a putrefacción. Y la consiguiente melodía, incesante y obsesiva, de débiles estertores, quejidos, gimoteos y suspiros.

El dolor, una vez reavivado, pulsaba en el omóplato, no cedía, no se mitigaba, irradiaba por toda la espalda, hacia el cuello y hacia abajo, llegaba hasta las nalgas. Reynevan se palpó la frente, sintió en la mano los cabellos empapados. Tengo fiebre, pensó. La herida está infectada.

Mala cosa.

—*Pomáhaj Pambu*, el Señor nos asista, hermano. Vivos estamos. Otra noche más que hemos pasado. Tiene redaños la cosa, igual salimos de ésta...

—¿Eres checo? —Reynevan volvió la cabeza hacia la derecha, donde le saludó su vecino, pálido como la muerte y con las mejillas chupadas—. ¿Qué sitio es éste? ¿Dónde estoy? ¿Estoy entre los míos?

—Bueno, sí, antre los tuyos —farfulló el vecino—. Porque aquí todos semos buenos checos. Manque, sea todo dicho, hermano, los nuestros están leeejos, leeejos.

—No entien... —Reynevan hizo un intento de incorporarse, se desplomó con un gemido—. No entiendo. ¿Qué clase de hospital es éste? ¿Dónde estamos?

—En Olawa.

—¿En Olawa?

—Sí, en Olawa —confirmó el bohemio—. Es una villa silesia. El hermano Procopio trabó una tregua con el *herzog* de estos lares y se llegó a un concierto... de no asolar sus tierras... Y el *herzog*, a cambio, dióle razón de ocuparse de los taboritas impedidos...

—¿Y dónde está Procopio? ¿Dónde está el Tabor? ¿Y a qué día estamos?

—¿El Tabor? Leeijos... De camino a casa. ¿Qué día? Martes. Mas pasado mañana, jueves, es fiesta. *Nanebevstoupení Páne*.

La Ascensión del Señor, calculó rápidamente Reynevan, cuarenta días después de Pascua, cae el 13 de mayo. Así que hoy estamos a 11. Me hirieron el 8. De modo que he estado inconsciente tres días.

—¿Dices, hermano —continuó su indagación—, que el Tabor abandona Silesia? ¿Quiere eso decir que es final de la incursión? ¿Qué ya no van a seguir combatiendo?

—¿Es que no os han dicho —se oyó una voz de mujer— que está prohibido hablar de política? Claro que os lo han dicho. Pues os pedimos que no habléis de eso. Os pido que recéis. Que roguéis a Dios por vuestra salud. Y por el alma de los fundadores de este hospital. Y os pedimos que no os olvidéis en vuestras oraciones de nuestros benefactores y patrocinadores. ¡Vamos, hermanos en Cristo! ¡Los que estén en condiciones de levantarse, a la capilla!

Conocía esa voz.

—Ya volviste en ti, mi joven caballero Lanzarote. Por fin. Me alegro.

—Dorota... —suspiró, al identificarla—. Dorota Faber...

—Cuánto me agrada —la meretriz le dedicó una hermosa sonrisa— que me reconocieras, joven señor, no sabes cuánto. Y me alegro de que por fin hayas recobrado el sentido... Oh, y hoy no has puesto la almohada tan perdida de sangre... Así pues, es posible que estés mejorando. Hay que cambiar ese vendaje. ¡Elencza!

—Hermana Dorota... —gimió alguien en la pared opuesta—. La pierna me duele horriblemente...

—No tienes pierna, hijo mío, ya te lo he dicho. ¡Elencza, haz el favor!

De entrada no la reconoció. Tal vez fuera por culpa de la fiebre, tal vez por el tiempo transcurrido, pero el caso es que estuvo un buen rato mirando, sin reparar en ella, a aquella muchacha rubia, de finos labios y ojos pálidos y aguanosos. Con unas cejas que se había depilado en su momento y que ahora le iban creciendo poco a poco.

Tardó bastante en darse cuenta de quién era. Ayudó el hecho de que la chica sabía evidentemente quién era él. Lo descubrió en la mirada atemorizada de ella.

—La hija del caballero Stietencron... El bosque de Goleniow... Sciborowa Poreba... ¿Estás viva? ¿Sobreviviste?

Asintió con la cabeza, con un movimiento inconsciente se estiró el delantal. Y él comprendió de pronto de dónde venía aquella expresión de temor en sus ojos, de dónde el gesto aterrado y el temblor de sus finos labios.

—Yo no fui... —masculló Reynevan—. Yo no fui el que atacó al alcaballero... Yo no tuve nada que ver con eso... Todo eso que de mí... Todo lo que hayas podido oír no son más que rumores y patrañas...

—Basta de pláticas —le cortó, en un tono aparentemente severo, Dorota Faber—. Hay que cambiar los vendajes. Ayúdame, Elencza.

Se esforzaron por ser delicadas, a pesar de lo cual se le escapó más de un silbido al respirar, más de un gemido sonoro. Cuando le retiraron las vendas, quiso observar la herida, pero no estaba en condiciones de alzar la cabeza. Tuvo que conformarse con el diagnóstico del tacto. Y del olfato. Ambos diagnósticos no resultaron nada halagüeños.

—La herida supura —confirmó con calma Dorota Faber. En el rayo de

sol que entraba por el ventanuco su cara parecía iluminada por un aura de santidad—. Supura —repitió—. Y está inflamada. Desde que el barbero sacara las astillas de la flecha. Mas anda mejor de lo que estaba. Mejor, mi joven caballero Lanzarote.

Su rostro estaba aureolado de santidad, un nimbo de luz dorada también parecía envolver la cara de Elencza von Stietencron. Marta y María de Betania, pensó, sintiendo que se le iba la cabeza. Preciosas divinidades. Las dos son unas divinidades preciosas.

—No me llamo... —La cabeza cada vez le daba más vueltas—. No me llamo Lanzarote... Ni Hagenau... Soy Reinmar de Bielau...

—Lo sabemos —respondieron con toda claridad Marta y María.

—¿Dónde está mi camarada? Un hombretón, prácticamente un gigante... Se llama Sansón.

—Está aquí, tranquilo. Tiene una herida en la cabeza. Los barberos lo andan tratando.

—¿Y cómo está?

—Dicen que se va a recobrar. Es muy fuerte, han dicho, muy resistente. Con una resistencia que, ciertamente, no parece terrena.

—Maldita sea... Tengo que verle... Ayudarle...

—No te muevas, don Reinmar. —Dorota Faber le colocó la almohada—. No estás en condiciones de socorrer a nadie. Sólo puedes descalabrarte a ti mismo.

Situado junto a la iglesia de San Andrés Svorad Anacoreta, con el propio Svorad como santo patrón, el hospital —uno de los dos que había en Olawa — pertenecía al concejo, pero lo llevaban los premonstratenses de San Vicente de Wroclaw. Además de los premonstratenses, en el hospital trabajaban principalmente voluntarios. Y voluntarias, como Dorota Faber y Elencza von Stietencron. Sin embargo, en aquellos momentos casi los únicos pacientes eran taboritas y Huérfanos, husitas que en su mayoría habían sufrido heridas graves o estaban seriamente enfermos. También inválidos.

Todos en un estado tal que había obligado a Procopio a dejarlos allí, por no ser aptos para el transporte. En virtud del pacto y el acuerdo que obligaba a Ludwig, duque de Olawa, fueron admitidos en el hospital de San Svorad. Aquí los trataban, y aquéllos que se recuperaban tenían garantizado el libre regreso a Bohemia. No obstante, algunos de los pacientes checos no confiaban en exceso en la palabra del duque Ludwig, y en lo tocante al pacto y las garantías mostraban un pesimismo exacerbado. Cuanto más lejos esté Procopio, aseguraban, menos inclinado se sentirá el duque a respetar sus compromisos. Con los guerreros de Dios a las puertas de la ciudad, y ante la perspectiva del incendio y la destrucción, el duque Ludwig era partidario de las cesiones y juramentos: de lo que fuera, con tal de salvar su ducado. Ahora, una vez que los guerreros de Dios habían cruzado montes y bosques, la amenaza había desaparecido, y los juramentos se habían convertido en vanas palabras. Y las palabras, ya se sabe, se las lleva el viento.

Al día siguiente, al despertar, Reynevan echó un vistazo al camastro de su izquierda.

En él yacía Sansón Mieles. Con la cabeza vendada. Inconsciente.

Reynevan quiso levantarse, ver cómo estaba. No pudo. Estaba demasiado débil. En el hombro izquierdo, hinchado, sentía punzadas de dolor. Tenía los dedos de la mano izquierda entumecidos, parecían de corcho. El olor a gangrena se había agudizado.

—Entre mis cosas... —gimió, tratando inútilmente de incorporarse—. Había un estuche... Un estuche de cobre...

Elencza suspiró. Dorota Faber negó con la cabeza.

—Nada tenías cuando te trajeron aquí. Ni calzado. A ti te trataron con compasión, mas la compasión no se extendió a tus pertenencias. Te desplumaron a base de bien.

Reynevan sintió una ola de calor apoderándose de él. Sin embargo, antes de que se le escapara una maldición y le rechinaran los dientes, le vino a la cabeza un recuerdo. Y con él el alivio. El preciado estuche se lo había quedado Scharley. Reynevan lo había tratado mágicamente de su cagalera, usando para ello los amuletos del hechicero Telesma. Como se disponía a

salir con Puchala, había dejado el estuche con el enfermo.

El alivio duró bien poco. Los amuletos, aunque seguramente estaban a salvo, viajaban con Scharley y con todo el Tabor en dirección a Bohemia, fuera de su alcance en aquellos momentos. Y la situación habría requerido que pudiera disponer de ellos. La herida purulenta exigía el uso de la magia. Si se trataba con los métodos tradicionales, corría el riesgo de perder el brazo hasta el hombro. En el mejor de los casos. En el peor, de perder la vida.

—En Olawa... —suplicó, cogiendo de la mano a la meretriz—. En Olawa hay una farmacia... Seguramente el farmacéutico tendrá un laboratorio secreto de alquimia... sólo para los iniciados... para los miembros de la cofradía mágica... Necesito medicamentos mágicos. Para Sansón... para él seguro que tiene un remedio llamado *dodecatheon*. Para mí, para mi hombro, se necesita el *unguentum achilleum*...

—El farmacéutico... —Dorota volvió la cabeza—. El farmacéutico no nos vende nada. Ni siquiera nos deja traspasar el umbral. Toda Olawa sabe a quiénes auxiliamos aquí. Goza el hospital de la protección y la vigilancia del duque. Mas la población nos odia. No nos ayuda. No podemos andar por ahí... Nos espanta pasear por las calles...

—Iré yo —dijo Elencza Stietencron—. Iré yo a la farmacia. A pedir...

—Tienes que dar la contraseña: *Visita Inferiora Terrae*. El boticario lo entenderá... *Visita Inferiora Terrae*... ¿Te vas a acordar?

—Sí, me voy a acordar.

Reynevan, haciendo un gran esfuerzo, consiguió fijar en ella su mirada, que se disolvía en la fiebre. Nuevamente le dio la impresión de que la envolvía una claridad. Un nimbo. Una aureola.

—Los medicamentos... —Sentía que estaba perdiendo la conciencia—. Se llaman... *dodecatheon*... y *unguentum achilleum*... ¿No te vas a olvidar?

—No, no me voy a olvidar. —Volvió la cabeza—. No puedo. Creo que Dios me ha castigado con la imposibilidad de olvidar.

Reynevan estaba demasiado enfermo para reparar en el tono tan amargo de sus palabras.

—¿Dorota?

—¿Sí, Reinmar?

—Cuando nos conocimos, hace ahora tres años, justamente aquí, en Olawa, en la carretera de Strzelin... Tenías intención de recorrer mundo. Como tú dijiste, aunque no fuera más que ir hasta Wroclaw... a ganarte el pan... No has ido muy lejos...

—Estuve en Wroclaw. —La meretriz retiró la escudilla de la que estaba dando de comer a Reynevan—. Estuve allí y me volví. Resulta que el pan es parejo en todas partes. Y en todas partes cuesta el mismo esfuerzo ganárselo. Así que volví a las viejas costumbres, a Brzeg, al lupanar de La Corona. Que cuando muera, pensé, me den tierra en el mismo camposanto que a mi pobre madre. Pero más tarde, cuando empezó esta guerra, los monjes precisaban de ayuda en los hospitales, había heridos y enfermos sin cuento. Había que echar una mano... Y decidí echar una mano. Primero en Brzeg, en el Espíritu Santo. Después vine a parar aquí, a Olawa.

—Te decidiste por el hospital... Es un trabajo duro y pesado, algo sé yo de eso... Puede incluso que más duro y más ingrato que...

—No, Reinmar. No más.

Fue poco menos que un milagro, pero el boticario de Olawa disponía de los específicos necesarios. Fue poco menos que un milagro, pero se los vendió a Elencza von Stietencron. Fue poco menos que un milagro, pero su efecto fue evidente tras las primeras aplicaciones. La milenrama, *Achillea millefolium*, una planta que constituía el elemento principal del *unguentum achilleum*, no sin razón debía su nombre al del héroe de Troya: indefectiblemente, con rapidez y seguridad, curaba las heridas recibidas en el combate. El ungüento, aplicado varias veces al día, contuvo la gangrena, redujo la fiebre y disminuyó visiblemente la inflamación. Al día siguiente de iniciarse el tratamiento Reynevan ya podía sentarse, dos días más tarde —ciertamente, no sin la ayuda de Dorota y Elencza— levantarse. Y ocuparse de Sansón. Cuando apenas llevaban veinticuatro horas suministrándole *dodecatheon*, una mixtura cuya eficacia sólo era superada por la legendaria hierba *moly*^[60]. Sansón abrió los ojos. Pese a lo escaso de la dosis del remedio conseguido en la farmacia de Olawa, pasados otros dos días el gigante recuperó la

consciencia, lo suficiente como para empezar a quejarse de un dolor de cabeza insoportable. Para eso no hacían falta medicinas, Reynevan le trató el dolor de cabeza recurriendo a un conjuro y a la imposición de manos. Pero el dolor de Sansón suponía un reto considerable, y antes de conseguir vencerlo sudó la gota gorda. Ambos, médico y paciente, yacieron exhaustos a lo largo de toda la jornada siguiente. Hasta el 19 de mayo.

Y el 19 de mayo empezaron los problemas.

—Pelo negro —le repitió Dorota Faber—. Vestido de negro. Melena larga, hasta los hombros. La cara recuerda a un pájaro. La nariz como un pico. Y una mirada de diablo. ¿Conoces a alguien así?

—Sí lo conozco, maldita sea —rezongó, enjugándose el sudor frío que de pronto le había cubierto la frente—. Sí lo conozco, no sabes cuánto.

—Porque él a ti te conoce. Fue a ver al maestro que está al frente del hospital y te describió con todo rigor. Preguntó si no hubiera aquí nadie con tus rasgos. Por suerte, el maestro es persona decorosa, y encima es de los que nunca se acuerdan de una cara. Así que, con toda sinceridad, negó que hubiera visto a nadie semejante a ti y que alguien así estuviera ingresado en el hospital. Y cuando ese pajarraco negro empezó a exigir que le dejaran pasar, el maestro no le dio su consentimiento, invocando las órdenes del duque y el acuerdo que garantiza un asilo seguro a los husitas. Acto seguido, trató de amedrentar, de amenazar, mas al comprobar que era inútil se marchó. No sin antes anunciar que piensa volver con una autorización del duque, dispuesto a revolver el hospital, y que como te encuentre y se demuestre que el maestro del hospital ha mentado va a haber más que palabras. Ay, Reynevan, me da que ese pajarraco realmente es de los que saben enmarañar la vida a los demás. Y de los que acusan de gozo haciéndolo.

—Tienes muchísima razón.

—También me da que va a volver con la autorización del duque.

—Tienes toda la razón del mundo. Tengo que largarme de aquí. Dorota. De inmediato. Hoy mismo.

—También yo tengo que largarme —gimió Elencza. Estaba blanca como el papel—. También yo —confesó— conozco a ese... hombre. Creo que ha

llegado hasta Olawa siguiendo mi pista. Me viene persiguiendo.

—No es posible —la contradijo Reynevan—. ¡Es a mí a quien persigue! Me tiene echado el ojo. Yo soy su objetivo.

—No. Soy yo. Estoy segura de que soy yo.

Sansón se sentó en el camastro. Tenía una mirada plenamente lúcida.

—Creo —aseguró con plena lucidez— que los dos os equivocáis.

Abandonaron Olawa antes de que anoheciera, inadvertidamente. Dorota Faber tenía, como pudo verse, numerosas y buenas amistades entre la gente adecuada. Les consiguió ropa y los condujo hasta una salida oculta del hospicio un carretero del hospital que miraba embobado, con ojos de cordero degollado, a la cortesana pelirroja. Parecidos eran los ojos de un soldadote cuadrado que los acompañó hasta las caballerizas, ayudando Sansón a caminar. Porque necesitaba ayuda. Tampoco Reynevan estaba precisamente en su mejor forma. No hacía más que pensar con inquietud en la cabalgada que tenían por delante.

Pero resultó que Dorota y Elencza ya lo tenían previsto. Con ayuda del carretero y del soldado ataron a ambos a las sillas con correas, de modo que pudieran mantener una postura más o menos erguida en ellas y les resultara imposible resbalar o caerse. No era demasiado cómodo. Pero Reynevan no se quejó. Tenía motivos para suponer que las personas a las que capturaba Birkart Grelenort disfrutaban de menos comodidades aún.

Salieron de la ciudad por un portillo situado en las proximidades de la Puerta de Brzeg, en la zona suroriental de la ciudad. No había elección. Dorota tenía conocidos entre los centinelas que montaban guardia allí. En esta ocasión no bastó con el encanto ni con la sonrisa, por muy prometedora que fuera: fueron necesarios argumentos contantes y sonantes. La deuda de Reynevan con la cortesana crecía deprisa.

—Puedes tener problemas —le dijo al despedirse—. Han aceptado el dinero, pero si pasa cualquier cosa te delatarán sin pestañear. ¿No prefieres escapar con nosotros?

—Saldré adelante.

—¿Estás segura?

—Son sólo hombres. Sé cómo manejarlos. Id con Dios. Cuídate, Elencza.

—Adiós, doña Dorota. Gracias por todo.

Rodearon la ciudad por el sur. Por un sendero entre mimbreras alcanzaron el río. Encontraron un vado, cruzaron a la orilla izquierda. En breve los cascos de los caballos golpeaban en suelo duro. Estaban en la carretera.

—¿Se mantienen los planes? —quiso asegurarse Elencza, que se las arreglaba estupendamente en la montura—. ¿Nos dirigimos al lugar previsto?

—Sí. Allí vamos.

—¿Aguantaréis bien?

—Claro que sí.

—Entonces en marcha. Dejamos la carretera de Wroclaw y nos dirigimos al oeste. ¡Deprisa! Mientras haya luz, necesitamos avanzar todo lo que podamos.

—Elencza.

—Dime.

—Gracias.

—No hay por qué darlas.

La noche de mayo olía a cerezo aliso.

Al decir que aguantaría bien, Reynevan había mentido a Elencza Stietencron. En verdad, lo único que los mantenía en las sillas eran los correajes con que estaban atados. Y el miedo a Grelleort.

El camino a través de la noche fue un auténtico camino al Gólgota. Realmente fue un consuelo que más tarde Reynevan no pudiera recordar casi nada de él: la fiebre volvió a producirle escalofríos y en buena medida le privó del contacto con el mundo que le rodeaba. A Sansón no le fue mejor, el gigante se quejaba, iba encorvado y contraído en la silla, sacudiendo la cabeza sobre las crines del caballo, como si estuviera borracho. Elencza cabalgaba entre los dos, sosteniendo a ambos.

—¿Elencza?

—Dime.

—Hace tres años, en Sciborowa Poreba... ¿cómo pudiste salvarte?

—No quiero hablar de eso.

—Dorota mencionó que más tarde, en diciembre, sobreviviste a la matanza de Bardo...

—De eso tampoco quiero hablar.

—Perdona.

—No hay nada que perdonar. Anda, aguanta en la silla. Ponte más derecho... No te inclines tanto... Dios, que pase de una vez esta noche...

—Elencza...

—Tu amigo es increíblemente pesado.

—No sé... cómo agradecerte...

—Ya sé que no lo sabes.

—¿Qué te pasa?

—Los brazos se me entumecen... Ponte más derecho, por favor. Y sigue cabalgando.

Cabalgaban.

Empezaba a clarear.

—¿Reinmar?

—¿Sansón? Creía que...

—Estoy consciente. En términos generales. ¿Dónde estamos? ¿Nos falta mucho aún?

—No sé.

—Estamos cerca —terció Elencza—. El convento está cerca. Oigo las campanas... El oficio matutino... Ya hemos llegado...

La voz y las palabras de la muchacha les dieron nuevas fuerzas, la euforia venció al cansancio y la fiebre. La distancia que los separaba de su meta la superaron rápido, no supieron ni cuándo llegaron. Emergiendo en la viscosa y velluda grisura del alba, el mundo se volvió completamente irreal, engañoso, ilusorio, inaprehensible, todo lo que ocurría a su alrededor parecía ocurrir en un sueño. Más propios de un sueño eran los chotacabras que volaban por el aire, más propio de un sueño era el convento, más propio de un sueño el portillo, con sus bisagras que chirriaban. De la neblina, como de un sueño, salió la hermana portera con su hábito gris de lana gruesa de Frisia. De ultratumba pareció su grito... Y las campanas. El oficio matutino, Reynevan

no hacía más que darle vueltas, *laudes matutine*... ¿Y dónde está el cántico? ¿Cómo es que no cantan las monjas? Ah, pero si es Bialy Kosciól, la orden de las clarisas, las clarisas no cantan las horas, sino que las rezan... Jutta... ¿Jutta? ¡Jutta!

—¡Reynevan!

—Jutta...

—¿Qué te ha pasado? ¿Qué tienes? ¿Estás herido? ¡Madre de Dios! Bajadlo de la silla... ¡Reynevan!

—Jutta... Yo...

—Ayudadme... Levantadlo... ¡Ay! ¿Qué te pasa?

—El hombro... Jutta... Ya... Puedo ponerme de pie... Sólo tengo flojera en las piernas... Ocupaos de Sansón...

—Vamos a trasladarlos a los dos a la enfermería. Ahora mismo, de inmediato. Ayudadme, hermanas...

—Aguarda.

Elencza von Stietencron no desmontó, esperaba en la silla. Con la cabeza vuelta. No se dignó mirarlo hasta que él no pronunció su nombre.

—Decías que tienes a donde ir. Pero a lo mejor prefieres quedarte...

—No. Me voy ahora mismo.

—¿Adónde? En caso de que quisiera encontrarte...

—Dudo que quieras.

—De todos modos.

—Skalka, cerca de Wroclaw... —dijo titubeando, como haciendo un esfuerzo—. La hacienda y el acaballadero de doña Dzierzka de Wirsing.

—¿Con Dzierzka? —Reynevan no disimuló su asombro—. ¿Estás con Dzierzka?

—Adiós, Reinmar de Bielau. —Se dio la vuelta con su caballo—. Cuídate. Y yo...

»Yo procuraré olvidarte —añadió en voz baja. Cuando ya estaba lo bastante lejos del portillo del convento como para que no pudiera oírla en ningún caso.

Capítulo vigesimotercero

En el que el verano del año del Señor de 1428, usado como un grato y deleitoso idilio, pasa por Reynevan cual instante fugaz. Tanto que dan ganas de rematar esta historia con las clásicas palabras: «Y vivieron felices muchos años». Pero de qué sirve que den ganas cuando, por desgracia, no es posible.

Reynevan estuvo ingresado en la enfermería del convento hasta el domingo de Trinidad, el primero después de Pentecostés. Diez días justos. Por lo demás, sólo *a posteriori* sacó la cuenta de los días: la fiebre, que reaparecía a rachas, fue la culpable de que apenas se acordara más tarde de su estancia allí y de su curación. Sí recordaba a Jutta de Apolda, que pasaba mucho tiempo junto a su lecho de enfermo, recordaba asimismo a una enfermera rechoncha, llamada —muy a propósito— sor Misericordia. Recordaba a la abadesa, que también le curaba, una religiosa alta y seria de luminosos ojos grises. Recordaba los tratamientos a que le sometían, que dolían como demonios y traían consigo invariablemente fiebre y delirios. Sin embargo, gracias a esos tratamientos conservó el brazo y pudo seguir manejándolo mejor o peor. Reynevan tuvo ocasión de escuchar las conversaciones de las monjas durante los tratamientos: el caso era que hablaban de la clavícula, de la articulación del brazo, de la arteria subclavia, del nervio axilar, de los ganglios linfáticos, de los haces musculares. Escuchó lo suficiente como para comprender que los conocimientos médicos de la abadesa le habían evitado problemas muy serios. Así como los medicamentos de los que disponía y sabía utilizar. Algunas de esas medicinas eran mágicas, algunas las había reconocido Reynevan, bien por su olor, bien por la reacción que producían. Se había empleado tanto el *dodecatheon* —bastante más fuerte que el conseguido en

Olawa— como el *peristereon*, un específico muy infrecuente, muy caro y muy eficaz en los procesos inflamatorios. Para su herida, que se le había abierto en varias ocasiones, la abadesa había usado un remedio conocido como *garwa*, cuyo secreto procedía nada menos que de Irlanda, de los druidas de aquellas tierras. Reynevan también reconoció, por su característico olor a adormidera, el *wundkraut*, la hierba mágica de las valquirias, con la que las sacerdotisas de Wotan habían tratado a los heridos tras la batalla en el bosque de Teutoburgo. El olor de las hojas secas del beleño delataba al *hierobotane*, y el olor de la corteza del álamo al *leukis*, dos potentes remedios antigangrenosos. También destacaba por su olor un polvo llamado *lycopodium bellonarium*.

Cuando empezaron a recurrir al *lycopodium bellonarium*, Reynevan pudo por fin levantarse. Los dedos de la mano izquierda ya no los tenía entumecidos y podía aferrar con ellos toda clase de objetos. Gracias a lo cual fue capaz de ayudar a las monjas a cuidar a Sansón. Éste, aunque consciente, aún no estaba en condiciones de levantarse.

Jutta no dejaba a Reynevan en ningún momento. Sus ojos estaban resplandecientes, a causa de las lágrimas y a causa del amor.

La guerra, de la que habían logrado olvidarse, volvió a hacer sentir su presencia poco después del domingo de Trinidad. La mañana del primer día de junio Reynevan, Jutta y las monjas de Bialy Kosciól se vieron sorprendidos por el estruendo de los cañonazos procedentes del oeste. Antes incluso de que llegaran al convento noticias precisas, Reynevan ya había adivinado de qué podía tratarse. Jan Kolda de Zampach no se había retirado junto con el ejército de Procopio el Rasurado, sino que se había quedado en Silesia, atrincherado en el monte Sleza. Tanto él personalmente como su panda de ladrones eran para los silesios como una pizca de sal en los ojos o como un grano en el culo: algo demasiado molesto para tolerar su presencia. Un poderoso contingente reclutado en Wroclaw y Swidnica, provisto de pesadas bombardas, cercó la fortaleza del Sleza y abrió fuego, conminando a

Jan Kolda a que se rindiera. Éste, según un rumor que estaba en boca de todos, les mentó a los sitiadores, a modo de respuesta, un nombre coloquial de los órganos sexuales masculinos y les sugirió que se dedicasen a darse mutuamente placer. Tras lo cual se tomó la revancha disparando desde las murallas su propia artillería.

El intercambio de disparos duró una semana y en ese tiempo Reynevan se preparó con verdadero entusiasmo para acudir al Sleza y ayudar como pudiera a Kolda, aunque sólo fuera por medio de maniobras de distracción y sabotaje. Apenas era capaz de andar, en montar a caballo no podía ni soñar, pero estaba ansioso por lanzarse al combate. Fue Jutta la que puso fin a esas ansias y acabó definitivamente con sus planes bélicos. Jutta se mostró categórica. O la guerra o ella, le dio un ultimátum. Reynevan la eligió a ella.

Jan Kolda de Zampach se defendió una semana más, infligiendo a los silesios unas pérdidas tan severas que cuando finalmente agotó las posibilidades de seguir resistiendo disfrutaba de una buena posición negociadora. Capituló al día siguiente de San Antonio, pero lo hizo en condiciones honrosas, arrancando la promesa de que se le permitiera regresar libremente a Bohemia. En cuanto a la fortaleza del Sleza, para evitar que pudiera servirle en el futuro a un nuevo Kolda, los silesios la demolieron, no dejando piedra sobre piedra.

Todos estos detalles se los contó a Reynevan el hortelano que trabajaba en la granja del convento y que tenía —aparte de buenas fuentes de información— afición a los chismes y un talento innato para el cotilleo. Después de la caída del Sleza, los rumores con los que llegaba eran bastante inquietantes. Silesia se reponía definitivamente de la aceifa husita de Pascua. Y comenzaba a reaccionar. Con violencia, de un modo bastante sanguinario. En los cadalsos chorreaba la sangre de aquéllos que se habían achantado en el combate o que se habían entendido con los bohemios. En las hogueras se chamuscaban los simpatizantes del husitismo, así como aquellos otros cuyas simpatías no eran más que supuestas. Agonizaban en estacas y postes los aldeanos que habían colaborado con los husitas. Las horcas se vencían por el peso de los delatados. Ya de paso, se torturaba y se ejecutaba a otros muchos que no tenían nada que ver con el husitismo. A los de siempre: judíos, librepensadores, trovadores, alquimistas y mujeres que practicaban abortos.

El refugio, aparentemente seguro, tras los muros del convento dejó de repente de ser tan confortable. Reynevan, que seguía convaleciente, pegaba un respingo, empapado en sudor frío, cada vez que sonaba la campana o se oían golpes en el portillo. Y volvía a dormirse aliviado al saber que no se trataba de la Inquisición ni de Birkart Grelleort. Que sólo era el pescadero con el suministro.

Pasaba el tiempo, el reposo, los cuidados y los tratamientos hacían su trabajo. Las heridas sanaban, sin prisa pero sin pausa. Pasado San Antonio, Sansón empezó a levantarse, y después de Gervasio y Protasio ya se encontraba tan bien que pudo empezar a ayudar al hortelano en su trabajo. Reynevan, por su parte, había mejorado tanto que ya no se conformaba con tener contacto con Jutta a través de los ojos y las manos.

Llegó la noche de San Juan. Las clarisas de Bialy Kosciól la celebraron con la correspondiente misa. Reynevan y Jutta, en cambio, perseguidos por las miradas curiosas de las monjas, corrieron al bosque a buscar la flor del helecho. Ya en la linde del bosque, en una zona de abedules, Reynevan le explicó a Jutta que la flor del helecho no era más que una leyenda, y que buscarla, por muy romántico y excitante que pareciese, no tenía demasiado sentido y que sería una lástima perder el tiempo en esas cosas, a menos que tuviera especial interés en respetar esa tradición ancestral. Jutta se apresuró a confesar que, naturalmente, sentía un gran respeto por dicha tradición, pero que, con todo, en principio preferiría aprovechar mejor la breve noche de junio de un modo más juicioso y placentero.

Reynevan, que compartía su opinión, extendió una capa en el suelo y ayudó a Jutta a desnudarse.

—*Adsum favens* —susurró la muchacha, desprendiéndose despacio, gradualmente, de sus prendas, como Afrodita de la espuma del mar—. *Adsum favens et propitia*^[61], vengo en persona a favorecerte y ayudarte; por eso deja ya estos lloros y lamentaciones; aparta de ti toda tristeza y fatiga, que ya por mi providencia es llegado el día saludable para ti.

Susurró, y ante los ojos de Reynevan se mostró la belleza. La belleza cegadora de la desnudez, la gloria de la delicada feminidad, el Grial, la

reliquia, la santidad. Ante sus ojos apareció la *donna angelicata*, digna del pincel de artistas que conocía, como Domenico Veneziano, Simone da Siena, el Maestro de Flémalle, Tommaso Masaccio, Masolino, los hermanos Limbourg, Sassetta, Jan van Eyck. Y de otros que no podía conocer, de otros que aún estaban por venir. Cuyos nombres —Fra Angélico, Piero della Francesca, Quarton, Rogier van der Weiden, Jean Fouquet, Hugo van der Goes— tenía que conocer aún la entusiasta humanidad.

—*Sit satis laborum* —susurró, rodeándole el cuello con sus brazos—. Que tengan fin tus sufrimientos.

Viendo que el hombro herido seguía molestando a Reynevan, asumió ella la iniciativa. Tras hacerle tenderse boca arriba, se unió a él en la misma postura en la que el poeta Marcial solía describir a Héctor y Andrómaca.

Se amaron como Héctor y Andrómaca. Se amaron en la noche de San Juan. En las alturas resonaban coros, no se descarta que fueran angélicos. Y a su alrededor bailaban, canturreando, los duendecillos del bosque.

*Auf Johanni blüht der Holler
Da wird die Liebe noch toller!*^[62]

En las noches siguientes —a menudo, también de día— no se tomaron la molestia de correr al bosque. Se amaban allí mismo, detrás de los muros del convento, en un escondrijo calentado por el sol, entre arbustos de endrino y saúco. Se amaban, y a su alrededor —incluso de día— bailaban los duendecillos del bosque.

*Petersilie, Suppenkraut wächst in uns'ren Garten
Schöne Jutta is die Braut, solí nicht länger warten
Hinter einem Holderbusch gab sie Reynevan den Kuss
Roter Wein, weisser Wein, morgen solí die Hochzeit sein!*^[63]

El convento de Bialy Kosciól estaba dividido en tres partes, que Reynevan no podía dejar de relacionar con los tres círculos iniciáticos. El primer círculo —

si bien su forma, naturalmente, no tenía nada de circular— estaba formado por la sección económica del convento: el huerto, la enfermería, el refectorio y el dormitorio de las conversas, así como los aposentos para los huéspedes. El segundo círculo, con la iglesia como centro, no era accesible a los huéspedes, en un pequeño edificio adosado a la iglesia se situaban la biblioteca y el *scriptorium*, así como la residencia de la abadesa. El tercer círculo consistía en la zona de clausura, celosamente aislada, con el refectorio principal y los dormitorios de las monjas.

Las clarisas de Bialy Kosciól observaban con todo rigor —al menos, en apariencia— la regla de la orden. Realizaban un estricto ayuno, la carne ni se veía en el menú del convento. Estaban calladas durante las comidas, un profundo silencio reinaba desde las completas hasta la misa conventual. Todo el día estaban ocupadas en el trabajo, la oración, la penitencia y la contemplación, tan sólo disponían de una hora para sus propios asuntos y para su reposo, con excepción del viernes, día en que no había descanso. Las *conversae* —además de Jutta había otras cuatro en el convento, todas ellas doncellas de casas principales— se regían por una regla notablemente suavizada, sus obligaciones se reducían esencialmente a acudir a las misas y sermones, no se les exigía siquiera que participaran en los oficios.

No obstante, cuanto más tiempo iba pasando Reynevan en el convento, más quebrantamientos de las reglas iba observando. Lo primero que saltaba a la vista era la relación bastante libre con la clausura. Absolutamente inaccesible desde el exterior, desde el interior la clausura no presentaba barreras: las monjas se movían por todo el terreno del convento. Ni siquiera la presencia de dos varones, Reynevan y Sansón, afectaba lo más mínimo a su libertad de movimientos. Bastaba con respetar un peculiar ceremonial: las hermanas hacían como si no hubiera allí ningún hombre, los hombres fingían no ver a las hermanas. Eso no incluía a la abadesa, ésta hacía lo que quería y como quería. También gozaban de plena libertad para los contactos la hermana dispensera y la hermana enfermera.

A medida que las monjas aceptaban a Reynevan y lo consideraban digno de confianza, más cosas le permitían ver. Y veía cómo la penitencia y la contemplación, estipuladas en la regla, eran sustituidas en Bialy Kosciól por el estudio, la lectura de libros, escritos y postillas, por la discusión y hasta por

la disputa. Sin embargo, no se autorizaba su presencia en esas zonas encantadas. Jutta sí tenía acceso, pero él estaba excluido.

Pero lo más sorprendente fue la misa. Reynevan no iba a misa. El ambiente de Bialy Kosciól permitía que se sintiera a salvo de peligro, de modo que ni se le ocurría disimular el hecho de que como calixtino y utraquista no reconocía ni las misas papistas ni sus comuniones.

Con todo, en cierta ocasión se sintió necesitado y acudió a misa, habiendo admitido tras una larga reflexión que era dudoso que Dios tuviera tiempo de reparar en los detalles litúrgicos y ganas de ocuparse de ellos. Fue a la iglesia y sufrió una conmoción. La misa la celebraba la abadesa.

Una mujer.

Al cabo de unos días la abadesa convocó inesperadamente a Reynevan. Éste, mientras se dirigía a verla, era consciente del honor que suponía, pero también de la reprimenda que le aguardaba. Por lo demás, era algo que se esperaba hacía tiempo.

Cuando llegó, la abadesa estaba leyendo un incunable abierto sobre el púlpito. Como bibliófilo y bibliómano, Reynevan reconoció al instante, por las iluminaciones y estampas, el *Psalterium Decem Cordarium* de Joaquín de Fiore. Tampoco le pasaron desapercibidas otras obras que tenía a mano: *Liber Divinorum Operum* de Hildegarda de Bingen, *De amore Dei* de San Bernardo, la *Teogonia* de Hesíodo, *De ruina ecclesiae* de Nicolás de Clemanges. Por alguna razón, no le sorprendió lo más mínimo ver en esa compañía un ejemplar fatigado del *Necronomicon*.

La abadesa estuvo un rato mirándole por encima de los cristales pulidos de sus lentes, como si quisiera comprobar cuánto tiempo era capaz Reynevan de aguantarle la mirada.

—Es cosa inusitada —dijo al fin, y la mueca de sus labios lo mismo podía representar una sonrisa que no—. Cosa inusitada. No basta con atender en mi convento a un husita, no basta con proteger a un hereje. No basta con aguantar aquí a un hechicero, quién sabe si también nigromante. No basta con tolerar y sanar, sino que encima le permito que se entregue a sus juegucitos amorosos con una conversa confiada a mis cuidados. A una noble doncella

por la que respondo.

—Nos amamos... —empezó a decir. Ella no le dejó acabar.

—Cierto. Lo hacéis muy a menudo. Y en las eventuales consecuencias, me gustaría saber, ¿se os ha ocurrido pensar alguna vez? ¿Aunque sea por un momentito?

—Soy médico...

—En primer lugar, no te olvides de que lo eres. En segundo lugar, yo no me refería únicamente a la anticoncepción, ni mucho menos.

Estuvo un rato en silencio, pendiente del cordón de lino que ceñía su hábito, atado con cuatro nudos que simbolizaban los cuatro votos de Santa Clara, patrona y fundadora de la orden de las Damas Pobres.

—Me estaba refiriendo al futuro. —Se llevó la mano a la frente—. Algo extremadamente incierto en los difíciles tiempos presentes. Me gustaría saber si pensáis en el futuro. Si tú piensas en el futuro. No, no, no me interesan los detalles. Sólo el hecho en sí.

—Sí pienso en el futuro, reverenda madre.

Ella le miró directamente a los ojos. Los tenía muy claros, entre azules y grises. Los rasgos de su cara le resultaban familiares a Reynevan, decididamente le recordaban a alguien. Sin embargo, no era capaz de recordar exactamente a quién.

—Piensas en el futuro, dices. —Inclinó la cabeza—. ¿Y qué es lo que predomina en esos pensamientos tuyos, si se puede saber? ¿Qué abunda más en ellos? ¿Jutta y lo que le conviene a ella? ¿Tal vez la guerra? ¿La lucha por una causa justa? ¿El deseo de cambiar el mundo? Y si, pongamos por caso, surgiera un conflicto, si los ideales entraran en conflicto... ¿qué elegirías? ¿Y a qué renunciarías?

Reynevan no respondió.

—Todo el mundo sabe —prosiguió la abadesa— que, cuando están en juego las grandes causas, los individuos no cuentan. Los individuos se sacrifican. Jutta es un individuo. ¿Qué va a ser de ella? ¿Prescindirás de ella como si nada?

—No sé. —Hizo un esfuerzo para tragar saliva—. Ni quiero ni puedo fingir ante ti, reverenda madre. La verdad es que no lo sé.

Estuvo mucho tiempo mirándole a los ojos.

—Ya sé que no lo sabes —dijo al fin—. No esperaba una respuesta. Sólo quería que pensaras un poco en esta cuestión.

Poco después de San Pedro y San Pablo, cuando el aciano teñía los prados de azul, se presentó una desapacible temporada de lluvias. El lugar retirado en el que Reynevan y Jutta solían entregarse a sus transportes amorosos se convirtió en un barrizal. La abadesa veía a los enamorados pasear un rato bajo los arcos del claustro, mirándose a los ojos, hasta que finalmente se despedían y se separaban. Una tarde, una vez concluidas en la abadía ciertas labores de reacondicionamiento en los aposentos, ordenó que fueran a verla. Y los acompañó hasta una celda, perfectamente limpia y decorada con flores.

—Aquí vais a vivir —les comunicó secamente—. Y dormir. Los dos. Desde ahora. Desde esta misma noche.

—Te lo agradecemos, madre.

—No me lo agradezcáis. Y no perdáis el tiempo. *Hora ruit, redimite tempus.*

Llegó el verano. El caluroso, tórrido verano del año 1428.

El incansable hortelano, incansablemente, seguía contándoles más y más chismes. La capitulación de Jan Kolda y la pérdida de la plaza fuerte en el Sleza, relataba pisoteando a unos ratoncillos pelones que acababa de sacar del nido, habían enfurecido a los husitas. A mediados de julio, el jueves siguiente a Santa Margarita, los Huérfanos, a modo de represalia, en una rápida incursión habían atacado y tomado Jelenia Góra, incendiando la ciudad.

Aunque le llevó bastante más tiempo, el hortelano les trajo también novedades de Bohemia, algo que Reynevan y Sansón esperaban con verdadera impaciencia. El hetmán de Nové Mesto en Praga, Velek Koudelník de Breznice, contaba el hortelano retirando la mierda del rastrillo, para San Urbano había atacado las tierras de los bávaros. Los husitas habían incendiado Mosbach, residencia del conde palatino Otón, por el valle del río

Naab habían llegado hasta Ratisbona. Habían saqueado a conciencia y dejado en ruinas la abadía cisterciense de Walderbach. Habían vuelto a Bohemia con los carros hasta arriba de botín, dejando tras de sí la tierra quemada.

Más o menos a la vez, contaba el hortelano hurgándose la nariz y observando atentamente el resultado de sus prospecciones, el Tabor, para darle un escarmiento al duque Albrecht, había llevado a cabo un raid salvaje contra Austria. Quemando, devastando y saqueando sin encontrar resistencia, los taboritas habían llegado hasta el Danubio. Aunque sólo les separaba un corto trecho de Viena, no habían sido capaces de vadear el gran río. Sólo para dejar constancia de su presencia, desde la orilla izquierda había hecho tronar un rato sus cañones, tras lo cual se retiraron.

—Seguro —rezongó Reynevan, dirigiéndose a Sansón— que nuestro Scharley andaba por allí. Haciendo de las suyas.

—Seguro que sí —dijo el gigante entre bostezos, rascándose con las uñas la cicatriz de la cabeza—. No creo que se haya ido a Constantinopla sin nosotros.

La víspera de Santiago la abadesa convocó por segunda vez a Reynevan.

En esta ocasión estaba leyendo el *Libro del consuelo divino* de Meister Eckhart, un bello y lujoso ejemplar.

—Hace mucho que no vas a la iglesia —comentó, mirándole por encima de las lentes—. Podrías pasarte por allí en alguna ocasión, arrodillarte ante el altar. Pensar en esto y aquello. Meditar detenidamente tal o cual asunto...

»Ah, es verdad. —Levantó la cabeza, sin esperar a su respuesta—. No tienes tiempo. Estáis ocupados, Jutta y tú, muy ocupados. Bueno, os comprendo y no os lo echo en cara. No he sido monja toda mi vida. Cuando era joven, me da vergüenza reconocerlo, también tuve ocasión de rendir homenaje activamente a Príapo y Astarté. Y más de una vez me pareció que me encontraba más cerca de Dios estando en los brazos de un hombre que en un templo. Estaba en un error. Pero eso no me impide entender a quienes aún tienen que esperar para caer en la cuenta de ese error.

»Te hemos dado aquí —continuó después de un momento— amparo y cuidados. Con toda seguridad ya habrás comprendido que no nos ha movido exclusivamente la misericordia. Tampoco nos ha llevado únicamente a mostrarte nuestra simpatía la inclinación y la benevolencia que siente por ti nuestra muy querida Jutta de Apolda. Ha habido también otras causas. Y ya es hora de que hablemos de ellas.

»Tu atento ojo ya habrá descubierto, sin duda alguna, que este convento se diferencia un tanto de otros conventos. Y no es éste, conviene que lo sepas, el único convento parecido. Vosotros, los utraquistas, no sois los únicos que consideraréis ineludible la reforma de la Iglesia, no sois los únicos que aspiráis a ella. Y aunque en ocasiones os parezca que sois extremados en vuestras aspiraciones, no estáis en lo cierto. Hay otros que propugnan cambios que van más lejos. Bastante más lejos.

»Conocerás, presumo —prosiguió—, las tesis de los hermanos de la orden de San Francisco, los cuales han bebido de la fuente de una vasta sabiduría oculta, la misma en la que profundizó Joaquín de Fiore, inspirado por un santo pensamiento y una santa voluntad. Te las recuerdo: nuestro mundo se halla dividido en tres Edades y en tres Leyes. En la Edad y en la Ley del Padre, que se extendió desde Adán hasta Cristo, rigió el principio de la justicia más estricta y de la fuerza. En la segunda, la Edad y la Ley del Hijo, que se inició con el Salvador, se impuso el principio de la gracia y la sabiduría. La tercera Edad llegó cuando el gran santo de Asís dio comienzo a su labor, y se trata de la Edad del Espíritu Santo, cuya Ley se basa en el principio del amor y la caridad. Y el Espíritu Santo reinará hasta el final de los tiempos.

»El poder del Espíritu Santo, dice el inspirado Meister Eckhart —la abadesa puso su mano en el libro abierto—, arrebatada en verdad lo más puro, lo más delicado, lo más sublime, arrebatada la chispa del alma y la transporta hasta la cima más alta, inflamada en pasión y en amor. De un modo parecido a lo que ocurre en el árbol: la fuerza del sol toma lo más puro y lo más delicado que hay en las raíces del árbol, y lo eleva hasta las ramas, donde se transforma en flor. De idéntica manera la chispa del alma es elevada hasta la luz, arrebatada y devuelta a su origen primero. Y logra la completa unidad con Dios.

»Ya ves, muchacho, que la llegada de la Edad del Espíritu vuelve inútil y superflua la mediación de la Iglesia y del clero, pues la comunidad entera de los fieles queda envuelta, directamente, en la luz del Espíritu, y a través del Espíritu se funde e identifica con Dios. Sin intermediarios. No se necesitan intermediarios. Especialmente, intermediarios pecadores y falsos.

—En verdad —se animó Reynevan, tras aclararse la voz—. Semejantes son, creo yo, nuestras opiniones y nuestras metas. Pues exactamente eso mismo decían Jan Hus y Jerónimo, y antes de ellos Wiclif...

—Eso mismo —le interrumpió— decía y dice Petr Chelcicky. Entonces, ¿por qué no atendéis a sus palabras? ¿Cuándo predica que no se puede acabar con la violencia mediante la violencia, que no es lícito responder a la fuerza con la fuerza? ¿Qué la guerra nunca culmina con la victoria, sino que origina una nueva guerra, que nada, salvo otra guerra, puede traer la guerra? Petr Chelcicky conoció y amó a Hus, pero se ha apartado de los violentos y los asesinos. Se ha apartado de esa gente que alza su rostro hacia Dios arrodillada en un campo de batalla sembrado de cadáveres. Que hace la señal de la cruz con los brazos embadurnados de sangre hasta el codo.

»Subisteis a los montes —prosiguió, antes de que Reynevan pudiera replicar— en la Pascua de 1419. En Tabor, Oreb, Camero, Sión, en el Monte de los Olivos, forjasteis la comunidad fraterna de los Hijos de Dios, inspirados por el Espíritu Santo e imbuidos de amor al prójimo. Entonces aparecisteis como los verdaderos guerreros de Dios, pues teníais almas y corazones puros, pues divulgabais con ardor la palabra divina y proclamabais el amor divino. Pero eso duró quince semanas, muchacho, apenas quince semanas. Para el día de San Abdón, el 30 de julio, ya estabais arrojando gente desde las ventanas y ensartándolas en las lanzas, asesinando en las calles, en las iglesias y en las casas, violando y degollando. En lugar del amor divino, empezasteis a proclamar el apocalipsis. Y ya no os merecéis el nombre de guerreros de Dios. Porque lo que hacéis sólo alegra al diablo. Por escaleras de cadáveres no se asciende al Reino de los Cielos. Por ellas se desciende a los infiernos.

—No obstante —intervino él, poniendo freno al acaloramiento de la abadesa—, has dicho que el utraquismo te resulta cercano. Que percibes la necesidad de reformar la Iglesia, que eres consciente de que los cambios

tienen que llegar muy lejos. Justo al tiempo que Chelcicky clamaba: «¡El quinto, no matarás!», los cruzados papales se dirigían a Praga. Si entonces hubiésemos hecho caso a Chelcicky, que nos mandaba defendemos exclusivamente por medio de la fe y la oración, si hubiésemos opuesto a las hordas romanas únicamente la humildad y el amor al prójimo, nos habrían masacrado. Los bohemios se habrían desangrado, y los sueños y esperanzas se habrían desvanecido como el humo. No se habría producido ningún cambio, ninguna reforma. Roma, victoriosa, se mostraría aún más altiva, soberbia y arrogante, aún más hipócrita, aún más contraria a Cristo. Había por qué combatir, y combatimos...

La abadesa se sonrió, y Reynevan se puso colorado. No pudo evitar la sensación de que se trataba de una sonrisa burlona. Porque la abadesa sabía que él había hecho el ridículo al emplear la palabra «nosotros» en relación con los sucesos de 1419, cuando se había limitado a observar desde lejos la subida a los montes el día de Pascua, estupefacto, atemorizado y sin entender ni jota. Que había huido, conmocionado por la defenestración de julio, de la revuelta desatada en Praga, que se había largado de Bohemia, muerto de miedo ante el desarrollo de los acontecimientos. Que incluso ahora era poco más que un neófito. Y que se portaba como un neófito.

—Con respecto a los cambios y reformas —replicó sin dejar de sonreír la clarisa—, efectivamente estamos de acuerdo tú y yo. Pero nos diferencia no sólo el medio, sino también el ámbito y la escala de actuación. Vosotros queréis el cambio en la liturgia y la reforma del clero sobre la base del principio *sola Scriptura*. Nosotros, y ya te he dicho que somos muchos, pretendemos cambiar muchas, muchas más cosas. Fíjate.

Enfrente de la abadesa, por toda decoración en la estancia, colgaba un cuadro, una tabla con la imagen de una paloma blanca que, con las alas extendidas, ascendía por una estela de luz que venía de arriba. La clarisa levantó una mano, dijo algo en un susurro apenas perceptible. El aire se impregnó de pronto de los olores de la ruda y la verbena, característicos de la magia blanca llamada de Aradia.

La estela de luz del cuadro se iluminó, la paloma pintada en la tabla aleteó y echó a volar, perdiéndose en la claridad. En su lugar apareció en el cuadro una figura femenina. Alta, morena, con ojos como estrellas, vestida

con una túnica de abigarradas formas y tonos cambiantes, que tan pronto eran blancos como cobrizos o púrpura...

—Una gran señal se ha mostrado en el cielo —la abadesa empezó a comentar en voz baja los detalles del cuadro, cada vez más nítidos—. La mujer, revestida de sol, tiene la luna a sus pies, y hay en su cabeza una corona de doce estrellas.

»Dice el profeta, hablando del Espíritu: igual que una madre consuela, así voy yo a consolaros. Fíjate. Ésta es la Madre. *Ecce femina! Ecce Columba qui tollit peccata mundi*. Ésta es la Tercera Iglesia. La verdadera y, en su verdad, la última. La Iglesia del Espíritu Santo, cuya ley es el amor. La que perdurará hasta la consumación del mundo.

»Mírala: Magna Mater, Pantea, Regina, Genetrix, Creatrix, Victrix, Félix. Diosa Virgen, Virgo Caelestis.

»He aquí la madre de la naturaleza^[64], soberana de los elementos, *astromm Domina*, secular principio de todas las cosas. Diosa suprema, reina de la sombra, señora de las alturas resplandecientes del cielo, de los hálitos marinos creadores de vida, del silencio de los infiernos. Aquélla cuya única divinidad de múltiples formas venera el mundo entero bajo distintos nombres, con muy diversos cultos.

—*Descendet sicut pluvia in vellus*^[65]! Caerá como la lluvia en el retoño, como el rocío que humedece la tierra. En sus días florecerá la justicia, y dilatada paz hasta que no haya luna. Dominará de mar a mar, desde el Río hasta los confines de la tierra. Y así ha de ser hasta la consumación del mundo, pues ella es el Espíritu.

—Inclínate ante ella. Recibe y acepta su poder.

Sansón, frotándose la cicatriz de la cabeza rapada, escuchó el relato, conoció las inquietudes de Reynevan: como de costumbre sin hacer comentarios, como de costumbre sin emoción y sin dar muestras de impaciencia. Sin embargo, Reynevan se quedó con la incontestable sensación de que al gigantón no le interesaban lo más mínimo ni el movimiento de los Constructores de la Tercera Iglesia ni el renacido culto a la Gran Diosa. De que atribuía escasísima importancia a la división de la historia del mundo en

tres épocas. De que, en suma, le traía sin cuidado que la abadesa del convento de las clarisas de Bialy Kosciól profesara y pusiera en práctica las tesis de los valdenses y los quiliastas, o que se inclinara igualmente hacia la doctrina de los Hermanos y Hermanas del Libre Espíritu. Se diría que a Sansón le importaban menos de lo habitual los begardos, las beguinas y las guglielmitas.

Y en cuanto a Joaquín de Fiore y Meister Eckhart, tenía uno la... hum... la impresión de que ambos dejaban totalmente indiferente a Sansón.

—Me marchó —anunció de forma completamente imprevista el gigante, tras escuchar con gentileza las confidencias de Reynevan—. Vas a tener que arreglártelas tú solo con esos problemas. Yo me voy a Bohemia. A Praga.

»Tú estabas presente cuando me hirieron —prosiguió, sin esperar a que Reynevan se repusiera y fuera capaz de pronunciar una sola palabra—. Viste lo que ocurrió cuando aquella bala se estampó contra mi cráneo. Fuiste testigo, tuviste la posibilidad de examinarme de cerca.

Yo estaba preparado para algo semejante. Me habían hablado de eso, y hasta... hasta me lo habían aconsejado. En Praga Axleben, en Trosky Rupilius. Lo llamaban: regreso por muerte. Un medio para regresar a mi propio universo y a mi propia forma... corporal, por así decir, consiste en liberarme de mi actual envoltorio material. En pocas palabras: lo más sencillo habría sido acabar con este enorme corpachón. Aniquilarlo, interrumpir definitivamente los procesos vitales que se dan en él. Concluir su existencia material. El elemento espiritual, exclusivamente mío, quedará entonces libre y regresará a donde debe regresar. Así lo aseguraron Axleben y Rupilius. Lo ocurrido el 8 de mayo parece confirmar que estaban en lo cierto.

»Sin duda, habrás adivinado dónde reside el problema. Comprenderás por qué razones el método recomendado no acaba de convencerme, por qué consideraciones preferiría algo menos drástico. En primer lugar, no quiero que pese en mi conciencia la muerte del bobalicón del monasterio cuyo cuerpo llevo ya tres años paseando por el mundo. En segundo lugar, ni Rupilius ni Axleben estaban en condiciones de garantizarme al cien por cien que la cosa iba a funcionar. Y en tercer lugar, y más importante: de algún modo, ya no tengo prisa en regresar. La principal culpable de eso tiene cabellos del color del cobre y se llama Marketa. Y vive en Praga. Por eso me

vuelvo a Praga, amigo Reinmar.

—Sansón...

—Ni una palabra, te lo ruego. Vuelvo solo. Tú quédate aquí. Mal amigo sería si tratara de apartarte de aquí, de separarte del que es tu sitio. Ésta es tu Ogigia, Reinmar, la isla de la felicidad. Quédate, pues, y disfrútala. Lo más que puedas, todo el tiempo que puedas. Quédate y procede con sensatez. Distingue lo sutil de lo espeso. Y entonces tendrás la gloria de este mundo. Y toda oscuridad se apartará de ti. Te lo dice tu amigo, un ser conocido como Sansón Mielles. Tienes que creerme, pues *vocatus sum Hermes Trimegistus, habens tres partes philosophiae totius mundi*^[66]. Escucha atentamente. El incendio no ha sido sofocado ni extinguido, ni mucho menos, sólo se ha amortiguado, los rescoldos están aún muy vivos. Cualquiera día el mundo volverá a arder. Y nosotros volveremos a encontrarnos. Pero hasta entonces... Adiós, amigo.

—Adiós, amigo. Buen viaje. Y saluda a Praga de mi parte.

En la linde del bosque Sansón se volvió en la silla y agitó la mano. Se despidieron de él con idéntico gesto, antes de que se perdiera entre los árboles.

—Tengo miedo por él —susurró Reynevan—. Hay un largo camino hasta Bohemia. Son tiempos difíciles y peligrosos...

—Llegará bien. —Jutta se acurrucó contra él—. No temas. Llegará bien. Sin sobresaltos. Y sin extraviarse. Alguien le espera. Un farol relumbra en las tinieblas, le señala el camino apropiado. Como Leandro, atravesará seguro el Helesponto. Porque le espera Hero con su amor.

Era el primer día de agosto. El día de San Pedro Encadenado. Para las Viejas Razas y las hechiceras, la fiesta de Hlafmas. El festival de las cosechas.

Durante una semana Reynevan se estuvo preparando para la conversación con Jutta. Tenía miedo de esa conversación, tenía miedo de sus

consecuencias.

En más de una ocasión Jutta y él habían hablado de las enseñanzas de Hus y Jerónimo, de los cuatro artículos de Praga y en general de los principios de la reforma husita. Y aunque era capaz de mostrarse bastante escéptica de cara a ciertas doctrinas del utraquismo, nunca había manifestado, ni con una simple palabra, ni con la mínima alusión o sugerencia, algo que Reynevan se temía: el ardor propio de los neófitos. El convento de Bialy Kosciól —la conversación con la abadesa le había aclarado todas sus dudas al respecto— estaba contaminado de los errores de Joaquín de Fiore, de los Constructores de la Tercera Iglesia y de las Hermanas del Libre Espíritu: la abadesa, las monjas —y seguramente también las conversas— rendían culto a la Inmemorial y Triple Gran Madre, lo que las vinculaba al movimiento de adoradores de Guglielma de Bohemia, vista como encarnación femenina del Espíritu Santo. Y de Maifreda da Pirovano, la primera papesa guglielmita. Además, de forma evidente, las monjas recurrían a la magia blanca, asociándose de ese modo al culto a Aradia, reina de las hechiceras, llamada en Italia *La Bella Pellegrina*. Pero, por más que Reynevan daba vueltas alrededor de Jutta, más pendiente que una grulla, a la caza de cualquier indicio o señal, nunca pudo sorprenderla. O bien Jutta sabía perfectamente ocultarse y disimular, o bien no tenía nada de neófita entusiasta de la herejía joaquinita, guglielmita y aradiana. Reynevan no podía descartar ni la primera ni la segunda eventualidad. Jutta era lo suficientemente sagaz como para saber enmascararse, y lo bastante prudente como para no lanzarse de cabeza, alocadamente, y dejarse llevar por la corriente. A pesar del afecto que parecía unirlos, a pesar del amor al que se entregaban con frecuencia, de forma entusiasta y creativa, a pesar de que sus cuerpos no parecían tener ningún secreto para el otro, Reynevan comprendía que seguía sin saberlo todo sobre la muchacha y que aún estaba muy lejos de haber descifrado todos sus secretos. Pero si lo que ocurría era que Jutta aún no se había adherido a la herejía, para bien y para mal, que titubeaba, que tenía sus dudas o que sencillamente la miraba con ojos críticos, entonces no convenía plantear la cuestión.

Por otra parte, tampoco convenía eternizarse y mantenerse a la expectativa, de brazos cruzados. En ningún momento se había olvidado de las

palabras de la Dama Verde. Estaba en Silesia en calidad de perseguido, de proscrito, era un husita, un enemigo, espía y saboteador. Por ser lo que era, por creer lo que creía y por dedicarse a lo que se dedicaba, ponía a Jutta en peligro. La Dama Verde, Agnes de Apolda, madre de Jutta, tenía razón: si le quedaba un poco de decencia, no podía exponer a la joven, no podía permitir que sufriera ningún daño por su culpa.

Todo había cambiado decisivamente tras su conversación con la abadesa. El convento de Bialy Kosciól, el mero hecho de residir allí, era para Jutta mucho más peligroso que su conocimiento de Reynevan y su relación con él. Las tesis de Joaquín de Fiore y los Espiritualistas, la herejía —por alguna razón, seguía sin ser capaz de pensar en ello en otros términos, no encontraba otra palabra— de los Constructores de la Tercera Iglesia, el culto de Guglielma y Maifreda, eran para Roma una desviación tan grave como el husitismo. Además, todas las herejías y desviaciones Roma las metía en el mismo saco. El hereje —el que sea— es un siervo del diablo. Eso también afectaba —algo que resultaba evidentemente ridículo— al culto a la Gran Madre, más antiguo que el género humano. Y que el mismísimo diablo, a quien Roma siempre tenía presente.

Pero los hechos eran tozudos. El culto a la Madre de todas las criaturas, la adoración a Guglielma, los errores de Joaquín, las Hermanas del Libre Espíritu, la Tercera Iglesia: cualquiera de estas cosas habría sido suficiente para ir a parar a prisión y a la hoguera o, con un poco de suerte, para una larga vida de penitencia en los calabozos de los dominicos. Jutta no debía seguir en el convento.

Había que hacer algo.

Reynevan sabía qué. O al menos lo presentía instintivamente.

—Este invierno me preguntaste una cosa. —Se volvió hacia ella, la miró a los ojos—. Me preguntaste si estaba dispuesto a dejarlo todo. Si estaba dispuesto, así, sin más, a escapar, a marcharme contigo al fin del mundo. Te respondo afirmativamente. Te amo, Jutta, deseo unirme a ti hasta el fin de mis días. El mundo, por lo visto, hace todo lo que está en su mano para impedirnoslo. Dejemos todo, pues, y huyamos. A Constantinopla, si hace falta.

Ella estuvo largo tiempo callada, acariciándole pensativa.

—¿Y qué hay de tu misión? —preguntó al fin, pronunciando despacio y midiendo sus palabras—. Pero si tú tienes una misión. Tienes unas convicciones. Tienes un compromiso realmente importante y sagrado. Quieres cambiar la faz del mundo, arreglarlo, hacerlo mejor. ¿Entonces? ¿Abandonas tu misión? ¿Renuncias a ella? ¿Te has olvidado del Grial?

Peligro, pensaba Reynevan. Atención. Peligro.

—La misión —continuó Jutta, hablando aún más despacio—. Las convicciones. La vocación. La abnegación. Los ideales. El Reino de Dios y el deseo de que venga a nosotros. La lucha para que venga a nosotros. ¿Crees que son cosas a las que uno puede renunciar, Reinmar?

—Jutta —se decidió, incorporándose sobre un codo—. No puedo ver cómo te pones en peligro. Los rumores sobre la fe que aquí profesáis circulan por ahí, mucha gente sabe qué es lo que pasa en este convento, yo lo he averiguado este mismo invierno, a finales del año pasado. No es, por lo tanto, ningún secreto. Las delaciones podrían llegar a los destinatarios adecuados. Vivís bajo una gran amenaza. Maifreda da Pirovano murió en la hoguera en Milán. Quince años más tarde, en 1315, en Swidnica quemaron a medio centenar de beguinas... —Y a los adamitas en Bohemia, pensó de repente. ¿Y las picardas torturadas y abrasadas? La causa a la que me he consagrado persigue a los disidentes con idéntica saña que Roma—. Cualquiera día —ahuyentó aquellos pensamientos— puede ser el día de tu perdición, Jutta. Puedes perecer...

—Tú también puedes perecer —le interrumpió—. Has podido caer en la guerra. Tú también te has arriesgado.

—Sí, pero no por...

—Por una fantasía, ¿verdad? Venga, dilo bien alto. Fantasías. ¿Fantasías de mujeres?

—En absoluto quería...

—Sí querías.

Callaron. Por la ventana entraba la noche de agosto. Y los grillos.

—Jutta.

—Dime, Reinmar.

—Vámonos. Te quiero. Nos queremos, y el amor... Encontraremos el

Reino de Dios en nosotros. En nosotros mismos.

—¿Puedo creerte? Que vas a renunciar...

—Créeme.

—Es tanto lo que me ofreces —dijo ella tras un largo silencio—. Lo valoro. Y eso hace que te quiera aún más. Pero si abandonamos los ideales... Si tú renuncias a los tuyos, y yo a los míos... No puedo negar que eso sería como...

—¿Cómo qué?

—Como la endura. Sin esperanza en el *consolamentum*.

—Hablas como una cátera.

—Montségur pervive —susurró con los labios pegados a su oído—. El Grial aún no ha sido hallado.

Le rozó, le rozó y le fulminó con su suave pero eléctrica caricia. Cuando se puso de rodillas, sus ojos llameaban en la oscuridad. Cuando se inclinó sobre él, fue tan delicada, tan pausada, como la ola que alisa la arena de la playa. Su aliento era ardiente, más ardiente aún que sus labios. Sansón tenía razón, alcanzó a pensar Reynevan antes de que el placer le privara de la facultad de razonar. Este lugar es mi Ogigia. Y ella es mi Calipso.

—Montségur pervive. —Pasaron algunos instantes antes de que Reynevan escuchara su claro susurro—. Y pervivirá. No se rinde y jamás será conquistado.

El mes de agosto de 1428 fue caluroso, la canícula se prolongó hasta mediados de mes, hasta el día de la Asunción de María, conocido popularmente como la fiesta de la Madre de Dios de las hierbas. Septiembre también fue caluroso. El tiempo sólo empezó a estropearse ligeramente pasado San Mateo. El 23 de septiembre cayeron lluvias.

Y el 24 reaparecieron unos viejos conocidos.

La primera señal del regreso de los viejos conocidos se la proporcionaron —por mediación del infatigable hortelano del convento— ciertos rumores, vagos e imprecisos al principio, cada vez más concretos a medida que pasaba

el tiempo. En la plaza de Brzeg alguien había arrojado de pronto una octavilla donde figuraba un espantajo con cabeza de cabra, con la tiara papal sobre la cornamenta. Unos días más tarde unos dibujos de estilo semejante habían aparecido en Wiazów y Strzelin. En ellos se veía un cerdo tocado con una mitra, y el texto escrito al pie proclamaba inequívocamente: *Conradus episcopus sum*.

Al cabo de algunas semanas la cosa se volvió más seria. Unos autores desconocidos —los rumores elevaban su número hasta los veinte— atacaron y apuñalaron en el camino real de Wroclaw al noble Rypert von Seidlitz, ayudante del jefe del contraespionaje de Swidnica, conocido por su cruel persecución de los sospechosos de abrigar simpatías prohusitas. En Grodków murió de una cuchillada un escribiente del ayuntamiento que se jactaba de haber denunciado a más de cien personas. En Sobótka una flecha disparada con una ballesta había alcanzado —en el púlpito— al párroco de Santa Ana, el cual perseguía con particular saña a los fieles que pensaban con excesiva libertad.

El viernes posterior a San Mateo, 24 de septiembre —antes incluso de que llegara al convento el rumor de que habían dado muerte con un estilete al alcalde de Przewomo, aldea situada muy cerquita de allí—, Bisclavret y Rzehors se presentaron en Bialy Kosciól. Como es natural, no se les permitió franquear el portillo y esperaron a Reynevan en la granja del convento. Junto al pozo. Rzehors se lavó en el pilón las mangas ensangrentadas de la zamarra, el Desollador, sin ningún disimulo, enjuagó su navaja, pegajosa de sangre.

—Se acabó la indolencia, querido hermano Reinmar. —Rzehors escurrió la manga recién lavada—. El trabajo espera.

—¿De esa clase? —Reynevan señaló la espuma ensangrentada que chorreaba del pilón.

Bisclavret soltó una carcajada.

—Yo también te quiero —se burló—. No sabes cómo te he echado de menos, y me alegro de verte en plena forma. Igual un pelín flaco. ¿Has adelgazado por culpa del ayuno? ¿De la dieta del convento? ¿O de la práctica intensiva de los juegos amorosos?

—Guarda ese cuchillo, maldita sea.

—¿Y eso? ¿Es que no te gusta? ¿Hiere tus sentimientos? Por lo que veo,

este convento te ha cambiado. Hace medio año, en Zelazno, cerca de Klodzko, ante mis ojos golpeaste a un hombre hasta matarlo. Con las manos desnudas. Por una venganza personal, por una revancha privada. ¿Y a nosotros, que combatimos por la causa, te atreves a mirarnos por encima del hombro? ¿A arrugar la nariz como un gran señor?

—Guarda el cuchillo, he dicho. ¿A qué habéis venido?

—Adivina. —Rzehors entrelazó las manos sobre el pecho—. Y una vez que lo hayas adivinado, mueve el culo. Ya te hemos dicho que tenemos trabajo. El Vogelsang contraataca, y tú sigues siendo del Vogelsang, nadie te ha dado de baja ni te ha dispensado de tus obligaciones. Procopio y Neplach han dado órdenes. Que te conciernen también a ti. ¿Sabes lo que le pasa a quien no las cumple?

—Yo también os quiero —Reynevan no pestañeó— y estoy que no quepo en mí de la alegría de veros. Pero bajad un poco el tono, rapaces. En lo tocante a las órdenes, vosotros sois mensajeros, y nada más. Para mandar ya estoy yo. Así que os ordeno: soltad lo que tengáis que decir, de forma breve y concisa. Es una orden. ¿Sabéis lo que les pasa a quienes no las cumplen?

—¿No te decía yo? —Bisclavret se echó a reír—. ¿No te decía que ésa no era forma de abordarle?

—Se ha hecho mayor —reconoció Rzehors con una sonrisa—. Es clavadito a su hermano. Igual que Peterlin. Si es que no ha superado ya a Peterlin.

—Bien lo saben ellos. —Bisclavret, que por fin había guardado la navaja, hizo una reverencia excesiva, igual que un mono—. Bien lo saben los hermanos Procopio el Rasurado y Bohuchval Neplach, llamado Flutek. Saben cuán celoso utraquista es el hermano de Peterlin y con cuánto ardor defiende la causa del Cáliz. Ruegan, pues, al hermano Reynevan los susodichos hermanos, por medio de nuestros indignos labios, que una vez más demuestre su lealtad al Cáliz. Piden humildemente los hermanos...

—Cierra el pico, francés. Habla tú, Rzehors. Conciso y en cristiano.

La orden de Procopio al Vogelsang era, en efecto, concisa y decía: hay que reconstruir la red. Y hacerlo deprisa. Lo bastante deprisa como para que la

red esté operativa durante el siguiente ataque a Silesia. Cuándo iba a tener lugar ese ataque, Procopio no lo había aclarado.

Reynevan no sabía muy bien cómo podía reconstruir personalmente algo de lo que tenía una idea muy general y bastante imprecisa: una red de la que prácticamente no sabía nada, más allá de que, presuntamente, existía. Rzehors y Bisclavret, llamados al orden, reconocieron que esencialmente habían buscado su ayuda por aquello de que, como ellos mismos dijeron, se trabaja más seguro entre tres que entre dos.

A pesar de que la misión parecía extraordinariamente apremiante, Reynevan no se mostró dispuesto a ponerse en marcha de inmediato. Quería darles una lección a los del Vogelsang, para que aprendieran a tratarle con más respeto. Pero ante todo quería arreglar su situación con Jutta. Tal y como esperaba este segundo asunto resultó notablemente más complicado. Con todo, las cosas fueron más sencillas de lo que se temía.

—Bueno —dijo ella una vez que se le pasó el estallido inicial de cólera—. Podía esperármelo. Galahad ama, promete y jura. Para toda la vida, se supone. Pero en realidad sólo hasta el momento en que surge una noticia relativa al Grial.

—Eso no es verdad, Jutta —protestó—. No ha cambiado nada. Son sólo unos días. Después volveré... No ha cambiado nada.

Estaban conversando en la iglesia, delante del altar y de un cuadro donde figuraba —cómo no— una paloma alzando el vuelo. Pero Reynevan tenía ante sus ojos a Maifreda da Pirovano, ardiendo en la hoguera en la Piazza del Duomo.

—¿Cuándo te marchas? —le preguntó, ya más tranquila.

—Después del *festum angelorum*.

—En ese caso tenemos aún algunos días.

—Sí.

—Y algunas noches —suspiró—. Eso está bien. De rodillas. Vamos a rezarle a la Diosa.

El 30 de septiembre, la mañana siguiente a San Miguel, San Gabriel y San Rafael, regresaron Rzehors y Bisclavret. Listos para el camino.

Reynevan los estaba esperando. También él estaba listo.

Capítulo vigesimocuarto

En el que regresa el espíritu de la destrucción, que al mismo tiempo es —se supone— el espíritu de la creación. Y a todo esto a Reynevan le toca elegir.

En sus varios años de existencia, el Vogelsang había conseguido crear en Silesia una red bastante extensa y suficientemente ramificada de agentes durmientes, de modo que, en principio, existía una base para su reconstrucción. El problema estaba en que la ola de persecuciones que había azotado Silesia en los últimos tiempos no podía dejar de influir en los reclutados. Era de temer que algunos hubieran pasado a la historia como mártires, era muy posible que de ellos no hubieran quedado ni las cenizas. Una parte de los que se habían salvado podían, apremiados por la enrabiada Inquisición, reconsiderar radicalmente sus opiniones y llegar a la conclusión de que ya no les apetecía simpatizar con Wiclif y de que a Hus no lo querían tanto como antes. Entre estos últimos también se encontraban algunos que, por su propia voluntad o coaccionados, habían cambiado radicalmente de bando. Los chaqueteros y los arrepentidos estaban esperando a que alguien se dirigiera a ellos. Para denunciarlos, sin perder un minuto, ante los órganos competentes.

Por eso, el contacto con cada uno de los antiguos agentes suponía siempre un grave riesgo y no debía establecerse sin tomar las debidas precauciones. Y a ellos, siendo tres, les resultaba cien veces más fácil, sin discusión, protegerse que si fueran sólo dos.

Durante un mes y pico Reynevan, Rzehors y Bisclavret se recorrieron toda la Silesia: ya soportando el frío y las lluvias otoñales, ya bajo el vivo sol del veranillo. Visitaron numerosas localidades, empezando por las grandes

ciudades, como Wrocław, Legnica y Swidnica, y terminando en alguno de los muchos *dorf*, *górk*a o *wólka*, con cuyo nombre completo no se quedaban ni de casualidad. Visitaron a personas muy distintas, y a esas personas muy distintas les recordaron —valiéndose de muy distintos métodos, y con muy distintos resultados— la lealtad a la causa que habían jurado en su momento. Sólo tuvieron que salir por piernas en tres ocasiones. Una vez en Racibórz, cuando Rzehors escapó del cerco tendido por la Inquisición saltando por la ventana desde un primer piso de un edificio a la plaza, tras lo cual tuvo lugar una impresionante galopada por toda la calle Larga hasta la puerta de San Nicolás. Otra vez el trío al completo consiguió eludir una redada en el arrabal de Scinawa, contando con la ayuda inestimable de la niebla que, como por encargo, se levantó en los humedales del Óder. Otra, en Skorogoszcz, tuvieron que escapar a galope tendido de la persecución a que los sometieron cuando una patrulla de mercenarios que custodiaba el puesto de la aduana y el puente sobre el Nysa empezó a sospechar de ellos.

En cierta ocasión, en Namysłów, mientras Rzehors y Reynevan aleccionaban a un tonelero, Bisclavret, que estaba de plantón, pilló y metió a rastras en la casa a un rapaz de doce años, hijo del tonelero, enviado discretamente al castillo para alertar a la guardia. Antes de que se oyera tres veces «Judas Iscariote», el hijo ya estaba encogido en el suelo, víctima de un navajazo, el padre agonizaba entre estertores mientras la sangre brotaba de su garganta rajada, la mujer y las hijas se lamentaban a coro, y el grupo escapaba saltando la valla y corría hacia los caballos que habían dejado entre la maleza.

—Cuando se lucha por una causa justa no hay ética que valga —replicó Rzehors, sacando pecho con orgullo cuando Reynevan, al cabo de un rato, le hizo un reproche, a cuenta del chaval, más que nada—. Cuando la causa exige que se mate, se mata. El espíritu de la destrucción es al mismo tiempo el espíritu de la creación. Matar por una causa justa no es un crimen, por eso mismo no nos está permitido vacilar si tenemos que recurrir al asesinato. Debemos irrumpir en el escenario de la historia con paso firme y la cabeza bien alta. Estamos cambiando la historia, Reinmar, dándole forma. Cuando se imponga el Nuevo Orden, los niños lo estudiarán en las escuelas. Y el mundo entero conocerá el nombre de lo que hacemos. La palabra «terrorismo» estará

en boca de todos.

—Amén —remató Bisclavret.

A los dos días volvieron a Namysłów. Rzehors y Bisclavret habían averiguado quién era el agente que había reclutado al tonelero. Y lo mataron. Lo acuchillaron de noche, cuando volvía de la tasca.

Día tras día, había que admitirlo, el espíritu de la destrucción se volvía más y más creativo.

—Déjate de refunfuñar —protestaba molesto Bisclavret viendo la cara de Reynevan—. Cualquiera día de éstos nos llegará una orden de Flutek diciendo que vayamos los tres juntos a hundirle el cuchillo en la barriga a ese Grelenort que asesinó a tu hermano... O al duque Juan de Ziebice. O al mismísimo obispo de Wroclaw. ¿Y qué? ¿También entonces te vas a poner a gruñir, a darnos la murga con la ética y el honor?

Reynevan no contestó.

La noche del 7 al 8 de noviembre, en el lugar acordado —la cruz penitencial plantada en el puerto de Tapadla, que separa el monte Sleza del Radunia, junto a un robledal—, se presentaron los convocados a la cita. Aquellos agentes «reactivados» que el Vogelsang consideraba más fiables y que necesitaba para llevar a cabo una misión especial. Como es comprensible, se adoptaron fuertes medidas de seguridad: la presencia de un espía entre los conspiradores no se podía excluir en ningún caso. En el puerto de Tapadla esperaba a los asistentes tan sólo un representante del Vogelsang: la suerte había querido que fuera Rzehors. Si no había sorpresas, Rzehors tenía que conducir a los congregados hacia el este, hasta unas chozas de pastores, donde los estaría esperando Reynevan. Si aquí tampoco surgían imprevistos, el grupo iría caminando hasta la aldea de Bedkowice, donde aguardaba Bisclavret. Que era el que había sacado la pajita más corta.

Pero todo fue como la seda y en el transcurso de una sola noche la plantilla del Vogelsang se incrementó en nueve miembros. Gente muy diversa. Un contable de Wroclaw, un vendedor de Prochowice, un carpintero de Trzebnica, un aprendiz de cantero de Sroda, un maestro de Katy, un administrador de la granja monacal de Lubiaz, un armiguer que en otro

tiempo había servido a los Bolz de Zeiskenberg, un monje exclaustro de Jemielnica que ahora se dedicaba a la venta de indulgencias, y por último — de remate, podría decirse—, el párroco del Sagrado Corazón en Pogorzela.

Viajando de noche —la partida era ahora demasiado numerosa para poder desplazarse de día sin despertar sospechas—, llegaron a Rychbach, de ahí siguieron hacia Lampersdorf y las Montañas de la Lechuza al paso de Jugów. Aquí, en un claro de bosque junto a la aldea que daba nombre al paso montañoso, se encontraron con otra partida llegada de Bohemia. El grupo lo formaban catorce profesionales. No era difícil adivinar qué profesión era la suya. Además, Reynevan no necesitaba adivinarlo. A dos de ellos ya los conocía, los había visto en la Montaña Blanca. Se estaban instruyendo en el departamento de asesinatos.

El grupo lo dirigía un viejo conocido.

—Urban Horn —dijo Lucas Bozyczko—. El grupo lo había guiado desde Bohemia Urban Horn. En persona.

Gregorio Hejncze, *inquisitor a Sede Apostólica specialiter deputatus* en la diócesis de Wroclaw, hizo un gesto con la cabeza, dando a entender que ya se lo imaginaba. Y que no le sorprendía lo más mínimo. Lucas Bozyczko se aclaró la garganta, se dio cuenta de que podía continuar con su informe.

—Se trataba, naturalmente, de Klodzko. Nuestro hombre fue testigo de la conversación de Horn con Reinmar de Bielau y con esos dos del Vogelsang, Rzehors y Bisclavret. Klodzko, les decía Horn, es la puerta y la clave para acceder a Silesia. Y añadió que don Puta de Czastolovice estaba empezando a crecer, amenazando con convertirse en un símbolo incómodo y peligroso para nosotros... es decir, para ellos... es decir, para los husitas... Y que en esta ocasión Klodzko tiene que caer.

—¿Son ésas —el inquisidor levantó la cabeza— las palabras exactas de nuestro hombre?

—Hasta la última coma —aseguró el diácono—. Esas palabras se las transmitió nuestro hombre al agente que tenemos en Klodzko. Y éste a mí.

—Sigue hablando.

—Ése del Vogelsang, Bisclavret, dijo que su conocido Trutwein había

resistido el vendaval y que nuevamente estaba activo. Que estaba reuniendo *oleum*, resina y los demás ingredientes. Que esta vez no iba a faltar de nada, que iban a provocar tal incendio en Klodzko que... son sus propias palabras... que a don Puta se le iban a chamuscar los bigotes en el castillo. Y que esta vez no iban a ser ellos los que escaparan por el agujero de la mierda, sino don Puta. Así mismo lo dijo, con esas precisas palabras: por el agujero de la mierda...

—Así pues, el grupo —dedujo Hejncze— ya se ha infiltrado en Klodzko. ¿Cuándo empezó la operación?

—El viernes después de San Martín. No se infiltraron todos a la vez, sino paulatinamente, de dos en dos, de tres en tres, para no despertar sospechas. Nuestro hombre, afortunadamente, estaba en uno de los primeros grupos infiltrados. Por eso sabemos que es verdad lo de ese Trutwein. El tal Trutwein, Johann Trutwein, es altarista en la iglesia de Santa María, y hace tiempo que espía para los husitas. En torno a él, por lo visto, funciona en Klodzko desde hace años una célula incipiente dedicada a las labores de espionaje y de sabotaje.

—En este momento... —El inquisidor apartó el sello con el que se entretenía—. En este momento el grupo al completo ya está en Klodzko, si no he entendido mal, ¿no? ¿Todos ellos?

—Todos. Excepto Horn, Bielau, Bisclavret y otros tres. Éstos el día de San Martín pasaron por Jugów. Nuestro hombre no sabe adonde fueron. ¿Qué ordena su reverencia? ¿Qué medidas adoptamos?

Desde detrás de la ventana llegaba el barullo de la ciudad, las vendedoras ambulantes discutían en el Mercado de Gallinas. El inquisidor papal callaba, frotándose la nariz.

—Ese hombre nuestro —preguntó al fin—, ¿quién es?

—Kacper Dompnig. Un contable. De aquí, de Wroclaw.

—Dompnig... No ha sido chantajeado. De ser así, me acordaría, yo no me olvido de un chantaje... Pero tampoco me suena que le hayamos pagado. Entonces, ¿no será un idealista?

—Pues sí, es un idealista.

—En ese caso, no le quites el ojo de encima, Lucas.

—Amén, reverencia.

—Preguntabas —añadió Gregorio Hejncze— qué hay que hacer. De momento nada. Pero si da comienzo la incursión, si los husitas se acercan a Klodzko, si la ciudad resulta amenazada, nuestro hombre tiene que delatar de inmediato al grupo entero. Tiene que entregarlos a todos sin tardanza al contraespionaje de don Puta.

—¿No sería mejor —dijo Lucas Bozyczko con una sonrisa— que nos atribuyéramos nosotros el mérito? El obispo Conrado...

—El obispo Conrado me trae sin cuidado. Y el Santo Oficio no está para hacer méritos. Repito: nuestro hombre tiene que poner el grupo en manos del contraespionaje de Klodzko. A don Puta de Czastolovice le toca liquidar a los saboteadores. Y seguir creciendo como símbolo que despierta el terror entre los husitas. ¿Está claro?

—Amén, reverencia.

—Reynevan... Reinmar de Biellau no está, según dices, en el grupo de Klodzko. Se ha marchado, decías. Con Horn. ¿Tal vez al convento de Bialy Kosciól? ¿Porque no hay ninguna duda, entiendo, de que se trata de ese convento?

—Ninguna duda, reverencia, puedo asegurarlo. ¿Emprendemos allí... acciones?

—Por ahora no. Tenlo muy presente, Lucas. Si Reynevan, en cambio, regresara a Klodzko... si contactara con los saboteadores... en resumen, si cayera en las garras de don Puta, tenéis que rescatarlo. Sano y salvo. ¿Comprendido?

—Como ordenéis, reverencia.

—Puedes retirarte. Quiero rezar.

Seis jinetes marchaban en dirección a Swidnica: Horn, Reynevan, Bisclavret y tres de los sicarios llegados de Bohemia. Éstos, sin embargo, sólo los acompañaron hasta Frankenstein: antes de entrar en la ciudad se separaron y se perdieron en la gris lejanía. Sin malgastar una palabra en despedirse. Tenían en Silesia, de eso no había duda, su propia misión, su propio objetivo. Puede que Horn supiera qué objetivo era ése, puede que supiera a quién pensaban matar. Pero también era posible que no lo supiera. Reynevan no

preguntó nada. Pero no habría sido Reynevan si no hubiera pronunciado un discurso de ética y moral.

Horn lo escuchó pacientemente. Volvía a ser el viejo Horn, el mismo que Reynevan había conocido y tratado, el mismo que recordaba. El Horn que iba cubierto con una elegante y corta capa sujeta por un alfiler de plata y con un jubón con pasamano de plata, el Horn que llevaba al cinto un estilete con un rubí en el pomo y unas espuelas ribeteadas de latón en las botas de cordobán. Con la cabeza engalanada por un gorro de raso con un largo *liripipe* que envolvía fantasiosamente el cuello. El Horn de ojos penetrantes y labios contraídos en una mueca levemente arrogante. Una mueca tanto más evidente cuanto más a fondo se empleaba Reynevan con las cuestiones relativas a la moralidad, las normas éticas, las reglas y leyes de la guerra, entre éstas, muy concretamente, el recurso al terror como instrumento bélico.

—La guerra trae consigo el terror —replicó una vez que hubo concluido Reynevan—. Y se basa en el terror. La guerra, en sí misma, es terror. *Ipsa facto*.

—Zawisza el Negro de Garbowo no te daría la razón. Él entendía de otra forma la guerra y el *ius militare*.

—Zawisza el Negro ya no vive.

—¿Cómo?

—¿No te habías enterado? —Horn se volvió en la silla—. ¿No te llegó la noticia de la muerte de uno de los más célebres caballeros de la Europa contemporánea? Zawisza el Negro falleció. Leal vasallo, acompañó al Luxemburgo en su expedición contra el turco, poniendo sitio a la fortaleza de Golubac, a orillas del Danubio. Allí fueron derrotados por los turcos, pero mientras el Luxemburgo, siguiendo su costumbre, huía ignominiosamente, Zawisza, siguiendo la suya, le cubrió la retirada. Y cayó. Se dice que los turcos le cortaron la cabeza. Ocurrió el 28 de mayo, el viernes después de San Urbano, mi patrón, de ahí que recuerde tan bien la fecha. Así que ya no se cuenta entre los vivos Zawisza el Negro de Garbowo, buen caballero. *Sic transit gloria*.

—Creo —dijo Reynevan— que mucho más. Mucho más que la gloria.

Al llegar a Swidnica, no tardaron en advertir el ajetreo reinante en la ciudad. Cuando cruzaron la Puerta de Abajo y, hundiéndose en el barro de la calle Larga, alcanzaron la plaza mayor, tuvieron la impresión de que habían llegado con ocasión de algún festín: era evidente que la agitación se debía a la alegría, más que a la adversidad. Bisclavret se mezcló con el gentío para averiguar lo que estaba ocurriendo, Reynevan, en cambio, lo asoció desde el primer momento a la situación vivida en Praga en verano de 1427, con toda la ciudad excitada y jubilosa por las noticias de la victoria en Tachov. La asociación resultó de lo más acertada. Y la cara que traía Bisclavret a su vuelta de lo más avinagrada. El rostro de Horn se fue demudando y ensombreciendo a medida que escuchaba el informe que aquél le susurraba al oído.

—¿Qué ha pasado? —Reynevan no podía aguantarse—. ¿De qué se trata?

—Más tarde —le cortó Horn—. Más tarde, Reynevan. Ahora tenemos una cita. Y cosas importantes de que hablar. Vamos. Bisclavret, busca tú por aquí a alguien de confianza y bien informado. Quiero saber más cosas.

El encuentro tuvo lugar en una taberna en la calle de los Arqueros, cerca de la puerta del mismo nombre, y las cosas importantes de las que había que hablar tenían que ver con la adquisición de armas y caballos en Polonia. Y su interlocutor era un caballero de rapiña conocido de Reynevan, un polaco que se presentaba como Poraj Blazej Jakubowski. Jakubowski no reconoció a Reynevan. Lo cual no tenía nada de extraño. Había pasado mucho tiempo. Y muchas cosas.

La conversación se vio un tanto alterada por el bullicio y el humor excesivamente alegre de los clientes que abarrotaban la taberna. Era evidente que los vecinos de Swidnica tenían alguna buena razón para festejar. Reynevan no era el único que quería saber qué razón era ésa.

—¿O sea, que os han derrotado? —interrumpió repentinamente las negociaciones Jakubowski, señalando con un movimiento de cabeza a los burgueses que estaban regocijándose—. ¿En Lausacia? ¿En Kratzau o algo así? Por lo visto los señores Polenz y Kolditz os han dado para el pelo, por ahí andan diciendo que os habéis llevado una buena somanta. ¿Eh? Cuenta, Horn, tengo interés en conocer más detalles.

—No es buen momento para hablar de esas cosas.

En ese preciso instante apareció Bisclavret, Poraj adivinó enseguida qué clase de noticias traía. E insistió en que, a pesar de todo, sí era buen momento. No había escapatoria.

—Los Huérfanos de Jan de Královec —empezó titubeante el Desollador— habían puesto sitio a una fortaleza en Bohemia, mi informador no recuerda de qué fortaleza se trata ni dónde está. Se estaban quedando sin suministros, no se veía el final del asedio, de modo que decidieron mandar algunos destacamentos a saquear. A Lausacia. El 6 de noviembre dejaron envuelto en humo Frydlant, en los días siguientes devastaron los alrededores de Zgorzelec, Lobau y Zittau. Cargaron los carros con el botín, reunieron el ganado y emprendieron el camino de vuelta. Por la carretera que pasa por Hrádek del Nysa. Y allí...

—¿Cayeron sobre ellos, verdad?

—Sí —reconoció de mala gana Bisclavret—. Královec se mostró demasiado soberbio... Menospreció a los alemanes, no los valoró como se merecen. Mientras tanto las Seis Ciudades movilizaron un poderoso contingente de hombres armados dirigidos por Lotar Gersdorf y Ulrich Biberstein. De la Baja Lausacia llegó en su ayuda a marchas forzadas el preboste Hans von Polenz, de Swidnica vino Albrecht von Kolditz. Muy pronto se unieron los duques Juan de Zagan y su hermano Enrique el Mayor de Glogów, para colmo aportó sus mesnadas Gocze Schaff del castillo de Greifenstein. Fueron corriendo detrás de Královec, el día de San Martín, al alba, atacaron por sorpresa la columna en marcha de los Huérfanos. A una milla de Hrádek. Al lado de Kratzau.

—Y los derrotaron.

—Y de qué manera. —Bisclavret tenía la cara como esa gente que no puede escupir y no tiene más remedio que tragar saliva—. Královec consiguió escapar... Perdió... Perdió varios...

—Varios cientos de hombres —remató el polaco—. Los carros. Y todos los víveres.

—Pero en Kratzau —gruñó el Desollador— también quedaron muchos cadáveres alemanes. Con Lotar Gersdorf al frente.

—En cualquier caso —dijo entre dientes Jakubowski—, Kratzau ha demostrado que no sois invencibles.

—Sólo Dios es invencible.

—Y quienes gozan del favor de Dios. —El polaco sonrió maliciosamente—. ¿Acaso vosotros, husitas, habéis perdido ese favor?

—Los designios divinos —Horn le miró directamente a los ojos— son inescrutables, mi señor Jakubowski. No se descubren ni pueden preverse. Muy distintos son los hombres, éstos son previsibles. Pero no vale la pena perder el tiempo en deliberaciones. Volvamos a nuestros tratos. Eso es lo importante en estos momentos.

Urban Horn tenía otros asuntos importantes, y no eran pocos. Y Reynevan, ascendido al rango de asistente, tenía cada vez menos posibilidades de regresar en breve con Jutta.

En Swidnica no se entretuvieron mucho tiempo, se marcharon a Nysa, tras despedirse de Bisclavret.

—Ya nos veremos. —En el momento de la despedida el Desollador miró profundamente a los ojos a Reynevan—. Ya nos veremos, a su debido tiempo. Más vale que no te olvides de eso, me presentaré. Me presentaré en ese acogedor convento tuyo y te recordaré cuáles son tus obligaciones.

Sonó más bien como una amenaza, pero Reynevan no se lo tomó a pecho. No hubo tiempo. Horn le estaba apremiando.

Se dirigieron a la región de Opole, que Horn consideraba relativamente segura. En los ducados de Opole y Niemodlin cada vez era mayor la influencia y el protagonismo del heredero de estas tierras, el joven duque Bolko Woloszek. La antipatía que Bolko sentía por el obispo y la aversión que experimentaba por el clero y la Inquisición eran bien conocidas. En la región de Opole no había permiso para las persecuciones. El obispo y el inquisidor habían amenazado al joven duque con la excomunión, pero a Woloszek le traía sin cuidado.

Horn y Reynevan no disponían de una base fija. Se desplazaban sin descanso y operaban en Kluczbork, Opole, Strzelce y Gliwice, contactando con personas llegadas de Polonia: de Olkusz, de Checiny, de Trzebnica, de Wielun, de Pabianice y hasta de Cracovia. Había numerosas cuestiones que solventar y transacciones que negociar. A Reynevan, que por lo general

asistía en silencio a las transacciones, le asombraba el talento negociador de Urban Horn. También le asombraba el grado de complejidad de asuntos que hasta entonces había considerado absolutamente banales.

Por lo visto, no había dos balas iguales, ni de lejos. Los arcabuces que usaban los husitas disparaban en su mayoría balas de un calibre de un dedo. Un dedo y un grano de cebada era el calibre típico de las culebrinas^[67] y de los *hakenbüchse* más ligeros, los *hakenbüchse* más pesados y los cañones de mano tenían un calibre de dos dedos. Los cañones de las bombardas estaban normalizados para balas de un calibre de dos dedos y un grano. Urban Horn tenía que negociar con los representantes de las herrerías polacas el suministro de todas esas clases de proyectiles en las cantidades precisas.

Tampoco era igual, como quedó claro, la pólvora que requerían las distintas armas, mucho habían cambiado las cosas desde los tiempos de Bertold Schwarz. Las proporciones de salitre, azufre y carbón vegetal tenían que ser pesadas escrupulosamente, y de distinto modo en función de cuál era el arma a que se destinaba la pólvora: un arma de mano necesitaba un tipo de pólvora con mayor contenido en salitre, mientras que culebrinas, cañones y bombardas requerían una pólvora que contuviera más azufre. Si la mezcla no era la apropiada, la pólvora sólo valía para fuegos artificiales, y malamente. Además, había que granular la pólvora con toda precisión, de otro modo se descomponía durante el transporte: el salitre, más pesado, «viajaba» hacia abajo, hacia el fondo del envase, y el carbón, más ligero, se quedaba en la superficie. Para obtener un granulado estable y de fácil combustión, se rociaba la pólvora, una vez molida, con orina humana, la más eficaz, en ese sentido, era la orina de la gente que bebía mucho y muy a menudo. Así que no era extraño que la pólvora fabricada en Polonia gozara en el mercado de una bien ganada fama, y los molinos de pólvora polacos de un merecido prestigio.

—Ya se me olvidaba —dijo Horn cuando regresaban tras concluir un nuevo acuerdo—. Scharley te manda saludos. Me pidió que te dijera que está bien. Sigue en el Tabor, con las tropas de campo. El hetmán de esas fuerzas es ahora Jakub Kromesín de Brezovice, pues Jaroslav de Bucovina cayó en octubre durante el cerco a Bechyne. Scharley había participado en el asedio, también había tomado parte en las incursiones en Austria y en el ataque al

Alto Palatinado. Se encuentra bien, creo que ya te lo he dicho. Está sano y contento. A veces, demasiado.

—¿Y Sansón Mielles?

—¿Sansón está en Bohemia? No lo sabía.

Al día siguiente fueron a Toszek, a tratar con los polacos de balas, calibres, azufre y salitre. A Reynevan el tema empezaba a cansarle un poco. Soñaba con regresar al convento, con Jutta. Soñaba con que ocurriera algo que le permitiera regresar.

Y su sueño se cumplió.

—Tenemos que despedirnos —anunció Horn en tono sombrío, al regresar de la escuela colegial de Opole, adonde iba con cierta frecuencia, aunque siempre solo, sin Reynevan—. Debo partir. No me lo esperaba. Confieso que no me esperaba que ocurriera tan pronto. Reinmar, otra vez tenemos guerra. Los Huérfanos de Královec han cruzado la frontera de Silesia. Por el paso de Lewin. Avanzan como una tempestad, derechos a Klodzko. Es posible que no llegues a la ciudad antes de que Královec comience el asedio. Pero tienes que dirigirte hacia allí. De inmediato. Al caballo, amigo.

—Adiós, Horn.

Era el 5 de diciembre de 1428. Segunda semana de Adviento.

Fue hasta Brzeg por la carretera de Cracovia, y de camino le llegaron las noticias. Los Huérfanos de Královec habían devastado a sangre y fuego la cuenca de Klodzko. Habían incendiado Bystrzyca, pasando a cuchillo a sus moradores. Por lo que daban a entender las noticias, Královec aún no había atacado el propio Klodzko, ni siquiera estaba cerca de la ciudad. Pero en toda la Silesia, al igual que en marzo, empezaba a cundir el pánico. Los refugiados atascaban los caminos.

Reynevan se apresuró. Pero no en dirección a Klodzko. Fue a Bialy Kosciól. A reunirse con Jutta.

Ya no estaba lejos. Había dejado atrás Przewomo, ya se veía el Rummelsberg. Y entonces, en el camino del bosque, sintió la magia.

Al borde del camino relumbraba el blanco esqueleto de un caballo, bastante cubierto ya de hierba, evidente recuerdo del raid de primavera. La montura de Reynevan se asustó y se encabritó, resopló, pateó en el sitio. No obstante, no había sido el esqueleto lo que había asustado al caballo, tampoco habían sido los lobos u otras fieras. Reynevan había sentido la magia. Estaba capacitado para sentirla. Ahora la sentía, podía olerla, oírla y verla en el fuerte olor a humedad y a moho, en los graznidos de las cornejas, en los tallos de la angélica, quemados y endurecidos por la escarcha. Sentía la magia. Y, cuando miró a su alrededor, descubrió cuál era su fuente.

Un bosquecillo de árboles desnudos ocultaba una construcción de madera. Una pequeña iglesia. De alerce probablemente. Con un esbelto campanario puntiagudo.

Se apeó del caballo.

Situada justo en el paso de los guerreros de Dios, la iglesia había estado a punto de resultar incendiada, como atestiguaba la pared delantera, totalmente ennegrecida, y la columna medio carbonizada que había junto a la entrada. Pero el fuego no había llegado a consumir el edificio, probablemente salvado por la lluvia. O por algo distinto.

El interior estaba desierto, habían arramblado con todo lo que había en la iglesia, que no debía de ser mucho. Y el resto lo habían destruido. El presbiterio triangular que cerraba la nave estaba lleno de tablas y trapos, seguramente era todo lo que había quedado del altar. También aquí eran visibles las huellas del fuego, con grandes manchurroneos chamuscados. ¿Se habría tratado del fuego de la furia, del fuego del odio y la destrucción, el fuego de la ciega venganza por la hoguera de Constanza? ¿O se trataba de un vulgar fuego de campamento, encendido para calentar un poco la cazuela con las gachas amazacotadas de la víspera, en un lugar que ofrecía refugio de la lluvia y el frío? No se podía saber con seguridad. Reynevan había visto en las iglesias ocupadas ambas clases de fuego.

La magia que había sentido emanaba justamente de allí. Porque allí, en el sitio donde en otros tiempos había estado el altar, había un *kex*. Un hexágono trenzado con palillos, líber, tiras de corteza de abedul, lana e hilos de colores, así como helecho amarillento, asperilla, hojas de roble y una hierba llamada *erysimon*, que incrementaba notablemente el *dwimmerkraft*, es decir, el poder

mágico. La elaboración de un *hex* era algo típico de una hechicera de aldea o de un miembro de la Vieja Raza. Alguien —la hechicera o el de la Vieja Raza— lo había llevado hasta allí y lo había depositado. Para rendir homenaje. Para mostrar respeto. Y compasión.

En las tablas pulidas que revestían la pared del presbiterio había algo pintado. En las toscas pinturas no se advertían huellas de hachazos, no habían sido emborronadas a base de hollín y excrementos. Al parecer, los guerreros de Dios que habían acampado allí no habían tenido tiempo. O ganas.

Reynevan se acercó.

La pintura rodeaba todo el presbiterio. Se trataba de un ciclo de imágenes, una secuencia de escenas correlativas.

Totentanz.

El pintor no era un gran artista. Era un artista más bien mediocre y, sin ninguna duda, autodidacta. Quién sabe: ¿igual, con vistas a ahorrar, había cogido el pincel el propio párroco o el vicario? Las figuras las había pintado de forma primitiva, alterando las proporciones de manera ridícula. Cómicos —hasta el espanto— resultaban los esqueletos, delgados como palillos, que daban brincos y arrastraban a una danza mortal a las distintas *dramatis personae* de la pintura: el Papa, el César coronado, el Caballero con lanza y armadura, el Mercader con una talega de oro, el Astrólogo de exagerados rasgos semíticos. Todas las figuras eran cómicas, lastimosamente patéticas, si no hacían reír, al menos despertaban una sonrisa de lástima. Hasta la propia Muerte era digna de conmiseración: grotescamente risible, en aquella pose, cubierta con un sudario, como salida de un teatrillo de marionetas, proclamando su escatológico *memento mori*, escrito sobre su calavera con negras letras cuadradas. La escritura era regular, la inscripción bien legible: decididamente, el artista era mejor calígrafo que pintor.

*Heran ihr Sterblichen
umsonst ist alles Klagen
Ihr müsset einen Tanz
nach meiner Pfeife wagen!*^[68]

Inesperadamente el *hex* empezó a retumbar con fuerza mágica. Y la

Muerte giró de pronto su grotesca calavera. Y dejó de parecer grotesca. Resultaba aterradora. El oscuro interior de la pequeña iglesia se volvió aún más oscuro. La escena pintada en las tablas, por el contrario, se iluminó. El sudario de la Muerte se hizo más blanco, los ojos de los cadáveres se encendieron, el filo de la guadaña que sujetaban sus manos huesudas emitió un resplandor mortífero.

Una Doncella, una de las figuras alegóricas del corro mortal, se inclinaba humildemente ante la Muerte. La Doncella tenía las facciones de Jutta. Y la voz de Jutta. Con la misma voz de Jutta imploraba piedad a la Muerte. La voz implorante de Jutta resonaba en la cabeza de Reynevan como una flauta, como una esquila.

*Sum sponsa formosa
mundo et speciosa...*^[69]

La voz de la Muerte, al responder a sus súplicas, sonó como un crujido de huesos triturados, como el chirrido del hierro sobre el cristal, como el rechinar de los portones del cementerio roídos por el óxido.

*Iam es mutata,
a colore nunc spoliata!*^[70]

Reynevan comprendió. Salió rápidamente de la iglesia, montó de un salto, con un grito y unos golpes de espuelas puso el caballo al galope. La horrible voz seguía chirriando y rechinando en sus oídos.

*Iam es mutata,
a colore nunc spoliata!*

Ya desde lejos pudo ver que algo no iba bien en el convento. El portillo, habitualmente cerrado a cal y canto, estaba abierto de par en par. Dentro, en el patio, cruzaban fugazmente siluetas de hombres y caballos. Reynevan se

encogió en la silla y obligó a su montura a galopar de un modo aún más alocado.

Y en ese momento le atraparon.

Primero fue un sortilegio, un conjuro arrojado sobre él, un golpe fulminante de fuerza que espantó al caballo y derribó de la silla a Reynevan. Sin darle tiempo a levantarse, una docena de hombres, ocultos en zanjas y entre los árboles, se le echaron encima. Logró sacar un cuchillo de la caña de la bota, con dos amplios tajos alcanzó a sendos atacantes, con un pinchazo en corto dirigido a la cara contuvo a un tercero. Pero los demás lo redujeron. Lo aturdieron con rudos golpes, lo echaron al suelo. Lo patearon. Lo aplastaron. Lo dejaron inerte. Le ataron las manos a la espalda.

—Más fuerte —oyó una voz conocida—. ¡Apretad más fuerte esas cuerdas, sin compasión! Si se le rompe algo, no se pierde mucho. Que vaya ya catando lo que le espera.

Lo levantaron. Abrió los ojos. Y se echó a temblar.

Delante de él estaba Treparriscos. Birkart Grelenort.

Un golpe en plena cara le hizo ver las estrellas, la mejilla y el ojo le escocieron como si se los hubieran quemado con un hierro. Treparriscos se estiró, volvió a sacudirle, esta vez de revés, con el dorso de la mano enguantada. Reynevan sintió sabor a sangre en los labios.

—Eso sólo ha sido —le explicó con calma Treparriscos— para que prestes atención. Para que te concentres. ¿Estás concentrado?

Reynevan no respondió. Girando la cabeza, trató de ver lo que estaba pasando más allá del portillo del convento, qué jinetes eran aquéllos que rondaban por allí y qué clase de soldados corrían de un lado para otro. Sólo una cosa era segura: no se trataba de los Jinetes Negros de la Compañía. Quienes le tenían sujeto parecían los típicos matones a sueldo. Junto a los matones había un hombrecillo de cara redonda, un valón, a juzgar por sus ropas. Y además hechicero, a juzgar por sus ojos. Ese valón, supuso Reynevan, era el que le había derribado de la silla con un sortilegio.

—¿Te habías hecho ilusiones —gruñó Treparriscos— de que me iba a olvidar de ti? ¿O de que no te iba a encontrar? Te había avisado de que tengo

ojos y oídos por doquier.

Alzó la mano y golpeó una vez más a Reynevan, justo en la mejilla hinchada. El párpado, dolorido del guantazo anterior, le empezó a lagrimear. También el otro ojo. Y sangraba por la nariz. Treparriscos se inclinó hacia él. Se quedó muy cerca.

—Me ha dado la impresión —siseó— de que seguías sin prestarme la debida atención. Y exijo toda tu atención. Pon todos tus sentidos. Y escucha mi propuesta. Has caído. De aquí no sales vivo. Pero yo puedo sacarte de ésta. Puedo salvarte el pellejo. Si me prometes que vas a conducirme hasta... ya sabes hasta quién. Hasta ese cuerpo astral que se hace pasar por un enorme cretino. Salvarás la vida si me llevas hasta él...

—¡Eh! ¡Mi señor Grelenort!

Desde lo alto de su silla los miraba un caballero con armadura completa de placas. A lomos de un caballo cubierto por un caparazón escaqueado con un dibujo en azul y plata. Reynevan lo reconoció. Se acordaba de él.

—El duque exige que lo llevéis ante él. De inmediato.

—¿Te decides? —aún tuvo tiempo de susurrarle Treparriscos—. ¿Me llevarás?

—No.

—Lo vas a lamentar.

En el patio del convento había un gran revuelo de jinetes y soldados. A diferencia de los variopintos y un tanto desarrapados esbirros de Treparriscos, los arqueros y los infantes del patio iban vestidos como es debido, todos iguales, de negro y rojo. Entre los jinetes predominaban los coraceros, ya fueran armigueros o escuderos.

—¡Traedlo para acá! ¡Traed al husita!

Reynevan reconoció la voz. Reconoció la postura, el atractivo rostro viril, la nuca afeitada a la moda caballeresca. Reconoció el águila negra y roja.

Era Juan, duque de Ziebice, quien mandaba a los hombres armados que ocupaban el patio del convento. El duque en persona, con su manto bordado de armiño sobre una armadura milanesa.

—¡Traedlo acá, más cerca! —Hizo una señal imperativa con la cabeza—. ¡Señor mariscal Borschnitz! ¡Grelenort! ¡Venid! ¡Y a ese valón apartadlo de mi vista! ¡No soporto a los hechiceros!

Le acercaron a Reynevan. El duque lo observó desde arriba, desde lo alto de su silla de caballero. Tenía los ojos claros, de color gris. Reynevan ya sabía a quién le recordaban los ojos y los rasgos de la cara de la abadesa.

—Los molinos de Dios muelen despacio, pero muelen muy fino —recitó Juan de Ziebice con voz nasal y en tono patético—. Despacio pero fino, sí, sí. Has renegado de la religión y de la cruz, Bielau, eres un Judas. Te has dedicado a la nigromancia. Has tramado un atentado contra mí. Serás castigado por tus crímenes, Bielau. Serás castigado por tus crímenes.

Cuando acabó la frase, ya no miraba a Reynevan. Miraba hacia un extremo del claustro. Allí había cuatro monjas. La abadesa entre ellas.

—¡En este convento —declaró Juan con voz atronadora, alzándose sobre los estribos— se ha dado cobijo a los husitas! ¡Se ha dado asilo a espías y traidores! ¡Eso no va a quedar impune! ¿Me oyes, mujer?

—Tú no eres quién para castigarme —replicó la abadesa, con voz sonora y decidida—. ¡No eres quién! ¡Infringes las normas, duque Juan! ¡Infringes las normas! ¡No estás autorizado a entrar en el terreno del convento!

—Éstas son mis tierras y éstos son mis dominios. ¡Y este convento existe por la gracia de mis antepasados!

—¡Este convento existe por la gracia de Dios! ¡Y no está sometido ni a ti ni a tu autoridad ni a tu jurisdicción! ¡No tienes derecho a entrar aquí ni a permanecer aquí! ¡Ni tú ni tus hombres! ¡Ni ese canalla ni sus esbirros!

—¿Y él —Juan de Ziebice, de pie sobre los estribos, señaló a Reynevan— tenía derecho a estar aquí? ¿Un año entero? ¿Acaso se permite, hermana, esconder aquí a los herejes? ¿A quienes son como aquél de allí?

Reynevan miró hacia donde había señalado el duque. En el punto en que el muro que rodeaba el claustro hacía esquina con la pared de la enfermería, cubierta con secos renuevos de hiedra, estaba tendido Bisclavret. Reynevan lo reconoció por la zamarra de piel de ternero, hecha a medida, que el francés se había agenciado hacía poco y con la que presumía delante de todo el mundo. Sólo gracias a la zamarra lo pudo reconocer. Sus restos habían sido masacrados de una manera atroz. El *miles gallicus* de rubios cabellos, el viejo *Écorckeur*, el Desollador, debía de haber librado una dura batalla cuando se vio rodeado.

Y no se dejó atrapar vivo.

—¿Y bien? —preguntó sarcásticamente el duque—. ¿Acaso contaba el convento con una dispensa para acoger a herejes y criminales? ¡A fe mía que no es así! Calla, pues, mujer, calla. Muestra humildad. ¡Señor Borschnitz! ¡Ordena a los hombres que registren aquel cobertizo! ¡Es posible que allí se oculte más gente!

Treparriscos agarró del cuello a Reynevan, que estaba maniatado, lo llevó a empujones hasta la abadesa. Él se situó muy cerca de ella, mirándola de frente.

—¿Dónde está —le rechinaban los dientes— su camarada? ¿El gigantón con cara de idiota? Habla, monja.

—No sé a qué te refieres —contestó impávida la abadesa—. Ni a quién.

—Lo sabes. Y me vas a contar lo que sabes.

—*Apage*^[71], engendro diabólico.

En los ojos de Treparriscos ardía un fuego infernal, pero tampoco en esta ocasión la abadesa apartó la mirada. Treparriscos se inclinó hacia ella.

—Habla, mujer ignorante. O haré que lo lamente profundamente. Tú y tus monjitas.

—¡Eh, Grelenort! —El duque no hizo moverse al caballo, se limitó a erguirse en la silla altivamente—. ¿Qué es eso de ir por libre? ¡Aquí las órdenes las doy yo! ¡Yo juzgo y yo impongo las penas! ¡No tú!

—Las monjas ocultan a más herejes, mi señor. Estoy convencido. Los esconden en la clausura. Piensan que no vamos a entrar ahí, y se burlan de nosotros.

Juan de Ziebice estuvo un tiempo callado, mordiéndose los labios.

—Registremos entonces también la clausura —decidió finalmente con frialdad—. ¡Señor Borschnitz!

—¡No osarás! —chilló la abadesa—. ¡Eso es sacrilegio, Juan! ¡Te excomulgarán por ello!

—Apártate, hermana. Señor Borschnitz, proceded.

—¡Caballeros! —gritó la abadesa, levantando las manos e interponiéndose en el paso de los hombres armados—. ¡Soldados! ¡No obedecáis las órdenes impías, no cumpláis los deseos de un apóstata y un sacrilego! ¡Si le obedecéis, la maldición caerá también sobre vosotros! ¡Y no habrá lugar para vosotros entre los cristianos! ¡Nadie os dará alimento ni

agua! Sóida...

A una señal de Treparriscos, sus mercenarios cogieron a la abadesa, uno de ellos le aplastó la cara con su guante claveteado de hierro. Por debajo del guante brotó la sangre. Reynevan forcejeó, se zafó de la sujeción de los sorprendidos lacayos. Dio un salto, pese a tener las manos atadas tumbó de una patada a uno de los esbirros, con el hombro repelió a otro. Pero los soldados de Ziebice se echaron encima de él, lo derribaron. Le molieron a puñetazos.

—Registrad los edificios —ordenó el duque Juan—. También la clausura. Y como encontremos algún hombre ahí... Si encontramos un solo husita escondido, juro por Dios que el convento lo va a pagar caro.

Y tú también lo vas a pagar caro, mi señora hermana.

—¡No me llames hermana! —gritó escupiendo sangre la abadesa, intentando zafarse de los esbirros—. ¡No eres mi hermano! ¡Reniego de ti!

—¡Registrad el convento! ¡Vamos, rápido! ¡Señor Borschnitz! ¡Señor Risin! ¿A qué esperáis? ¡He dado una orden!

Borschnitz torció el gesto, maldijo entre dientes. Entre los armiguers y los infantes de Ziebice apremiados por la orden, muchos tenían cara de desconcierto. Muchos refunfuñaban en voz baja, irritados. La hermana dispensera rompió a llorar. Y el cielo de pronto se cubrió de nubes. El duque Juan fijó la vista en las alturas. Con una ligera aprensión.

—Tú, pater —aclarándose la voz, se dirigió al capellán que le acompañaba—. Ve con ellos. Para que el registro se haga en presencia de un cura, con arreglo a la religión. Para que no se diga.

En breve, desde las dependencias registradas llegó el jaleo y el estrépito de los muebles maltratados. En la clausura se oyeron gritos, chillidos, lamentos. Y por las ventanas del *scriptorium* y los aposentos privados de la abadesa empezaron a volar pergaminos y libros. Treparriscos recogió algunos.

—¿Wiclif? —dijo entre risas, volviéndose hacia la abadesa—. ¿Joaquín de Fiore? ¿Waldhauser? ¿Eso es lo que se lee aquí? ¿Y tú, bruja, osas amenazarnos? Por estos librillos te pudrirás en los calabozos del obispo, vas a criar moho allí. Y la excomunión con la que nos asustabas va a recaer sobre todo este monasterio herético tuyo.

—Basta, basta, Grelleort —le cortó ásperamente Juan de Ziebice—. ¡Baja ese tono y déjala en paz! Mucho me mandas tú aquí. Señor Seiffersdorf, díles que se den prisa con el registro, esto se está demorando en exceso. ¡Haced un montón con todos estos libros y pasquines! ¡Y prendedles fuego!

—¿A unas pruebas heréticas?

—Grelleort. Que no te tenga que llamar al orden.

Los mamotretos se ennegrecieron y se retorcieron entre las llamas. El registro concluyó. No se encontraron hombres ni husitas en la clausura. La cara enfurecida de Treparriscos hablaba por sí sola. En cambio, el rictus avinagrado del duque Juan se suavizó de repente, convirtiéndose en una sonrisa, su atractivo rostro se iluminó. Reynevan, sujeto por los lacayos, giró el cuello, miró a su alrededor. Vio qué era lo que había animado al duque. Y en ese momento se le cayó el alma a los pies.

Borschnitz y Risin traían a Jutta desde la clausura.

—Sí, sí, Bielau —oyó la voz del duque, le dio la impresión de que sonaba muy lejos—. Sé mucho de ti. ¿Por qué crees que sabía que iba a encontrarte aquí? En Klodzko han atrapado a unos espías husitas, a todos los han capturado vivos. Uno de ellos, camarada tuyo, estaba muy bien informado. Se resistió a hablar durante mucho tiempo, pero al final largó. Y lo contó todo. Del convento. De ti. Y también de tus amoríos.

Tal y como se esperaba Reynevan, la comitiva del duque Juan fue toda derecha por la carretera de Ziebice. Pero, en contra de sus expectativas, el duque no se dirigió a Ziebice, sino que ordenó hacer un alto en Henryków. En las inmediaciones del monasterio. A los cistercienses que acudieron corriendo a darle la bienvenida el duque les agradeció la acogida, y dispuso acampar en la linde del bosque, bajo un enorme roble. Encendieron allí una gran hoguera, empezaron a preparar las viandas que les sacaron los monjes, descorcharon un tonelete. Reynevan contempló todo aquello desde el caballo, del cual no le permitían apearse. Tres hombres lo vigilaban sin descanso. Tenía el cuerpo entumecido por culpa de las apretadas ligaduras, y estaba aterido de frío.

No tuvo ocasión de ver a Jutta. La tenían encerrada en uno de los carros cubiertos, no la dejaban salir. Durante la marcha el propio duque se había acercado en varias ocasiones a mirar bajo la lona. También Treparriscos había echado algunos vistazos al carro. Reynevan temblaba, presintiendo lo peor.

Pronto quedó claro a qué obedecía la parada, y precisamente bajo aquel roble. Allí, en el extremo de la aldea, empezaron a aparecer jinetes. Caballeros con armadura completa. Cada uno con su séquito, más o menos nutrido, de armiguers, arqueros e infantes.

A los invitados los iba saludando Hyncze von Borschnitz, mariscal del duque. El propio Juan de Ziebice se limitaba a fruncir los labios, y con unos gestos mínimos de la cabeza daba a entender que aceptaba las respetuosas reverencias. Sólo a uno de los caballeros le prestó Juan algo más de atención. En su escudo figuraba una manzana de sinople, traspasada por tres espadas. El blasón de los Füllstein.

—Salud, señores —por fin se dignó hablarles el duque Juan—. Debo expresar mi agradecimiento a aquéllos a quienes servís por haberos enviado, a petición mía, como sus representantes. Gracias también a vosotros por el esfuerzo. Bienvenidos a mis tierras. Doy la bienvenida a Opava y el ducado de Glubczyce en la persona del noble señor Füllstein. Doy la bienvenida al obispado de Wroclaw y la ciudad de Grodków en la persona del señor estarosta Tannenfeld. Bienvenida sea Wroclaw, bienvenida Swidnica.

Los nombrados respondieron con reverencias. Los enviados de Wroclaw no llevaban señales visibles, pero en uno de ellos Reynevan reconoció con asombro al caballero de rapiña Hayn von Czirne. Swidnica estaba representada por un caballero que llevaba en su escudo el botador de plata de los Oppeln. El representante del obispo, el estarosta de Grodków, Tannenfeld, llevaba en la silla un escudo con una corona de ruda de sinople sobre burelas de gules y oro, una figura que recordaba al blasón de la casa de Ascania.

—La razón por la que el preclaro duque os ha llamado —se dirigió a los reunidos Hyncze Borschnitz— ya la habrán adivinado los nobles señores con seguridad. Los herejes bohemios han vuelto a invadir nuestras tierras. Nuevamente amenazan la ciudad de Klodzko. Y nuevamente, una vez que

hayan dado cuenta de Klodzko, vendrán contra nosotros. Ha llegado el momento de unir nuestras fuerzas. ¡De presentar resistencia!

—Los husitas no podrán con Klodzko —juzgó el enviado de Swidnica, el Oppeln con el botador en el escudo—. Don Puta de Czastolovice ha reforzado las defensas, tiene una guarnición poderosa y valiente. A traición no le van a coger, pues a los espías husitas los ha pescado como cangrejos. Ahora mismo los somete a tortura y los va ejecutando de uno en uno, y para colmo tiene a su servicio a nuestro verdugo de Swidnica. Se dice, je, je, que el maestro tiene mucho trabajo con los husitas.

—Y nosotros —Borschnitz se retorció el bigote—, gracias a eso, disponemos de buenas informaciones. ¡Sabemos bastante del enemigo! ¿Queríais decir algo al respecto, honorable señor Reibnitz?

—Pero eso —dijo uno de los representantes de Wroclaw, compañero de Hayn von Czirne— que sabéis de los husitas no es ningún secreto, ni lo sabéis sólo vosotros. Todo el mundo lo sabe todo sobre ellos. Los manda Jan Královec de Hradek, a quien ya conocíamos. Tiene a sus órdenes dos centenares de hombres a caballo, unos tres millares y medio de soldados de infantería y doscientos carros con artillería. Imagino lo que vamos a decidir aquí. Y pregunto: ¿lograremos reunir una fuerza capaz de medirse con la de Královec?

—Eso enseguida lo sabremos —respondió Juan de Ziebice—. De vosotros depende justamente, honorables señores. Pues confío en que con buenas noticias habréis sido enviados. Trasládadme, así pues, tales noticias. Por orden. Tú primero, Reibnitz, en vista de que ya habías tomado la palabra.

—Noble duque. —El de Wroclaw se enderezó—. Debéis perdonarme, pero no estaba hablando, me limitaba a preguntar. Yo, Jorg Reibnitz de Falkenberg, soy un simple asalariado. Hago lo que me mandan. Y los señores del consejo de la ciudad de Wroclaw me han mandado que no abra la boca y me limite a escuchar. Así pues, escucharé primero lo que otros hayan de decir. Porque, por orden de los señores del consejo, mi deber es averiguar quiénes de los aquí representados tienen intención de combatir a los husitas. Y quiénes, como de costumbre, van a preferir entenderse con ellos y llegar a un acuerdo.

Füllstein de Opava se ruborizó ligeramente, pero no dijo nada,

limitándose a levantar con orgullo la cabeza. Juan de Ziebice se puso de morros. Oppeln no se contuvo.

—¡Lo pasado, pasado está! —estalló—. ¡Y lo que sea, será! Swidnica ha demostrado que sabe batirse con los herejes, lo ha demostrado tan claramente como cualquiera de los aquí presentes. ¿Quién derrotó a los husitas en Kratzau, quién le dio para el pelo a ese Královec que hoy está a las puertas de Klodzko? ¡Nosotros! ¡Señor estarosta Albrecht von Kolditz y señor teniente de estarosta Stosz! La caballería de Swidnica estuvo presente en la batalla de Kratzau, con la carroña herética quedó cubierto el campo de batalla. ¡No tienen derecho a murmurar de Swidnica aquéllos que hasta el presente sólo han sabido huir ante los husitas!

—Bien dicho —la sonora voz del duque Juan se elevó por encima del murmullo—. Justas e importantes palabras ha pronunciado el caballero Von Oppeln. Un nombre importante. Kratzau, nobles caballeros. No lo olvidéis: ¡Kratzau!

—Un Kratzau no hace primavera —advirtió Tamsz von Tannenfeld, estarosta de la ciudad episcopal de Grodków, que hasta entonces había guardado silencio—. Ha pasado un mes desde la batalla, y el presunto derrotado Královec vuelve a darnos quebraderos de cabeza en Klodzko. La de Kratzau, no lo niego, fue una batalla importante, pero sería más sensato ver aquello como un golpe de suerte.

—O como un grano —dijo Reibnitz—. Que le cayó a una gallina ciega. Los caballeros se carcajearon. Oppeln se puso colorado.

—¡La envidia habla por vosotros! —gritó—. Tenéis envidia de la fama y la gloria de Swidnica y las Lausacias. Los señores Kolditz y Von Polenz marcharon con arrojo a la batalla, con las frentes y las enseñas bien altas, y en una carga de caballería, como el mismísimo Ricardo Corazón de León en Ascalón, puesto que *audaces fortuna iuvat*, vencieron en el campo a los herejes, los aplastaron sin piedad, les arrebataron el botín y los carros, los expulsaron de Lausacia. ¡Y vosotros les tenéis envidia! Porque aquí en primavera os dieron para el pelo, salíais corriendo como liebres cada vez que veíais a un husita...

—Tened cuidado con vuestras palabras —siseó Hayn von Czirne.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no es verdad? —Oppeln puso los brazos en jarras,

sin inmutarse ante su cara furiosa—. Procopio incendió media Silesia, mientras vosotros os cagabais de miedo en los pantalones detrás de las murallas de Wroclaw.

Hayn enrojció de ira, Jorg Reibnitz lo contuvo, poniéndole la mano en la hombrera.

—Kolditz y Polenz —dijo— atacaron en Kratzau una columna en marcha, estirada, a los carros que iban tan llenos de botín que apenas podían moverse. Con una carga repentina dispersaron la formación de los husitas, masacraron a los enemigos sorprendidos y aterrados, no les permitieron que cargaran y dispararan sus armas. De no ser así, aquello no habría sido Ascalón, sino Hattin. Y en Swidnica, en lugar de festejarse la victoria, se habría vivido una gran aflicción.

—¡Por eso mismo, por eso Swidnica y los lausacianos merecen la gloria! —El mariscal Borschnitz se rió con naturalidad—. Lo inteligente es aprovecharse del lugar, el momento y la superioridad, sacar partido de las circunstancias, golpear al enemigo de forma imprevista, sorprenderle con una táctica sensata... Eso es lo que disponen los grandes capitanes. No de otro modo vencieron a Zizka y Procopio, gloria a los señores prebostes, que supieron vencer a los husitas con sus propias armas. Eso les envidio, el triunfo y la gloria les envidio. Y para nada me avergüenzo de tales cosas.

—La victoria en Kratzau —intervino Füllstein— nos ha infundido nuevos ánimos. Nos ha devuelto la esperanza que habíamos perdido. Quiera Dios que tengamos otra victoria como ésa.

—Quiéralo Dios —proclamó, irguiéndose con orgullo, Juan de Ziebice—. Y yo os la proporcionaré. Os conduciré en persona al combate con los heréticos. A una victoria que eclipsará la de Lausacia. Os conduciré, estoy seguro, a tamaña gloria que Polenz y Kolditz caerán en el olvido. Ellos en Kratzau apenas desplumaron a Královec. Nosotros vamos a hacerle picadillo. Los cadáveres de los herejes irán a parar a la hoguera, y a los que caigan prisioneros les arrancaremos la piel a tiras en el cadalso. Eso es exactamente lo que os propongo, lo que propongo a vuestros duques, estarostas y consejos municipales. Que nos aliemos, que ataquemos unidos a los bohemios, que celebremos la Navidad con la noticia de su exterminio. ¿Quién está conmigo? ¿Y con qué fuerzas? ¿Eh? ¿Qué dice Wroclaw? ¿Swidnica? ¿Opava?

—En nombre de Wenceslao Przemkowic, preclaro duque de Glubczyce y Hradec —dijo Füllstein a toda prisa, como temiendo que alguien se le adelantara—, prometo cien lanzas de la caballería de Opava. El preclaro duque dirigirá las tropas en persona.

—El obispo Conrado —dijo después de pensárselo el estarosta Tannenfeld— ofrece su escuadrón al completo. Reforzado con los destacamentos de Grodków y Otmuchów. En conjunto, setenta lanzas.

—La ciudad de Wroclaw —dijo Jorg Reibnitz con los brazos en jarras— aporta ciento cincuenta jinetes. ¿Qué hay de Swidnica?

—La ciudad de Swidnica —declaró Oppeln con orgullo— contribuyó decisivamente a la victoria en Kratzau. En vista de que ahora nuestro amado duque Juan promete una victoria que eclipsará la de Kratzau, Swidnica no puede quedarse al margen. No vamos a dejar que se nos haga sombra tan fácilmente ni que se nos borre de los registros históricos. Swidnica pone ciento cincuenta caballos de primera clase, bajo el mando del señor teniente de estarosta Stosz. En Swidnica todos estaremos encantados de ver a los husitas hechos picadillo. Pero antes quizá nos comunique nuestro amado duque Juan qué método piensa poner en práctica para conseguirlo.

—En primer lugar, lo conseguiremos merced a nuestra fuerza —replicó de inmediato Juan de Ziebice—. Teniendo en cuenta lo que habéis dicho, he calculado que nuestra potencia asciende a varios millares de jinetes, trescientos de ellos de caballería pesada. Královec tiene cuatro mil soldados de infantería y apenas doscientos jinetes. Y dado que un caballero acorazado vale por una decena de infantes, contamos con superioridad. En segundo lugar, procederemos con ellos del mismo modo que en Kratzau. Cargaremos emboscados contra la columna en marcha. Después de conseguir que se dirijan a un sitio donde estaremos esperándolos.

—¿Y de qué manera —Oppeln levantó las cejas— vamos a conseguirlo?

—Tenemos nuestros medios.

El enorme treparriscos que chillaba y daba saltos junto a la ventana del castillo de Nysa sorprendió a Conrado, obispo de Wroclaw, aunque hay que reconocer que el obispo podía igualmente haber sorprendido al treparriscos.

En sus seguros aposentos no se estaba entregando, oh milagro, ni a la orgía ni a la bebida ni al juego. No. Estaba leyendo. Dedicaba su tiempo a la lectura.

El treparriscos, una vez que pudo entrar, se transformó rápidamente en una figura humana. Echó un vistazo al libro que descansaba en el atril. Sacudió la cabeza, asombrado a más no poder. No sólo se trataba de las Sagradas Escrituras, de una Biblia bellamente iluminada. Para colmo, era una Biblia en alemán.

—Ya sé lo que te trae hasta aquí, y encima volando —dijo, para sorpresa de Treparriscos, el Piasta Conrado, duque de Olesnica, obispo de Wroclaw y representante en Silesia del rey Segismundo de Luxemburgo—. Has hecho un esfuerzo baldío. No acepto tu petición.

—Hoy es 22 de diciembre *Anno Domini* 1428. —Treparriscos se sentó, alargó la mano para coger la garrafa que había en la cómoda—. El 7 de noviembre de 1427, hace poco más de un año, aquí, en este castillo, en esta habitación, supliqué, y su eminencia el obispo me prometió...

—Su eminencia ha cambiado de opinión —le cortó Conrado de Olesnica—. Y lo ha hecho *ad maiorem Dei gloriam*. Reinmar de Bielau se ha convertido en un importante peón en el juego, y la apuesta se ha vuelto puñeteramente alta. ¿Con qué contabas tú? ¿Con que te iba a entregar a ese Bielau para que pudieras torturarlo? ¿Con algún propósito privado que no está nada claro para mí? Ya sé, ya sé que antes teníamos otros planes en relación con Bielau, que nos iba a servir para encubrir el asunto del asalto al alcabalero. Pero ahora el bien de la Iglesia y del país exige que hagamos algo muy distinto. Te he ordenado que colaboraras en las investigaciones con el duque Juan. Le di mi autorización a Juan para que irrumpiera en el convento de Bialy Kosciól. Ja, seguramente habría entrado también sin autorización, el convento se encuentra en sus tierras, y la abadesa es hermana suya, pero eso no es lo fundamental. Lo fundamental es que Juan de Ziebice se atreva a hacer algo realmente grande. Si la empresa bélica sale bien, y tiene muchas posibilidades de salir bien, les propinaremos un golpe tremendo a los herejes, un golpe como no han recibido hasta ahora. ¿Lo comprendes, Birkart, te entra en la mollera? Primero la derrota en Kratzau, ahora la paliza que en breve les va a dar Juan de Ziebice. Se desvanece el mito, según el cual no es posible vencer a los husitas en el campo de batalla. Otros seguirán nuestro ejemplo.

Para ellos, será el principio del fin. De su fin, hijo mío. Yo estuve a las puertas de Praga en el año veinte, en la coronación de Segismundo. Miré desde el Castillo a la ciudad, agazapada al otro lado del río, como un perro rabioso. Al marcharme de allí, me juré a mí mismo que alguna vez volvería. Que vería con mis propios ojos cómo a ese perro rabioso se le quebraban los colmillos, cómo toda esa nación herética sufría el castigo por sus crímenes. Cómo fluía la sangre por todas las calles de esa abyecta ciudad, hasta teñir de rojo el Moldava. Y así ha de ser, con la ayuda de Dios. Y un paso importante para ello es el que va a dar Juan, duque de Ziebice. Y el plan militar que yo he trazado y que Juan va a poner en práctica. Ese plan tiene que funcionar. Dios lo quiere. Y yo también lo quiero.

»Por eso —el obispo se puso tieso— te prohíbo categóricamente cualquier tipo de actuación que pudiera poner en riesgo mi plan. O aunque sólo sea complicarlo. Juan tiene a Reinmar von Bielau en los calabozos del castillo de Ziebice. Te prohíbo que te acerques un solo paso a esos calabozos, te prohíbo que hables con Reinmar, te prohíbo que le pongas un dedo encima. Te lo prohíbo categórica y terminantemente. Sé que eres hechicero, polimorfo y nigromante, sé que en Wroclaw atravesabas las paredes para tener acceso a los presos. Sé lo que sabes hacer y de lo que eres capaz. Pero te lo advierto: si contravienes mis prohibiciones, toda mi ira caerá sobre ti. Y entonces sabrás de lo que yo soy capaz. ¿Lo has entendido, Birkart, hijo mío? ¿Te avienes?

—¿Y qué salida tengo? ¿Padre?

El obispo jadeaba furioso. Después cerró la Biblia con estrépito, y puso una copa sobre la cubierta. Y en ella sirvió borgoña con canela.

—Y aquí, entre nosotros —preguntó poco después, con toda calma—, ¿por qué te interesa tanto ese Bielau? No parece que sea por el mero placer de la venganza y el asesinato. Algo querías obtener de él, aclarar alguna circunstancia. ¿Cuál? Ja, seguramente no querrás contarlo... Los detalles no vas a desvelarlos. ¿Pero a lo mejor en líneas generales?

Treparriscos sonrió, pero fue aquélla una sonrisa especialmente abominable.

—Si es en líneas generales —murmuró sin alterar la sonrisa—, ¿por qué no? Lo que me proponía con Reinmar de Bielau era sacarle información que me permitiera llegar hasta uno de sus compañeros. Y de éste habría obtenido

más información. Alcanzando de ese modo ciertos conocimientos. Generales. Relativos, entre otras cosas, a si el libro que estabas leyendo hace un rato, padrecito obispo, es en verdad lo que se suele considerar que es. O si su valor apenas supera el de las fábulas de Esopo de Frigia.

—Interesante —dijo Conrado tras una breve reflexión—. Realmente interesante. No obstante, mis órdenes siguen en vigor. *Ad maiorem Dei gloriam*. Y de las fábulas ya nos ocuparemos en tiempos mejores.

El treparriscos echó a volar desde las almenas del castillo de Nysa, dio una voltereta, arrastrado por la ráfaga de viento que soplaba desde los montes Rychleby. Estabilizó el vuelo, soltó un graznido, se adentró en la noche. Volaba en dirección al macizo del Sleza. Pero no al mismo monte Sleza. El Sleza era para aficionados, para diletantes, como escenario para la brujería era un pelín trivial y excesivamente pregonado. El treparriscos volaba hacia el Radunia, se dirigía a su cumbre alargada. Al muro de piedra y a la roca que había en su centro mágico, que recordaba a un catafalco. Al monolito que ya estaba allí cuando los mamuts pisaban las estribaciones de los Sudetes y las grandes tortugas ponían sus huevos en la actual isla de la Arena.

Tras aterrizar en la roca, el treparriscos cambió de apariencia. El viento sacudió sus negros cabellos. Levantando ambas manos, dio un grito. Un grito salvaje, fuerte, prolongado. Se diría que todo el Radunia había temblado al oír ese grito.

En un lugar apartado, en la cumbre de una montaña remota, se encendieron unos fuegos rojos en las ventanas del castillo de Sensenberg, que dominaba un precipicio rocoso. El cielo sobre la vieja fortaleza se iluminó con un resplandor rojizo. El portón se abrió con estruendo. Resonó un grito diabólico y el trote de unos caballos.

Los Jinetes Negros acudían presurosos a la llamada.

—He tomado una decisión —comunicó, jugando con su estilete, el duque Juan de Ziebice—. He decidido darte una oportunidad, Reinmar Bielau.

Reynevan parpadeaba, cegado por el resplandor de las velas: le hacían

daño en los ojos tras una larga estancia en la oscuridad. Además del duque había otras personas en la sala. Reynevan sólo conocía a Borschnitz.

—A pesar de que tus crímenes son graves y merecen el castigo más severo —el duque seguía jugando con su estilete—, he decidido darte una oportunidad. Para que puedas redimir, aunque sea mínimamente, tus culpas, y te ganes con el arrepentimiento la gracia de Dios. Jesús padeció por nosotros, y Dios es misericordioso, perdona los pecados y nos purifica de todo mal. Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos. Con la intercesión de Jesús y la misericordia de Nuestro Señor puede contar todo el mundo, hasta un apóstata, blasfemo, mago, depravado, rata de cloaca, purulento, inmundo, puerco, hijoputa y malnacido como tú. La condición, sin embargo, es el arrepentimiento y la enmienda. Te doy una oportunidad para que te enmiendes, Reinmar Bielau.

»Los husitas —Juan de Ziebice arrojó el estilete sobre la mesa, donde había un mapa desplegado—, que siguen vacilando ante el asalto a Klodzko, han establecido su cuartel general al sur de la ciudad, en las proximidades de la aldea de Rengersdorf, en el camino de Miedzylesie. Sabes dónde está, ¿verdad? Irás allí. Královec te conoce y confía en ti, así que te hará caso. Le convencerás de que levante el campo y marche hacia el norte. Le tentarás con algún embuste, con la promesa de un importante botín, con la oportunidad de llevar a cabo un ataque demoledor contra las tropas del obispo, con la posibilidad de capturar vivo al propio obispo... Eso es cosa tuya, tú sabrás con qué clase de mentira le podrás convencer, lo importante es que se ponga en marcha. Hacia el norte, a través de Schwedeldorf y la aldea de Roszyce, hasta el valle del Scinawka, para seguir después en dirección a Nowa Ruda. Naturalmente, los husitas nunca llegarán tan lejos, nosotros nos ocuparemos de ellos. Pero lo más importante es... ¿Me estás escuchando?

—No.

—¿Qué?

—No harás de mí un traidor.

—Tú ya eres un traidor. Ahora simplemente cambiarás de bando.

—No.

—Reynevan. ¿Sabes lo que se le puede hacer a un hombre con ayuda de unas tenazas al rojo y una brocha para el alquitrán? Te lo voy a decir: te

pueden estar achicharrando los costados muchísimo rato, hasta que los órganos internos empiezan a asomar por debajo de las costillas.

—No.

—¿Conque un héroe? —Juan de Ziebice hizo una señal con la mano—. ¿No piensa traicionar? ¿Ni aunque lo arrastren a la cámara de torturas? ¿Y qué pasa si se le muestra que a quien van a torturar no es al héroe? ¿Qué van a achicharrarle los costados a otra persona? ¿Y al héroe se le obliga a asistir a la operación?

Atónito y completamente paralizado por el terror, Reynevan ya lo sabía antes incluso de que el duque hiciera aquella señal con la mano. Lo sabía antes de que los jayanes condujeran a la sala a Jutta. Pálida y sin oponer resistencia.

El duque Juan ordenó con un gesto que se la acercaran más. Si hasta entonces Reynevan se había engañado con la ilusión de que el señor feudal no se iba a atrever a apresar ni a ultrajar a una Apolda, de que no iba a osar hacer daño a una noble, a una doncella de una familia de caballeros, en ese momento la expresión de la faz y los ojos del duque hicieron desmoronarse y pulverizarse sus esperanzas. Juan de Ziebice, con una sonrisa lasciva y cruel, rozó la mejilla de Jutta, la muchacha apartó bruscamente la cara. El duque se rió, se colocó por detrás de ella, de un violento tirón le arrancó de los hombros la *cotehardie* y la camisa, y en presencia de Reynevan, que se debatía en brazos de los lacayos, le estrujó los pechos desnudos. Jutta maldecía y forcejeaba, en vano. La tenían bien sujeta.

—Antes de que nos pongamos a achicharrar estas dos maravillas gemelas —se burló Juan, jugueteando brutalmente con el busto de la joven—, me llevaré al catre a la doncella. Y si sigues dándotelas de héroe, la doncella irá a parar a las mazmorras municipales, para que también allí se diviertan. Porque debes saber, Bielau, que allí siguen pasándose de lo lindo los vigilantes y los guardias, la misma cofradía en cuyas manos tuvo la desgracia de caer en su momento la borgoñona. Va a ser la segunda que les toca a los muchachos una vez que el duque se harta de ella, je, je. Y en cuanto a ti, haré que te encierren en la celda vecina. Para que lo oigas todo y puedas imaginarte lo que ocurre.

Y luego... luego a achicharrar.

—Suéltala... —susurró Reynevan, con voz apenas audible—. Suéltala... Déjala... No te atrevas... Ten compasión de ella... Duque... Haré lo que me ordenes.

—¿Cómo? ¡No lo he oído!

—¡Haré lo que me ordenes!

El caballo que le facilitaron era resabiado, nervioso e inquieto. O igual sólo se le había contagiado la inquietud del jinete. Hasta el camino que partía de la Puerta de Grodków lo escoltó un grupo de caballeros, entre ellos Borschnitz, Seiffersdorf y Risin. Y el duque Juan en persona.

Hacía frío. Las hierbas, heladas, cubiertas de escarcha, crujían bajo las herraduras de los caballos. Al sur, el cielo encapotado anunciaba ventisca.

—¡Los husitas —Juan de Ziebice tiró de las riendas de su montura— han de marchar hacia el valle del Scinawka! Y a partir de ahí por el camino real de Nowa Ruda. Ya puedes ser convincente, Bielau. Ya puedes ser convincente. Que te sirva de acicate el pensamiento de que si tienes éxito, si los husitas se hallan allí donde quiero que se hallen, salvarás a la doncella. Si fracasas, si me traicionas, la perderás, la condenarás a la ignominia y al tormento. Así que esmérate.

Reynevan no contestó. El duque se irguió en la silla.

—También puede ayudarte en esta empresa la idea de que, llevando la perdición a los herejes, salvas tu alma inmortal. Si, gracias a ti, acabamos con todos ellos, el buen Dios con seguridad te premiará por esa acción.

Reynevan tampoco contestó en esta ocasión. Se limitó a mirar. El duque no le quitaba ojo.

—Ay, vaya una mirada, vaya una mirada. —El duque torció el gesto—. Igualita que la de Gelfrad Sterz, con el que tanto te une y te unió. ¿No vas a intentar asustarme, como Sterz en el cadalso? ¿No vas a decirme: *Hodie mihi, eras tibi*, lo que hoy me pasa a mí, mañana te tocará a ti?

—No te lo voy a decir.

—Muy sensato. Porque yo cada sílaba que pronunciasess te la haría pagar. O más bien a tu doncella. Por cada sílaba una aplicación de hierro candente. No lo olvides, Bielau. No lo olvides ni un instante.

—No lo olvidaré.

—¡En marcha!

Había unos pordioseros, leprosos y vagabundos sentados en cuclillas en la Puerta de Grodków. El duque Juan, muy satisfecho consigo mismo, ordenó al mariscal Borschnitz que les arrojara un puñado de monedas. Los mendigos se pelearon por aquellos vellones, la comitiva siguió su camino, las herraduras resonaron, con un eco prolongado, bajo la bóveda de la puerta.

—¿Noble duque?

¿Sí?

—Si Bielau... —Hyncze Borschnitz tosió, tapándose la boca—. Si Bielau cumple su cometido... si lleva a cabo lo que le habéis ordenado... ¿dejaréis libre a la doncella? ¿También a él le perdonaréis?

Juan de Ziebice se rió secamente. Esa risa, en principio, debería bastarle a Borschnitz como respuesta. Pero el duque prefirió exponer su idea.

—Dios —empezó— es misericordioso, disculpa y perdona. A veces, sin embargo, se precipita tanto en su misericordia que quizá no sepa lo que hace. Eso me dijo en cierta ocasión el obispo de Wroclaw, Conrado, y es un obispo, no un curilla cualquiera, y sabe de estas cosas. Por eso, decía el obispo, antes de que Dios perdone a un pecador, hay que hacer que aquí, en este valle de lágrimas, pague como es debido por sus pecados y culpas. Eso es lo que dijo el obispo, y yo creo que estuvo bien dicho. A Reinmar de Bielau y su fulana les tocará sufrir. Sufrir mucho. Y cuando, después de tanto sufrimiento, se presenten ante la faz divina, que Dios les perdone, si es ésa su voluntad. ¿Lo has pillado, mariscal?

—Lo he pillado, duque.

El cielo se puso de color morado, anunciando ventisca. Y algo peor aún. Peor por desconocido.

Capítulo vigesimoquinto

En el que Reynevan realiza una elección. Pero no todo acaba bien.

Dejó atrás Frankenstein, rodeando la ciudad desde el sur, a través de Sadlno. Le dolía la cabeza horriblemente, los encantamientos no daban resultado, las manos, temblando sin parar por culpa de los nervios, no le obedecían. El dolor le nublaba la vista.

Iba como en un sueño. Como en una pesadilla. El camino, la carretera de Klodzko, que formaba parte de la ruta comercial que unía Wroclaw con Praga, de pronto había dejado de ser un camino cualquiera, una vía que conocía bien. Se había convertido en otra cosa, en algo que Reynevan no sabía lo que era y que jamás había visto.

En el cielo, ya de por sí encapotado y sombrío, se extendió de repente, como la tinta en el agua, arremolinándose y dilatándose, una nube de densa oscuridad. Salvajes ráfagas de viento soplaban azotando los árboles. El caballo cabeceaba, relinchaba, bufaba, se lanzaba a la carrera. Reynevan cabalgaba, difícilmente encontraba el camino en aquellas tinieblas egipcias.

En medio de las tinieblas arden unas llamas en movimiento. Y los ojos rojos de las fieras. Tras las nubes negras brilla débilmente la luna.

El caballo relincha. Se encabrita.

Donde debía hallarse la aldea de Tamów, ya no hay ninguna aldea. Hay un cementerio en medio de unos árboles deformes. En las tumbas, unas cruces encorvadas. Algunas están invertidas, cabeza abajo. Arden las hogueras entre las tumbas, en el resplandor intermitente se ven unas siluetas bailando. El camposanto está plagado de monstruos. Los lémures arañan las

lápidas con las uñas. Empusas y necurates emergen de la tierra helada. Murony y mormolyki alzan la cabeza, aúllan a la luna.

Entre los monstruos —Reynevan lo ve claramente— se encuentra Drosselbart. Ahora, ya muerto, es aún más delgado que en vida, es más cadavérico que un cadáver, recuerda enteramente a una momia, a un viejo esqueleto forrado con un pellejo reseco. Uno de los lémures le ha hincado los dientes en un codo, se lo roe y mastica. Drosselbart no parece darse ni cuenta.

—¡Cuándo se trata de una causa justa —grita, dirigiéndose a Reynevan—, el individuo no cuenta! ¡Demuestra que estás preparado para sacrificarte! ¡A veces hay que sacrificar lo que se ama!

—¡Un grano de arena! —aúllan los lémures—. ¡Un grano de arena!

Pasado el cementerio, una encrucijada. Bajo una cruz, con la espalda apoyada en ella, está sentado Rzehors. Tiene la cara medio tapada, todo él está envuelto en un sudario, una tela de arpillera empapada de sangre.

—El carro de la historia avanza —dice confusamente, haciendo un esfuerzo—. Ya no hay fuerza capaz de detenerlo. ¡Sacrifícala! ¡Tienes que sacrificarla! ¡Por la causa! ¡Por el Cáliz! ¡El Cáliz debe triunfar!

—¡Un grano de arena! —chillan, dando saltos, los orejudos shretle—. ¡Sacrifícala, aporta tu grano de arena!

—Dala, de todos modos, por perdida —dice, levantándose de la cuneta, Bisclavret. No se sabe cómo puede hablar ni con qué: en lugar de garganta y mandíbula tiene una masa sangrienta—. Juan de Ziebice nunca la va a soltar. Hagas lo que hagas, no la vas a salvar. Ya no vive. Está perdida.

En la cuneta opuesta se levanta Gelfrad von Sterz. Sin cabeza. Lleva la cabeza sujeta bajo el brazo.

—Lo juraste —dice la cabeza—. Diste tu *verbum nobile*, tu palabra de noble. Tienes que sacrificarla. Yo sacrificué... mi propia vida. Cumplí con mi deber. Le juré... *Hodie mihi, eras tibi... Hodie mihi, eras tibi...*

Los cascos golpean la tierra. Reynevan galopa, inclinado en la silla. Tendría que estar por aquí cerca la aldea de Baumgarten. Pero no está. Lo que se ve aquí son los desnudos árboles centenarios, el bosque salvaje, la selva invernal.

—Hacíais una buena pareja —llama desde detrás un árbol una criatura de piel verde con ojos fosforescentes—. *Joioza y bachélar*. ¡Sí que la hacíais!

¡Sí!

—¡Un grano de arena! —aúllan los pálidos wichty que surgen entre los árboles derribados por el viento—. ¡Un grano de arena!

Por detrás de los troncos asoman los alps: altos, de piel oscura, blancos cabellos y orejas puntiagudas.

—*Tempus odii* —le va llegando un murmullo obsesivo, que se percibe con toda claridad—. *Tempus odii*, tiempo de odio...

Tendría que estar por aquí cerca la aldea de Bukowczyk. No está.

—¡Una Nueva Era! —grita, saliendo de debajo de la tierra, Krejcír, predicador de los Huérfanos. Está bañado en sangre, le sale a chorros de un brazo amputado por encima del codo y de las tremendas heridas que tiene en la cabeza—. ¡Una Nueva Era! ¡Qué perezca en el fuego el viejo mundo! ¡Sacrifícala! ¡Sacrifícala por la causa!

—¡Un grano de arena! ¡Un grano de arena!

—¡Se acerca el Reino de Dios! —grita Krejcír—. ¡El auténtico *Regnum Dei*! ¡Triunfaremos! ¡La auténtica fe va a triunfar, llega el final de las injusticias, el mundo se transforma! ¡Para que así ocurra, debes sacrificarla!

—¡Debes sacrificarla!

Por la ladera de la colina, formando una larga, interminable procesión en corro, desciende la *Totentanz, danse macabre*. Cientos de cadáveres apenas cubiertos con unos sudarios desgarrados danzan y saltan, ejecutan salvajes y grotescas cabriolas. Se agitan y ondean deshilachadas enseñas y banderas. Retumban tambores infernales. Se oye el tableteo de los huesos, el castañeteo de los dientes. Y un salvaje himno coral, interpretado por voces estridentes:

*Kto jsú bozí bojovnicí
a zákona jeho!*

Sobre el ejército de cadáveres graznan y revolotean millares de cornejas, grajos y chovas. El viento arrastra un repugnante hedor cadavérico. Tabletean los huesos, castañetean los dientes. Resuenan los gritos y los aullidos de los condenados. Y el cántico.

*Kto jsú bozí bojovnicí
a zákona jeho!*

Un grano de arena. Debes sacrificarla.
Reynevan pega la cara a las crines, aguijonea al caballo con las espuelas.
Las herraduras resuenan con fuerza en la tierra helada.

El final de la pesadilla fue más violento que el comienzo. Las tinieblas se disiparon en un abrir y cerrar de ojos. Volvió el mundo normal. El cielo normal de diciembre, donde colgaba la luna, pálida como el requesón. La aldea de Frankenberg estaba donde tenía que estar. Ladraban los perros. El humo se colaba por los tejados de paja, se arrastraba sobre los barbechos. Lejos, al sur, hacia donde se dirigía Reynevan, acaso en Bardo, las campanas tocaban a nona.

Reynevan seguía su marcha. Su caballo cabeceaba enfurecido.
El dolor de cabeza remitía.

Dejó atrás Bardo, donde aún se veían huellas de la destrucción y los incendios. Llegó a la orilla izquierda del Nysa. Ascendió a una loma por encima de la garganta del río, lo atravesó cerca de la aldea de Eichau, descendió en la cuenca de Klodzko.

En Klodzko tocaban a vísperas.

Rodeó la ciudad por el norte, volvió a vadear el Nysa. Llegó hasta una encrucijada, a un lugar donde la carretera de Miedzylesie se cruzaba con el camino real que iba a Lewin y Náchod.

Y aquí, a las afueras de una aldea cuyo nombre desconocía, lo detuvo una *hlídka* husita. Un grupo de vigilancia, una patrulla formada por tres ballesteros a caballo.

—Soy del Vogelsang —les respondió a voces—. Reinmar de Bielau.
Llevadme ante vuestros jefes.

Los Huérfanos ya estaban en marcha. Tras levantar el campamento a las afueras de Rengersdorf el ejército de Královec se dirigía hacia el norte. Van derechitos al valle del Scinawka, pensó. No hace falta que los convenza, que los persuada, sin necesidad de que yo intervenga ya están haciendo exactamente lo que quería el duque Juan. No tengo que hacer nada. Que traicionar a nadie. Al menos, activamente. Basta con que me quede callado. Con no revelar lo ocurrido. Jutta se salvará...

La columna, custodiada en los flancos por fuerzas de caballería y de infantería, tenía una longitud como de media milla: a ojo, habría en la formación unos ciento cincuenta carros de guerra y otro medio centenar de carros de transporte, de los de intendencia. La patrulla tardó un buen rato en llevar a Reynevan hasta los hetmans. A la cabecera de la columna, que ya había dejado atrás, sobradamente, Schwedeldorf.

—¡Reynevan! —Jan Královec de Hradek pareció muy sorprendido—. ¿Estás vivo? Se rumoreaba que don Puta te había torturado en Klodzko. Que habíais caído en sus garras, Rzehors y tú... ¿Qué milagro...?

—No es el momento, hermano. No es el momento.

—Comprendo. —A Královec se le congeló la expresión—. Cuenta qué novedades traes.

Reynevan respiró hondo. Jutta, pensó. Perdóname, Jutta.

—Juan de Ziebice viene a vuestro encuentro desde el norte, al frente de un millar de jinetes de caballería pesada. Se proponen atacaros en marcha. Repetir lo de Kratzau.

Královec apretó los dientes al oír ese nombre. Los otros hetmans murmuraron por lo bajo. Entre ellos estaba Jan Kolda de Zampach. Estaba Matej Salava de Lipa. Estaba alguien que se parecía a Matej y que portaba idénticos blasones, sin duda era su hermano Jan. Estaba Brázda de Klinstejn, montado en un gran rucio caballeresco, exhibiendo, como de costumbre, el escudo familiar de los Ronovic, con sus escaleras de asalto. Estaba Vilém Jenik de Meckov, hetmán de Litomysl, a quien Reynevan conocía de vista. Estaba Piotr de Lichwin, llamado Piotr el Polaco, actual comandante del castillo de Homole, tomado en primavera. Fue precisamente Piotr el Polaco, negro como un cuervo, el primero en hablar.

—¿Y qué más —preguntó con voz maliciosa— te han mandado que nos

cuentas el duque de Ziebice y don Puta? ¿De qué más tienes que convencernos?

—Tenía —replicó Reynevan, subrayando sus palabras, mirando a Královec, en vez de mirar al polaco—. Tenía que convenceros de que hicierais lo que ya estáis haciendo vosotros mismos. De que marcharais hacia el norte, al valle del Scinawka. Vais de cabeza a una emboscada, derechos a las fauces de Juan de Ziebice. Si yo fuera un agente infiltrado, como sugiere el señor de Lichwin, me bastaría con quedarme callado.

—Pero si es Reynevan —dijo Brázda de Klinstejn—. ¡Si es uno de los nuestros! Y nos está advirtiéndolo. ¿Qué iba a conseguir con lo que nos ha dicho?

—Que detengamos nuestra marcha —habló despacio Vilém Jenik—. Que proporcionemos a las tropas enemigas el tiempo que necesitan. Que demos tiempo a las aldeas que pensamos saquear para que escapen con todos sus bienes. No conozco a este individuo...

—Yo sí que lo conozco —le cortó en seco Královec—. Ordeno que se detenga la columna. Hermano Vilém: patrullas y destacamentos hacia el norte y en dirección a Klodzko. Hermano Piotr, hermano Matej: haced formar a la caballería.

—¿Levantamos la *hradba*?

—Sí —confirmó Královec, poniéndose de pie en los estribos para observar el panorama—. Allí, cruzando ese riachuelo, al pie de la colina. ¿Cómo se llamaba esa aldehuela que acabamos de pasar? ¿Alguno lo sabe?

—Stary Wielislaw.

—Aquí podemos hacerles frente. ¡Adelante, hermanos! ¡Rápido!

La formación de la fortaleza de carros, la *vozová hradba*, ya la había visto Reynevan en numerosas ocasiones. Pero nunca tan bien ejecutada como en esta ocasión. Los Huérfanos de Královec se movían como posesos, pero el orden y la organización eran asombrosos. Primero formaron el centro, el *nucleus*, un anillo de carros de intendencia, en cuyo interior se guardaron los caballos de carga y las reses. Alrededor de ese centro empezaron a montar rápidamente la *hradba* propiamente dicha: un rectángulo de carros de guerra.

Los carreteros situaron hábilmente sus vehículos en las posiciones adecuadas. Desengancharon a los caballos y los condujeron al centro. Los carros fueron dispuestos de acuerdo con el sistema de «rueda con rueda», de modo que la rueda trasera izquierda de un carro se podía unir con cadenas a la rueda delantera derecha del carro de atrás, gracias a lo cual la pared de carros tenía forma escalonada. Cada varios carros se dejaba un hueco en el que se apostaba la artillería: arcabuces, culebrinas, pequeños cañones. Cada lado de la fortaleza constaba de una cincuentena de carros de guerra, todo el *wagenburg* formaba un cuadrado de un lado de no menos de doscientos pasos.

Antes de que empezara a anochecer, la fortaleza de carros ya estaba lista. Y aguardando.

—Habíamos planeado conquistar Klodzko a traición —repitió Brázda de Klinstejn, sosteniendo pensativo la cuchara en el aire, por encima del puchero—. Pero no ha dado ningún resultado. Capturaron a todos los nuestros que había allí. Y los torturaron hasta la muerte. Entre ellos estaba Rzehors, por lo visto sufrió un tormento atroz en el cadalso, en la plaza pública. Y se decía que tú también habías encontrado allí un final horrible. Me alegro de que te hayas salvado.

—Yo también me alegro. —Reynevan apretó los dientes—. También ha muerto Bisclavret. Lo asesinaron. Es el final del Vogelsang.

—Quedas tú. Has sobrevivido.

—He sobrevivido.

Brázda volvió a sorber de la cuchara, pero sólo por un momento.

—Si esos silesios no se presentan... Si resulta que... Puedes tener problemas, Reynevan. ¿No te da miedo?

—No.

Callaron, tomaron algunas cucharadas de sopa. Se ensortijaba el humo de la hoguera. Resoplaban los caballos del anillo interior del *wagenburg*.

—¿Brázda?

—¿Qué?

—No he visto a ningún predicador en el estado mayor. Ni a Procopillo, ni

a Krejcír...

—Procopillo... —Ronovic se sonó, se limpió la nariz—. Procopillo está en Praga, haciendo carrera. Está decidido a que le nombren obispo. Krejcír pereció en Kratzau, le mataron a hachazos en compañía de sus pequeños honderos, le masacraron de tal modo que no dejó ni restos que enterrar. Teníamos otro cura, pero era bastante delicado, siempre estaba enfermo. Pasó a mejor vida. Lo enterramos en Duszniki. Hará dos semanas de eso.

—Os habéis quedado... —Reynevan se aclaró la voz—. ¿Así que nos hemos quedado sin consuelo espiritual?

—Tenemos vodka.

Bastante deprisa y bastante repentinamente —lo cierto es que estaban a 26 de diciembre— cayó la noche. Y entonces retomaron las partidas, las patrullas, la caballería de Piotr el Polaco. En la plaza de la fortaleza de carros, donde centelleaban las hogueras, empezaron las borracheras de los jinetes.

—¡Vienen! —le anunció jadeante Piotr el Polaco a Královec—. ¡Vienen, hermano! Ese alemán, Reynevan, ha dicho la verdad: ¡vienen! Fuerzas de caballería, únicamente, no menos de mil caballos. ¡Águilas de Silesia en las banderas! ¡También pueden verse emblemas de Opava! ¡Han penetrado en la cuenca de Klodzko, están en las afueras de la ciudad! ¡Antes del alba los tendremos aquí!

—¿Atacarán? —preguntó Jan Kolda—. Habían planeado atacarnos en marcha, como hicieron en Kratzau. Pero, cuando se den cuenta de que estamos preparados, ¿nos atacarán?

—Sólo Dios sabe —contestó Královec—. Nosotros, en cualquier caso, no tenemos escapatoria, nos toca esperar. ¡Recemos, guerreros de Dios! Padre nuestro, que estás en los cielos...

Hacía frío, empezaba a caer una nieve seca y menuda.

—¿Qué aldea es ésa que tenemos delante?

—Mikowiec, noble duque. Y un poco más allá está ya Schwedeldorf...

—Entonces, ¡ha llegado el momento! ¡Ha llegado el momento! ¡Las banderas al frente! ¡Carguemos contra ellos bajo nuestras enseñas!

Los portaestandartes se situaron en cabeza. Por delante de todas, al frente de las tropas, ondeaba la bandera de Ziebice, con el águila partida, mitad de sable, mitad de gules. Junto a ella se alzaba la enseña del obispo, águila de sable y flores de lis de gules. Cerca, blanco y rojo, fulguraba el estandarte de Opava. A su lado, la bandera de Swidnica, águilas de sable y jaquelado de gules y blanco. Y el águila negra de Wroclaw.

A ambos lados de Juan de Ziebice, que llevaba una armadura milanese, se hallaban sus comandantes. El joven Wenceslao, heredero de Opava, duque de Glubczyce. Nicolás Zedlitz de Alzenau, al mando del escuadrón del obispo, con un broche dorado en el escudo rojo. Lorenz von Rohrau, mariscal del obispo. El estarosta de Grodków, Tamsz von Tannenfeld. El teniente de estarosta Hinko Stosz, al frente del contingente de Swidnica. Georg Zettritz, capitán de los wroclawianos, fácilmente reconocible por la cabeza de uro de gules y plata de su escudo.

—¡Adelante!

—¡Noble duque! ¡El joven Kurzbach, de la patrulla de reconocimiento!

—¡Ven, ven, acércate! ¡Y habla! ¿Qué noticias nos traes? ¿Dónde están los husitas?

—Se encuentran... —respondió, sin bajar del caballo, un joven caballero con tres peces de oro en el escudo—. Se encuentran en Staiy Wielislaw...

—¿No avanzan?

—No. Están acampados.

Los comandantes murmuraron. Hinko Stosz maldijo. Tannenfeld escupió. Juan de Ziebice hizo girar el caballo.

—¡No cambia nada! —exclamó—. ¡No cambia nada!

—Es evidente que tu espía nos ha traicionado, duque —sentenció secamente Georg Zettritz—. Se acabó la sorpresa. ¿Y ahora qué?

—¡No cambia nada, he dicho! ¡Vamos a atacar!

—¿La fortaleza de carros? —protestó Lorenz von Rohrau—. Noble duque... Los bohemios están preparados...

—¡No lo están! —le contradijo el duque—. Bielau no nos ha traicionado.

¡Es incapaz! ¡Es un cobarde y un alfeñique! Sabe que le tengo en mi mano, que puedo machacarle, a él y a su fulana... Jamás osaría... Královec, os lo garantizo, no sabe nada de nosotros, os digo que no han montado el *wagenburg*, únicamente se han detenido a pernoctar. ¡Nuestra ventaja ha aumentado! Nos presentaremos antes de que amanezca, al amparo de la noche los sorprenderemos durmiendo, saldrán despavoridos y los pasaremos a cuchillo. ¡No podrán hacernos frente, los aplastaremos! ¡Dios está con nosotros! Ha pasado ya la medianoche, estamos a 27 de diciembre, día de San Juan Evangelista, mi santo. ¡En nombre de Dios y de San Juan, adelante, mis caballeros!

—¡Adelante! —gritó Wenceslao de Opava.

—¡Adelante! —le secundó Nicolás Zedlitz, estarosta de Otmuchów. No tan convencido, se diría.

—¡Adelante! *Gott mit uns!*

Encima de los carros del *wagenburg*, entre los carros y bajo los carros, esperaban alerta dos mil quinientos guerreros de Dios. Un millar aguardaba en la retaguardia, en formación cerrada, dispuestos a relevar a los muertos y heridos. En medio de la plaza se agolpaba la sección de asalto de los Huérfanos, doscientos jinetes de caballería ligera.

Apagaron las hogueras. Junto a los carros, dejaron braseros encendidos.

—¡Ya vienen! —avisaban las *hlídki* según regresaban—. ¡Ya vienen!

—¡Todo el mundo listo! —ordenó Královec a los hetmans—. Reynevan, quédate aquí conmigo.

—Quiero combatir en un carro. En primera línea. Te lo ruego, hermano.

Královec guardó un largo silencio, mordisqueándose el bigote. A la luz de la luna no había forma de adivinar la expresión de su rostro.

—Comprendo —dijo al fin—. La verdad es que me lo imaginaba. Petición denegada. Te quedas a mi lado. Ambos marcharemos, llegado el momento, a combatir con la caballería. Viene contra nosotros un millar de caballos, muchacho. Un millar de caballos. Subido en un carro, en el campo de batalla... En todas partes, hazme caso: vas a tener ocasiones de sobra de satisfacer tus ansias de muerte.

El *wagenburg* seguía esperando, concentrado, en silencio: un silencio sepulcral, apenas alterado, muy de vez en cuando, por el resoplido de un caballo, el chasquido de un arma o la tos de algún combatiente.

La tierra empezó a temblar de forma evidente. Primero levemente, después cada vez con más fuerza. A Reynevan le llegó el golpeteo seco de los cascos chocando con la tierra helada. Los Huérfanos empezaron a toser nerviosamente, los caballos resollaban. Encima de los carros y bajo los carros ardían y centelleaban las lumbres de las mechas.

—Esperad —repetía de vez en cuando Královec. Los comandantes transmitían la orden por toda la línea.

El estruendo de los cascos iba en aumento. Cada vez cobraba más fuerza. Ya no cabía duda. Oculta por las tinieblas, la caballería pesada pasaba del trote al galope. La fortaleza de los Huérfanos era el objetivo de la carga.

—Dios mío —dijo de pronto Královec—. Dios mío... ¡No es posible! ¡Cómo pueden ser tan necios!

El estruendo de los cascos aumentaba. La tierra se estremecía. Las cadenas que unían los carros tintineaban. Chasqueaban y resonaban, chocando unas con otras, las hojas de bisarmas y alabardas. Temblaban cada vez más fuerte las manos que aferraban las astas. Crecían las toses nerviosas.

—¡Doscientos pasos! —gritó desde los carros Vilém Jenik.

—¡Preparados!

—¡Preparados! —repitió Jan Kolda—. ¡Venga, muchachos, todos juntos!

—¡Cien pasos! ¡Ya se veen!

—¡Fuego!

La fortaleza de carros se iluminó con el fuego de mil cañones. Y con el ruido ensordecedor de mil disparos.

En medio de los bufidos de los caballos, en medio del griterío, en medio del tumulto y los chasquidos, súbitamente aclaró las tinieblas el fuego. Indolente al principio, apenas visible, atizado después por el viento que se había levantado antes del alba, finalmente estalló con furia y con fuerza. En una llamarada alta y clara se inflamaron los techos de paja de las cabañas de Schwedeldorf y Staiy Wielislaw, ardieron los almiars al pie de la aldea de

Czerwona Góra, prendieron los graneros, cobertizos y chamizos a orillas del Wielislawka. Algunos fueron incendiados por orden de Královec, otros había mandado quemarlos a sus hombres en el momento del ataque el duque Juan. El objetivo era el mismo: que hubiera claridad. Claridad suficiente para poder matar.

La salva disparada desde el *wagenburg* tuvo unas consecuencias en verdad devastadoras. Bajo el diluvio de balas y virotes que sacudió las armaduras, la primera línea de asaltantes sucumbió como barrida por un torbellino, en un remolino de hombres y caballos cayó aplastada la segunda línea, las cabalgaduras tropezaban y se desmoronaban sobre las bestias caídas y heridas con anterioridad, enloquecían, derribaban a sus jinetes entre chillidos y relinchos macabros. Con los chillidos de los caballos se confundía y se alzaba hacia el cielo nocturno el griterío de los hombres.

Pero la tercera línea consiguió llegar hasta los carros y, a pesar de que el ímpetu de la carga se había visto considerablemente refrenado, el *wagenburg* tembló, se estremeció bajo el ataque de la caballería acorazada. Los carros oscilaron ante su empuje. Pero aguantaron. Y sobre los caballeros que se habían arrimado a ellos cayó un alud de hierro. Aplastados por sus propios camaradas que presionaban desde atrás, sin poder retirarse ni huir, se defendían malamente de los golpes que les caían encima. Los mayales, las hachas y las mazas husitas aplastaban los cascos, las alabardas destrozaban las hombreras, los bardiches amputaban los brazos, las clavas y los picos de cuervo machacaban, las picas y *ahlspiess* agujereaban las corazas. Ocultos bajo los carros, los ballesteros disparaban sus armas, clavando virote tras virote en las barrigas de los caballos, mientras sus compañeros, con las guadañas de punta, tajaban las patas de los animales. Los chillidos, el estrépito del hierro y los bramidos se elevaban sobre el campo de batalla, los incendios se reflejaban en los ensangrentados filos de las armas.

El escuadrón del obispo fue el primero en ceder y huir en desbandada. Diezmado en plena carga por la salva husita, se quedó atascado junto al *wagenburg*, ensartado en el bosque de picas, bisarmas y roginas alzadas, que recordaba a un inmenso erizo. Ante esa visión, Nicolás Zedlitz perdió el

ánimo y el coraje. Farfullando a gritos una serie de órdenes insensatas, el estarosta de Otmuchów volvió grupas repentinamente, arrojó al suelo el escudo con la hebilla de oro y se dio sin más a la fuga. Tras él escapó al galope el mariscal Lorenz von Rohrau. Y tras ellos dos salió huyendo todo el escuadrón. O mejor dicho, lo que había quedado de él.

El siguiente fue Wenceslao, duque de Glubczyce, hijo de Przemko de Opava. Wenceslao, apasionado de las ciencias ocultas, había ido todo el camino dándole vueltas a un misterioso horóscopo que antes de la expedición le habían presentado los astrólogos de la corte. Ahora, cuando los caballeros de Opava empezaban a caer bajo los golpes de los mayales husitas, el duque Wenceslao no tenía más remedio que reconocer que la coyuntura no era favorable y que las perspectivas eran malas. Y que ya iba siendo hora de volver a casa. A una orden suya todo el contingente de Opava emprendió la retirada. Presa del pánico, más bien.

Juan de Ziebice, Hinko Stosz y Georg Zettriz se quedaron roncós de tanto gritar órdenes. La caballería se apartó del *wagenburg* con el objetivo de reagruparse. Fue el último y el más grave de los errores de los comandantes en la batalla. Entre tanto, a los Huérfanos les dio tiempo de cargar los arcabuces y las culebrinas, los tiradores tenían ya dispuestas las espingardas y los cañones de mano, los ballesteros estaban listos. En medio de un barullo ensordecedor la fortaleza de carros floreció en fuego y humo, sobre los silesios en retroceso cayó una granizada mortífera de proyectiles. De nuevo las balas y los virotos atravesaron las placas con estrépito, de nuevo se derrumbaron, entre bufidos, los caballos malheridos. Y quienes aún estaban en condiciones de hacerlo emprendieron la huida desordenadamente.

Escapó aterrado, precediendo a todos sus subordinados, el estarosta de Grodków, Tamsz von Tannenfeld. Junto con los demás caballeros de Swidnica que habían salvado el pellejo, abandonó el campo el teniente de estarosta Stosz. Haciendo oídos sordos a los desesperados llamamientos del duque Juan y de Zettriz, se dispersaron los jinetes wroclawianos y ziebicanos.

—¡Ahora! —bramó Jan Královec de Hradek—. ¡Ahoraaa! ¡A ellos, guerreros de Dios! ¡A ellos! ¡Atacad!

De las paredes de la fortaleza se retiraron en un santiamén unos cuantos

carros, por las brechas resultantes irrumpió en el campo la caballería bohemia. En caballos más ligeros y frescos, menos abrumados por el peso de las armaduras, los jinetes husitas en un abrir y cerrar de ojos dieron alcance a los silesios en fuga. Tajaron y acuchillaron sin compasión, sin cuartel.

Después de la caballería fue la infantería la que salió de detrás de los carros. Aquellos silesios que se habían salvado de las espadas de los jinetes iban a morir ahora por obra de los mayales.

—¡A ellos! ¡Sus y a elloos!

Por el campo se extendía el humo y el olor a chamusquina. Los fuegos se iban consumiendo. Pero al este se levantaba ya una aurora sangrienta.

—¡Sus y a ellos! —gritaba Reynevan, galopando entre Salava y Brázda de Klinstejn—. ¡Golpead, matad!

Dieron caza a los silesios, cayeron sobre ellos como gavilanes, comenzó una escabechina salvaje. Las espadas machacaban las placas, llovían chispas de las hojas. Reynevan tajaba con todas sus fuerzas, vociferaba, infundiéndose valor con sus propios gritos. Los silesios eludían el combate, trataban de poner tierra por medio. Reynevan galopaba en su persecución.

Y en ese momento lo vio Treparriscos.

Treparriscos no intervenía en la batalla, no tenía intención de hacerlo. Se había dirigido a Wielislaw, siguiendo a escondidas al ejército de Silesia, con un solo objetivo. Con ese único objetivo había hecho llegar hasta allí a diez Jinetes Negros venidos de Sensenburg. En previsión de los acontecimientos, se presentaron en el escenario de la batalla como espectros. Dando vueltas, ojo avizor.

Que en medio de la confusión de la batalla, la salvaje algazara y las tinieblas iluminadas por los fogonazos de los incendios, Treparriscos pudiera descubrir a Reynevan fue pura casualidad. Un golpe de suerte. Sin ese golpe de suerte, de nada le habrían servido a Treparriscos ni la magia ni el *kashsh'ish*.

Una vez descubierto Reynevan, Treparriscos gritó modulando la voz. Los

Jinetes Negros, todos a una, volvieron grupas. Ronqueando por debajo de las viseras, se lanzaron en la dirección indicada. En un galope demencial, tajando y acuchillando a cuantos se cruzaban en su camino, empujando, derribando, atropellando.

—*Adsumus! Asuumuuus!*

Reynevan los vio venir. Y se quedó helado.

Pero las casualidades y los golpes de suerte estaban al alcance de todo el mundo, nadie tenía el monopolio. Especialmente aquella noche.

Cuando, siguiendo los pasos de la caballería, la infantería husita había salido de detrás de los carros en persecución de los silesios, algunos artilleros dejaron sus cañones y se unieron a la cacería. No todos. Algunos le tenían tanto cariño a su arma de fuego que ni siquiera en plena persecución estaban dispuestos a prescindir de ella. Las culebrinas, con sus cureñas provistas de ruedas, resultaban ideales para tales menesteres. Dio la casualidad de que tres grupos de artilleros estaban arrastrando al campo sus culebrinas, y se encontraron, justamente, enfrente de la carga de los Jinetes Negros. Viendo lo que se estaba preparando, los artilleros hicieron girar las cureñas. Y prendieron las mechas.

La lluvia de granalla de plomo, fragmentos de hierro y afilados clavos representaba para los Jinetes, protegidos por las placas de sus armaduras, lo mismo que si les arrojaban puñados de garbanzos, y no como garbanzos rebotaba en sus petos. Sin embargo, el ángulo de disparo de los cañones de las culebrinas permitió que la mayoría de los proyectiles hicieran impacto en los caballos. Causando entre ellos una auténtica masacre. Ni uno solo de los diez animales aguantó la salva, ni uno solo se mantuvo en pie. Algunos Jinetes fueron aplastados, algunos murieron coceados. Otros lograron incorporarse, se quedaron allí parados, gargajeando, con la mirada perdida por el *hashsh'ish*. No tuvieron ocasión de reaccionar.

De los carros del *wagenburg* salió el último contingente de Huérfanos. Heridos leves. Conductores de carros. Herreros y guarnicioneros. Mujeres. Rapazuelos. Armados con todo aquello que habían soltado los caídos. Arrollando y derribando a los Jinetes Negros con bieldos, partesanas y bisarmas, los Huérfanos cubrieron como hormigas a los caídos. Se alzaban y caían sobre ellos estacas, hachas, porras, varas y martillos, golpeando en

puntos neurálgicos: en las viseras de los yelmos, en la pancera, en los codales, en las rodilleras. En las rendijas de la armadura introducían las hojas de cuchillos, punzones y hoces. Los gargajeos se transformaron en unos alaridos salvajes que ponían los pelos de punta.

La muerte de los Jinetes Negros fue dura. Y lenta. No acababan de despedirse de la vida. Pero los husitas venga y venga y venga y venga a darles.

Así hasta el final.

Treparriscos veía todo aquello y Reynevan veía todo aquello. Reynevan veía a Treparriscos y Treparriscos veía a Reynevan. Se observaban a través del sangriento campo de batalla con una mirada oscurecida por el odio. Hasta que Reynevan gritó enfurecido, espoleó al caballo y cargó contra Treparriscos blandiendo la espada.

Treparriscos soltó las riendas, levantó ambas manos impetuosamente, hizo con ellas un complicado gesto en el aire. Al instante le envolvió una claridad que crepitaba y despedía chispas, en torno a las manos extendidas empezó a crecer e hincharse una esfera de fuego. Pero Treparriscos no consiguió lanzar el embrujo. No tuvo tiempo. Mientras Reynevan avanzaba al galope, un grupo de jinetes, viniendo de un extremo del campo de batalla, se dirigía contra Treparriscos, ya estaba casi a punto de echársele encima. Y desde los carros acudía en masa la infantería de Litomysl, armada con mayales y alabardas. Treparriscos gritó un conjuro, agitó los brazos como si fueran alas. Ante los ojos de Reynevan y de los asombrados Huérfanos, desde la silla del negro semental alzó el vuelo, aleteando, un gran pájaro. Se elevó, ganó altura y voló por el cielo, lanzando salvajes chillidos. Se alejó volando y desapareció.

—¡Hechicería! —gritó Matej Salava de Lipa—. ¡Hechicería papista! ¡Uf!

Para descargar su rabia, le asestó un hachazo en la cabeza al negro semental. El caballo cayó de rodillas, después se derrumbó hacia un lado, dejando rígidas las patas.

—¡Allí! —bramó Salava, señalando—. ¡Allí están, malnacidos! ¡Están huyendo! ¡A ellos, hermanos! ¡Golpead! ¡Por Kratzau!

—¡Por Kratzau! ¡Golpead! ¡Sin cuartel!

Alejándose del fragor de la batalla, Juan de Ziebice huía despavorido, a todo galope, arrancándole al caballo, que ronqueaba exhausto, sus últimas fuerzas.

Se dirigía al norte, en dirección a Schwedeldorf, devorado por las llamas. No sabía muy bien adonde ir, y el caso es que le daba lo mismo. Atontado por el terror, se limitaba a seguir a los demás. Lo más lejos posible de la escabechina.

Dio alcance a un grupo de caballeros con las monturas blancas de espuma, que apenas podían moverse.

—¿Risin? ¿Borschnitz? ¿Kurzbach?

—¡Noble duque!

—¡A los caballos, rápido! ¡Huyamos!

—Allí... —jadeó Hyncze Borschnitz, señalando el camino—. Al otro lado del riachuelo...

La ocurrencia de cruzar el riachuelo fue de lo más estúpida. La peor de las posibles. No sólo porque sobre el fondo de las cabañas en llamas de Schwedeldorf era muy fácil verlos, sino porque las orillas del arroyo resultaron ser un cenagal que no había acabado de helarse del todo. Cuando las herraduras quebraron la fina capa de hielo superficial, los pesados caballos se hundieron y se quedaron atascados. Algunos hasta el vientre.

Antes de que fueran plenamente conscientes de su desastrosa posición, ya tenían encima a sus perseguidores, y se vieron envueltos por un enjambre de jinetes husitas con celadas y capellinas. Risin aulló, acribillado a lanzazos. Kurzbach rompió a sollozar, se contrajo en su silla, recibió un mazazo en la cabeza, se desmoronó, cayendo a los pies del caballo. Borschnitz gritó, empezó a soltar tajos con la espada, los demás siguieron su ejemplo. Juan de Ziebice había perdido su espada en la huida, al verse cercado por los husitas echó mano del hacha que colgaba en la silla, la blandió, profiriendo blasfemias, muerto de miedo, la agitó tan sin tino que el mango torcido se le escurrió de los dedos y el hacha salió volando. Los husitas le rodeaban por todas partes. Le golpearon en los hombros, después en la cabeza, el estruendo dentro del yelmo fue ensordecedor, resbaló de la silla, cayó al suelo. Intentó

ponerse en pie, volvieron a golpearle en un costado, le abollaron la coraza con el peto de un hacha, la coraza abollada le fracturó algunas costillas, al duque le faltó el aliento. Recibió otro golpe, cayó de espaldas, vio cómo la sangre chorreaba por el hielo deshecho del arroyo. Oyó aullar sin fuerzas a Kurzbach, atravesado por las espadas. Gritar a Borschnitz, rematado. También él se puso a gritar.

—¡Perdón! ¡Perdóoon! —imploró, arrancándose el almete de la cabeza—. Soy el duque...

—*Hodie mihi, eras tibi.*

El duque se estremeció. Había reconocido a Reynevan.

Reynevan le puso un pie en el pecho. Y levantó lo que sujetaba en las manos. El duque vio lo que era. Y no se sintió nada bien.

—¡Nooo! —chilló como un perro—. ¡No lo hagas! ¡Hay órdenes dadas! ¡En Ziebice! ¡La joven morirá! ¡Si me tocas, la joven morirá!

Reynevan levantó bien alto la rogatina. Y se la clavó al duque con todas sus fuerzas en la tripa. La hoja especial, prismática, atravesó las planchas de la escarcela. El duque daba aullidos de dolor, encogía las piernas espasmódicamente, agarrando el asta con ambas manos. Reynevan, con el pie, lo aplastó contra el suelo, sacó de un tirón la rogatina. El mundo alrededor se volvió deslumbrante: claro, blanco, luminoso.

—¡Rescateee! —aullaba Juan—. ¡Pagaré un rescateee! ¡Ooorooo! ¡Jesucristooo! ¡Compasióoon!

Reynevan golpeó con fuerza. La hoja de la rogatina se hincó con un chasquido en la rendija entre el peto y la pancera, penetró hasta el gancho de la base. Juan de Ziebice dio un grito, se atragantó, la sangre le salió con fuerza de la boca, salpicándole la barbilla y la coraza.

—Compaaa... Compaaahh... Aaahhh...

Reynevan se peleó un momento con la hoja atascada, por fin pudo extraerla. Levantó la rogatina y volvió a clavarla. El filo atravesó la plancha de metal. El duque Juan ya no podía gritar. Se limitó a gemir.

Y vomitó. La sangre brotó, subiendo hasta una altura de dos codos.

Reynevan afirmó el pie en el peto, tiró del asta, intentando sacar la hoja

inmovilizada.

—¿Sabes, Reynevan? —dijo a su lado Jan Kolda—. Creo que ya tiene suficiente.

Reynevan dejó la rogatina. Venciendo a duras penas la contracción de los dedos. Se retiró un paso. Temblaba bastante. Se dominó. Kolda gargajeó largamente, soltó un escupitajo.

—Tiene suficiente —repitió—. Más que suficiente.

—Sí, es posible —asintió Reynevan—. Puede que sea suficiente.

Así pereció y así fue el epitafio que aguardaba a Juan, duque de Ziebica, Piasta de los Piastas, descendiente en línea directa de Siemowit y de Mieszko, sangre de la sangre y hueso de los huesos del Bravo y del Bocatorcida. Pereció el 27 de diciembre de 1428 o, como rezaba la crónica, *vicésima séptima die mensis Decembris Anno Domini MCCCCXXVIII*. Pereció en la batalla librada junto a una aldehuela llamada Staiy Wielislaw, a cosa de una milla al oeste de Klodzko. Como quieren algunos cronistas, murió como su tataranosequé, Enrique el Piadoso: *pro defensione christiane fidei et sue gentis*. Otros dicen que murió por imbécil. De una forma u otra, pereció. Murió.

Y con él desapareció la línea masculina de los Piastas de Ziebice.

La batalla se prolongaba. Algunos silesios, no pudiendo o no queriendo escapar, presentaron una resistencia encarnizada. Formando un círculo, rechazaban las sañudas acometidas de los Huérfanos. Algunos combatían en solitario. Como Georg Zettriz, comandante de los wroclawianos. Dos caballos le habían matado ya, el primero nada más desatarse la batalla, junto al *wagenburg*, el segundo durante la retirada. Así pues, no tenía ya cómo escapar. Sin casco, con el pelo ensangrentado, Zettriz estaba además herido en una pierna, una bisarma husita le había pinchado un muslo después de atravesarle el quijote de su armadura forjada en Núremberg. La sangre le corría por las rodilleras y las grebas. Apoyado en un sauce en tierra de nadie, Zettriz titubeaba, le costaba mantenerse en pie, pero blandía con coraje su espada de mano y media, mantenía a raya a los que le rodeaban, lanzaba estocadas a quienes insistían más de la cuenta, y hasta atinaba. Se había ya

formado en torno suyo un círculo de heridos, cuando alguno de los bohemios consiguió al fin alcanzarle con una guja en el rostro, con tal fuerza que crujieron los dientes rotos. Zettriz titubeó, pero se mantuvo en pie. Escupió sangre sobre el peto, blasfemó horriblemente. Y rechazó a un atacante con un golpe impetuoso de su espada.

—Por mi honor, señor Zettriz —le llamó, acercándose al paso, Brázda de Klinstejn—. ¿No es ya suficiente?

Georg Zettriz escupió sangre. Se fijó en las escaleras de asalto que lucían en el pecho de Brázda. Agarró la espada por la hoja y la levantó, en señal de que se ponía en sus manos. Tras lo cual se desmayó.

—Dios ha vencido —dijo con voz de cansancio Jan Královec de Hradek—. Dios así lo ha querido —añadió, sin ningún énfasis—. Cortado es el cuerno de Moab, y su brazo quebrantado.

—¡Dios ha vencido! —Piotr el Polaco alzó su espada ensangrentada—. ¡Hemos vencido, guerreros de Dios! ¡La arrogante caballería alemana ha mordido el polvo! Ahora, ¿quién nos detendrá?

—¡Hemos vengado Kratzau! —gritó, limpiándose la sangre de la cara, Matej Salava de Lipa—. ¡Dios está con nosotros!

—¡Dios está con nosotros!

El grito triunfante de las mil gargantas de los guerreros de Dios pareció disipar definitivamente la oscuridad y la niebla. Abriéndose paso entre el humo de los incendios, se alzaba y se aclaraba el día. *Dies illucescens*.

—Tengo que irme —repitió Reynevan, haciendo un esfuerzo supremo para parar sus dientes, a los que de pronto les había dado por ponerse a castañetear—. Tengo que irme, hermano Jan.

—Hemos acabado con ellos —proclamó Jan Královec de Hradek—. Hemos cortado el cuerno de Moab. Juan de Ziebice ha muerto, Swidnica y Wroclaw han sido diezmadas. Ahora nadie podrá detenemos. Debemos aprovechar la victoria. Silesia está a nuestra merced. ¿Quieres venganza? Ven con nosotros.

—Tengo que irme.

El sol se abría paso entre las nubes. Se anunciaba un día muy frío. 27 de diciembre de 1428. El lunes siguiente a la Natividad del Señor.

Králavec suspiró profundamente.

—Vaya, si no hay más remedio... Marcha, pues, *Spánembokem*^[72]! ¡Ve con Dios!

Una corneja estaba posada en la cabeza del ahorcado.

Aunque frío, era un precioso día soleado, casi sin viento. El colgado sólo oscilaba levemente y giraba en la cuerda chirriante, que no parecía asustar lo más mínimo a la corneja. Con las garras aferradas a los restos de pelo del cadáver, el pájaro picoteaba tranquila y metódicamente todo lo que hubiera allí que picotear.

Los tejados de las torres de Ziebice relumbraban al sol de diciembre. La hilera de fugitivos señalaba el camino hacia la Puerta de Grodków. Por lo visto, las noticias del avance husita se habían extendido rápido.

Reynevan palmoteo el cuello del caballo, cubierto de espuma. Las seis millas que separan Staiy Wielislaw de Ziebice las había cubierto en una hora y media, un registro en verdad impresionante. Como consecuencia, el caballo había acabado completamente extenuado. En el tramo final del recorrido se habían arrastrado malamente. Y haciendo paradas.

La corneja se separó de la cabeza del colgado, echó a volar entre graznidos, y acabó posándose un poco más arriba, en el travesano de la horca.

—¿Reinmar de Bielau, supongo?

El hombre que acababa de hacerle esa pregunta había aparecido como de la nada. Como si hubiera brotado de la tierra. Iba montado en un pequeño caballo tordo. Vestía como un burgués. Tenía una cara corriente y acento polaco.

—Reinmar de Bielau, naturalmente —él mismo se respondió—. Precisamente, te estaba esperando, mi noble señor.

Reynevan, por toda respuesta, se llevó la mano a la espada. El hombre de cara corriente ni se inmutó.

—No te estaba esperando —dijo con calma— para nada malo. Sólo

pretendo hacerte llegar cierta información. Una información importante. ¿Puedo hablar? ¿Me vas a escuchar tranquilamente?

Reynevan no tenía intención de asentir. El desconocido se dio cuenta. Cuando siguió hablando, la voz le había cambiado. Sonaban en ella notas metálicas y malignas.

—No tienes por qué entrar en la ciudad, Reinmar de Bielau. Has viajado muy deprisa, no has dado tregua al caballo. Y, sin embargo, has llegado tarde.

Reynevan se sobrepuso a la desesperación que de pronto se había apoderado de él. Luchó con la debilidad. Dominó la sensación de opresión en el pecho. Las manos, que le habían empezado a temblar, las ocultó tras el arzón de la silla. Apretó tanto los dientes que se hizo daño.

—Esa doncella que has venido corriendo a salvar ya no está en Ziebice —dijo el desconocido—. ¡Tranquilo! ¡Sin tonterías! Más paciencia, ten más paciencia. Escúchame...

Reynevan no tenía ninguna intención de escuchar. Desenfundó la espada y espoleó al caballo. El animal se negó a obedecer: piafaba, bufaba, alzaba y volvía la cabeza. Y no se movió ni una pulgada.

—Más paciencia —repitió el desconocido—. No hagas tonterías. Deja tranquilo a tu caballo y mantente a distancia. Escúchame, te lo ruego.

—Habla. Dime qué es de Jutta.

—La doncella Jutta de Apolda está sana y salva. Pero ha abandonado Ziebice.

—Cómo... —Reynevan suspiró profundamente—. ¿Cómo puedo saber que no mientes?

El desconocido puso una fea sonrisa.

—*Veritatem dicam, quam nemo audebit prohibere*^[73]. —Su buen latín, tanto como el acento, delataba a un polaco—. A la doncella Jutta no la vas a encontrar en Ziebice. Consideramos que en manos del duque Juan no estaba segura. Que las personas a cuyo cargo la había dejado el duque no garantizaban su integridad física. Así que decidimos salvar a la doncella Jutta de la prisión de Ziebice. Ha habido suerte, hemos podido salvarla. Y la hemos puesto, por así decir, *sub tutelam*.

—¿Dónde está ahora?

—En un lugar seguro. Tranquilo, muchacho, tranquilo. Nada la amenaza. No corre ningún riesgo. Está, como te he dicho, bajo nuestra protección.

—¿Bajo la protección de quién? ¿De quién, maldita sea?

—Sorprende que seas tan poco perspicaz.

—¿La Inquisición?

—*Tu dicis*. —El desconocido sonrió—. Tú lo has dicho.

Reynevan intentó una vez más espolear a su caballo, pero éste, nuevamente, resopló y empezó a patear sin moverse del sitio.

—A otros los quemáis por la magia —escupió—. Hipócritas de mierda. No pregunto qué queréis de mí ni cuál es el objetivo del chantaje, prefiero adivinar de qué se trata. Y te advierto lealmente: hace un rato me he cargado a un chantajista, un hijoputa. Y he decidido cargarme a todos los que se me pongan por medio. Díselo a Gregorio Hejncze. Y de ti, mensajero, no me voy a olvidar, puedes estar seguro. No sabrás ni el día ni la hora.

—Paciencia, Reinmar, paciencia. —El desconocido torció el gesto—. Domínate y controla tu comportamiento. Porque la falta de control puede tener consecuencias desagradables, difíciles de prever. Consecuencias muy desagradables.

—¿Para Jutta? Entiendo.

—No entiendes. Enfunda esa espada y escúchame. ¿Me vas a escuchar?

—¿Tengo otra salida? Si en caso contrario habrá consecuencias desagradables. Si Jutta está en vuestras garras. En vuestras mazmorras...

—No está en ninguna mazmorra —le cortó el desconocido—. Nadie le va a hacer daño, nadie le va a tocar un pelo, nadie le va a faltar al respeto, nadie la va a ofender. Jutta de Apolda está bajo nuestra protección. Está, naturalmente, aislada... Con el conocimiento y la aprobación, por lo demás, de su madre, doña Agnes, copera de Schönau. La joven Jutta se encuentra en un lugar seguro. Apartada y aislada de los peligros de este mundo. De ciertas ideas que en su momento llevaron a la hoguera a Maifreda da Pirovano. Y de ti. Y por ahora Jutta seguirá apartada y aislada.

—¿Por ahora?

—Hasta que llegue el momento.

—¿Qué momento? ¿Cuándo la vais a dejar libre?

—A su debido tiempo. Y con ciertas condiciones.

—¡Muy bien! —soltó Reynevan, que seguía intentando inútilmente mover a su caballo—. ¡Al grano! ¡Te escucho! ¿Qué condiciones son ésas? ¿A quién tengo que traicionar en esta ocasión? ¿A quién tengo que vender? ¿A quién tengo que condenar a muerte? Y, cuando haga lo que queréis, me entregaréis a Jutta, ¿no es así? ¡Y a lo mejor añadís treinta monedas de plata!

—¡Paciencia! —El desconocido levantó la mano—. ¡No te acalores! ¡No corras tanto! Te he dicho todo lo que tenía que decirte. Ahora vuelve con los tuyos. Con los Huérfanos, que, como es sabido, marchan decididos hacia el norte y estarán aquí en cualquier momento. Regresa. Y espera a tener noticias nuestras. El reverendo Hejncze te pide que tomes en consideración las palabras del profeta Oseas: los caminos del Señor son rectos, y los justos andarán por ellos, mas los rebeldes en ellos caerán. Es hora de que dejes de tropezar, Reinmar de Bielau. Es hora de que vuelvas a los caminos rectos. Intentaremos ayudarte para que así sea.

—No tengo ninguna duda de que lo intentaréis.

—Espera a tener noticias nuestras. Daremos contigo.

—¿Tan seguros estáis de que daréis conmigo?

—Daremos contigo. —El enviado de la Inquisición sonrió—. Sin dificultad. Eres igual que la mejorana. Apareces con frecuencia. En todos los platos. Me llamo Lucas Bozyczko.

—Lo recordaré.

Lucas Bozyczko volvió a sonreír, sin hacer caso —al menos, en apariencia— del tono amenazante de Reynevan. Se echó la capa sobre los hombros. Hizo volverse a su tordo. Picó espuelas. Y se alejó al trote en dirección a la Puerta de Grodków. Hacia la cual se dirigían cada vez más y más fugitivos.

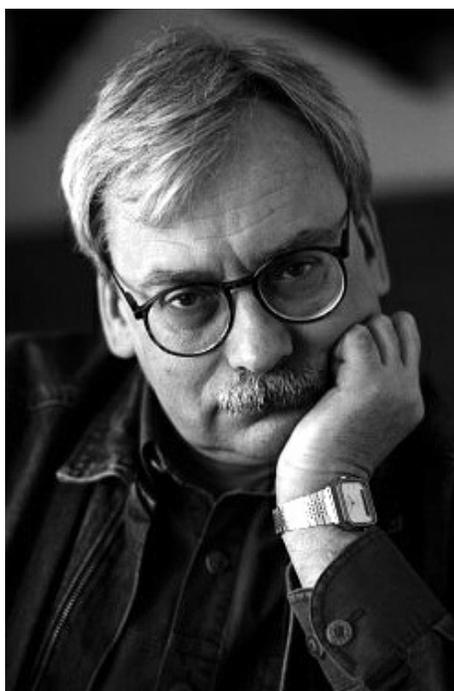
Reynevan estuvo mirándolo largo tiempo mientras se alejaba. Estaba muerto de cansancio y de sueño. Pero sabía que no tenía tiempo ni para descansar ni para dormir. Tiró de las riendas, se dio la vuelta, en dirección a Frankenstein. El caballo resopló. El camino estaba lleno de gente. Las noticias del avance de los Huérfanos se habían extendido con la velocidad del rayo, una vez más Silesia era presa del pánico.

Y Jutta estaba en manos de la Inquisición.

El cielo se iba cubriendo de nubes por el sur, se oscurecía prometiendo

inminentes ventiscas.
Y algo mucho peor.

FIN DEL TOMO SEGUNDO



ANDRZEJ SAPKOWSKI (Łódź, Polonia, 1948). Escritor polaco de fantasía heroica.

Sus obras están fuertemente influenciadas por la cultura eslava y las narraciones tradicionales. Su estilo de escritura es fluido y directo, adaptando el lenguaje popular de la Polonia actual.

Entre sus obras más populares se encuentra la saga del brujo Geralt de Rivia, compuesta por siete volúmenes. Su primera historia, *El Brujo* (*Wiedźmin* en polaco), fue publicada en la revista *Fantastyka* en 1986 consiguiendo un gran éxito ante el público y la crítica, y constituyendo el inicio de la saga de Geralt. Estas novelas le convirtieron en el autor polaco de mayor número de ventas en los años 1990.

La saga de Geralt ha sido llevada al cine (*Wiedźmin*, dirigida por Marek Brodzki, 2001), a la televisión, aunque con poco éxito, y al mundo de los videojuegos (*The Witcher* y *The Witcher 2: Assassins of Kings*) con un gran éxito de crítica, ventas y afición.

Sapkowski ha ganado cinco premios Zajdel por las historias cortas: *El mal menor* (*Mniejsze zło*, 1990), *La espada del destino* (*Miecz przeznaczenia*,

1992) —ambas publicadas conjuntamente en la colección de historias titulada *La espada del destino* (1993)— y las novelas *W leju po bombie* (1993), *La sangre de los elfos* (*Krew elfów*, 1994) y *Narrenturm* (2002).

Narrenturm constituye el inicio de una serie de novelas de fantasía heroica ambientada en las Guerras Husitas del siglo XV.

Notas

[1] «¡Vosotros, los guerreros de Dios / y de su ley! / ¡Pedid ayuda a Dios / y confiad en Él!». Comienzo de uno de los más conocidos himnos husitas. [N. del T.] <<

[2] Entre los husitas, un hetmán (lat. *capitaneus*) era un simple capitán; su significado era próximo al del atamán cosaco: ambos términos, por lo demás, proceden directamente del alemán *hauptmann*. El jefe de un carro de guerra, con su dotación de entre dieciséis y veintiún hombres, tenía la condición de hetmán. Asimismo, el término hetmán podía designar no sólo a los oficiales militares, sino también a los responsables administrativos; así, el título de «hetmán territorial» equivale al de estarosta. Ése es el caso concreto de Jakubek de Vresovice: el título de «hetmán de Bílina» lo convertía en estarosta (administrador) de la ciudad y de su zona de influencia, así como en jefe militar del contingente armado aportado por Bílina. <<

[3] Canción tradicional checa de carácter festivo.

Das Fechtbuch, obra de Hans Talhoffer: anacronismo. Este célebre manual de combate con arma blanca fue escrito algo más tarde: está fechado en 1443. Con el Flos duellatorum de Fiora da Cividale no hay anacronismo, la obra ya era conocida en 1410. <<

[4] «Mira detrás de ti, recuerda que eres un hombre; ten cuidado, no vayas a caer».

Según Tertuliano, ésta era la frase con la que un siervo le recordaba su condición mortal y sus limitaciones al general que desfilaba victorioso por las calles de la antigua Roma. <<

[5] «No conoces, hijo mío, el día ni la hora» (Mateo 25:13). El discurso de Sansón profetiza atinadamente el futuro. Jan Smiricky de Smirice sobrevivió a las revueltas husitas, salió adelante con una notable fortuna y abundantes posesiones territoriales en el norte de Bohemia. Sin embargo, se dedicó a conspirar contra Jorge de Podiebrad y, condenado por alta traición, fue decapitado en 1453. <<

[6] Fórmula secreta, enigmática y polisémica de los alquimistas, empleada a menudo para definir el proceso de transmutación, esto es, de transformación de los metales innobles en nobles. Generalmente se considera que el acrónimo está formado por las letras iniciales de la fórmula *Visita Inferiora Terrae Rectificando Invenies Occultum Lapidem*, es decir: «Examina las esferas inferiores de la Tierra, perfeccionándolas descubrirás la piedra oculta». Naturalmente, se trata de la piedra de la sabiduría, del célebre *lapis philosophorum*. <<

[7] Dante, La Divina Comedia, El Infierno, Canto XXXIV, 9799. <<

[8] Conjuro ritual y encantamiento basados libremente en el Heptameron de Pietro di Abano, uno de los escasos grimorios mágicos auténticos conservados completos. <<

[9] «Verdad es sin tacha, cierta e incuestionable: lo que hay abajo es idéntico a lo que hay arriba, y lo que hay arriba es idéntico a lo que hay abajo, y el milagro se produce por el poder de la Unidad». (Tabula Smaragdina). <<

[10] «Ya he dicho todo lo que tenía que decir sobre las cuestiones solares». (Tabula Smaragdina). <<

[11] Plato tradicional de la cocina checa (análogo a los knódel o klösse alemanes y austríacos); son una especie de albóndigas hechas a base de pan, patata y otros ingredientes. <<

[12] En checo, «administrador, gobernador». <<

[13] Muchos miembros de la baja nobleza sin tierras se veían obligados a entrar al servicio de los ricos señores feudales, como clientes o vasallos de éstos. Tales clientes, cuya labor consistía fundamentalmente en la vigilancia y defensa del castillo del señor feudal, eran conocidos como burgmanos (del alemán burgmann). <<

[14] «Pintores y poetas han disfrutado siempre de la libertad de atreverse con todo». (Horacio, *Ars poética*). <<

[15] los goplanos, ubicados en las inmediaciones del lago Goplo (en la región de Kujawy, en la zona centroseptentrional de la actual Polonia), son una de las primitivas tribus polacas, anteriores a la formación del estado polaco en el siglo X. Son muy escasas las referencias a esta tribu, e incluso algunos historiadores cuestionan su existencia. [N. del T.] <<

[16] «Porque no hay nada oculto que no haya de ser manifestado, ni secreto que no haya de descubrirse» (Marcos 4:22). <<

[17] «Mayor soy que a quien pueda la Fortuna dañar» (Ovidio, *Metamorfosis*, VI, 195). <<

[18] «A quien el día que nace ve arrogante, el día que se marcha ve caído».
(Séneca, Tiestes). <<

[19] De la venalidad del obispo Conrado a la hora de otorgar prebendas y dignidades eclesiásticas en la diócesis de Wroclaw da testimonio (basándose en Jan Dlugosz). Ewa Maleczynska en su libro *Ruch husycki w Czechach i w Polsce* (El movimiento husita en Bohemia y en Polonia), KiW, 1959. <<

[20] Ovidio, *Metamorfosis*, I, 8993:

Áurea la primera edad engendrada fue, que sin defensor ninguno, por sí misma, sin ley, la confianza y lo recto honraba.

Castigo y miedo no habían, ni palabras amenazantes en el fijado bronce se leían, ni la suplicante multitud temía la boca del juez suyo, sino que estaban sin defensor seguros.

(Traducción de Ana Pérez Vega). <<

[21] El florín, o gulden, había tenido siempre una cotización más baja que la del ducado de Hungría. En 1419, año de la defenestración, por un ducado de Hungría se pagaban 23 grosches de Praga, por un florín sólo 19. Los tumultuosos tiempos de las guerras husitas debieron de favorecer un encarecimiento especulativo del florín, de ahí que en la obra Huncleeder fije la equivalencia en 30 grosches. <<

[22] El grosch de Praga era también llamado «grosch blanco» o «ancho». <<

[23] Como es sabido, el nombre de la Montaña Blanca (Bílá Hora en checo) ha pasado a la historia por la batalla que en ella se libró el 8 de noviembre de 1620, en el marco de la Guerra de los Treinta Años. La derrota de los protestantes bohemios frente a las tropas imperiales supuso el comienzo de un largo periodo de decadencia económica y demográfica, imposición del catolicismo y germanización de las tierras checas. [N. del T.] <<

[24] Carlos de Luxemburgo, rey de Bohemia (como Carlos I, 1346-1378) y emperador del Sacro Imperio Romano Germánico (como Carlos IV, 1355-1378); gran impulsor del desarrollo económico y cultural de Bohemia y del crecimiento de la ciudad de Praga, su figura está vinculada a la Universidad de Praga (por él fundada en 1347) y a numerosos monumentos de la capital checa, como el célebre puente de piedra que hoy lleva su nombre. [N. del T.]

<<

[25] Cereteos y peleteos: nombres bíblicos (Samuel 8:18 y 15:18); eran mercenarios extranjeros (acaso puedan identificarse con cretenses y filisteos respectivamente) al servicio del rey David. <<

[26] La compañía de calzados Bata, fundada en 1894 por Tomás Bata en Zlín (Moravia), es desde hace décadas una de las grandes multinacionales del sector, presente en decenas de países. [N. del T.] <<

[27] Maurycy Rvaczka (muerto después de 1424) fue un teólogo polaco contrario a las tesis husitas que intervino en el Concilio de Constanza (1414-1418), en el que, entre otras cosas, se produjo la condena y ejecución del propio Jan Hus. <<

[28] Canción folclórica checa. <<

[29] Ambas variantes se registran en polaco antiguo para designar a los captores y traficantes de prisioneros, destinados a los mercados tártaro y turco. [N. del T.] <<

[30] La nobleza checa y morava, a diferencia de la polaca, donde cualquier hidalguillo estaba «a la altura de un voivoda», se hallaba segmentada en estamentos. El rango principal correspondía al estamento de los señores, integrado por los nobles más antiguos y ricos. Las posesiones de los señores checos eran a menudo tan poderosas y extensas que tales señoríos eran poco menos que auténticos estados (de hecho, la palabra checa panstvi, «señorío, posesiones territoriales», adaptada en polaco como panstwo, adquirió en esta lengua, entre otros significados, el de «estado», en el sentido político del término). Por debajo se situaban los caballeros. El estamento inferior era el de los clientes, nobles empobrecidos, desprovistos de tierras, obligados a entrar al servicio de los señores más ricos. O del clero: los obispos y arzobispos contaban con ejércitos enteros integrados por esta clase de hidalgos. <<

[31] Dante, *La Divina Comedia*, El Purgatorio, Canto XXX:

Y mi espíritu, que había pasado ya tanto tiempo que en su presencia no estuviera de estupor, temblando, librado, sin que mis ojos tuvieran otra advertencia, por una oculta virtud que de ella vino, del antiguo amor sentí la gran potencia. <<

[32] Jeremías, 50:32. [N. del T.] <<

[33] Chrétien de Troyes, Yvain, el Caballero del León (761-765):

... por montañas y por valles, y por bosques largos y anchos, por sitios desconocidos y salvajes, superó muchos pasos terribles y muchos peligros y muchas pruebas... <<

[34] en checo, «mazmorra»; más literalmente viene a significar «muerte de hambre». <<

[35] *Carmina Burana*.

Por todas partes reverdece el bosque, / ¿por qué se ha alejado mi amado? / Se
fue cabalgando, ¡ay!, ¿quién me amará? <<

[36] «A los herejes y a quienes yerran en la fe cristiana, destruir y aniquilar...»; fragmento de un juramento que, en el contexto de la lucha antihusita, se vieron obligados a prestar en 1422, bajo amenaza de sufrir severos castigos, todos los habitantes de Lausacia que hubieran cumplido catorce años; la extensión del juramento a los habitantes de Silesia, aunque históricamente razonable, es una suposición del autor. <<

[37] El rübezahl (conocido también como *liczyrzepa*, en polaco, y *krakonos*, en checo, entre otros nombres) es una criatura fantástica —de apariencia muy diversa, según las distintas fuentes— que habita los montes Karkonosze; está presente en numerosas leyendas alemanas y silesias. [N. del T.] <<

[38] Tanto la expresión (traducción muy libre del polaco *Pojedziemy na ops*) como el personaje de Zawisza de Kurozweki, obispo de Cracovia, están inspirados en la novela histórica *Los caballeros teutones* de Henryk Sienkiewicz. [N. del T.] <<

[39] Se trata de un hecho histórico, recogido en los *Staré letopisy české*, selección de antiguas crónicas bohemias, de los siglos XIV al XVI, publicadas en 1829 por el erudito checo Frantisek Palacky. <<

[40] «Con quienes no tuvimos comunión en vida tampoco podemos tener comunión después de muertos»; palabras atribuidas al papa León I el Magno (440-461). <<

[41] 1 hora = 4 puncta = 40 momenta = 480 unciae = 21 600 atomi. <<

[42] «Ni mañana ni ayer, nunca creas a una mujer»; adagio latino. <<

[43] Traducción libre de la Cantilena, canción sobre Wiclif, de Jędrzej Galka [vide la nota correspondiente en Narrenturm, capítulo vigesimoprimer]. <<

[44] Cita casi literal de unos versos del poeta romántico polaco Cyprian Kamil Norwid (1821-1883), concretamente de su tragedia *Detrás del telón*; estos mismos versos aparecen citados al frente de la célebre novela *Cenizas y diamantes* (1948) de Jerzy Andrzejewski, llevada al cine por Andrzej Wajda en 1958. [N. del T.] <<

[45] Invocación compuesta por el autor, basándose libremente en *Aradia, or the Gospel of the Witches* (1899), de Charles G. Leland, obra muy influyente en el desarrollo del llamado «neopaganismo»:

*Una cosa quiero ver, una cosa de amor. / ¡Oh viento, oh agua, oh flor! /
Repta la serpiente, canta la rana, / ¡te suplico que no me abandones! <<*

[46] Es decir, Bialy Kosciól, en polaco. [N. del T.] <<

[47] «¡Escuchad, caballeros de Dios, preparaos para el combate!»... Se trata del comienzo de otro de los himnos «de época», recogido en el Jistebnický kancjonál (Himnario de Jistebnice), colección de cánticos religiosos en latín y en checo del siglo XV. <<

[48] Estrofa final del mismo himno. [N. del T.] <<

[49] La llamada «lanza» (kopia, en polaco), unidad táctica de caballería, estaba formada por lo general por el caballero, el escudero, un sirviente armado y un ballestero montado. Había «lanzas» que constaban de tres hombres, las había que llegaban hasta seis. <<

[50] Hay fuentes que elevan el número de husitas en Nysa hasta los veinticinco mil hombres. Sus autores debían estar influidos por la propaganda del Vogelsang. O basarse en fuentes alemanas, que explicaban y justificaban las terribles derrotas sufridas a manos husitas por la «abrumadora superioridad del enemigo». En realidad, el Tabor y los Huérfanos, en conjunto (y hay que señalar que en Nysa combatió únicamente el Tabor, sin los Huérfanos), nunca estuvieron en condiciones de poner en pie un ejército que superase los quince a dieciocho mil combatientes, y por lo general eran de siete a nueve mil. Normalmente, la proporción entre soldados de infantería y jinetes entre los husitas era de diez a uno. En cuanto a los carros de guerra, solía haber uno por cada veinte o veinticinco infantes. <<

[51] Algunas fuentes (¡también checas!) tienen que estar basadas en las cantilenas entonadas por los combatientes, porque elevan hasta cuatro mil, e incluso hasta nueve mil (sic) el número de caídos silesios en la batalla de Nysa. Se trata de una exageración, si no de un puro disparate. En las que pasan por ser las más importantes y sangrientas batallas de las guerras husitas, las pérdidas de los derrotados, según investigaciones recientes, fueron: en Vysehrad, de trescientas a quinientas bajas; en la batalla fratricida de Malesov, unos mil quinientos; en Ústí, cuatro mil; en Hiltersried, en el Alto Palatinado, mil doscientos (¡husitas!); en Waidhofen, en Austria, novecientos (¡también husitas!); en la trágica batalla de Lipany, mil trescientos. En Nysa las pérdidas de los derrotados no pudieron ser mayores. En el libro se habla de un millar de muertos, y el margen de error no debe de ser muy grande. <<

[52] «En mitad de la Cuaresma del año del Señor de 1428, los capitanes de la secta de los Huérfanos, Jan Královec, Procopio el Menor, llamado Procopillo, y Jan Kolda de Zampach, vinieron a Silesia con doscientos jinetes y cuatro mil soldados de infantería y ciento cincuenta carros y se dirigieron a la ciudad de Klodzko. Incendiaron la ciudad de Miedzylesie y la ciudad de Ladek, y numerosas villas y aldeas de los alrededores las destruyeron y, entregándolas al fuego voraz, les causaron un grave daño».

Este «fragmento de una crónica», como los siguientes, son invención del autor, si bien se inspira en la Crónica, auténtica, de Bartosek de Drahonice, un testigo de la época. También intenta el novelista imitar el latín de Bartosek, calificado de «bárbaro» por muchos investigadores. De modo que, si hay que reírse de alguien, que sea de Bartosek. <<

[53] «¡Las exigencias están dictadas por el lugar, la esperanza reside en el coraje, la salvación está en la victoria!»; son palabras del hetmán Stanislaw Zólkiewski antes de la batalla de Klúshino (julio de 1610), en la que la célebre «caballería alada» polaca se impuso rotundamente a las fuerzas rusas.

<<

[54] «El año del Señor de 1428, antes del Domingo de Ramos, los wiclifistas de la secta de los Huérfanos cercaron con cañones y máquinas la ciudadela de Klodzko, de la cual eran capitanes don Puta de Czastolovice y don Nicolau von Moschen, y con ayuda de dichos cañones y catapultas y por medio de asaltos y muy diversos modos trataron de conquistar y dominar la ciudadela, pero se encontraron con una defensa en verdad animosa...». <<

[55] «Y así los Huérfanos el lunes anterior a la Pascua se retiraron de Klodzko». <<

[56] «Los aldeanos están mejor cuando lloran (y peor cuando están alegres)». Se trata de un proverbio de la época. Pero es intemporal. De permanente actualidad. <<

[57] —Recorda duenna mía —leyó Sansón Mieves— nostras amorfas, et mi probre coragon, dexado del mucho amor: Hemos traducido muy libremente el original. En realidad Sapkowski escribe esto: «*Pomny myla parii naszy mylowani, wyeme serdce boley przydaci co letom kwyetu bywaci*», que es una imitación, de difícil interpretación y traducción, del polaco medieval.

Se trata de un chiste de tono pedantesco. En realidad, la más antigua oración completa en polaco (posiblemente, con rasgos silesios) que se ha conservado está fechada en 1270 —es, pues, bastante posterior al frustrado hallazgo de Sansón Mieves—; se trata de una frase vernácula incluida en un texto latino conocido como *Ksiega henrykowska*, crónica del monasterio cisterciense de Henyków, en Silesia. La frase reza: *Day, ut ia pobrusa, a ti poziwai* («Deja que yo muele, y tú descansa»), [N. del T.] <<

[58] Traducción libre de la primera estrofa del poema anónimo polaco *Skarga umierajacego* (Lamento del agonizante). Aunque el texto polaco se fecha hacia 1461, se trata probablemente de la adaptación de un texto checo más temprano, datado en torno a 1424, titulado *O rozdelení duse z telem* (De la separación del alma y el cuerpo). <<

[59] Otra estrofa de la misma obra. [N. del T.] <<

[60] Hierba mágica, sobre cuya identificación botánica han debatido ampliamente los estudiosos, que aparece mencionada en la Odisea, canto X.
[N. del T.] <<

[61] Palabras de Las metamorfosis o El asno de oro, libro X, del autor latino Lucio Apuleyo (siglo II). [Utilizamos la traducción castellana del siglo XVI, atribuida a Diego López de Cortegana]. <<

[62] «Para San Juan el saúco negro florece, / será el amor aún más deleitoso».

El saúco negro (Holunder, Holder, Holler, Sambucus nigra), un arbusto consagrado a la Gran Diosa, que florece en torno a la Noche de San Juan, durante el solsticio de verano, estaba estrechamente asociado a la magia erótica.

El texto alemán está tomado de: Claudia Müller Ebeling, Christian Rátsch, Wolf Dieter Storl, Hexenmedizin, AT Verlag, Aarau, 1999. <<

[63] «Crecen en nuestro jardín el perejil y el saúco, / la bella Jutta es la novia, no tiene por qué esperar más tiempo, / detrás del arbusto de saúco le ha dado un beso a Reynevan. / ¡Vino tinto, vino blanco, mañana celebraremos la boda!».

Canción popular erótica alemana, reelaborada por el novelista, alusiva a las propiedades mágicas y afrodisiacas del perejil y el saúco negro. La mención del vino tinto y blanco es una alegoría de la pérdida de la virginidad.

Este texto procede igualmente de Hexenmedizin. <<

[64] Estas palabras también están tomadas de El asno de oro, libro X, de Apuleyo. <<

[65] Salmo 72; una de las muchas citas bíblicas inadvertidas que jalonan la novela. [N. del T.] <<

[66] «Me llaman Hermes Trimegisto, pues poseo la triple esencia de la sabiduría del mundo entero» (de la Tabula Smaragdina). <<

[67] El «dedo» (prst, en checo) equivalía a 1,992 cm; el «grano de cebada» (jecne zmo) a 0,498 cm. <<

[68] «Ea, mortales, / en vano os lamentáis. / En cuanto toque para vosotros / os pondréis a bailar». <<

[69] «Soy novia hermosa / y perfecta ante el mundo». <<

[70] «Ya has cambiado / y ahora has perdido el color». <<

[71] Término griego («aléjate»), empleado en los rituales de exorcismo. [N. del T.] <<

[72] Fórmula checa de despedida (s Pánem Bohem): «(id o quedad) con Dios». [N. del T.] <<

[73] «Digo una verdad que nadie está en condiciones de desmentir», Gesta Francorum. <<